

**STEPHEN KING
EL MISTERIO DE
SALEM'S LOT**

**** Este libro son ideas,
las ideas en tu mente
forman la realidad,
entonces la realidad es solo
otra idea,
pero... ¿Es tuya o de
alguien mas? ; -) *****

**** Edición Electrónica X
Frankpelas ** 2003 V1.0
Para Naomi Rachel King
«... en cumplimiento de
promesas»**

**Título original: Salem 's
Lot**

**Diseño de la portada: GS-
Grafícs, S. A.**

**Primera edición: febrero,
1997**

**© 1975, Stephen King de la
traducción, Marta I.**

Gustavino

**ISBN: 84-01-49102-9 (col.
Jet) ISBN; 84-01-47456-6
(vol. 102/6)**

NOTA DEL AUTOR

**No hay quien escriba solo
una novela larga. Me**

gustaría robar un momento al lector para agradecer a algunas personas su ayuda en este libro: a G. Everett McCutcheon, de la Hampden Academy, por sus sugerencias prácticas y su estímulo; al doctor John Pearson, de Old Town, Maine, inspector médico del Condado de Penobscot y reconocido miembro de esa excelsa especialidad médica que es la medicina general;

al padre Renald Hallee, de la Iglesia católica de San Juan en Bangor, Maine. Y naturalmente a mí mujer, cuyas críticas son tan severas e inflexibles como siempre.

Aunque los pueblos cercanos a Salem's Lot son totalmente reales, el propio Salem's Lot no existe en modo alguno más que en la imaginación del autor y cualquier semejanza entre las personas que allí viven y

**las que habitan el mundo
real no es más que una
coincidencia no
intencionada.**

S. K.

PRÓLOGO

**Viejo amigo, ¿qué es lo que
buscas?**

**Tras tantos años de
ausencia vienes
con las imágenes que
albergaste**

**bajo cielos extraños
muy lejanos de tu tierra.**

GEORGE SEFERIS

1

Casi todo el mundo creía que el hombre y el chico eran padre e hijo.

Atravesaron la comarca dirigiéndose sin seguir una dirección muy precisa hacia el sudeste. Viajaban en

un viejo Citroen de dos puertas y tomaban preferentemente las carreteras secundarias, que recorrían en tramos irregulares. Por el camino se detuvieron en tres lugares antes de llegar a su

destino: primero en Rhode Island, donde el hombre alto de cabello negro se puso a trabajar en una fábrica textil; después en Youngstown, Ohio, donde trabajó durante tres meses en una línea de montaje de tractores y finalmente en un pueblecito californiano próximo a la frontera con México, donde trabajó como empleado de una gasolinera, además de

**realizar reparaciones en
pequeños coches europeos,
con un éxito que a él mismo
le resultó tan sorprendente
como reconfortante.**

**Cada vez que se detenían,
el hombre compraba un
periódico de Maine, el
Press-Herald de Portland,
y
buscaba en él los artículos
que hicieran alguna
referencia a una pequeña
ciudad del sur de Maine
llamada**

**Jerusalem's Lot y a la
región circundante. De vez
en cuando encontraba
alguna noticia sobre ellas.
Antes de llegar a Central
Falls, Rhode Island,
escribió en diferentes
cuartuchos de motel el
bosquejo de
una novela que despachó
por correo a su agente
literario. Un millón de años
atrás había sido un
novelista de
cierto éxito, cuando las
sombras no habían**

invadido aún su vida. El agente llevó el borrador a su último editor, quien se mostró cortésmente interesado aunque no muy decidido a efectuar un adelanto de dinero.

Pedir algo y dar las gracias por nada, explicó el hombre al muchacho mientras hacía pedazos la carta del agente, todavía era gratis. Lo dijo sin demasiada amargura y de todas

**maneras comenzó a
escribir el libro.**

**El muchacho no solía
hablar. Su rostro siempre
estaba tenso y sus ojos eran
sombrios, como si
estuvieran escudriñando
continuamente algún
yermo horizonte interior.**

**En los bares y en las
estaciones de
servicio donde se detenían
por el camino se mostraba
simplemente cortés.**

**Parecía no querer
separarse del**

hombre alto y se ponía nervioso cuando éste le dejaba, aunque sólo fuera para ir al cuarto de baño. Se negaba a hablar del pueblo de Salem's Lot, aunque el hombre procuraba sacar el tema de vez en cuando, y nunca miraba los periódicos de Portland que su compañero dejaba deliberadamente a su alcance. Cuando terminó el libro ambos vivían en una casita

sobre la playa apartada de la carretera. Los dos solían nadar en el Pacífico, más cálido y amistoso que el Atlántico. En el Pacífico no había recuerdos. El chico empezó a ponerse muy moreno.

Aunque vivían bastante bien, ya que podían comer tres veces al día y tenían el refugio de un techo seguro, el hombre había empezado a sentirse deprimido y a abrigar

dudas sobre la forma de vida que llevaban. Se había convertido en su maestro, y aunque al muchacho no parecía perjudicarlo demasiado el hecho de no ir al colegio (era un chico despierto y con afición a los libros, como también lo había sido él), no creía que ayudarlo a olvidar Salem's Lot pudiera hacerle ningún bien. A veces, durante la noche, gritaba en sueños y

**arrojaba las mantas al
suelo.**

**Recibieron una carta de
Nueva York. El agente le
comunicaba que la
editorial Random House le
ofrecía**

**doce mil dólares de
adelanto y que casi había
cerrado un trato con un
Club de Lectores.**

**Sin duda parecía
interesante.**

**El hombre dejó su trabajo
en la gasolinera y, junto**

con el muchacho, cruzaron la frontera.

2

Los Zapatos (un nombre que por absurdo resultaba secretamente atractivo al hombre) era una pequeña aldea situada no lejos del océano. Estaba bastante libre de turistas. No tenía una buena carretera, ni vista al mar (para ello había que seguir unos ocho kilómetros más hacia el

oeste) ni lugares históricos de interés.

Además, la taberna local estaba plagada de cucarachas y la única prostituta era una abuela de cincuenta años.

Al dejar atrás Estados Unidos su vida se llenó de una quietud casi extraterrena. Pocos aviones sobrevolaban sus cabezas, no había autopistas de peaje y nadie tenía una cortadora de césped eléctrica (ni se

**preocupaba por tenerla) en
ciento cincuenta kilómetros
a la redonda. Tenían una
radio que no emitía más
que
una sucesión de ruidos
carentes de significado;
todos los noticiarios se
transmitían en español, que
el chico
empezaba a entender pero
que para el hombre era y
seguiría siendo
incomprensible. Parecía no
existir otra**

música que la ópera. Por las noches, a veces sintonizaban una emisora de música pop desde Monterrey, frenética con las inflexiones de Wolfman Jack, pero la onda aparecía y desaparecía. El único ruido de motor era el de un viejo Rototiller, propiedad de uno de los granjeros locales. Cuando el viento soplabá en esa dirección, el sonido entrecortado les llegaba

**débilmente a los oídos,
como un espíritu inquieto.
Sacaban a
mano el agua del pozo.
Un par de veces al mes (no
siempre juntos) oían misa
en la pequeña iglesia de la
aldea. Ninguno de los
dos entendía el significado
de la ceremonia, pero iban
de todas formas. A veces, el
hombre dormitaba en el
calor sofocante al ritmo
familiar de las plegarías y
de las voces que las**

**formulaban. Un domingo,
el muchacho
salió al destartalado porche
del fondo, donde el hombre
había empezado a escribir
otra novela, y con voz
vacilante le dijo que había
hablado con el sacerdote
para que le admitieran en
la fe de su iglesia. El
hombre
hizo un gesto de
asentimiento y le preguntó
si sabía bastante español
para aprender el catecismo.
El chico**

contestó que no creía que eso fuera un problema. Una vez a la semana, el hombre hacía un viaje de más de sesenta kilómetros en busca del periódico de Portland, Maine, que tenía siempre una semana de antigüedad por lo menos y a veces estaba manchado de orina de algún perro. Dos semanas después de que el muchacho le comunicara sus intenciones, encontró un

artículo de fondo sobre Salem's Lot y sobre una ciudad de Vermont llamada Monson. En el relato se mencionaba el nombre del hombre alto.

Éste dejó el periódico por la habitación sin muchas esperanzas de que el muchacho lo leyera. El artículo le inquietaba por varias razones. Al parecer, no todo había terminado en Salem's Lot.

Al día siguiente, el chico se le acercó con el periódico en la mano doblado de manera que se viera el encabezamiento: «¿Pueblo fantasma en Maine?»»

—Tengo miedo —comentó.

—Yo también —respondió el hombre alto.

3

**¿PUEBLO FANTASMA
EN MAINE?**

**por John Lewis Director
articulista de Press-Herald.**

JERUSALEM'S LOT. —

Jerusalem's Lot es una

pequeña ciudad situada al este de Cumberland y a treinta kilómetros al norte de Portland. No es, en la historia norteamericana, la primera ciudad que muere y desaparece y probablemente no será la última, pero es una de las más extrañas. Los pueblos fantasma son comunes en el sudoeste norteamericano, donde las comunidades crecieron

**poco menos que de la noche
a la**

**mañana, en torno de ricos
filones de oro y plata para
desaparecer después casi
con la misma rapidez a
medida**

**que las vetas se agotaban,
dejando que las tiendas, los
hoteles y los saloons se
pudrieran, vacíos, en el
silencio**

del desierto.

**En Nueva Inglaterra, la
misteriosa muerte de
Jerusalem's Lot, o Salem's**

Lot, como suelen llamarlo los nativos, sólo encuentra parangón en una pequeña ciudad de Vermont llamada Monson. Durante el verano de 1923, al parecer Monson dejó de ser habitable y desapareció, y con ella desaparecieron sus 312 habitantes.

Las casas y los edificios de algunas pequeñas tiendas del centro de la ciudad

están todavía en pie, pero desde ese verano de hace cincuenta y tres años siguen deshabitadas. En algunos casos, los muebles han sido retirados, pero la mayoría de las viviendas continúan amuebladas, como si en medio de la vida cotidiana un misterioso viento se hubiera llevado a la gente. En una casa la mesa estaba

**puesta para la comida,
hasta con
un centro de flores,
marchitas desde hacía
mucho tiempo. En otra,
uno de los dormitorios
estaba preparado
para que alguien se
acostara, con las camas
prolijamente dispuestas.
En una de las tiendas de la
localidad se
encontró sobre el
mostrador una pieza de
tela de algodón podrido y**

la caja registradora marcaba un dólar con veintidós. Los investigadores encontraron casi 50 dólares en el interior de la caja.

A la gente de aquella zona le gusta entretener a los turistas con la historia e insinuar que el pueblo está encantado; eso, dicen, explica el hecho de que desde entonces haya permanecido vacío. Una razón más

**plausible podría ser la
circunstancia de que
Monson se halla situada en
un olvidado rincón del
estado, lejos de
todas las carreteras
importantes. Allí no hay
nada que no se pueda
encontrar también en otras
ciudades, a no
ser, por supuesto, el
misterioso hecho de
quedarse súbitamente
deshabitada, algo parecido
a lo que ocurrió en
Mary Celeste.**

**En el censo de 1970,
Salem's Lot figuraba con
1319 habitantes, un
aumento de 67 personas en
los diez
años transcurridos desde el
censo anterior. Es un
municipio extenso y
placentero al que sus
antiguos
habitantes llamaban
familiarmente Solar y
donde jamás sucedía nada
demasiado notable. El
único tema de**

**conversación de los
ancianos que se reunían
regularmente en el parque
y en el almacén agrícola
era el
incendio de 1951, cuando
un fósforo arrojado por
descuido inició uno de los
incendios forestales más
impresionantes en la
historia reciente del estado.
Para cualquier hombre que
quisiera terminar sus años
de jubilado en un pequeño
pueblo rural donde todo**

el mundo se ocupaba de sus propios asuntos y donde el gran acontecimiento de la semana solía ser el concurso de bizcochos que organizaba la Comisión de Señoras, Solar podía haber sido una buena elección. En el aspecto demográfico, el censo de 1970 mostraba unos hechos tan familiares a los sociólogos rurales como a cualquiera que residiera desde hacía años en alguna

**pequeña ciudad de Maine:
un montón de ancianos,
algunos pobres, y un grupo
de jóvenes que se alejaban
de la zona con su diploma
bajo el brazo para nunca
más volver.**

**Pero hace poco más de un
año, algo fuera de lo común
empezó a suceder en
Jerusalem's Lot. La gente
comenzó a desaparecer.**

**Por supuesto que la mayor
parte de los desaparecidos
no pueden considerarse
como**

tales en el sentido estricto de la palabra. El antiguo agente de policía de Solar, Parkins Gillespie, vive con su

hermano en Kittery.

Charles James, propietario de una gasolinera situada frente a la farmacia, está ahora al

frente de un taller de reparaciones en la vecina ciudad de Cumberland.

Pauline Dickens se ha trasladado a Los

**Ángeles y Rhoda Curless
trabaja en Portland con la
Misión San Mateo. La lista
de «no desaparecidos»
podría
prolongarse
indefinidamente.**

**Lo que resulta enigmático
en todas estas personas
encontradas es su unánime
renuencia —o
incapacidad— para hablar
de Jerusalem's Lot y de lo
que pueda (o no) haber
sucedido allí. Parkins
Gillespie**

**se limitó a mirar al
periodista, encender un
cigarrillo y contestar:
«Decidí marcharme, eso es
todo.» Charles**

**James asegura que se vio
obligado a irse porque su
negocio desapareció al
mismo tiempo que la
ciudad.**

**Pauline Dickens, que
trabajó durante varios
años como camarera en el
Café Excellent, no contestó
jamás a las**

preguntas que el periodista le formuló por carta. Y la señorita Curless se niega a decir una sola palabra sobre

Salem's Lot.

Ciertas desapariciones pueden explicarse basándose en algunas conjeturas y haciendo algunas

investigaciones. Lawrence Crockett, el agente de la propiedad inmobiliaria de la ciudad, que ha desaparecido

**con su mujer y su hija, deja
tras de sí varias
operaciones comerciales e
inmobiliarias de dudosa
naturaleza,
entre ellas cierta
especulación con unos
terrenos de Portland donde
se están construyendo
ahora el paseo y el
centro comercial. El
matrimonio Royce
McDougall, también entre
los desaparecidos, había
perdido a su hijo**

pequeño ese mismo año y no había nada importante que les retuviera en la ciudad. Podrían estar en cualquier parte, y hay otros en la misma situación. Según Peter McFee, el jefe de policía del estado: «Hemos seguido la pista a muchas de las personas que se fueron de Salem's Lot, pero no es ésta la única ciudad de Maine donde

**la gente se ha esfumado.
Royce McDougall, por
ejemplo, se marchó
debiendo dinero a un
banco y a dos
compañías financieras... A
mi juicio, no era más que
un ave de paso que decidió
mejorar su suerte. En
cualquier momento, este
año o el próximo, usará
una de las tarjetas de
crédito que tiene en la
billetera y lo
atraparán en un abrir y
cerrar de ojos. En Estados**

**Unidos, las personas
desaparecidas son tan
frecuentes como
la tarta de manzana.**

**Vivimos en una sociedad
centrada en el automóvil.
Cada dos o tres años, la
gente recoge
sus bártulos y se va a otro
sítio. A veces olvidan dejar
su nueva dirección.**

**Especialmente los
vagabundos.»»**

**Sin embargo, y pese al
contundente sentido
práctico de las palabras del**

**capitán McFee, quedan
muchas
preguntas sin respuesta en
Salem's Lot. Henry Petrie,
su mujer y su hijo también
se han ido, y sería difícil
calificar de vagabundo al
señor Petrie, ejecutivo de la
Compañía de Seguros
Prudencial. También el
empresario local de
pompas fúnebres, el librero
y la esthéticienne están en
el archivo de
desaparecidos. La**

lista alcanza una longitud inquietante.

En los pueblos circundantes se ha iniciado la previsible campaña de rumores que es el comienzo de la

leyenda. Se afirma que en Salem's Lot hay fantasmas.

Se dice que a veces hay luces de colores que se ciernen

sobre los cables de alta tensión de la central eléctrica de Maine, que

**atraviesan el municipio, y
si uno sugiere
que a los habitantes de
Solar se los llevaron los
OVNIS, nadie se reirá. Se
ha hablado incluso del
«oscuro
pacto» de un grupo de
jóvenes que celebraban
misas negras en el pueblo,
lo que podría haber
producido la ira
de Dios sobre una ciudad
que llevaba el mismo
nombre que la ciudad más**

**sagrada de Tierra Santa.
Otros,
menos inclinados hacia lo
sobrenatural, recuerdan a
los jóvenes que hace unos
tres años «desaparecieron»
en
Houston, Texas, para ser
descubiertos luego en
espantosas tumbas
colectivas.
Tras una visita a Salem's
Lot, todas esas conjeturas
parecen menos
disparatadas. No queda
una sola**

tienda abierta. La última en desaparecer fue la farmacia de Spencer, que cerró sus puertas en enero.

También

han cerrado el almacén de productos agrícolas de Crossen, la ferretería, la tienda de muebles de Barlow y

Straker, el Café Excellent, e incluso el edificio municipal, así como la nueva escuela secundaria, construida en

Solar en 1967. El mobiliario y los libros de la escuela han sido trasladados a un establecimiento provisional en Cumberland, pero parece que al comienzo del nuevo año escolar no acudirá ningún niño de Salem's Lot. Allí ya no hay niños; sólo quedan tiendas y locales abandonados, casas desiertas, jardines y caminos descuidados.

Algunas de las personas a quienes la policía estatal quisiera localizar, o de quienes le gustaría por lo menos tener noticias, son John Croggins, pastor de la iglesia metodista de Salem's Lot; el padre Donald Callahan, párroco de St. Andrew; Mabel Werts, una viuda de la localidad que se distinguía por su labor en la iglesia de Salem's Lot y por sus funciones sociales;

**Lester y Harriet Durham,
un matrimonio que
trabajaba en
Gates Mili y Weaving; Eva
Miller, propietaria de una
pensión en la localidad...**

4

**Dos meses después de la
publicación de aquel
artículo en el periódico, el
muchacho fue bautizado en
la
fe católica. Hizo su primera
confesión y lo confesó
todo...**

5

El sacerdote de la aldea era un anciano de cabello blanco y rostro atrapado en una red de arrugas. Desde la cara curtida por el sol, los ojos atisbaban con una vivacidad y una avidez sorprendentes; eran unos ojos azules, muy irlandeses. Cuando el hombre alto llegó a su casa, el cura estaba sentado en el porche tomando el té. Junto a él había un hombre bien trajeado, con

el cabello peinado con raya en medio y tal cantidad de brillantina que al hombre alto le hizo pensar en viejas fotografías de 1890.

—Soy Jesús de la Rey Muñoz —se presentó el hombre—. El padre Gracon me pidió que hiciera de intérprete, porque él no sabe inglés. El padre ha hecho a mi familia un gran servicio que no me está permitido

**mencionar. Mis labios
permanecerán igualmente
sellados respecto al
problema que él quiere
plantear. ¿Está
usted de acuerdo?**

**—Sí. —El hombre estrechó
la mano de Muñoz y
después la de Gracon. Éste
habló en español
sonriendo.**

**No le quedaban más que
cinco dientes, pero su
sonrisa era alegre y amplia.**

—Pregunta si aceptaría usted una taza de té. Es té de menta, muy refrescante.

—Me encantaría.

—El muchacho no es su hijo —dijo el sacerdote una vez superadas las formalidades.

—No.

—Su confesión fue muy extraña. En realidad, en toda mi vida de sacerdote no había oído una confesión tan extraña.

—No me sorprende.

—Y lloró —continuó el padre Gracon mientras bebía su té—, con un llanto intenso y terrible que parecía proceder de lo más profundo de su alma.

¿Debo hacer la pregunta que esa confesión implica?

—No —respondió con calma el hombre alto—. No es necesario. Le dijo la verdad.

Ya antes de que Muñoz se lo tradujera, Gracon

asentía con la cabeza y su rostro había cambiado de expresión. Se inclinó hacia adelante, con las manos cruzadas entre las rodillas, y habló durante largo rato. Muñoz le escuchaba atentamente con el rostro inexpresivo. Cuando el sacerdote terminó, el intérprete empezó a hablar.

—Dice que en el mundo hay cosas extrañas. Hace cuarenta años, un

**campesino de El Graniones
le trajo
una lagartija que gritaba
como si fuera una mujer.
También ha visto un
hombre que tenía estigmas,
el sello de
la pasión de Nuestro Señor,
y que le sangraban las
manos y los pies el Viernes
Santo. Dice que esto es una
cosa terrible y tenebrosa.
Grave para usted y para el
muchacho (sobre todo para
el chico). Es algo que le está
carcomiendo. Dice...**

Gracon volvió a hablar brevemente.

—Pregunta si usted entiende qué es lo que ha hecho en esta Nueva Jerusalem.

—En Jerusalem's Lot — repitió el hombre—. Sí, lo entiendo.

Gracon volvió a hablar.

—Quiere saber qué es lo que piensa hacer al respecto.

El hombre alto meneó muy lentamente la cabeza.

—No lo sé.

Gracon habló de nuevo.

**—Dice que rezará por
ustedes.**

6

**Una semana más tarde
despertó sudando por una
pesadilla y pronunció el
nombre del muchacho. —**

**Tengo que volver —
anunció.**

**El muchacho palideció bajo
su bronceado.**

—¿Puedes venir conmigo?

—preguntó el hombre.

—¿Tú me quieres?

—Sí. Por Dios que sí.

El muchacho empezó a llorar y el hombre alto le abrazó.

7

Aún seguía sin poder dormir. Había rostros que acechaban en las sombras, elevándose sobre él en un torbellino como caras desdibujadas por la nieve, y cuando el viento sacudía una rama y la golpeaba contra el techo, el hombre daba un salto.

Salem's Lot...

Cerró los ojos y cubrió su rostro con el brazo. Todo empezó de nuevo. Podía ver el pisapapeles de cristal, uno de esos que cuando se mueven provocan en su interior una tormenta de nieve en miniatura.

El solar de Salem...

PRIMERA PARTE

LA CASA DE LOS

MARSTEN

Ningún organismo viviente puede seguir existiendo

**durante mucho tiempo en
la realidad absoluta sin
perder la razón; hay quien
supone que incluso las
alondras y las cigarras
sueñan. Hill House, un
lugar que
nadie asociaría
precisamente con la
cordura, se erguía sola
sobre sus colinas
reteniendo dentro de sí la
oscuridad: hacía ochenta
años que se mantenía así y
podía seguir haciéndolo**

**durante otros ochenta más.
En su
interior, las paredes
conservaban su perfecta
verticalidad, los ladrillos se
unían con pulcritud, el
suelo se
mantenía firme y las
puertas cerradas. El
silencio se afirmaba
pesadamente contra la
madera y la piedra de
Hill House, y cualquier
cosa que por allí
apareciera, aparecía sola.
SHIRLEY JACKSON**

The Haunting of Hill

House

UNO

BEN (I)

1

**Tras sobrepasar Portland
mientras se dirigía al Norte
por la autopista de peaje,
Ben Mears había
empezado a sentir en el
vientre un cosquilleo de
agitación nada
desagradable. Era el 5 de
septiembre de 1975
y el verano se complacía en
una última y magnífica**

**exuberancia. El verde
estallaba en los árboles, el
cielo era
de un azul lejano y suave y
más allá de la línea
ferroviaria de Falmouth
Ben distinguía a dos
muchachos que
andaban por un camino
paralelo a la autopista con
las cañas de pescar al
hombro como si fueran
carabinas.
Pasó al carril de la
derecha, disminuyó la
velocidad al mínimo**

**permitido en la autopista y
empezó a
buscar algo que activara su
memoria.**

**Al principio no encontró
nada e intentó prevenirse
contra una decepción casi
segura. Entonces tenías
siete años. Hace veinticinco
que corre el agua bajo los
puentes. Los lugares
cambian y la gente
también,
pensó.**

**En aquella época la
autopista 295 y sus cuatro**

carriles no existían. Si uno quería ir a Portland desde Solar, tomaba la carretera 12 hasta Falmouth y desde allí la número 1. El tiempo no se había detenido.

Basta de imbecilidades, se dijo.

Pero era difícil pararse.

Era difícil decir basta cuando...

Una gran BSA con el manillar levantado le adelantó súbitamente con un rugido por el carril de la

izquierda. Iba conducida por un muchacho en camiseta de deporte mientras una chica vestida con una chaqueta de tela roja y enormes gafas de sol ocupaba el asiento trasero. La aparición fue inesperada y la reacción de Ben excesiva: pisó el pedal del freno a fondo y apoyó ambas manos en el claxon. La motocicleta

aceleró arrojando un eructo de humo azul por el tubo de escape, y la chica se giró para apuntarle con un dedo.

Mientras volvía a aumentar la velocidad, Ben deseó fumar un cigarrillo. Le temblaban un poco las manos. La motocicleta, que avanzaba como un rayo, ya casi se había perdido de vista. Los muchachos..., condenados muchachos. Los recuerdos recientes se agolpaban en él y Ben los

**apartó. Hacía dos años que no
había montado en una
motocicleta y no pensaba
volver a hacerlo jamás.
Un destello rojo le hizo
mirar hacia la derecha y al
volver la vista sintió una
oleada de placer y gratitud.
A lo lejos, sobre una colina
que se elevaba más allá de
un campo de plantas
forrajeras, se levantaba un
enorme granero rojo con el
techo pintado de blanco;**

incluso desde esa distancia se podía distinguir cómo resplandecía el sol en la veleta colocada sobre el techo. Estaba allí en aquel entonces y allí seguía exactamente con el mismo aspecto. Tal vez, después de todo, las cosas mejorarían. Los árboles volvieron a ocultar el granero.

A medida que la carretera se acercaba a Cumberland

el entorno se hacía cada vez más familiar. Atravesó el río, donde de niños solían ir a pescar. Divisó al pasar un fugaz panorama de Cumberland por entre los árboles. Se veía la torre de elevación de aguas de Cumberland con su enorme letrero pintado en un costado: «Conservad el verdor de Maine.» Tía Cindy había dicho siempre que alguien

**debería escribir debajo: «Y
traed
dinero.»»**

**Su inicial sensación de
exaltación se intensificó y
Ben empezó a acelerar
esperando distinguir el
cartel
indicador. Unos ocho
kilómetros después
apareció ante sus ojos.
Estaba pintado de un verde
luminoso que
destellaba a la distancia:**

**RUTA 12 JERUSALEM'S
LOT CUMBERLAND
CUMBERLAND CTR**

Una súbita oscuridad se abatió sobre él amortiguando su euforia como cuando se echa arena sobre el fuego. Estos episodios se habían hecho frecuentes desde la época gris de su vida (su mente quería pronunciar el nombre de Miranda, pero Ben no se lo permitió).

Estaba acostumbrado a mantener a raya sus malos pensamientos, sin embargo esta vez no pudo hacer nada contra la sensación que se apoderó de él con una fuerza tan salvaje que lo atemorizó.

**¿Qué pretendía volviendo a un pueblo donde había vivido cuatro años, cuando era niño, con el deseo de recuperar algo ya irrevocablemente perdido?
¿Qué magia esperaba**

**encontrar deambulando
por unas calles
que había recorrido antaño
y que probablemente
estarían asfaltadas,
niveladas, señalizadas y
atestadas de latas
de conserva desechadas por
los turistas? La magia
habría desaparecido, tanto
la negra como la blanca.
Todo
se había ido por el
vertedero de basura esa
noche, cuando él perdió el**

**control de la motocicleta y
después
apareció el camión
amarillo, cada vez más y
más grande, y el alarido de
su mujer, Miranda, que de
pronto se
cortó irrevocablemente
cuando...**

**A la derecha vio la salida y
durante un momento Ben
pensó en pasar de largo, en
seguir hacia
Chamberlain o Lewiston,
detenerse allí para comer y**

después dar la vuelta para regresar. Pero ¿regresar adonde? ¿A casa? No pudo reprimir una sonrisa. Si alguna vez se había sentido en casa, había sido aquí. Aunque no hubieran sido más de cuatro años, sin duda era aquí. Puso el intermitente, disminuyó la velocidad del Citroen y subió por la rampa. A punto de llegar a la cima, a la parte donde la rampa de la autopista se

unía a la carretera 12 (que al acercarse más a la ciudad se llamaba Jointner Avenue), levantó la vista hacia el horizonte. Lo que allí vio le obligó a frenar violentamente.

El Citroen se detuvo con un estremecimiento.

Los árboles, pinos y abetos en su mayoría, se elevaban en una suave pendiente hacia el este y daban la impresión de amontonarse en el cielo hasta donde

alcanzaba la vista. Desde su posición no se distinguía el pueblo; nada más que los árboles y, en la distancia, el ángulo agudo del techo a dos aguas de la casa de los Marsten.

Ben se quedó mirándola fascinado. Con rapidez calidoscópica, encontradas emociones asomaron a su rostro.

—Sigue aquí —murmuró en voz alta—. ¡Por Dios!

**Al mirarse los brazos
comprobó que se le había
puesto carne de gallina.**

2

**Evitó pasar
deliberadamente por el
pueblo; atravesó
Cumberland para después
volver a Salem's Lot
desde el oeste por Burns
Road. Se quedó atónito al
ver lo poco que habían
cambiado las cosas. Había
algunas
casas nuevas que Ben no
recordaba, una posada —la**

de Dell— en el límite del pueblo y un par de canteras de grava nuevas. Habían talado buena parte del bosque, pero la vieja señal de hojalata que indicaba el camino hacia el vertedero de basuras del pueblo seguía en su lugar. En cuanto al piso, estaba aún sin asfaltar, lleno de baches e irregularidades. Por la abertura que quedaba entre los árboles,

allí donde las torres de los cables de alta tensión de la Central Eléctrica de Maine corrían de noroeste a sudeste, Ben alcanzó a ver Schoolyard Hill.

La granja de los Griffen seguía existiendo; además, habían ampliado el granero. Ben se preguntó si seguirían embotellando y vendiendo la leche que producían. El eslogan que usaba era una vaca que sonreía bajo la

**marca de fábrica: «Leche
Rayo de Sol ¡De las granjas
Griffen!» Sonrió al pensar
en la cantidad de leche**

Rayo

**de Sol en que había bañado
sus copos de cereales
cuando vivía en casa de la
tía Cindy.**

**Giró a la izquierda para
tomar Brooks Road, pasó
junto a los portones de
hierro forjado y la pared
de**

**piedra que rodeaba el
cementerio de Harmony**

Hill y tras descender la abrupta pendiente empezó a subir la del otro lado, lo que se conocía en el pueblo como Marsten's Hill.

En la cima, los árboles se marchitaban a ambos lados de la carretera. A la derecha, la vista alcanzaba directamente hasta el pueblo; fue la primera visión que Ben tuvo de él. A la izquierda quedaba la casa de los

Marsten. Se armó de valor y salió del automóvil.

Todo seguía igual, sin diferencia alguna en lo más mínimo. Era como si lo hubiera visto ayer por última vez.

El césped de las brujas crecía, libre y alto, en el jardín de delante, ocultando las viejas losas desniveladas por las heladas que conducían al porche. Allí cantaban, chirriantes, los

grillos, y los saltamontes se elevaban en erráticas parábolas. La casa miraba hacia el pueblo. Era enorme y parecía desdibujada y vencida. Las ventanas descuidadamente cerradas le daban ese aspecto siniestro de todas las casas viejas que han pasado mucho tiempo vacías. La pintura se había descascarillado a la intemperie y toda la casa tenía un aspecto

uniformemente gris. Los temporales de viento habían arrancado muchas tejas y una densa nevada había hundido el ángulo oeste del techo principal dejándolo torcido. A la derecha, un destartelado cartel clavado sobre un poste advertía: «Prohibida la entrada.» Ben sintió el impulso irresistible de adentrarse por ese camino lleno de malezas acosado por los grillos y

**saltamontes que se
levantarían entre sus pies
hasta subir al porche y,
entre los postigos mal
cerrados, espiar el
vestíbulo o el salón. Quizá
incluso tantearía la puerta
principal y, si no estaba
cerrada con llave, entraría.
Tragó saliva y se quedó
mirando la casa casi
hipnotizado. Con estúpida
indiferencia, el edificio le
devolvía la mirada.
Al recorrer el vestíbulo
sentiría el olor del yeso**

**húmedo y del empapelado
podrido y vería escabullirse
los ratones por las paredes.
Todavía encontraría
algunos objetos, tal vez un
pisapapeles que guardaría
en el
bolsillo. Al final del
vestíbulo, en vez de seguir
hacia la cocina, podría
doblar a la izquierda y
subir por las
escaleras sintiendo crujir
bajo los pies el polvo de
yeso que durante años**

**había ido cayendo del
techo. Había
exactamente catorce
escalones, pero el último
era más pequeño que los
anteriores, como si lo
hubieran
agregado para evitar el
número fatídico. Al
terminar de subir por la
escalera uno se encuentra
en el descanso y
el pasillo da a una puerta
cerrada. Y se avanza hacia
ella, mirándola con suma
atención, se aprecia el**

**empañado picaporte de
plata...**

**Se alejó para no seguir
viendo la casa mientras
dejaba escapar el aire por
la boca con un silbido.**

Todavía

**no... Más adelante tal vez,
pero todavía no. Por ahora
le bastaba con saber que
todo seguía allí
esperándole.**

**Apoyó las manos en el capó
del coche y se quedó
mirando el pueblo. Allí**

podría averiguar quién administraba la casa de los Marsten y alquilarla. La cocina sería un lugar adecuado para escribir y podría poner un diván en el saloncito de delante. Pero no se dejaría llevar por el impulso de subir por las escaleras. No, a menos que fuera necesario. Subió al automóvil, lo puso en marcha y descendió la

**colina en dirección a
Jerusalem's Lot.**

DOS

SUSAN (I)

1

**Estaba sentado en un
banco del parque cuando
advirtió que la chica le
observaba. Era una
muchacha
muy bonita. Llevaba un
pañuelo de seda que le
cubría el cabello, de un
rubio luminoso. En ese
momento**

**estaba leyendo un libro,
pero junto a ella había un
bloc de dibujo y algo que
parecía un lápiz carbón.**

Era

**martes 16 de septiembre, el
primer día de clase, y el
parque se había vaciado
mágicamente de los
visitantes**

**más bulliciosos. Sólo
quedaban algunas madres
con sus bebés y otros tantos
ancianos sentados junto al
monumento, además de la
muchacha, inmóvil bajo la**

sombra protectora de un olmo viejo y retorcido.

Al levantar la vista le vio y en su rostro se dibujó una expresión de sorpresa. Bajó la mirada hacia el libro; después volvió a mirar e hizo ademán de levantarse; pareció pensarlo dos veces; por fin se levantó, pero volvió a sentarse.

Ben se puso en pie y se dirigió hacia ella llevando en la mano su libro, una novela del oeste en edición

de bolsillo.

—Hola —la saludó cordialmente—. ¿Nos hemos visto antes?

—No —respondió la chica—. Es decir..., usted es Benjamín Mears, ¿no es cierto?

—Es cierto —confirmó Ben arqueando las cejas.

La muchacha dejó escapar una risa nerviosa mirándole, por un momento, a los ojos, como si quisiera

**leer sus intenciones. Sin
duda no estaba
acostumbrada a hablar con
los extraños que se
encontraba en el
parque.**

**—Me pareció que veía un
fantasma —explicó ella
mientras le mostraba el
libro que tenía en la falda.
Ben alcanzó a ver que entre
las tapas había un sello:
«Biblioteca Pública de
Jerusalem's Lot.» El libro
era Danza, aérea, su
segunda novela. La chica le**

mostró la fotografía que aparecía en la solapa de la contratapa, tomada hacía ya cuatro años. La cara de Ben tenía un aire juvenil y tremendamente serio; los ojos eran como diamantes negros.

—De tan triviales comienzos arrancan las dinastías —comentó Ben. Aunque sus palabras eran una broma sin intención, quedaron extrañamente

**suspendidas en el aire
como
una profecía formulada al
descuido. Tras ellos, varios
chiquillos que apenas
sabían andar chapoteaban
alegremente en la pequeña
piscina y una de las madres
advertía a Roddy que no
columpiara tan alto a su
hermanita. Ésta ascendía
en su columpio como una
flecha, gozosa, con la falda
al viento como intentando
alcanzar el cielo. Fue un
momento que Ben**

recordaría a lo largo de los años, como si le hubieran cortado una porción especial de la tarta del tiempo. Si entre dos personas no se produce nada especial, un instante como ése se pierde en el naufragio general de la memoria.

En ese momento la muchacha rió y le ofreció el libro.

—¿Quiere dedicármelo?

—Pero es de la biblioteca.

—Lo compraré para reponerlo.

Ben sacó un lápiz del bolsillo, abrió el libro por la primera hoja y preguntó:

—¿Cómo se llama?

—Susan Norton.

Sin pensar, Ben escribió rápidamente: «Para Susan Norton, la chica más bonita del parque, afectuosamente, Ben Mears.» Bajo su firma anotó la fecha.

**—Ahora no tendrá más
remedio que robarlo —le
dijo mientras se lo devolvía
—. Lamentablemente
Danza aérea está agotado.**

**—Haré que uno de esos
expertos en conseguir
libros agotados que hay en
Nueva York me consiga un
ejemplar. —Susan dudó un
momento y esta vez sus
ojos se detuvieron en los de
Ben—. Es un libro
extraordinario.**

**—Gracias. Cada vez que lo
cojo y le echo un vistazo, no**

entiendo cómo pueden haberlo publicado.

—¿Y suele cogerlo a menudo?

—Sí, pero estoy tratando de no hacerlo más.

Ella le miró sonriendo. Los dos rieron y la situación les pareció más natural.

Después él se sorprendería cada vez que pensara en la facilidad con que había sucedido todo. La idea le incomodaba. Le obligaba a pensar en un destino que no sólo era ciego, sino que

**estaba provisto de una
visión consciente y
poderosísima
empeñada en triturar a los
indefensos mortales entre
las grandes piedras del
molino del universo para
fabricar
algún pan ignoto.**

**—Leí también La hija de
Conway y me encantó.
Supongo que es lo que le
dicen continuamente.**

**—No. Muy pocas veces —
respondió con sinceridad
Ben.**

A Miranda también le gustaba La hija de Conway, pero casi todos sus amigos se habían mostrado indiferentes y la mayor parte de los críticos se habían ensañado con el libro. Nadie podía confiar en la crítica actual. Las obras con argumento ya no se usaban; la moda era la masturbación.

—Pues a mí me gustó — insistió Susan.

—¿Ha leído la última?
—¿Adelante, dijo Billy?
Todavía no. La señorita
Coogan, la del drugstore,
dice que es bastante fuerte.
—Pero si es casi puritano
—protestó Ben—. El
lenguaje es áspero, pero
cuando se describen
muchachos
del pueblo y sin mucha
educación, no se puede...
Oye, ¿puedo invitarte a
tomar un helado o algo así?
Yo

estaba pensando en tomar uno.

Por tercera vez, Susan observó sus ojos. Después su sonrisa iluminó su rostro cálidamente.

—Sí, me encantaría. Los de la tienda de Spencer son fantásticos.

Así fue como empezó todo.

2

—¿Es ésa la señorita Coogan?

Ben lo preguntó en voz baja sin dejar de mirar a la mujer alta y delgada que

**llevaba un delantal de
nailon
rojo sobre su uniforme
blanco. El cabello, con
algunos reflejos azules,
estaba marcado en una
sucesión de
ondas que parecían
escalones.**

**—La misma. Tiene una
carretilla que lleva a la
biblioteca todos los jueves
por la noche. Hace reservas
de libros a montones y
vuelve loca a la señorita
Starcher.**

Estaban sentados en los taburetes tapizados de cuero rojo del bar. Ben sorbía un helado de chocolate con soda y Susan uno de fresa. £1 local de Spencer también hacía las funciones de estación local de autobuses y desde donde ellos estaban se veía, más allá de una decrepita y anticuada arcada, la sala de espera, en la que un

**muchacho con uniforme
azul de las Fuerzas Aéreas
esperaba de pie con aire
sombrio y la maleta
colocada
entre los pies.**

**—No parece sentirse muy
alegre, ¿verdad? —señaló
Susan siguiendo la mirada
de Ben.**

**—Supongo que se le acabó
el permiso —conjeturó él.
Y pensó: «Ahora me
preguntará si hice el
servicio
militar.»**

—Uno de estos días —dijo ella en cambio— tomaré el autobús de las diez y media y... adiós Salem's Lot. Tal vez me marche con un aspecto tan triste como el de este chico.

—¿Adonde irás?

—Supongo que a Nueva York. Quiero comprobar de una vez si puedo valerme sola.

—Y aquí, ¿qué es lo que va mal?

—¿En Solar? Oh, esto me encanta. Pero tengo

**problemas con mis padres,
¿sabes? Es como si
estuvieran
siempre leyendo por
encima de mi hombro. Un
fastidio. En realidad, no es
un pueblo muy adecuado
para una
chica que quiere llegar a
algo. Se encogió de
hombros e inclinó la cabeza
para sorber su pajita. Tenía
el cuello
tostado con los músculos
bellamente dibujados.
Llevaba una camisa**

estampada, de colores, que dejaba adivinar una hermosa figura.

—¿Y qué clase de trabajo buscarías? —preguntó Ben.

La chica se encogió de hombros otra vez.

—Tengo una licenciatura en artes por la Universidad de Boston que, en realidad, tiene menos valor que el diploma que me dieron para certificar mi graduación. Apenas sirve

para situarme en la categoría de los idiotas educados. Ni siquiera me prepararon para decorar una oficina. Algunas de las chicas que fueron conmigo a la escuela secundaria ocupan ahora estupendos puestos de secretaria, pero yo nunca fui capaz de escribir a máquina más de treinta pulsaciones por minuto.

—¿Qué posibilidades tienes?

—Bueno... tal vez una editorial —respondió ella con vaguedad—. O alguna revista..., publicidad, no sé. Son lugares donde siempre puede haber algo para una persona que sabe dibujar. Y yo sé hacerlo; tengo una carpeta.

—¿Tienes alguna oferta?

—preguntó suavemente Ben.

—No, eso no. Pero...

—A Nueva York no se puede ir sin tener ofertas. Créeme. No harías más que gastar zapatos...

—Supongo que sabes lo que dices —sonrió Susan con inquietud.

—¿Has vendido algo en esta zona?

De pronto, ella se rió.

—Oh, sí. La venta más importante que he hecho hasta hoy fue a la Cinex Corporation. Abrieron una sala

**cinematográfica nueva en
Portland y me compraron
doce cuadros para colgar
en la entrada. Cobré
setecientos
dólares y con eso pagué la
entrada de mi coche.**

**—Deberías pasar una
semana en un hotel de
Nueva York —le aconsejó
Ben—, para visitar todas
tas
revistas y editoriales
posibles con tu carpeta.
Pero procura concertar las**

**entrevistas con seis meses
de
antelación para que los
editores y los encargados
de personal no tengan
cubierta su agenda. Y por
Dios, no
vayas a una gran ciudad
simplemente a probar
suerte.**

**—¿Y qué hay de ti? —
preguntó Susan mientras
dejaba la pajita para
empezar a comer el helado
con la**

**cuchara—. ¿Qué estás
haciendo en la próspera
comunidad de Jerusalem's
Lot, Maine, población de
1.300
habitantes?**

**—Trato de escribir una
novela —respondió Ben
encogiéndose de hombros.**

**Al instante, la emoción
iluminó el rostro de Susan.**

**—¿Aquí, en Solar? ¿Una
novela sobre qué? ¿Por qué
en este pueblo? ¿Estás,..?**

**Ben la miró con seriedad y
dijo:**

—Se te está cayendo el helado.

—Disculpa. —Con una servilleta enjugó la base de su vaso—. No pretendía ser curiosa. En general, no soy entremetida.

—No es necesario que te disculpes —la tranquilizó Ben—. A todos los escritores les gusta hablar de sus libros. A veces, cuando estoy en la cama, imagino una entrevista con Play-

Boy. Pero es una pérdida de tiempo. Sólo entrevistan a los autores cuyos libros se venden muy bien.

El muchacho del uniforme de las Fuerzas Aéreas se levantó. Un autocar Greyhound se acercaba al apeadero haciendo resoplar los frenos de aire.

—De niño viví cuatro años en las afueras de Salem's Lot, en Burns Road.

—¿Burns Road? Ahora ya no queda nada allí, salvo

**los pantanos y un pequeño
cementerio, Harmony
Hill.**

**—Vivía con mí tía Cindy.
Cynthia Stevens. Mi padre
murió y mi madre tuvo
un..., bueno, una especie
de descalabro nervioso, así
que me mandó a casa de mi
tía Cindy mientras ella se
reponía. Tía Cindy me
montó en un autobús para
que volviera a Long Island
junto a mi madre un mes
después del gran incendio.**

—

**Ben se miró en el espejo
que había detrás de la
barra—. Y yo, que había
venido llorando en el
autobús al
separarme de ella, volví
llorando al alejarme de tía
Cindy y de Salem's Lot.
—¡Qué casualidad! Yo nací
el año del incendio
—contestó Susan
—. Fue lo más importante
que ha sucedido jamás en
este pueblo y yo no me
enteré.**

—Así pues eres unos siete años mayor de lo que pensé en el parque —calculó Ben riendo.

—¿De veras? —Susan parecía encantada—.

Gracias. La casa de tu tía debió de quemarse.

—Sí —confirmó Ben—. La verdad es qué lo que ocurrió esa noche es uno de los recuerdos más claros que conservo. Vinieron unos hombres con extintores a la espalda y

**nos dijeron que teníamos
que irnos. Fue
muy emocionante. La tía
Cindy se afanaba en
recoger cosas para
cargarlas en su automóvil.
¡Qué noche, por
Dios!**

—¿Tenía seguro?

**—No, pero la casa era
alquilada y conseguimos
cargar en el coche casi
todas las cosas de valor,
salvo el
televisor. Lo intentamos,
pero no pudimos levantarlo**

del suelo. Era un Video King con pantalla de siete pulgadas y un cristal de aumento sobre el tubo.

Muy perjudicial para los ojos. De todas maneras no se veía

más que un canal, con muchísimas canciones del oeste, información para granjeros y Kitty el payaso.

—Y has vuelto aquí para escribir un libro —se maravilló Susan.

Ben tardó unos segundos en contestar. La señorita

**Coogan estaba abriendo
cartones de cigarrillos para
llenar el exhibidor colocado
junto a la caja
registradora. El
farmacéutico, el señor
Labree, paseaba como un
fantasma detrás de su
mostrador. Por su parte, el
muchacho con uniforme de
las Fuerzas Aéreas, de pie
junto
a la puerta del autobús,
esperaba que el conductor
volviera del cuarto de
baño.**

—Sí —respondió finalmente, y se volvió a mirarla a la cara por primera vez. Era muy bonita, con candidos ojos azules y frente alta, despejada y tostada por el sol—. ¿Esta ciudad representa tu infancia? —le preguntó.

—Sí.

—En tal caso puedes entenderme. De niño estuve en Salem's Lot y para mí es un pueblo lleno de

fantasmas. Cuando regresaba, estuve a punto de pasar de largo por miedo de que fuera diferente.

—Aquí las cosas no cambian... —afirmó Susan —, no mucho.

—Yo solía jugar a la guerra con los chicos de Gardener en los pantanos. Y a los piratas junto al estanque. En el parque jugábamos a policías y ladrones y al escondite.

Después de abandonar la casa de tía Cindy, mamá y yo lo pasamos bastante mal. Ella se suicidó cuando yo tenía catorce años, pero mucho antes se me había caído todo el polvo mágico. Lo que tuve de magia, lo tuve aquí y sigue estando aquí. El pueblo no ha cambiado tanto. Mirar por Jointner Avenue es como mirar a través de un

**delgado cristal de hielo,
como el
que se puede sacar de la
cisterna del pueblo en
noviembre. A través de él
puedes mirar tu infancia,
ondulante
y brumosa. Hay lugares
donde se pierde en la nada,
pero la mayor parte sigue
estando allí, intacta.
Se detuvo, atónito. Había
hecho un discurso.
—Hablas como en tus
libros —dijo Susan
fascinada.**

—Jamás en mi vida había dicho algo así en voz alta

—sonrió Ben.

—¿Qué hiciste cuando tu madre... murió?

—Anduve por ahí —fue su breve respuesta—. Acaba el helado.

Susan obedeció.

—Algunas cosas han cambiado —comentó al cabo de un momento—. El señor Spencer murió. ¿Te acuerdas de él?

—Desde luego. Todos los jueves por la tarde, tía

Cindy bajaba al pueblo para hacer la compra en la tienda de Crossen y me mandaba aquí para tomar una gaseosa de hierbas. Entonces no venían embotelladas, era verdadera gaseosa de Rochester. Mi tía me daba una moneda envuelta en un pañuelo.

—Cuando yo empecé a venir, ya no bastaba con una moneda, ¿Te acuerdas de lo que solía decir el señor

Spencer?

Ben se encorvó hacia adelante, retorció una mano como si la tuviera deformada por la artritis y esbozó

una mueca con la boca simulando una especie de hemiplejía.

—La vejiga —susurró—, Esas gaseosas os echarán a perder la vejiga, chicos.

La risa de Susan se desgranó hacia el ventilador que giraba

lentamente sobre sus
cabezas. La señorita
Coogan la miró con
desconfianza.

—¡Perfecto! Sólo que a
nosotros nos decía
chiquillas.

Los dos se miraron
hechizados.

—Oye, ¿te gustaría ir al
cine esta noche? —
preguntó Ben.

—Me encantaría.

—¿Cuál es el cine más
próximo?

Susan rió una vez más.

—Pues el Cinex de Portland. El que tiene la entrada decorada con los cuadros inmortales de Susan Norton.

—¿Hay algún otro? ¿Qué clase de películas te gustan?

—Algo emocionante, con persecuciones en automóvil.

—Estupendo. ¿Recuerdas el Nórdici? Ése estaba en el pueblo.

—Claro, pero lo cerraron en 1968. Yo solía ir con mis compañeras de la escuela secundaria. Cuando las películas eran malas, arrojábamos las cajas de caramelos a la pantalla. Y por lo general eran malas —agregó riendo.

—Solían poner esas viejas películas... —evocó Ben—. El hombre cohete. El regreso del hombre cohete. Crash Callahan y el dios vudú de la muerte.

—En mi época ya no las ponían.

—¿Qué pasó con el local?

—Ahora es la oficina de propiedades inmuebles de Larry Crockett —explicó Susan—. Supongo que no pudo competir con el cine al aire libre de Cumberland, ni con la televisión.

Durante un momento permanecieron en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. El reloj de k

**empresa de autocares
señalaba las 10.45 de la
mañana.**

**—Oye —prorrumpieron de
pronto los dos al unísono
—, ¿te acuerdas...?**

**Se miraron, y esta vez la
señorita Coogan los miró a
los dos al oír estallar las
risas. Hasta el señor
Labree
los miró.**

**Estuvieron charlando
quince minutos más, hasta
que Susan le dijo que tenía
algunas cosas que hacer,**

**pero que lo esperaría a las
siete y media, Al separarse,
ambos estaban
maravillados de la facilidad
y
naturalidad con que sus
vidas se habían
encontrado.**

**Ben regresó a pie por
Jointner Avenue y se
detuvo en la esquina de
Brock Street a mirar
distráidamente
hacia la casa de los
Marsten. Recordó que el
gran incendio forestal de**

1951 había llegado casi hasta el jardín de la casa antes de que cambiara la dirección del viento.

«Tal vez debería haberse quemado —pensó—. Tal vez eso hubiera sido lo mejor.»

3

Nolly Gardener salió del edificio municipal y se sentó en los escalones junto a Parkins Gillespie en el preciso instante en que Ben y Susan entraban juntos en

la tienda de Spencer.

**Parkins estaba fumando un
Pall**

**Mall mientras se limpiaba
las uñas amarillentas con
un cortaplumas.**

**—Ese tipo es el escritor,
¿no? —preguntó Nolly.**

—Sí.

**—Y la que estaba con él,
Susie Norton.**

—Así es.

**—Pues qué interesante —
comentó Nolly mientras se
ajustaba el cinturón del
uniforme.**

**La insignia de policía
relucía de manera
imponente sobre su pecho.
Nolly había escrito a una
revista
policíaca para que se la
enviaran; el pueblo no se
ocupaba de proporcionar
insignias a sus agentes de
policía.**

**Parkins también tenía una,
pero la llevaba en la
cartera; era algo que Nolly
jamás había podido
entender.**

Claro que en Solar todo el mundo sabía que él era el agente, pero había que tener en cuenta la tradición, había que tener en cuenta la responsabilidad. Cuando se estaba al servicio de la ley había que pensar en esas cosas.

Nolly pensaba frecuentemente en ellas, aunque sólo podía ser agente con dedicación parcial.

A Parkins se le resbaló el cortaplumas y le lastimó la cutícula del dedo pulgar.

—Mierda —masculló por lo bajo.

—¿Crees que es de veras escritor, Park?

—Claro que sí. Aquí en la biblioteca hay tres libros suyos.

—¿Históricos o de ficción?

—De ficción —suspiró Parkins mientras dejaba el cortaplumas.

—A Floyd Tibbits no le va a gustar que un tipo ande por ahí con su mujer.

—No están casados — señaló Parkins—, y ella tiene más de dieciocho años.

—Pero a Floyd no le gustará.

—Por mí, Floyd puede cagarse en el sombrero y ponérselo después — declaró Parkins.

Aplastó el cigarrillo en el escalón, sacó del bolsillo

**una cajita de pastillas,
guardó dentro la colilla y
volvió a meter la caja en el
bolsillo.**

**—¿Dónde vive el escritor
ése? —preguntó Nolly.**

**—En casa de Eva —le
informó Parkins mientras
observaba minuciosamente
la cutícula herida—. El
otro
día estuvo mirando la casa
de los Marsten. Tenía una
extraña expresión en la
cara.**

—¿Extraña? ¿Qué quieres decir?

—Extraña, nada más. —

Parkins volvió a sacar los cigarrillos. Sobre su cara, el sol era tibio y grato—.

Después fue a ver a Larry Crockett. Quería alquilar la casa.

—¿La casa de los Marsten?

—Sí.

—Pero ¿está loco?

—Podría ser. —Parkins espantó una mosca de la pierna izquierda del

**pantalón y la observó
mientras se
alejaba zumbando en la
mañana soleada—. El viejo
Larry Crockett ha estado
muy ocupado últimamente.**

**Oí
decir que vendió La tina
del pueblo. En realidad,
hace un tiempo que la
vendió.**

**—¿Qué, la vieja
lavandería?**

—Aja.

**—Pero ¿para qué puede
quererla alguien?**

—No sé.

—Bueno. —Nolly se levantó y volvió a ajustarse el cinturón—. Me parece que voy a dar una vuelta por el pueblo.

—De acuerdo —aprobo Parkins mientras encendía otro cigarrillo.

—¿Quieres venir?

—No, me quedaré un rato aquí sentado.

—Muy bien. Hasta luego. Nolly bajó por los escalones mientras se preguntaba (no

por primera vez) cuándo se decidiría Parkins a jubilarse para que él, Nolly, pudiera tener el trabajo con dedicación exclusiva.

¿Cómo demonios se podían investigar crímenes ahí sentado en los escalones del ayuntamiento?

Parkins le vio alejarse con una vaga sensación de alivio. Nolly era buen muchacho, pero tremendamente ansioso. Sacó el cortaplumas del bolsillo, lo

abrió y empezó de nuevo a recortarse las uñas.

4

Jerusalem's Lot se incorporó al territorio nacional en 1765 (doscientos años más tarde celebró él bicentenario con fuegos artificiales y una procesión por el parque, durante la cual una chispa incendió el vestido de princesa india de la pequeña Debbie Forrester y Parkins

Gillespie tuvo que poner a la sombra a seis tipos por emborracharse en la vía pública), es decir cincuenta años antes de que Maine se convirtiera en uno de los estados de la Unión como resultado del compromiso de Missouri. El pueblo debía su extraño nombre a un suceso bastante trivial. Uno de los primeros residentes en la zona era un granjero larguirucho y hosco

**llamado Charles Belknap
Tanner, que criaba cerdos.
Una de las
marranas más grandes se
llamaba Jerusalem. Un día,
a la hora de alimentar a los
animales, Jerusalem salió
del
corral, escapó hacia el
bosque inmediato y allí se
volvió salvaje y agresiva.
Años más tarde, para
ahuyentar a
los chiquillos de su
propiedad, Tanner seguía
inclinándose sobre el**

portón y graznándoles con el ominoso tono de un cuervo: «¡No os metáis en el solar de Salem, si no queréis acabar destripados!» La advertencia pasó a la historia y el nombre también. El episodio no demuestra gran cosa, a no ser que en Estados Unidos de Norteamérica hasta los cerdos puedan aspirar a la inmortalidad.

La calle principal, llamada en un principio Portland Post Road, recibió en 18% et nombre de Elias Jointner. Jointner, que había sido miembro de la Cámara de Representantes durante seis años (hasta su muerte, que fue causada por la sífilis cuando tenía cincuenta y ocho), era lo más semejante a un personaje de que podía vanagloriarse Salem's Lot, excepción hecha de Salem, la

marrana, y de Pearl Ann Butts, que en 1907 escapó a la ciudad de Nueva York para convertirse en una de las Ziegfeld Girls.

Brock Street atravesaba Jointner Avenue por el centro mismo y en ángulo recto. El municipio como tal era casi circular (aunque un poco achatado hacia el este, donde el límite eran los meandros del río Royal).

Vistas en un mapa, las dos calles principales daban al pueblo un aspecto muy semejante al de una mira telescópica.

El cuadrante noroeste de la mira correspondía a North Jerusalem, el sector más densamente forestado del pueblo. Eran las tierras altas, aunque no le habrían parecido muy altas a nadie, salvo quizá a alguien procedente del Medio Oeste. Las viejas y fatigadas colinas, surcadas

de antiguos caminos para el transporte de madera, descendían suavemente hacia el pueblo y en la última de las pendientes se levantaba la casa de los Marsten.

Buena parte del cuadrante noreste era tierra abierta dedicada al cultivo de alfalfa y otras plantas forrajeras. Por ahí corría el río Royal, un viejo río que había erosionado

**profundamente sus riberas
hasta casi
el nivel del lecho. Pasaba
bajo el puentecillo de
madera de Brock Street y
se alejaba hacia el norte en
amplios
arcos relucientes hasta
penetrar en la zona
próxima al límite norte del
municipio, donde la
delgada capa de
cierra se extendía sobre
cimientos de sólido granito.
Allí, el río había tallado en
la piedra acantilados de**

**quince metros en un
trabajo de millones de
años. Los chiquillos
llamaban al lugar el Salto
del Borracho,
porque algunos años atrás
Tommy Rathbun, el
hermano borracho de
Virge Rathbun, se había
caído por el
borde mientras buscaba un
lugar para pasar. El Royal
desembocaba en el
contaminado río
Amdroscoggin,**

pero el Royal jamás había estado contaminado; la única industria de que hubiera podido jactarse Salem's Lot

era un aserradero, cerrado desde hacía muchos años.

En los meses de verano, eran un espectáculo

habitual los

pescadores que lanzaban sus cañas de pescar desde el puente de Brock Street.

El día en que no se podía sacar

algo del Royal era un día excepcional.

El cuadrante sudeste era el más bonito. El suelo volvía a elevarse, pero allí no se veían los desagradables rastros del incendio ni la superficie de la tierra arrasada y agostada que era el legado del fuego. A ambos lados de Griffen Road, la tierra era propiedad de Charles Griffen, dueño de la granja lechera más importante al sur

**de Mechanic Falls, y desde
Schoolyard Hill se
alcanzaba a ver el enorme
establo de Griffen con su
tejado de
aluminio que resplandecía
al sol como un heliógrafo
monstruoso. En la zona
había otras granjas y
muchas
casas en las que vivían
empleados administrativos
y de oficinas que todos los
días viajaban en tren a
Portland**

o a Lewiston. A veces, en el otoño, uno podía detenerse en lo mas alto de Schoolyard Hill para aspirar la aromática fragancia de los campos al quemarse y distinguir como un juguete el camión de los bomberos voluntarios de Salem's Lot, pronto a intervenir si alguna de las fogatas amenazaba con descontrolarse. El pueblo había aprendido la lección de 1951.

La parte del sudoeste era la que habían empezado a ocupar los remolques y casas rodantes, formando algo parecido a un cinturón de asteroides extraurbano. Con ellos, habían aparecido también sus huellas características: montones de coches desechados, neumáticos colgados de cuerdas deshilachadas, latas de cerveza vacías que brillaban junto al camino,

**andrajos lavados y puestos
a secar en cuerdas tendidas
entre
postes improvisados, el
denso olor de cañerías
conectadas con cuartos de
baño instalados a la ligera.
Las casas
de Bend eran muy
parecidas a chabolas, pero
en casi todas ellas se
elevaba una
resplandeciente antena de
televisión, la mayoría eran
receptores en color
comprados a crédito en**

Grant's o en Sears. El patio de cada uno de los remolques estaba por lo general repleto de chiquillos, juguetes, trineos, patines y motocicletas. En algunos casos, las caravanas estaban bien cuidadas, pero en la mayoría parecía que sus dueños pensarán que la prolijidad fuera demasiada molestia. La maleza y el pasto crecían hasta la

altura de la rodilla. Cerca del límite del pueblo, donde Brock Street empezaba a llamarse Brock Road, estaba la posada de Dell. Los viernes tocaba un conjunto de rock and roll y los sábados una banda de música country. Para la mayoría de los vaqueros de la localidad y sus chicas, era el lugar donde ir en busca de una cerveza o de una pelea. La mayor parte de las líneas telefónicas eran

**compartidas entre dos,
cuatro o seis abonados, de
manera
que la gente tenía siempre
de qué hablar. En todos los
pueblos pequeños los
escándalos se cuecen
siempre a
fuego lento en el hornillo de
atrás, como el cocido de la
abuela. La mayor parte de
los escándalos se
originaban en el Bend, pero
de vez en cuando alguien
con una posición social más
elevada aportaba algo a la**

olla común.

**El pueblo se gobernaba por
asamblea popular, y
aunque desde 1965 se
hablaba de elegir un
concejo
municipal que se reuniera
dos veces al año para
estudiar el presupuesto, la
idea no había llegado a
cuajar. El
pueblo no crecía con la
rapidez suficiente para que
las costumbres ancestrales
resultaran verdaderamente**

incómodas, aunque más de un recién llegado levantaba con exasperación los ojos al cielo ante esa indigesta democracia que alzaba las manos para votar. Había tres funcionarios electivos: el alguacil de la ciudad, que se ocupaba de los pobres, un empleado municipal (para sacar la matrícula del coche había que ir al extremo de Taggart Stream Road y desafiar a dos perros que

andaban sueltos por el patio) y el encargado de asuntos escolares. El cuerpo de bomberos voluntarios recibía una paga simbólica de trescientos dólares anuales, pero en realidad era más bien un club social para ancianos jubilados, que durante la temporada de quemada de rastrojos se divertían bastante y se dedicaban a charlar alrededor del

**camión durante el resto del
año. No había
departamento de obras
públicas porque el agua
corriente, el gas, las cloacas
y la electricidad no eran
servicios
públicos. Las torres de alta
tensión atravesaban el
municipio en diagonal, de
noroeste a sudeste,
abriendo en el
bosque una enorme brecha
de cuarenta y cinco metros
de ancho. Una de las torres
se elevaba cerca de la casa**

**de los Marsten
recortándose sobre ella
como un centinela.
La información que tenía
Salem's Lot acerca de
guerras, incendios y crisis
gubernamentales provenía
principalmente de los
noticieros de Walter
Cronkite por televisión.
Aunque claro, todo el
mundo sabía que al
muchacho de los Potter lo
habían matado en Vietnam
y que el hijo de Claude**

Bowie, después de pisar una mina, había vuelto con un pie de metal, pero le habían dado un trabajo como ayudante de Kenny Danles en la oficina de correos, de modo que eso estaba perfectamente arreglado. Los chicos llevaban el cabello más largo que sus padres y no se lo peinaban con tanto cuidado, pero ya nadie les prestaba atención. Cuando en la escuela

secundaria abandonaron el uniforme, Aggie Cortiss escribió una carta al Ledger de Cumberland, pero hacía años que Aggie escribía cartas a ese periódico todas las semanas, principalmente sobre los peligros del alcohol y sobre la maravilla de aceptar a Jesucristo en su corazón como salvador. Algunos de los chicos tomaban drogas. En agosto, el juez Hooker

impuso a Frank, el hijo de Horace

Kilby, una multa de cincuenta dólares (aunque le permitió pagarla con lo que sacaba repartiendo periódicos a

domicilio), pero el mayor problema era el alcohol

Desde que la edad para consumir bebidas

alcohólicas se fijó

en dieciocho años, eran

muchos los chicos que

pasaban las horas en el bar

de Dell. Después volvían a sus casas conduciendo a toda velocidad, como si quisieran pavimentar el camino con goma, y de vez en cuando alguno se mataba. Como cuando Billy Smith se estrelló contra un árbol en Deep Cut Road a casi ciento cincuenta kilómetros por hora y se mató junto con su chica, LaVerne Dube.

De no haber sido por estas cosas, el conocimiento de los tormentos por los que atravesaba el país no habría sido más que académico en Salem's Lot. Allí, el tiempo transcurría de forma diferente. En un pueblecito tan simpático no podía suceder nada demasiado malo.

5

Ann Norton estaba planchando cuando su hija irrumpió en la casa con

**una bolsa de comestibles,
puso
ante sus ojos un libro que
tenía en la solapa la
fotografía de un hombre de
rostro delgado y empezó a
hablar.**

**—Espera un momento —le
dijo Ann—. Baja el
volumen del televisor y
cuéntame.**

**Susan estranguló la voz de
Art Fleming, que
desparramaba miles de
dólares desde su programa,
y le**

contó a su madre que había conocido a Ben Mears. La señora Norton tuvo cuidado de hacer pausados gestos de asentimiento y simpatía a medida que se desarrollaba el relato, pese a las luces amarillas de advertencia que se encendían en su cabeza siempre que Susan hablaba de un muchacho nuevo o un hombre. En realidad,

se le hacía difícil pensar que Susie ya tenía la edad suficiente para que fueran hombres. Pero las luces de hoy eran un poco más intensas.

—Parece interesante — comentó mientras ponía sobre la tabla de planchar otra de las camisas de su marido.

—Estuvo realmente simpático —afirmó Susan —. Muy natural.

—Ay..., mis pies —se quejó la señora Norton. Dejó la

**plancha en el porta
plancha, donde silbó
ominosamente, y se
acomodó en la mecedora
situada junto a la amplia
ventana. Tomó un
Parliament del
paquete que estaba sobre la
mesita de café y lo encendió
—. ¿Estás segura de que es
un muchacho serio,
Susie?**

**Susan sonrió un poco a la
defensiva.**

**—Claro que estoy segura.
Tiene el aspecto... no sé, de**

un profesor universitario o algo así.

—Dicen que el Bombero Loco tenía aspecto de jardinero —evocó reflexivamente su madre.

—Bosta de ciervo — respondió alegremente Susan. Era una expresión que siempre irritaba a su madre.

—Déjame ver el libro. — Ann tendió una mano para cogerlo.

Mientras se lo daba, Susan recordó repentinamente la

**escena de la violación
homosexual en la prisión.
—Danza aérea —dijo con
aire meditabundo Ann
Norton, y empezó a pasar
distraídamente las páginas.
Susan esperaba, resignada.
Su madre lo encontraría.
Como siempre.
Las ventanas estaban
abiertas y una brisa ociosa
rizaba las cortinas
amarillas de la cocina, que
su madre
insistía en llamar despensa
como si vivieran en medio**

de las comodidades de la clase alta. Era una hermosa casa, maciza, de ladrillo, un poco difícil de calentar en invierno pero fresca como una gruta durante el verano.

Estaba situada en una ligera elevación al término de Brock Street y desde la ventana frente a la cual estaba

sentada la señora Norton se podía ver todo el pueblo. El panorama no sólo era agradable, sino incluso

**espectacular en invierno,
con el paisaje amplio y
brillante de la nieve
inmaculada y de los
edificios
desdibujados por la
distancia, que arrojaba a
los campos nevados largas
sombras amarillas.**

**—Me parece que leí un
comentario sobre el libro
en el periódico de Portland.
No era muy bueno.**

**—Pues a mí me gusta —
anunció Susan con firmeza
—. Y me gusta él.**

—Es posible que a Floyd también le guste —comentó la señora Norton—.

Deberías presentarles.

Susan sintió una verdadera punzada de cólera que la consternó. Creía que ella y su madre habían dejado atrás las últimas tormentas de la adolescencia y sus secuelas, pero estaba equivocada. Las dos reanudaron la vieja discusión en la que la identidad de Susan debía luchar contra la

experiencia y las creencias de su madre.

—Ya hemos hablado de Floyd, mamá, y tú sabes que eso no era nada serio.

—El periódico también decía que había unas escenas bastante espeluznantes en la prisión. Cosas entre muchachos...

—¡Mamá, por el amor de Dios! —Susan cogió uno de los cigarrillos de su madre.

—No tienes por qué usar el nombre de Dios en vano —

señaló la señora Norton imperturbable.

Le devolvió el libro y tiró la ceniza del cigarrillo en un cenicero de cerámica que tenía la forma de un pez. Se lo había regalado una de sus amigas de la asociación de beneficencia y a Susan siempre le había irritado sin que pudiera saber exactamente el motivo. Tal vez porque había algo obsceno en eso de echar

ceniza en la boca de una perca.

—Voy a guardar los comestibles —dijo Susan, y se levantó.

La señora Norton volvió a insistir en voz baja:

—Sólo me refería a que si tú y Floyd Tibbits vais a casaros...

La irritación aumentó hasta convertirse en la antigua cólera punzante.

—Pero por Dios, ¿cómo se te ha ocurrido semejante

idea? ¿Alguna vez te he dicho que pensaba casarme?

—Yo suponía...

—Pues suponías mal — interrumpió Susan con ardor y faltando un poco a la verdad. Hacía ya unas semanas que trataba de desanimar gradualmente a Floyd.

—Suponía que cuando una sale con el mismo muchacho durante un año y medio — prosiguió, suave e

**implacable su madre—, eso
debe de significar que las
cosas han llegado a un
punto en que ya no se
limitan a
cogerse de las manos.
—Floyd y yo somos algo
más que amigos —
confirmó tranquilamente
Susan para que su madre
sacara la
conclusión que quisiera.
Una conversación no
formulada quedó
pendiente entre ellas:**

**—¿Te has acostado con
Floyd?**

—Eso a ti no te importa.

**—¿Qué significa para ti ese
Ben Mears?**

—Eso a ti no te importa.

**—A ver si te entusiasmas
con él y haces alguna
tontería.**

—Eso a ti no te importa.

**—Pero es que te amo,
Susie. Papá y yo te
queremos mucho.**

**Y para eso no había
respuesta. Por eso era
urgente Nueva York o**

**cualquier otra cosa.
Finalmente, uno
siempre terminaba por
estrellarse contra las
tácitas barricadas de ese
amor, como si fueran las
paredes
acolchadas de una celda.
La verdad del amor de sus
padres hacía que fuera
imposible mantener una
discusión
en la que pudieran
plantear posiciones y
despojaba de sentido a**

**cuanto había sucedido
antes de que
comenzasen a no estar de
acuerdo.**

**—Bueno —dijo
suavemente la señora
Norton. Apagó el cigarrillo
en la boca de la perca y lo
dejó en la
barriga.**

**—Voy a mi habitación —
dijo Susan.**

**—Está bien. ¿Podré leer el
libro cuando lo termines?**

—Si quieres...

**—Me gustaría conocerle —
expresó la señora Norton.**

**Susan separó las manos
encogiéndose de hombros.**

**—¿Volverás tarde esta
noche?**

—No lo sé.

**—¿Qué le digo a Floyd
Tibbits si llama?**

**El enojo volvió a
apoderarse de Susan.**

**—Dile lo que quieras —
hizo una pausa—. Es lo que
harás de todos modos.**

—¡Susan!

La muchacha subió por las escaleras sin mirar hacia atrás.

La señora Norton permaneció donde estaba mirando por la ventana hacia el pueblo, pero sin verlo. En el piso de arriba se oyeron los pasos de Susan y después el chirrido del caballete al correrlo.

Se levantó y se puso otra vez a planchar. Cuando pensó que Susan estaría totalmente sumergida en su

trabajo (aunque no fue más que una idea apenas consciente en un rincón de su mente) se dirigió al teléfono de la despensa y llamó a Mabel Werts. Durante la conversación comentó que Susan le había contado que un escritor famoso estaba en el pueblo. Mabel resopló y dijo «claro, te referirás al hombre que escribió La hija de

Conway», y la señora Norton asintió. Mabel añadió que eso no era escribir sino pura y simplemente hacer libros pornográficos. La señora Norton le preguntó si el escritor estaba alojado en un motel o...

En realidad, se alojaba en el pueblo, en la casa de Eva, la dueña de la única pensión de la localidad. Se sintió profundamente aliviada. Eva Miller era una viuda decente que no

se andaba con rodeos. Sus normas respecto a subir mujeres a las habitaciones eran simples y estrictas. «Si es su madre o su hermana, de acuerdo.

Si no, se pueden sentar en la cocina.» Y sobre eso no había discusiones.

Quince minutos más tarde, después de disimular sagazmente su principal objetivo hablando de otros

**chismorreos, la señora
Norton cortó la
comunicación.**

**«Susan —pensaba
mientras volvía a la tabla
de planchar—. Oh, Susan,
lo único que quiero es lo
mejor
para ti. ¿No puedes
comprenderlo?»**

6

**No era demasiado tarde —
apenas un poco más de las
once— cuando volvían de
Portland en el coche por**

la carretera 295. El límite de velocidad después de salir de los suburbios de Portland era de 110 kilómetros, Ben lo respetó. Los faros del Citroen perforaban limpiamente la oscuridad. A los dos les había gustado la película, pero se mostraban cautos, como sucede con personas que están tanteando mutuamente sus límites. De pronto, Susan

recordó la pregunta de su madre.

**—¿Dónde te alojas? —
inquirió—. ¿O has
alquilado algo?**

**—Tengo una habitación
pequeña en el tercer piso
de la pensión de Eva, en
Railroad Street.**

**—¡Pero es espantoso! ¡Allí
arriba debe de hacer un
calor horrible!**

**—A mí me gusta el calor —
explicó Ben—. No me
molesta para trabajar. Me
quito la camisa, enciendo**

la radio y me bebo una buena dosis de cerveza. He estado escribiendo unas diez páginas por día.

Además, hay algunos chiflados interesantes. Y cuando por fin uno sale al porche a respirar la brisa... es el paraíso.

—De todas formas... — protestó Susan no muy convencida.

—Pensé en alquilar la casa de los Marsten —comentó Ben con aire

despreocupado—, y hasta fui a informarme, pero la habían vendido.

—¿La casa de los Marsten? —se asombró Susan—. Te equivocas de lugar.

—En absoluto. La que está en la primera colina, al noroeste del pueblo. En Brooks Road.

—¿La han vendido? Pero ¿quién demonios...?

—Lo mismo pensé yo. Más de una vez me han acusado

de estar un poco loco y, sin embargo, yo sólo pensaba en alquilarla. El agente de la inmobiliaria no quiso decir nada.

Parecía guardar un tremendo secreto.

—Tal vez sea algún forastero que quiera convertirla en residencia de veraneo —conjeturó Susan

—, Pero

en cualquier caso, es una locura. Una cosa es restaurar un lugar, y a mí

**me encantaría intentarlo,
pero eso no
tiene restauración posible.
Cuando yo era pequeña ya
era una ruina. Ben, ¿por
qué pensaste en vivir allí?
—¿Has entrado alguna vez,
Susan?**

**—No, pero en cierta
ocasión me atreví a mirar
por la ventana. Y tú, ¿has
entrado?**

**—Sí, una vez —respondió
Ben.**

**—Es un lugar
escalofriante, ¿verdad?**

Los dos se quedaron en silencio pensando en la casa de los Marsten. Era una actividad nostálgica que no tenía el matiz romántico de las otras. El escándalo y la violencia relacionados con la casa se habían producido antes de que ellos nacieran, pero las ciudades pequeñas no olvidan fácilmente y transmiten sus horrores de generación en generación. La historia de Hubert Marsten y su mujer, Birdie,

**era lo más parecido a un
secreto turbio que se
guardaba en los anales del
pueblo. Hubie había sido
presidente de una gran
compañía de camiones de
Nueva**

**Inglaterra en la década de
los veinte. Una compañía
de la que muchos
comentaban que obtenía
sus más**

**suculentos beneficios
después de medianoche,
introduciendo en**

**Massachusetts whisky
procedente de Canadá.
Tras hacer fortuna, él y su
mujer se retiraron a
Salem's Lot en 1928 y
perdieron buena parte de
su dinero
(nadie, ni siquiera Mabel
Werts, sabía exactamente
cuánto) en el crack bursátil
de 1929.**

**Durante los diez años
transcurridos entre la crisis
y la ascensión de Hitler al
poder, Marsten y su mujer**

vivieron en su casa como ermitaños. Sólo se les veía los miércoles por la tarde, cuando iban al pueblo a hacer sus compras. Larry McLeod, que en aquellos años era el cartero, contaba que Marsten recibía diariamente dos periódicos, The Saturday Evening Post, The New Yorker, y una revista sensacionalista que se llamaba

Amazing Stories. Una vez al mes recibía también un cheque de la compañía de camiones, que tenía su sede en

Fall River, Massachusetts.

Larry decía que él se daba cuenta de que era un cheque arqueando el sobre para

espiar por la ventanilla de la dirección.

Fue Larry quien los encontró en el verano de 1939. Los periódicos y

**revistas de cinco días se
habían
amontonado en el buzón
hasta el punto de que era
imposible meter más.
Larry los llevó a la casa
con la
intención de dejarlos entre
la puerta de rejilla y la
principal.
Corría el mes de agosto,
era pleno verano y el
césped en el jardín
delantero de los Marsten
estaba verde**

**y lozano. Sobre el enrejado
que se levantaba en el lado
oeste de la casa
enloquecían las
madreselvas y las
rechonchas abejas
zumbaban indolentemente
en torno de las aromáticas
flores de un blanco cerúleo.
En esa
época, la casa todavía era
agradable a la vista,
aunque el césped estuviera
demasiado crecido.
Generalmente**

todos coincidían en que Hubie había construido la casa más bonita de Salem's Lot antes de volverse loco. Cuando estaba a mitad de camino, según el relato que se repetía con expectante horror para cada nuevo miembro de la asociación de beneficencia, Larry había percibido un mal olor, como de carne en descomposición. Al golpear en la puerta principal no obtuvo respuesta. Miró hacia adentro y no pudo

distinguir nada en la densa penumbra. En vez de entrar, rodeó la casa, y fue una suerte que lo hiciera.

En la

parte de atrás, el olor era aún peor. Larry intentó abrir la puerta del fondo y como estaba cerrada sin llave

entró en la cocina. Birdie Marsten estaba tendida en un rincón, con las piernas abiertas y los pies desnudos. Le

**habían volado media
cabeza de un disparo hecho
a quemarropa.**

**«Y las moscas... —decía
siempre en ese momento
Audrey Hersey hablando
con tranquila autoridad—.
Larry dice que la cocina
estaba llena de moscas.
Zumbaban por todas
partes, se posaban en...
usted ya me
entiende, y volvían a
levantar el vuelo. Las
moscas...»**

Larry McLeod salió de allí y volvió directamente al pueblo. Buscó a Norris Varney, que en ese momento era el policía, y llamó a tres o cuatro de los parroquianos de la tienda de Crossen; en aquel entonces, el padre de Milt era todavía el que atendía el local. Entre los que acudieron estaba Jackson, el hermano mayor de

Audrey. Volvieron a la casa en el Chevrolet de Norris y en la camioneta de correos de Larry.

En el pueblo, nadie había estado jamás en la casa y no terminaban de asombrarse. Cuando se extinguió el alboroto, el Telegram de Portland publicó un artículo de fondo sobre el asunto. La casa de Hubert Marsten era un atestado, caótico e increíble nido de ratas,

**donde la basura y la
podredumbre se apilaban
dejando
estrechos y tortuosos
senderos que se abrían
paso entre montones de
periódicos, revistas
amarillentas y miles
de libros que se caían a
pedazos. La antecesora de
Loretta Starcher en la
biblioteca pública de
Salem's Lot se
había hecho con las obras
completas de Dickens,
Scott y Mariatt, que**

**seguían allí sin
desempaquetar.**

**Jackson Hersey levantó un
ejemplar del Saturday
Evening Post, empezó a
hojearlo y se quedó
perplejo:**

**en cada página habían
pegado pulcramente un
billete de un dólar.**

**Fue Norris Varney quien
descubrió que Larry había
tenido mucha suerte al
entrar por la puerta de la
cocina. El arma asesina
había sido atada a una**

**silla, con el cañón en
dirección a la puerta de
delante, apuntado
a la altura del pecho de un
hombre. El fusil estaba
amartillado y del gatillo
salía una cuerda que corría
por el
piso del vestíbulo hasta el
picaporte de la puerta.
«Y bien cargado que estaba
—insistía Audrey al
contarlo—. Un tironcito y
Larry McLeod se hubiera**

**encontrado directamente
ante las puertas de la
morada eterna.»**

**También había otras
trampas, aunque menos
mortíferas. Sobre la puerta
del comedor habían
colocado un
atado de veinte kilos de
periódicos. Uno de los
peldaños de la escalera que
llevaba al piso de arriba
estaba
serrado y podría haber
costado a cualquiera un
tobillo roto. No tardó en**

**evidenciarse que Hubie
Marsten
estaba algo más que mal de
la cabeza; se había vuelto
total y rematadamente
loco.**

**Lo encontraron en el
dormitorio que había al
final del pasillo del piso de
arriba colgado de una viga.
Susan y sus amiguitas se
habían torturado
deliciosamente con los
relatos que habían oído de
sus**

**mayores; Amy Rawcliffe
tenía en el patio del fondo
de su casa una casita de
juguete, donde las niñas
solían
encerrarse con llave y
sentarse en la oscuridad
para aterrarse unas a otras
hablando de la casa de los
Marsten,
que se había ganado su
siniestra reputación mucho
antes de que Hitler
invadiera Polonia, y para
repetirse las**

**historias que habían oído a
sus padres con los
aditamentos más
espeluznantes que
alcanzaban a imaginar,
Todavía hoy, dieciocho
años más tarde, Susan
tenía la sensación de que
sólo el pensar en la casa de
los
Marsten actuaba sobre ella
como el conjuro de un
hechicero, evocando las
imágenes, dolorosamente
nítidas,**

de las niñas acurrucadas en la casa de juguete, tomadas de las manos mientras Amy relataba con voz

escalofriante: «Y tenía toda la cara hinchada, la lengua negra y le colgaba fuera de la boca. Estaba cubierto de moscas. Mi mamá se lo contó a la señora Werts.»

—..Jante.

—¿Cómo? Discúlpame. —

A Susan le costó casi un esfuerzo físico regresar al presente.

En ese momento, Ben salta de la autopista de peaje para tomar el desvío hacia Salem's Lot. Repitió:

—Dije que realmente es un lugar horripilante.

—Háblame de cuando estuviste dentro.

Con una risa carente de alegría, Ben encendió las luces de carretera. Con sus dos carriles, la oscuridad del camino se extendía ante ellos, enmarcada en una doble hilera de pinos y abetos.

—Empezó como un juego de niños. Tal vez nunca haya sido más que eso.

Recuerda que hablo del año

cincuenta y uno y que a los pequeños tenía que

ocurrírseles algo que los divirtiera porque en esa época aún no

estaba de moda meterse

por las narices la cola para

armar los aviones de

juguete. Yo solía jugar con

los chicos

del Bend, la mayoría de ellos ya no deben de estar aquí en estos momentos...

¿Todavía siguen llamando Bend

a la parte sur de Salem's Lot?

—Sí.

—Pues yo jugaba con Davie Barclay, Charles James, a quien todos los chicos solían llamar Sonny, con Harold Rauberson, Floyd Tibbits...

—¿Con Floyd? —preguntó Susan sobresaltada.

—Sí. ¿Lo conoces?

—Durante un tiempo salí con él —respondió Susan, y temerosa de que su voz sonara extraña prosiguió presurosamente—: Sonny James también sigue aquí. Está a cargo de la gasolinera de Jointner Avenue. Harold Rauberson murió. De leucemia.

—Todos ellos tenían un par de año» más que yo.

Formaban una banda muy exclusiva. Sólo podían ingresar en ella los Piratas Sanguinarios que cumplieran por lo menos tres requisitos. —Ben se había propuesto hacer un relato aséptico, pero en sus palabras subyacía un resabio de k antigua amargura—. No querían admitirme, y lo que más deseaba en el mundo era ser Pirata

**Sanguinario... ese verano,
por lo menos.**

**Seguí insistiendo hasta que
finalmente cedieron.**

**Dijeron que me aceptarían
si pasaba una prueba, que
Dave**

**urdió en ese mismo
momento. Teníamos que ir
todos a la casa de los
Marsten y yo tendría que
entrar y salir
con un botín. —Volvió a
reírse, pero sintió que se le
había secado la boca.**

—¿Y qué sucedió?

**—Entré por una ventana.
La casa seguía llena de
basura después de doce
años. Durante la guerra se
debieron de llevar los
periódicos, pero lo demás
lo dejaron allí. En el
vestíbulo había una mesa y
sobre ella
uno de esos globos con
nieve... ¿Sabes a qué me
refiero? Dentro del globo
hay una casita y, cuando lo
agitas,
la nieve cae encima. Lo
guardé en el bolsillo, pero**

no salí. En realidad, quería probarme a mí mismo, de modo

que subí las escaleras y me dirigí hacia la habitación donde se ahorcó.

—Oh, Dios mío —susurró Susan.

—Alcánzame un cigarrillo de la guantera, ¿quieres? Estoy tratando de dejar de fumar, pero en este momento lo necesito.

Susan se lo alcanzó y Ben oprimió el encendedor del tablero.

—La casa olía mal. No puedes imaginar cómo olía, a humedad y a tapizados podridos, y había una especie de olor ácido, como de mantequilla rancia. Pero había vida..., ratas, marmotas o sabe Dios qué bichos habían hecho cuevas en las paredes o hibernaban en el sótano. Había un olor húmedo y mezquino por toda la casa.

**»Trepé por las escaleras.
No era más que un niño de
nueve años muerto de
miedo. La casa crujía y
parecía moverse. Yo oía el
ruido de seres que surgían
de mi interior y se filtraban
por las paredes.**

**»Me parecía oír pasos que
me seguían. Tenía miedo de
girarme y ver que Hubie
Marsten se me
acercaba, tambaleándose,
llevando una cuerda con un
nudo corredizo en la mano
y con la cara negra.**

Sus manos agarraban con nerviosismo el volante y había desaparecido de su voz toda frivolidad. La intensidad de su recuerdo asustó un poco a Susan. El resplandor de las luces del tablero destacaba en el rostro de Ben la expresión de un hombre que viajaba por un país odiado del que no puede alejarse por completo.

—Al llegar a lo alto de la escalera reuní todo mi

valor y corrí por el pasillo hasta llegar a esa habitación.

Estaba decidido a entrar corriendo en ella, apoderarme de cualquier cosa que hubiera allí y bajar a toda prisa.

Al final del pasillo, la puerta estaba cerrada y yo la veía cada vez más próxima. Veía que las bisagras habían cedido y que el borde inferior de la puerta se apoyaba en el umbral.

**Alcancé a ver el picaporte
de plata, un
poco empañado en el lugar
donde se apoyaban las
manos. Cuando lo empujé,
la parte de abajo de la
puerta
chirrió como una mujer
que sufre. Si hubiera
estado en mis cabales, creo
que me habría dado la
vuelta y
habría salido de allí como
alma que lleva el diablo.
Pero estaba lleno de**

**adrenalina, y aferré el
picaporte con
ambas manos para
empujar con todas mis
fuerzas. La puerta se abrió
y allí estaba Hubie, colgado
de la viga,
con la forma del cuerpo
recortada contra la luz de
la ventana.**

—Oh, Ben, no es...

**—Te aseguro que es la
verdad —insistió él—. La
verdad de lo que vio un
niño de nueve años y de lo**

que veinticuatro años más tarde recuerda el hombre. Hubie estaba allí colgado y no tenía la cara negra, qué va. La tenía verde, con los ojos hinchados y cerrados. Las manos lívidas..., horrorosas. Y entonces abrió los ojos. Ben aspiró el humo de su cigarrillo y lo arrojó por la ventanilla a las tinieblas. —Dejé escapar un chillido que debió de oírse a tres

**kilómetros y salí corriendo.
Caí por la escalera. Me
levanté. Salí corriendo por
la puerta principal. Seguí
corriendo por el camino.
Los chicos me esperaban a
casi
un kilómetro de distancia.
Entonces me di cuenta de
que todavía tenía en la
mano el globo de cristal y...
todavía lo conservo.
—Pero... tú no crees
realmente que viste a
Hubert Marsten, ¿verdad,**

**Ben? —Muy a lo lejos,
Susan
alcanzaba a ver la luz
amarilla y parpadeante que
señalaba el centro del
pueblo y se alegró de verla.
—No lo sé —respondió él,
después de una larga
pausa. Habló con dificultad
y de mala gana, como si
hubiera preferido negarlo y
terminar con el tema—.
Quizá estaba tan exaltado
que no fue más que una
alucinación. Por otra parte,
es posible que haya cierta**

verdad en la idea de que las casas absorben las emociones que se generan en ellas, que tienen una especie de... magnetismo interior. Tal vez una personalidad adecuada, la de un chico imaginativo, por ejemplo, pueda actuar como catalizador sobre esa carga magnética y conseguir que produzca una manifestación activa de... de algo. No estoy

hablando de fantasmas. Me refiero a una especie de televisión psíquica en tres dimensiones. Quizá haya algo vivo. No sé, un monstruo o algo así. Susan tomó uno de los cigarrillos de Ben y lo encendió.

—De todas maneras, pasé semanas enteras durmiendo sin apagar la luz del dormitorio y durante toda mi

**vida he seguido soñando
con que abría esa puerta.
Siempre que estoy
nervioso, sueño con eso.**

—Es espantoso.

**—No. No tanto. Todos
tenemos nuestras
pesadillas.**

**Con un gesto del dedo
pulgar, Ben señaló las casas
dormidas y silenciosas que
bordeaban Jointner
Avenue.**

**—A veces —continuó— me
pregunto si hasta las tablas**

de esas casas gimen con las cosas horrorosas que suceden en los sueños. —Hizo una pausa—. Si quieres, podrías venir a la pensión de Eva y nos sentamos un rato en el porche. No puedo invitarte a entrar, por las reglas de la casa, pero tengo un par de coca-colas en la nevera y traeré el ron de mi habitación. Podemos echar un trago de despedida.

**—Oh, me encantaría.
Ben dobló por Railroad
Street, apagó las luces del
coche y se dirigió al
pequeño aparcamiento de
tierra
destinado a los huéspedes
de Eva. El porche trasero
estaba pintado de blanco
con filetes rojos y las tres
sillas
de mimbre colocadas en él
miraban hacia, el río. El
espectáculo era
deslumbrante. La luna del
final de verano,**

**atrapada en los árboles de
la ribera, pintaba a través
del agua una senda de
plata. En el silencio del
pueblo,
Susan oía el débil gorgoteo
espumoso del agua al
verterse por las esclusas del
embalse.**

**—Siéntate, vuelvo
enseguida.**

**Ben entró en la casa,
cerrando suavemente tras
de sí la puerta de repita, y
Susan se sentó en una de
las**

mecedoras.

A pesar de lo extraño que era, él le gustaba. Susan no creía en el amor a primera vista, pero creía que con frecuencia el deseo (disimulado con otros nombres más inocentes) se encendía instantáneamente. Y sin embargo, Ben no era un hombre que impulsara a escribir a medianoche en un diario íntimo; era demasiado

delgado para su altura, un poco pálido. Su rostro resultaba introspectivo y demasiado intelectual, los ojos rara vez traicionaban sus pensamientos. Todo eso coronado por una densa mata de cabello negro que daba la impresión de peinar con los dedos en vez de cepillárselo. Y esa historia. Ni La hija de Conway ni Danza aérea traicionaban

una disposición anímica tan morbosa. La primera novela narraba la historia de la hija de un pastor que se escapa, se une a los jóvenes rebeldes y hace un largo y azaroso viaje por todo el país en autostop. La segunda era la historia de Frank Buzzey, un convicto fugado que empieza una nueva vida como mecánico en otro estado, hasta que

**vuelven a detenerlo. Los
dos libros
eran enérgicos y llenos de
vida, y no daban la
impresión de que sobre
ellos se balanceara la
sombra de Hubie
Marsten, reflejada en los
ojos de un chiquillo de
nueve años.
Como si sus propios
pensamientos la obligaran
a hacerlo, Susan apartó sus
ojos del río y los dirigió
casi**

involuntariamente hacia la izquierda del porche, donde la última colina que se alzaba ante el pueblo impedía ver las estrellas.

—Ya está —dijo Ben—.

Espero que esto te guste...

—Mira la casa de los Marsten —dijo ella.

Ben miró, y vio que había una luz allá arriba.

7

Habían terminado el cubalibre pasada la medianoche; la luna casi

había desaparecido. Tras un rato de conversación intrascendente, Susan dijo: —Me gustas, Ben. Me gustas mucho.

—Tú también me gustas. Y me sorprende... No, no era eso lo que quería decir.

¿Recuerdas aquella tontería que dije en el parque? Todo esto parece demasiado fortuito.

—Yo quiero volver a verte, si tú estás de acuerdo.

—Claro que sí.

**—Pero sin darnos prisa.
Recuerda que no soy más
que una muchacha de
pueblo.**

**—Parece tan
hollywoodense... —Ben
sonrió—. Me refiero a las
buenas películas de
Hollywood, claro.**

**¿Se supone que es ahora
cuando tengo que besarte?
—Sí —asintió con seriedad
Susan—. Creo que es lo
que corresponde.**

**Ben estaba sentado en la
mecedora de al lado y, sin**

**interrumpir su lento
movimiento oscilatorio, se
inclinó para besar la boca
de Susan. No pretendía
alcanzar la lengua de la
muchacha ni tocarla. Sus
labios
eran firmes con la presión
de los dientes y en su
aliento había un débil eco
de ron y de tabaco.
Susan también empezó a
mecerse y el movimiento
convirtió el beso en algo
nuevo, que crecía y**

decrecía, se hacía leve y otra vez firme. «Está saboreándome», pensó Susan. La idea movilizó en ella una limpia y secreta excitación, y la muchacha interrumpió el beso antes de que pudiera llevarla más lejos. —¡Uf! —suspiró Ben. —¿Te gustaría venir a cenar a casa conmigo? Estoy segura de que a mis padres les encantaría conocerte.

—En la placentera serenidad de ese momento, Susan podía hablar así de su madre.

—¿Comida casera?

—Caserísima.

—Me encantaría. Desde que llegué me estoy alimentando de bocadillos.

—¿A las seis? En este pueblo se cena temprano.

—Espléndido. Y ya que hablamos de casa, será mejor que te lleve. Vamos. Durante el trayecto no hablaron hasta que Susan

volvió a ver la luz nocturna que parpadeaba en la cima de la colina, la que su madre dejaba siempre encendida cuando ella salía.

—¿Quién podrá estar despierto allí arriba? — caviló, mirando hacia la casa de los Marsten.

—El nuevo dueño, probablemente — respondió Ben sin comprometerse.

—Pero esa luz no parecía eléctrica —continuó ella—.

Demasiado débil y amarillenta. Tal vez fuera una lámpara de queroseno.

—Es probable que todavía no tengan corriente.

—Tal vez. Pero cualquiera que fuera un poco previsor llamaría a la compañía de la luz antes de trasladarse.

Ben no contestó. Había llegado a la entrada de la casa de Susan.

—Ben —prorrumpió ella de pronto—, tu nuevo

libro, ¿es sobre la casa de los Marsten?

Él rió y le besó la punta de la nariz.

—Es tarde.

—No pretendía ser curiosa

—le sonrió Susan.

—Está bien. Ya hablaremos de eso... durante el día.

—Perfecto.

—Será mejor que entres, pequeña. ¿Mañana a las seis?

Susan miró su reloj.

—Hoy a las seis.

—Buenas noches, Susan.

—Buenas noches.

Bajó del coche y corrió por el sendero hasta la puerta lateral, para después volverse a saludarle con la mano mientras Ben se alejaba con el coche. Antes de entrar cogió la nota con el pedido para el lechero y agregó crema ácida. Se servirá con patatas al horno, pensó. Le dará categoría a la cena. Se demoró un minuto más antes de entrar, mirando

**hacia la casa de los
Marsten.**

8

**Ya en su habitación,
pequeña como una caja,
Ben se desvistió con la luz
apagada y se deslizó
desnudo**

**entre las sábanas. Susan
era una chica bonita, la
primera que le parecía
bonita desde la muerte de
Miranda.**

**Pensó que ojalá no tratara
de convertirla en una
nueva Miranda; sería**

**doloroso para él y
horriblemente injusto
para ella.**

**Se tendió en la cama y se
relajó. Antes de que le
venciera el sueño, se apoyó
en un codo y miró por la
ventana, más allá de la
sombra rectangular de la
máquina de escribir y por
encima del delgado manojó
de
hojas manuscritas que
estaba junto a ella. Después
de examinar varias**

habitaciones, había pedido a Eva Miller que le diera específicamente ésta, porque estaba orientada directamente hacia la casa de los Marsten.

Allá arriba, las luces seguían encendidas.

Esa noche, por primera vez desde que había vuelto a Salem's Lot, tuvo la antigua pesadilla, que no se había presentado con tanta nitidez desde los días espantosos que habían

**seguido a la muerte de
Miranda en el
accidente. La carrera a lo
largo del pasillo, el horrible
chillido de la puerta
mientras se abría, la figura
pendiente que abría
súbitamente los ojos
abominablemente
hinchados, él mismo que se
volvía hacia la puerta
en el pánico lento y
pegajoso de los sueños...
Y la encontraba cerrada
con llave.**

TRES

SOLAR (I)

1

El pueblo no tarda en despertar; el trabajo no espera. Cuando el sol todavía no ha despuntado en el horizonte y la oscuridad reina en la comarca, la actividad ya ha empezado.

2

4.00 h.

Los muchachos de Griffen —Hal de dieciocho años, y Jack de catorce— y los dos peones habían

empezado a ordeñar. El establo era una maravilla de limpieza, encalado y reluciente. Por el centro, entre las sendas immaculadas que pasaban frente a las dos hileras de establos, corría un bebedero de cemento. Hal hizo correr el agua accionando un interruptor al tiempo que abría una válvula. La bomba de motor eléctrico que

sacaba el agua de uno de los dos pozos artesianos que alimentaban el lugar se puso en movimiento con un zumbido continuo. Hal era un muchacho hosco, nada brillante, y ese día estaba especialmente irritable. La noche anterior había tenido una discusión con su padre. Hal no quería seguir yendo a la escuela. Odiaba la escuela. No soportaba ese aburrimiento, esa

insistencia en que permaneciera inmóvil durante períodos de cincuenta minutos de duración y estaba harto de todas las materias, con excepción del taller de carpintería y el de artes gráficas. El inglés era desesperante; la historia, idiota; las matemáticas comerciales, incomprensibles. Y lo peor de todo era que nada de eso servía

para nada. A las vacas no les importaba cómo se hablaba o que se conjugaran mal los verbos, ni quién fue el comandante en jefe del maldito ejército del Potomac durante la maldita Guerra Civil, y en cuanto a las matemáticas, su padre era incapaz de sumar dos quintos y un medio aunque se lo mandaran frente a un pelotón de fusilamiento. Por eso tenía un contable.

¡Menudo tipo! Tenía un título universitario y trabajaba para un idiota como su viejo. Éste le había dicho muchas veces que el secreto de llevar bien un negocio (y una granja lechera era un negocio como cualquier otro) no se aprendía en los libros; todo radicaba en conocer a la gente. Su padre era especial para venirle a uno con toda esa estupidez

sobre las maravillas de la educación — él, que había llegado a sexto grado y nunca leía otra cosa que el Reader's Digest—, pero la granja daba un beneficio de dieciséis mil dólares anuales. Conocer a la gente... Saber dar la mano y preguntar por la mujer sin olvidar el nombre de ella. «Mira, Hal, tienes que conocer a la gente. Hay dos

clases de personas: las que uno se puede llevar por delante y las que no se puede.» Los primeros excedían a los segundos en la proporción de diez a uno.

Lamentablemente, su padre pertenecía al grupo menos numeroso.

Hal miró por encima del hombro a Jack que, lento y soñoliento, iba poniendo en los cuatro primeros

establos el heno que sacaba con la horquilla de un fardo roto. Ése era el tragalibros, el mimado de papá.

También era un miserable, un infeliz.

—¡Vamos! —le gritó—.

¡Date prisa con ese heno!

Abrió los armarios para sacar la primera de las cuatro ordeñadoras y la arrastró por el pasillo. Su gesto

**era hosco por encima del
resplandeciente artefacto
de acero inoxidable.**

**La escuela... ¡A la mierda
con la maldita escuela!**

**Los nueve meses siguientes
se extendían ante él como
una tumba interminable.**

3

4.30 h.

**La leche extraída el último
día ya había sido procesada
y de nuevo estaba camino
de Salem's Lot, pero
ya no en tarros de acero
galvanizado sino en**

cartones que llevaban la colorida etiqueta de la granja lechera de Slewfoot Hill. El padre de Charles Griffen comercializaba la leche que él mismo producía, pero eso ya no resultaba práctico. Las cooperativas habían absorbido a los últimos productores independientes. El lechero representante de Slewfoot Hill en el oeste de

Salem era Irwin Purinton, que empezaba su recorrido por Brock Street (conocida en la comarca como Brock Road, o El Semillero de Baches), para después recorrer el centro del pueblo hasta salir de él por Brooks Road.

Win había cumplido los 61 años en agosto, y por primera vez en su vida, la jubilación inminente le parecía real y posible. Su mujer, una vieja aborrecible llamada Elsie,

**había muerto en el otoño
de 1973**

**(precederlo a la tumba fue
la única consideración que
había demostrado hacia él
en veintisiete años de
matrimonio), y cuando
finalmente le llegara la
jubilación, Win se
instalaría con su perro,
Doc, un mestizo con
mezcla de cocker, en
Pemaquid Point. Sus
proyectos radicaban
básicamente en dormir
todos los días hasta las**

**nueve de la mañana y no
ver nunca más un
amanecer.**

**Se detuvo frente a la casa
de los Norton y el pedido
llenó su cesta: zumo de
naranja, dos litros de leche
y**

**una docena de huevos. Al
bajar del carro sintió una
debilísima punzada en la
rodilla derecha. El tiempo
sería
bueno.**

**Escrito con la letra
redonda y clara de Susan,**

había agregado al pedido habitual de la señora Norton:

«Por favor, Win, deje una botella pequeña de crema ácida. Gracias.»

Purinton volvió a buscarla pensando que le esperaba uno de esos días en que todo el mundo hacía pedidos especiales. ¡Crema ácida! Una vez que la había probado, había sentido náuseas.

El cielo empezaba a aclararse en el este, y en los

campos que se extendían hasta el pueblo, el rocío destellaba como miles de diamantes destinados a pagar el rescate de un rey.

4

5.15 h.

Hacía veinte minutos que Eva Miller estaba levantada. Vestía una bata harapienta y un par de deformadas chinelas color salmón, y estaba preparándose el desayuno: huevos revueltos, lonchas de tocino y

**una fuentecilla de frituras
caseras. £1 refrigerio se
completaba con dos
tostadas con mermelada,
un vaso de
zumo de naranja y una
taza de café. Era una
mujer corpulenta, pero no
exactamente gorda; le
preocupaba
demasiado la pulcritud de
su casa como para que
alguna vez pudiera llegar a
ser gorda. Las curvas de su
cuerpo eran heroicas,
rabelaisianas. Contemplar**

sus movimientos frente a los ocho quemadores de su cocina eléctrica era como ver el incesante movimiento de la marea o las vicisitudes migratorias de las dunas. A Eva le gustaba hacer la primera comida del día en esa soledad total, mientras planeaba el trabajo que le esperaba para la jornada. Y vaya si tendría trabajo: el miércoles era el día que cambiaba la ropa de cama.

**En ese momento tenía
nueve huéspedes, entre
ellos el señor Mears. La
casa tenía tres pisos y
veintisiete
habitaciones, y también
había que lavar los suelos,
fregar las escaleras,
encerar el pasamanos y dar
vuelta a la
alfombra de la sala de
estar. Pensó que le pediría
a Weasel Craig que la
ayudara en algo, salvo que
estuviera
durmiendo la mona.**

La puerta de atrás se abrió en el momento en que Eva se sentaba a la mesa.

—Hola, Win. ¿Cómo le va?

—Más o menos. Me duele un poco la rodilla.

—Oh, lo siento. ¿Quiere dejarme un litro más de leche y una botella de esa limonada?

—Desde luego —dijo con resignación—. Ya sabía que iba a tener un día así.

Eva se dedicó a los huevos, pasando por alto el

comentario. Win Purinton siempre encontraba algo de qué quejarse, aunque bien sabía Dios que debería haber sido el hombre más feliz del mundo desde que la

arpía con que se había enganchado se cayó por la escalera del sótano y se rompió el cuello.

A las seis menos cuarto, en el momento en que Eva terminaba su segunda taza de café y estaba

**encendiendo un
Chesterfield, el Press-
Herald golpeó contra un
lado de la casa y cayó entre
los rosales. La
tercera vez en la semana; el
chico de los Kilby se estaba
pasando de la raya. Tal vez
estuviera harto de repartir
periódicos. Pues que se
quedara ahí un rato. Los
primeros rayos del sol, un
oro tenue y precioso,
entraban
oblicuamente por las
ventanas del este. Para Eva**

era el mejor momento del día, y no tenía la intención de dejar que nada perturbara su paz.

Sus huéspedes tenían derecho a usar la cocina y la nevera, lo cual, como el cambio semanal de ropa de cama, estaba incluido en el precio, y la paz no tardaría en romperse cuando Grover Vernil y Mickey Sylvester bajaran a prepararse sus cereales antes de salir para

**la tejeduría de Gates Falls
donde trabajaban.**

**Como si con este
pensamiento hubiera
acelerado su aparición, se
oyó correr el agua en el
baño del**

**segundo piso y en las
escaleras empezaron a
retumbar las pesadas botas
de trabajo de Sylvester.**

**Eva se levantó de su asiento
para ir en busca del
periódico.**

5

6.05 h.

Los tenues gemidos del bebé perforaron el liviano sueño mañanero de Sandy McDougall, que se levantó para atender al niño con los ojos todavía hinchados. Se golpeó en la pierna contra la mesita de noche y soltó una maldición.

Al oírla, el bebé chilló con más fuerza.

—¡Cállate, que ya voy! —le gritó Sandy.

Por el estrecho pasillo de la caravana fue hasta la

cocina. Era una muchacha delgada en quien ya quedaba muy poco de la belleza que en algún momento podía haberla agraciado. Sacó de la nevera el biberón de Randy y pensó en calentárselo, pero después decidió que sólo tenía ganas de mandar al diablo todo. Si tanta hambre tienes, mocososo, te lo puedes tomar frío, se dijo.

Fue hasta el dormitorio del niño y lo miró fríamente.

Tenía diez meses, pero era enfermizo y llorón.

Todavía no hacía un mes que había empezado a gatear. Tal vez tuviera polio o sabe Dios qué. Ahora tenía

algo en las manos. Sandy se acercó más, pensando qué demonios había encontrado.

Sandy tenía diecisiete años, y en julio ella y su marido

habían celebrado el primer aniversario de su boda. En el momento de casarse con Royce McDougall, embarazada de seis meses y sin posibilidad de disimular su estado, el matrimonio le había parecido la bendición que el padre Callahan decía que era: una bendita escotilla de escape. Ahora creía que no era más que un montón de mierda. Exactamente, advirtió

consternada, lo que Randy tenía en las manos y con lo que había ensuciado su pelo y las paredes.

Se quedó mirándolo sombríamente, con el biberón frío en la mano.

¿Para eso, reflexionó, había dejado la escuela secundaria, sus amigos, sus esperanzas de llegar a ser modelo? Por ese piojoso remolque aparcado en el Bend, donde ya la fórmica se desprendía de los muebles,

**por un marido que
trabajaba todo el día en la
tejeduría y por las noches
se iba a beber o a jugar al
póquer con
los inútiles de sus amigos
de la gasolinera. Por un
mocoso que era el retrato
del inútil de su padre y que
lo
embadurnaba todo de caca.
Y que gritaba con toda la
fuerza de sus pulmones.
—¡Cállate! —vociferó a su
vez Sandy.**

Arrojó contra el niño el biberón de plástico, que le golpeó en la frente y le hizo caer de espaldas en la cuna, llorando y agitando los brazos. Bajo el nacimiento del pelo le había quedado una marca roja, y Sandy sintió una horrible oleada de satisfacción, pena y odio que le anudó la garganta. Levantó al niño de la cuna como si fuera un trapo. —¡Cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!

**Antes de poder dominarse,
ya le había dado dos
puñetazos, y el esfuerzo de
Randy por gritar era tal
que
dejó de emitir ningún
sonido. Con el rostro
purpúreo, se quedó tendido
en la cuna, jadeante.**

**—Perdóname —murmuró
Sandy—•, Oh, perdóname.
¿Te he hecho daño, Randy?
Espera un minuto que
mami te va a limpiar.
Cuando Sandy volvió con
un trapo mojado, Randy**

tenía los ojos hinchados y se le estaban amoratando, pero se tomó el biberón, y cuando empezó a limpiarle la cara con el trapo mojado, le sonrió con su sonrisa sin dientes.

Le diré a Roy que se me cayó mientras le cambiaba, pensó Sandy. Se lo creerá. Oh, Dios, que se lo crea, por favor.

6

6.45 h.

La mayor parte de la población obrera de Salem's Lot iba camino de su trabajo. Mike Ryerson era uno de los pocos que trabajaban en el pueblo. En el registro anual del mismo aparecía consignado como jardinero, pero en realidad era el encargado del mantenimiento de los tres cementerios de la pequeña ciudad. En verano

**el trabajo le exigía casi
dedicación exclusiva, pero
en invierno tampoco era de
chiste como parecían
pensar
algunos, como ese
remilgado de George
Middler, el de la ferretería.
Mike trabajaba algunas
horas con Carl
Foreman, el empresario de
Pompas Fúnebres de
Salem's Lot, y parecía que
la mayoría de los viejos
estiraba la
pata en invierno.**

En ese momento Mike iba camino de Burns Road en su camioneta, cargada de podaderas, una tijera para recortar los setos, una caja de estacas, una palanca para enderezar cualquier lápida que pudiera haberse caído, una lata de diez litros de gasolina y dos cortadoras de césped Briggs & Stratton.

Por la mañana cortaría el césped en Harmony HUI, y

**realizaría cualquier arreglo
que fuera necesario en
las losas y la pared de
piedra, y por la tarde iría
al otro lado del pueblo,
hasta el cementerio de
Schoolyard
Hill, donde solían sepultar
sus muertos los miembros
de una secta religiosa ya
extinguida en el pueblo.
Pero el
que más le gustaba a Mike
era Harmony Hill. No era
tan antiguo como el osario**

de Schoolyard Hill, pero era un lugar agradable y sombreado. Mike esperaba que con el tiempo a él también lo enterrarían allí... dentro de un siglo o más.

Tenía veintisiete años y había cursado tres años de enseñanza superior de una carrera bastante azarosa. Abrigaba la esperanza de poder terminarla algún día. Era buen mozo, de

**maneras sencillas y
agradables, y no
le resultaba difícil
vincularse con las jóvenes
solteras que los sábados
por la noche iban al bar de
Dell o a
Portland. A algunas de
ellas, el trabajo de Mike les
provocaba aprensión, cosa
que a él se le hacía difícil de
entender. Era un trabajo
agradable, sin un patrón
que anduviera siempre
vigilándolo a uno por
encima del**

hombro, y se hacía al aire libre. Si tenía que cavar algunas tumbas o, de vez en cuando, conducir el furgón mortuorio de Cari Foreman, ¿qué problema había? Alguien tenía que hacerlo. Para su modo de pensar, sólo había una cosa más natural que la muerte, y era el sexo.

Tarareaba una canción cuando dobló por Burns Road y puso segunda para

**subir la colina. El polvo
seco
del camino se elevaba tras
él. A través de las densas
frondas del verano, a
ambos lados del camino,
alcanzaba
a ver los troncos desnudos
de los árboles que se
habían quemado en el gran
incendio de 1951,
esqueléticos
como viejos huesos que se
desintegran. Mike sabía
que por allí había árboles**

**caídos contra los que uno
se
podía romper una pierna si
no andaba con cuidado.
Pese a que ya habían
transcurrido veinticinco
años, aún
perduraban las cicatrices
del incendio. Así eran las
cosas. En mitad de la vida,
estamos en la muerte.
El cementerio estaba
situado en lo alto de la
colina y Mike disminuyó la
marcha, preparándose
para abrir**

el portón, pero de pronto frenó en seco con un estremecimiento.

Del portón de hierro forjado pendía, cabeza abajo, el cadáver de un perro, y el suelo estaba empapado en sangre.

Mike bajó de la camioneta y se acercó. Se puso los guantes de trabajo que llevaba en el bolsillo de atrás

y levantó con una mano la cabeza del perro, que cedió

con una horrible facilidad, y se encontró con los ojos vidriosos y vacíos de Doc, el cocker mestizo de Win Purinton. Al perro lo habían ensartado en uno de los espigones del portón como a una res en un gancho de carnicería y las moscas, atontadas por el frío de la mañana, se amontonaban ya pegajosamente sobre el cuerpo.

Mike forcejeó para sacarlo, sintiendo que se le revolvía

el estómago. El vandalismo de los cementerios no era novedad para él, especialmente hacia Todos los Santos, pero para esa fecha faltaba todavía un mes y medio, y además nunca había visto una cosa así. Por lo general, se conformaban con derribar algunas lápidas, garrapatear obscenidades o colgar del portón un esqueleto de papel. Pero si esa barbaridad era obra de

**chiquillos, eran unos
verdaderos bastardos. A
Win se le destrozaría el
corazón.**

**Mike pensó en llevar el
perro directamente al
pueblo para mostrárselo a
Parkins Gillespie, pero
luego
reflexionó que con eso no se
ganaría nada. Podía llevar
al pobre Doc al pueblo
cuando volviera a comer...
aunque ese día no iba a
tener mucho apetito.**

Corrió el cerrojo del portón y se miró los guantes, que estaban manchados de sangre. Habría que fregar los barrotes de hierro del portón; Mike tuvo la impresión de que, después de todo, esa tarde no llegaría a Schoolyard Hill. Entró en el cementerio, aparcó, pero ya había dejado de canturrear. La magia del día había desaparecido.

7

8.00 h.

Los pesados autobuses amarillos del transporte de escolares habían empezado su recorrido habitual e iban recogiendo a los niños que esperaban junto a sus buzones, jugando, con la cestita del almuerzo en la mano. Charlie Rhodes conducía uno de los autobuses, y su ruta abarcaba Taggart Stream Road, que quedaba

al este del pueblo, y la segunda mitad de Jointner Avenue.

Los chicos que viajaban en el autobús de Charlie eran los que mejor se portaban en la ciudad, y en todo el distrito escolar, en definitiva. En el autobús número 6 no había gritos ni juegos de manos ni empujones. Si no se quedaban bien sentados y quietos, o se olvidaban de los buenos

modales, se verían obligados a hacer a pie los casi cinco kilómetros que los separaban de la escuela elemental de Stanley Street, y explicar por qué dirección, Charlie sabía lo que pensaban de él y las cosas que se decían a sus espaldas. Pero le daba lo mismo. Él no estaba dispuesto a aceptar idioteces ni alborotos en su autobús.

Para eso ya estaban los pusilánimes de los maestros.

El director de Stanley Street había tenido el coraje de preguntarle si no habría, actuado impulsivamente cuando al chico de los Durham le suspendió el transporte por tres días por haber hablado en voz un poco alta.

La reacción de Charlie fue simplemente sostenerle la mirada hasta que

finalmente el director, un tonto que hacía apenas cuatro años que había terminado la universidad, apartó la vista. El encargado de la empresa de transporte automotor SAD 21, Dave Felsen, era un viejo amigo de Charlie; habían estado juntos en Corea, y se comprendían. Y entendían lo que estaba sucediendo en el país.

Entendían que el chico que en 1958 no hacía más que «hablar en voz un poco demasiado alta en el autobús» era el mismo que en 1968 se había orinado sobre la bandera. Al echar un vistazo al gran espejo colocado por encima de su cabeza vio que Mary Kate Gríegson le pasaba una nota a su amiguito Brent Tenney. Los chicos de hoy empezaban a divertirse con el sexo desde la

escuela primaria.

**Disminuyó la marcha
mientras encendía las luces
intermitentes. Mary Kate y
Brent le miraron
consternados.**

**—¿Tenéis mucho que
deciros? —les preguntó
Charlie por el espejo—.
Bueno, pues será mejor que
os
vayáis andando.**

**Abrió las puertas plegables
y esperó que los dos se
bajaran aterrorizados del
autobús.**

8

9.00 h.

Weasel Craig se cayó de la cama. El sol entraba, cegador, por la ventana del segundo piso. La cabeza le latía horribilmente, y arriba aquel tipejo, el escritor, ya estaba dándole a la máquina. Un hombre tenía que estar como una cabra para pasarse el tiempo así, tap-tap-tap, día tras día. Se levantó y, en calzoncillos, fue a

comprobar en el calendario si ése era el día que cobraba su pensión por desempleo. No. Era el miércoles.

La resaca de hoy no era tan grave como otras veces. Se había quedado en el bar de Dell hasta la hora del cierre, a la una, pero no tenía más que dos dólares y no había podido conseguir que le invitaran a muchas cervezas cuando se le acabó el dinero. Estoy perdiendo

el crédito, pensó mientras se frotaba la cara con una mano.

Se puso la camiseta que usaba en invierno y verano, se enfundó en los pantalones verdes de trabajo y después abrió el armario para buscar su desayuno: una botella de cerveza para beberse allí mismo y una caja de copos de avena, de las que repartía la beneficencia, que

prepararía abajo. Craig no soportaba los copos de avena, pero le había prometido a la viuda que le ayudaría a dar vuelta a la alfombra, y era probable que también tuviera que hacerle otras tareas. No es que le importara mucho, en realidad, pero se había venido abajo desde la época en que compartía el lecho de Eva Miller. El marido de ella había muerto en un accidente en

el aserradero, en 1959, y la cosa

había sido graciosa, si es que se podía aplicar tal calificativo a un accidente tan horrible. Por aquel entonces el

aserradero empleaba sesenta o setenta hombres, y Ralph Miller era candidato para la dirección de la empresa.

Lo que le había pasado era gracioso, en cierto modo, porque Ralph Miller no tocaba una máquina desde

hacía siete años, en 1952, cuando lo habían ascendido de capataz a empleado de oficina. En eso consistía la gratitud de los ejecutivos hacia uno, y Weasel suponía que Ralph se la había ganado. Cuando el gran incendio arrasó los pantanos para extenderse por Jointner Avenue, avivado por un viento del este de cuarenta kilómetros por hora, todo el mundo pensó que eso era el fin del aserradero. Los

**bomberos de seis
municipios
vecinos tenían bastante
trabajo con tratar de salvar
el pueblo como para
distrar hombres en una
operación tan
descabellada como el
aserradero de Jerusalem's
Lot. Ralph Miller había
organizado a todos los
obreros del
segundo turno en una
brigada para combatir el
fuego, y bajo su dirección**

**los hombres mojaron el
tejado e
hicieron lo que los
bomberos no habían sido
capaces de hacer al oeste de
Jointner Avenue: levantar
una
barrera que contuvo las
llamas y las desvió hacia el
sur, donde quedó
totalmente controlado.
Siete años más tarde se
había caído en una
máquina de hacer pulpa de
madera mientras hablaba
con unos**

visitantes de una empresa de Massachusetts, a quienes había estado enseñándoles la planta, con la esperanza de convencerlos de que la compraran. Resbaló en un charco de agua y cayó dentro de la máquina en las narices mismas de los visitantes. Desde luego la posibilidad de cerrar el trato desapareció junto con Ralph Miller. El aserradero que él mismo había salvado en

1951 se cerró para siempre en febrero de 1960.

Weasel se miró en el espejo, salpicado de agua, mientras se peinaba el pelo blanco, aún abundante y espeso a sus sesenta y siete años. Era la única parte de su persona a la que, al parecer, le sentaba bien el alcohol. Después se puso la camisa de trabajo de color caqui y, con su caja de copos de avena en la mano, bajó por las escaleras.

Y allí estaba él, casi dieciséis años después que todo aquello hubiera pasado, haciendo de ama de llaves para una mujer con quien antaño había mantenido relaciones sexuales, y que todavía seguía pareciéndole condenadamente atractiva. En cuanto le vio entrar en la soleada cocina, la viuda se abalanzó sobre él como un buitre.

—Oye, ¿podrías encerrarme el pasamanos del frente

una vez hayas tomado el desayuno, Weasel? ¿Tienes tiempo?

Ambos mantenían la ficción de que él hacía esos trabajos como favores, no en pago de los catorce dólares semanales que costaba su habitación.

—Cómo no, Eva.

—Y la alfombra del salón de enfrente...

—... habría que darle la vuelta. Sí, lo recuerdo.

—¿Te duele la cabeza esta mañana?

**Eva formuló la pregunta
sin dejar que en su voz
asomara compasión
alguna, pero Weasel la
sentía vibrar
por debajo de la epidermis.**

**—En absoluto —contestó
mientras ponía a calentar
el agua para la avena.**

**—Es que viniste tarde, por
eso te lo preguntaba.**

**—No dejas de vigilarme,
¿eh?**

**Weasel la miró, enarcando
una ceja, satisfecho de ver**

que ella todavía podía ruborizarse como una colegiala, aunque ya hacía casi nueve años que habían dejado de lado toda diversión.

—Vamos, Ed...

Eva era la única que seguía llamándolo así. Para todos los demás habitantes de Solar, él no era más que Weasel.¹ Pues muy bien. Que le llamaran como quisieran. El oso había atrapado a la comadreja.

—No importa —concluyó él ásperamente—. Hoy me he levantado con el pie izquierdo.

—Yo diría que te has caído de la cama.

Eva habló con más vivacidad de lo que se había propuesto, pero Weasel se limitó a gruñir. Cocinó su repugnante avena y se la comió; después cogió la cera para muebles y unos trapos y salió sin mirar atrás.

Arriba, el tap-tap-tap de la máquina de escribir seguía con intermitencias. Vinnie Upshaw, que ocupaba el cuarto enfrente al de él, decía que empezaba todas las mañanas a las nueve, seguía hasta mediodía, volvía a empezar a las tres para seguir hasta las seis, empezaba de nuevo a las nueve y seguía sin parar hasta medianoche. Weasel no comprendía que alguien

**pudiera tener tantas
palabras en la cabeza.**

**Así y todo, parecía bastante
buen tipo, y no estaría mal
tomarse unas cervezas con
él alguna noche en el
bar de Dell. Weasel había
oído comentar que la
mayoría de los escritores
bebían como cosacos.**

**Empezó a lustrar
metódicamente el
pasamanos, y de nuevo se
encontró pensando en la
viuda. Con el**

**dinero del seguro de su
marido, Eva había
convertido la casa en una
pensión y se las arreglaba
muy bien. No
tenía por qué ser de otro
modo. Trabajaba como una
muía. Pero con su marido
debía de haber estado
acostumbrada a follar con
regularidad, y una vez se
extinguió su pena, su
necesidad había
perdurado. ¡Dios, y
cómo le había gustado
hacérselo con él!**

Por aquellos días, a principios de los sesenta, la gente todavía le llamaba Ed y no Weasel, y él aún se sentía dueño de la botella en vez de ser lo contrario. Tenía un buen trabajo, y las cosas habían empezado una noche de enero. Interrumpió el rítmico movimiento del encerado y miró pensativamente por la estrecha ventana que había en el descanso del segundo piso, llena de esa

**ultima luz brillante y
dorada del verano, una luz
que se
reía del otoño frío y
bullicioso y del invierno,
más frío aún, que habría de
seguirle.**

**Aquella noche fue cosa de
los dos, y después de
haberlo hecho, cuando
yacían juntos en la
oscuridad del
dormitorio de Eva, ella
empezó a llorar y a decirle
que lo que habían hecho**

**estaba mal. Él le dijo que
había
estado bien, aunque no
sabía si estaba bien o mal
ni le importaba. Y mientras
el viento norte silbaba y
gemía
en los aleros, la habitación
de Eva era tibia y segura, y
por fin se quedaron
dormidos, pegados como
cucharas
en el cajón de los cubiertos.
Ah, Dios bendito, el tiempo
era como un río, y Weasel**

**se preguntó si eso lo sabría
aquel escritorzuelo.**

**Reanudó el lustrado con
largos movimientos
rítmicos.**

9

10.00 h.

**En el colegio de Stanley
Street había llegado la hora
del recreo. Era el edificio
escolar más nuevo y
ostentoso de Solar, tanto
que el distrito escolar no
había terminado de
pagarlo. Se trataba de un
edificio bajo,**

**con cuatro grandes aulas,
de cristal, tan moderno y
luminoso como viejo y
oscuro era el colegio de
Brock
Street.**

**Richie Boddin, que era el
matón de la escuela y se
enorgullecía de serlo, salió
al patio de recreo,
buscando con los ojos al
chico nuevo tan listo que se
sabía todos los temas de
matemáticas. No iba a
permitir**

**que llegara a su escuela
ningún chico nuevo sin
enterarse de quién era el
jefe, y mucho menos un
cuatro ojos
marica y preferido del
maestro.**

**Richie tenía once años y
pesaba setenta kilos. Desde
siempre, la madre se había
dedicado a mostrar a la
gente cuan enorme era su
hijo, de modo que Richie
sabía que era grande. A
veces se imaginaba que al
andar**

oía temblar el suelo bajo sus pies. Y cuando fuera mayor fumaría Camel, lo mismo que su padre. Los chicos de los cursos adelantados le tenían terror, y a los más pequeños Richie les parecía el tótem de la escuela. Cuando empezaran el instituto en Brock Street School, echarían en falta una deidad en su panteón. A Richie todo eso le encantaba.

**Y ahí estaba ese chico,
Petrie, esperando que le
llamaran para el partido de
fútbol durante el recreo.**

—¡Eh! —vociferó Richie.

**Todo el mundo se volvió,
salvo Petrie. Todos los ojos
parecieron aliviados
cuando vieron que los de
Richie miraban hacia otra
parte.**

—¡Eh, tú, cuatro ojos!

**Mark Petrie se volvió hacia
Richie. Sus gafas con
montura de acero brillaron
bajo el sol de la mañana.**

**Era tan alto como Richie,
es decir, más que la
mayoría de sus
compañeros, pero era más
delgado y su rostro
tenía algo de indefenso y
reservado.**

—¿Me hablas a mí?

**—¿Me hablas a mí? —lo
imitó Richie con voz de
falsete—. ¿Sabes que
hablas como un maricón,
cuatro
ojos?**

**—No, no lo sabía —
respondió Mark.**

Richie dio un paso adelante.

—Apuesto a que lo eres.

Un gran maricón al que le gusta chuparse el dedo.

—¿De veras? —Le sacaba a uno de quicio con ese tono cortés.

—Sí, eso me han dicho. Y que no son sólo dedos lo que chupas.

Los chicos empezaron a arremolinarse para ver cómo Richie le cascaba al nuevo. La señorita Holcomb,

que esa semana estaba a cargo del recreo, se había ido al patio de delante a vigilar a los más pequeños en los

columpios y balancines.

—¿Cuál es tu banda? —

preguntó Mark, que miraba a Richie como si acabara de encontrar un bicho

nuevo e interesante.

—¿Cuál es tu banda? —

volvió a mofarse Richie, en falsete—. Yo no tengo

ninguna banda. Pero me han dicho que tú eres un gordo maricón.

—¿De veras? —preguntó Mark, siempre cortés—.

Pues a mí me han asegurado que tú eres una bestia

estúpida, ¿sabes?

Silencio. Los demás muchachos se quedaron boquiabiertos (pero al mismo tiempo interesados; jamás se

había visto que nadie firmara su propia sentencia de muerte). Richie, tomado de sorpresa, se quedó tan boquiabierto como los demás.

Mark se quitó las gafas y se las entregó al muchacho que estaba junto a él —¿Quieres guardármelas? El otro las cogió, mientras miraba silenciosamente a Mark con ojos desorbitados.

Richie atacó. Fue una carga lenta y torpe, sin

**asomo de gracia ni finura.
El suelo temblaba bajo sus
pies**

**mientras avanzaba, lleno
de confianza. Su derecha
preparaba el puñetazo que
iba a asestar en plena boca
al**

**marica cuatro ojos, y que le
haría saltar los dientes
como las teclas de un
piano. Prepárate para el
dentista,**

maricón, que te la doy.

**Mark Petrie se inclinó
hacia un lado y el puño le**

**pasó por encima de la
cabeza. Richie se vio
arrastrado
por su propio impulso, y
Mark no tuvo más que
poner el pie. Richie Boddin
cayó pesadamente al suelo,
con
un gruñido, y una
exclamación de asombro se
elevó del grupo de niños
que observaban.
Mark sabía perfectamente
que si el torpe muchacho
que yacía en el suelo**

recuperaba la ventaja, le daría

una buena paliza. Mark era ágil, pero con la agilidad no se resistía mucho en una pelea en el patio del colegio.

Si el escenario hubiera sido la calle, ése habría sido el momento de correr para distanciarse de su perseguidor,

y después darse vuelta para aplastarle la nariz. Pero no estaban en la calle, y Mark sabía que si no vencía

inmediatamente a aquel grandullón, jamás volvería a tener paz.

Todo eso lo pensó en una fracción de segundo, y saltó sobre la espalda de Richie Boddin.

Richie gruñó, y todos volvieron a exclamar. Mark cogió a Richie del brazo y se lo retorció a la espalda. Richie chilló de dolor.

—Di me rindo o te rompo el brazo, lo juro por Dios —dijo Mark.

La respuesta de Richie fue digna de un marine veterano.

Mark le subió el brazo hasta los omóplatos, y Richie volvió a gritar lleno de indignación, miedo y perplejidad. Nunca le había ocurrido nada parecido y no podía ser que le estuviera ocurriendo ahora. ¡Tenía sentado sobre la espalda a un cuatro ojos maricón que le retorció el brazo y le

**hacía pitar ante sus
súbditos!**

**—Di me rindo —repitió
Mark.**

**Richie consiguió ponerse de
rodillas; Mark le hincó a su
vez las suyas en los
costados, como si montara
un caballo, y se afirmó. Los
dos estaban cubiertos de
polvo, pero la situación de
Richie era peor. Tenía la
cara**

**roja y tensa, los ojos se le
salían de las órbitas, y un**

rasguño le cruzaba la mejilla.

Intentó sacudirse de los hombros a Mark, pero éste volvió a doblarle el brazo hacia arriba. Esta vez lo de Richie no fue un grito sino un aullido.

—Di me rindo, o por Dios que te lo rompo.

A Richie se le había salido la camisa de los pantalones y sentía ardor en la barriga. Empezó a sollozar y

**a retorcer los hombros,
pero el maldito maricón
seguía encima de él. Sentía
el antebrazo como de hielo,
y un
intenso fuego en el hombro.**

**—¡Bájate de ahí, hijo de
puta! ¡Así no se pelea!**

—Di me rindo.

**—¡No! —Perdió el
equilibrio y cayó boca
abajo en el polvo.**

**El dolor le paralizaba el
brazo y tenía tierra en la
boca y los ojos. Agitó las
piernas, indefenso. Había**

**olvidado que era enorme.
Había olvidado cómo
temblaba el suelo bajo sus
pies cuando caminaba.
Había
olvidado que cuando fuera
mayor fumaría Camel,
como su padre—. ¡Me
rindo! ¡Me rindo! —gritó
con la
sensación de ser capaz de
seguir gritando horas, con
tal que le soltaran el brazo.
—Di soy un mierda.**

**—¡Soy un mierda! —
masculló Richie tragando
polvo.**

—Está bien.

**Mark le soltó y se puso
fuera de su alcance
mientras Richie se
levantaba. Le dolían los
muslos y
esperaba que a Richie ya
no le quedaran ganas de
pelea.**

**Richie se levantó y miró
alrededor. Nadie le
devolvió la mirada. Todos**

**se dieron la vuelta hacia
Mark. Y
aquel apestoso de Glick
estaba junto al maricón y le
miraba como si fuera una
especie de Dios.
Richie se quedó solo;
apenas podía creer con qué
rapidez la ruina se había
abatido sobre él. Tenía la
cara
sucia, salvo donde se la
habían limpiado sus
propias lágrimas de furia y
humillación. Pensó en
arrojarse de**

**nuevo sobre Mark Petrie,
pero la vergüenza y el
miedo, sensaciones nuevas,
resplandecientes y
enormes, no
se lo permitieron. Sucio
bastardo, pensó, si alguna
vez consigo sorprenderte y
derribarte...
Pero ese día no. Dio media
vuelta y se alejó cabizbajo.
Una de las chicas rió con
un timbre alto y burlón que
se elevó con cruel claridad
en el aire de la mañana.**

Richie Boddin no levantó los ojos para ver quién se atrevía a reírse de él.

10

11.15 h.

El vertedero de basuras del municipio de Jerusalem's Lot había sido antes un pozo de grava, hasta que en 1945 el yacimiento se agotó y las excavaciones tocaron arcilla. Estaba situado al final de una elevación que desde Burns Road se extendía unos tres kilómetros hasta pasar el

cementerio de Harmony Hill.

Dud Rogers oía débilmente, por el camino, las explosiones y toses de la cortadora de césped de Mike

Ryerson. Pero ese ruido no tardaría en ser borrado por el chisporroteo de las llamas.

Dud era el encargado del vertedero desde 1956, y todos los años era rutinariamente reelegido por

**unanimidad en la reunión
del municipio. Vivía en el
vertedero, en un pulcro
cobertizo que tenía en la
puerta**

**un cartel con la inscripción
ENCARGADO DEL
VERTEDERO. Tres años
atrás había conseguido que
esos**

**avaros de la junta
municipal le compraran un
aparato de calefacción y
había abandonado
definitivamente su
vivienda del pueblo.**

Era un jorobado con la cabeza curiosamente torcida, que le daba un aspecto grotesco. Sus brazos, que pendían como los de un mono, casi hasta las rodillas, tenían una fuerza sorprendente. Habían hecho falta cuatro hombres para cargar en el camión los artículos de la vieja quincallería y traerlos al vertedero, cuando la

**tienda cambió de ramo, y
la suspensión del camión se
había aplastado
visiblemente con la carga.
Pero de
descargar se había ocupado
Dud Rogers, solo, y en el
esfuerzo, los tendones se le
marcaban en el cuello, las
venas se le hinchaban en la
frente y los antebrazos y
bíceps eran como cables de
acero. Él solo había echado
todo por el borde del
vertedero.**

A Dud le gustaba el vertedero. Le gustaba ahuyentar a los chiquillos que iban a romper botellas, y le gustaría dirigir el tráfico hacia los lugares donde había que efectuar cada día los vertidos. Le gustaba hurgar en la basura, que era su privilegio como encargado, y se imaginaba que se burlaban de él al verle caminar a

**través de las montañas de
basura con sus botas hasta
las caderas y sus guantes de
cuero, con la pistola al
cinto,
un gran saco sobre el
hombro y la navaja en la
mano. Pues que se
burlaran. Había cables de
cobre, y a veces
motores enteros, y en
Portland el cobre se
pagaba a buen precio.
Había escritorios, sillas y
sofás de desecho,**

**cosas que se podían
arreglar y vendérselas a los
anticuarios de la carretera
1. Duf estafaba a los
anticuarios y
éstos hacían lo propio con
los turistas. Dos años antes
Dud había encontrado una
astillada cama victoriana
con
el marco partido, y se la
había vendido por
doscientos dólares a un
afeminado de Wells, que
había caído en**

éxtasis ante la autenticidad del estilo Nueva Inglaterra de ese mueble, y que jamás supo con qué cuidado Dud había lijado hasta hacer desaparecer la inscripción que rezaba Made in Grand Rapids sobre la cabecera de la cama.

En la parte más alejada del vertedero estaban los coches usados, Buick y Ford y Chevy y lo que uno pidiera, incluso con los repuestos que la gente

**dejaba en los automóviles
cuando se hartaba de ellos.
Lo mejor
eran los radiadores, pero
un buen carburador podía
venderse por siete dólares
después de haberlo bañado
en
gasolina. Y otro tanto
sucedió con las correas del
ventilador, luces de cola,
parabrisas, volantes y
alfombrillas
para el suelo.
Sí, el vertedero era
increíble. Era a la vez**

**Disneylandia y Shangri-La.
Pero ni siquiera el dinero
acumulado en la caja negra
que guardaba bajo la
mecedora era lo mejor.
Lo mejor eran los ruegos...
y las ratas.**

**Los miércoles y domingos
por la mañana, y los lunes
y viernes por la noche, Dud
pegaba fuego a parte
de la basura. Las fogatas
nocturnas eran las más
bonitas. A Dud le
encantaba el sombrío
resplandor en que**

florecieron las bolsas de plástico verde llenas de basura, los periódicos y las cajas. Pero los fuegos de la mañana eran mejores por las ratas. Ahora, sentado en su sillón mientras observaba cómo el fuego prendía y empezaba a echar al aire su grasiento humo, negro, que ahuyentaba a las gaviotas, Dud sostuvo en la mano su pistola calibre 22 y esperó a que salieran las ratas.

Cuando salían, lo hacían en batallones. Eran grandes, de un gris sucio y ojos rosados. En su piel saltaban las pulgas y las gruesas colas se arrastraban tras ellas. A Dud le encantaba disparar contra las ratas. —Te has comprado una buena carga de cartuchos, Dud —solía decirle con voz pastosa George Middler, en la ferretería, mientras colocaba las cajas sobre el

mostrador—. ¿Los paga el municipio?

Era un antiguo chiste. Años atrás, Dud había presentado una orden de compra de dos mil cartuchos

Remington 22, de punta hueca, y Bill Norton le había mandado hoscamente a paseo.

—Bueno, tú sabes que esto no es más que un servicio público, George — contestaba Dud.

Ésa. Esa rata grande y gorda que arrastraba una pata trasera era George Middler. En la boca tenía algo que parecía un trozo de hígado de pollo.

—Ésta es para ti, George —dijo Dud, y apretó el gatillo.

El estruendo de la 22 no era nada estrepitoso, pero la rata dio un par de tumbos y quedó tendida, estremeciéndose. La punta hueca era el secreto. Algún

día se compraría un calibre grande, una 45 o una Magnum 357, para ver qué les pasaba a las muy malditas.

Y la que seguía era esa pequeña puta de Ruthie Crockett, la que iba a la escuela sin sostén y le gustaba provocar a los chicos y se reía por lo bajo cuando se encontraba con Dud por la calle. Bang. Adiós, Ruthie. Las ratas huían enloquecidas hacia el otro

**lado del vertedero, pero
antes de que consiguieran
ponerse a
salvo, Dud ya había
matado seis. Buena cosecha
para la mañana. Y si se
acercaba a mirarlas, vería
que las
pulgas se escapaban de los
cuerpos que iban
enfriándose, como... como...
bueno, como ratas que
huyen de un
barco que se hunde.
El chiste le pareció
apropiadamente divertido,**

**y echó atrás la cabeza, se
recostó sobre su giba y rió
con
largas carcajadas mientras
el fuego deslizaba por entre
la basura sus largos dedos
anaranjados.**

**La vida era estupenda,
vaya.**

11

12.00 h.

**El silbato del ayuntamiento
sonó durante doce
segundos, anunciando la
hora de la comida en los
tres**

colegios, al tiempo que saludaba la llegada de la tarde. Lawrence Crockett, el segundo funcionario electivo de Solar, a la vez que propietario de la Compañía de Seguros y Bienes Raíces Crockett, de Southern Maine, apartó el libro que estaba leyendo, El sexo y los esclavos de Satán, y puso en hora su reloj, guiándose por el

silbato. Fue hasta la puerta y colgó del postigo el cartel de «Vuelvo a la una». Su rutina era invariable. Iría a pie hasta el Café Excellent, comería dos hamburguesas con queso y guarnición, tomaría una taza de café y se

quedaría mirándole las piernas a Pauline mientras fumaba un William Penn. Comprobó el picaporte para asegurarse de que la cerradura no cedía y echó a andar por Jointner Avenue.

**En la esquina se detuvo a
mirar la casa de los
Marsten, En el camino de
entrada había un coche.
Apenas
resultaba visible, un brillo
titilante. Le provocó una
leve inquietud. Hacía algo
más de un año que Larry
Crockett había vendido la
casa de los Marsten y la
difunta lavandería del
pueblo. Había sido la
operación más
extraña de su vida... y vaya
si había hecho cosas**

**extrañas en su vida. El
dueño de aquel coche sería,
probablemente, un hombre
de apellido Straker. R. T.
Straker. Y esa misma
mañana Larry había
recibido por
correo algo de ese Straker.
El tipo en cuestión había
llegado a la oficina de
Crockett una soleada tarde
de julio, hacía poco más de
un año. Se bajó del coche y
tras una breve vacilación
en la acera se decidió a
entrar; era un hombre alto,**

vestido con un sobrio traje con chaleco, pese al calor sofocante. Era tan calvo como una bola de billar, y sudaba. Las cejas eran una línea negra y recta, bajo la cual las órbitas de sus ojos parecían oscuros agujeros practicados con un taladro en la angulosa superficie de la cara. En una mano llevaba un maletín negro.

Larry

estaba solo en su oficina cuando entró Straker. Su secretaria de la mañana,

una muchacha de Falmouth con los senos más deliciosos que jamás había visto, trabajaba por las tardes con un abogado de Gates Falls.

El hombre calvo se sentó en un asiento, puso la cartera sobre sus rodillas y miró fijamente a Larry Crockett. Era imposible leer la expresión de sus ojos, cosa que preocupó a Larry. A él le gustaba leer en los

**ojos lo que quería un
hombre antes de que
pudiera abrir la boca. Ése
hombre no se había
detenido a mirar las
fotografías de casas y
fincas que se ofrecían en el
tablero, no le había tendido
la mano ni se había
presentado;
ni siquiera había dicho
«hola».**

**—¿En qué puedo serle
útil?—preguntó Larry.**

**—Me han encargado la
compra de una casa y un**

**local comercial en su
bonita ciudad —dijo el
hombre
calvo con un tono llano y
sin inflexiones.**

**—Ah, excelente —
respondió Larry—.**

**Tenemos algunas que
podrían...**

**—No es necesario —
declaró el hombre con un
gesto de mano. Larry
observó que sus dedos eran
extraordinariamente
largos; el medio parecía
tener cerca de quince**

centímetros—. El local que me interesa está en la manzana contigua al ayuntamiento, frente al parque.

—Sí, respecto a ese local podemos llegar a un acuerdo. Antes era una lavandería, pero hace un año quebró. Es un lugar muy bueno si usted...

—La casa que quiero —el hombre calvo no escuchó sus palabras— es la que se conoce como casa de los

Marsten.

Hacía demasiado tiempo que Larry estaba en el negocio como para permitir que el azoramiento se reflejara en su rostro.

—Ah, ¿ésa?

—Sí. Mi nombre es Straker. Richard Throckett Straker. Todos los documentos estarán a mi nombre.

—Muy bien —asintió Larry. El hombre quería ir al grano, eso estaba claro

—. El precio de esa casa es de catorce mil dólares, aunque pienso que podríamos conseguirla por algo menos. En cuanto a la vieja lavandería...

—Así no hay acuerdo. Estoy autorizado para pagar un dólar.

—¿Un...? —Larry inclinó la cabeza como si no hubiera oído bien.

—Sí. Un momento, por favor.

Los largos dedos de Straker desprendieron los cierres del maletín y sacaron unos documentos en una carpeta azul transparente. Larry Crockett lo miraba con ceño.

—Lea, por favor; eso nos ahorrará tiempo.

Larry echó un vistazo a la primera hoja con el aire de un hombre que le sigue la corriente a un loco. Por un momento sus ojos se movieron al azar sobre la

**página, hasta que se
quedaron clavados en algo.
Straker sonreía levemente.
Buscó en el interior de su
americana, sacó una
pitillera de oro y extrajo un
cigarrillo. Después de darle
unos golpecitos, lo encendió
con una cerilla. El áspero
aroma de una mezcla de
tabaco turco llenó el
despacho y se dispersó por
efecto del ventilador.
Durante los diez minutos
siguientes reinó en la
oficina un silencio sólo**

interrumpido por el zumbido del ventilador y el ruido amortiguado del tráfico en la calle. Straker se fumó el cigarrillo, aplastó la colilla y encendió otro.

Larry levantó la vista, con el rostro pálido y alterado.

—Esto es una broma.

¿Quién se la encargó?

¿John Kelly?

—No conozco a ningún John Kelly, y esto no es una broma.

**—Estos papeles...
desistimiento de
demanda..., investigación
de títulos de la tierra... por
Dios, hombre,
¿no sabe que ese terreno
vale un millón y medio de
dólares?**

**—Se queda corto —dijo
fríamente Straker—. Vale
cuatro millones, y pronto
valdrá más, cuando se
construya el centro
comercial.**

**—¿Qué quiere? —
preguntó Larry con voz
ronca.**

**—Ya le dije qué quiero. Mi
socio y yo pensamos abrir
una tienda en este pueblo, y
vivir en la casa de los
Marsten.**

**—¿Qué clase de tienda?
Straker sonrió fríamente.**

**—Se tratará de una tienda
de muebles, con una
sección especial de
antigüedades, para
coleccionistas. Mi**

socio es experto en ese campo.

—Mierda —repuso Larry —. La casa de los Marsten pueden conseguirla por ocho mil pavos, y la tienda por dieciséis. Su socio debe saberlo. Y ambos deben saber que en este pueblo no hay mercado para una tienda de muebles y antigüedades. —Mi socio está bien informado sobre todos los temas que le interesan —

**declaró Straker—, y sabe
que
por este pueblo pasa una
carretera frecuentada por
turistas y residentes de
verano. Ésa es la gente que
nos
interesa para nuestro
negocio. De todas maneras,
eso no es problema suyo.
¿Le parece que los papeles
están
en orden?
Larry dio unos golpecitos
sobre el escritorio con la
carpeta azul.**

—Parece que sí. Pero no pienso dejarme estafar,

—No, naturalmente que no. —En la voz de Straker se insinuaba un cortés desprecio—. Creo que usted

tiene un abogado en Boston. Un tal Francis Walsh.

—¿Cómo lo sabe? —ladró Larry.

—Eso no importa. Llévele los papeles, y él le confirmará que son

**válidos. El terreno donde se
edificará
el centro comercial será de
usted, si se cumplen tres
condiciones.**

—Ah —exclamó Larry—.

Conque hay condiciones.

—Se inclinó hacia atrás

para sacar un William

Penn

de la pitillera de cerámica

colocada sobre su

escritorio, frotó una cerilla

en la suela de su zapato y lo

encendió—. Adelante.

—Primera. Usted me venderá la casa de los Marsten y el local comercial por un dólar. Su cliente en cuanto a la casa es una cooperativa de Bangor El local comercial pertenece ahora a un banco de Portland. Estoy seguro de que ambos se mostrarán de acuerdo si usted compensa la diferencia, con el precio más bajo

**que sea aceptable. Menos la
comisión de usted, claro.**

**—¿De dónde saca usted su
información?**

**—No es cosa que deba
preocuparle, señor
Crockett. Segunda
condición. Usted no dirá
nada de la
transacción que hemos
hecho hoy aquí. Nada. Si
alguna vez le preguntan, lo
único que usted sabe es lo
que yo
le dije... que somos dos
socios y tenemos intención**

**de abrir una tienda para
turistas y visitantes
veraniegos.**

Esto es muy importante.

—No soy un charlatán.

**—De todas maneras, ha de
entender que esta
condición es fundamental.**

**Puede llegar el momento,
señor**

**Crockett, en que usted
quiera contarle a alguien la
espléndida operación que
ha hecho hoy. Si lo hace,
me**

enteraré y le arruinaré.

¿Me entiende?

—Habla usted como un espía de película barata — dijo Larry.

Su voz sonaba tranquila, pero en su interior sentía el estremecimiento del miedo.

Las palabras le

arruinarle habían sido

articuladas con el mismo

tono que encantado de

conocerle, y eso daba a la

afirmación

un inquietante acento de

verdad. ¿Y cómo diablos se

había enterado ese payaso de la existencia de Frank Walsh? Ni siquiera la mujer de Larry sabía nada de Frank Walsh.

—¿Me enriende, señor Crockett?

—Sí —respondió Larry—. Estoy acostumbrado a jugar sin mostrar las cartas.

Straker volvió a dedicarle una tenue sonrisa.

—Seguro. Por eso estoy haciendo negocios con usted.

—¿La tercera condición?
—La casa necesitará algunas reformas.
—Es una manera de hablar
—asintió secamente Larry.
—Mi socio piensa ocuparse personalmente de ello, pero usted será su agente. De vez en cuando se pedirá algo. Algunas veces necesitaré los servicios de los obreros que usted emplee para traer ciertas cosas, ya

sea a la casa o a la tienda.

Usted no hablará de esos servicios. ¿Entendido?

—Sí, entendido. Ustedes no son de por aquí, ¿no?

—¿Tiene importancia? — Straker enarcó las cejas.

—Pues claro. Esto no es Boston ni Nueva York. No se reduce todo a que yo cierre la boca. La gente hablará. En Railroad Street hay una gallina vieja que se llama Mabel Werts y se pasa todo el día frente a su

**ventana con unos
prismáticos.»»**

**—La gente del pueblo no
me interesa, ni le interesa a
mi socio. La gente del
pueblo siempre habla, pero
pronto nos aceptarán.
Larry se encogió de
hombros.**

—De acuerdo.

**—Usted pagará todos los
servicios y guardará las
facturas y las cuentas, que
se le reembolsarán. ¿Está de
acuerdo?**

Tal como le había dicho a Straker, Larry estaba acostumbrado a jugar sin mostrar las cartas, y era uno de los mejores jugadores de póquer del condado de Cumberland. Y por más que exteriormente hubiera mantenido la calma, estaba ardiendo por dentro. El trato que aquel chiflado le ofrecía era de esas cosas que se presentan una sola vez, o nunca. Tal vez el jefe de ese

**tipo fuera uno de esos
reclusos millonarios que...**

**—¿Señor Crockett? Estoy
esperando.**

**—Yo también tengo mis
condiciones.**

**—¿Ahh -Straker se mostró
cortésmente interesado.**

**Larry sacudió la carpeta
azul.**

**—Primero, haré que
revisen estos papeles.**

—Naturalmente.

**—Segundo, si lo que usted
pretende hacer es ilegal, yo**

no sé nada. Con eso quiero decir...

Straker echó atrás la cabeza y soltó una risa extrañamente fría y falta de emoción.

—¿He dicho algo gracioso?

—preguntó Larry.

—Oh... claro que no, señor Crockett. Perdone mi exabrupto. Su observación me ha resultado divertida por razones particulares.

¿Qué iba usted a decir?

--Respecto a las reformas.

No estoy dispuesto a

**colaborar en conseguirles
nada que me deje a mí con
el
trasero al aire. Si su
proyecto es fabricar whisky
clandestino, LSD o
explosivos para algún
grupo hippie
extremista, es cosa de
ustedes.**

**—De acuerdo —asintió
Straker. La sonrisa había
desaparecido de su cara—.
¿Cerramos el trato?**

**Entonces, con una extraña
sensación de renuencia,**

Larry respondió:

**—Si los papeles están en
orden, supongo que sí.**

**Aunque me parece que el
trato lo cierra usted y la
ganancia me la llevo yo,**

—Hoy es lunes —dijo

**Straker—. ¿Le parece bien
que pase el jueves por la
tarde?**

—Mejor el viernes.

**—Está bien. —Se puso de
pie—. Adiós, señor
Crockett.**

Los papeles estaban en orden. El abogado bostoniano de Larry dijo que la parcela donde se edificaría el centro comercial de Portland había sido comprada por un equipo de la empresa Continental, de tierras y bienes raíces, una compañía ficticia con sede en el Chemical Bank Building de Nueva York. En las oficinas

de la Continental no había más que unos pocos armarios vacíos y un montón de polvo.

Straker regresó el viernes y Larry firmó los papeles necesarios; mientras lo hacía sentía en el fondo del paladar un acre sabor de duda. Por primera vez había pasado por alto su propia máxima personal: no cagar donde se come. Y por más que el atractivo fuera importante, se dio cuenta,

mientras Straker se guardaba en la cartera los títulos de propiedad de la casa de los Marsten y la antigua lavandería, de que se había puesto a merced de ese hombre y de su socio, el ausente señor Barlow.

Finalmente, pasó el mes de agosto, y a medida que el verano se deslizaba hacia el otoño para caer después en el invierno, Larry empezó a

experimentar un alivio indefinible. Para la primavera casi había conseguido olvidar el trato que había cerrado para conseguir los papeles que ahora ocupaban su caja de seguridad en Portland. Entonces empezaron a suceder cosas.

Ese escritor, Mears, había venido una semana y media atrás a preguntar si la casa de los Marsten estaba disponible para alquilar, y había mirado a Larry de

**una manera muy especial
cuando éste le dijo que
estaba
vendida.**

**Ayer había encontrado en
el buzón un largo tubo,
junto con una carta de
Straker. Una nota, en
realidad,
muy breve: «Tenga la
bondad de hacer colocar el
cartel que le adjuntamos en
la vidriera de la tienda. R.
T.**

**Straker.» El cartel era
bastante común, y de**

colores menos chillones que otros. Decía únicamente:

«Abrimos

dentro de una semana.

Barlow y Straker. Muebles de categoría. Antigüedades selectas. Bienvenidos los curiosos.»

Larry había llamado a Royal Snow para que lo colocaran.

Y ahora había un coche, allá en casa de los Marsten.

Todavía estaba mirándolo cuando alguien dijo junto a él:

**—¿Te estás durmiendo,
Larry?**

**Sobresaltado, miró a
Parkins Gillespie, que
estaba de pie en la esquina,
próximo a él, encendiendo
un
Pall Malí.**

**—No —contestó con una
risa nerviosa—. Pensaba,
nada más.**

**Parkins levantó la vista
hacia la casa de los
Marsten, donde el sol
destellaba sobre el cromo y
el metal en**

la entrada para coches, y después miró la vieja lavandería, con su nuevo cartel en la vidriera.

—Y no eres el único, me imagino. Siempre viene bien que haya gente nueva en la ciudad. Tú los conoces, ¿no?

—Conocí a uno de ellos, el año pasado.

—¿A Barlow o a Straker?

—A Straker.

—Parece bastante simpático, ¿no?

**—Es difícil de decir —
contestó Larry, con la
sensación de que necesitaba
humedecerse los labios,
pero
no lo hizo—. No hablamos
más que de negocios. Me
pareció bien.**

**—Bueno. Vamos. Te
acompañaré andando hasta
el Excellent.**

**Mientras cruzaban la calle,
Lawrence Crockett iba
pensando en pactos con el
diablo.**

13.00 h.

Susan Norton entró en el salón de belleza, saludó con una sonrisa a Babs Griffen (la hermana mayor de Hal y de Jack) y dijo:

—Me alegra que hayas podido darme hora con tan poco tiempo.

—A mitad de semana no es problema —respondió Babs mientras encendía el ventilador—. Uf, qué bochorno. Esta tarde tendremos tormenta.

Susan miró el cielo, de un azul inmaculado.

—¿Tú crees?

—Sí. ¿Cómo lo quieres?

—Natural —indicó Susan, pensando en Ben Mears—. Como si no hubiera pasado por aquí.

—Princesa —Babs se acercó con un suspiro—, eso es lo que piden todas. El suspiro difundió el aroma a fruta de la goma de mascar, mientras Babs le preguntaba a Susan si sabía

**que unos forasteros iban a
abrir una tienda de
muebles en la vieja
lavandería de! pueblo. Por
el aspecto,
parecían cosas caras, pero
¿no sería bueno si tuvieran
una lamparita que hiciera
juego con la que ella tenía
en
su apartamento? ¿Y acaso
irse de casa para vivir en el
pueblo no era lo mejor que
jamás se le hubiera
ocurrido? ¿Y no había sido
bueno el verano? Era**

**realmente una pena que
tuviera que acabarse.**

13

15.00 h.

**Bonnie Sawyer estaba
tendida en la gran cama de
matrimonio, en su casa de
Deep Cut Road. Era una
casa sólida, no una
miserable caravana, y tenía
cimientos y sótanos. El
marido de Bonnie, Reg, se
ganaba sus
buenos dólares como
mecánico en la agencia**

**Pontiac que Jim Smith
regentaba en Buxton.**

**Bonnie estaba desnuda, a
no ser por un par de ligeras
bragas azules, y miró con
impaciencia el reloj que
estaba sobre la mesita de
noche: las 15.02. ¿Dónde
estaría?**

**Casi como si el
pensamiento lo hubiera
convocado, la puerta del
dormitorio se entreabrió y
Corey**

**Bryant espió hacia el
interior.**

**—¿Todo bien? —susurró.
Corcy tenía sólo veintidós
años, y hacía dos que
trabajaba en la compañía
telefónica. Esta relación
con
una mujer casada —y aún
más con una tan
espectacular como Bonnie
Sawyer, que en 1973 había
sido Miss
del condado —le tenía
debilitado, nervioso y
excitado.**

**Bonnie le sonrió,
mostrando sus hermosos
dientes.**

**—Si todo no estuviera bien,
cariño —contestó—, ya
tendrías en el cuerpo un
agujero como para mirar la
televisión a través de él.**

**—Corey entró de puntillas,
mientras los implementos
del cinturón de seguridad
le tintineaban alrededor
de la cintura.**

**Con una risita ahogada,
Bonnie le tendió los brazos.**

**—Me gustas de veras,
Corey. Eres muy guapo.
Los ojos de Corey se
posaron sobre la sombra
oscura que dejaba traslucir
el tenso nailon azul, y
empezó
a sentirse más excitado que
nervioso. Se olvidó de
andar de puntillas, y
mientras ambos se unían,
una cigarra
empezó a vibrar en algún
lugar del bosque.**

14

16.00 h.

Ben Mears se apartó del escritorio, terminado su trabajo de la tarde. Ese día no había dado su paseo por el parque, para poder ir a cenar a casa de los Norton con la conciencia tranquila, y había escrito durante casi todo el día sin interrupción. Se levantó y se desperezó, sintiendo cómo le crujían las vértebras. Tenía el torso húmedo de sudor. Se dirigió hacia el armario colocado a la cabecera de la cama, sacó una toalla

**limpia y fue al cuarto de
baño, para
 ducharse antes de que los
 demás huéspedes volvieran
 del trabajo.**

**Se echó la toalla al hombro
y, dando la espalda a la
puerta, se acercó a la
ventana; algo le había
llamado**

**la atención. No era nada
que sucediera en el pueblo,
que dormitaba bajo el
peculiar cielo azul
profundo de**

Nueva Inglaterra en los días del fin del verano.

Al mirar hacia los edificios de dos pisos de Jointner

Avenue podía ver los tejados planos, recubiertos de

asfalto, y alcanzaba a

distinguir todo el parque

donde a esa hora los chicos,

que ya habían salido de la

escuela,

andaban en bicicleta,

holgazaneaban o reñían, y

también el sector noroeste

del pueblo, donde Brock Street desaparecía tras la primera colina boscosa. Sus ojos vagaron hacia la brecha en los bosques donde la intersección de Burns Road y Brooks Road formaba una T, y siguieron su recorrido hasta donde se erguía, dominante, sobre el pueblo, la casa de los Marsten. Vista desde allí era una perfecta miniatura, del tamaño de una casa de

muñecas. Ya Ben le gustaba que lo fuera. Vista desde allí, la casa de los Marsten tenía un tamaño que le permitía a uno hacerle frente.

Bastaba con levantar la mano para hacerla desaparecer con la palma.

Había un coche en el camino de entrada.

Ben se quedó inmóvil con su toalla al hombro, mirando la casa, y sintió en

**el vientre una oleada de
terror
inmotivado. Dos de los
postigos caídos habían sido
reemplazados, y le daban a
la casa un aspecto ciego y
furtivo que no había tenido
antes.**

**Sus labios se movieron
como si formaran palabras
que nadie, ni el propio Ben,
pudiera comprender.**

15

17.00 h.

**Matthew Burke salió del
instituto y atravesó el**

**aparcamiento vacío en
busca de su viejo Chevy
Biscayne, todavía con las
cubiertas para la nieve del
año anterior.**

**Contaba sesenta y tres años
y le faltaban dos para la
jubilación obligatoria;
todavía se dedicaba
plenamente a sus clases de
inglés y actividades
extraescolares. La
actividad del otoño era la
representación
teatral del instituto, y
Burke acababa de dar**

término a las lecturas de una farsa en tres actos, El problema de Charley. Había conseguido la pléyade habitual de nulidades, tal vez una docena de catetos que por lo menos podrían memorizar sus líneas (y que las dirían después con temblorosa monotonía) y tres chicos que tenían condiciones. El viernes organizaría el reparto y empezaría a ensayar en la

**próxima semana. De ahí al
30 de
octubre, fecha del estreno,
el elenco tendría tiempo
para prepararse lo mejor
posible. Matt sustentaba la
teoría
de que una representación
en el instituto debía ser
como un bote de sopa de
letras Campbell: insípida
pero
relativamente inofensiva.
Asistirían los familiares, y
se quedarían encantados.
También asistiría el crítico**

**teatral del Ledger, de
Cumberland, y caería en
un éxtasis polisilábico, el
que se esperaba de él frente
a
cualquier producción local.
La Miss elegida (que
probablemente ese año
fuera Ruthie Crockett) se
enamoraría
de algún miembro del
reparto, y lo más probable
era que perdiera la
virginidad después de la
fiesta de los**

actores. Y luego, Matt tomaría las riendas en el Club de Debate.

A los sesenta y tres años, la enseñanza seguía siendo un placer para él. En cuanto a la disciplina era

lamentable, con lo que había anulado cualquier posibilidad de llegar a la administración (sus ojos eran

demasiado soñadores para poder ejercer con eficacia el puesto de ayudante de dirección), pero la falta de

**disciplina jamás había sido
obstáculo para él. Matt
había leído los sonetos de
Shakespeare en aulas de
clase**

**heladas, donde las cañerías
se quejaban y volaban
aviones y bolitas de papel
humedecido con saliva, se
había**

**sentado sobre tachuelas y
las había puesto a un lado
con aire distraído mientras
decía a la clase que
abrieran la**

Gramática por la página 467, se había encontrado con grillos, sapos y hasta con una culebra al abrir los cajones para sacar el papel en que sus alumnos tenían que escribir sus redacciones.

Había recorrido la lengua inglesa a lo largo y a lo ancho, como un solitario Viejo Marinero extrañamente complaciente: Steinbeck en la primera hora, Chaucer

en la segunda, la oración en la tercera, y la función del gerundio antes del almuerzo. Tenía los dedos permanentemente teñidos de amarillo, más que por la acción de la nicotina por el polvo de tiza, sustancia que para algunas personas es, también, algo a lo que se aficionan, hasta convertirse en adictos.

Los chicos no le veneraban ni le querían; no era un

Mr. Chips que languideciera en un rústico rincón de Estados Unidos a la espera de que llegara Ross Hunter a descubrirlo, pero muchos de sus alumnos le respetaban, y algunos aprendían de él que la dedicación, por excéntrica o humilde que sea, es una cosa digna.

A Matt le gustaba su trabajo.

Subió a su automóvil, apretó demasiado el

acelerador y el motor se ahogó. Esperó un momento antes de empezar de nuevo.

Sintonizó en la radio una emisora que transmitía rock and roll desde Portland y elevó el Volumen casi hasta distorsionar el sonido. El rock and roll le parecía una música estupenda. Marcha atrás,

salió del aparcamiento, se le caló el motor y volvió a ponerlo en marcha.

Tenía una casita en las afueras, sobre Taggart Stream Road, y recibía muy pocas visitas. No se había casado y casi no tenía familia, sólo un hermano en Texas que trabajaba para una compañía petrolífera y no le escribía nunca. En realidad, Matt no echaba de menos su falta de vínculos. Era un solitario, pero la soledad no

le había afectado en ningún sentido.

Se detuvo ante el semáforo de Jointner Avenue y Brock Street, y después tomó el camino de su casa. Las sombras ya se habían alargado, y la luz del día había alcanzado una belleza extrañamente cálida, tersa y dorada, como un cuadro impresionista francés. Matt miró hacia la izquierda, vio la casa de los Marsten, y se fijó con más atención.

—Los postigos —dijo por encima del ritmo desenfrenado de la radio—. Han vuelto a colocar los postigos.

Eché un vistazo al retrovisor y vio que en la entrada para coches estaba aparcado un vehículo. Matt ejercía la docencia en Salem's Lot desde 1952 y jamás había visto un coche aparcado en esa entrada.

—¿Es que vive alguien allí? —se preguntó, y siguió conduciendo.

16

18.00 h.

Bill Norton, padre de Susan y principal funcionario electivo de Solar, se sorprendió al descubrir que Ben Mears le gustaba muchísimo. Bill era un hombre alto y fuerte, de pelo negro, con complexión de camionero, y que a pesar de haber pasado los cincuenta seguía manteniéndose en buena

**forma física. Próximo a
terminar el
instituto, lo había
abandonado, con
autorización de su padre,
para ingresar en el ejército,
y a partir de entonces
había ascendido
trabajosamente hasta
alcanzar su diploma a los
veinticuatro años, mediante
un examen de
reválida al que decidió
presentarse en el último
momento. No era un**

antiintelectual, como suele suceder con algunos obreros cuando, ya sea por obra del destino o de su propia actitud, se ven privados del nivel de aprendizaje que habrían sido capaces de asimilar, pero no podía soportar a esos «abortos del arte», como llamaba a algunos de los muchachos de pelo largo y ojos de gacela que Susan solía llevar a casa. No era que

le importara cómo llevaban el pelo o se vestían. Lo que le fastidiaba era que ninguno daba impresión de seriedad. Bill no compartía la inclinación de su mujer por Floyd Tibbits, el muchacho con quien Susan había salido más a menudo desde que terminara sus estudios, pero tampoco le disgustaba. Floyd tenía un trabajo bastante bueno en Falmouth Grant's, como

ejecutivo, y Bill Norton le consideraba hombre relativamente serio. Además, era del pueblo, pero también, en cierto modo, lo era el tal Mears.

—Hazme el favor de dejarle tranquilo con esa manía de los abortos del arte —dijo Susan, mientras se levantaba al oír sonar el timbre de la puerta. Se había puesto un ligero

**vestido verde de verano y
llevaba el
pelo peinado con sencillez,
recogido hacia atrás.**

Bill rió.

**—Tengo que decir las cosas
como las veo, querida
Susie. Pero no te
molestaré... nunca lo hago,
por lo
demás, ¿no es cierto?**

**Con una sonrisa nerviosa,
Susan fue a abrir la puerta.
El hombre que entró era
delgado y de aspecto ágil,**

**bellos rasgos y una espesa,
casi grasienta, mata de
pelo negro que, pese a ello,
parecía recién lavado. Su
manera de vestir
impresionó favorablemente
a Bill:**

**vaqueros azules impecables
y una camisa blanca
arremangada hasta los
codos.**

**—Ben, te presento a mis
padres, Bill y Ann Norton.
Ma, papá, Ben Mears.**

**—Hola. Encantado de
conocerles.**

Sonrió con cierta reserva a la señora Norton, y ella le saludó:

—Hola, señor Mears. Es la primera vez que vemos de cerca a un verdadero escritor. Susan estaba muy emocionada.

—No se preocupe; yo no cito mis propias obras. — Ben volvió a sonreír.

—Hola—dijo Bill.

Se levantó de su silla. No en vano había llegado desde los muelles de Portland al cargo sindical que

**ocupaba; su apretón de
manos era fuerte y recio.
Pero la mano de Mears no
se retrajo ni se convirtió en
gelatina como la de esos
abonos del arte, y Bill se
sintió satisfecho. Decidió
hacerle pasar la segunda
prueba y
preguntó:
—¿Le apetece una
cerveza?
Los abortos del arte
rehusaban
invariablemente; la**

mayoría de ellos le daba a la marihuana, y no querían dañar su valiosa conciencia bebiendo.

—Hombre, me encantaría.

—La sonrisa de Ben se hizo más amplia—. Y dos o tres también.

La risa de Bill retumbó como un trueno.

—Estupendo. Nos entenderemos. Vamos allá. El sonido de su risa marcó una extraña forma de comunicación entre los dos hombres, que tenían

**muchos rasgos en común.
El ceño de Ann Norton se
nubló, mientras el de Susan
se despejaba, como si una
carga de inquietud se
hubiera desplazado por
telepatía a través de la
habitación.**

**Ben siguió a Bill a la
galería, en un ángulo de la
cual aparecía sobre una
mesa pequeña una nevera
llena
de latas de Pabst, Bill sacó
una de encima del hielo y**

se la arrojó a Ben, que la atrapó con una mano, sin agitarla para evitar que hiciera demasiada espuma.

—Se está bien aquí fuera —comentó Ben, mirando hacia la barbacoa que había en el patio del fondo, una construcción de ladrillo, baja y práctica.

—Lo construí yo —explicó Bill—. Me alegro de que le guste.

Ben bebió un largo trago y después eructó: un punto más a su favor.

—Susie piensa que usted es un gran tipo —comentó Norton.

—Y ella es un encanto de chica.

—Y sensata, también — agregó Norton y eructó a su vez—. Dice que ha publicado usted tres libros.

—Así es.

—¿Se venden bien?

—El primero se vendió — contestó Ben, y no agregó nada más.

Bill Norton hizo un leve gesto de asentimiento; le

**gustaba que un hombre
tuviera la suficiente
discreción
para mantener reserva
sobre sus asuntos de
dinero.**

**—¿Quiere echarme una
mano con las
hamburguesas y
salchichas?**

**—Desde luego —respondió
Bill.**

**—Las salchichas hay que
cortarlas para que no
estallen, ¿lo sabía?**

**—A)á —asintió Ben,
mientras con el índice
derecho hacía tajos en
diagonal en el aire, sin
dejar de
sonreír. En los frankfurts,
esos pequeños cortes
impedían que se formaran
ampollas.**

**—Se TC que usted es un
hombre de experiencia —
aprobó Bill Norton—. Eso
se descubre enseguida.
Traiga esa bolsa de carbón
que hay allí, que yo**

**buscaré la carne. Y coja su
cerveza.**

**—Jamás me separaría de
día.**

**En el momento de irse, Bill
vaciló y le miró, arqueando
una ceja.**

—¿Usted es un tipo serio?

—le preguntó.

Ben le sonrió.

—Vaya si lo soy.

**—Muy bien —asintió Bill,
y entró en la casa.**

**La previsión de lluvia de
Babs Griff en erró por**

kilómetros, y la comida en el patio del fondo fue sobre ruedas. Se levantó una suave brisa que, unida a las bocanadas de humo de nogal que subían de la barbacoa, consiguió mantener alejados a los mosquitos. Las mujeres llevaron los platos de cartón y los condimentos, y volvieron a beberse una cerveza cada una, riendo mientras Bill, hábil en

vencer las jugarretas del viento, le ganaba a Ben al badminton por 21-6. Ben agradeció la oferta de jugar la revancha, señalando con desgana su reloj.

—Estoy escribiendo otro libro —explicó— y me faltan seis páginas para cumplir con la cuota fijada para hoy. Si sigo bebiendo, mañana por la mañana no

podré releer lo que llevo escrito.

Susan le acompañó hasta la puerta; Ben había venido a pie desde el pueblo. Bill asentía para sus adentros mientras apagaba el fuego. Ben había dicho que era un tipo serio, y él le tomaba la palabra. No se había esforzado por impresionar a nadie, pero un hombre que trabajaba después de la cena no podía menos

que dejar recuerdo de su nombre, y probablemente en mayúsculas.

Ann Norton, sin embargo, no se sentía tranquila del todo.

17

19.00 h.

Floyd Tibbits entró en el aparcamiento de Dell's diez minutos después que Delbert Markey, propietario y barman, hubiera encendido el nuevo cartel del frente. El cartel proclamaba

DELI/S en letras de casi un metro

de alto, y el apostrofe era un vaso de whisky.

Fuera, el resplandor del sol había sido sustituido en el cielo por el púrpura creciente del crepúsculo, y en

las depresiones del terreno no tardaría en empezar a acumularse la niebla. En una hora empezarían a aparecer los habituales clientes nocturnos.

**—Hola, Floyd —saludó
Dell mientras sacaba una
Michelob de la nevera—.**

¿Qué tal el día?

**—Bien —respondió Floyd
—. Parece una buena
cerveza.**

**Era un hombre alto que
lucía una bien recortada
barba de color arena y
vestía pantalones de
deporte de**

**punto y una americana
informal. Era el**

subdirector de créditos, y

**su trabajo le gustaba de esa
manera ausente
que en cualquier momento
puede convertirse en
aburrimiento. Floyd se
sentía a la deriva, pero la
sensación no
era desagradable. Y estaba
Suze, una chica excelente.
No tardaría en llegar por
allí, y Floyd pensó que
entonces tendría que
hacerse valer.
Dejó sobre el mostrador un
billete de un dólar, se sirvió**

**la cerveza, se la bebió
ávidamente y volvió a
servirse. En ese momento
no había otros
parroquianos que un
hombre joven con el mono
azul de la compañía
telefónica: El chico de
Bryant, pensó Floyd.
Estaba bebiendo cerveza en
una mesa, mientras
escuchaba la
melancólica canción de
amor que sonaba en el
tocadiscos.**

—¿Y qué hay de nuevo en el pueblo? —preguntó Floyd, aunque ya sabía la respuesta.

Nada nuevo, en realidad. Tal vez alguien hubiera aparecido borracho en el instituto, pero no se le ocurría nada más.

—Bueno, alguien mató al perro de tu tío. Ésa es la novedad.

El vaso de Floyd se detuvo antes de llegar a la boca.

—¿Qué? ¿A Doc, el perro del tío Win?

—Exactamente.

—¿Lo atropello un coche?

—Parece que no. Mike Ryerson lo encontró, cuando iba a Harmony Hill a cortar el césped. Doc estaba

colgado de las alcayatas que hay en lo alto del portón del cementerio, totalmente desgarrado.

—¡Menuda canallada!— exclamó Floyd, atónito.

Dell asintió con gravedad, satisfecho de la impresión que había causado. Sabía algo más que esa tarde tenía en vilo a todo el pueblo: que a la chica de Floyd la habían visto con el escritor que se alojaba en la pensión de Eva. Pero era mejor que Floyd lo descubriera por sí mismo. —Ryerson le trajo el cadáver a Parkins Gillespie —continuó—. Él piensa

**que posiblemente el perro
ya
estaba muerto y algunos
granujas lo colgaron por
divertirse.**

**—Gillespie no sabe lo que
dice.**

**—Tal vez no. Te diré lo que
pienso. —Dell se inclinó
hacia adelante,
afirmándose en sus
antebrazos—.**

**Pienso que han sido los
chicos, demonios, eso es
seguro. Pero puede ser algo**

más grave que una broma.

Oye,

mira esto. —Buscó debajo

de la barra, sacó un

periódico y lo extendió

sobre el mostrador, abierto

por una

página del medio.

Floyd lo levantó. El

encabezamiento rezaba:

ADORADORES DE

SATÁN PROFANAN

IGLESIA.

Leyó rápidamente la

noticia. Un grupo de

muchachos se había metido

**en una iglesia católica de
Clewiston,
Florida, poco después de
medianoche, para practicar
allí algún tipo de ritos
profanos. El altar había
sido
profanado, había palabras
obscenas escritas en los
bancos, los confesionarios y
la pila de agua bendita, y
en
los escalones que conducían
a la nave se habían
encontrado manchas de
sangre. Los análisis habían**

confirmado que aunque parte de la sangre era de algún animal (se pensaba en un chivo), la mayor parte era humana. El jefe de policía de Clewiston admitía que de momento no tenían pista alguna.

Floyd dejó el periódico.

—¿Adoradores de Satán en Solar? Vamos, Dell. Debes de estar chiflado.

—Son los chicos los que se están volviendo locos —

insistió Dell—. Ya verás como es cierto. La próxima novedad será que están haciendo sacrificios humanos en el prado de los Griffen. ¿Quieres otro vaso?

—No, gracias. —Floyd se bajó del taburete—. Creo que será mejor que vaya a ver al tío Win. Adoraba a su perro.

—Dale mis saludos —pidió Dell mientras volvía a guardar el periódico, que esa noche se convertiría en

principal artículo de exhibición—. Dile que lamento lo sucedido.

Mientras se dirigía hacia la puerta, Floyd se detuvo para comentar:

—¿Así que lo colgaron de las alcayatas? Mierda, me gustaría echar el guante a los gamberros que lo hicieron.

—Adoradores del diablo — volvió a decir Dell—. A mí no me sorprendería. No sé qué le pasa a la gente hoy en día.

**Floyd se fue. El chico de
Bryant insertó otra
moneda en el jukebox y
Dick Curless empezó a
cantar**

Enterradme con la botella.

18

19.30 h.

**—Volved temprano a casa
—dijo Marjorie Glick a su
hijo mayor, Danny—.**

**Mañana hay que ir a la
escuela, y quiero que tu
hermano esté acostado a
las nueve y cuarto.**

—En realidad no veo por qué tengo que llevarlo — protestó Danny mientras restregaba los pies contra el suelo.

—No tienes que llevarlo — precisó Marjorie con peligrosa afabilidad—. Siempre puedes quedarte en casa.

Se volvió hacia la mesa de la cocina, donde estaba limpiando pescado, y Ralphie le sacó la lengua.

Danny le amenazó con el puño cerrado, pero el torpe de su hermano se limitó a sonreír.

—Volveremos —prometió, y se dirigió a la puerta de la cocina seguido de Ralphie.

—A las nueve.

—Sí... está bien.

En la sala. Tony Glick estaba sentado frente al televisor, mirando un partido de béisbol.

—¿Adonde vais, chicos?

—A casa de Mark Petrie, el chico nuevo —contestó Danny.

—Sí —se le unió Ralphie —. Vamos a ver los... trenes eléctricos que tiene.

Dany lanzó a su hermano una mirada furibunda, pero su padre no advirtió ni la pausa ni el énfasis.

Tony

Glick había dejado de escuchar lo que decían.

—Volved temprano —les dijo con aire ausente.

Fuera, aunque el sol ya se había puesto, una tenue luz seguía todavía en el cielo.

—Te mereces que te rompa la crisma, idiota —dijo Danny mientras cruzaban el patio del fondo.

—Pues se lo diré —insistió afectadamente Ralphie—. Le diré por qué quieres ir.

—Mamón —murmuró Danny, sin esperanzas.

Desde el fondo del patio, un camino desigual bajaba por la pendiente en dirección al bosque. La casa de

los Glick estaba en Brock Street, la de Mark Petrie al sur de Jointner Avenue. El camino era un atajo que ahorraba bastante tiempo para chicos de nueve y doce años dispuestos a atravesar el arroyo saltando sobre las piedras. Las ramas crujían bajo sus pies. En algún rincón del bosque grajeaba un chotacabras, mientras ellos caminaban rodeados por el chirrido de los grillos.

Danny había cometido el error de contar a su hermano que Mark Petrie tenía la serie completa de monstruos de plástico Aurora: el Hombre Lobo, la Momia, Drácula, el Médico Loco, y hasta la Cámara de los Horrores. La madre de los chicos pensaba que todo eso era malo, que les afectaba el cerebro o algo por el estilo, y el hermano de Danny se había convertido

**inmediatamente en
chantajista.**

**—Apestar, ¿lo sabías? —
dijo Danny.**

**—Muy bien —asintió
Ralphie—. ¿Qué es
apestar?**

**—Es cuando te pones verde
y pegajoso, repugnante.**

**—Déjame en paz —se
desentendió Ralphie.**

**Iban descendiendo por las
márgenes del Crocket
Brook, que gorgoteaba
plácidamente sobre su
lecho de**

**guijarros, mientras en la
superficie se dibujaba un
leve resplandor perlado.
Unos tres kilómetros hacia
el este
se unía a Taggart Stream,
que a su vez terminaba por
verterse en el río Royal.
Danny empezó a
atravesarlo saltando sobre
las piedras, mirando para
ver dónde pisaba, en la
creciente
oscuridad.
—¡Te voy a empujar! —
gritó Ralphie a sus**

espaldas alegremente—.

¡Cuidado, Danny, que te voy a

empujar!

—Si me empujas yo te arrastraré a ti a las arenas movedizas, idiota.

Llegaban a la otra orilla.

—Por aquí no hay arenas movedizas —se mofó

Ralphie, pero se acercó más a su hermano.

—¿Ah, no? —preguntó Danny—. Hace unos años, un chico se hundió en las arenas movedizas. Se lo oí

comentar a los viejos que se reúnen en la tienda.

—¿De veras? —preguntó Ralphie, con ojos muy abiertos.

—Sí —masculló Danny—. Se hundió chillando y pataleando, y la boca se le llenó de arena y se acabó.

—¿Qué dices? —repuso Ralphie, inquieto. La oscuridad ya era casi completa y el bosque parecía lleno de sombras fugitivas—. Salgamos de aquí.

Empezaron a trepar por la ribera opuesta, aunque la pinocha les hacía resbalar. El chico de quien Danny había oído hablar era un muchacho de diez años llamado Jerry Kingfield. Tal vez se hubiera hundido en las arenas movedizas, chillando y pataleando, pero si había ocurrido así, nadie lo oyó. Simplemente, seis años antes había desaparecido en los pantanos mientras

pescaba. Algunos hablaron de arenas movedizas, otros dijeron que lo había matado un perverso sexual. Gente así había en todas partes.

—Dicen que su fantasma sigue rondando por estos bosques —anunció Danny, sin informar a su hermano que los pantanos quedaban casi cinco kilómetros hacia el sur.

—No sigas, Danny —pidió Ralphie, nervioso—. En... en la oscuridad no.

Los árboles crujían en torno de ellos. El grajeo del chotacabras se había acallado. Casi furtivamente, una rama restalló en alguna parte a sus espaldas. La luz del día había desaparecido casi del todo.

—Y a veces —continuó Danny con voz espeluznante—, cuando algún pequeño idiota sale por la noche, aparece aleteando entre los árboles, con la cara

**podrida y cubierta de
arenas movedizas...**

—Danny, por favor.

**En la voz de su hermanito
había una súplica, y Danny
se detuvo. Hasta él mismo
había terminado por
asustarse. Alrededor, los
árboles eran oscuras
presencias abultadas que
oscilaban lentamente
impulsadas por
el viento nocturno,
frotándose unos contra
otros, crujiendo en las
articulaciones.**

**A la izquierda, otra rama
se quebró.**

**De pronto, Danny deseó
haber ido por el camino.**

Otro crujido.

**—Danny, tengo miedo —
susurró Ralphie.**

**—No seas estúpido —le
espetó su hermano—.**

Vamos.

**De nuevo echaron a andar,
haciendo crujir las agujas
de pino. Danny se dijo que
no había oído ninguna
rama que se quebrara. No
se oía nada, a no ser sus**

**propios pasos. La sangre le
latía en las sienes y sentía
las
manos heladas. Cuenta los
pasos, se dijo. Doscientos
pasos más y estaremos en
Jointner Avenue. Y a la
vuelta
tomaremos el camino, para
que este idiota no tenga
miedo. Dentro de un
minuto veremos las luces
de la calle
y me sentiré un estúpido,
pero qué bueno será
sentirse un estúpido, así**

que... cuenta los pasos...

Uno... dos...

tres...

Ralphie soltó un grito:

—¡Lo veo! ¡Estoy viendo al fantasma! ¡Lo veo!

El terror se incrustó en el pecho de Danny como un hierro al rojo. Parecía que la electricidad le subía por las piernas. Se habría vuelto para correr, pero Ralphie estaba aferrado a él.

—¿Dónde? —susurró, olvidándose de que él

mismo había inventado el fantasma—. ¿Dónde? —Y atisbo

entre los árboles, temeroso de lo que pudiera ver y sin distinguir otra cosa que la oscuridad.

—Ahora ha desaparecido... pero lo he visto... Los ojos. Le he visto los ojos. Oh, Danny... —balbuceaba.

—No hay fantasmas, tonto. Vamos.

Danny tomó de la mano a su hermano y reemprendieron la marcha.

Las rodillas le temblaban.

Ralphie se

apretaba contra él hasta el punto de que casi le hacía salir del sendero.

**—Nos está vigilando —
murmuró Ralphie.**

—Escucha, no voy a...

—No, Danny, en serio. ¿Es que no lo sientes?

Danny se detuvo. Adelante, en el camino, sintió efectivamente algo y se dio cuenta de que ya no estaban

**solos. Una gran quietud
había descendido sobre el
bosque, una quietud
maligna. Movidas por el
viento, las
sombras se retorcían
lánguidamente.**

**Y Danny olfateaba algo
salvaje, pero no con la
nariz.**

**No había fantasmas, pero
había pervertidos. Venían
en un automóvil negro a
ofrecerles caramelos a los
chicos, o los esperaban en
las esquinas, o... o les**

**seguían al interior de los
bosques...**

Y entonces...

**—Corre —dijo
roncamente.**

**Pero Ralphie temblaba
junto a él, paralizado por el
terror. Su mano aferraba el
brazo de Danny. Sus ojos,
que miraban hacia el
bosque, empezaron a
abrirse cada vez más.**

—¿Danny?

Una rama se quebró.

Al darse la vuelta, Danny vio qué era lo que miraba su hermano.

La oscuridad los envolvió.

19

21.00 h.

Mabel Werts era muy gorda, había llegado a los setenta y cuatro en su último cumpleaños y cada vez

confiaba menos en sus piernas. Era una enciclopedia de la historia y las habladurías del pueblo, y su memoria

**abarcaba más de cinco
decenios de necrología,
adulterios, robos e insania.
Aunque chismosa, no era
deliberadamente cruel (por
más que en esa apreciación
no estuvieran de acuerdo
aquellos cuya historia se
había difundido gracias a
ella); simplemente, vivía en
el pueblo y para el pueblo.
En cierto modo, Mabel era
el pueblo. Viuda y obesa, en
la actualidad salía muy
poco y pasaba la mayor**

**parte del tiempo sentada
junto a
la ventana, vestida con una
camisola de seda que la
hacía parecer una tienda de
campaña, con el pelo de un
amarillento color marfil
recogido en una corona de
gruesas trenzas, el teléfono
en la mano derecha y el par
de
prismáticos japoneses en la
izquierda. La combinación
de ambos recursos —amén
del tiempo para usarlos—**

la convertían en una benévola araña situada en el centro de una red de comunicaciones que se extendía desde el Bend hasta el este de Salem.

A falta de algo mejor que hacer, Mabel se había dedicado a vigilar la casa de los Marsten cuando se abrieron los postigos situados a la izquierda del porche, dejando ver un rectángulo de luz dorada que no era el

**terco resplandor de la
electricidad. Apenas si
había tenido una fugaz
visión de lo que podría
haber sido la
cabeza y los hombros de un
hombre, recortados a
contraluz. Sintió un
escalofrío.**

**En la casa no se había visto
más movimiento.**

**¿Qué clase de gente hay
que ser, pensó Mabel
Werts, para abrir las
ventanas únicamente
cuando uno ya**

**apenas si puede verlos?
Dejó los prismáticos sobre
una mesita y levantó el
teléfono. Dos voces —que
Mabel no tardó en
identificar como de Harriet
Durham y Glynis
Mayberry— comentaban
que ese muchacho,
Ryerson, había
encontrado muerto al
perro de Irwin Purinton.
Mabel se quedó inmóvil,
respirando por la boca,
para que no fuese**

**advertida su presencia en
la línea.**

20

23.59 h.

**El día temblaba al borde de
la extinción. Las casas
dormían en la oscuridad.**

**En el centro del pueblo, las
luces de la ferretería, de las
Pompas Fúnebres y del
Café Excellent arrojaban
sobre el pavimento un débil
resplandor eléctrico. Había
quien seguía despierto,
como George Boyer, que**

**acababa de llegar a casa
después
de cumplir el turno de la
tarde en el aserradero, o
Win Purinton, que hacía
solitarios, incapaz de
dormir al
pensar en su perro, cuya
muerte lo había afectado
más profundamente que la
de su mujer; pero, en
general,
todo el mundo dormía el
sueño de los justos y los
trabajadores.**

**En el cementerio de
Harmony Hill, una
sombria figura se mantenía
inmóvil y meditativa junto
al portón,
a la espera de que acabara
el día. Cuando habló, la voz
era suave y cultivada:
—Oh, padre mío,
favoréceme ahora. Señor
de las Moscas, favoréceme
ahora. Te traigo carne
podrida y
ahumada. Para ganar tu
favor he sacrificado, y con
la mano izquierda te traigo**

**el sacrificio. Sobre este terreno,
consagrado en tu nombre,
haz un signo para mí. Un signo espero para comenzar tu obra.**

Se levantó un viento suave, que traía consigo el suspiro y el susurro de hojas y ramas, y una bocanada de olor a carroña, desde el vertedero junto al camino. No se oían más ruidos que los que transportaba la brisa. La figura se mantuvo silenciosa y pensativa.

Después se inclinó y volvió a erguirse. En sus brazos tenía el cuerpo de un niño. —Esto te he traído.

CUATRO

DANNY GLICK Y OTROS

1

Danny y Ralphie Glick habían salido para ir a casa de Mark Petrie con órdenes de estar de vuelta a las nueve. Cuando pasaron las diez sin que sus hijos hubieran regresado,

Marjorie Glick llamó a casa de los Petrie. No, le dijo la señora Petrie, los muchachos no estaban allí. Ni habían estado. Tal vez sería mejor que su marido hablara con Henry. La señora Glick le pasó el teléfono a su esposo, mientras sentía en el vientre el cosquilleo del miedo. Los dos hombres comentaron el asunto. Sí,

los chicos habían ido por la senda de los bosques. No, el arroyo no tenía profundidad en esta época del año, y menos con buen tiempo. Apenas si llegaría al tobillo.

Henry sugirió que él podía empezar desde su extremo del sendero, con una linterna, mientras el señor Glick

avanzaba desde su lado. Tal vez los chicos hubieran encontrado una

**madriguera de conejos o
estuvieran
fumándose un cigarrillo, o
algo así. Tony se mostró de
acuerdo y agradeció al
señor Petrie por tomarse
esa
molestia. El señor Petrie
dijo que no era molestia.
Tony colgó el auricular y
tranquilizó un poco a su
mujer,
que estaba asustada.
Mentalmente, el padre ya
había decidido que ninguno**

de los dos chicos se iba a poder sentar durante una semana, cuando los encontrara.

Pero antes de que hubiera salido siquiera del patio, Danny apareció a tropezones de entre los árboles y se desplomó junto a la barbacoa del fondo. Estaba aturdido y hablaba con lentitud, respondiendo trabajosamente

y no siempre con sensatez a lo que se le preguntaba.

Tenía hierba en las manos, y algunas hojas otoñales en el

pelo.

Le contó a su padre que él y Ralphie habían ido por la senda del bosque, habían atravesado el arroyo saltando por las piedras y habían llegado sin dificultad al otro lado.

Después Ralphie empezó a decir que

había un fantasma en los bosques (Danny tuvo cuidado en no mencionar que él te había metido esa idea en la cabeza a su hermano). Ralphie decía que veía una cara, y Danny empezó a asustarse. Él no creía en fantasmas ni espantajos, pero le parecía haber oído algo en la oscuridad. ¿Qué habían hecho entonces?

Danny creía que habían echado a andar de nuevo, tomados de la mano, pero no estaba seguro. Ralphie iba lloriqueando por el fantasma. Danny le dijo que no llorara, porque pronto verían las luces de Jointner

Avenue. No les faltaban más que doscientos pasos, menos tal vez. Entonces había sucedido algo malo. ¿Qué? ¿Qué había sucedido?

Danny no sabía.

Discutieron con él, se irritaron, lo reconvinieron. Dany no hacía más que menear la cabeza, lentamente y sin comprender. Sí, sabía que tendría que recordarlo, pero no podía. En serio, no podía. No, no recordaba haberse caído, en absoluto. Sólo... sólo que todo estaba oscuro. Muy oscuro. Y después recordaba que él estaba tendido en la senda, solo. Ralphie había desaparecido.

Parkins Gillespie dijo que no tenía sentido organizar una búsqueda en los bosques esa noche.

Demasiadas trampas para caza. Probablemente el chico se hubiera salido del camino, y nada más.

Acompañado por Nolly Gardener, Tony Glick y Henry Petrie, Gillespie recorrió de punta a punta la senda y después los alrededores de Jointner Avenue y ¿rock

Street, llamando al chico con un megáfono.

A primera hora de la mañana siguiente, la policía de Cumberland, junto con la estatal, inició una búsqueda coordinada en la zona boscosa, al no encontrar nada, se amplió el área del rastreo. Durante cuatro días revisaron la espesura, y los esposos Glick recorrieron bosques y

**campos, escudriñando los
árboles caídos
que quedaban del antiguo
incendio, gritando el
nombre de su hijo con
terca y desgarradora
esperanza.**

**Nada se encontró y
entonces se hizo un
dragado de Taggart Stream
y del río Royal, sin
resultado.**

**A las cuatro de la
madrugada del quinto día,
aterrorizada e histérica,**

Marjorie Glick despertó a su marido. Danny se había desmayado en el vestíbulo del piso alto, aparentemente mientras iba al cuarto de baño. Una ambulancia lo transportó al Hospital General de Central Maine. El diagnóstico preliminar fue conmoción emocional retardada.

**El medico a cargo del caso,
de apellido Gorby, llevó
aparte al señor Glick.**

**—¿Su hijo ha sufrido
alguna vez ataques de
asma?**

**El señor Glick pestañeó
mientras sacudía la cabeza.**

**En menos de una semana
había envejecido diez
años.**

**—¿Antecedentes de fiebre
reumática?**

—¿Danny? No... Danny no.

**—Durante este último año,
¿le han hecho alguna
reacción de Mantoux?**

**—¿Por la tuberculosis? ¿Es
que está enfermo?**

**—Señor Glick,
simplemente queremos
descubrir...**

**—¡Marge! Margie, ven
aquí.**

**Marjorie Glick se levantó y
se acercó por el corredor.
Tenía el semblante pálido,
el pelo descuidado,**

**todo el aspecto de una
mujer presa de una
jaqueca torturante.**

**—¿A Danny le han hecho
la reacción de Mantoux
este año?**

**—Sí —contestó
sombriamente—. A
principio de año, en el
colegio. No tuvo reacción.**

**—¿Tose por las noches? —
siguió preguntando Gorby.**

—No.

**—¿Se queja de dolores en
el pecho o en las
articulaciones?**

—No.

—¿De molestias al orinar?

—No.

—¿No hay pérdidas de sangre anormales? ¿Por la nariz, en las deposiciones..., o bien un número excepcional de heridas y cardenales?

—No.

Gorby sonrió e hizo un gesto de asentimiento.

—Quisiéramos que se quedara para hacerle unos análisis.

—Desde luego —respondió Tony—. Estoy asociado a la Cruz Azul.

—Sus reacciones son muy lentas —explicó el médico —, y vamos a examinarle con rayos X, hacer un estudio de la médula, un recuento de leuco...

—¿Tiene Danny leucemia?

—preguntó en un susurro Marjorie Glick, cuyos ojos habían ido agrandándose lentamente.

—Señora Glick, esto es muy... —empezó a explicar

el médico, pero la madre se había desmayado.

2

Ben Mears fue uno de los voluntarios de Salem's Lot que colaboraron en la búsqueda de Ralphie Glick, sin conseguir otra cosa que ensuciarse los pantalones con la maleza y un violento acceso de fiebre del heno provocado por la pelusa de los plátanos.

Durante el tercer día de búsqueda, Ben entró en la

**cocina de Eva dispuesto a
comerse un plato de
raviolis y dormir una breve
siesta antes de ponerse a
escribir. Encontró a Susan
Norton atareada en la
cocina,
preparando un guisado con
hamburguesas. Los
hombres que acababan de
volver del trabajo, sentados
en torno
de la mesa, simulaban
conversar mientras la
devoraban con los ojos;**

**Susan llevaba una
desteñida camisa a
cuadros atada a la cintura
y unos pantalones cortos de
pana. Eva Miller estaba
planchando en un rincón
de la
cocina.**

**—Hola, ¿qué estás
haciendo aquí? —saludó
Ben.**

**—Cocinándote algo
decente antes de que te
conviertas en una sombra
—respondió Susie, y Eva
rió**

desde su rincón.

Ben sintió que le ardían las orejas.

—Guisa bien, de veras — dictaminó Weasel—. Puedo asegurarlo; la he estado observando.

—Si llegas a mirarla un poco más se te salen los ojos de las órbitas — comentó Grover Verrill con una risita.

Susan tapó la cazuela, la puso en el horno y ambos

salieron al porche del fondo a esperar que estuviera lista. El sol descendía, rojo e inflamado.

—¿Algo nuevo?

—No. Nada. —Ben sacó del bolsillo de la camisa un arrugado paquete de cigarrillos y encendió uno.

—Hueles como si fueras un leñador —comentó Susan.

—Vaya día hemos tenido.

—Ben extendió el brazo para mostrarle las picaduras de insectos y los

**raspones a medio cicatrizar
—. Entre los condenados
mosquitos y los malditos
arbustos espinosos me han
destrozado los brazos.**

**—¿Qué crees que puede
haberle pasado, Ben?**

**—Sabe Dios. —Ben exhaló
una bocanada de humo—.**

**Tal vez alguien sorprendió
por detrás al
muchacho mayor, y
secuestró al pequeño.**

**—¿Tú crees que está
muerto?**

Ben la miró para ver si Susan esperaba una respuesta sincera, o simplemente una que dejara esperanzas.

Le tomó la mano y entrelazó los dedos con los de ella.

—Sí —dijo—, creo que el niño está muerto. Todavía no hay pruebas concluyentes, pero es lo que creo.

Ella sacudió la cabeza.

—Ojalá te equivoques. Mamá y otras señoras

**estuvieron haciendo
compañía a la señora
Glick. Está
como si hubiera perdido el
juicio, y el marido también.
Y el otro chico que no hace
más que andar por ahí
como un fantasma.**

**—Humm —gruñó Ben,
mientras miraba hacia la
casa de los Marsten, sin
escuchar en realidad.
Los postigos estaban
cerrados; más tarde se
abrirían. Al anochecer. Los
postigos se abrirían por la**

**noche. Ben sintió un
mórbido escalofrío ante la
idea.**

—... noche?

**—¿Cómo? Perdona. —Se
volvió a mirar a Susan.**

**—Te decía que a papá le
gustaría que fueras
mañana por la noche.**

¿Podrás?

—¿Estarás tú?

**—Claro que sí —afirmó
Susan.**

—De acuerdo. Sí.

**Ben quería mirarla,
encantadora como estaba a**

**la luz crepuscular, pero
sentía que la casa de los
Marsten
atraía sus ojos como un
imán.**

**—Te atrae, ¿verdad? —
preguntó Susan, y el hecho
de que le hubiera leído el
pensamiento, e incluso la
metáfora, era casi
pavoroso.**

—Sí.

**—Ben, ¿sobre qué es tu
nuevo libro?**

**—Todavía no —pidió él—.
Dame tiempo. Te lo diré**

**tan pronto pueda. Es...
tiene que ir resolviéndose
solo.**

**En ese momento Susan
quiso decirle te amo,
decírselo con la soltura y la
falta de aprensión con que
la**

**idea había afluado a su
conciencia, pero se mordió
el labio para no dejar salir
las palabras. No quería
decírselo mientras él
estuviera mirando...
mirando hacia allá.
Se levantó.**

**—Voy a vigilar el guisado.
Cuando Susan se alejó, Ben
seguía fumando y mirando
hacia la casa de los
Marsten.**

3

**En la mañana del día 22,
Lawrence Crockett estaba
sentado en su oficina,
aparentando leer su
correspondencia de los
lunes mientras espiaba por
el rabillo del ojo a su
secretaria, cuando sonó el
teléfono.**

Larry había estado pensando en su carrera comercial en Salem's Lot, en ese pequeño coche reluciente aparcado en la entrada de la casa de los Marsten, y en pactos con el diablo. Ya antes de que su pacto con Straker quedara consumado (Vaya palabra, pensó Larry, mientras sus ojos recorrían el frente de la blusa de su secretaria), Lawrence Crockett era,

indudablemente, el hombre más rico de Salem's Lot y uno de los más ricos del condado de Cumberland, aunque no hubiera signo externo en su oficina ni en su persona que así lo indicara. El despacho era viejo, polvoriento y apenas iluminado por dos bombillas manchadas por las moscas. El antiguo escritorio de tapa enrollable estaba atestado de papeles,

lápices y correspondencia. En un extremo se veía un frasco de goma de pegar, y en el otro un pisapapeles de cristal, cuadrado, que lucía en sus diferentes caras fotos de la familia de Larry. En precario equilibrio sobre una pila de libros de contabilidad había una pecera de cristal llena de cerillas, con un cartel que anunciaba: «Coja lo que quiera.» Salvo tres armarios para archivo,

a prueba de incendios, y el escritorio de la secretaria en su pequeño recinto, la oficina estaba vacía.

Sin embargo, estaba decorada.

Había instantáneas y fotografías por todas partes, pinchadas o pegadas sobre cualquier superficie disponible. Algunas eran copias Polaroid recientes, otras instantáneas de color tomadas algunos años atrás,

**pero la mayoría eran fotos
en blanco y negro,
arqueadas y amarillentas,
que en algunos casos tenían
hasta**

**quince años. Debajo de
cada una se leía un anuncio
escrito a máquina:**

**«¡Hermosa vivienda
campestre, seis**

**habitaciones!» O: «En lo
alto de la colina, Taggart
Stream Road, \$ 32.000.**

**¡Baratísima!» O: «Para
familia**

numerosa, granja con casa de diez habitaciones, Burns Road.» Todo tenía el aspecto de una triste operación clandestina, y lo había sido hasta 1957, cuando Larry Crockett, a quien en Jerusalem's Lot consideraban apenas algo más que un inútil, decidió que el negocio del futuro eran los remolques. En esos días, perdidos ya

**en la bruma del tiempo, la
mayoría de la gente
pensaba en las caravanas,
esas pintorescas cosas
plateadas que
uno enganchaba a la parte
posterior del coche cuando
quería ir hasta el Parque
Nacional de Yellowstone a
sacarles fotos a la mujer y
los niños, de pie junto a
Old Faithmul,
boquiabiertos ante el
chorro intermitente del
geiser. En esos días,
perdidos ya en la bruma**

del tiempo, casi nadie —ni siquiera los propios fabricantes de caravanas— pudo prever que un día las pintorescas cosas plateadas se convertirían en «apaches» que se enganchaban directamente a la camioneta Chevy, ni que podían venir completas y motorizadas independientemente. Larry, sin embargo, no tuvo necesidad de saber estas cosas. Su intuición le

**llevó al ayuntamiento —
por
ese entonces aún no lo
habían elegido como
funcionario municipal;
nadie habría votado por él
ni siquiera para
que se hiciera cargo de la
perrera— con el objeto de
estudiar las leyes de
urbanización de
Jerusalem's Lot.
Eran muy satisfactorias.
Mientras leía entre líneas,
imaginaba miles de**

dólares. La ley decía que no se podía mantener un vertedero, ni tener más de tres coches viejos aparcados en un cercado sin permiso municipal, ni tener un inodoro químico —eufemismo no demasiado exacto por letrina— si no estaba aprobado por la Oficina Sanitaria Municipal. Y eso era todo. Larry se hipotecó hasta el cuello, pidió además un préstamo y consiguió

comprar tres remolques.

Nada

de pintorescas cositas

plateadas: largos

monstruos hipertrofiados,

tapizados, revestidos en

paneles de madera

plástica y con los cuartos

de baño de fórmica. Para

cada uno compró una

parcela de cuarenta metros

cuadrados en el Bend,

donde el terreno era

barato, los instaló sobre

precarios cimientos y se

puso a la tarea de

venderlos. En tres meses lo había conseguido, tras superar cierta resistencia inicial de la gente (que dudaba en vivir en una casa que se parecía a un coche Pullman) y sus ganancias rondaban los diez mil dólares. El futuro había llegado a Salem's Lot, y Larry Crockett estaba allí, listo para capitalizarlo. El día que R. T. Straker apareció en su despacho,

Crockett se cotizaba en casi dos millones de dólares, como resultado de sus especulaciones inmobiliarias en pueblos vecinos, pero no en Solar (no se caga donde se come, era el lema de Lawrence Crockett), basadas en la convicción de que la industria de los hogares móviles crecería como los hongos. Así fue, y el dinero comenzó a entrar a paladas.

En 1965, Larry Crockett se asoció silenciosamente con un contratista llamado Romeo Poulin, que estaba construyendo un supermercado en Auburn. Poulin se las sabía todas, y con su veteranía y el don para los números que tenía Larry, sacaron 750.000 dólares por cabeza, de lo cual no tuvieron que declarar más que un tercio a los recaudadores de impuestos del Tío Sam.

Todo andaba a las mil maravillas, y si el techo del supermercado salió con unas cuantas goteras, bueno, qué se le iba a hacer.

Entre 1966 y 1968, Larry compró acciones suficientes para controlar tres empresas de remolques de Maine, e hizo toda clase de piruetas para mantener alejada a la gente de los impuestos. A Romeo Poulin le

describió el proceso como entrar en el túnel del amor con la chica A, acostarse con la chica B que iba en el coche de atrás y terminar cogido de la mano con la chica C del otro lado.

Larry terminó comprándose casas rodantes a sí mismo, y esas transacciones incestuosas resultaron tan beneficiosas que casi daban miedo.

Tratos con el diablo, vaya, pensaba Larry mientras recorría sus papeles.

Cuando uno hace trato con él, los pagarés huelen a azufre. La gente que compraba caravanas eran obreros o empleados de clase media baja, gente que no tenía posibilidad de pagar una entrada por una casa más convencional, o jubilados que buscaban cómo sacar el máximo partido a la Seguridad Social. La idea de una flamante vivienda

**de seis habitaciones era
muy
importante para esa gente
y, para los más ancianos,
había otra ventaja que
algunos vendedores
olvidaban
destacar pero que Larry,
siempre astuto, subrayaba:
las caravanas no tenían
más que una planta, y no
había
que subir ninguna escalera.
La financiación también
era fácil. Por lo general,
con una entrada de 500**

**dólares la operación
quedaba
cerrada, y si incluso en esos
días de la década de los
sesenta en los que el dinero
aún tenía valor, los 9.500
restantes se gravaban con
un interés del 24 por
ciento, eso rara vez le
parecía una trampa a esa
gente ansiosa
de tener su casa.**

**¡Y el dinero entraba a
espuertas!**

**El propio Crockett había
cambiado muy poco,**

**incluso después de haber
sellado el pacto con el
inquietante señor Straker.
Ningún decorador
afeminado fue a
redecorarle el despacho.
Seguía conformándose
con el ventilador eléctrico
en vez de poner aire
acondicionado. Usaba los
mismos trajes relucientes o
sus
eternos y brillantes
conjuntos de deporte.
Siguió fumando los mismos**

**cigarros baratos y
acudiendo a la
taberna de Dell los sábados
por la noche para beberse
algunas cervezas y jugar a
los naipes con los
muchachos. No había
abandonado los negocios
inmobiliarios en el
municipio, lo que le
suponía dos
importantes ventajas:
primero, le había valido ser
elegido como funcionario, y
segundo, le permitía
manejar**

hábilmente su declaración de impuestos, porque las operaciones visibles quedaban todos los años un escalón por debajo del mínimo no imponible. Aparte de la casa de los Marsten, era y había sido el agente de ventas de unas tres docenas de mansiones decrepitas de la zona. Claro que hubo algunos tratos buenos, pero Larry no

**presionó. Después de todo,
el dinero entraba a
espuertas.**

**Demasiado dinero, tal vez.
Era posible pasarse de
listo, pensó. Entrar en el
túnel del amor con la chica
A, acostarse con la chica B,
salir de la mano con la
chica C, para que al final
las tres le dieran a uno
calabazas.**

**Straker había dicho que se
mantendría en contacto
con él, y de eso hacía**

**catorce meses. Y si
resultaba ahora
que...**

**En ese momento sonó el
teléfono.**

4

**—Señor Crockett —dijo la
conocida voz sin acento.**

—Straker, ¿verdad?

—El mismo.

**—Justamente pensaba en
usted. Parece telepatía.**

**—Qué coincidencia, señor
Crockett. Necesito un
servicio, por favor.**

—Lo imaginé.

**—Consígame un camión,
por favor. Grande.
Alquílelo para que esté en
los muelles de Portland
esta
tarde a las siete en punto.
En la aduana. Creo que
con dos mozos será
suficiente.**

—Perfecto.

**Larry sacó una libreta y
garabateó: «H. Peters, R.
Snow. Henry's U-Haul. 6 a
más tardar.» No se detuvo**

a pensar lo servilmente que parecía cumplir las órdenes de Straker.

—Hay una docena de cajas para retirar. Todas, salvo una, van a la hacienda. La otra es un aparador valiosísimo... un Hepplewhite. Los mozos lo distinguirán por el tamaño, y hay que llevarlo a la casa. ¿Comprende?

—Sí.

—Indique que lo bajen al sótano. Los hombres pueden entrar por el acceso

**que hay bajo las ventanas
de**

la cocina. ¿Entendido?

—Sí. Ahora, ese aparador...

—Una cosa más, por favor.

Consiga cinco candados

Yale. ¿Conoce la marca

Yale?

—Todo el mundo la conoce.

¿Qué...?

**—Cuando se vayan, los
mozos cerrarán la puerta**

de atrás de la tienda.

Dejarán las llaves de los

cinco

candados en la mesa del sótano. Cuando salgan de la casa, pondrán candados en la puerta de acceso al sótano,

en la puerta principal y la del fondo, y en la del cobertizo. ¿Comprende?

—Sí.

—Gracias, señor Crockett. Siga exactamente todas las indicaciones. Adiós.

—Espere un momento...

Se cortó la comunicación.

5

Faltaban dos minutos para las siete cuando el gran camión anaranjado y blanco con su distintivo de Henry's U-Haul, se detuvo ante la barraca al fondo de la aduana, en los muelles de Portland. La marea estaba cambiando, y eso inquietaba a las gaviotas, que planeaban y graznaban contra el cielo carmesí del poniente.

**—Aquí no hay nadie —
comentó Royal Snow**

**mientras se terminaba su
Pepsi, y dejó caer la lata
vacía al
suelo de la cabina—. Nos
arrestarán por
merodeadores.**

**—Hay alguien —señaló
Hank Peters—. De la poli.
No era precisamente de la
poli, sino un vigilante
nocturno, que los enfocó
con su linterna,
—¿Alguno de ustedes es
Lawrence Crockett?**

—Somos empleados suyos
—aclaró Royal—. Venimos
a buscar unos cajones.

—Bueno —dijo el hombre
—. Entrad en la oficina,
que tengo que haceros
firmar la factura. —Le
hizo un
gesto a Peters, que iba al
volante—. Da marcha atrás
hasta esa doble puerta que
está un poco quemada, ¿la
ves?

—Aja. —Peters dio
marcha atrás al camión.

Royal Snow siguió al vigilante hasta la oficina, donde burbujeaba una cafetera. El reloj que había sobre

el calendario señalaba las 19.04. El hombre rebuscó entre los papeles que había sobre el escritorio y le tendió

un formulario.

—Firma aquí.

Royal lo hizo.

—Id con cuidado al entrar.

Encended las luces. Hay ratas.

—Jamás he visto una rata que no huya ante esto — declaró Royal, mientras balanceaba el pie calzado con una pesada bota de trabajo.

—Éstas son ratas de puerto —señaló secamente el otro —, y se han enfrentado a hombres más fuertes que tú.

Royal volvió a salir y se dirigió hacia la puerta del almacén. El vigilante se quedó en la puerta de la

barraca, siguiéndolo con la vista.

—Cuidado —le indicó Royal a Peters—. El viejo dijo que había ratas.

—Bueno. Si a él le asustan... —se burló Hank.

Royal encontró el conmutador de la luz al lado de la puerta. En la atmósfera, pesada con los olores

mezclados de la sal, la madera podrida y la humedad, había algo que

quitaba las ganas de reírse.

**Eso, y la idea
de las ratas.**

**Los cajones estaban
apilados en medio del suelo
del amplio almacén. Aparte
ellos, el lugar estaba vacío
y, por contraste, la
colección parecía enorme.**

**El aparador estaba en el
centro; era más alto que los
demás**

**cajones, y el único que no
llevaba la indicación**

«Barlow y Straker, 27

**Jointner Avenue, Jer. Lot,
Maine».**

**—Bueno, pues no parece
tan mal —comentó Royal.
Consultó su copia del
albarán y después contó los
cajones—. Sí, están todos.**

**—Y hay ratas —señaló
Hank—. ¿Las oyes?**

**—Sí, malditos bichos. Me
enferman.**

**Durante un momento, los
dos se quedaron en silencio,
escuchando los chillidos y
corridas que se oían en
las sombras.**

**—Bueno, a trabajar —dijo
Royal—. Subamos primero
ese grande para que no nos
estorbe cuando
lleguemos a la tienda.
Vamos.**

—Sí, vamos.

**Se acercaron al cajón y
Royal sacó un cortaplumas
del bolsillo y abrió el sobre
adherido al cajón.**

**—Eh —objetó Hank—, ¿te
parece que debemos...?**

**—Tenemos que
asegurarnos de que es lo
que nos encargaron, ¿no?**

Si metemos la pata, Larry nos corta el pescuezo. —Sacó el albarán del sobre para mirarlo.

—¿Qué dice?—preguntó Hank.

—Heroína —le informó seriamente Royal—. Cien kilos de heroína, dos mil libros pornográficos de Suecia, trescientos mil vibradores franceses...

—Dame eso. —Hank le arrebató el albarán—.

Aparador —leyó—.

Exactamente lo que nos dijo Larry.

De Londres, Inglaterra, a Portland, Maine, expedido por correo. Vibradores franceses un cuerno. Pon esto en su lugar.

—Hay algo raro en este asunto —comentó Royal, mientras hacía lo que le habían indicado.

—Lo único raro eres tú.

—No, no es broma. Este cacharro no tiene sellos de

aduana. Ni en el cajón, ni en el sobre del albarán. Ni un solo sello.

—Tal vez se los pongan con esa tinta especial que sólo se ve con luz negra.

—No es lo que se hacía cuando yo trabajaba en el puerto. Hasta el más insignificante cargamento quedaba lleno de sellos. No podías levantar un cajón sin llenarte de tinta azul hasta los codos.

—Bueno, me alegro. Pero date prisa porque mi mujer

suele acostarse muy temprano y quiero llegar a tiempo para...

—Tal vez si le echáramos un vistazo...

—No hay tiempo. Vamos, levantémoslo.

Royal se encogió de hombros. Cuando inclinaron el cajón, algo pesado se movió dentro.

Era un cajón muy desagradable de levantar. Posiblemente fuera una de esas cómodas

de cajones. Era bastante pesado.

Entre gruñidos, lo llevaron trabajosamente hasta el camión y lo colocaron en el elevador hidráulico con suspiros de alivio. Royal se quedó a la espera mientras Hank hacía funcionar el elevador. Cuando estuvo al nivel del suelo del camión, los dos subieron para empujarlo hacia el interior. En el cajón había algo que no le gustaba, y era algo

más que la falta de sellos de aduanas. Una cosa indefinible. Royal siguió mirando el cajón hasta que Hank bajó la puerta rampa de atrás. —Vamos —dijo —.

Subamos los otros. Los demás cajones tenían los sellos normales de aduana, salvo los tres que habían sido despachados desde el interior de Estados Unidos. Mientras iban cargándolos

**en el camión, Royal
cotejaba
cada cajón con lo
especificado en el albarán,
y lo firmaba con sus
iniciales. Todos los cajones
que iban a la
tienda quedaron colocados
cerca de la puerta trasera
del camión, separados del
armario. —Pero ¿quién
demonios va a comprar
estas cosas? —preguntó
Royal una vez terminaron
—. Una mecedora polaca,
un reloj**

**alemán, una rueca
irlandesa... Dios, imagino
que todo esto vale una
fortuna.**

**—Los turistas lo
comprarán —explicó Hank
—. Los turistas compran
cualquier cosa. Algunos de
esos
que vienen de Boston y
Nueva York... se
comprarían una bolsa de
bosta de vaca, si la bolsa
fuera vieja.**

**—No me gusta nada ese
cajón grande —insistió**

Royal—. Ningún sello de aduanas, eso es rarísimo.

Bueno, llevémoslo a donde nos dijeron. Sin hablar, volvieron a Salem's Lot. Hank no quitó el pie del acelerador; quería terminar con ese encargo. Había algo que le disgustaba. Como decía Royal, era muy raro. Se detuvo en la puerta del fondo de la nueva tienda y comprobó que no estaba cerrada con llave, como le

**había dicho Larry. Royal
accionó el conmutador,
pero la luz no se encendió.
—Estupendo —gruñó
Royal—.**

**Tener que descargar estas
porquerías en completa
oscuridad... Oye, ¿no
sientes un olor raro aquí?
Hank olfateó. Sí, había un
tufo, un olor desagradable,
pero no podría haber dicho
con exactitud qué era.
Seco y acre, como el hedor
de algo que hubiera estado**

podriéndose durante largo tiempo.

—Es que ha estado demasiado tiempo cerrado —concluyó mientras pasaba el haz de su linterna por la larga habitación vacía—.

Necesita ventilación.

—Pues yo lo quemaría — declaró Royal. No le gustaba aquello—. Vamos, y tratemos de no rompernos una pierna.

Descargaron los cajones con la mayor rapidez posible, dejando cada uno cuidadosamente en el suelo.

Una hora y media más tarde, Royal cerraba con un suspiro de alivio la puerta del fondo, sin olvidarse de colocarle uno de los nuevos candados.

—La primera parte está hecha —comentó.

—La parte mas fácil —le recordó Hank, mirando hacia la casa de los

**Marsten, que se veía oscura
y con
los postigos cerrados—. No
me gusta tener que ir allá»
y no me da vergüenza
decirlo. Si alguna vez ha
habido
una casa embrujada, es
ésta. Esos tipos deben estar
locos si piensan vivir ahí.
En todo caso, son bichos
raros.**

**—Igual que todos los
decoradores —completó
Royal—. Probablemente**

**quieren prepararla como
lugar
de exposición. Bueno, para
una tienda.**

**—En fin, si tenemos que
hacerlo, adelante.**

**Echaron una última
mirada al aparador
encerrado en su embalaje y
después Hank cerró de un
golpe la
puerta trasera. Se sentó al
volante y tomó por
Jointner Avenue hasta
Brooks Road. Un minuto
después,**

**sombría y crepitante, se
erguía ante ellos la casa de
los Marsten, y Royal sintió
el primer retortijón de
miedo
en el vientre.**

**—Dios, qué lugar tan
escalofriante —murmuró
Hank—. ¿Quién puede
querer vivir allí?**

**—No lo sé, ¿Ves alguna luz
detrás de los postigos?**

—No.

**Parecía que la casa se
inclinara hacia ellos, como
si esperara su llegada.**

**Hank condujo el camión
por el
camino de entrada y dio la
vuelta hacia el fondo.
Ninguno de los dos miró
demasiado lo que las
inciertas luces
delanteras podían revelar
entre la exuberante hierba
del patio del fondo. Hank
sentía que su corazón se
encogía por un sentimiento
de pánico que no había
experimentado siquiera en
Vietnam, aunque allí había**

**vivido casi todo el tiempo
asustado. Pero aquél era un
miedo racional. Miedo de
pisar alguna planta
venenosa
que le hinchara a uno el pie
hasta convertirselo en un
mefítico globo verde, miedo
de que algún muchachito
de uniforme negro cuyo
nombre jamás uno habría
podido pronunciar le
volara la cabeza con un
fusil ruso,
miedo de que a uno le
tocara un oficial chiflado**

**que le ordenara ametrallar
a todo el mundo en una
aldea
donde una semana antes
habían estado los vietcong.
Pero éste de ahora era un
miedo infantil, onírico. Un
miedo sin puntos de
referencia. Una casa era
una casa: tablas, bisagras,
clavos, tejas. No había
razón para
sentir que cada rendija
astillada exhalaba el
polvoriento aroma del mal.**

Eso no eran más que ideas estúpidas.

¿Fantasmas? Hank no creía en fantasmas.

Imposible creer en ellos después de Vietnam.

Tuvo que hacer dos intentos antes de poder meter la marcha atrás y retroceder hasta detener el camión

ante la entrada del sótano.

Las herrumbradas puertas estaban abiertas y, bajo el rojo resplandor de las luces

**traseras del camión,
parecía que los escalones
de piedra descendieran
hacia el infierno.**

**—Amigo, esto no me gusta
nada —declaró Hank.**

**Intentó sonreír, pero sólo le
salió una mueca. —A mí
tampoco.**

**Los dos se miraron a la
débil luz del salpicadero,
abrumados por el miedo.**

**Pero la infancia había
quedado atrás, y no podían
marcharse sin hacer el
trabajo por un miedo**

**irracional. ¿Cómo lo
explicarían a la
luz del día sin que se
burlaran de ellos? El
trabajo había que hacerlo.
Hank apagó el motor,
bajaron y se dirigieron
hacia la trasera del camión.
Royal trepó, soltó el seguro
de
la puerta y bajó la rampa
sobre sus rieles.
El cajón seguía allí, todavía
con rastros de serrín,
inmóvil y silencioso.**

—¡Dios, no quiero tener que bajarlo! —exclamó Hank Peters, con una voz que era casi un sollozo.

—Vamos —le animó Royal —. Deshagámonos de él.

Arrastraron el cajón sobre el elevador y lo hicieron bajar. Cuando estuvo al nivel de la cintura, Hank detuvo el elevador y volvieron el cajón.

—Tranquilo —gruñó Royal mientras retrocedía hacia los escalones—.

Tranquilo...

Bajo la luz roja de las luces traseras, su rostro aparecía tenso como si hubiera sufrido un ataque al corazón.

Bajó de espaldas los peldaños, uno por uno, con el cajón apoyado contra el pecho. Era un peso tremendo, como si llevara encima una lápida de piedra. Era pesado, pensaría después, pero no tanto. Él y Hank habían llevado cargas más pesadas para

Larry Crockett, subiendo y bajando escaleras, pero en la atmósfera de ese lugar había algo que le encogía a uno el corazón, algo que no era bueno.

Los escalones estaban húmedos y resbaladizos, y en dos ocasiones Royal se tambaleó, a punto de perder el equilibrio, gritando: —¡Eh! ¡Cuidado! Finalmente, llegaron abajo. El techo les oprimía con su

**poca altura, y avanzaron
encorvados como brujas
bajo el peso del aparador.
—¡Déjalo aquí, no puedo
más! —jadeó Hank.**

**Lo dejaron caer con un
golpe y ambos se
apartaron. Al mirarse a los
ojos advirtieron que alguna
secreta
alquimia había cambiado el
miedo en terror. El sótano
parecía de pronto lleno de
secretos ruidos
susurrantes.**

Ratas, tal vez, o quizá algo imposible de pensar.

De pronto, Hank primero y Royal Snow tras él, dieron un salto y subieron a la carrera los escalones.

Royal cerró de un golpe las puertas del sótano.

Treparon apresuradamente a la cabina del camión;

Hank lo puso en marcha y se dispuso a partir. Royal lo aferró del brazo; en la oscuridad su rostro parecía todo ojos, enormes y fijos.

—Hank, no hemos puesto los candados.

Los dos se quedaron mirando el haz de candados nuevos que pendían del tablero, sostenidos por un trozo de alambre de embalar. Hank buscó en el bolsillo de su americana y sacó un llavero con cinco llaves Yale nuevas: una era para el candado que habían dejado en la puerta de la tienda, en

**el pueblo, las otras cuatro
para
la casa. Cada una tenía su
etiqueta,
—Oh, por Dios —masculló
—. Oye, ¿y si volvemos
mañana por la mañana
temprano...?**

**Royal tomó la linterna de
la guantera.**

**—Eso no puede ser, y tú lo
sabes —respondió.**

**Volvieron a bajar de la
cabina, sintiendo cómo la
fresca brisa nocturna les**

enfriaba el sudor en la frente.

—Ve tú a la puerta de atrás —dijo Royal—. Yo me ocuparé de la de delante y de la del cobertizo.

Se separaron, y Hank se dirigió hacia la puerta del fondo, sintiendo cómo el corazón le palpitaba en el pecho. Tuvo que intentarlo dos veces antes de poder colocar el candado en el cerrojo. A tan poca distancia de

**la casa, el olor a vejez y
madera podrida era
intenso. Todas las historias
sobre Hubie Marsten de las
que se
habían reído de niños
volvieron a acosarle, lo
mismo que la canción con
que asustaban a las niñas:
«¡Cuidado,
cuidado, cuidado! Hubie te
agarrará si no tienes
cui...da,..do.»
—¿Hank?**

Respiró profundamente, y un candado se le cayó de las manos. Lo recogió.

—¿No se te ocurre nada mejor que acercarte así a una persona? ¿Ya...?

—Sí. Hank, ¿quién va a bajar de nuevo a ese sótano para dejar el llavero sobre la mesa?

—No sé —dijo Hank Peters.

—¿Te parece que lo echemos a suertes?

—Sí, creo que es lo mejor.

Royal sacó una moneda de veinticinco centavos.

—Elige mientras está en el aire —dijo, y la arrojó.

—Cara.

Royal atrapó la moneda, la aplastó contra el antebrazo y la descubrió. El águila resplandeció sombríamente ante sus ojos.

—Jesús —suspiró Hank, pero tomó el llavero y la linterna y volvió a abrir las puertas del sótano.

Se obligó a bajar los escalones, y cuando hubo pasado la pendiente del tejado encendió la luz para alumbrar la parte visible del sótano, que unos nueve metros más adelante hacía una curva en L y se perdía Dios sabría dónde. El haz de la linterna se posó sobre la mesa, cubierta de un polvoriento mantel a cuadros.

Sobre ella había una rata enorme que no se movió al recibir el rayo de luz; se

**sentó sobre su gordo
trasero, y
casi daba la impresión de
sonreír burlonamente.
Hank pasó junto al cajón,
dirigiéndose a la mesa.
—¡Psst! ¡Rata!
El animal saltó al suelo y
huyó hacia la oscuridad.
Ahora a Hank le temblaba
la mano, y el haz de la
linterna se paseó
espasmódicamente de un
lugar a otro, revelando un
barril cubierto de polvo, un
viejo**

**escritorio, una pila de
periódicos...**

**Bruscamente, volvió el
rayo de luz otra vez hacia
los periódicos y contuvo el
aliento mientras la linterna
iluminaba algo que había
junto a ellos, a la izquierda.**

**Una camisa... ¿no era una
camisa? Amontonada como
un trapo viejo. Y algo que
había más atrás podría
ser un par de téjanos. Y eso
otro parecía...**

Algo crujió a sus espaldas.

Presa del pánico, Hank arrojó las llaves sobre la mesa y echó a correr torpemente hacia fuera.

Cuando

pasó junto al cajón, vio qué había hecho el ruido. Una de las bandas de aluminio se había soltado y ahora apuntaba hacia el techo, como si fuera un dedo.

Subió a tropezones las escaleras, cerró de golpe las puertas a sus espaldas (aunque no se dio cuenta hasta

**más tarde, se le había
puesto la carne de gallina
en todo el cuerpo), trabó el
candado en el cerrojo y
corrió a la
cabina del camión. Su
respiración era
entrecortada y sibilante
como la de un perro
herido. Vagamente oyó que
Royal le preguntaba qué
había sucedido, qué pasaba
allí abajo, y entonces puso
en marcha el camión y
partió**

a toda velocidad, haciendo rugir el motor al rodear la casa, hundiéndose en la tierra blanda. No disminuyó la velocidad hasta que el camión volvió a entrar en Brooks Road, rumbo a la oficina de Lawrence Crockett.

Entonces empezó a temblar incontroladamente.

—¿Qué había allá abajo?

—preguntó Royal—. ¿Qué viste?

—Nada —respondió Hank Peters, y la palabra salió entrecortada por el castañetear de sus dientes —. No vi nada ni quiero volver a verlo jamás.

6

Larry Crockett estaba preparándose para cerrar la tienda y marcharse a casa cuando Hank Peters volvió a entrar. Todavía parecía asustado.

—¿Olvidaste algo, Hank?

—preguntó Larry.

**Cuando los dos habían
vuelto de la casa de los
Marsten, con el aspecto de
que alguien les hubiera
dado**

**un golpe en la cabeza,
Larry les dio diez dólares
extra a cada uno, y dos
botellas de Etiqueta Negra,
al mismo**

**tiempo que les daba a
entender que tal vez sería
mejor que no hablaran**

demasiado del trabajo de esa noche.

—Tengo que decírselo — dijo Hank—. No puedo más, Larry. Tengo que decírselo.

—Adelante —le animó Larry. Abrió el cajón de debajo del escritorio para sacar una botella de Johnnie Walker y sirvió una medida para cada uno en un par de vasos—. ¿Qué le preocupa?

Hank bebió un sorbo e hizo una mueca.

—Cuando llevé esas llaves para dejarlas en la mesa de abajo, vi algo. Ropa, parecía. Una camisa y tal vez unos pantalones. Y una zapatilla. Creo que era una zapatilla, Larry.

Larry se encogió de hombros y sonrió.

—¿Y? —Sentía un bloque de hielo sobre el pecho.

—El niño de los Glick llevaba pantalones téjanos. Fue lo que dijeron en el

**Ledger. Téjanos, una
camisa
roja y zapatillas. Larry,
¿y si...?**

**Larry siguió sonriendo,
pero la sonrisa se le había
congelado.**

Hank tragó saliva.

**—¿Y si esos tipos que
compraron la casa de los
Marsten y la tienda
hubieran secuestrado al
chico de los
Glick?**

**Bueno. Ya lo había dicho.
Bebió el resto del líquido**

**ardiente que tenía en el
vaso.**

**—¿No habrás visto
también un cadáver? —
preguntó Larry,
sonriendo.**

—No... no. Pero...

**—Eso sería un asunto para
la policía —reflexionó
Larry Crockett. Volvió a
llenar el vaso de Hank sin
que le temblara la mano.
La sentía tan fría y rígida
como una roca—, Y yo
mismo te llevaría en mi
coche a**

ver a Parkins. Pero algo así... —Sacudió la cabeza —. Pueden salir a la luz cosas muy feas. Como ese asunto tuyo con esa camarera de Dell... Jackie se llama, ¿no? —¿De qué demonios habla usted? —El rostro de Hank estaba mortalmente pálido. —Y seguramente se sabría lo de ese despido... Pero tú sabes cual es tu deber, Hank. Haz lo que te parezca.

**—No vi ningún cadáver —
susurró Hank.**

**—Perfecto —sonrió Larry
—. Y tal vez no hayas visto
ropa tampoco. Tal vez no
eran más que... trapos.**

**—Tropos —repitió Hank
Peters con voz hueca.**

**—Tú sabes lo que pasa en
esos sitios viejos. Siempre
llenos de basura. Tal vez
viste alguna camisa vieja,
algo que rompieron para
usar como trapo de
limpieza.**

—Claro —asintió Hank, y volvió a vaciar su vaso—. Tiene usted una buena manera de ver las cosas, Larry.

Crockett sacó la billetera del bolsillo del pantalón, la abrió y contó sobre el escritorio cinco billetes de diez dólares.

—¿Para qué es eso?

—El mes pasado me olvidé de pagarte el trabajo que hiciste para Brennan. Tienes que recordarme esas

cosas, Hank. Sabes que siempre me olvido de las cosas.

—Pero si usted me...

—Fíjate —le interrumpió Larry, sonriendo— que bien podrías estar ahora aquí contándome algo, y mañana por la mañana soy capaz de no acordarme de nada. ¿No es terrible?

—Sí —murmuró Hank.

Su mano se extendió, temblorosa, cogió los billetes y se los metió en el

**bolsillo de su chaqueta
lejana
como si se sintiera ansioso
por dejar de tocarlos. Se
levantó como un
estremecimiento, tan
deprisa que estuvo
a punto de derribar la silla.
—Escuche, Larry, tengo
que irme... Yo... yo no...
Tengo que irme.
—Llévate la botella —
sugirió Larry, pero Hank
se dirigía ya hacia la
puerta, y no se detuvo.**

Larry volvió a sentarse. Se sirvió otro trago, sin que la mano le temblara todavía. No se dirigió a cerrar la tienda, sino que volvió a servirse whisky, una y otra vez. Pensaba en pactos con el diablo. Por último sonó el teléfono. Larry lo cogió. —Ya está arreglado —dijo.

7

Hank Peters despertó a las primeras horas de la mañana siguiente, tras haber soñado con enormes ratas

que salían arrastrándose de una tumba abierta, una tumba que guardaba el cuerpo verde y putrefacto de Hubie

Marsten, con un viejo trozo de cuerda de cáñamo alrededor del cuello. Peters se quedó apoyado en los codos, respirando con dificultad, con el torso desnudo bañado en sudor, y cuando su mujer le tocó el brazo lanzó un grito.

8

El Almacén Agrícola de Milt Crossen ocupaba la esquina de Jointner Avenue y Railroad Street, y la mayoría de los viejos chiflados del pueblo acudían allí cuando llovía y el parque resultaba impracticable.

Durante los largos inviernos, no faltaban nunca.

Cuando Straker llegó en su Packard de 1939 —¿o era

de 1940?— no había más que un poco de niebla, y Milt y Pat Middler mantenían en ese momento una conversación sobre si Judy, la novia de Freddy Overlock, se había escapado en 1957 o en 1958. Los dos estaban de acuerdo en que se había largado con aquel viajante de comercio que llegó a Yarmouth, y también coincidían en que él no valía un comino, ni ella tampoco, pero

**fuera de eso no podían
ponerse de acuerdo.**

**La conversación cesó en el
momento en que entró
Straker.**

**El recién llegado miró a la
concurrancia —Milt y Pat
Middler,**

**Joe Grane, Vinnie Upshaw
y Clyde Corliss— y sonrió
sin humor.**

**—Buenas tardes,
caballeros —saludó.**

**Milt Crossen se levantó,
envolviéndose casi**

púdicamente en su delantal.

—¿Puedo servirle en algo?

—Sí —respondió Straker

—. Necesito carne, por favor.

Compró un trozo de rosbif, un kilo de chuletas, un poco de carne picada y medio kilo de hígado de ternera. A eso se sumaron otros productos —harina, azúcar, judías— y varias hogazas de pan.

Hizo toda la compra en el más absoluto silencio. Los

**parroquianos de la tienda
siguieron alrededor de la
gran estufa Pearl Kineo
que el padre de Milt había
modificado para que
funcionara con petróleo.**

Mientras

**fumaban, miraban
prudentemente al cielo y
observaban al extraño por
el rabillo del ojo.**

**Cuando Milt terminó de
colocar los artículos en una
gran caja de cartón,
Straker pagó en efectivo,
con**

un billete de veinte y otro de diez. Recogió la caja, se la puso bajo el brazo y les volvió a dedicar su sonrisa dura, rápida y sin humor. —Adiós, caballeros —dijo, y se fue.

Joan Crane llenó de tabaco su pipa, hecha con una mazorca de maíz. Clyde Corliss se echó hacia atrás y escupió junto a la estufa. Vinnie Upshaw sacó del bolsillo del chaleco papel

**para liar y le echó unas
hebras de
tabaco con sus dedos
artríticos.**

**Todos observaron cómo el
forastero cargaba la caja
en el maletero del coche.
Eran conscientes de que la
caja debía pesar unos
quince kilos, y todos le
habían visto ponérsela
debajo del brazo al salir,
como si fuera
una almohada de pluma.
Dio la vuelta hacia el lado
del conductor, se sentó al**

**volante y partió por
Jointner
Avenue. El coche ascendió
por la colina, dobló a la
derecha para tomar Brooks
Road, desapareció y volvió
a
aparecer detrás de los
árboles un rato después,
reducido ahora por la
distancia al tamaño de un
juguete. Tomó
por la entrada para coches
de la casa de los Marsten y
se perdió de vista.**

**—Un tipo raro-señaló
Vinnie.**

**Se puso el cigarrillo en la
boca, le quitó unas hebras
que asomaban por el
extremo y sacó del bolsillo
del
chaleco una cerilla.**

**—Debe de ser uno de los
que compraron esa tienda
—aventuró Joe Grane.**

**—Y la casa de los Marsten
—añadió Vinnie.**

**Clyde Corliss soltó una
ventosidad.**

Pat Middler se hurgaba con gran concentración un callo en la palma de la mano izquierda.

Pasaron cinco minutos.

--¿Creéis que tendrán éxito? —preguntó Clyde.

—Quizá —respondió Vinnie—. Es posible que en el verano les vaya bien. Tal como están las cosas hoy día, es difícil decirlo.

Un murmullo general, casi un suspiro de asentimiento.

—Es un tipo fuerte — comentó Joe.

**—Aja —coincidió Vinnie
—. Y tenía un Packard del
treinta y nueve, sin una
simple mancha de
herrumbre siquiera.**

**—Del cuarenta —objetó
Clyde.**

**—El del cuarenta no tenía
estribos —se defendió
Vinnie—. Era del treinta y
nueve.**

**—Estás equivocado —
declaró Clyde.**

**Pasaron cinco minutos.
Después vieron que Milt
examinaba el billete de**

**veinte dólares con que
había
pagado Straker.**

**—¿Es raro ese dinero,
Milt? —preguntó Pat—.**

**¿Te pagó con dinero
sospechoso?**

**—No, pero mira. —Milt se
lo pasó por encima del
mostrador y todos lo
observaron. Era mucho
más**

**grande que un billete
común.**

**Pat lo miró a contraluz, lo
examinó, le dio vuelta.**

**—Es una serie E veinte,
¿verdad, Milt?**

—Sí —confirmó Milt—.

**Hace cuarenta o cuarenta y
cinco años que dejaron de
hacerlos. Imagino que
valdrá bastante dinero en
la feria de moneda de
Portland.**

**Pat hizo circular el billete y
todos lo examinaron, de
más cerca o de más lejos,
dependiendo de como les
resultara más fácil para
ver. Joe Crane lo devolvió,
y Milt lo colocó debajo del**

**cajón donde guardaba el
dinero**

**en efectivo, junto con los
cheques y los cupones.**

**—Seguro que es un tipo
raro —reflexionó Clyde.**

**—No hay duda —coincidió
Vinnie, e hizo una pausa—.**

**Era del treinta y nueve, sin
embargo. Mi medio**

**hermano, Vic, tuvo uno. El
primer coche que tuvo en**

su vida. Lo compró de

segunda mano, en 1944. Se

**olvidó de ponerle aceite
una mañana y se cargó los
malditos pistones.**

**—Creo que era del
cuarenta —afirmó Clyde
—; recuerdo que un tipo
que solía venir a la tienda
de**

**Alfred a arreglar sillas fue
directamente a tu casa y
dijo...**

**Y así se inició la discusión,
que se intensificaba en el
silencio más que en el
discurso, como una partida**

**de ajedrez jugada por
correo. Y el día pareció
inmovilizarse y dilatarse
hasta la eternidad, y Vinnie
Upshaw
empezó a liar otro
cigarrillo con lentos gestos
de artrítico.**

9

**Ben estaba escribiendo
cuando oyó llamar a la
puerta, colocó una señal
para recordar la última
palabra
escrita y se levantó a abrir.
Eran poco más de las tres**

de la tarde del miércoles 24 de septiembre. La lluvia había puesto término a todos los proyectos de seguir con la búsqueda de Ralphie Glick, y el consenso general era que la búsqueda había terminado. El chico de los Glick había desaparecido, y no había ya nada que se pudiera hacer.

Abrió la puerta y se encontró con Parkins Gillespie, que llevaba un

cigarrillo en los labios.

**Tenía en la
mano un libro de bolsillo, y
a Ben le hizo gracia
advertir que se trataba de
la edición Bantam de La
hija de
Conway.**

**—Adelante, agente —le
invitó—. Hay mucha
humedad fuera.**

**—Un poco, sí —asintió
Parkins, mientras entraba
—. Septiembre es la época
de la gripe. Yo uso siempre**

**botas. Hay quien se ríe,
pero no he tenido gripe
desde 1944 en Saint-Ló,
Francia.**

**—Deje su chaqueta sobre
la cama. Lamento no poder
ofrecerle café.**

**—No quisiera mojarle
nada —dijo Parkins,
mientras sacudía la ceniza
en el cesto de los papeles—.**

Y

**acabo de tomar una taza de
café en el Excellent.**

—¿Puedo serle útil?

—Bueno, mi mujer leyó esto... —Levantó el libro—.

Y oyó decir que usted estaba en la ciudad, pero ella

es tímida. Se le ocurrió que tal vez usted podría dedicarle el libro o algo así.

Ben tomó el libro.

—Por lo que dice Weasel Craig, hace catorce o quince años que su mujer murió.

—¿Eso dice? —Parkins no dio la menor señal de

sorpresa—. Cómo le gusta hablar al tal Weasel. Algún día abrirá tanto la boca que caerá adentro.

Ben no dijo nada.

—¿No le parece que me lo podría firmar a mí, entonces?

—Encantado.

Ben tomó una pluma del escritorio, abrió el libro por la solapa («¡Un palpitante trozo de vida!», Cleveland Plan Dealer), y escribió: «Con los mejores

deseos para el agente
Gillespie, de Ben Mears;
24/9/75.» Luego se lo
devolvió.

—Se lo agradezco mucho
—dijo Parkins, sin mirar
qué había escrito Ben. Se
inclinó para apagar el
cigarrillo en el costado de
la papelera—. Es el único
libro firmado que tengo.

—¿Ha venido para
interrogarme? —preguntó
Ben, sonriente.

—Es bastante despierto,
usted —comentó Parkins

—. Ahora que lo dice, sí, quería hacerle una o dos preguntas. Esperé a que Nolly tuviera algo más que hacer. Es buen muchacho, pero a él también le gusta hablar. Dios, la de chismes que corren.

—¿Qué quiere saber?

—Principalmente, dónde estuvo el miércoles pasado por la noche.

—¿La noche en que desapareció Ralphie Glick?

—Exacto.

—¿Soy sospechoso?

—No, señor. Yo no tengo sospechosos. Un asunto de este tipo queda fuera de mi alcance, digamos. Lo mío es parar a los que van a demasiada velocidad al salir del bar de Dell, o ahuyentar a los muchachos del parque antes de que se pongan pesados. No hago más que husmear un poco.

—Supongamos que yo no quisiera decírselo.

**Parkins se encogió de
hombros y buscó los
cigarrillos.**

—Eso es asunto suyo, hijo.

**—Estuve cenando en casa
de Susan Norton. Y jugué
al bádminton con su padre.**

—Y él le ganó, seguro.

Siempre le gana a Nolly.

**Nolly delira con lo que le
gustaría ganar alguna vez a
Bill Norton. ¿A qué hora se
fue?**

**Ben rió con una risa no
muy divertida.**

**—Cuando usted corta,
corta hasta el hueso, ¿no?
—Fíjese —señaló Parkins
— que si yo fuera uno de
esos detectives
neoyorquinos como los de
la
televisión, podría pensar
que usted tiene algo que
ocultar, por la forma en
que esquivas mis preguntas.
—Nada que ocultar —le
aseguró Ben—.
Simplemente estoy cansado
de ser el forastero del
pueblo, de**

**que me señalen por la calle
y se den codazos cuando
entro en la biblioteca. Y
ahora me viene usted con
esta**

**historia del sospechoso,
tratando de averiguar si
guardo en el ropero el
cuero cabelludo de Ralphie
Glick.**

—Pues no, eso no lo creo.

**—Parkins lo miró por
encima de su cigarrillo; su
mirada se había
endurecido—. Lo que
procuro es excluirlo. Si**

pensara que usted tiene algo que ver con eso, ya lo tendría a la sombra.

—Bueno —consintió Ben —. Me fui de casa de los Norton a eso de las siete y cuarto. Caminé un poco hacia Schoolyard HUI. Cuando ya era de noche vine aquí, escribí durante un par de horas y me acosté.

—¿A qué hora volvió aquí?

—Creo que a las ocho y cuarto.

—Bueno, pues eso no lo deja a usted tan bien como yo quisiera. ¿No vio a nadie?

—No, a nadie —respondió Ben.

Parkins gruñó y fue hacia la máquina de escribir.

—¿Qué está escribiendo?

—Nada que a usted le importe —contestó Ben con voz fría—. Le agradeceré que mantenga los ojos y las manos lejos de mi trabajo. Salvo que tenga una orden de allanamiento.

—Es usted quisquilloso.

¿Acaso no quiere que sus libros se lean?

—Cuando el libro haya pasado por tres borradores, corrección de estilo, pruebas de galeradas y de

compaginadas y esté impreso, yo mismo le entregaré cuatro

ejemplares dedicados.

Pero, por el momento, esto pertenece a mis papeles privados.

Con una sonrisa, Parkins se apartó de la máquina de escribir.

—Perfecto. De todas maneras, no creo que sea una confesión firmada. Ben le devolvió la sonrisa.

—Decía Mark Twain que una novela es un documento en el que un hombre que jamás hizo nada lo confiesa todo.

Parkins exhaló una bocanada de humo y se dirigió a la puerta.

**—No quiero seguir
mojando su alfombra,
señor Mears. Le agradezco
que me haya atendido, y,
para su
información, le diré que no
creo que usted haya visto
jamás al chico de los Glick.
Pero mi trabajo es
averiguar
esas cosas.**

**—Ya. —Ben hizo un gesto
de asentimiento.**

**—Y es mejor que sepa
cómo son las cosas en**

**lugares como Salem's Lot o
Milbridge o Guliford o
cualquier pueblecito de
éstos. Hasta que no haya
pasado aquí veinte años,
usted seguirá siendo el
forastero del
pueblo.**

**—Lo sé. Lamento haberme
enfadado con usted.**

**Después de una semana de
buscarlo sin encontrar
nada... —Ben sacudió la
cabeza.**

—Sí —asintió Parkins—.

Malo para la madre.

Malísimo. Cuídese.

—Lo haré.

—¿No está resentido?

**—No. —Ben hizo una
pausa—. ¿Quiere decirme
una cosa?**

—Si puedo, sí.

**—¿Dónde consiguió el
libro?**

**Parkins Gillespie volvió a
sonreír.**

**—Bueno, en Cumberland
hay un tipo que tiene una**

**tienda de muebles usados.
Es medio raro, la verdad.
Se llama Gendron. Vende
libros de bolsillo a diez
centavos el ejemplar, y de
éstos tenía cinco.**

**Ben se echó a reír. Parkins
Gillespie se fue, sonriendo
y fumando. Ben se acercó a
la ventana y se quedó
mirando cómo el agente
salía y cruzaba la calle,
esquivando los charcos con
sus botas negras.**

Parkins se detuvo a mirar por la vidriera de la nueva tienda antes de llamar a la puerta. Cuando aquello era la lavandería del pueblo, uno podía mirar dentro y ver un grupo de mujeres gordas con rulos que agregaban lejía o buscaban cambio en la máquina adosada a la pared; la mayoría de ellas mascaba chicle como vacas rumiando hierba. Pero la tarde

**anterior había visto
aparcado el camión de un
decorador de
interiores de Portland, y el
aspecto del local era ahora
muy diferente.**

**Detrás de la vidriera
habían instalado dos
reflectores que arrojaban
una suave luz sobre los tres
objetos
dispuestos en el escaparate:
un reloj, una rueda y un
antiguo armario de madera
de guindo. Frente a cada
una**

**de las piezas había un
pequeño atril que exhibía
discretamente una etiqueta
con el precio. Se necesitaba
haber**

**perdido la cabeza para
pagar 600 dólares por una
rueca cuando en el Monte
de Piedad se podía
conseguir una
Singer por menos de
cincuenta dólares.**

**Con un suspiro, Parkins
fue hacia la puerta y llamó.
Apenas si tardó un segundo
en abrirse, como si el**

forastero hubiera estado al
acecho detrás de ella,
esperando a que él llamara.
—¡Inspector! —le saludó
Straker con una sonrisa—.
¡Qué estupendo que haya
venido!

—Agente nada más, me
temo —aclaró Parkins
mientras encendía un Pall
Malí, y entró—. Parkins
Gillespie. Encantado de
conocerle. —Se presentó y
le ofreció la mano, que el
otro estrechó suavemente
con

**una mano que le pareció
enormemente fuerte y muy
seca.**

**—Richard Throckett
Straker —anunció el
hombre calvo.**

**—Me figuré que era usted
—comentó Parkins
mientras miraba alrededor.
La tienda estaba toda
alfombrada, pero todavía
no habían acabado de
pintarla. El olor a pintura
fresca
era grato, pero por debajo
parecía haber otro olor,**

éste desagradable. Parkins no consiguió identificarlo, y decidió prestar atención a Straker.

—¿En qué puedo servirle en este hermoso día? — preguntó Straker.

La tranquila mirada de Parkins se dirigió a la ventana, para comprobar que seguía lloviendo a cántaros.

—En realidad, en nada. Simplemente he venido a saludarlo. Digamos que

**quería darle la bienvenida
al
pueblo y desearle buena
suerte.**

**—Muy amable. ¿Puedo
ofrecerle un café? ¿Una
copa? En la trastienda
tengo ambas cosas.**

**—No, gracias, no tengo
tiempo. ¿Y el señor
Barlow? —Está en Nueva
York, en viaje de compras.**

No

**creo que llegue hasta el
diez de octubre, por lo
menos.**

—Tendrá que abrir sin él, entonces —dijo Parkins, mientras pensaba que, si los precios que había visto en el escaparate eran la tónica general, Straker no se iba a ver precisamente acosado por los clientes—.

Por

cierto, ¿cuál es el nombre de pila del señor Barlow?

La sonrisa de Straker volvió a aparecer, dura como el acero. —¿Lo pregunta usted oficialmente? —Por

curiosidad, nada más.

—El nombre completo de mi socio es Kurt Barlow — explicó Straker—. Hemos trabajada juntos en Londres y Hamburgo. Esto —señaló alrededor— es nuestro retiro. Modesto, pero de buen gusto. Lo único que esperamos es ganarnos la vida, pero como a los dos nos gustan las cosas antiguas, las cosas hermosas,

esperamos conseguir una reputación en la zona... tal vez incluso en toda esta bellísima región de Nueva Inglaterra. ¿Piensa usted que eso sería posible, agente Gillespie?

—Todo es posible, imagino
—respondió Parkins
mientras buscaba con la vista un cenicero. Al no encontrar ninguno, se echó la ceniza del cigarrillo en un bolsillo de la chaqueta
—. En todo caso, espero que

tengan mucha suerte, y cuando vea al señor Barlow, dígame que trataré de encontrarme con él. —Así lo haré —respondió Straker—. Le gusta conocer gente. —Bien. — Gillespie fue hacia la puerta, se detuvo y miró hacia atrás. Straker le miraba con insistencia—. Por cierto, ¿qué tal la vieja casa? —Necesita reformas — explicó Straker—, pero tenemos tiempo.

**—Claro —asintió Parkins
—. Supongo que no han
andado los crios rondando
por ahí.**

**—¿Crios? —Straker
frunció el entrecejo.**

**—Chiquillos —explicó
Parkins—. Usted sabe que
a veces disfrutaban
molestando a los recién
llegados.**

**Tirarles piedras, o tocar el
timbre y salir corriendo...
esas cosas.**

—No, no hemos visto niños.

—Pues lo cierto es que se nos ha perdido uno.

—¿De veras?

—Sí, así es. Y tememos no encontrarlo. Vivo, al menos.

—Es terrible —comentó Straker, distante.

—Sí, lo es. Si viera usted algo...

—No dude que se lo comunicaría inmediatamente. —Volvió a sonreír con su sonrisa helada.

—Gracias. —Parkins abrió la puerta y miró con resignación el diluvio—.

Dígale al señor Barlow que vendré a verle.

—Sin duda, agente Gillespie. Ciao.

Parkins se dio vuelta, sorprendido.

—¿Chao?

La sonrisa de Straker se ensanchó.

—Adiós, agente Gillespie. Es la expresión familiar italiana para decir adiós.

—¿Sí? Bueno, todos los días se aprende algo nuevo.

Adiós,

Parkins salió a la lluvia y cerró tras de sí la puerta de la tienda.

—A mí no me resulta familiar —masculló.

El cigarrillo ya estaba empapado. Lo tiró.

Straker lo miró alejarse a través del escaparate.

Ya no sonreía.

11

—¿Nolly? —llamó Parkins al llegar a su despacho en

el ayuntamiento—. ¿Estás aquí, Nolly?

No hubo respuesta. Parkins hizo un gesto de satisfacción. Nolly era un buen muchacho, pero un poco corto de entendederas. Se quitó la chaqueta y las botas. Luego se sentó ante su escritorio, buscó un número en la guía telefónica de Portland y marcó. Del otro lado respondieron inmediatamente.

—FBI, Portland. Agente Hanrahan.

—Habla Parkins Gillespie, agente de la policía local de Jerusalem's Lot. Ha desaparecido un niño por aquí.

—Lo sabemos —dijo Hanrahan—. Ralph Glick, nueve años, un metro treinta, pelo negro, ojos azules.

¿Quiere hacer la denuncia de secuestro?

—Nada de eso. Quisiera pedirle que investigue a algunos tipos.

Hanrahan se mostró de acuerdo.

—El primero es Benjamín Mears. Escritor. Es autor de un libro que se llama La hija de Conway. Los otros dos están medio asociados. Kurt Barlow. El otro tipo...

—Kurt. ¿Se escribe con «c» o con «k»?

—No sé.

—No importa. Siga.

Parkins siguió. Estaba transpirando. Hablar con la autoridad siempre le hacía sentirse estúpido. —El otro tipo es Richard Throckett Straker. Con dos íes al final de Throckett, y Straker como suena. Ese tipo y Barlow están en el negocio de muebles y antigüedades; acaban de abrir una pequeña tienda aquí en el pueblo. Straker dice que Barlow está en Nueva York haciendo compras. Y

**afirma que los dos han
trabajado
juntos en Londres y
Hamburgo. Éstos son los
únicos datos que puedo
dar.**

**—¿Sospecha que puedan
tener que ver con el caso
Glick?**

**—Por el momento, todavía
no sé si es un caso. Pero
todos aparecieron por el
pueblo más o menos al
mismo tiempo.**

**—¿Y cree usted que puede
haber alguna conexión**

entre ese Mears y los otros dos?

Parkins se recostó; con un ojo, espió por la ventana.

—Eso es una de las cosas que me gustaría saber — respondió.

12

En los días claros y frescos, los hilos del teléfono hacen un extraño zumbido, como si los chismes que circulan por su interior los hicieran vibrar, y es un sonido que no se parece a

**ningún otro, el sonido
solitario
de las voces que vuelan a
través del espacio. Los
postes del teléfono están
grises y astillados, y las
heladas y
los deshielos del invierno
los han inclinado en
caprichosos ángulos. No
son imponentes, como los
postes
telefónicos asentados en el
cemento. Tienen la base
negra de alquitrán si están**

**junto a una carretera
asfaltada,
y cubierta de polvo si
flanquean un camino de
tierra. Ostentan viejas
abrazaderas herrumbradas
por donde los
obreros han trepado a
hacer arreglos en 1946 o
1952 o 1969. Las aves —
cuervos, gorriones,
petirrojos,
estorninos—duermen en
los hilos susurrantes,
acurrucadas en silencio, y**

**tal vez escuchen los
extraños sonidos
de la voz humana. En todo
caso, sus ojos no lo revelan.
El pueblo tiene un sentido,
no de la historia sino del
tiempo, y parece que los
postes telefónicos lo
supieran. Si se apoya la
mano sobre ellos, se siente
en lo hondo
de la madera la vibración
de los hilos, como si
palpitaran, prisioneras,
almas que pugnan por
liberarse.**

—... y le pagó con un billete de veinte de los viejos, Mabel, uno de esos grandes. Clyde decía que no había visto uno de éstos desde la Depresión en 1930. Está...

—... sí, ya lo creo que es un hombre raro, Ewie. Le he visto andar con una carretilla por detrás de la casa. No entiendo si es que está allí solo o...

—... tal vez Crockett lo sepa, pero no lo dirá. No

suelta prenda sobre eso.

Siempre ha sido un...

—... escritor que está en casa de Eva. Me pregunto si Floyd Tibbits sabe que ella estuvo...

—... pasa muchísimo tiempo en la biblioteca.

Loretta Starcher dice que nunca ha visto a nadie que conociera tantos...

—... dijo que él se llamaba...

—... sí, es Straker. El señor R. T. Straker. La madre de

Kenny Danles dice que pasó por esa tienda nueva del pueblo y que en el escaparate había un armario De Biers auténtico, y que el precio que estaba marcado era de ochocientos dólares. ¿Te imaginas? Así que yo le dije...

—... raro, que él venga y el pequeño de los Glick...

—... ¿no te parece que...?

—... no, pero es raro. Otra cosa, ¿tienes todavía aquella receta de...?

**Los hilos zumban. Y
zumban. Y zumban.**

13

29/9/75

**NOMBRE: Glick, Daniel
Francis.**

**DIRECCIÓN: RFD 1,
Brock Road, Jerusalem's
Lot, Maine 04270.**

**EDAD: 12. SEXO:
masculino. RAZA:
caucásica.**

INGRESO: 22/9/75.

PERSONA QUE LO

**TRAJO: Anthony H. Glick
(padre).**

**SÍNTOMAS: Conmoción,
pérdida de memoria
(parcial), náuseas,
inapetencia, estreñimiento,
apatía
general,**

**ANÁLISIS (véase hoja
adjunta):**

**1. Reacción de Mantoux:
Neg.**

**2. Investigación de
tuberculosis en esputo y
orina: Neg.**

3. Diabetes: Neg.

**4. Recuento glóbulos
blancos: Neg.**

**5. Recuento glóbulos rojos:
45 % hemo.**

6. Muestra de médula: Neg.

**7. Radiografía de tórax:
Neg.**

DIAGNÓSTICO

POSIBLE: Anemia

perniciosa, primaria o

secundaria; examen previo

muestra 86 %

hemoglobina. Anemia

secundaria improbable; no

hay historia de úlceras,

hemorroides, ni similares.

Recuento

**diferencial de glóbulos neg.
Probable anemia primaria
combinada con shock
mental. Recomendado
enema de
bario y radiografía para
descartar probable
hemorragia interna,
aunque el padre no
menciona accidentes
recientes. Recomendado
también dosis diarias de
vitaminas B12 (véase hoja
adjunta). En espera de
nuevo
análisis, se le da de alta.**

**G. M. GORBY, médico de
cabecera.**

14

**A la una de la madrugada
del 24 de septiembre, la
enfermera entró en la
habitación que ocupaba
Danny**

**Glick en el hospital para
darle la medicación. Pero
la cama estaba vacía.**

**Sus ojos se fijaron en el
bulto blanco extrañamente
desvalido que yacía en el
suelo.**

—¿Danny? —llamó.

Se acercó a él, pensando que habría querido ir al cuarto de baño y que el esfuerzo le habría resultado excesivo.

Suavemente, le dio la vuelta, y lo primero que pensó antes de darse cuenta de que estaba muerto fue que la B12 le había hecho bien; nunca había tenido tan buen aspecto desde que había entrado en el hospital.

Pero entonces sintió el frío en la muñeca y la falta de movimiento en el leve enrejado azul que formaban las venas bajo sus dedos, y corrió a la sala de enfermeras para comunicar que se había producido una muerte en el pabellón.

CINCO

BEN (II)

1

El 25 de septiembre Ben volvió a cenar con los

Norton. Era jueves, y la comida fue la habitual: judías con salchichas. Bill Norton asó las salchichas en la parrilla de fuera, y Ann había tenido las judías hirviendo en melaza desde la mañana. Comieron en la mesa del jardín y después los cuatro se quedaron fumando, charlando de lo mal que estaban las cosas en Boston.

**El aire había cambiado
sutilmente; la temperatura
seguía siendo bastante
agradable, incluso en
mangas
de camisa, pero el aire
tenía ya un resplandor
helado. El otoño, ya casi
visible, esperaba entre
bambalinas. El
enorme viejo arce que se
erguía frente a la pensión
de Eva Miller había
empezado a ponerse rojo.
Nada se había modificado
en la relación de Ben con**

los Norton. Susan se sentía atraída por él, de un modo claro y natural. Y ella también le gustaba a él. Percibía en Bill una creciente simpatía, contenida por el tabú subconsciente que afecta a todos los padres cuando se hallan frente a hombres cuyo interés se dirige a sus hijas. Si a uno le cae bien otro hombre, dialoga libremente con él, discute

**de política y habla de
mujeres
mientras ambos beben
cerveza. Pero por más
intensa que sea la simpatía,
es imposible abrirse
totalmente a un
hombre entre cuyas
piernas pende la
desfloración potencial de
una hija. Ben se
preguntaba si después del
matrimonio, cuando la
posibilidad se hubiera
concretado, se podría llegar**

**a ser amigo del que noche
tras
noche se acostaba con la
hija de uno. Tal vez en todo
eso hubiera una enseñanza,
pero Ben no lo creía.
La frialdad de Ann Norton
se mantenía. La noche
anterior, Susan había
contado a Ben algo
respecto a su
relación con Floyd Tibbits
y de cómo su madre
suponía que el problema de
conseguir un futuro yerno**

**aceptable había quedado
resuelto en forma definitiva
y satisfactoria. Floyd era
una cantidad conocida, un
dato
seguro. Ben Mears, por el
contrario, había aparecido
de la nada, y allí podía
volver a desaparecer con la
misma rapidez, y
posiblemente llevándose en
el bolsillo el corazón de su
hija. Con un instintivo
disgusto
pueblerino (que Edward
Arlington Robertson o**

**Sherwood Anderson
habrían reconocido sin
demora), Ann
desconfiaba del varón
creativo, y Ben sospechaba
que en lo profundo de su
ser imperaba una máxima:
esas**

**personas son maricones o
maníacos sexuales; pueden
ser homicidas, suicidas o
maníacos, y suelen hacer
cosas como enviar a las
jóvenes paquetitos en los
que han envuelto su oreja**

**izquierda. Aparentemente,
la
participación de Ben en la
búsqueda de Ralphie Glick
no había hecho más que
intensificar sus sospechas,
y
nuestro amigo preveía que
le iba a resultar imposible
ganársela. No sabía si Ann
estaría al tanto de la visita
que le había hecho Parkins
Gillespie.**

**Mientras él rumiaba estos
pensamientos, se elevó la
voz de Ann:**

—Qué terrible, lo del chico Glick.

—¿Ralphie? Sí.

—No, el mayor. Ha muerto. Ben dio un respingo.

—¿Quién? ¿Daany?

—Murió ayer a primera hora de la mañana. — Pareció sorprendida de que los hombres no lo supieran. Todo el mundo hablaba de eso.

—Lo oí comentar en la tienda de Milt —dijo Susan. Su mano encontró

**la de Ben por debajo de la
mesa,
y él se la apretó
cálidamente—. ¿Cómo han
reaccionado los Glick?
—Como lo hubiera hecho
yo —respondió Ann—.
Están medio enloquecidos.
Y no es para menos, pensó
Ben. Diez días atrás su vida
se ajustaba al ordenado
ciclo habitual; ahora la
unidad de la familia estaba
hecha pedazos. La idea le
produjo un escalofrío.**

—¿Piensa usted que el otro niño aparecerá vivo? — preguntó Bill dirigiéndose a Ben.

—No —respondió éste—. Creo que él también ha muerto.

—Como lo sucedido en Houston hace dos años — recordó Susan—. Si es que está muerto, casi es mejor esperar que no lo encuentren. Cómo puede alguien hacerle semejante cosa a un chiquillo indefenso...

—Creo que la policía está investigando —comentó Ben—. Detienen a los delincuentes sexuales conocidos para interrogarlos.

—Cuando encuentren al tipo tendrían que colgarlo de los pulgares —opinó Bill—. ¿Badminton, Ben? Ben se puso de pie.

—No, gracias. Tengo la sensación de que usted me ofrece jugar solitarios para entretenerme. Les

**agradezco la excelente
comida, pero esta noche
tengo trabajo.**

**Ann Norton enarcó una
ceja. Bill se levantó.**

**—¿Qué tal va ese nuevo
libro?**

—Bien —respondió Ben—.

**¿Te gustaría bajar conmigo
la colina para beber un
refresco en el bar de
Spencer, Susan?**

**—Oh, no sé —terció Ann
—. Después de Ralphie
Glick y todo eso, estaré
más tranquila si...**

**—Ma, ya no soy una niña
—protestó Susan—. Y
Brock Hill es una calle
iluminada.**

**—Yo la acompañaré de
vuelta, por supuesto —dijo
Ben, casi formalmente.**

**Cuando salió de la pensión
la tarde estaba tan
hermosa que había dejado
su coche para venir a pie.**

**—Me parece bien —dijo
Bill—. Te preocupas
demasiado.**

—Sí, supongo que sí. Los jóvenes saben lo que hacen, ¿no es eso?—Sonrió.

—Voy a ponerme un abrigo—murmuró Susan a Ben, y entró en la casa por la puerta trasera.

Llevaba una falda plisada roja, a medio muslo, y cuando subió por los escalones de la entrada dejó ver una buena porción de muslo. Ben la miró, consciente de que a su vez

**Ann le miraba a él. Su
marido estaba
echando agua sobre el
carbón, para apagarlo.
—¿Cuánto tiempo piensa
usted quedarse en Solar,
Ben? —preguntó Ann.
—Por lo menos hasta que
haya acabado el libro.
Después de eso, no sé. Las
mañanas son
hermosísimas,
y el aire muy puro. —
Sonrió al mirarla a los ojos
—. Tal vez me quede más
tiempo.**

Ann también le sonrió.

**—Los inviernos son fríos,
Ben. Muy fríos.**

**Y ahí estaba Susan,
bajando por los escalones
con una chaqueta sobre los
hombros.**

**—¿Vamos? Me tomaré un
chocolate. Peor para el
cutis.**

**__Tu cutis lo aguantará —
sonrió Ben y se volvió hacia
el matrimonio Norton—.**

Gracias de nuevo.

**—Hasta pronto —
respondió Bill—. Si quiere**

venga mañana por la noche, con una caja de seis cervezas.

Nos divertiremos con ese condenado de Yatstrzemski.

—Muy bien —asintió Ben —, pero ¿qué beberemos cuando empiece el segundo tiempo?

La risa de Bill, profunda y sonora, los siguió mientras daban la vuelta a la casa.

2

—En realidad no quiero ir al bar de Spencer —

declaró Susan mientras descendían por la colina—.

Vamos al parque.

—¿Y qué hay de los gamberros, nena? —

preguntó Ben, en una deliberada exhibición de slang.

—En Solar todos los gamberros tienen que estar en casa a las siete.

Ordenanza municipal. Y ahora Son las ocho y tres.

Mientras descendían por la colina, la oscuridad se

cerró sobre ellos, y al andar veían cómo crecían y se achicaban sus sombras bajo las luces de la calle.

—Unos gamberros muy gentiles. ¿No va nadie al parque cuando ha anochecido?

—A veces los chicos del pueblo se van con algún ligue, si no tienen dinero para ir al cine al aire libre

**—
explicó Susan, guiñando un ojo—. De manera que si ves que algo se mueve en**

**los matorrales, mira para
otro
lado.**

**Entraron por el lado oeste,
el que daba hacia el edificio
municipal. El parque
estaba en penumbra y tenía
un aspecto onírico, con sus
sendas que se alejaban en
amplias curvas bajo el
follaje, y el estanque que
reflejaba las luces de la
calle. Si había alguien allí,
Ben no lo advirtió.**

**Caminando, rodearon al
monumento**

**conmemorativo, con sus
largas listas de muertos, los
primeros, de
la guerra de la
Independencia, los últimos,
de la de Vietnam. Había
seis nombres del pueblo
que habían
participado en el último
conflicto, y el tallado
relucía en el bronce como
una herida nueva.**

**Eligieron mal el
nombre de este pueblo,
pensó Ben. Debería
llamarse Tiempo. Y, como**

**si la acción fuera una
consecuencia
natural de la idea, miró por
encima del hombro hacia la
casa de los Marsten, pero el
ayuntamiento le impedía
la visión.**

**Susan advirtió la mirada y
frunció el entrecejo.**

**Mientras tendían sus
abrigos sobre el césped
para**

**sentarse, la muchacha
habló:**

**—Mamá me dijo que
Parkins Gillespie había**

estado interrogándote. El chico nuevo del instituto debe de haber robado el dinero de la leche, o algo así.

**—Es todo un personaje —
Sonrió Ben.**

—Mamá ya te tenía prácticamente juzgado y condenado. —Aunque lo dijo con despreocupación, su voz

no pudo ocultar su seriedad.

—No le gusto mucho a tu madre, ¿verdad?

**—No —reconoció Susan,
tomándole de la mano—.
Es un caso de desamor a
primera vista. Lo siento.
—No importa —la
tranquilizó Ben—. De
todas maneras, hoy me he
anotado cien puntos.
—¿Con papá? —sonrió
Susan—. Oh, él sabe
distinguir lo que es bueno.
—La sonrisa se esfumó—.
Ben,
¿sobre qué es el libro
nuevo?**

**—Es difícil de explicar.—
Ben se quitó los mocasines
para hundir los dedos de
los pies en la hierba
húmeda.**

—No cambies de tema.

**—No, si no tengo
inconveniente en decírtelo.
Sorprendido, él mismo
descubrió que era verdad.
Siempre había pensado que
una obra a medio hacer era
como un niño, un niño
débil a quien había que
cuidar y proteger.**

Demasiado manoseo puede causar su muerte. Aunque a Miranda la había consumido la curiosidad por La hija de Conway y Danza aérea, Ben se había negado a decirle una sola palabra sobre ambos libros. Pero Susan era diferente, Miranda siempre había intentado una especie de indagación directa, y a Ben sus preguntas le sonaban a interrogatorios.

—Déjame pensar cómo hilvanarlo —pidió.

—¿No puedes besarme mientras piensas? — sugirió Susan, tendida de espaldas en la hierba. Ben no

pudo dejar de advertir qué corta era su falda, y cuánto se le había levantado.

—Creo que eso puede interrumpir el proceso de pensamiento —dijo con suavidad—, pero intentémoslo.

**Se inclinó para besarla,
apoyándole suavemente
una mano en la cintura.
Susan recibió sus labios y
cerró
las manos sobre las de Ben.
Un momento después Ben
sintió por primera vez la
lengua de ella, y la recibió
con la suya. La chica se
movió para responder
mejor al beso, y el suave
susurro de la falda de
algodón pareció
ensordecedor.**

Ben deslizó la mano hacia arriba, y Susan se arqueó para llenarla con un pecho suave y cálido. Por segunda vez desde que la conocía, Ben se sintió adolescente, un adolescente ante quien todo se abría con la amplitud de una autopista de seis carriles, sin tráfico pesado a la vista.

—¿Ben?

—¿Sí?

—Hagamos el amor, ¿quieres?

—Sí, quiero.

—Aquí sobre la hierba —
pidió Susan.

—De acuerdo, cariño.

Muy abiertos los ojos en la
oscuridad, ella le miraba.

—Hazlo con ternura.

—Procuraré.

—Despacio. Así...

No eran más que sombras
en la oscuridad.

—Sí —musitó Ben—. Oh,
Susan.

3

Estuvieron paseando,
primero sin rumbo por el

**parque, después en
dirección de Brock Street.**

**—¿No lo lamentas? —
preguntó Ben.**

—No. Me alegro.

**Ella levantó los ojos y
sonrió.**

—Bueno.

**Sin hablar, siguieron
andando de la mano.**

**—¿Y el libro? —preguntó
Susan—. Ibas a hablarme
de eso antes de esa deliciosa
interrupción.**

**—El libro es sobre la casa
de los Marsten —empezó**

lentamente Ben—. Tal vez la idea original no fuera ésa. Quería escribir sobre el pueblo, pero es posible que esté engañándome.

¿Sabes que estuve investigando sobre Hubie Marsten? Era un gángster. La compañía de camiones no era más que una fachada.

Susan le miró asombrada.

—¿Cómo lo descubriste?

—En parte por la policía de Boston, y por una mujer que se llama Minella

**Corey, la hermana de
Birdie
Marsten. Ahora tiene
setenta y nueve, y es
incapaz de recordar qué ha
tomado por la mañana
para desayunar,
pero jamás se olvida de
nada que haya sucedido
antes de 1940.**

—Y ella te contó...

**—Todo lo que sabía. Está
en un asilo de ancianos de
Nueva Hampshire, y
supongo que hace años que**

nadie se toma la molestia de escucharla. Le pregunté si Hubert Marsten había sido realmente un asesino a sueldo en Boston, que es lo que piensa la policía, y me respondió con un gesto de asentimiento. Le pregunté cuántos, y me respondió levantando los dedos a la altura de los ojos y moviéndolos de atrás hacia adelante.

«¿Cuántas veces pudo usted contarlos?», me preguntó.

—Dios mío.

—La organización de Boston empezó a inquietarse por Hubert Marsten en 1927 — prosiguió Ben—. En dos ocasiones le interrogaron, una vez la policía municipal y otra la de Malden. Cuando lo detuvieron en Boston fue a causa de un ajuste de cuentas entre dos bandas rivales, y en dos horas estuvo de nuevo en la

calle. Lo de Malden no fue por nada profesional. Era el asesinato de un niño de once años que apareció destripado.

—Ben —rogó Susan con voz alterada.

—Los jefes de Marsten le sacaron del aprieto... imagino que él debía saber dónde estaban enterrados unos cuantos cadáveres... pero ya no siguió en Boston. Se trasladó sin llamar la atención a Salem's Lot, en su

condición de camionero jubilado que una vez por mes recibía su cheque. Y casi no salía... que se sepa, por lo menos.

—¿Qué quieres decir?

—Pasé largas horas en la biblioteca, examinando ejemplares viejos del Ledger, de 1928 a 1939. En ese período desaparecieron cuatro niños. No es que sea raro, en una zona rural.

Los chicos se pierden, y a veces mueren a la intemperie. A veces quedan sepultados por alguna avalancha. Es una cosa terrible, pero sucede.

—¿Pero tú no crees que es eso lo que sucedió?

—No lo sé. Lo único que sé es que ninguno de esos cuatro niños pudo ser encontrado. No hubo ningún cazador que tropezara con un esqueleto en 1945, ni un

contratista de obras que lo desenterrara al recoger una

carga de grava. Hubert y Birdie vivieron durante once años en esa casa, y los niños desaparecieron; es lo único que se sabe. Pero yo sigo pensando en el chiquillo de Malden; siempre pienso en él.

**¿Conoces El embrujo de la casa de la colina, de Shirley Jackson?
—Sí.**

—«Y cualquier cosa que por allí apareciera, aparecía sola» —citó Ben en voz baja—. Tú me has preguntado de qué trataba mi libro. Esencialmente es sobre la capacidad de recurrencia del mal.

Susan apoyó ambas manos en el brazo de él.

—No pensarás que a Ralphie Glick...

—¿Se lo tragó el espíritu vengativo de Hubert Marsten, que resucita cada tres años cuando hay luna

llena?

—Algo así.

—Si lo que quieres es que te tranquilicen, te has equivocado de persona. No te olvides de que soy el niño que abrió la puerta de ese dormitorio y vio a Hubie colgado de una viga.

—Eso no es una respuesta.

—No, claro que no.

Permíteme que te cuente otra cosa antes de decirte exactamente lo que pienso.

Fue

**algo que dijo Minella
Corey. Dijo que en el
mundo hay hombres malos,
verdaderamente malignos.**

A veces

**sabemos algo de ellos, pero
suelen actuar en el secreto
más absoluto. Dijo que ella
había sufrido la maldición
de conocer a dos hombres
así en su vida. Uno era
Adolf Hitler; el otro, su
cuñado Hubert Marsten.**

—Ben hizo

**una pausa—. Dijo que el
día que Hubie disparó**

**sobre su hermana, ella
estaba en Cape Cod, a casi
quinientos
kilómetros de distancia.
Ese verano estaba
trabajando como ama de
llaves para una familia
rica, y en aquel
momento estaba
preparando una ensalada
en un tazón de madera.
Eran las dos y cuarto de la
tarde, cuando un
dolor súbito e intenso,
«como un relámpago», le**

atravesó la cabeza, y oyó el estampido de un disparo.

Minella afirma que se cayó al suelo y que cuando se recuperó (estaba sola en la casa) habían pasado veinte minutos. Miró dentro de la ensaladera y dio un grito: estaba llena de sangre.

—Dios —murmuró Susan.

—Un momento después todo había vuelto a la normalidad. La cabeza no le dolía, en la ensaladera no había más que ensalada. Pero ella dice que supo...

**supo... que su hermana
había muerto asesinada de
un
balazo.**

**—¿Ésa es la historia que
ella cuenta?**

**—Es una historia, sí. Pero
ella no es una embustera;
es una pobre vieja a quien
ya no le quedan sesos
para mentir. Sin embargo
no es eso lo que me
preocupa, o no tanto, por lo
menos. Ya hay datos
suficientes**

**sobre percepción
extrasensorial como para
que, si uno quiere reírse de
ella, lo haga por su cuenta
y riesgo. La
idea de que Birdie
transmitiera la noticia de
su propia muerte a casi
quinientos kilómetros de
distancia en una
especie de telegrafía
psíquica no me resulta, ni
mucho menos, tan increíble
como el rostro del mal, ese
rostro**

monstruoso que a veces me parece ver que se dibuja en la estructura de esa casa.

»Me has preguntado qué pienso, y te lo voy a decir. Creo que es relativamente fácil que la gente acepte cosas como la telepatía o las premoniciones o el teleplasma, porque la disposición a creerlas no les cuesta

nada, no les quita el sueño por las noches. Pero la idea de que el mal que hacen los hombres pueda

sobrevivirles es más inquietante.

Miró hacia la casa de los Marsten y siguió hablando lentamente.

—Creo que esa casa podría ser el monumento de Hubert Marsten al mal, una especie de caja de resonancia psíquica. Un faro de lo sobrenatural, si quieres. Inmóvil allí durante todos estos años, conservando tal vez la esencia de la maldad de Hubie en sus

viejas entrañas que se desmoronan.

—Y ahora ha vuelto a ser habitada.

—Y se ha producido otra desaparición. —Ben se volvió hacia Susan y le tomó la cara entre las manos—.

Eso es algo con lo que jamás contaba cuando regresé aquí. Pensé que tal vez hubieran demolido la casa, pero ni en mis fantasías más disparatadas se me ocurrió

**que la hubieran vendido.
Yo pensaba alquilarla y...
bueno,
no sé. Tal vez, hacer frente
a mis propios terrores y
maldades. Jugar al
exorcismo... ¡Por favor,
aléjate, Hubie!
O quizá la idea fuera
simplemente sumergirme
en la atmósfera del lugar y
poder escribir un libro tan
aterrador
que me hiciera ganar un
millón de dólares. Pero sea
como fuere, tenía la**

sensación de que yo controlaba la situación, y que eso haría que las cosas fueran diferentes. Yo ya no era un niño de nueve años, dispuesto a escapar gritando ante la proyección de una imagen de la linterna mágica, que tal vez brotara simplemente de mi cabeza. Pero ahora... —¿Ahora qué, Ben? —¿Ahora está habitada! — estalló él mientras se

golpeaba una palma con el puño—. Yo no controlo la situación. Un niño ha desaparecido, y no sé qué pensar. Podría ser que no tuviera nada que ver con la casa,

pero... no lo creo. —Las tres últimas palabras salieron de sus labios con cavilosa lentitud.

—¿Fantasmas? ¿Espíritus?

—No necesariamente. Tal vez apenas algún buen tipo que de pequeño admiraba la casa y se la compró y

ahora está... poseído.

—¿Es que sabes algo sobre...? —empezó Susan, alarmada.

—¿El nuevo propietario?

No. No son más que conjeturas. Pero si es la casa, prefiero pensar en posesión

y no en otra cosa.

—¿Qué otra cosa?

**—Tal vez haya atraído a otro ser maligno —
respondió Ben.**

Ann Norton los vio venir desde la ventana. Antes había llamado al bar. «No —le había dicho la señorita Coogan con una especie de júbilo—. Aquí no han estado.»

**¿Dónde has estado, Susan?
Oh, ¿dónde habéis estado?
La boca se le retorció en una fea mueca de angustia.
Vete, Ben Mears. Vete y déjala en paz.**

5

—Haz algo importante por mí, Ben —pidió Susan al

**desprenderse de sus
brazos.**

—Todo lo que pueda.

**—No hables de estas cosas
con nadie en el pueblo. Con
nadie.**

Ben sonrió sin alegría.

**—No te preocupes. No
estoy ansioso por conseguir
que la gente me considere
un chiflado.**

**—¿Cierras con llave tu
cuarto en la pensión de
Eva?**

—No.

—Pues yo empezaría a hacerlo. —Susan le miró—. Tienes que pensar que eres sospechoso.

—¿Para ti también?

—Lo serías, si no te amara.

Y se alejó, andando con pasos rápidos por la senda mientras Ben la seguía, vigilante, con la vista, aturdido por todo lo que él mismo había dicho y más aturdido aún por las últimas palabras de Susan.

Cuando llegó a su habitación se encontró con que no podía escribir ni dormir; estaba demasiado excitado

para hacer cualquiera de las dos cosas. Entonces decidió calentar el motor del Citroen y, después de un

momento de vacilación, se dirigió al bar de Dell.

El local estaba atestado de gente, ruidoso y lleno de humo. La banda, un grupo que tocaba música

country, que se hacía llamar los Rangers, estaba interpretando Jamás habías ido tan lejos y compensaban con el volumen todos sus fallos de calidad. Unas cuarenta parejas, casi todas vestidas con téjanos azules, giraban sobre la pista.

Los taburetes instalados frente a la barra estaban ocupados por obreros de la construcción y del aserradero. Todos bebían jarras de cerveza, y todos

usaban idénticas botas de trabajo con suelas de crepé, atadas con tiras de piel.

Dos o tres camareras con complicados peinados y el nombre bordado con hilo dorado sobre la blusa blanca (Jackie, Toni, Shirley) atendían las mesas y los reservados. Desde su posición, Dell llenaba las jarras

de cerveza y, en el otro extremo, un hombre con cara de halcón y el pelo

**grasiento peinado hacia
atrás
mezclaba los cócteles. Su
rostro se mantenía
inalterable mientras medía
los licores con los vasos
pequeños,
los vertía en la coctelera de
plata y agregaba los demás
ingredientes.**

**Ben empezó a rodear la
pista de baile para dirigirse
a la barra cuando alguien
lo llamó:**

**—¡Eh, Ben, oye! ¿Cómo
estás, muchacho?**

**Al mirar vio a Weasel
Craig sentado ante una
mesa próxima a la barra,
frente a una jarra de
cerveza a
medio vaciar.**

**—Hola, Weasel —le saludó
Ben, y se sentó. Se alegraba
de ver una cara conocida, y
Weasel le gustaba.**

**—¿Has decidido hacer un
poco de vida nocturna,
muchacho? —le sonrió
Weasel mientras le
palmeaba
el hombro.**

Ben pensó que debía haber recibido su cheque; con su aliento podría haber hecho propaganda de todas las destilerías de Milwaukee.

—Eso es —asintió Ben. Sacó un dólar y lo puso sobre la mesa, cubierta por los fantasmas circulares de las múltiples jarras de cerveza que por ella habían pasado. Preguntó: —¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Qué te parece el nuevo grupo? ¿No son fantásticos?

—Sí. Son muy buenos. Termina eso antes de que pierda fuerza, que yo invito.

—Toda la noche he estado esperando oír alguien que dijera eso. ¡Jackie! —bramó Weasel—. Tráele una cerveza a mi amigo.

¡Budweiser!
Jackie llevó la botella en una bandeja llena de

**monedas empapadas de
cerveza y la dejó sobre la
mesa,**

**alargando el brazo,
musculoso como el de un
boxeador. Miró el dólar
como si fuera una
cucaracha de especie
desconocida.**

**—Faltan cuarenta centavos
—anunció.**

**Bill puso otra moneda
sobre la mesa y ella las
recogió, pescó sesenta
centavos de los charcos de
su**

bandeja, los arrojó sobre la mesa y dijo: .

—Weasel Craig, cuando chillas así pareces un ganso al que le retuercen el pescuezo.

—Eres un tesoro, bonita — le agradeció Weasel—. Te presento a Ben Mears, que escribe libros.

—Encantada —murmuró Jackie y se alejó en la penumbra.

Ben se sirvió un vaso de cerveza y Weasel hizo lo

mismo, llenándolo hasta arriba con habilidad profesional. La espuma estuvo a punto de desbordarse.

—Adelante, muchacho. Ben levantó su vaso y bebió.

—¿Y cómo va ese libro?

—Bastante bien, Weasel.

—Te vi por ahí con la hija de los Norton. Es muy guapa, vaya, No podías haber elegido mejor.

—Sí, es...

**—¡Matt! —vociferó
Weasel, sobresaltando a
Ben.**

**Por Dios pensó, realmente
parece un ganso
despidiéndose de este
mundo.**

**—¡Matt Burke! —Weasel
saludó convulsivamente
con la mano, y un hombre
de pelo blanco le devolvió
el saludo y avanzó hacia
ellos por entre la multitud
—. A este tipo tienes que
conocerle —dijo Weasel a
Ben—**

**. Matt Burke es un
avisgado hijo de mala
madre.**

**El hombre que venía hacia
ellos aparentaba unos
sesenta años. Era alto,
llevaba una pulcra camisa
de
franela y el pelo, tan blanco
como el de Weasel, muy
corto.**

—Hola, Weasel.

**—¿Cómo estás, viejo? —
preguntó Weasel—. Te
presento a un amigo que se
aloja en casa de Eva. Ben**

**Mears, escritor de libros,
figúrate. Un gran tipo. —
Miró a Ben—. Matt y yo
nos criamos juntos, pero él
tiene
educación y yo me quedé
en la primaria,
Ben se levantó para
estrechar la mano de Matt
Burke.**

—¿Cómo está?

**—Muy bien, gracias. He
leído uno de sus libros,
señor Mears.**

Danza área,

**—Llámeme Ben, por favor.
Espero que le haya
gustado.**

**—Al parecer me gustó más
que a los críticos —declaró
Matt mientras se sentaba
—, y creo que será más
apreciado conforme pase el
tiempo. ¿Cómo te va a ti,
Weasel?**

**—Bien —afirmó Weasel—.
Tan bien como siempre.
Jackie! —chilló—. ¿Tráele
una cerveza a Matt!**

**—¡Espera un minuto, viejo
gritón! —le gritó a su vez**

Jackie, provocando risas en las mesas vecinas

—Un encanto de chica — comentó Weasel—. Hija de Maureen Talbot.

—Sí —aprobó Matt—. Yo tuve a Jackie en el instituto en el setenta y uno. La madre era de la promoción del cincuenta y uno.

—Matt enseña inglés en el instituto —explicó Weasel—. Me parece que vais a tener de qué hablar.

—Yo recuerdo a una chica. Manteen Talbot —dijo Ben

— Venía a buscar la ropa de tú tía para lavarla, y se la devolvía muy bien doblada en una cesta de mimbre que sólo tenía un asa.

—¿Eres del pueblo, Ben?

—preguntó Matt.

—De pequeño pasé un tiempo aquí, con mi tía Cynthia.

—¿Cindy Stowens?

—Sí.

Jackie se acercó con una botella y Matt se sirvió cerveza.

—Pues realmente es un mundo pequeño. Tu tía estaba en una de las clases adelantadas que tuve el primer año que pasé en Salem's Lot. ¿Cómo está?

—Murió en 1972.

—Oh, lo siento.

—Tuvo un final muy fácil

—le aseguró Ben, y volvió a llenar su vaso.

El grupo había terminado de tocar y los músicos se dirigían a la barra. El nivel de las voces descendió un poco.

**—¿Has vuelto a
Jerusalem's Lot para
escribir un libro sobre
nosotros? —preguntó
Matt.**

**Un timbre de alarma sonó
en el cerebro de Ben.**

**—En cierto modo, sí —
admitió.**

**—Este pueblo sería mucho
peor para un biógrafo.**

**Danza aérea era un
hermoso libro. Creo que
este**

**pueblo podría dar para
otro hermoso libro. En un**

tiempo pensé que yo podría escribirlo.

—¿Por qué no lo has hecho?

Matt sonrió.

—Me faltaba un ingrediente vital. El talento.

—No lo creas —advirtió Weasel mientras volvía a llenar su vaso con lo que quedaba en la botella—. El viejo Matt tiene muchísimo talento. Enseñar es un trabajo estupendo. Nadie

**aprecia a los maestros, pero
ton...**

**—se meció un poco en su
silla, buscando la palabra.
Ya estaba muy borracho—
la sal de la tierra —
terminó,
bebió un trago de cerveza,
hizo una mueca y se
levantó—. Excusadme
mientras voy a mear.
Se alejó, chocando con los
parroquianos y
saludándolos por su
nombre. Todos le dejaban
pasar con**

**impaciencia o buen humor,
y verlo dirigirse hacia el
aseo para hombres era
como mirar una pelota de
pingpong
que salta y rebota hasta
desaparecer bajo la mesa
de juego.**

**—Eso es lo que queda de
un tipo estupendo —
reflexionó Matt, y levantó
un dedo.**

**Inmediatamente se acercó
una camarera, que se
dirigió a él llamándolo**

señor Burke. Parecía un poco escandalizada de que su viejo profesor de literatura clásica inglesa pudiera estar ahí emborrachándose con los amigos de Weasel Craig. Cuando se alejó para traerles otra botella, Ben pensó que Matt parecía un poco azorado.

—Me gusta Weasel— comentó Ben, y me da la sensación de que en sus

buenos tiempos debió de tener muchas cosas dentro. ¿Qué le sucedió?

—Oh, no hay tema para un cuento en eso —respondió Matt—. La botella le ganó. Año tras año le ganaba un poco más, y ahora se ha adueñado completamente de él. En la Segunda Guerra Mundial consiguió una Estrella de Plata, en Anzio. Un cínico podría pensar tal vez que su vida

**habría tenido más sentido
si se**

hubiera muerto entonces.

—Yo no soy cínico, —

declaró Ben—, y este

hombre me gusta. Pero

creo que lo mejor será que

esta

noche le lleve a casa en el

coche.

—Estaría muy bien que lo

hicieras. Pues yo vengo

aquí de vez en cuando a

escuchar música. Me gusta

la

música fuerte, y más ahora que ha empezado a fallarme el oído. He sabido que estás interesado en la casa de los Marsten. ¿Tu libro se refiere a ella?

—¿Quién te lo ha dicho? — preguntó Ben, con un sobresalto.

Matt sonrió.

—¿Cómo es eso que se dice en esa vieja canción de Marvin Gaye? Me lo contó un pajarito. Sabrosa

**expresión, gráfica, aunque
si uno lo piensa la imagen
es un poco oscura. Uno se
imagina un hombre con el
oído alerta a lo que dice un
gorrión o una golondrina...
Pero estoy divagando.
Divago mucho
últimamente, y
ya ni siquiera trato de
disimularlo. Pues lo he
sabido por lo que la gente
de la prensa llamaría
fuente
autorizada... es decir, de
Loretta Starcher, la**

**bibliotecaria de nuestra
ciudadela literaria local.
Tú has estado
allí varias veces para leer
los artículos referentes al
viejo escándalo en el
Ledger, de Cumberland, y
ella te
buscó también dos libros
que son recopilaciones de
artículos sobre crímenes, y
en ellos se hacía referencia
a
él. De paso, el artículo de
Lubert es bueno... en 1946,**

vino personalmente a Solar a investigar; pero el de Snow es puro invento.

—Ya lo sé —asintió Ben.

La camarera depositó otra botella de cerveza sobre la mesa. Matt le pagó y comentó:

—Fue espantoso lo que sucedió allá arriba. Y aún sigue pesando en la conciencia del pueblo.

Claro que las historias de crueldad y asesinato siempre se transmiten con deleite

**morbo de generación en generación;
en cambio, los estudiantes gruñen y se quejan cuando se les sitúa frente a un George Washington o un Jonas Salk. Pero creo que hay algo más que eso. Tal vez se deba a un capricho geográfico.**

—Sí —dijo Ben, interesado a su pesar. El profesor acababa de expresar una idea que desde el día que

**había regresado al pueblo,
desde antes tal vez,
acechaba su conciencia—.
Está sobre esa colina que
domina la
aldea como... oh, como una
especie de ídolo sombrío.
Dejó escapar una risita
para que el comentario
sonara trivial, pues de
pronto le pareció que había
dicho
algo que sentía con tal
profundidad que era como
abrirle a un extraño una**

**ventana sobre su alma. La
atención
con que le escudriñó Matt
Burke no le ayudó
precisamente a sentirse
mejor.**

**—Eso es talento —declaró
Burke.**

—¿Cómo dices?

**—Que lo has expresado
exactamente. La casa de los
Marsten nos vigila a todos
desde hace casi
cincuenta años, sabe todos
nuestros pecadillos,**

pecados y mentiras. Como un ídolo.

—Tal vez sea lo bueno, al mismo tiempo.

—No es mucho el bien que puede haber en un pueblo pequeño y sedentario.

Como mucho, indiferencia condimentada con algún mal cometido sin querer o, lo que es más grave, con algún mal hecho conscientemente. Creo que Thomas Wolfe escribió varios kilos de papel para explicarlo.

—No me habías parecido un cínico.

—Eres tú quien lo dice, no yo. —Sonrió y bebió un sorbo de cerveza.

El grupo de músicos se apartaba de la barra en ese momento. Resplandecían con sus camisas rojas brillantes, sus chalecos y pañuelos. El solista tomó la guitarra y empezó a afinarla.

—Sea como fuere, no has respondido a mi pregunta.

¿Tu nuevo libro se refiere a la casa de los Marsten?

—En cierto modo, supongo que sí.

—Te estoy sonsacando. Perdona.

—No tiene importancia — le aseguré Ben, pensando en Susan, y sintiéndose incómodo—. No me explico qué le pasa a Weasel. Hace mucho rato que se fue.

—¿Puedo pedirte un favor muy grande? Si me lo

**niegas, lo entenderé
perfectamente.**

**—Por supuesto, adelante
—le animó Ben.**

**—Tengo una clase de
literatura creativa. Son
chicos inteligentes, la
mayoría de los grados
superiores, y
me gustaría presentarles a
alguien que se gana la vida
con las palabras. Alguien
que... ¿cómo diríamos., que
ha tomado el verbo y lo ha
hecho carne?**

—Pues a mí también me encantaría —respondió Ben, halagado—. ¿Cuánto duran tus clases?

—Cincuenta minutos.

—Bueno, creo que en ese tiempo no llegaré a aburrirles demasiado.

—Oh, para mí es fantástico que sólo sean cincuenta minutos, pero estoy seguro de que tú no les aburrirías en absoluto. ¿La semana próxima?

—Cómo no. ¿Qué día y a qué hora?

—¿El martes en la cuarta hora? Es de once a doce menos diez. No te recibirán con aplausos, pero sospecho que oirás ruidos en muchos estómagos.

—Me llevaré algodón para los oídos.

Matt rió.

—Me alegro mucho. Te esperaré en el despacho, si te parece.

—Espléndido. ¿Crees...?

—¿Señor Burke? —Era Jackie, la de los bíceps

robustos—. Weasel se ha desmayado en el aseo de hombres. ¿Cree usted...? —¿Cómo? Por Dios, sí, Vamos, Ben.

—Claro.

Los dos se levantaron y cruzaron el salón. El grupo había empezado a tocar de nuevo, algo sobre cómo los chicos de Muskogee todavía respetaban al rector de la universidad. El baño olía a orina rancia y a cloro. Weasel estaba

**recostado contra la pared
entre dos sanitarios, y un
tipo con uniforme del
ejército hacía pis a unos
cinco centímetros de su
oído derecho.**

**Weasel tenía la boca
abierta, y a Ben le
impresionó lo viejo que
parecía, viejo y devorado
por fuerzas
impersonales que nada
sabían de ternura. No por
primera vez, pero sí en
forma angustiosamente
inesperada, le**

sacudió la realidad de su propia disolución, que avanzaba día a día. La compasión que le subió a la garganta como las transparentes y oscuras aguas de un pozo era tanto piedad de Weasel como de sí mismo.

—Oye —dijo Matt—, ¿puedes sostenerle con un brazo cuando este caballero termine?

—Sí —asintió Ben, y miró al hombre uniformado que

se sacudía sin prisa alguna

—. ¡Venga muchacho!

—¿Por qué? A él nadie le persigue.

Sin embargo, se subió la cremallera y se apartó para dejarles pasar.

Ben pasó un brazo por detrás de la espalda de Weasel, le tomó por la axila y lo levantó. Durante un momento, mientras sus nalgas hacían presión contra la pared de azulejos, sintió las vibraciones de los

instrumentos musicales.

Weasel se elevó con la floja pesadez de una saca de correos, en la inconsciencia más

total. Matt situó la cabeza bajo el otro brazo de Weasel, le rodeó la cintura con el brazo, y entre los dos le sacaron del aseo.

—Ahí va Weasel — comentó alguien, y se oyeron risas.

—Dell tendría que limitarle la bebida —comentó Matt,

**sin aliento—. Ya sabe en
qué termina siempre
esto.**

**Atravesaron el salón hasta
llegar a los escalones de
madera que conducían al
aparcamiento.**

**—Cuidado —gruñó Ben—.
No le dejes caer.**

**Mientras bajaban por las
escaleras, los pies inertes de
Weasel chocaban con los
peldaños.**

**—El Citroen... el que está
en la última hilera.**

**Entre los dos lo llevaron
hasta allí. La frescura del
aire se había vuelto
cortante; por la mañana,
las hojas
de los árboles estarían
teñidas de sangre. Weasel
había empezado a emitir
un profundo ronquido, y la
cabeza
se le sacudía débilmente.
—¿Puedes acostarlo
cuando lleguéis a casa de
Eva? —preguntó Matt.
—Sí, creo que sí.**

—Perfecto. Mira, apenas si se ve el tejado de la casa de los Marsten por encima de los árboles.

Ben miró. Matt tenía razón; apenas si asomaba por encima del oscuro horizonte de pinos, y borraba las estrellas situadas al borde del mundo visible.

Ben abrió la portezuela del lado del pasajero. —A ver, déjame.

Cargó con todo el peso de Weasel, lo sentó en el

asiento del pasajero y cerró la portezuela. La cabeza de Weasel golpeó contra la ventanilla.

—¿El martes a las once?

—No faltaré.

—Gracias. Y gracias por ayudar a Weasel —Matt le tendió la mano y Ben se la estrechó.

Subió al Citroen, lo puso en marcha y volvió hacia el pueblo. Una vez la luz de neón del bar hubo desaparecido detrás de los árboles, la carretera quedó

**negra y desierta. Ahora,
pensó Ben, estos caminos
también tienen sus
fantasmas.**

**A su lado, Weasel roncó y
gruñó. Ben se sobresaltó y
por un momento el Citroen
perdió la dirección.**

**Pero ¿por qué se me
ocurrió eso? se preguntó.
No hubo respuesta.**

7

**Ben abrió la ventanilla
para que Weasel recibiera
el aire frío mientras**

regresaba a casa. Cuando llegó a la entrada de la pensión de Eva Miller, Weasel había alcanzado una semiconciencia.

A tropezones, Ben le hizo subir los escalones del porche del fondo hasta llegar a la cocina, débilmente iluminada por un fluorescente. Weasel gimió y después masculló roncamente:

**—Un encanto de chica,
Jack, y las mujeres casadas
saben... saben...**

**Una sombra apareció entre
las sombras del porche; era
Eva, imponente con una
vieja bata acolchada,
con el pelo envuelto en
rulos y sujeto por un
delgado pañuelo de red. La
crema de noche daba a su
rostro un
tono pálido y espectral.**

**—Ed —murmuró—. Oh,
Ed... sigues igual, ¿verdad?**

El sonido de su voz hizo que los ojos de Weasel se entreabrieran, y una sonrisa vagó por sus facciones.

—Sigo y sigo y sigo —graznó—. ¿No eres tú quien mejor puede saberlo?

—¿Puede subirlo hasta su habitación? —preguntó Eva a Ben.

—Sí, no se preocupe. Aferró con más fuerza a Weasel y lo hizo subir las

escaleras y llegar hasta su cuarto. La puerta no estaba cerrada con llave, y Ben le introdujo en el interior. En el momento en que le depositó sobre la cama, Weasel se sumió en un profundo sueño.

Ben se detuvo un momento a mirar alrededor. El cuarto estaba limpio y todo dispuesto con pulcritud. Mientras empezaba a quitarle los zapatos al

durmiente, la voz de Eva Miller sonó a sus espaldas.

—No se preocupe por eso, señor Mears. Déjelo, si quiere.

—Pero habría que...

—Yo lo desvestiré. —Su rostro, grave, reflejaba una tristeza digna y mesurada —. Lo desvestiré y le daré una friega con alcohol para que mañana no tenga tanta resaca. Ya lo he hecho antes. Muchas veces.

—Está bien —asintió Ben, y subió a su cuarto.

**Se desvistió lentamente,
pensando en darse una
ducha, pero cambió de
idea. Se metió en la cama y
se**

quedó mirando el techo.

**Durante largo rato
permaneció despierto.**

SEIS

SOLAR (II)

1

**El otoño y la primavera
llegaban a Jerusalem's Lot
de manera tan súbita como
el sol se levanta o se pone**

en los trópicos. La línea de demarcación podía no ser más que un día. Pero la primavera no es la mejor estación en Nueva Inglaterra: demasiado breve, incierta y susceptible de desbordarse repentinamente. Aun así, hay días de abril que permanecen en el recuerdo mucho después que uno ha olvidado las caricias de la esposa, o el contacto de la boca del bebé en el pezón. Pero a

**mediados de mayo, el sol se
eleva entre la bruma
matinal**

**con potencia, y al salir a los
escalones del porche a las
siete de la mañana, con la
fiambarrera en la mano, uno
sabe que para las ocho ya
habrá desaparecido el rocío
de la hierba, y que el polvo
de los caminos secundarios
quedará inmóvil,
suspendido en el aire,
durante cinco minutos
después que haya pasado
un coche; y que a la**

**una de la tarde habrá
treinta y cinco grados en el
tercer piso del aserradero,
y el sudor le correrá a uno
por los
brazos como si fuera aceite
y la camisa se le pegará
cada vez más a la espalda,
como si estuviéramos en
pleno
julio.**

**El otoño, cuando llega
desalojando al péfido
verano, lo hace algún día
de mediados de septiembre,
se**

**queda un tiempo, como un
viejo amigo a quien uno ha
echado de menos. Se
instala, como un viejo
amigo se
instalaría en nuestra silla
favorita, para sacar la pipa
y encenderla y después
colmar la tarde de relatos
de los
lugares donde ha estado y
de las cosas que ha hecho
desde la última vez que nos
vimos.**

**Se queda durante todo
octubre, y algunos años**

**parte de noviembre. Día
tras día, el cielo es de un
azul
duro y transparente, y las
nubes que lo atraviesan,
siempre de oeste a este, son
calmos navíos blancos con
las
quillas grises. El viento
empieza a soplar durante el
día y no se aquieta. Lo
obliga a uno a apresurarse
cuando
anda por las calles,
haciendo crujir las hojas
caídas que forman una**

alfombra abirragada. El viento hace que a uno le duela algo más hondo que los huesos. Tal vez sea que toca algo muy antiguo del alma humana, una cuerda de la memoria de la especie, que tañe: «Emigrar o morir... Emigrar o morir.» Aunque uno esté en su casa, el viento azota la madera y el cristal, golpea con descarnada angustia

los aleros y, tarde o temprano, uno tiene que dejar lo que estaba haciendo para ir fuera a mirar. Y uno puede quedarse en la escalinata o en la puerta, mediada la tarde, a mirar cómo las sombras de las nubes corren a través del campo de Griffen y suben por Schoolyard Hill, oscuras y claras, como si los dioses estuvieran

**abriendo y cerrando los
postigos. Y se
puede ver cómo las
representantes más tenaces
y bellas de toda la flora de
Nueva Inglaterra se
inclinan al
impulso del viento como
una enorme congregación
de fieles silenciosos. Y si no
hay coches ni aviones, ni
ningún tipo que ande por
los bosques que hay al oeste
del pueblo, disparando a
los faisanes y las
codornices,**

**si lo único que se oye es el
lento latido del propio
corazón, entonces uno
escucha también otra cosa:
el sonido
de la vida que se devana
hasta llegar al término de
su ciclo, en espera de que
las primeras nieves
celebren los
últimos ritos.**

2

**Ese año, el primer día del
otoño (del otoño real, no el
del calendario) fue el 28 de
septiembre, el día que**

**enterraron a Danny Glick
en el cementerio de
Harmony Hill.**

**Las ceremonias en la
iglesia fueron privadas,
pero las que habían de
celebrar junto a la tumba
eran para
todo el pueblo, y buena
parte del pueblo se hizo
presente: los compañeros
del colegio, los curiosos, y
la gente
de edad que va cada vez
más compulsivamente a los
funerales a medida que la**

**vejez va envolviéndolos en
la
mortaja.**

**Acudieron por Burns Road
en una larga hilera que
serpenteaba hasta
desaparecer detrás de la
siguiente
colina. Pese a la
luminosidad del día, todos
los coches tenían las luces
encendidas. Primero iba el
coche
fúnebre de Carl Foreman,
con las ventanillas traseras**

llenas de flores, seguido por el Mercury 1965 de Tony Glick, cuyo deteriorado tubo de escape prorrumpía en gemidos y explosiones. Tras ellos, en los cuatro coches siguientes, iban los parientes de ambos lados de la familia; hasta había quien venía de tan lejos como Tulsa, Oklahoma. Entre los demás que integraban el largo desfile con las luces

**encendidas estaban Mark
Petrie (el
muchacho a quien Ralphie
y Danny iban a visitar la
noche que desapareció
Ralphie), con su madre y
su padre;
Richie Boddin y su familia;
Mabel Werts en un coche
en el que también se
acomodaban William
Norton y su
esposa, que, sentada en el
asiento de atrás con el
bastón entre sus piernas**

**hinchadas, hablaba con
inagotable
constancia de otros
funerales a los que había
asistido desde 1930; Lester
Durham y su mujer,
Harriet; Paul
Mayberry y su esposa
Glynis; Pat Middler, Joe
Crane, Vinnie Upshaw y
Clyde Corliss en un coche
conducido
por Milt Crossen (Milt
había abierto la pequeña
nevera donde guardaba las**

**cervezas antes de que
salieran y
todos habían compartido
solemnemente una botella
frente a la cocina); Eva
Miller en un coche en el
que
también viajaban sus
amigas Loretta Starcher y
Rhoda Curless, solteronas
ambas; Parkins Gillespie y
su
agente, Nolly Gardener,
iban en el coche policial de
Salem's Lot (el Ford de**

**Parkins con una insignia
pegada
en el tablero); Lawrence
Crockett y su cetrina
mujer; Charles Rhodes, el
mordaz conductor de
autobuses, que
por principio acudía a
todos los funerales; la
familia de Charles Griffen,
con su mujer y dos de sus
hijos, Hal y
Jack, los únicos de su
progenie que seguían
viviendo en la casa.**

**Esa mañana temprano,
Mike Ryerson y Royal
Snow habían cavado la
tumba, disponiendo el
césped
artificial sobre la tierra
extraída. Mike había
encendido la Llama del
Recuerdo, tal como habían
pedido los
Glick. Mike recordaba que
esa mañana había pensado
que Royal no parecía el
mismo. Generalmente,
Royal**

era todo bromas y tonadas referentes al trabajo que hacían («Te envuelven en una gran sábana blanca y te

entierran para oír crecer las plantas»), solía cantar con desafinada voz de tenor), pero esa mañana se había

mostrado

excepcionalmente callado, sombrío casi. Resaca, tal vez, pensó Mike. Snow y su corpulento amigo,

**Peters, habían estado
bebiendo en el bar de Dell
la noche anterior.**

**Hacía apenas cinco
minutos que, al ver el coche
fúnebre que se acercaba
por la colina, todavía a un
kilómetro y medio de
distancia, Mike había
abierto los portones de
hierro, no sin echar una
mirada a las
alcayatas, como lo hacía
siempre desde el día que
encontrara a Doc colgado**

de ellas. Una vez abiertos los portones, volvió hacia la tumba recién abierta, donde esperaba el padre Donald Callahan, el sacerdote de la parroquia de Jerusalem's Lot. Llevaba una estola sobre los hombros, y en la mano sostenía un libro abierto por la página del servicio funerario para niños. Estaban en lo que se

**llamaba la tercera estación,
recordó Mike. La
primera era la casa del
difunto; la segunda, la
pequeña iglesia católica de
St Andrew. La última,
Harmony
Hill. Todo el mundo fuera.
Un escalofrío le estremeció,
y Mike bajó la vista hacia
el reluciente césped
artificial, preguntándose
por
qué eso tenía que ser parte
de todos los funerales.
Parecía exactamente lo que**

era: una barata imitación de la vida, que enmascaraba discretamente los pesados terrones oscuros de la tierra final.

Callahan era un hombre alto, de penetrantes ojos azules y cutis rubicundo, con el pelo gris acerado. A Ryerson, que no había vuelto a ir a la iglesia desde los dieciséis años, le parecía el mejor de los médicos brujos de la zona. John Groggins, el ministro

**metodista, era un
vejestorio hipócrita, y
Patterson, de la Iglesia
de los Santos y Seguidores
de la Cruz del Último Día,
estaba como un cencerro.
En el funeral celebrado por
uno de los diáconos de la
iglesia, hacía dos o tres
años, Patterson había
llegado al extremo de
revolcarse por el
suelo. En cambio, Callahan
parecía bastante buena
persona, para ser católico;**

**sus funerales eran serenos
y
consoladores, e
invariablemente cortos.
Ryerson dudaba que las
venitas rojas que le cubrían
la nariz y las
mejillas fueran resultado
de la oración, pero si
Callahan bebía algún que
otro trago, eso no era
motivo para
condenarle. Tal como
estaba el mundo, lo
asombroso era que todos**

**esos sacerdotes no
terminaran en un
manicomio.**

**—Gracias, Mike —dijo el
padre Callahan, y miró
hacia el cielo luminoso—.
Éste va a ser difícil.**

**—Me imagino. ¿Cuánto
durará?**

**—No más de diez minutos.
No quiero prolongar la
agonía de los padres. Ya
tienen bastante con lo que
les espera.**

**—Ya lo creo —asintió
Mike.**

Se encaminó hacia el fondo del cementerio, pensando en saltar el muro de piedra, internarse en el bosque y comerse su bocadillo. Sabía, por larga experiencia, que lo último que los sufrientes deudos y amigos quieren ver durante la tercera estación es al sepulturero, con su mono sucio de tierra: era como dejar caer una mancha en la luminosa imagen de inmortalidad y

celestiales puertas que se abren que les presentaba el sacerdote.

Cerca del fondo se detuvo y se inclinó a examinar una lápida caída. Al enderezarla, volvió a sentir un

escalofrío mientras sacudía la tierra de la inscripción:

**HUBERT BARCLAY
MARSTEN**

6 de octubre de 1889 12 de agosto de 1939

El Ángel de la Muerte

**que sostiene la broncínea
lámpara**

**que hay más allá de la
puerta de oro**

te sumergió en oscuras

Aguas

**Y debajo, casi borrado por
treinta y seis estaciones de
heladas y deshielos:**

**Quiera Dios que descanse
en paz.**

**Todavía vagamente
inquieto, y aún sin saber
por qué, Mike Ryerson se
dirigió al bosque y se sentó
junto**

al arroyo a comer.

3

En su primera época en el seminario, un amigo del padre Callahan le había dado una blasfema estampa

que en ese momento le había provocado risas horrorizadas, pero que a medida que pasaban los años le parecía más verdad y menos blasfema: «Que Dios me dé la serenidad de aceptar lo que no puedo cambiar, la

tenacidad de cambiar lo que puedo, y la buena suerte de no confundirlos demasiado a menudo.»

Todo en letra gótica, con un sol naciente en el fondo.

Ahora, de pie ante los deudos de Danny Glick, el antiguo credo volvía a aflorar.

El féretro, llevado por dos tíos y dos primos del muchacho fallecido, había quedado en el suelo.

Marjorie

Glick, vestida con un abrigo y sombrero negros con velo, el rostro pálido como un requesón tras la malla de la red, se tambaleaba sostenida por el brazo protector de su madre, aferrada a su bolso negro como si fuera un salvavidas. Tony Glick estaba a cierta distancia de ella, con expresión aturdida y ausente. Varias veces

**durante el servicio religioso
había mirado alrededor,
como para asegurarse de
que estaba entre esas
personas.**

**Su rostro era el de un
hombre convencido de que
todo es un sueño.**

**La Iglesia no puede detener
ese sueño, pensaba
Callahan. Ni toda la
serenidad, tenacidad o
buena suerte
del mundo. La confusión ya
había empezado.**

**Roció con agua bendita el
ataúd y la tumba,
santificándolos para toda la
eternidad.**

**—Oremos —empezó, y las
palabras surgieron
melodiosamente de su
garganta, como siempre, en
el
resplandor y la sombra, en
la embriaguez o la
sobriedad. Los deudos
inclinaron la cabeza.**

**»Señor Dios, por tu
misericordia los que han**

**vivido en la fe encuentran
la paz eterna. Bendice esta
tumba y envía a tu ángel a
vigilarla. Recibe en tu
presencia el cuerpo de
Danny Glick que estamos
sepultando
y deja que con tus santos se
regocije en ti para siempre.
Te lo pedimos por Cristo
Nuestro Señor. Amén. —
Amén murmuró la
congregación.
Tony Glick miraba
alrededor con ojos muy
abiertos, alucinados. Su**

mujer se llevó a la boca un pañuelo de papel.

— Con fe en Jesucristo, traemos reverentemente el cuerpo de este niño para enterrarlo en su humana imperfección. Oremos confiados en Dios, que da vida a todas las cosas, para que Él eleve este cuerpo mortal a la perfección y la compañía de sus santos.

Volvió las páginas del misal. Una mujer de la

**tercera fila de la herradura
en torno de la tumba
empezó a
sollozar roncamente. En
algún rincón del bosque
gorjeaba un pájaro.**

**— Oremos a Nuestro Señor
Jesucristo por nuestro
hermano Daniel Glick —
prosiguió el padre
Callahan**

**— .Él nos dijo: «Yo soy la
resurrección y la vida: el
que cree en mí, aunque esté
muerto, vivirá. Y todo
aquel**

que vive y cree en mí, no morirá eternamente.»

Señor, Tú que lloraste a la muerte de Lázaro, tu amigo,

consuélanos en nuestro dolor. En nuestra fe te lo pedimos.

— Señor, escucha nuestra súplica — respondieron los católicos.

— Tú que volviste al muerto a la vida, da a nuestro hermano Daniel la vida eterna. En nuestra fe te lo

pedimos.

— Señor, escucha nuestra súplica — respondieron las voces. En los ojos de Tony Glick empezaba a expresarse algo; una revelación, tal vez.

— Nuestro hermano Daniel fue lavado por las aguas del bautismo; dale la compañía de todos tus santos.

En nuestra fe te lo pedimos.

— Señor, escucha nuestra súplica.

Marjorie Glick había empezado a mecerse atrás y adelante, gimiendo.

— Consuélanos en nuestro dolor por la muerte de nuestro hermano; que nuestra fe sea nuestro consuelo y la vida eterna nuestra esperanza. En nuestra fe te lo pedimos.

— Señor, escucha nuestra súplica. El padre Callahan cerró el misal.

—Oremos como nos enseñó Nuestro Señor —dijo en

**voz baja—. Padre nuestro
que estás en los cielos...
—¿No! —vociferó Tony
Glick, y se precipitó hacia
adelante—. ¡No vais a
echarle tierra a mi hijo!
Las manos que intentaron
detenerlo llegaron tarde.
Durante un momento, Tony
se tambaleó al borde del
sepulcro; después el césped
artificial se deslizó y cedió,
y el hombre cayó en la fosa
y chocó contra el féretro
de su hijo, con un golpe
sordo.**

—Danny, ¡sal de ahí! —se desgañitó el padre.

—Oh, Dios —susurró Mabel Werts.

Mientras se apretaba contra los labios un pañuelo de seda negra, sus ojos, brillantes y ávidos, recogieron la escena como una ardilla recoge nueces para el invierno.

**—¡Maldita sea, Danny, acaba con esta tontería!
El padre Callahan hizo un gesto a dos de los que**

habían llevado a pulso el ataúd; los hombres se adelantaron, pero hicieron falta tres más, entre ellos Parkins Gillespie y Nolly Gardener, para poder sacar de la fosa a Tony Glick, que pateaba, aullaba y vociferaba.

—¡Danny, termina de una vez, que estás asustando a mamá! ¡Te voy a dar de azotes por lo que haces! ¡Soltadme! ¡Soltadme... quiero ver a mi hijo!

**¡Soltadme, malditos... oh,
Dios!**

**—Padre nuestro que estás
en los cielos —volvió a
empezar Callahan, y otras
voces se le unieron,
elevando las palabras hacia
el escudo indiferente del
cielo.**

**—... santificado sea tu
nombre. Venga a nosotros
tu reino, hágase tu
voluntad...**

**—Danny, ven aquí, ¿me
oyes? ¿Me oyes?**

**—,.. así en la tierra como
en el cielo. El pan nuestro
de cada día, dánoslo hoy, y
perdónanos...**

—Daaanny...

**—... nuestras deudas, así
como nosotros
perdonarnos a nuestros
deudores...**

**—No está muerto, no está
muerto, ¡sobradme, hijos
de puta!**

**—... y no nos dejes caer en
la tentación. Mas líbranos
del mal. Amén.**

**—No está muerto —
sollozaba Tony Glick—. No
puede ser.**

**Si no tiene más de doce
años. —Y empezó a llorar
copiosamente, echándose
hacia adelante a pesar de
los hombres que lo
sostenían, con la cara
demudada y sucia de
lágrimas. Cayó de rodillas
a los pies de
Callahan y le aferró los
pantalones con las manos
llenas de tierra—. Por**

**favor, devuélvame a mi
hijo. Por
favor, no siga burlándose
de mí.**

**Callahan le apoyó ambas
manos en la cabeza.**

**—Oremos —repitió,
mientras sentía vibrar
contra las piernas los
sollozos desgarradores de
Glick.**

**—Señor, consuela en su
dolor a este hombre y a su
esposa. Tú lavaste a este
niño en las aguas del**

bautismo y le diste nueva vida. Que podamos un día unirnos con él para gozar para siempre de los goces del

cielo. Te lo pedimos en el nombre de Jesús, amén.

Al levantar la cabeza, vio que Marjorie Glick se había desmayado.

4

Cuando todos se fueron, Mike Ryerson volvió y se sentó al borde de la tumba a comerse su último

**bocadillo mientras
esperaba a que regresara
Royal Snow.**

**El funeral había sido a las
cuatro, y ahora eran casi
las cinco. Las sombras se
habían alargado y el sol se
inclinaba tras los altos
robles. Ese estúpido de
Royal había prometido
estar de vuelta a las cinco
menos cuarto
a más tardar; ¿dónde
demonios estaría?**

**El bocadillo era de salami y
queso, su favorito. Todos**

los bocadillos que se preparaban eran sus favoritos; ésa era una de las ventajas de estar soltero. Lo terminó y se sacudió las manos; algunas migas de pan cayeron sobre el ataúd. Alguien estaba observándolo. Lo sintió súbitamente, con total certeza. Recorrió el cementerio con ojos muy abiertos.

—Royal, ¿estás ahí, Royal?

Nadie respondió. El viento .suspiraba entre los árboles, haciéndoles emitir susurros misteriosos. A la sombra oscilante de los olmos que se alzaban del otro lado del muro, podía ver la lápida de Hubert Marsten, y de pronto se acordó del perro de Win, ensartado en los barrotes del portón de hierro. Ojos. Fijos e impasibles. Que observaban.

**Oscuridad, no me alcances
aquí.**

**Se puso en pie de un
brinco, como si alguien
hubiera hablado en voz
alta.**

**—Maldito seas, Royal —
masculló.**

**Ya no pensaba que Royal
pudiera andar por allí, ni
siquiera que volvería.**

**Tendría que hacer el
trabajo**

**solo, y le llevaría
muchísimo tiempo. Hasta
que anocheciera, tal vez.**

Se puso a trabajar, sin tratar de comprender el terror que se había adueñado de él, sin preguntarse por qué ese trabajo que jamás le había intranquilizado le parecía ahora tan inquietante.

Con gestos rápidos y precisos sacó las franjas de césped artificial del montón de tierra y las dobló cuidadosamente. Se las colgó del brazo y las llevó a su camión, aparcado del

otro lado del portón; una vez

fuera del cementerio, la horrenda sensación de ser vigilado se desvaneció.

Puso el césped en la parte de atrás del camión y buscó una pala. Echó a andar, pero vaciló. Cuando miró hacia la tumba abierta, tuvo la sensación de que se burlaba de él.

Se dio cuenta de que la sensación de estar vigilado había desaparecido tan pronto como dejó de ver el

féretro que descansaba en el fondo de la fosa. De pronto tuvo la imagen de Danny Glick tendido sobre la almohadita de satén, con los ojos abiertos. No... qué estupidez. Si les cerraban los ojos. Muchas veces se lo había visto hacer a Cari Foreman. «Claro que se los pegamos —le había dicho una vez Cari—. No querrás que el cadáver haga guiños a la gente, ¿no?»»

Arrojó una palada de tierra a la fosa, donde cayó con un ruido sordo sobre el cajón de caoba lustrada; Mike dio un respingo. Se enderezó y miró alrededor las ofrendas de flores. Qué desperdicio. Mañana los pétalos estarían todos marchitos. Mike no entendía por qué la gente hacía eso. Si estaban dispuestos a gastar dinero, ¿por qué no enviárselo a la Liga Contra el Cáncer o a la Sociedad

**de Beneficencia? Así por lo
menos**

serviría de algo.

**Echó otra palada a la fosa
y volvió a descansar.**

Ese ataúd, otro

desperdicio. Un hermoso

féretro de caoba, de mil

dólares por lo menos, y ahí

estaba él

cubriéndolo de tierra. Los

Glick no tenían más dinero

que cualquier otro del

pueblo, y ¿quién saca un

seguro

**de vida para un chico?
Probablemente se habrían
endeudado hasta el cuello,
y todo por un cajón que iba
a la
tierra.**

**Se inclinó a recoger otra
palada y volvió a arrojarla
de mala gana. Otra vez ese
golpe horrible, definitivo.
La tapa del ataúd ya estaba
semicubierta de tierra,
pero seguía distinguiendo
el brillo de la caoba, casi
como
un reproche.**

**Deja de mirarme, pensó.
Recogió una palada más,
no muy grande, y la echó
en la fosa.**

**Las sombras eran ya muy
largas. Se detuvo y levantó
la vista. Allá estaba la casa
de los Marsten, con los
postigos cerrados,
impasible. El lado este de la
casa, el que primero daba
los buenos días al sol,
miraba
directamente hacia el
portón de hierro del
cementerio, donde Doc...**

Se obligó a coger otra palada de tierra y arrojarla en el hoyo.

Bump.

Un poco de tierra se deslizó por los lados, amontonándose en las bisagras de bronce. Ahora, si alguien lo abriera, haría un ruido áspero y chirriante como cuando se abre la puerta de una tumba.

Deja de mirarme, mierda.

Volvió a inclinarse, pero la sola idea de tener que

levantar la pala lo agotó, y descansó durante un minuto. Una vez había leído —en el National Enquirer, tal vez— algo sobre un hacendado de Texas que había especificado en su testamento que quería que lo enterraran en un Cadillac. Y lo hicieron, desde luego.

Cavaron la fosa con una excavadora y levantaron el coche con una grúa. Por

**todo el país hay gente que
anda
por ahí en coches viejos
pegados con saliva y atados
con alambre de embalar, y
uno de esos cerdos ricos se
hace enterrar sentado al
volante de un coche de diez
mil dólares con todos los
accesorios...**

**De pronto se estremeció y
dio un paso atrás,
sacudiendo la cabeza.
Había estado a punto de...
bueno, de**

caer en un trance, o algo parecido. La sensación de estar vigilado era ahora más intensa.

Miró el cielo y se alarmó al ver cómo había huido la luz. Solamente el piso alto de la casa de los Marsten brillaba ahora a la luz del sol. Su reloj marcaba las seis menos diez. Cristo, ¡había pasado una hora y no había echado más de media docena de paladas de tierra!

Mike se dedicó a hacer su trabajo tratando de no pensar. Bump, bump, bump; ahora el ruido de la tierra

al caer sobre la madera se había amortiguado; la tapa del ataúd estaba cubierta, y la tierra se desmoronaba y llegaba casi a la cerradura y el pasador.

Echó dos paladas más y se detuvo.

¿Cerradura y pasador?

Pero ¿por qué, en nombre de Dios, se le ocurría a

**alguien poner una
cerradura a un ataúd?**

**¿Acaso
pensaban que alguien iba a
tratar de entrar? Eso tenía
que ser. No podían pensar
que alguien tratara de
salir...**

**—Deja de mirarme —dijo
en voz alta y sintió que el
corazón se había alojado en
su garganta.**

**Sintió un súbito impulso de
huir de ese lugar, de salir
corriendo por el camino
hasta llegar al pueblo.**

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para controlarse. No era más que sus nervios de punta, nada más.

Trabajando en un cementerio, ¿a quién no le pasaba de cuando en cuando? Era como una maldita película de terror, eso de tener que cubrir a ese chico, de doce años nada más, y con los ojos tan abiertos...

—Por favor, ¡basta! —gritó Mike.

**Miró con desesperación
hacia la casa de los
Marsten. Ahora, sólo el
techo recibía la luz del sol.
Eran las
seis y cuarto.**

**Después empezó a trabajar
de nuevo con más rapidez,
inclinándose, levantando
las paladas e intentando
mantener la mente en
blanco. Pero la sensación
de estar vigilado parecía
intensificarse, y cada
palada de tierra**

le resultaba más pesada que la anterior. La tapa de la caja ya estaba cubierta, pero se seguía distinguiendo la forma, amortajada por la tierra.

Empezó a rondarle por la cabeza la plegaria católica por los muertos, sin motivo alguno. Se la había oído recitar a Callahan mientras estaba comiendo, junto al arroyo. También había oído gritos desesperados del

padre.

**«Oremos por nuestro
hermano a Nuestro Señor
Jesucristo, que nos dijo...
(Oh, padre mío,
favoréceme.)»**

**Se detuvo a mirar
inexpresivamente dentro de
la tumba. Era muy honda.
Las sombras del anochecer
inminente se habían
derramado ya en su
interior, como algo
pegajoso y viviente.
Todavía era profunda.
Mike**

no podría llenarla antes de que cayera la noche.

Imposible.

«Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá... (Señor de las Moscas, favoréceme.)»

Sí, los ojos estaban abiertos. Por eso se sentía observado, vigilado. Carl no les había puesto suficiente goma y los párpados se habían levantado como los

visillos de una ventana, y el chico de los Glick estaba mirándole. Sí, eso era.

Tenía que hacer algo.

«...y todo aquel que vive y cree en Mí, no morirá eternamente... (Aquí te traigo carne descompuesta y carroña hedionda,))»

Sacar la tierra con la pala.

Eso era. Sacar la tierra, romper la cerradura con la pala y abrir el ataúd para cerrar esos ojos espantosamente fijos. Mike

**no tenía la goma que
usaban para eso, pero en el
bolsillo llevaba
dos monedas de veinticinco
centavos. Eso serviría.
Plata. Sí, plata era lo que
necesitaba el niño.
El sol ya pasaba sobre el
techo de la casa de los
Marsten, y apenas si
rozaba los abetos más altos
y más
viejos, al oeste del pueblo.
Hasta con los postigos
cerrados, parecía que la
casa estuviera mirándole.**

«Tú que volviste al muerto a la vida, da a nuestro hermano Daniel la vida eterna. (Por conseguir tu favor ofrecí el sacrificio. Con la mano izquierda te lo traigo.)»

De pronto, Mike Ryerson saltó dentro de la tumba y empezó a excavar furiosamente, arrojando la tierra fuera en sombrías explosiones. Finalmente la pala chocó con la madera,

y Mike empezó a apartar los últimos restos de tierra y pronto se encontró de rodillas sobre el ataúd, golpeando y volviendo a golpear el reborde de bronce de la cerradura. Por el arroyo, las ranas habían empezado a croar, un chotacabras cantaba en las sombras y más cerca se elevaba la aguda llamada de un grupo de chovas. Las siete menos diez.

¿Qué estoy haciendo?, se preguntó. En el nombre de Dios, ¿qué estoy haciendo? Arrodillado sobre la tapa del féretro, trató de pensar... pero algo en el fondo de su mente le instaba a darse prisa, a darse prisa porque el sol se iba... Oscuridad, no me alcances aquí.

Alzó la pala y una vez más la dejó caer sobre la cerradura. Se oyó un chasquido; ya estaba rota.

Levantó la vista, en un último destello de cordura, con la cara sucia y surcada de sudor y tierra, los ojos convertidos en desorbitados globos blancos.

Venus resplandecía en el escote del cielo.

Jadeante, salió de la tumba, se tendió cuan largo era y buscó las manijas de la tapa del ataúd. Las encontró y tiró. La tapa giró sobre sus goznes, con un chirrido como Mike lo

**había previsto, y al
levantarse
dejó ver primero el satén
blanco, luego un brazo
cubierto con una manga
oscura (a Danny Glick le
habían
enterrado con su traje de
primera comunión) y
después... la cara.
A Mike se le congeló el
aliento.
Los ojos estaban abiertos.
Tal como él los había visto
en su mente. Bien abiertos,
y nada vidriosos. A la**

última luz moribunda del día parecían resplandecer con una vida horrorosa. Y esa cara no tenía la palidez de la muerte; las mejillas parecían rebosar vitalidad. Trató de apartar los ojos del destello escalofriante de aquella mirada de hielo, y no pudo.

—Jesús... —murmuró.

El arco decreciente del sol se sumergió en el horizonte.

**Mark Petrie estaba
trabajando en la
construcción de un
monstruo —un
Frankenstein— en su
habitación,
mientras escuchaba la
conversación de sus padres
abajo, en la sala. Su cuarto
estaba en el piso alto de la
casa
que habían comprado en el
sur de Jointner Avenue, y
aunque ahora la casa se
calentaba con una moderna**

**caldera de petróleo, las
viejas bocas de calefacción
del primer piso se
conservaban. Antes,
cuando la
calefacción de la casa
consistía en una vieja
cocina, las tuberías que
llevaban el aire caliente
habían servido
para impedir que el primer
piso se enfriara demasiado,
pese a lo cual la mujer que
desde 1873 a 1896 había
vivido allí se llevaba
siempre a la cama un**

ladrillo caliente envuelto en franela. Ahora, las tuberías servían para otros fines. Eran excelentes conductores del sonido.

Aunque sus padres estuvieran en la sala, lo mismo podrían haber estado hablando de él al otro lado de la puerta.

Una vez en que su padre le había sorprendido escuchando a la puerta en

**su anterior casa, cuando
Mark
sólo tenía seis años, le
espetó un viejo proverbio:
Ir por lana y volver
trasquilado. Eso quería
decir, le había
explicado el padre, que uno
puede oír que dicen de él
algo que tal vez no sea
precisamente de su agrado.
Claro que había otro
proverbio, también:
Hombre prevenido vale por
dos.**

A sus doce años, Mark Petrie era más menudo que lo habitual para su edad, y de aspecto un tanto delicado. Sin embargo, se movía con una gracia y una ligereza poco comunes en los muchachos de esa edad, que suelen parecer todo codos, rodillas y cardenales. De cutis blanco, casi lechoso, sus rasgos, que cuando fuera mayor serían considerados aquilinos, parecían ahora levemente

**femeninos, cosa que ya le
había traído
algunos inconvenientes
antes del incidente con
Richie Boddin en el colegio,
de manera que había
decidido
encararlo a su manera.
Empezó por un análisis del
problema. Decidió que la
mayoría de los matones
eran
grandes, feos y torpes.
Asustaban a la gente
porque podían hacerle**

**daño. Y para eso, en la
pelea eran sucios.**

**De manera que si uno no
tenía miedo de que le
hicieran daño, y si estaba
dispuesto a pelear sucio,
podía
ganarle a un matón.**

**Richard Boddin había sido
la primera confirmación
cabal de su teoría. En la
pelea del
colegio, él y el matón
habían empatado (lo que
en cierto modo había sido**

**una victoria; el matón,
magullado
pero no sometido, había
proclamado a toda la
comunidad escolar que él y
Mark Petrie eran aliados.
Mark, que
pensaba que aquel
bravucón era un idiota, no
le contradijo. Él sabía ser
discreto. Hablar con los
bravucones
no servía de nada. Al
parecer, el único idioma
que entendían los Richie**

Boddin de este mundo eran los golpes, y Mark suponía que por eso el mundo había ido siempre tan mal. Ese día le habían mandado a su casa, y su padre se había enojado, hasta que Mark, resignado a recibir los rituales azotes con un periódico doblado, le dijo que, en el fondo, Hitler no había sido más que un Richie Boddin. Eso había hecho que su padre riera

hasta desternillarse, y hasta su madre esbozó una risita. Y había evitado los azotes.

—¿Tú crees que le ha afectado, Henry? — preguntaba en ese momento June Petrie.

—Es... difícil decirlo. —Por la pausa, Mark supo que su padre estaba encendiendo la pipa—. Hay que ver la cara inexpresiva que tiene.

—Sin embargo, las aguas quietas son profundas.

Su madre siempre andaba diciendo cosas como las aguas quietas son profundas, o es el largo camino del que no se vuelve. Mark les quería mucho a los dos, pero a veces le parecían tan pesados como algunos libros de la biblioteca... e igualmente polvorientos. —Piensa que venía a ver a Mark —continuó ella—. A jugar con su tren

**eléctrico... y ahora, ¡uno
muerto
y el otro desaparecido! No
te engañes, Henry. El chico
debe sentirse afectado.**

**—Tiene los pies muy bien
puestos en la tierra —
insistió el señor Petrie—. Y
estoy seguro de que, sienta
lo que sienta, mantiene el
dominio de sí.**

**Mark encoló el brazo
izquierdo del Frankenstein
en el hueco del hombro.
Era un modelo Aurora, con
un**

tratamiento especial que le daba un resplandor verde en la oscuridad, como el Jesús de plástico que había ganado por aprenderse de memoria todo el Salmo 119 en la escuela dominical.

—A veces pienso que deberíamos haber tenido otro —decía en ese momento su padre—.

Entre otras cosas, habría sido bueno para Mark.

—No será porque no lo hayamos intentado, cariño

**—repuso su madre con
tono picaresco.**

**Un gruñido de su padre.
Se produjo una larga pausa
en la conversación. Mark
sabía que su padre estaría
hojeando el Wall Street
Journal, y su madre una
novela de Jane Austen, o
tal vez de Henry James.
Las leía una y otra vez, y
maldito si
Mark le veía algún sentido
a leer más de una vez un
libro.**

—¿No te parece peligroso dejarlo jugar en el bosque detrás de la casa? — preguntaba ahora su madre—.

Dicen que por algún lado hay arenas movedizas.

—A varios kilómetros de aquí.

Mark se relajó un poco y pegó el otro brazo del monstruo. Tenía una gran mesa cubierta de monstruos terroríficos Aurora, formando una escena que

**su propietario alteraba
cada vez que agregaba un
elemento
nuevo al conjunto. Era una
colección muy buena. En
realidad, era eso lo que
iban a ver Danny y Ralphie
la**

noche que... lo que fuera.

**—No creo que haya
inconveniente —declaró su
padre—. Mientras sea de
día, claro.**

**—Bueno, pues espero que
ese funeral espantoso no le
provoque pesadillas.**

Mark casi podía ver el encogimiento de hombros de su padre.

—Tony Glick... pobre hombre. Pero el dolor y la muerte son parte de la vida. Ya debería estar acostumbrado a la idea.

—Tal vez.

Otra pausa.

Mark se preguntó qué seguiría ahora. El niño es el padre del hombre, tal vez.

O es el arbolito joven al que hay que enderezar.

Mark encoló el monstruo

**sobre su base, un túmulo
con una lápida torcida en el
fondo.**

**—En medio de la vida,
estamos en la muerte. Lo
que es yo, podría tener
pesadillas.**

—¿Sí?

**—Ese señor Foreman debe
ser un verdadero artista,
por espantoso que suene. Si
realmente parecía
dormido, como si en
cualquier momento fuera a
abrir los ojos y bostezar y...**

**No sé por qué la gente
insiste en
torturarse con esos
servicios con el ataúd
abierto. Es tan pagano...**

—En fin, ya pasó.

**—Sí, claro. Es un buen
chico, ¿no te parece,
Henry?**

**—¿Mark? Mejor no lo hay.
Mark sonrió.**

**—¿Habrá algo interesante
en la televisión?**

—Veámoslo.

**Mark prescindió de lo
demás; lo importante había**

terminado. Puso el modelo sobre el alféizar de la ventana, para que se secara y endureciera. Dentro de quince minutos, su madre le llamaría para decirle que tenía que acostarse. Sacó su pijama del cajón superior de la cómoda y empezó a desvestirse.

En realidad, su madre se preocupaba sin necesidad por su equilibrio psíquico, en modo alguno frágil.

Tampoco había motivos especiales para que lo

fuera; en casi todos los aspectos, y pese a su constitución menuda y graciosa, Mark era un muchacho típico. Su familia era de clase media alta y aún seguía ascendiendo; el matrimonio de sus padres era sólido. Los dos se amaban con firmeza, aunque en forma un tanto insípida. En la vida de Mark jamás había habido ningún trauma

importante. Las pocas peleas que había tenido en la escuela no le habían dejado cicatrices. Se llevaba bien con sus compañeros, y en general tenía las mismas aficiones que ellos. Si algo hacía de él un ser aparte, era su reserva, un calma autodominio que nadie le había inculcado; aparentemente, Mark había nacido así. Cuando su perrito Chopper fue

**atropellado por un coche,
Mark insistió
en ir con su madre al
veterinario. Cuando éste le
dijo: «Tendremos que
dormir a tu perro, hijo
mío.**

**¿Comprendes por qué?»
Mark contestó: «No le van
a hacer dormir. Lo van a
matar con gas, ¿no es eso?»**

**El
veterinario asintió. Mark le
dijo que estaba bien, que lo
hiciera, pero primero besó
a Chopper. Le había**

**dolido, pero no había
llorado, ni las lagrimas
habían afluorado. Su madre
sí había llorado, pero tres
días**

**después, Chopper era para
ella parte de un nebuloso
pasado, cosa que nunca
sería para Mark. Ése era el
valor**

**de no llorar. Llorar era
como desparramarlo todo
por el suelo.**

**A Mark le había
conmovido la desaparición
de Ralphie Glick, y**

**también la muerte de
Danny, pero no se
había sentido asustado.
Había oído decir a un
hombre en la tienda que tal
vez Ralphie hubiera sido
atacado por un maníaco
sexual. Mark sabía lo que
era eso. Eran tipos que le
hacían a uno algo terrible,
y después lo estrangulaban
(en
las historietas, el tipo a
quien estrangulaban
siempre decía Aarrjj) y lo**

**enterraban en un pozo de
escombros o
debajo de las tablas de
algún cobertizo
abandonado. Si alguna vez
un maníaco sexual le
ofrecía caramelos,
Mark le daría una patada
en los huevos y escaparía
por piernas.**

**—¿Mark? —se oyó la voz
de su madre, por la
escalera.**

**—Soy yo —respondió, y
volvió a sonreír.**

—Cuando te laves, no te olvides de las orejas.

—Descuida.

Bajó a la sala para darles el beso de buenas noches, con sus movimientos leves y graciosos, no sin echar un último vistazo a la mesa donde se desplegaran sus monstruos: Drácula, con la boca abierta, mostrando los colmillos, amenazaba a una muchacha tendida en el suelo, mientras el Médico

**Loco torturaba a una
mujer en
el potro y Mr. Hyde se
acercaba furtivamente a un
anciano que regresaba a su
casa.**

**¿Que si entendía la
muerte? Desde luego. Era
cuando los monstruos se
adueñaban de uno.**

6

**Roy McDougall arrimó el
coche a su remolque a las
ocho y media y detuvo el
motor del viejo Ford. El**

tubo de escape estaba casi desprendido, las luces intermitentes no funcionaban y el seguro le vencía el mes próximo. Vaya coche. Vaya vida. Dentro de la casa, el crío lloraba y Sandy le gritaba. Estupendo, el matrimonio. Bajó del coche y tropezó con una de las losas que desde el último verano estaba pensando en usar para

**hacer un camino desde los
escalones del remolque a la
entrada.**

**—A la mierda —masculló,
echando una mirada
furibunda a las losas
mientras se frotaba la
espinilla.**

Estaba muy borracho.

**Desde que saliera del
trabajo, a las tres,
había estado bebiendo en el
bar de Dell, con Hank
Peters y Buddy Mayberry.
A Hank le habían**

**despedido hacía pocos días,
y parecía decidido a
beberse toda la
indemnización. Roy sabía
lo que Sandy
pensaba de sus amigos.
Bueno, pues que se fuera a
la mierda. Reprocharle a
un hombre que se tomara
unas
cervezas el sábado y el
domingo después de
haberse deslomado toda la
semana en la maldita
tejeduría... y las**

**horas extra del fin de
semana, además. ¿Quién
era ella para hacerse la
santa? Si se pasaba todo el
día sentada
en la casa sin nada que
hacer, a no ser charlar con
el cartero y vigilar que el
crío no se metiera gateando
dentro del horno. Y de
todas maneras, ni siquiera
le había vigilado muy bien
últimamente. El maldito
mocososo
se había caído de la mesa
mientras 'lo mudaba.**

«¿Y tú dónde estabas?»

**«Yo le estaba sosteniendo,
Roy. Pero es que se mueve
tanto.»**

Se mueve. Sí.

**Todavía echando chispas,
se acercó a la puerta. Le
dolía la pierna que se había
golpeado. Y no era de
ella de quien podía esperar
compasión. Vaya, ¿qué
hacía ella mientras él
sudaba la gota gorda con
ese maldito
capataz? Leer revistas del
corazón y comer bombones**

**de fruta, o ver la televisión
y comer bombones, o
charlar por teléfono con
sus amigas y comer
bombones. Le estaban
saliendo granos en el
cuerpo y la cara.**

**De un empujón, abrió la
puerta y entró.**

**La escena le golpeó como
un mazazo, atravesando la
bruma de la cerveza: el
bebé, desnudo y
vociferante, sangraba por
la nariz; Sandy lo tenía en
brazos, y su blusa sin**

mangas estaba manchada de sangre, mientras miraba a Roy por encima del hombro de la criatura, contraído el rostro por la sorpresa y el miedo; el pañal estaba en el suelo.

Randy, con los ojos rodeados de círculos oscuros, levantó las manos en un gesto de súplica.

—¿Qué cono pasa aquí? — preguntó lentamente Roy.

—Nada, Roy. Es que...

**—Le has pegado —la acusó
él con una voz sin inflexión
—. Como no se estaba
quieto mientras lo
cambiabas, le has pegado.
—No —respondió ella—.
Se volvió de repente y se
golpeó la nariz, nada más.
—Tendría que matarte a
golpes —siseó Roy.
—Roy, es sólo que se
golpeó la nariz...
Él se relajó de pronto.
—¿Qué hay para comer?**

**—Hamburguesas, pero se me han quemado —
respondió Sandy.
Se sacó el faldón de la blusa de los téjanos para secarle la nariz a Randy.
Roy vio el michelín que se le estaba formando. No había adelgazado después de tener el bebé. No le importaba.
—Hazlo callar.
—Pero no...
—¡Hazlo callar! —vociferó Roy, y Randy, que para**

entonces ya comenzaba a callarse, volvió a estallar en llanto.

—Le daré un biberón — dijo Sandy, y se levantó.

—Y prepárame la cena. —

Roy empezó a quitarse la chaqueta—. Dios, qué asco de casa. ¿Qué cono haces durante todo el día, te masturbas?

—¡Roy! —protestó Sandy, escandalizada.

Después dejó escapar una risita. Su frenético estallido

de furia con el bebé que no se estaba quieto mientras ella le cambiaba los pañales empezaba a parecerle lejano, como algo sucedido en alguna de las series de la tarde, en Centro Médico.

—Prepárame la comida y después limpia un poco esta pocilga.

—Está bien. Sí, enseguida.

—Sandy sacó un biberón de la nevera, puso a Randy en el parque y se lo dio.

El niño empezó a chupar apáticamente, mientras sus ojos iban en pequeños círculos prisioneros del padre a la madre.

—Roy.

—¿Eh? ¿Qué hay?

—Se acabó.

—¿El qué?

—Ya sabes. ¿Quieres?

¿Esta noche?

—Sí, claro —respondió él

—. Desde luego.

Qué vida. Vaya vida de mierda, volvió a pensar.

7

Nolly Gardener estaba escuchando rock por la WLOB y haciendo chascar los dedos, cuando sonó el teléfono. Parkins dejó la revista de crucigramas.

—Baja un poco eso, ¿quieres? —pidió.

—Sí, Park. —Nolly bajó el volumen de la radio y siguió chascando los dedos.

—¿Diga? —atendió Parkins.

—¿Agente Gillespie?

—Sí.

**—Habla Tom Hanrahan,
señor. Tengo la información
que usted necesitaba.**

—Vaya, me alegro.

**—Sin embargo, no es
mucho lo que tenemos para
usted.**

**—Lo que sea estará bien —
respondió Parkins—. ¿Qué
han averiguado?**

**—Ben Mears fue
interrogado a raíz de un
fatal accidente de tráfico
ocurrido en el estado de
Nueva York,**

en mayo de 1973. No se formularon cargos. Fue un choque en motocicleta, y su esposa Miranda se mató.

Los

testigos declararon que él conducía despacio y las pruebas de alcoholemia dieron negativo. Parece que resbaló

en un sitio húmedo. En política, es de izquierdas.

Participó en una marcha por la paz en Princeton, en 1966.

**Habló en una
manifestación antibelicista
en Brooklyn, en 1967. En
marchas sobre Washington
en 1968 y
1970. Arrestado durante
una marcha de la paz en
San Francisco, en
noviembre de 1971. Es todo
lo que
tenemos sobre él.**

—¿Qué más?

**—Kurt Barlow. Es inglés
naturalizado, no de
nacimiento. Nació en**

**Alemania y marchó a
Inglaterra en
1938, al parecer huyendo
de la Gestapo. Sus datos no
los tenemos, pero es
probable que ande por los
setenta.**

**Su apellido real es
Breichen. Desde 1945 está
en Londres, en el negocio
de importación
exportación, pero es
un tipo escurridizo.
Straker es su socio desde
entonces, y parece que es el**

**que se encarga de tratar
con el
público.**

—¿Ah, sí?

**—Straker es inglés de
nacimiento. Cincuenta y
ocho años. El padre era
ebanista en Manchester.**

Parece

**que le dejó bastante dinero,
y que a Straker le ha ido
bien. Hace dieciocho meses,
los dos solicitaron visados
para pasar una larga
temporada en Estados
Unidos. Es lo único que**

sabemos, aparte de que es posible que haya entre ellos una relación homosexual.

—Aja —asintió Parkins, y suspiro—. Más o menos lo que me imaginaba.

—Si necesita algo más, podemos preguntar a la CID y a Scotland Yard.

—No, es suficiente.

—Otra cosa, no existe relación entre Mears y los otros dos, salvo que la mantengan en secreto.

—Perfecto. Gracias.

**—Cuando necesite algo,
llame.**

—Así lo haré, gracias.

**—Volvió a poner el
receptor en la horquilla y
se quedó mirándolo
pensativamente.**

**—¿Quién era, Park? —
preguntó Nolly, mientras
volvía a subir la radio.**

**—Del Café Excellent. No
tienen sandwiches de
jamón con pan de centeno.
Únicamente de queso y
ensalada.**

—Si quieres, tengo frambuesas en mi escritorio.

—No, gracias —declinó Parkins, y volvió a suspirar.

8

El vertedero aún seguía humeando.

Dud Rogers caminaba por el borde, olfateando la fragancia de la basura quemada. Bajo sus pies, pequeñas botellas se hacían pedazos, y a cada paso se

elevaban negras bocanadas de polvo ceniciento. En el lugar destinado a quemar la basura, un amplio lecho de carbones intensificaba o disminuía su resplandor según los caprichos del viento, recordando a un enorme ojo carmesí que se abriera y se cerrara, el ojo de un gigante. De vez en cuando se oía alguna pequeña explosión ahogada, el estallido de algún aerosol o de una

bombilla. Esa mañana, al encender el fuego, habían salido muchísimas ratas del vertedero, más de las que Dud había visto nunca. Había matado a tiros unas tres docenas, y la pistola estaba caliente cuando volvió a enfundarla. Y eran enormes: algunas medían sesenta centímetros, desde la cabeza a la punta de la cola. Era extraño cómo aumentaba o disminuía su número según

los años. Tal vez tuviera algo que ver con el tiempo. Si seguían aumentando, tendría que empezar a ponerles cebos envenenados, cosa que no había hecho desde 1964.

Ahí iba una ahora. Dud sacó la pistola, le quitó el seguro, apuntó y disparó. El proyectil levantó la tierra frente a la rata, hasta salpicarla. Pero en vez de escapar, el animal se sentó

sobre las patas traseras y le
miró,
mientras las cuencas
rojizas de sus ojillos
brillaban al resplandor del
fuego. ¡Vaya si eran
atrevidas esas ratas!
—Adiós, señora rata —
murmuró Dud y volvió a
disparar.
La rata se desplomó,
estremeciéndose.
Dud fue hasta ella y la
volvió con su bota de
trabajo. La rata mordió

débilmente el cuero,
mientras sus
costados se movían apenas.
—Hija de puta —masculló
Dud, y le aplastó la cabeza.
Se puso en cuclillas para
mirarla y se encontró
pensando en Ruthie
Crockett, que no usaba
sostén.

Cuando se ponía uno de
esos suéteres que se
adherían al cuerpo, se le
traslucían con tanta
claridad los

**pezoncillos, endurecidos
por el roce contra la lana, y
si un hombre pudiera
adueñarse de ellos y
frotárselos un
poco, un poco nada más,
una perra como ésa estaría
inmediatamente dispuesta
a irse a la cama con ese
hombre...**

**Levantó la rata por la cola
y la hizo oscilar como un
péndulo.**

**—¿Qué te parecería
encontrarte a doña rata en
tu caja de lápices, Ruthie?**

Aquello le hizo gracia, y Dud dejó escapar una risita aguda. Luego arrojó la rata hacia el centro del vertedero. Al hacerlo, se dio la vuelta y divisó una figura, una silueta alta y delgada, unos cincuenta pasos hacia la derecha.

Dud se restregó las manos contra sus pantalones verdes, y echó a andar hacia allí.

—El vertedero está cerrado, señor.

El hombre se volvió hacia él. El rostro que apareció al rojo resplandor del fuego moribundo era taciturno y de pómulos salientes. El pelo blanco estaba veteado de mechones grises. El tipo se lo había apartado de la frente alta y cerúlea con un gesto de concertista maricón. Los ojos reflejaban el resplandor carmesí de los tizones, que los hacía parecer inyectados en sangre.

—¿ Ah, sí? —preguntó el hombre, con un débil acento francés o centroeuropeo—. He venido para mirar el fuego. Es muy hermoso. —Sí —coincidió Dud—. ¿Vive usted aquí? —Hace poco que resido en su hermoso pueblo, sí. ¿Mata muchas ratas? —Algunas, sí. Últimamente hay millones de estas hijas de puta. ¿No es usted el tipo que compró la casa de los Marsten?

**—Depredadores —
reflexionó el hombre
mientras entrelazaba las
manos a la espalda. Dud
observó con
sorpresa que llevaba un
traje, con chaleco y todo—.
Adoro a los depredadores
de la noche. Las ratas... los
lobos. ¿No hay lobos en
esta zona?**

**—No —le informó Dud—.
Hace un par de años, un
tipo de Durham atrapó un
coyote, Y hay una**

**manada de perros salvajes
que atacan a los ciervos...**

**—Perros —repitió el
extranjero, con un gesto de
desprecio—. Miserables
animales que tiemblan y
aúllan al sonido de un paso
extraño. No sirven más que
para aullar y arrastrarse.
Hay que matarlos, es lo que
siempre digo. ¡A todos!**

**—Bueno, yo no pienso de
esa manera —objetó Dud,
dando un paso hacia atrás
—. Siempre es agradable**

tener alguien que salga a recibirlo a uno, sabe... demonios, los domingos el vertedero se cierra a las seis y ya son las nueve y media y... —Muy bien. Pero el extranjero no hizo ademán alguno de moverse. Dud pensó que había sacado ventaja al resto del pueblo. Todo el mundo conjeturaba cómo sería ese tipo, Straker, y él era el

**primero en enterarse,
aparte Larry
Crockett, tal vez, que se las
traía. La próxima vez que
bajara al pueblo a
comprarle cartuchos al
remilgado de
George Middler, le dejaría
caer como quien no quiere
la cosa:**

**«Hace unos días vi por la
noche a ese tipo nuevo.»**

**«¿Cómo, quién?» «Ya
sabes, el que compró la
casa**

de los Marsten. Bastante simpático. Tenía un acento centroeuropeo.»

—¿No hay fantasmas en esa casa? —preguntó, cuando el otro no dio muestras de largarse.

—¡Fantasmas! —sonrió el viejo, y había algo inquietante en su sonrisa. Un tiburón podría sonreír así—.

No; fantasmas no. —Al repetirla, enfatizó débilmente la palabra,

como si en la casa pudiera haber algo mucho peor.

—Bueno... se está haciendo tarde y... en realidad, es hora de que se vaya, ¿señor...?

—Es agradable hablar con usted —objetó el visitante y por primera vez volvió la cara hacia Dud y lo miró a los ojos. Ojos muy apartados, enrojecidos todavía por el sombrío resplandor del fuego. Aunque fuera

**mala educación, no había
manera de apartar la vista
de ellos—. ¿No tiene
inconveniente en que
conversemos
un poco más, no?**

**—No, claro que no —
respondió Dud, y su voz le
sonó muy lejana.**

**Aquellos ojos parecían
expandirse, crecer, como
oscuros pozos cercados de
fuego, pozos donde uno
podía caerse y ahogarse.**

**—Gracias. Dígame... esa
joroba que tiene en la**

espalda, ¿no le resulta molesta para su trabajo? —No —contestó Dud, que seguía sintiéndose muy lejano. Que me cuelguen si no me está hipnotizando, pensó. Como aquel tipo de la feria de Topsham... ¿cómo se llamaba? El señor Mefisto. Le dormía a uno y le hacía hacer toda clase de cosas graciosas, portarse como un pollo, o dar vueltas corriendo como un perro, o

**contar lo que pasó en la
fiesta que celebraron
cuando cumplió los seis
años. Por Dios si reímos
cuando
hipnotizó al viejo Reggie
Sawyer...**

**—¿Tampoco le produce
otro inconveniente?**

—No... bueno... —

**Fascinado, seguía mirando
aquellos ojos.**

**—Vamos, dígalo —le instó
suavemente—. ¿No somos
amigos, acaso?
Cuéntemelo.**

—Bueno... las chicas... las chicas, ya sabe.

—Naturalmente. —La voz era comprensiva—. Las chicas se ríen de usted, ¿no es eso? No tienen idea de su virilidad. Ni de su fuerza.

—Exactamente —susurró Dud—. Se ríen. Ella se ríe.

—¿Quién es ella?

—Ruthie Crockett. Es... es... —La idea se le fue, pero no importaba. Nada importaba, salvo esa paz. Esa

paz completa que sentía.

—¿Es ella quien hace los chistes? ¿Y oculta las risitas con la mano? ¿Y da con el codo a sus amigas cuando usted pasa?

—Sí...

—Pero usted la desea — insistió la voz—. ¿No es eso?

—Oh, sí...

—Pues la conseguirá. Estoy seguro.

Había algo placentero en todo aquello. A lo lejos, le

**parecía oír voces dulces
que entonaban palabras
obscenas. Campanas de
plata... rostros blancos... la
voz de Ruthie Crockett.
Casi podía verla,
sosteniéndose
los pechos con las manos,
dos maduras semiesferas
blancas mientras la voz
susurraba: Bésamelos,
Dud...
muérdemelos...
chúpamelos...**

Era como ahogarse.

**Ahogarse en los ojos del
viejo.**

**Mientras el hombre se le
acercaba, Dud lo
comprendió todo y lo
aceptó, y cuando sintió el
dolor, era
dulce como la plata y verde
como el mar.**

9

**La mano le temblaba, y en
vez de aferrar la botella, los
dedos la hicieron saltar del
escritorio y caer con**

un golpe sordo sobre la alfombra, donde se quedó gorgoteando whisky.

—¡Mierda! —masculló el padre Callahan mientras se inclinaba a levantarla antes de que se perdiera todo.

En realidad no había mucho que perder. Volvió a ponerla sobre el escritorio (lejos del borde) y fue a la cocina en busca de un trapo y una botella de líquido limpiador.

Cualquier cosa con tal que la señora Curless no encontrara una mancha de whisky junto a la pata de su escritorio. Ya era bastante difícil aceptar sus bondadosas miradas de compasión en las largas mañanas en que se sentía un poco deprimido... Con resaca, querrás decir. Sí, con resaca, está bien. Es hora de enfrentar la verdad, indudablemente.

Saber la verdad te hará libre.

Espadachín de la verdad.

Encontró una botella de algo que se llamaba E-Vap, un nombre bastante parecido al ruido de un vómito

(«¡E-Vap!», graznaba el viejo borrachín mientras lanzaba el almuerzo) y se la llevó al estudio, sin hacer esos.

«Fíjate, Ossifer, voy a andar derecho por la línea blanca hasta el semáforo.»

**A sus cincuenta y tres años,
Callahan era imponente. El
pelo de plata, los ojos de un
azul límpido (ahora
un poco estriados de rojo)
rodeados por las patas de
gallo de su risa irlandesa,
la boca firme, y más firme
aún
el mentón ligeramente
hendido. Algunas mañanas,
al mirarse en el espejo,
pensaba que cuando
cumpliera los
sesenta abandonaría el
sacerdocio para irse a**

Hollywood, donde conseguiría trabajo haciendo de Spencer Tracy.

—Padre Flanagan, ¿dónde está usted cuando lo necesitamos? —masculló mientras se agachaba junto a la mancha. Con los ojos entrecerrados, leyó las instrucciones en la etiqueta del frasco y echó sobre la mancha un chorro de E-Vap. La mancha se puso blanca y

empezó a burbujear. Un poco alarmado, Callahan volvió a consultar la etiqueta. —Para manchas muy rebeldes —leyó en voz alta, con la riqueza de inflexiones que tanto prestigio le había ganado en la parroquia después de los largos sermones punteados por chasquidos de la dentadura postiza del pobre y anciano padre Hume—, déjese

actuar de siete a diez minutos.

Se dirigió a la ventana del estudio, que daba Elm Street y, del lado más alejado, a St, Andrew.

Bueno, bueno, pensó. Heme aquí, el domingo a la noche, otra vez borracho.

Bendígame, padre, porque he pecado.

Si uno iba despacio y seguía trabajando (durante sus largas veladas solitarias, el padre Callahan

**trabajaba en sus notas.
Hacía casi siete años que
había empezado a
escribirlas, supuestamente
para un libro
sobre la Iglesia católica en
Nueva Inglaterra, aunque
de vez en cuando
sospechaba que el libro
jamás
terminaría de escribirse.
En realidad, las notas y su
problema de alcoholismo
habían empezado al mismo
tiempo. Génesis, 1,1: «En el
principio era el whisky,, y**

**el padre Callahan dijo:
"Háganse las Notas"**

**Apenas si
se daba cuenta del lento
avance de la ebriedad.**

**Ha pasado por lo menos un
día desde mi última
confesión.**

**Eran las once y media, y al
mirar por la ventana vio
una oscuridad uniforme,
rota solamente por el
círculo que formaba la
farola de la calle instalada
frente a la iglesia. En**

**cualquier momento, en esa
mancha
podía aparecer Fred
Astaire, bailando con su
sombbrero de copa, frac,
polainas y zapatos blancos,
haciendo
girar su bastón. Ginger
Rogers lo estaría esperando
y ambos evolucionarían al
compás de Siento otra vez
la
tristeza cósmica de E-Vap.
Apoyó la frente contra el
cristal, dejando que el
hermoso rostro que en**

**alguna medida había sido
su
maldición se relajara en las
líneas de un distraído
cansancio.**

**Padre, soy un borracho y
un mal sacerdote.**

**Con los ojos cerrados podía
ver la penumbra del
confesionario, podía sentir
cómo sus dedos corrían la
ventanilla y levantaban el
telón sobre todos los
secretos del corazón
humano, podía oler el
barniz y el añejo**

**terciopelo de los bancos, y
el sudor de los viejos; podía
saborear el rastro de alcali
en su saliva.**

**Bendígame, padre,
(Rompí el coche de mi
hermano, azoté a mi mujer,
espié por la ventana a la
señora Sawyer mientras se
desvestía, mentí, estafé,
tuve pensamientos
lujuriosos, siempre yo, yo,
yo.)**

porque he pecado.

**Abrió los ojos, pero Fred
Astaire todavía no había**

**aparecido. Al dar la
medianoche, tal vez. Su
pueblo
dormía. Salvo...**

**Levantó los ojos. Sí, allá
arriba las luces estaban
encendidas.**

**Pensó en la chica de Bowie
—no, McDougall, ahora se
llamaba señora McDougall
—, que con una
vocecita quebrada le había
dicho que había pegado al
bebé, y cuando le preguntó
cuántas veces, pudo
percibir**

cómo giraban las ruedas en su mente, calculando sesenta veces, o ciento veinte. Triste excusa para un ser humano. El padre Callahan había bautizado al bebé. Randall Fratus McDougall. Concebido en el asiento trasero del coche de Royce McDougall, probablemente durante la segunda película de un programa doble en el cine al aire libre. Una criatura minúscula y

**chillona. Se preguntó si
Sandy sabía o sospechaba
que él sentía
deseos de sacar ambas
manos por la ventanuca y
aferrar el alma que
aleteaba y se retorció del
otro lado, y
estrujarla hasta que
gritara. Tu penitencia son
seis golpes en la cabeza y
una buena patada en el
culo. Vete y
no peques más.
—Sórdido —dijo en voz
alta.**

Pero había algo más que sordidez en el confesionario; no era sólo eso lo que le enervaba, lo que lo había empujado hacia ese club cada vez más numeroso, la Asociación de Sacerdotes Católicos de la Botella y la Orden del Caballo Blanco. Era el mecanismo constante, ciego, mortal de la Iglesia, aplastando todos los pecadillos en su interminable movimiento

**de lanzadera hacia el cielo.
Era el reconocimiento
ritual del mal por
una Iglesia que ahora se
preocupaba más por los
males sociales; la expiación
recitada en cuentas de
rosario
por ancianas cuyos padres
habían hablado lenguas
europeas. Era la presencia
real del mal en el
confesionario,
tan real como el olor del
terciopelo viejo. Pero un
mal impremeditado y**

**estúpido frente al cual no
cabía
misericordia ni represalia.
El puño que se estrellaba
contra el rostro del bebé, el
neumático destripado con
una
navaja, la pelea en el bar, la
inserción de hojitas de
afeitar en las manzanas de
caramelo, todos los
constantes e
insípidos calificativos que
es capaz de vomitar la
mente humana en sus**

**laberínticos giros y
retorcimientos.**

**«Caballeros, esto se cura
con mejores prisiones.**

**Mejor Policía. Mejores
organismos de servicios
sociales.**

**Mejor control de la
natalidad. Mejores técnicas
de esterilización, mejores
abortos. Caballeros, si
arrancamos
este feto del útero
convertido en una masa
sanguinolenta de brazos y**

**piernas informes, jamás
llegará a matar a
martillazos a una anciana.
Señoras, si atamos a este
hombre a una silla y lo
freímos como una chuleta
de
cerdo, no volverá a
torturar y matar más
niños. Compatriotas, si
aprobamos esta ley de
eugenesia, puedo
garantizaros que nunca
más...»
Mierda.**

Hacía ya unos tres años tal vez que veía con claridad lo que le sucedía. La imagen había ganado en definición, como una película desenfocada que se va ajustando hasta que cada línea aparece nítida.

El padre

Callahan estaba ávido de un desafío. Los sacerdotes nuevos lo tenían: era la discriminación racial, el movimiento de liberación femenina, incluso el movimiento de liberación

**de los homosexuales; la
pobreza, la
insania, la ilegalidad. A él le
hacían sentir incómodo.
Los únicos sacerdotes con
conciencia social con
quienes
se sentía cómodo eran los
que se habían opuesto en
actitud militante a la
guerra de Vietnam. Ahora
que su
causa había pasado de
moda, se sentaban a hablar
de marchas y**

**manifestaciones como los
viejos matrimonios
que evocan su luna de miel
o sus primeros viajes en
tren. Pero Callahan no
pertenece ni a los
sacerdotes
nuevos ni a los viejos; se
encontraba preso en el
papel de un tradicionalista
que ya no puede creer en
sus
postulados básicos. Quería
mandar una división del
ejército de... ¿quién? Dios,
el bien, el derecho, no eran**

**más que nombres para la
misma cosa..., la batalla
contra el mal. Él quería
problemas y batallas, nada
de
quedarse en la puerta de
los supermercados
repartiendo octavillas
sobre el boicot a las
lechugas o la huelga de
las uvas. Quería ver el mal
despojado del manto con
que seducía a la gente,
quería verlo inequívoco y
conocer**

**cada rasgo de su faz.
Quería enfrentarse mano a
mano con el mal, como
Mohamed Alí con Joe
Frazier, los
Celtics con los Knicks,
Jacob con el ángel. Quería
que su lucha fuera pura,
que no estuviera
contaminada por
la política que cabalgaba a
lomos de todos los
problemas sociales como
un deforme gemelo siamés.
Era lo**

**que había deseado desde
que pensó en ser sacerdote;
era una llamada que había
oído cuando tenía catorce
años, cuando se sintió
exaltado por la historia de
san Esteban, el primer
mártir cristiano, que había
muerto
lapidado y había visto a
Cristo en el momento de
morir. El cielo ofrecía un
pálido atractivo
comparado con el
de luchar —de perecer tal
vez— al servicio del Señor.**

**Pero no había batallas.
Apenas pequeñas
escaramuzas de resultado
indefinido. Y el mal no
tenía
solamente un rostro sino
muchos, y todos esos
rostros eran vanos y casi
todos tenían el mentón
pegajoso de
baba. En realidad estaba
llegando a la forzosa
conclusión de que en el
mundo no había nada que
fuera el Mal,**

sino apenas el mal... En momentos así sospechaba que Hitler no había sido más que un burócrata acorralado, y que el propio Satán era un retrasado mental con un sentido del humor rudimentario, como el de los que encuentran divertidísimo darles a las gaviotas un petardo oculto en un trozo de pan. Las grandes batallas sociales, morales y espirituales de la época

**habían quedado reducidas
a Sandy**

**McDougall, que le
aplastaba la nariz a su
bebé, y cuando el chico
creciera le daría de
bofetadas a su propio
hijo. «Oh mundo
interminable, aleluya, viva
la mantequilla de
cacahuete. Santa María,
llena eres de gracia,
ayúdame a ganar esta
carrera en la que se conoce
el nombre del ganador
incluso antes de correr.»**

Era más que sórdido. Era escalofriante, en sus consecuencias para cualquier definición coherente de la vida, y quizá hasta del cielo. ¿Qué era el cielo? ¿Una eternidad de loterías de parroquia, juegos en parques de atracciones, carreras por el centro de una ciudad en calles sin semáforos? Dirigió la mirada al reloj de la pared. Seis minutos

**después de la medianoche,
y todavía ni rastro de Fred
Astaire ni de Ginger
Rogers. Ni de Mickey
Rooney siquiera. Pero el E-
Vap había tenido tiempo de
actuar.**

**Ahora pasaría la
aspiradora y al día
siguiente la señora Curless
no lo miraría con esa
expresión compasiva, y
la vida seguiría adelante.**

Amén.

SIETE

MATT

1

El martes, al final de la tercera hora, Matt fue hacia su despacho, donde Ben Mears estaba esperándole.

— Hola — le saludó — .

Has sido puntual. Ben se levantó a estrecharle la mano.

— Creo que es la maldición de la familia. Oye, los chicos no me comerán, ¿verdad?

**— Claro que no —
respondió Matt — . Vamos.**

Estaba un poco sorprendido. Ben se había puesto una chaqueta de deporte y unos gruesos pantalones grises. Zapatos buenos, que no parecían haber sido usados durante mucho tiempo. Matt había invitado a sus clases a otros tipos relacionados con la actividad literaria, y normalmente aparecían vestidos de manera

**descuidada, o incluso
espeluznante. Un año atrás
había preguntado a una
poetisa bastante conocida,
que
acababa de dar una
conferencia en la
Universidad de Maine, en
Portland, si al día siguiente
querría dar una
charla sobre poesía en una
de sus clases. La mujer se
presentó con un traje
estrafalario y tacones altos,
como**

**si estuviera diciendo:
«Miradme, he vencido al
sistema en su propio juego.
Soy libre como el viento.»
En comparación, la
admiración de Matt por
Ben subió un grado. Tras
más de treinta años de
enseñanza,
creía que nadie derrotaba
verdaderamente al sistema
ni ganaba la partida, y que
sólo los idiotas eran
capaces
de creer que la estaban
ganando.**

**—Bonito edificio —
comentó Ben, mirando
alrededor mientras
caminaban por el vestíbulo
—. Muy
diferente del instituto al
que yo asistí. La mayoría
de las ventanas parecían
troneras.**

**—Tu primer error —señaló
Matt— es llamarlo edificio.
Es una «planta». Las
pizarras son «ayudas
visuales». Y los chicos son
«un cuerpo homogéneo de
adolescentes en una**

**experiencia de
coeducación».**

—Qué suerte tienen.

**—Ya lo creo. ¿Tú fuiste a la
universidad, Ben?**

**—Lo intenté. Pero todo el
mundo parecía estar
corriendo en una carrera
enloquecida... Y uno
también
puede ponerse una meta y
alcanzarla, y hacerse
conocer y amar. Por eso
mandé a paseo la
universidad.**

**Cuando empezó a venderse
La hija de Conway, yo
cargaba cajas de coca-cola
en los camiones de reparto.**

**—Cuéntaselo a los chicos,
les interesará.**

—¿A ti te gusta enseñar?

—preguntó Ben.

**—Claro que sí. Hace
tiempo que habría
reventado si no me gustara.
Sonó el último timbre,
llenando de ecos los
corredores, vacíos salvo
por un estudiante
retrasado que**

seguía lentamente la dirección de una flecha que anunciaba «Taller de carpintería».

—¿Hay problema de drogas aquí? —preguntó Ben.

—Como en todos los institutos de Estados Unidos. El nuestro es el alcohol, más que ninguna otra cosa.

—¿La marihuana no?

—Yo no considero que la hierba sea un problema, ni

**el director tampoco,
cuando se habla
extraoficialmente con él y
lleva encima unas copas de
más. Y casualmente sé que
nuestro asesor psicológico,
que es uno de los mejores
en su especialidad, no tiene
inconveniente en fumar un
poco antes de ir al cine. Yo
mismo la he probado. El
efecto es fantástico, pero a
mí me da acidez.**

—¿Tu la has probado?

**—Sshh, que el Gran
Hermano escucha —dijo**

Matt—. Además, ya estamos en mi aula.

-Oh..,

—No te pongas nervioso.

—Matt le hizo pasar—.

Buenos días, jóvenes — saludó a la veintena de estudiantes que clavaban los ojos en Ben—. Les presento al señor Ben Mears.

2

Al principio, Ben pensó que se había equivocado de casa.

Estaba seguro de que cuando Matt Burke le invitó a comer le había dicho que la casa era la pequeña y gris contigua a la de ladrillo rojo, pero de esa casa salía un torrente de rock and roll por las ventanas.

Llamó con el manchado llamador de bronce y, al no recibir respuesta, insistió. Esa vez el volumen de la

**música disminuyó y la
inconfundible voz de Matt
vociferó:**

—¡Adelante! ¡Está abierto!

**Ben entró, mirando con
curiosidad. Por la puerta
principal se entraba**

**directamente a una
pequeña sala**

**con muebles de estilo
colonial americano de
segunda mano, donde la
nota dominante era un
televisor**

**Motorola increíblemente
viejo. La música surgía de**

una cadena KLH con dos altavoces.

Matt salió de la cocina, ataviado con un delantal a cuadros rojos y blancos y seguido por el aroma de la salsa para espaguetis.

—Disculpa si es mucho ruido, pero como soy un poco sordo, lo subo.

—Buena música.

—Soy fanático del rock desde los tiempos de Buddy Holly. Me encanta. ¿Tienes hambre?

—Pues sí. Y te vuelvo a agradecer que me invitaras. Desde que he vuelto a Salem's Lot, creo que he salido a comer más que en los últimos cinco años.

—Es un pueblo muy cordial. Espero que no tengas inconveniente en comer en la cocina. Hace un par de meses apareció un anticuario que me ofreció doscientos dólares por la

**mesa del comedor, y
todavía no la he
sustituido por otra.**

**—Claro que no me
importa. En mi familia hay
una larga tradición de
comer en la cocina.**

**La cocina era de una
pulcra austeridad. Sobre
uno de los cuatro
quemadores hervía una
olla de salsa para
fideos, mientras un colador
lleno de espaguetis
esperaba humeante. En**

**una pequeña mesa plegable
había dos
platos que no tenían nada
que ver entre sí, y los vasos
tenían en los bordes una
hilera de personajes de
dibujos
animados. Vasos de
mermeladas, pensó Ben,
divertido, y la última
sensación de estar con un
extraño se
desvaneció. Empezó a
sentirse en casa.**

**—En el armario que hay
sobre el fregadero tengo**

**dos clases de whisky, y también hay vodka —
anunció**

Matt—. Y en la nevera algunas bebidas para mezclar. Nada excepcional, me temo.

—Para mí está bien whisky con agua del grifo.

—Pues sírvete. Yo voy a terminar con este desastre.

—Me gustaron tus muchachos —comentó Ben, mientras se preparaba la bebida—. Hicieron preguntas

**interesantes. Agresivas
pero interesantes.**

**—¿Como de dónde sacabas
las ideas, por ejemplo? —
preguntó Matt, imitando el
balbuceo infantil y
sensual de Ruthie Crockett.**

—Es un buen elemento.

**—Ya lo creo. En la nevera,
detrás de la lata de pina,
hay una botella de Lancers.**

**La conseguí
especialmente.**

—Oye, pero no debías...

**—Oh, vamos, Ben. No
todos los días tenemos**

**autores de bestsellers en
Solar.**

**—'Me parece un poco
exagerado.**

**Ben terminó su bebida,
tomó el plato de espaguetis
que le tendía Matt, le echó
un cucharón de salsa y los
enroscó en el tenedor,
ayudándose con la cuchara.**

—Fantástico —aprobó—.

Mamma mia.

—Pues me alegro.

**Ben miró su plato, que se
había vaciado con una**

**rapidez sorprendente, y se
secó los labios, sintiéndose
un poco culpable.**

—¿Más?

**—Medio plato, por favor.
Están estupendos.**

**Matt le sirvió un plato
lleno.**

**—Si no los terminamos, se
los comerá el gato.**

**Desdichado animal. Pesa
diez kilos y se acerca a su
tazón**

caminando como un pato.

—No lo he visto.

**—Anda de excursión —
sonrió Matt—. ¿Tu nuevo
libro es una novela?**

**—Es algo así como ficción
—respondió Ben—. Para
serte sincero, estoy
escribiéndolo por dinero.**

El

**arte es una gran cosa, pero
por una vez quisiera
conseguir varias ediciones
de un libro.**

**—¿Y qué perspectivas
tiene?**

—Tristísimas.

**—Vamos a la sala —sugirió
Matt—. Los sillones son
malos, pero más cómodos
que estos horrores de la
cocina. ¿Has comido lo
suficiente?**

**—¿Cómo puedes dudarlo?
En el cuarto de estar, Matt
apartó una pila de álbumes
y se puso a encender una
pipa enorme y nudosa.
Cuando consideró que
estaba bien encendida
(sentado en la mitad de una
nube de humo) levantó los
ojos**

hacia Ben.

**—No —dijo—. Desde aquí
no puedes verla.**

**Bruscamente, Ben miró
alrededor.**

—¿Ver qué?

—La casa de los Marsten.

**Apuesto cinco centavos a
que es eso lo que estabas
buscando.**

Ben rió, incómodo.

—No me gusta apostar.

**—¿Tu libro se desarrolla
en un pueblo como Salem's
Lot?**

**—El pueblo y la gente—
asintió Ben—. Hay una
serie de crímenes sexuales
y mutilaciones. Voy a
empezarlo con uno de ellos
y describirlos
progresivamente, del
principio al fin, con todo
detalle. Estaba
trabajando en esa parte
cuando desapareció
Ralphie Glick y me...
bueno, me cayó muy mal.
—¿Y para todo eso te basas
en las desapariciones que**

**sucedieron por los años
treinta en el municipio?**

Ben le miró.

**—Veo que estás al tanto de
eso ¿eh?**

**—Oh, sí. Y muchos de los
antiguos residentes
también. Yo no estaba
entonces en Salem's Lot,
pero sí**

**Mabel Werts, Glynis
Mayberry y Milt Crossen.
Algunos de ellos ya han
establecido la relación.**

—¿Qué relación?

—Vamos, Ben. Es una relación bastante obvia, ¿no?

—Imagino que sí. La última vez que la casa estuvo ocupada, desaparecieron cuatro chiquillos en un período de diez años. Ahora, después de treinta y seis años, vuelve a estar habitada, y Ralphie Glick desaparece de la noche a la mañana.

—¿Crees que es una coincidencia?

**—Supongo que sí —
admitió Ben, en cuyos oídos
resonaban las palabras de
advertencia de Susan**

**—.Pero
es extraño. Estuve mirando
los ejemplares del Ledger,
desde 1939 a 1970, para
hacer una comparación.
Desaparecieron tres chicos.
Uno se había escapado 'de
casa y después lo
encontraron trabajando en
Boston;
tenía dieciséis años, pero
parecía mayor. A otro lo**

**pescaron un mes después,
ahogado en el
Androscoggin. Y
el tercero apareció
enterrado cerca de la
carretera 116, en Gates,
víctima, al parecer, de un
conductor que
escapó. Pero todos los casos
se aclararon.**

**—Tal vez la desaparición
del chico de los Glick
también se aclare.**

—Es posible.

—Pero tú no lo crees. ¿Qué sabes de ese hombre, Straker?

—Absolutamente nada — declaró Ben—. Ni siquiera estoy seguro de querer conocerlo. En este momento estoy trabajando en un libro que es inseparable de cierto concepto de la casa de los Marsten y de quienes la habitan. Y si descubro que Straker es un hombre de negocios

normal, como sin duda lo es, se romperá el esquema. De modo que...

—No creo que sea el caso. Sabes que hoy abrió su tienda. Susie Norton y su madre pasaron por allí... demonios, la mayoría de las mujeres del pueblo se dio una vuelta para espiar un poco. Según Dell Markey, que es una fuente de información fidedigna, hasta Mabell Werts se dejó

caer. Parece que se trata de un hombre fascinante. Elegante, con mucha gracia, totalmente calvo. Y encantador. Me dijeron que vendió varias piezas.

—Vaya —sonrió Ben—.

¿Nadie ha visto la otra mitad del equipo?

—Se supone que está en viaje de negocios.

Matt se encogió de hombros con inquietud.

—No lo sé. Es probable que todo sea perfectamente normal, pero esa casa me pone nervioso. Es casi como si los dos la hubieran buscado. Como tú dijiste, parece un ídolo instalado en lo alto de la colina.

Ben asintió.

—Y por si esto fuera poco, tenemos la desaparición de otro chico. Y el hermano de Ralphie, Danny, muerto a los doce años.

**Causa de la muerte:
anemia perniciosa.**

**—¿Y eso qué tiene de raro?
Es lamentable,
ciertamente...**

**—Mi medico es un tipo
joven, se llama Jimmy
Cody. Fue alumno mío en
el instituto. Es un medico
excelente, aunque entonces
era un pequeño diablo. Sea
como sea, todo esto no son
más que comentarios.
Habladurías.**

—Ya.

**—Yo fui a hacerme un
examen, y casualmente
comenté que era una pena**

**lo del chico de los Glick, y
qué
tremendo para los padres
después de la desaparición
del otro. Jimmy me dijo
que había consultado el
caso con
George Gorby. El chico
estaba anémico, sí. Pero él
me dijo que un recuento de
glóbulos rojos en un
muchacho de la edad de
Danny ronda el noventa
por ciento. El de Danny
estaba en el cincuenta por
ciento.**

Ben dejó escapar un silbido de asombro.

—Estaban poniéndole inyecciones de vitamina B y de hígado, y parecía dar buen resultado. Iban a darle el alta al día siguiente.

—Más vale que Mabel Werts no se entere de eso —comentó Ben—, porque empezará a ver indígenas con cerbatanas por el parque.

—No se lo he comentado a nadie más que a ti, ni

**pienso hacerlo. Y de paso,
Ben, yo de ti no diría ni
palabra sobre el tema del
libro. Si Loretta Starcher te
pregunta sobre qué estás
escribiendo, dile que es
algo de
arquitectura.**

**—Es un consejo que ya me
han dado.**

**—Susan Norton, sin duda.
Ben consultó su reloj y se
levantó.**

—Hablando de Susan...

**—El macho que despliega
todo su plumaje para el**

cortejo —sonrió Matt—.

**Pues yo tengo que volver al
instituto. Estamos
ensayando el tercer acto de
la comedia estudiantil, una
obra de gran contenido
social que se
llama El problema de
Charley.**

—¿Y cuál es el problema?

**—El acné —contestó Matt
con una mueca.**

**Se dirigieron a la puerta y
Matt se detuvo para
ponerse una desteñida**

chaqueta. Ben pensó que parecía más bien un entrenador de deporte envejecido que un sedentario profesor de inglés, hasta que uno le miraba la cara, inteligente aunque soñolienta, y de alguna manera inocente.

—Escucha —dijo Matt mientras salían a la escalinata—, ¿qué piensas hacer el viernes por la noche?

—No lo sé —respondió Ben —. Había pensado en ir con Susan a ver una película. Es más o menos lo único que se puede hacer por aquí.

—A mí se me ocurre otra cosa —sugirió Matt—. Podríamos formar una comisión de tres y subir en el coche hasta la casa de los Marsten para saludar al nuevo propietario. En nombre del pueblo, claro:

**—Buena idea —asintió Ben
—. Un gesto de simple
cortesía, ¿no?**

**—Una delegación de
bienvenida.**

**—Se lo diré a Susan esta
noche. Creo que aceptará.**

—Muy bien.

**Matt levantó la mano
mientras el Citroen de Ben
se alejaba, ronroneando.**

**Ben respondió con un par
de**

**bocinazos, y después las
luces rojas del coche se
perdieron sobre la colina.**

Durante casi un minuto después que el ruido del Citroen se hubo extinguido, Matt permaneció en los escalones, con las manos en los bolsillos de la chaqueta, vueltos los ojos hacia la casa de la colina.

3

Como el jueves por la noche no había ensayo, Matt acudió a la taberna de Dell a las nueve, a tomar un par de cervezas. Si el maldito charlatán de

Jimmy Cody no le recetaba nada para el insomnio, se lo recetaría él mismo.

Las noches que no había orquesta, el bar no se llenaba mucho. Matt no vio más que a tres personas conocidas: Weasel Craig, que le hacía los honores a una cerveza, solo en un rincón; Floyd Tibbits, con el ceño tormentoso (esa semana había hablado tres veces con Susan, dos por teléfono

y una personalmente, en la sala de los Norton, sin que ninguna de las conversaciones hubiera tenido resultado satisfactorio) y Mike Ryerson, que estaba sentado en uno de los pequeños reservados, contra la pared. Matt fue hacia la barra, donde Dell Markey estaba secando vasos mientras miraba una serie en un televisor portátil.

—Hola, Matt. ¿Qué tal?

—Bien. Noche floja.

Dell se encogió de hombros.

—Aja. En el cine al aire libre de Gates dan un par de filmes de motos y no puedo competir con eso.

¿Vaso o botella?

—Botella.

Dell la sirvió, le quitó la espuma y le agregó unos centímetros más. Matt pagó y, después de titubear un

momento, se dirigió al reservado donde estaba

Mike. Mike había pasado por una de las clases de inglés de Matt, como casi toda la gente joven de Solar, y Matt se había encariñado con él. Poseedor de una inteligencia media, había hecho un trabajo superior a la media, porque trabajaba con empeño y preguntaba una y otra vez las cosas que no entendía, hasta comprenderlas. Además, tenía un gran

sentido del humor, y una agradable e individualista personalidad que lo convertía en uno de los favoritos de la clase.

—Hola, Mike —le saludó —. ¿No te molesta que me sienta contigo?

Mike Ryerson levantó los ojos hacia él y Matt sintió un impacto como si hubiera tocado un cable.

Drogas, fue lo primero que pensó. Y de las duras.

**—Por favor, señor Burke.
Siéntese. —Su voz sonó
indiferente.**

**Tenía el cutis pálido y
profundas ojeras. Los ojos
parecían
desmesuradamente
grandes y brillantes. En la
semipenumbra del bar, sus
manos se movían
lentamente sobre la mesa,
con aire espectral. Ante él,
intacto,
había un vaso de cerveza.**

—¿Cómo va tu vida, Mike?

—Matt se sirvió un vaso de

**cerveza dominando sus
manos, que querían
echarse a temblar.**

**Su vida había sido siempre
tranquila y regular, como
un gráfico con altibajos
moderados (y hasta sus
depresiones habían sido
siempre leves desde la
muerte de su madre,
ocurrida hacía trece años),
y una de las
cosas que lo angustiaban
era el desdichado final que
les reservaba la suerte a**

algunos de sus alumnos.

Billy

**Royko, muerto en Vietnam,
en un accidente aéreo, dos
meses antes del alto el
fuego; Sally Greer, una de
las**

**alumnas más inteligentes y
despiertas que había
tenido, asesinada por su
amigo borracho cuando le
dijo que**

**quería terminar con él;
Gary Coleman, que se
había quedado ciego**

**debido a una misteriosa
degeneración del
nervio óptico; Doug, el
hermano de Buddy
Mayberry, el único chico
valioso de una familia de
semirretrasados, ahogado
en la playa de Old
Orchard; y las drogas, esa
muerte en miniatura. No
todos los que
se aventuraban en las
aguas del Leteo sentían la
necesidad de sumergirse en
ellas, pero había bastantes
chicos**

**que habían hecho de los
sueños su pan de cada día.**

—¿Quiere decir qué hago?

—repitió lentamente Mike

—. No sé, señor Burke.

Nada importante.

—¿Qué mierda te has

metido dentro, Mike? —

preguntó suavemente Matt.

Mike le miró sin

comprender.

—Qué droga —aclaró Matt

—. ¿Benzedrina? ¿Ácido?

¿Coca? Oes...

—No estoy drogado —negó Mike—. Creo que estoy enfermo.

—¿De verdad?

—Jamás en mi vida he tomado drogas duras — declaró Mike con un gran esfuerzo—. Nada más que grifa, y hace cuatro meses que no la pruebo. Me siento mal... me siento mal desde el lunes. Fíjese que el domingo por la noche me quedé dormido en Harmony Hill, y no me

desperté hasta el lunes por la mañana. —

Sacudió lentamente la cabeza—. Me sentía molido. Desde entonces me siento molido. Y peor cada día.—

Suspiró, y fue como si el soplo de aire sacudiera su cuerpo como una hoja seca en los arces de noviembre.

Matt se acercó, preocupado.

—¿Eso te pasó después del funeral de Danny Glick?

—Sí. —Mike volvió a mirarle—. Volví para terminar el trabajo después que se fueron todos, pero el imbécil... perdón, señor Burke... pero Royal Snow no apareció. Le esperé un rato, y debió de ser entonces cuando empecé a sentirme mal, porque después todo es... ay, cómo me duele la cabeza. Me cuesta pensar.
—¿Qué recuerdas, Mike?
—¿Lo que recuerdo?

**Mike miraba el vaso de
cerveza, observando cómo
se desprendían las
burbujas y subían a la
superficie.**

**—Recuerdo una canción —
evocó—. La canción más
dulce que he oído nunca. Y
una sensación como...
como de ahogarme. Sólo
que era agradable. Excepto
los ojos. Los ojos.
Se aferró los codos con un
estremecimiento.**

**—¿Los ojos de quién? —
preguntó Matt.**

—Eran rojos. Oh, qué ojos tan terribles.

—Pero ¿de quién'?

—No lo recuerdo. No había ojos. Fue todo un sueño. — Mike lo apartó de su mente y Matt casi pudo ver cómo lo hacía—. No recuerdo nada más del domingo por la noche. El lunes por la mañana me desperté en el suelo, y al principio no podía levantarme, de cansado que estaba. Pero

finalmente me levanté. El sol estaba subiendo y tuve miedo de que me quemara, así que me fui al bosque, junto al arroyo. Me encontraba agotado.

Dios, qué agotado.

Entonces seguí durmiendo.

Dormí hasta... creo que hasta las cuatro o las cinco.

—Soltó

una risita—. Cuando desperté estaba cubierto de hojas, pero me sentía un

poco mejor. Me levanté y volví al camión. —Se pasó la mano por la cara—. Sin embargo, el domingo por la noche debí terminar el trabajo del niño de los Glick. Es raro. Ni siquiera me acuerdo. —¿Terminarlo? —Con Royal o sin él, la tumba estaba cubierta. La tierra alisada y todo. Un buen trabajo. No recuerdo haberlo hecho. Sin duda estaba realmente enfermo.

—¿Dónde pasaste la noche del lunes?

—En casa. ¿Dónde si no?

—Y cómo te sentías el martes por la mañana?

—El martes seguí durmiendo todo el día. No desperté hasta la noche.

—¿Cómo te sentías?

—Fatal. Las piernas parecían de goma. Cuando quise tomar un vaso de agua, casi me caí. Tuve que ir a

la cocina apoyándome en los muebles. Débil como un

**garito. —Frunció el
entrecejo—. Tenía una lata
de
guisado para la cena... uno
de esos de legumbres,
sabe... pero no pude comer.
Era como si con sólo
mirarlo se
me revolviere el estómago.
Como cuando uno tiene
una resaca espantosa y le
ofrecen comida.**

—¿No comiste nada?

**—Intenté hacerlo pero
vomité. Sin embargo, me
sentí un poco mejor. Salí y**

**caminé un rato. Después
me
volví a acostar. —Sus dedos
recorrían las viejas marcas
que había sobre la mesa—.
Tuve miedo antes de
acostarme, como un chico
que se asusta de la
oscuridad. Recorrí toda la
casa, asegurándome de que
las
ventanas estuvieran con el
cerrojo corrido. Y me
dormí con las luces
encendidas.
—¿Y ayer por la mañana?**

—¿Eh? No... no desperté hasta anoche a las nueve.

—Rió—. Pensé que si seguía así me pasaría todo el día durmiendo. Y eso es lo que uno hace cuando está muerto.

Matt le observaba. Floyd Tibbits se levantó, insertó una moneda de veinticinco centavos en el tocadiscos y empezó a seleccionar canciones. El bar se llenó de música pegajosa.

**—Lo raro —siguió Mike—
es que la ventana de mi
dormitorio estaba abierta
cuando me levanté. Tuve
un sueño... alguien llamaba
a la ventana y yo me
levantaba... me levantaba
para dejarle entrar. Como
cuando
uno se levanta para hacer
pasar a un viejo amigo que
tiene frío o hambre.**

—¿Quién era?

**—No era más que un
sueño, señor Burke.**

—Pero en el sueño, ¿quién era?

—No lo sé. Otra vez intenté comer, pero la sola idea me hizo sentir mal.

—¿Qué hiciste?

—Vi la tele hasta que terminó Johnny Canon, y me sentí mejor. Después me acosté.

—¿Cerraste las ventanas?

—No.

—¿Y dormiste todo el día?

—Me desperté hacia la puesta de sol.

—¿Débil?

—No se imagina. —Se pasó una mano por la cara—.

Me siento decaído —gimió con voz quebrada—.

Será la gripe o algo así, ¿no cree, señor Burke? No estaré enfermo, ¿verdad?

—No lo sé —respondió Matt.

—Pensé que unas cervezas me levantarían el ánimo, pero no puedo beber. Tomé un sorbo y casi me dio arcadas. La semana pasada... todo me parece una pesadilla. Y tengo

**miedo. Un miedo
espantoso. —Se cubrió
la cara con las delgadas
manos, y Matt advirtió que
estaba llorando.**

—¿Mike?

No hubo respuesta.

**—Mike. —Suavemente, le
apartó las manos de la cara
—. Quiero que vengas
conmigo a casa esta noche.
Dormirás en mi cuarto de
huéspedes. ¿Lo harás?**

**—Está bien. Me da lo
mismo. —Con lentitud, se
frotó los ojos con la manga.**

**—Y mañana, vendrás
conmigo a ver al doctor
Cody.**

—Está bien.

—Bueno, vamos.

**Matt pensó en llamar a Ben
Mears, pero no lo hizo.**

4

**—Adelante —respondió
Mike Ryerson cuando Matt
llamó a la puerta del
dormitorio. Matt entró,
llevando en la mano un
pijama.**

**—Tal vez te quede un poco
grande...**

**—No importa, señor
Burke. Yo duermo en
calzoncillos.**

**Ahora no tenía puesta otra
prenda, y Matt vio que
todo el cuerpo presentaba
una palidez enfermiza. Las
costillas sobresalían como
rebordes circulares.**

**—Gira la cabeza hacia este
lado, Mike.**

Mike obedeció.

**—Mike, ¿dónde te hiciste
estas marcas?**

Mike se llevó la mano a la garganta, bajo el ángulo del maxilar.

—No lo sé.

Matt hizo una pausa, inquieto. Después se dirigió a la ventana. El cerrojo estaba bien asegurado, pero

Matt lo descorrió y volvió a correrlo con manos torpes. Del otro lado, la oscuridad se apoyaba pesadamente contra el cristal.

—Llámame si necesitas algo. Incluso si tienes una pesadilla. ¿Lo harás, Mike?

—Sí.

—Lo digo en serio. Estoy al otro lado del pasillo.

—De acuerdo.

Vacilante, con la sensación de que había otras cosas que debería hacer, Matt se retiró.

5

No durmió ni un instante, y lo único que lo disuadía de llamar a Ben Mears era la seguridad de que en la

pensión de Eva todo el mundo estaría ya acostado. La mayoría de los huéspedes eran ancianos, y cuando el teléfono sonaba a altas horas de la noche quería decir que había muerto alguien.

Siguió tendido, inquieto, mirando cómo las manecillas luminosas del despertador pasaban de las once y media a las doce. En la casa reinaba un silencio

**extraño, tal vez porque sus
oídos estaban agudizados
para
detectar el menor ruido. La
casa era vieja y de
construcción sólida. No se
oía otro ruido que el del
reloj y el
débil susurro del viento en
el exterior. Entre semana
ningún coche pasaba por
Taggart Stream Road a
esas
horas de la noche.
Lo que estás pensando es
una locura, se dijo.**

Pero, paso a paso, se había visto obligado a retroceder hacia esa certeza. Claro que, como literato, era lo primero que se le había ocurrido cuando Jimmy Cody le señaló el caso de Danny Glick. Él y Cody se habían reído del asunto. Tal vez ése fuera el castigo por reírse.

¿Arañazos?, se preguntó. Esas marcas que tenía Mike no eran arañazos.

**Claro que no. Eran
pinchazos.**

**A uno le enseñaban que
esas cosas no podían ser;
que las cosas como la
Cristabel de Coleridge o el
siniestro cuento de hadas
de Bram Stoker no eran
más que la urdimbre y la
trama de la fantasía. Claro
que
existían los monstruos;
eran los hombres que en
seis países apoyaban el
dedo en los botones
nucleares, los**

**secuestradores, los
genocidas, los violadores de
niños. Pero esto no. Uno
sabe que no es así. Que la
marca del
diablo que tiene una mujer
en el pecho no es más que
una verruga, que el
hombre que regresó de
entre los
muertos y llamó a la puerta
de su mujer envuelto en los
atavíos del sepulcro
padecía de ataxia
locomotriz, que**

**el monstruo que se
acurruca en el rincón del
dormitorio de un niño no es
más que un montón de
mantas.**

**Algunos clérigos habían
proclamado incluso que
Dios, ese venerable brujo
blanco, había muerto.**

**Ningún ruido se oía en el
pasillo. Está durmiendo,
pensó Matt. Bueno, ¿por
qué no? ¿Por qué había
invitado a Mike a su casa,
sino para que durmiera
bien toda la noche, sin que**

lo interrumpieran los... los malos sueños? Se levantó de la cama, encendió la lámpara y fue hacia la ventana. Desde allí apenas se podía distinguir el tejado de la casa de los Marsten, bajo la luz helada de la luna. Tengo miedo, pensó. Mentalmente, evocó las antiquísimas protecciones contra una enfermedad innombrable: el ajo, la hostia y el agua bendita, el

crucifijo, la rosa, el agua corriente. Él no tenía ninguna cosa sagrada. Era metodista y no practicaba. El único objeto religioso que había en la casa era...

De pronto, en la casa silenciosa se oyó la voz de Mike Ryerson:

—Sí. Adelante.

La respiración de Matt se detuvo y después exhaló un suspiro silencioso. Se sintió desmayar de espanto.

Parecía que el vientre se le hubiera vuelto de plomo.

**¿Qué, en nombre de Dios,
había sido invitado a
entrar en
su casa?**

**Oyó el ruido que hacía el
cerrojo de la ventana del
cuarto de huéspedes al
correrse. Y el chirrido de
madera contra madera, al
abrirse lentamente la
ventana.**

**Podía bajar las escaleras y
coger la Biblia en el
aparador del comedor.
Volver a subir corriendo,
abrir la**

puerta de la habitación de huéspedes, sosteniendo en alto la Biblia, y leer: «En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te conmino a que te vayas...» Pero ¿quién estaba allá? «Llámame si necesitas algo.» Pero no puedo, Mike. Soy un viejo y tengo miedo.

La noche se adueñó de su cerebro en un desfile de imágenes terroríficas que

**aparecían y desaparecían
en
las sombras. Blancos
rostros de payaso, ojos
enormes, dientes agudos,
formas que se deslizaban
de la sombra
con largas manos blancas
tendidas para... para...
Mientras se cubría el rostro
con las manos, emitió un
gemido estremecedor.
No puedo. Tengo miedo.
No podría haberse
levantado ni siquiera si el
picaporte de bronce de su**

puerta hubiera empezado a girar.

Estaba paralizado por el miedo y anheló locamente no haber ido esa noche a la taberna de Dell.

Tengo miedo, se repitió.

Y en el espantoso silencio de la casa, mientras seguía sentado en la cama, impotente, con el rostro oculto

entre las manos, oyó la risa aguda, dulce, maligna de un niño...

... y después, la succión.

**SEGUNDA PARTE
EL EMPERADOR DE
LOS HELADOS**

**Llama, al que lía los
enormes cigarros,
al musculoso, y pídele que
bata
en los cuencos de la cocina
el coágulo de la lujuria.
Que las criadas
holgazaneen, vestidas
con el traje que
acostumbran usar, y los
muchachos
traigan flores envueltas en
periódicos atrasados.**

**No molestes el final de la
apariencia.**

**El único emperador es el
emperador de los helados.**

**Saca de la cómoda de
tablones de pino**

a la que le faltan tres

**perillas de vidrio, aquella
sábana**

**donde ella una vez bordó
tres cisnes,**

**y extiéndela sobre ella para
cubrirle el rostro.**

**Y si sus pies callosos
sobresalen, lo hacen**

**para mostrar hasta qué
punto está fría, y muda.
Deja que la lámpara
concentre sus rayos.**

**El único emperador es el
emperador de los helados.**

WALLACE STEVENS

**La columna tiene
un agujero. ¿No puedes ver
a la Reina de los Muertos?**

GEORGE SEFERIS

OCHO

BEN (III)

1

**Debían de haber estado
golpeando desde hacía**

largo rato, porque los ecos parecían venir desde muy lejos mientras él luchaba lentamente por despertarse. Fuera estaba oscuro, pero cuando se dio la vuelta para tomar el reloj y acercárselo a la cara, se le cayó al suelo. Se sentía desorientado y asustado. —¿Quién es? —preguntó. —Soy Eva, señor Mears. Hay una llamada para usted.

Se levantó, se puso los pantalones y abrió la puerta sin acabar de vestirse. Eva Miller llevaba una bata blanca, y en su cara se reflejaba la vulnerabilidad de una persona que todavía está medio dormida. Los dos se miraron, mientras Ben pensaba: ¿Quién estará enfermo? ¿Quién habrá muerto? —¿Larga distancia? —No; es Matthew Burke.

**La respuesta no le alivió
como habría debido.**

—¿Qué hora es?

**—Un poco más de las
cuatro. El señor Burke
parece muy alterado.**

**Ben fue al piso bajo y cogió
el teléfono.**

—Soy Ben, Matt.

—¿Puedes venir, Ben?

¿Ahora mismo>

**—Sí, desde luego. ¿Qué
pasa? ¿Estás enfermo?**

—Por teléfono no. Ven.

—Diez minutos.

—¿Ben?

—Sí.

—¿Tienes un crucifijo o una medalla de san Cristóbal? ¿Algo así?

—No, demonios. Yo soy... era baptista.

—Está bien. Ven enseguida. Ben colgó y subió las escaleras. Eva le esperaba apoyada contra la barandilla, la indecisión y la inquietud dibujadas en su rostro; por un lado quería saber, por otro no quería

**mezclarse en los asuntos de
su
inquilino.**

**—¿Está enfermo el señor
Burke?**

**—Dice que no. Me pidió
que... dígame, ¿usted es
católica?**

—Mi marido lo era.

**—¿No tiene un crucifijo o
un rosario o una medalla
de san Cristóbal?**

**—Bueno... en el dormitorio
está el crucifijo de mi
marido... Podría...**

—Sí, por favor.

Eva subió, arrastrando las zapatillas por la alfombra desteñida. Ben entró en su habitación, se puso la camisa y se calzó un par de mocasines. Cuando volvió a salir, Eva estaba de pie junto a su puerta, con el crucifijo en la mano. Bajo la luz, despedía un tenue resplandor de plata.

—Gracias —le dijo él.

—¿Se lo pidió el señor Burke?

—Sí, así es.

Más despierta ya, Eva fruncía el entrecejo.

—Pero él no es católico. No creo que vaya a la iglesia.

—No me explicó nada.

—Claro. —Con un gesto de comprensión, la mujer le entregó el crucifijo—.

Cuídelo, por favor, que tiene mucho valor para mí.

—Lo comprendo. No se preocupe.

—Espero que el señor Burke se encuentre bien. Es todo un caballero.

Ben bajó y salió al porche. Como no podía sostener el crucifijo y buscar las llaves del Citroen al mismo tiempo, en vez de pasárselo de la mano derecha a la izquierda, se lo colgó al cuello. La cruz de plata se deslizó suavemente sobre su camisa y, al subir al coche, Ben apenas si se dio cuenta de que se sentía consolado.

2

Todas las ventanas de la planta baja de la casa de

Matt estaban iluminadas. Cuando los faros del coche barrieron la fachada al tomar el camino de entrada, Matt abrió la puerta y salió a esperarlo. Ben se acercó y el rostro de Matt le impresionó. Estaba mortalmente pálido y le temblaba la boca. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos, como si no pudiera parpadear. —Vamos a la cocina —dijo. Mientras Ben entraba, la luz del vestíbulo hizo

**refulgir la cruz que
descansaba sobre su pecho.**

**—Has conseguido un
crucifijo.**

**—Es de Eva Miller. ¿Qué
sucede?**

**—A la cocina —repitió
Matt.**

**Cuando pasaron frente a la
escalera que conducía al
piso superior, Ben miró
hacia arriba y tuvo la
impresión de que al mismo
tiempo retrocedía.**

**La mesa de la cocina,
donde habían comido horas**

antes, estaba vacía, salvo por tres objetos, dos de ellos

sorprendentes: una taza de café, una antigua Biblia con cierre metálico y un revólver calibre 38.

—¿Qué pasa, Matt? Tienes muy mal aspecto.

—Es posible que lo haya soñado todo, pero agradezco a Dios que estés aquí. —Había cogido el revólver y lo hacía girar con inquietud entre sus manos.

—Cuéntame, y deja de jugar con eso. ¿Está cargado?

Matt volvió a dejar el arma y se mesó el pelo.

—Sí, está cargado. Aunque no sé si serviría de algo..., a menos que disparara contra mí mismo. —Soltó una risa enfermiza y entrecortada, como un cristal que se astilla.

—Deja de decir tonterías. La aspereza de su voz quebró la extraña mirada

fija de Matt, que sacudió la cabeza, no en un gesto negativo sino como se sacuden algunos animales al salir del agua.

—Arriba hay un hombre muerto —dijo.

—¿Quién?

—Mike Ryerson. Un jardinero del ayuntamiento.

—¿Estás seguro de que está muerto?

—Estoy en mis cabales, aunque no haya entrado a

verle. No tuve valor.

Porque, en otro sentido, es posible que no esté muerto.

—Matt, lo que dices no tiene sentido.

—¿Y crees que no lo sé?

Estoy diciendo disparates y pensando locuras. Pero no

tenía a quién llamar,

salvo a ti. En todo

Jerusalem's Lot, tú eres la

única persona que podría...

podría... —Meneó la

cabeza y volvió

**a empezar—. ¿Recuerdas
que estuvimos hablando de
Danny Glick?**

—Sí.

**—¿Y de que podría haber
muerto de anemia
perniciosa, de lo que
nuestros abuelos habrían
llamado
consunción?**

—Sí.

**—Mike lo enterró. Y Mike
encontró el perro de Win
Purinton ensartado en un
barrote del cementerio de**

**Harmony Hill. Anoche me
encontré con Mike Ryerson
en el bar de Dell y...**

3

**—... y no pude entrar —
concluyó—. No pude. Me
quedé casi cuatro horas
sentado en la cama.**

Después

**bajé las escaleras
furtivamente, como un
ladrón, para llamarte.**

¿Qué piensas?

**Ben se había quitado el
crucifijo; con un dedo**

vacilante, jugueteó con el montoncito brillante que formaba la delgada cadena. Eran casi las cinco, y hacia el este la aurora coloreaba de rosa el cielo. El tubo fluorescente del techo había palidecido.

—Creo que lo mejor será que vayamos a tu cuarto de huéspedes. Creo que eso es todo, por el momento.

—Ahora, con la luz que entra por la ventana, todo parece la pesadilla de un

**loco. —Matt emitió una
risa
temblorosa—, y espero que
lo sea. Espero que Mike
esté durmiendo como un
niño.**

**—Bueno, vamos a ver.
Matt dominó el temblor de
los labios.**

**—De acuerdo. —Sus ojos
se posaron en la mesa y
después miraron
interrogativamente a Ben.**

**—Por supuesto —dijo éste,
y le deslizó al cuello el
crucifijo.**

—Realmente me hace sentir mejor —sonrió Matt, avergonzado.

—¿No quieres el arma?

—No, creo que no.

**Cuando subieron las escaleras, Ben abrió la marcha. En el piso superior había un corto pasillo que se
abría hacia ambos lados. En un extremo, la puerta del dormitorio de Matt seguía abierta, y por ella el pálido**

**haz de luz de la lámpara se
derramaba sobre el pasillo
anaranjado.**

**—Hacia el otro lado —dijo
Matt.**

**Ben recorrió el pasillo y se
detuvo ante la puerta del
cuarto de huéspedes.**

**Aunque no creyera la
monstruosidad implícita en
el relato de Matt, se sintió
sumergido por una oleada
del terror más negro que
hubiera sentido en su vida.**

**Ahora abres la puerta y
estará colgado de la viga,**

**con la cara hinchada,
deformada y negra, y luego
los
ojos se abrirán y aunque
estén saliéndose de las
órbitas, son ojos que te
verán y se alegrarán de que
hayas
venido...**

**El recuerdo le invadió con
una realidad casi sensible,
y en el momento en que se
hizo más intenso le
dejó paralizado. Hasta
podía oler el yeso húmedo y
el hedor salvaje de las**

**alimañas. Le pareció que la simple
puerta de madera barnizada de la habitación de huéspedes de Matt Burke se erguía entre él y todos los secretos del infierno. Después hizo girar el picaporte y la abrió. A sus espaldas, Matt aferraba el crucifijo de Eva. El cuarto de huéspedes daba hacia el este, y el arco del sol acababa de asomar por el horizonte. La**

diafanidad de los primeros rayos se volcaba por la ventana, y unas pocas motas doradas danzaban en el haz

que iba a terminar sobre la sábana de hilo blanco que cubría a Mike Ryerson hasta el pecho.

Ben miró a Matt con gesto tranquilizador.

—Está perfectamente —susurró—. Durmiendo.

—La ventana está abierta —señaló Matt—. Estaba

cerrada y con cerrojo. Lo comprobé yo mismo. Los ojos de Ben se detuvieron en el dobladillo de la sábana que cubría a Mike. Allí se veía una minúscula gota de sangre, seca y ennegrecida. —No creo que respire — dijo Matt. Ben se adelantó dos pasos y se detuvo. —¿Mike? Mike Ryerson. ¡Despierte, Mike! No hubo respuesta. Tenía el pelo revuelto sobre la

frente, y Ben pensó que en esa pálida luz parecía más que un hombre apuesto; era tan bello como una estatua griega. Un leve color florecía en sus mejillas, y el cuerpo no tenía la mortal palidez que había mencionado Matt, sino el tono de una piel sana.

—Claro que respira —dijo con cierta impaciencia—. No está más que dormido. Mike. —Tendió la mano para sacudirle suavemente.

El brazo izquierdo de Mike, que descansaba sobre el pecho, cayó inerte por el lado de la cama y los nudillos golpearon contra el suelo, como los de alguien que llama para entrar.

Matt dio un paso adelante y levantó el brazo inmóvil, oprimiéndole la muñeca con el índice.

—No tiene pulso.

Empezó a soltarlo, recordó el ruido estremecedor que

habían hecho los nudillos y volvió a dejar el brazo sobre el pecho de Ryerson. Cuando empezó a deslizarse, lo devolvió a su lugar con más firmeza, haciendo una mueca.

Ben no podía creerlo. Estaba dormido, tenía que estar dormido. El buen color, la relajación evidente de los músculos, los labios entreabiertos como para respirar... le asaltó una

**oleada de irrealidad. Apoyó
la
muñeca contra el hombro
de Ryerson y comprobó
que la piel estaba fría.
Se humedeció un dedo y lo
puso frente a los labios
entreabiertos. Nada. Ni un
soplo de hálito.
Ben y Matt se miraron.
Ben tomó con ambas
manos la mandíbula de
Ryerson y la hizo girar
hasta apoyar la mejilla
sobre la**

almohada. El movimiento desplazó el brazo izquierdo, y los nudillos volvieron a dar contra el suelo.

En el cuello de Mike Ryerson no había marca alguna.

4

Estaban otra vez sentados ante la mesa de la cocina. Eran las 5.35. Se oyeron los mugidos de las vacas de Griffen, a las que acababan de soltar para que bajaran al campo de

pastoreo del este, al pie de la colina, del otro lado del cinturón de arbustos y malezas que ocultaba de la vista el arroyo de Taggart Stream.

—De acuerdo con la leyenda, las marcas desaparecen —dijo Matt—. Cuando la víctima muere, las marcas desaparecen.

—Sí, lo sé —asintió Ben, que lo recordaba por el Drácula de Stoker y por los filmes de la Hammer que

**hicieran famoso a
Christopher Lee.**

**—Tenemos que clavarle
una estaca de fresno en el
corazón.**

**—Más vale que lo pienses
dos veces —aconsejó Ben, y
bebió un sorbo de café—.**

**Me gustaría verte
explicándoselo a un jurado.
Irías a la cárcel por
profanar un cadáver, en el
mejor de los casos. Y más
probablemente al
manicomio.**

—¿Piensas que estoy loco?

—preguntó Matt.

—No —respondió Ben.

**—¿Me crees lo de las
marcas?**

**—No lo sé. Imagino que
tengo que creerte. ¿Por qué
habrías de mentirme? No
veo que ganaras nada
mintiendo. Supongo que
mentirías si lo hubieras
matado tú.**

**—Tal vez fue así, pues —
aventuró Matt,
observándolo.**

**—Hay tres argumentos en
contra de eso. Primero, el
móvil. Perdóname, Matt,
pero eres demasiado viejo
para que se pueda pensar
en los móviles clásicos,
como los celos y el dinero.
Segundo, ¿cómo lo hiciste?
Si lo
envenenaste, debió tener
una muerte muy fácil. Su
aspecto no puede ser más
sereno, y eso elimina la
mayoría
de los venenos comunes.
—¿Y el tercero?**

**—Ningún asesino en sus
cabales inventaría una
historia como la tuya para
encubrir el asesinato. Sería
una locura.**

**—Y volvemos a mi salud
mental —suspiró Matt—.
Como me lo esperaba.**

**—Yo no creo que estés loco
—declaró Ben—. Me
pareces bastante racional.**

**—Pero tú no eres médico,
¿no? Y a veces los locos
pueden imitar
increíblemente bien la
cordura.**

Ben asintió.

—Y eso, ¿adonde nos lleva?

—Al punto de partida.

—No. Ninguno de nosotros puede decir eso, porque arriba hay un muerto y pronto habrá que explicarlo.

La policía querrá saber lo que sucedió, y el médico forense también, y lo mismo el sheriff del condado. Matt,

¿no tendría alguna enfermedad vírica y vino a morir en tu casa?

Por primera vez desde que habían vuelto abajo, Matt dio signos de agitación.

—Ben, ya te he contado lo que dijo. ¡Le vi las marcas en el cuello! ¡Y oí que invitaba a alguien a entrar en mi casa! Después oí... ¡Dios, oí esa risa! —Sus ojos habían vuelto a adquirir una peculiar mirada inexpresiva.

—Está bien.

Ben se levantó y fue hacia la ventana, procurando ordenar sus pensamientos. Nada concordaba. Como le había dicho a Susan, parecía que las cosas se las arreglaran para escaparse de las manos.

Estaban mirando hacia la casa de los Marsten.

—Matt, ¿sabes lo que te sucederá si insinúas lo que me has contado?

Matt no respondió.

**—Cuando te encuentren
por la calle, la gente se
llevará un dedo a la sien.
Los chiquillos se pondrán
los
colmillos postizos que usan
el día de Todos los Santos
cuando te vean venir, y
empezarán a saltar y a
burlarse
de ti cuando pases por
delante de su casa. Alguien
inventará una cancioncita
del tipo Un, dos y tres, te
chupo**

**la sangre otra vez. Y la
oirás por los corredores del
instituto. Tus colegas te
mirarán de manera rara.**

Recibirás

**llamadas anónimas de
gente que dirá ser Danny
Glick o Mike Ryerson. Tu
vida se convertirá en una
pesadilla**

**y en seis meses te
ahuyentarán del pueblo.**

**—Ben, por favor. Me
conocen.**

**Ben se volvió desde la
ventana.**

—¿A quién conocen? A un extraño anciano que vive solo en Taggart Stream Road. Es posible que, de todas maneras, el solo hecho de que no estés casado baste para hacerles pensar que tienes un tornillo flojo. Y yo, ¿en qué puedo respaldarte? Vi el cuerpo, pero nada más. Y aunque fuera de otro modo, dirían que yo no soy del pueblo. Hasta podrían llegar a afirmar

que somos una pareja rara y excéntrica.

Matt lo miraba con horror creciente.

—Una sola palabra. Matt. Es todo lo que hace falta para liquidarte en Salem's Lot.

—Entonces no hay nada que hacer.

—Sí hay. Tú tienes cierta teoría sobre quién o qué mató a Mike Ryerson. La teoría es relativamente simple de comprobar o desechar, creo. Yo estoy en

un lío de mil demonios. No puedo creer que estés loco, y tampoco puedo creer que Danny Glick haya vuelto de entre los muertos para chuparle la sangre a Mike Ryerson una semana antes de matarlo. Pero voy a poner a prueba la idea, y tú tienes que ayudarme.

—¿Cómo?

—Llama a tu médico...

¿Cody, se llama? Y después a Parkins Gillespie. Deja que ellos se hagan cargo.

Cuenta las cosas como si no hubieras oído nada durante la noche. Fuiste al bar de Dell y te sentaste con Mike. Te contó que se había sentido enfermo desde el domingo pasado, y le invitaste a que fuera a tu casa. A eso de las tres y media de la madrugada, subiste para ver cómo estaba, no pudiste despertarlo y me llamaste. —¿Y eso es todo?

—Todo. Cuando hables con Cody, no le digas siquiera que está muerto.

—Que no está...

—Mierda, ¿cómo podemos saber nosotros que lo esta?

—estallo Ben—. Tú le tomaste el pulso y no se lo encontraste; yo traté de sentirle el aliento y no lo conseguí. Si yo supiera que a mí me enterrarán sobre esa

base, pondría el grito en el cielo. Y mucho más

teniendo el aspecto de vida que él tiene.

—Eso te preocupa tanto como a mí, ¿verdad?

—Sí me preocupa — admitió Ben—. Parece una figura de cera.

—Bueno —suspiró Matt—. Lo que dices es sensato... lo más sensato que se puede ser en una situación como ésta. Imagino que yo debía parecer un chinado... Pero supongamos (como hipótesis, nada mas) que mi

**sospecha inicial fuera
correcta. ¿Aceptarías una
remota posibilidad de que
Mike pudiera... volver?**

**—Como te he dicho, esa
teoría es fácil de probar o
desechar. Y no es lo que
más me preocupa.**

—¿Qué es?

**—Espera. Primero lo más
importante. Probarla o
desecharla no tiene por qué
ser más que un ejercicio de
lógica... una exclusión de
posibilidades. Primera
posibilidad: Mike murió de**

alguna enfermedad. ¿Cómo se confirma o se desecha eso? Matt se encogió de hombros.

—Con un examen médico, imagino.

—Exactamente. Y del mismo modo se confirma o se descarta una jugada sucia. Si alguien lo envenenó o le disparó o le dio un postre envenenado...

—No sería la primera vez que un asesinato no se aclara.

—Seguro que no. Pero apuesto por el médico que lo examine.

—¿Y si el veredicto del médico es «causa desconocida»?

—Entonces —respondió lentamente Ben—, podemos ir a visitar su tumba después del funeral, para ver si se levanta. Si lo hace, lo que me resulta

**inconcebible, nos
convenceremos. Si no, nos
encontraremos frente
al hecho que a mí me
preocupa.**

**—Mi locura —articuló
lentamente Matt—. Ben, te
juro que esas marcas
existían y que oí cómo se
levantaba la ventana, y
que...**

**—Te creo —le interrumpió
Ben en voz baja,
Matt se detuvo. Su
expresión era la de un
hombre que se ha**

preparado para recibir un golpe, sin que éste le llegue.

—¿De veras? —preguntó con incertidumbre.

—Digámoslo de otra manera. Me niego a, creer que estés loco o que hayas tenido una alucinación.

Una vez tuve una experiencia..., una experiencia relacionada con esa maldita casa de la colina... que me hace

comprender a la gente que cuenta cosas que parecen imposibles a la luz de la razón. Algún día te la contaré.

—¿Por qué no ahora?

—No hay tiempo. Tienes que hacer esas llamadas. Y a mí me queda una pregunta por hacer

¿Tienes enemigos?

—Ninguno que pudiera llegar a este extremo.

**—¿Un ex alumno, tal vez?
¿Algún resentido?**

Matt, que sabía exactamente hasta qué punto influía sobre la vida de sus alumnos, rió discretamente.

—Está bien, creo en tu palabra. —Ben sacudió la cabeza—. Esto no me gusta. Primero ese perro que aparece ensartado en las rejas del cementerio. Después Ralphie Glick desaparece, su hermano muere y Mike

Ryerson también. Tal vez todo eso esté vinculado de algún modo. Pero... no puedo creerlo. —Mejor será que llame a Cody —dijo Matt, mientras se ponía de pie—. Parkins debe de estar en su casa.

—También puedes avisar en el instituto que estás enfermo.

—Es cierto. —Matt rió sin ganas—. Será la primera vez que diga algo así en tres años.

**Fue a la sala y desde allí
empezó a hacer las
llamadas, esperando, al
terminar de marcar cada
número,
que el sonido del teléfono
despertara á los
durmientes. Cody debía de
estar de guardia, porque su
mujer le dio
otro número. Después de
marcarlo, Matt preguntó
por Cody, y cuando éste se
puso al aparato dio
comienzo a
su relato.**

**—Jimmy estará aquí
dentro de una hora —
anunció al colgar.**

**—Está bien —asintió Ben
—. Yo voy arriba.**

—No toques nada.

—Descuida.

**Llegaba al descanso del
piso inferior cuando oyó
que Matt contestaba por
teléfono las preguntas de
Parkins Gillespie. Cuando
Ben enfiló el pasillo, las
palabras se convirtieron en
un murmullo de fondo.**

Esa sensación de terror a medias recordado, a medias imaginado, volvió a embargarle mientras contemplaba la puerta de la habitación de huéspedes. Mentalmente, podía verse avanzando para abrirla. A los ojos de un niño, la habitación parece más grande. El cuerpo está tendido tal como lo dejaron, con el brazo izquierdo colgando, rozando el suelo, la mejilla

**izquierda descansando
sobre la almohada. De
pronto los ojos
se abren, inundados por un
triunfo inexpresivo,
animal. La puerta se cierra
de un golpe. El brazo
izquierdo se
levanta, la mano
convertida en una garra, y
los labios esbozan una
sonrisa lobuna que muestra
los grandes
incisivos...**

**Avanzó y abrió la puerta,
con dedos tensos. Las
bisagras chirriaron apenas.
El cuerpo yacía en la
posición en que lo habían
dejado, con el brazo
izquierdo caído, la mejilla
izquierda
apoyada sobre la
almohada...**

**—Parkins ya viene —
anunció Matt desde el
vestíbulo de abajo, y Ben
estuvo a punto de gritar.**

Ben pensaba en lo apropiada que había sido su frase: «Deja que ellos se hagan cargo.» Era algo tan semejante a un mecanismo, a uno de esos elaborados juguetes alemanes en que un mecanismo de relojería y ruedas dentadas pone en movimiento dos figuras que se mueven en una danza complicada.

Parkins Gillespie fue el primero en llegar, con una corbata verde adornada

**con un alfiler con la
insignia
del Cuerpo de Veteranos.
En sus ojos quedaban aún
vestigios de sueño. Anunció
que había avisado al juez
del
condado.**

**—Aunque no venga
personalmente él —dijo,
mientras se metía un Pall
Mall en la comisura de la
boca—**

**, mandará un delegado.
¿Han tocado el cadáver?**

—Tiene un brazo fuera de la cama —explicó Ben—.

Yo traté de levantárselo, pero volvió a caer.

Parkins lo miró de arriba abajo, pero no dijo nada.

Ben pensó en el horrible ruido que habían hecho los nudillos sobre el suelo de madera, y sintió que su vientre se revolvía. Tragó saliva.

Matt los condujo arriba y Parkins rodeó al cuerpo.

—Oigan, ¿están seguros de que está muerto? —

preguntó finalmente—.

¿Han tratado de despertarlo?

James Cody, doctor en medicina, fue el siguiente en llegar; acababa de atender un parto en Cumberland.

Una vez hubieron terminado con las cortesías («Encantado de conocerle»), dijo Parkins Gillespie mientras encendía otro cigarrillo), Matt volvió a guiarlos a todos arriba. Bastaría con

**que todos supiéramos tocar
algún
instrumento, pensó Ben,
para ofrecerle una hermosa
despedida al muchacho.
Y otra vez sintió que la risa
le cosquilleaba en la
garganta.**

**Cody apartó la sábana y
miró el cuerpo. Ben se
quedó atónito ante la calma
con que Matt Burke dijo:
—Me hizo pensar en lo que
dijiste del chico de los
Glick, Jimmy.**

—Eso fue un secreto, señor Burke —dijo suavemente Jimmy Cody—. Si la familia Glick descubriera que usted ha dicho eso, podrían procesarme.

—¿Y ganarían?

—No, probablemente no —dijo Jimmy, y suspiró.

—¿Qué es eso del chico de los Glick? —preguntó Parkins, frunciendo el entrecejo.

—Nada —respondió Jimmy—. No tiene importancia.

**Escuchó con el
estetoscopio, refunfuñó,
levantó un párpado y envió
un destello de luz sobre el
ojo
vidrioso.**

**Ben vio cómo la pupila se
contraía y suspiró de
asombro.**

—Interesante reflejo, ¿no?

**—comentó Jimmy. Cuando
soltó el párpado, éste se
deslizó hacia abajo con
grotesca lentitud, como si el
cadáver les hiciera un**

**guiño—. En el hospital
John Hopkins, David Prine
observó contracción
pupilar en algunos
cadáveres hasta pasadas
nueve horas.**

**—Ahora se ha vuelto un
erudito —gruñó Matt—.
Hay que ver las notas que
solía sacar en composición.**

**—Es que a usted no le
gustaba que escribiera
sobre disecciones, viejo
rezongón —contestó
Jimmy con**

aire ausente, y sacó un martillito.

Está bien, pensó Ben. No pierde sus modales de cabecera aunque el paciente sea, como diría Parkins, un cadáver. La risa volvió a agitarse en su interior.

—¿Muerto? —preguntó Parkins, mientras echaba la ceniza en un florero vacío. Matt dio un respingo.

—Vaya si lo está —respondió Jimmy.

Se levantó, retiró la sábana hasta los pies y golpeó la rodilla derecha. Los dedos permanecieron inmóviles. Ben notó que Mike Ryerson tenía callosidades amarillentas en la planta de los pies, en el talón y en el empeine, y recordó aquel poema de Wallace Stevens sobre la mujer muerta. —Que esto sea el final de la apariencia —citó erróneamente—. El único

**emperador es el emperador
de
los helados.**

**Matt le miró sobresaltado,
y por un momento su
dominio de sí pareció
vacilar.**

**—¿Qué es eso? —preguntó
Parkins.**

**—Un poema —explicó
Matt—. Un fragmento de
un poema sobre la muerte.**

**—A mí me suena más a
chiste —declaró Parkins, y
otra vez volvió a echar la
ceniza en el florero.**

6

**—¿Nos conocemos? —
preguntó Jimmy a Ben.**

**—Os han presentado, pero
de pasada —explicó Matt
—. Jimmy Cody, nuestro
matasanos. Ben Mears,
nuestro escriba.**

**—Siempre ha tenido ese
tipo de humor —apuntó
Jimmy—. Fue así como
hizo todo su dinero.**

**Se estrecharon la mano por
encima del cadáver.**

**—Ayúdeme a darle la
vuelta, señor Mears.**

**Con cierta repugnancia,
Ben colaboró en poner el
cuerpo boca abajo. Aún no
había adquirido el rigor
mortis. Jimmy observó la
espalda y después le bajó
los calzoncillos en las
nalgas.**

**—¿Para qué hace eso? —
preguntó Parkins.**

**—Estoy tratando de
establecer la hora de la
muerte por la lividez de la
piel —explicó Jimmy—.**

Cuando

**se interrumpe el bombeo,
la sangre tiende a buscar el
nivel más bajo, como
cualquier otro fluido.**

**—Sí, como en ese anuncio
de Drano. Ésa es tarea del
forense, ¿no?**

**—Usted sabe que
mandarán a Norbert —
respondió Jimmy—. Y a
Brent Norbert jamás le ha
molestado
que sus amigos le ayuden
un poco.**

**—Norbert sería incapaz de
encontrarse el ombligo —**

declaró Parkins, y arrojó la colilla del cigarrillo por la ventana abierta—. Esta ventana ha perdido la cortina, Matt; cuando llegué estaba abajo, caída en el césped.

—¿Ah sí? —preguntó Matt, controlando la voz.

—Así es.

Cody había sacado un termómetro de su maletín; se lo introdujo a Ryerson en el ano y dejó su reloj sobre la sábana almidonada, donde brilló al

recibir la luz del sol. Eran las siete menos cuarto.

—Voy abajo —anunció Matt roncamente.

—Sí, podéis iros —asintió Jimmy—. Yo tardaré un poco más. ¿Podría preparar café, señor Burke?

—Ahora mismo.

Todos salieron y fue Ben el que cerró la puerta. Una última mirada le dejó grabada la escena: la luminosa habitación bañada por el sol, la

**sábana limpia, recogida, el
reloj de pulsera que
arrojaba brillantes
destellos de luz sobre el
empapelado, y el propio
Cody, con su pelo rojo
fuego, inmóvil junto al
cadáver como
si fuera un grabado.**

**Matt estaba preparando el
café cuando apareció
Brenton Norbert, el
ayudante del forense, en un
viejo**

**Dodge gris. Entró
acompañado de otro**

**hombre que llevaba una
cámara.**

—¿Dónde está? —

preguntó Norbert.

**Con el pulgar, Parkins
Gillespie indicó las
escaleras.**

—Jim Cody está arriba.

**—Bien —repuso Norbert, y
subió por las escaleras
junto con el fotógrafo.**

**Parkins Gillespie se sirvió
crema con el café hasta que
se le volcó sobre el platillo,
la probó con el**

pulgar, se lo limpió en los pantalones, encendió otro Pall Malí y preguntó:

—¿Cuál es su papel en esto, señor Mears?

De modo que Ben y Matt empezaron con su pequeño número preparado, sin decir ninguna mentira, pero

evitando decir lo suficiente para quedar unidos por un tenue vínculo de conspiración, y lo suficiente para que

Ben se preguntara con inquietud si estaría ocultando una inofensiva chifladura o algo más serio, algo oscuro.

Recordó que Matt había dicho que le había llamado porque creía que era la única persona en Salem's Lot que podía prestar oídos a semejante historia. Fueran cuales fueran las flaquezas mentales de Matt Burke, pensó

Ben, entre ellas no se contaba la incapacidad para discernir caracteres. Y eso también le puso nervioso.

7

A las 9,30 todo estaba concluido.

Cari Foreman había mandado su furgón para recoger el cuerpo de Mike Ryerson, y con él su muerte se

hizo pública en el pueblo.

Jimmy Cody había vuelto a

su consulta, Norbert y el fotógrafo habían ido a Portland a hablar con el juez.

Parkins Gillespie se detuvo un momento en la escalinata, mirando cómo el furgón se alejaba lentamente por el camino. Un cigarrillo pendía de sus labios.

—Tantas veces como Mike estuvo al volante, apuesto a que jamás imaginó que pronto le llevarían a él

detrás. —Se volvió hacia Ben—. Usted no se va todavía del pueblo, ¿verdad?

—No, no me voy.

—Hice que los federales y la policía estatal de Maine en Augusta investigaran sobre usted —le informó—. No tiene antecedentes delictivos.

—Siempre es bueno saberlo —dijo Ben.

—He oído decir que está saliendo con la hija de Bill Norton.

—Culpable —confesó Ben.

**—Es una buena hija —
comentó Parkins.**

**El furgón ya se había
perdido de vista; hasta el
ruido del motor se había
debilitado en un zumbido
que
terminó por extinguirse.**

**—Me parece que
últimamente no sale mucho
con Floyd Tibbits.**

**—¿No tendrá usted que
preparar su informe,
Parkins? —le azuzó
suavemente Matt.**

Gillespie suspiró y arrojó la colilla al suelo.

—Desde luego que sí. Por triplicado, no doblar ni arrugar. Durante las dos últimas semanas, el trabajo me ha traído más líos que una ramera histérica. Esa casa de los Marsten debe de tener alguna maldición. Ben y Matt siguieron con rostros imperturbables.

**—Bueno, me voy —
Después de abrir la puerta del coche, se volvió hacia ellos—. No me estarán**

ocultando algo, ¿verdad?

—Parkins, no hay nada que ocultar —respondió Matt—. Está muerto.

Los ojos descoloridos les miraron un momento más, penetrantes y vivaces bajo las cejas en arco.

Después, Parkins suspiró. —Supongo —asintió—.

Pero todo es muy raro. El perro, el chico de los Glick, el otro chico de los Glick, y ahora Mike... Para un pueblo de mala muerte como éste, es un año

maldito. Mi abuela solía decir que las calamidades vienen de tres en tres, no de cuatro en cuatro.

Subió al coche, puso en marcha el motor y dio marcha atrás por el camino de entrada. Poco después desaparecía del otro lado de la colina, con un bocinazo de despedida.

Matt dejó escapar un profundo suspiro.

—Asunto concluido.

—Sí —asintió Ben—. Estoy exhausto. ¿Y tú?

—También, pero me siento... colocado. ¿Conoces la palabra, en el sentido en que la usan los chicos?

—Sí.

—Dios, debes de pensar que soy un lunático. —Se frotó la cara con la mano

—. A la luz del día parece el

delirio de un loco, ¿no?

—Sí y no —respondió Ben, y apoyó una mano tímida

en el hombro de Matt—. Gillespie tiene razón, sabes. Está sucediendo algo raro. Y estoy convencido de que tiene relación con la casa de los Marsten. Aparte de mí, la gente de allí arriba son los únicos nuevos en el pueblo. Y sé que yo no he hecho nada. El proyecto de ir allí esta noche, ¿sigue en pie? ¿La expedición de bienvenida? —Si quieres...

—Yo sí. Ve a dormir un rato, que yo iré a ver a Susan y esta tarde te pasaremos a buscar.

—De acuerdo. —Matt hizo una pausa—. Hay otra cosa que me preocupa desde que hablaste de la autopsia...

—¿Qué es?

—La risa que oí... o que me pareció oír, era una risa de niño. Horrible y despiadada, pero una risa de

niño. En relación con lo que contó Mike, ¿no te hace pensar en Danny Glick?

—Sí, claro que sí.

—¿Sabes en qué consiste el procedimiento para embalsamar?

—No exactamente. Se le retira la sangre al cadáver y se sustituye con algún fluido. Solían usar formaldehído, pero ahora debe de haber métodos más modernos. Y se retiran las vísceras del cadáver.

**—Me pregunto si todo eso se lo hicieron a Danny —
repuso Matt, mirándole.**

**—¿Conoces lo suficiente a
Cari Foreman para
preguntárselo?**

**—Sí, creo que podría
encontrar la forma.**

—Pues no dejes de hacerlo.

—De acuerdo.

**Los dos se miraron un
momento más, y la mirada
que intercambiaron,
aunque amistosa, tenía algo
indefinible; por parte de
Matt, la inquietud**

**obstinada del hombre
racional que se ha visto
obligado a hablar
irracionalmente; por la de
Ben, una especie de miedo
impreciso ante fuerzas que
no podía entender lo
suficiente para definir las.**

8

**Cuando Ben entró, Eva
estaba planchando
mientras seguía un
concurso por televisión. En
ese momento
el premio llegaba a
cuarenta y cinco dólares, y**

**el animador estaba sacando
números telefónicos de un
gran
recipiente de cristal.**

**—Ya me he enterado —
comentó Eva mientras él
abría la nevera para sacar
una coca-cola—. Qué
horror,
pobre Mike.**

**—Espantoso. —Ben sacó
del bolsillo de la camisa el
crucifijo con su cadena.**

—¿No saben qué...?

**—Todavía no —respondió
Ben—. Estoy muy cansado,**

señorita Miller. Creo que dormiré un rato.

—Bien. Ese cuarto de arriba es caluroso a mediodía, incluso en esta época del año. Si quiere, ocupe el de abajo. Las sábanas están limpias.

—No» gracias. En el mío conozco todos los ruidos.

—Sí, una persona se acostumbra a lo que es suyo —asintió ella—.

¿Para qué quería el señor Burke el

crucifijo de Ralph?

**Ben se detuvo antes de
empezar a subir por las
escaleras.**

**—Creo que Matt debió de
pensar que Mike Ryerson
era católico.**

**Eva colocó otra camisa en
el extremo de la tabla de
planchar.**

**—Pues tendría que saber
que no lo era. Después de
todo, Mike fue su alumno
en la escuela, y en su
familia todos eran
luteranos.**

Ben no supo qué responder. Subió las escaleras, se desvistió y se metió en la cama. Se durmió enseguida, pero no soñó nada.

9

Cuando despertó eran las cuatro y cuarto. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y se había destapado mientras dormía. De todas maneras, sentía la cabeza despejada. Los acontecimientos de la mañana parecían

lejanos e inciertos, y las fantasías de Matt Burke no eran tan apremiantes. Lo que tenía que hacer esa noche era distraerle y hacer que se divirtiera, si eso era posible.

10

Decidió llamar a Susan desde el bar de Spencer para reunirse allí. Podían ir hasta el parque, y allí Ben le contaría toda la historia. Escucharía la opinión de

**ella mientras iban a ver a
Matt, y una vez en casa de
éste,**

**Susan podría escuchar su
versión y completar su
juicio. Después irían a la
casa de los Marsten. La
idea le**

provocó un escalofrío.

**Tan perdido estaba en sus
propios pensamientos que
no advirtió que alguien
estaba esperándole en su
coche hasta que la puerta
se abrió y la alta figura se**

apeó. Por un momento su mente estuvo demasiado aturdida para controlar su cuerpo, que retrocedió ante lo que a primera vista le pareció un espantapájaros animado. Los rayos oblicuos del sol destacaban la figura con un detalle nítido y cruel: el viejo sombrero de fieltro encajado hasta las orejas, las gafas de sol, el raído abrigo con el cuello levantado, las manos

**enfundadas en gruesos
guantes de goma verde.
—¿Quién...? —fue lo único
que Ben tuvo tiempo de
articular.**

**La figura se le acercó. Los
puños se cerraron. Ben
sintió un olor amarillento y
rancio en el que reconoció
la naftalina. Oía también
respirar trabajosamente.
—Tú eres el hijo de puta
que me ha robado a mi
chica —le acusó Floyd
Tibbits con voz áspera y sin**

inflexiones—. Te voy a matar.

Y mientras Ben seguía tratando de comprender todo eso, Floyd Tibbits se le echó encima.

NUEVE

SUSAN (II)

1

Susan llegó a Portland pasadas las tres de la tarde, y entró en la casa cargada con tres crujientes bolsas de papel marrón de unos grandes almacenes; había vendido dos cuadros por

**poco más de ochenta
dólares y
había decidido hacer
algunas compras. Dos
faldas nuevas y una
chaqueta de punto.**

También habría podido...

**—¿Suze? —llamó su
madre—. ¿Eres tú?**

—Sí. He traído...

**—Ven aquí, Susan, quiero
hablar contigo.**

**La muchacha reconoció
instantáneamente el tono,
aunque no lo hubiera oído
con esa precisión desde la**

época del instituto, cuando las discusiones por el largo de los dobladillos y por los amigos se sucedían un día tras otro.

Dejó las bolsas y se dirigió a la sala. Su madre había ido mostrándose cada vez más fría respecto del tema de Ben Mears, y Susan imaginó que ahora iba a decir su última palabra.

La señora Norton estaba sentada en la mecedora,

**junto a la ventana,
tejiendo. El televisor estaba
apagado. La unión de
ambas cosas configuraba
un signo ominoso.**

**—Imagino que no te has
enterado de la última
noticia, con lo temprano
que te fuiste esta mañana
—dijo,**

**mientras las agujas se
movían tan rápidamente
que se enredaron en la lana
verde oscuro con que
trabajaba en**

**pulcras hileras. Alguna
bufanda para el invierno.**

—¿La última?

**—Anoche, Mike Ryerson
murió en casa de Matthew
Burke, y quién iba a estar
presente ante el lecho de
muerte sino tu amigo el
escritor.**

**—Mike... Ben... ¿Qué?
La señora Norton esbozó
una sonrisa hosca.**

**—Mabel me llamó esta
mañana y me lo contó. El
señor Burke dice que**

**anoche se encontró con
Mike en
la taberna de Delbert
Markey (realmente, no me
explico qué se le ha perdido
a un profesor por los bares)
y
que se lo llevó consigo a
casa porque Mike no se
sentía bien. Murió durante
la noche. ¡Y aparentemente
nadie
sabe qué hacía allí el señor
Mears!
—Los dos se conocen —
reflexionó Susan, ausente**

—. En realidad, Ben dice que se entendieron tan bien... ¿Qué ha pasado con Mike, Ma?

Pero la señora Norton no se iba a dejar apartar tan fácilmente del tema.

—Sea como fuere, hay quien piensa que ya hemos tenido demasiadas emociones en Salem's Lot desde que apareció por aquí el señor Mears.

**—¡Qué estupidez! —
replicó Susan, exasperada
—. Ahora, dime si Mike...
—Eso no se sabe todavía —
dijo la señora Norton. Hizo
girar el ovillo de lana y lo
aflojó—. Hay quien
piensa que pudo haberse
contagiado una
enfermedad del niño de los
Glick.**

**—Entonces, ¿por qué no se
contagió nadie más? ¿Los
padres, por ejemplo?**

**—Hay jóvenes que creen
saberlo todo —comentó la**

señora Norton, hablando a nadie en particular, mientras las agujas echaban chispas.

Susan se levantó.

—Iré a ver si...

—Vuelve a sentarte un momento —ordenó la señora Norton—. Todavía tengo algo más que decirte.

Susan se sentó de nuevo, tratando de mostrarse razonable.

—A veces los jóvenes no saben todo lo que hay que saber —señaló Ann

Norton. En su voz se insinuaba un híbrido tono de consuelo que a Susan le pareció sospechoso.
—¿Como qué, Ma?
—Bueno, pues parece que ese Ben Mears tuvo un accidente hace unos años, después de la publicación de su segundo libro. Iba en motocicleta. Estaba bebido. Su mujer se mató.
Susan volvió a levantarse.
—No quiero oír nada más.

—Te lo estoy diciendo por tu bien —explicó la señora Norton.

—¿Quién te lo ha contado?

—preguntó Susan. No sentía nada de la vieja cólera impotente, ni la necesidad de correr a su cuarto a llorar, lejos de esa voz tranquila que lo sabía todo. Se sentía simplemente fría y distante, como si flotara en el espacio—. Ha sido Mabel Werts, ¿no?

—Eso no tiene importancia. Es la verdad.

—Seguro que sí. Además, hemos ganado la guerra de Vietnam, y Jesucristo se pasea todos los días por el centro del pueblo.

—A Mabel le pareció una cara conocida —continuó Ann Norton— y se puso a examinar, caja por caja, sus recortes de periódico, y...

**—¿Te refieres a su colección de escándalos?
¿De periódicos especializados en astrología y fotos de**

accidentes automovilísticos y señas de aspirantes a estrellas? Pues vaya fuente de información. —Rió ásperamente.

—No hace falta que digas obscenidades. La historia estaba allí, en letras de molde. La mujer, supongamos que era su esposa, iba en el asiento de atrás y él derrapó sobre el asfalto y fueron a estrellarse contra el costado de un camión. El artículo decía

**que allí mismo le hicieron
la prueba de alcoholemia.**

Allí

**mismo... —acentuó las
palabras golpeando con
una aguja el brazo de la
mecedora.**

**—Entonces, ¿por qué no
está en prisión?**

**—Estos personajes famosos
siempre conocen gente —
repuso su madre con
tranquila certidumbre—.**

Si

**uno tiene dinero suficiente,
puede salir de cualquier**

cosa. Y si no, mira de qué situaciones se han salvado los Kennedy.

—¿Fue procesado?

—Te he dicho que le hicieron un...

—Sí, lo has dicho, mamá.

¿Pero estaba ebrio?

—¡Te he dicho que estaba ebrio! —En sus mejillas habían empezado a aparecer manchas de color —. Si

estás sobrio no te hacen la prueba de alcoholemia. ¡ Y

su mujer murió! ¡Es lo mismo que el asunto de Chappaquiddick!

¡Exactamente!

—Me iré a vivir al pueblo

—anunció lentamente

Susan—. Ya había pensado

decírtelo. Es algo que

tendría que haber hecho

hace mucho tiempo, Ma.

Por ti y por mí. He estado

hablando con Babs Griffen,

y

dice que en Sister's Lane

hay un sitio adecuado, con

cuatro habitaciones...

—¡ Ay, estás ofendida! Te he estropeado tu bonita imagen del importantísimo señor Ben Mears y estás tan furiosa que escupirías —comentó su madre con un tono que años atrás era infalible.

—Madre, ¿qué te pasa? — preguntó Susan—. No es propio de ti... llegar tan bajo.

Ann Norton levantó bruscamente la cabeza. La labor se le resbaló del

**regazo cuando se levantó
para
apoyar ambas manos en los
hombros de Susan y
sacudirla.**

**—¡Escúchame! No voy a
tolerar que andes por ahí
como una cualquiera con el
primer afeminado que te
llena la cabeza de fantasías.**

¿Me oyes?

**Susan le propinó una
bofetada.**

**Los ojos de Ann Norton
parpadearon y se abrieron**

**de sorpresa y aturdimiento.
Durante un momento las
dos se miraron, en silencio,
espantadas. En la garganta
de Susan se formó un nudo.**

—Me voy arriba —dijo—.

**El martes, como muy
tarde, me marcharé.**

**—Hoy ha venido Floyd —
dijo la señora Norton con el
rostro aún rígido.**

**Los dedos de su hija le
habían dejado unas marcas
rojas, como signos de
admiración.**

**—Estoy harta de Floyd —
repuso Susan, impasible—.
Es mejor que te hagas a la
idea. Y puedes
decírselo por teléfono a tu
amiga Mabel, ¿por qué no?
Tal vez así te parezca más
real.**

**—Floyd te ama, Susan.
Esto le está... haciendo
daño. Se derrumbó y me lo
contó todo. Me abrió su
corazón. —Los ojos le
brillaban al recordarlo—.
Finalmente, se confió y
lloró como un niño.**

Susan pensó que eso no era propio de Floyd, y se preguntó si su madre estaría inventándolo. La miró fijamente; sus ojos le dijeron que no.

—¿Eso es lo que quieres para mí, madre? ¿Un niño llorón? ¿O simplemente te fascina la idea de tener nietos rubios? Imagino que es una preocupación para ti... que no puedes sentir que tu misión ha terminado

**mientras no me veas
casada y sometida a un
hombre bueno a quien tú
puedas ponerle el pie
encima. Con un
tipo que me deje
embarazada y me convierta
en señora de su casa sin
pérdida de tiempo. Ésa es
tu ilusión,
¿no? Bueno, ¿nunca has
pensado en lo que pueda
querer yo?
—Susan, tú ni siquiera
sabes qué quieres.**

Y lo decía con tan absoluta certidumbre que durante un momento Susan estuvo tentada de creerla. Tuvo una visión de ella y de su madre, para siempre en la misma situación, la madre junto a la mecedora, ella junto a la puerta; sólo que estaban unidas por una madeja de lana verde, de un hilado deshilachado y débil a fuerza de tantos tirones. La imagen se transformó en la

**de su madre con gorro de
pescador, con la cinta
decorada con
moscas, mientras trataba
desesperadamente de
recoger una gran trucha
que llevaba una camisa
amarilla
estampada. Trataba de
recogerla, por última vez,
para echarla en la cesta de
mimbre. Pero ¿con qué
fin? ¿Para
comérsela?**

—Sí, lo sé, mamá. Sé exactamente lo que quiero. Quiero a Ben Mears. Giró sobre sus talones y subió por las escaleras. Su madre corrió tras ella, y la llamó con voz chillona: —¡No puedes alquilar nada si no tienes dinero! —Tengo cien dólares en efectivo y trescientos en el banco —respondió Susan —. Y creo que puedo conseguir trabajo en el bar de Spencer. El señor

Labree me lo ha ofrecido varias veces.

—Lo único que le interesa es mirarte por debajo de las faldas —advirtió la señora Norton. Su voz había

descendido una octava.

Buena parte de su enojo se había esfumado, y ahora se sentía asustada.

—Pues déjalo. Me pondré los calzones de la abuela.

—Tesoro, no hagas locuras —subió un par de

escalones—. Lo único que quiero es lo mejor para...

—Terminemos, mamá.

Lamento haberte abofeteado. He hecho muy mal. Te quiero, pero me voy. Ya es hora, tienes que comprenderlo.

—Piénsalo mejor —insistió la señora Norton, ahora tan arrepentida como asustada —. Todavía no creo haber hablado de más. Yo sé lo que son los oportunistas como Ben

**Mears. Lo único que le
interesa es...**

—Basta ya:

**Susan siguió subiendo. Su
madre subió un escalón
más y dijo:**

**—Cuando Floyd se fue de
aquí estaba en un estado...
La puerta de la habitación
de Susan, al cerrarse, la
dejó con la palabra en la
boca.**

**La muchacha se arrojó
sobre su cama, que no
hacía mucho tiempo había**

**estado decorada con
animales
de peluche, entre ellos un
perro de aguas con una
radio de transistores en la
barriga, y se quedó
mirando la
pared, tratando de no
pensar. En la pared tenía
varios pósters del Club
Sierra, pero no hacía
mucho que se
había visto rodeada de
pósters de los que venían
en Rolling Stone y Creem y**

**Crawdaddy, con imágenes
de
sus ídolos: Jim Morrison y
John Lennon, Dave van
Ronnk y Chuck Berry. Los
fantasmas de esos días se
agolparon en su recuerdo
como mal expuestos
negativos de la memoria.
Susan casi podía ver la
noticia, destacándose entre
el resto del material
barato: ANDARIEGO
JOVEN
ESCRITOR Y su ESPOSA
AFECTADOS POR**

**«POSIBLE» ACCIDENTE
DE MOTO. Lo demás,
insinuaciones
cuidadosamente deslizadas.
Tal vez una foto tomada en
el lugar del accidente por
un fotógrafo
local, demasiado
sangrienta, del gusto exacto
de la gente como Mabel.
Y lo peor era que había
quedado sembrada una
semilla de duda. Estúpida.
¿Acaso pensabas que vivía
en**

**una nevera antes de que
llegara aquí? ¿Que llegó
envuelto en una bolsa de
celofán esterilizada, como
los**

vasos en los moteles?

**Estúpida. Pero la semilla
estaba sembrada. Y por eso
sentía hacia su madre algo
más**

**que resentimiento
adolescente... sentía algo
sombrio que rayaba con el
odio.**

**Apartó esas ideas, se puso
un brazo sobre la cara y se**

**sumió en una inquieta
modorra que fue
interrumpida por el timbre
del teléfono, abajo, y
después en forma más
definida por la voz de su
madre:**

**—¡Susan, es para tí!
Susan bajó, fijándose en
que eran poco más de las
cinco y media. El sol se
retiraba hacia poniente y la
señora Norton estaba en la
cocina, empezando a
preparar la cena. Su padre
no había llegado todavía.**

—¿Sí?

—¿Susan? —La voz era familiar, pero ella no pudo reconocerla inmediatamente.

—Sí, ¿quién habla?

—Soy Eva Miller. Tengo que darte una mala noticia.

—¿Le ha pasado algo a Ben? —De pronto se quedó sin saliva y se llevó la mano a la garganta. La señora Norton había salido de la cocina y la miraba desde la puerta, con una espátula en la mano.

**—Bueno, hubo una pelea.
Esta tarde apareció por
aquí Floyd Tibbits...**

—¡Floyd!

**Ante su tono de voz, la
señora Norton dio un paso
atrás.**

**—... y le dije que el señor
Mears estaba durmiendo.
Dijo que estaba bien, tan
cortésmente como siempre,
pero iba vestido de una
manera rarísima. Le
pregunté si se sentía bien.
Llevaba un abrigo
viejísimo y un**

sombrero extravagante, y no sacó las manos de los bolsillos. Ni me acordé de mencionárselo al señor Mears

cuando se levantó. Ha habido tantas emociones...

—¿Qué sucedió? — preguntó Susan.

—Bueno, Floyd le golpeó— dijo Eva—. Ahí mismo, en mi aparcamiento. Sheldon Corson y Ed Craig salieron y los apartaron.

—¿Y Ben? ¿Está bien?

—Creo que no.

—¿Qué tiene? —Susan aferraba el auricular.

—Con el último golpe que le dio, Floyd arrojó al señor Mears contra un coche, y se golpeó en la cabeza.

Cari Foreman lo llevó al hospital, y estaba inconsciente. Es lo único que sé. Si tú...

Susan colgó, corrió al armario y sacó su abrigo de la percha.

—Susan, ¿qué pasa?

—Ese encanto de Floyd Tibbits —respondió Susan,

**sin darse cuenta de que
había empezado a llorar—
ha mandado a Ben al
hospital.**

**Sin esperar respuesta, salió
corriendo.**

2

**Llegó al hospital a las seis y
media y se sentó en una
incómoda silla de plástico a
hojear, sin verlo, un
ejemplar de Good House-
keeping. Había pensado en
ir a llamar a Matt Burke,
pero la idea de que el
médico**

**viniera y no la encontrara
la detuvo.**

**Los minutos se arrastraban
en el reloj de la sala de
espera, hasta que a las siete
menos diez apareció un
médico con un montón de
papeles en la mano.**

**—¿La señorita Norton? —
preguntó.**

—Sí. ¿Cómo está Ben?

**—No puedo responder a
eso por el momento. Parece
bien —agregó al ver el
espanto que se reflejó en su**

**rostro—, pero estará en
observación dos o tres días.
Tiene una fractura en el
nacimiento del pelo,
contusiones
múltiples y un ojo
completamente negro.**

—¿Puedo verle?

**—No, esta noche no. Está
bajo el efecto de sedantes.**

**—¿Y un minuto, por
favor? Sólo un minuto.**

Él suspiró.

**—De acuerdo. Es probable
que esté dormido. Si él no
le habla, no le diga nada.**

La llevó hasta el tercer piso y después la condujo a una habitación situada al fondo de un pasillo que olía a desinfectante. El hombre que estaba en la otra cama, leyendo una revista, los miró inexpresivamente. Ben estaba acostado con los ojos cerrados; una sábana le cubría hasta el mentón. Estaba tan pálido e inmóvil que durante un terrible momento Susan tuvo la seguridad de que

**estaba muerto, de que se
les había
ido mientras ella y el
médico hablaban abajo.
Después advirtió el
movimiento lento y regular
del pecho, y
sintió un intenso alivio. Le
miró el rostro, pero no veía
las marcas y moraduras.
Afeminado, había dicho su
madre, y Susan veía de
dónde había sacado la idea.
Los rasgos eran acentuados
pero delicados (ojalá
hubiera**

**una palabra mejor que
«delicado», que era la que
uno usaría para describir a
la bibliotecario, que en sus
ratos
de ocio escribía pomposos
sonetos a los narcisos; pero
Susan no encontraba otra).
Lo único que parecía viril
en el sentido tradicional
era el pelo, negro y espeso,
que parecía casi flotar
sobre la cara. El vendaje
blanco en**

el lado izquierdo, sobre la sien, se destacaba en un elocuente contraste.

Te amo, pensó Susan.

Cúrate, Ben. Cúrate y termina tu libro para que podamos irnos de Salem's Lot, si

es que me quieres. Solar se ha puesto en contra de nosotros.

—Creo que es mejor que ahora se vaya —indicó el médico—. Tal vez mañana...

Ben se movió y emitió un leve gruñido. Los párpados se abrieron lentamente, se cerraron, volvieron a abrirse. Tenía los ojos enturbiados por el sedante, pero en ellos se leyó que había advertido la presencia de Susan. Movié una mano hacia la de ella. Los ojos de Susan se llenaron de lágrimas; sonrió y le apretó la mano.

Ben movió los labios y ella se inclinó para oírlo.

—Son... tipos duros los de... este pueblo, ¿eh?

—Ben, ¡lo siento tanto!

—Creo que... le rompí un par de dientes antes de que... me aturdiera — susurró Ben—. No está mal para un escritor...

—Ben...

—Ya es suficiente, señor Mears —intervino el médico—. Demos tiempo a que el calmante haga su

efecto.

Ben lo miró.

—Un minuto más... por favor.

El médico levantó los ojos al cielo.

—Lo mismo dijo ella.

Los párpados de Ben volvieron a bajarse, luego se abrieron con dificultad.

Sus labios dijeron algo ininteligible.

Susan se le acercó más.

—¿Qué, mi vida?

—¿Es ya... de noche?

—Sí.

—¿Quieres ir a ver...?

—¿A Matt?

Un gesto de asentimiento.

**—Dile... que yo he dicho
que te lo contara todo.**

**Pregúntale si... conoce al
padre Callahan. Él
entenderá.**

**—Está bien. Le daré el
mensaje. Duérmete ahora,
cariño.**

**—Gracias. Te... quiero.
Murmuró algo más, lo
repitió y los ojos se le
cerraron. Su respiración se
hizo más profunda.**

**—¿Qué le ha dicho? —
preguntó el médico.**

Susan le miró con ceño.

**—Algo como «echa el
cerrojo a las ventanas» —
dijo.**

3

**Eva Miller y Weasel Craig
estaban en la sala de espera
cuando Susan fue a recoger
su abrigo. Eva
llevaba una vieja chaqueta
con un estropeado cuello de
piel, obvio recuerdo de
tiempos mejores, y Weasel**

flotaba dentro de un enorme anorak de motorista. Susan se sintió más animada al verlos.

—¿Cómo está? —preguntó Eva.

—Creo que no será nada. Susan le contó el diagnóstico del médico y Eva se tranquilizó.

—Cuánto me alegro. El señor Mears me parece una excelente persona. En mi casa jamás sucedió algo así. Y Parkins Gillespie tuvo que encerrar a Floyd

**en la celda para
borrachos... aunque no
parecía borracho.**

**Más bien como... dopado y
confundido.**

Susan sacudió la cabeza.

**—Eso es muy raro en
Floyd...**

**Se produjo un incómodo
momento de silencio.**

**—Ben es un hombre
estupendo —declaró**

**Weasel, y palmeó la mano
de Susan—. Se repondrá en
un**

abrir y cerrar de ojos.

Espera y verás.

—De eso estoy segura. —

Susan le cogió la mano—.

**Eva, ¿el padre Callahan es
el sacerdote de St.**

Andrew?

—Sí, ¿por qué?

—Oh... por curiosidad.

Escuchad, os agradezco

que hayáis venido. Si

pudierais volver mañana...

—Seguro que sí —

respondió Weasel—. ¿No es

verdad, Eva? —le pasó un

brazo por la cintura. El tramo era largo, pero finalmente lo completó.

—Sí que vendremos.

Susan los acompañó hasta el aparcamiento y después regresaron a Salem's Lot.

4

Matt no respondió a la llamada ni vociferó «¡Adelante!» como era su costumbre.

—¿Quién es? —preguntó una voz muy contenida,

**que a Susan le costó
reconocer.**

**—Susie Norton, señor
Burke.**

**Cuando Matt abrió la
puerta, para Susan fue una
sorpresa ver cómo había
cambiado su aspecto.**

**Parecía
viejo y ojeroso. Un
momento después advirtió
que llevaba al cuello un
pesado crucifijo de oro.
Había algo tan
extraño y ridículo en ese
ornamento que brillaba**

**sobre la camisa de tela
escocesa que Susan estuvo
a punto de
reír, pero se contuvo.**

**—Entra. ¿Dónde está Ben?
Cuando lo supo, el rostro
de Matt se ensombreció.**

**—Así que a Floyd Tibbits
no se le ha ocurrido más
que hacerse el amante
agraviado, ¿no? Bueno,
pues
no podría haber sucedido
en un momento más
inoportuno. Esta tarde a**

**última hora trajeron a
Mike Ryerson
de Portland para que
Foreman prepare el
funeral. Imagino que
nuestra visita a la casa de
los Marsten quedará
para otra ocasión...**

**—¿Qué visita? ¿Y qué es
eso de Mike?**

**—¿Quieres café? —
preguntó Matt con aire
ausente.**

**—No. Quiero saber qué
está ocurriendo. Ben me**

dijo que usted me lo explicaría.

—Pues vaya tarea que me encarga. A Ben puede resultarle fácil decir que te lo cuente todo. Hacerlo es más difícil, pero lo intentaré.

-¿Qué...?

Matt levantó una mano.

—Una pregunta antes, Susan. El otro día, tú y tu madre fuisteis a la nueva tienda.

—Sí. ¿Por qué?

—¿Puedes darme tu impresión del lugar, y más específicamente de su propietario?

—¿Del señor Straker?

—Sí.

—Bueno, como persona es encantador. Tiene modales de cortesano, si quiere una palabra para definirlo.

Elogió a Glynis Mayberry su vestido, y ella se ruborizó como una colegiala. Y a la señora Boddin le preguntó

por el vendaje que tenía en el brazo... se había salpicado con aceite caliente, ¿sabe? Entonces le dio una receta para cataplasma y se la escribió. Y cuando vino Male... —Susan rió al recordarlo.

-¿Sí?

—Le ofreció una silla. Pero no una silla, sino una especie de trono. Enorme, de caoba tallada. Él mismo se la trajo desde la trastienda, sin dejar de

**sonreír y de conversar con
las demás señoras. Y debía
pesar unos
cincuenta kilos. La dejó
caer en el suelo y
acompañó a Mabel a que se
sentara; hasta la tomó del
brazo. Y ella
lo dejó hacer, entre risitas.
Si usted ha visto las risitas
de Mabel, no le queda nada
por ver. Y sirvió café, muy
fuerte, pero bueno.
—¿A ti te gustó? —
preguntó Matt.**

**—Eso es parte de la
cuestión, ¿no?**

—Podría ser, sí.

**—Bueno, entonces le
explicaré mi reacción como
mujer. Me gustó y no me
gustó. Me resultó atractivo,
creo que con un leve matiz
sexual. Un hombre mayor,
muy atento, encantador y
cortés. Con mirarlo se sabe
que puede pedir la comida
en un restaurante francés y
saber qué vino corresponde
a cada plato, no sólo si**

blanco o tinto, sino el año y hasta la bodega.

Decididamente, no es de la clase de hombres que hay por aquí,

pero de ninguna manera afeminado. Y además,

siempre es atractivo un hombre que no se

avergüenza de su

calvicie. —Sonrió un poco

a la defensiva, dándose

cuenta de que se había

ruborizado.

—Pero no te gustó —

concluyó Matt.

**Susan se encogió de
hombros.**

**—Eso es más difícil de
decir. Creo... creo que
percibí cierto desdén bajo
la superficie. Cierta
cinismo.**

**Como si estuviera
representando un papel, y
representándolo bien, pero
consciente de que no iba a
necesitar
de todos sus recursos para
engañarnos. Con un toque
de condescendencia. —
Miró a Matt con**

incertidumbre—. Y me pareció que había cierta crueldad en él. No sé por qué.

—¿Alguien compró algo?

**—No mucho, pero no parecía que eso le importara. Mamá le compró un pequeño estante yugoslavo para porcelanas, y la señora Petrie una mesita plegable que es un encanto, pero no vi que le compraran más.
No**

**parecía disgustado.
Simplemente pidió a la
gente que le dijera a sus
amigos que la tienda estaba
abierta, que
fueran a visitarla. Tiene un
encanto muy europeo.**

**—¿Y te parece que la gente
se quedó encantada?**

**—En general, sí—
respondió Susan,
comparando mentalmente
el entusiasmo de su madre
por R. T.**

Straker con el disgusto inmediato que le había provocado Ben.

—¿No viste a su socio?

—¿Al señor Barlow? No, está en Nueva York en viaje de negocios.

—Me pregunto si es así — caviló Matt para sí mismo

—. El esquivo señor Barlow.

—Señor Burke, ¿no es mejor que me cuente qué es todo este asunto?

Matt suspiró con desánimo.

—Supongo que tendré que hacerlo. Lo que acabas de decirme es inquietante. Muy inquietante. Todo concuerda...

—No lo entiendo...

—Empezaré por mi encuentro con Mike Ryerson en el bar de Dell, anoche... que me parece que ocurrió hace ya un siglo.

5

Cuando terminó el relato eran las ocho menos veinte,

**y ambos se habían bebido
dos tazas de café.**

**—Creo que eso es todo —
concluyó Matt—. Ahora,
¿quieres que haga mi
imitación de Napoleón? ¿O
que te cuente mis
conversaciones astrales con
Toulouse Lautrec?**

**—No se haga el tonto —
respondió Susan—.**

**Aunque esté sucediendo
algo, no puede ser lo que
usted
piensa.**

—No estoy seguro.

**—Si nadie tiene nada
contra usted, como sugirió
Ben, entonces es posible
que sea algo que hizo el
propio Mike, en un delirio
o algo así. —Aunque eso no
sonaba convincente, Susan
prosiguió—: O tal vez se
durmió usted sin darse
cuenta y lo soñó todo. Más
de una vez yo me he
quedado dormitando y me
he perdido
quince o veinte minutos.
Matt se encogió de
hombros.**

—¿Cómo defiende uno un testimonio que ninguna mente racional puede aceptar al pie de la letra?

Oí lo

que oí. Y no estaba dormido. Y hay algo que me tiene preocupado... muy preocupado. De acuerdo con las antiguas leyendas, un vampiro no puede entrar simplemente en una casa para chuparle a uno la sangre. No.

**Tiene que ser invitado.
Pero anoche, Mike Ryerson
invitó a entrar a Danny
Glick. ¡Y yo mismo invité a
Mike!**

**—¿Le habló Ben de su
nuevo libro?**

**Él jugueteó con la pipa, sin
encenderla.**

**—Muy poco. Sólo me dijo
que está relacionado con la
casa de los Marsten.**

**—¿No le contó que de niño
tuvo una experiencia
traumática en esa casa?**

Matt la miró, sorprendido.

—¿Dentro de ella? No.

—Entró por un desafío.

Quería formar parte de un club, y como prueba le impusieron que entrara en la

casa de los Marsten y volviera a salir con algo. Lo hizo, en efecto... pero antes de salir subió hasta el dormitorio del piso alto, donde se ahorcó Hubie Marsten. Cuando abrió la puerta, vio a Hubie allí colgado, y

**abrió los ojos. Ben salió
huyendo. Eso ha estado
carcomiéndole desde hace
veinticuatro años. Volvió a
Solar**

**para ver si escribiéndolo
podía liberarse de ello.**

—Cristo —murmuró Matt.

**—Él tiene... cierta teoría
sobre la casa de los**

**Marsten. En parte es fruto
de su experiencia, y en
parte de**

**algunas investigaciones que
ha hecho sobre Hubert
Marsten...**

—¿Y su tendencia a la adoración del demonio?

Susan dio un respingo.

—¿Cómo lo sabía usted?

Matt sonrió.

—No todas las habladurías en un pueblo pequeño son públicas. Las hay secretas.

Y algunas de las

habladurías secretas de

Salem's Lot se refieren a

Hubie Marsten. Ahora son

cosas compartidas entre

una

docena de las personas más

ancianas, tal vez... y una de

**ellas es Mabel Werts. Fue
hace mucho tiempo, Susan.
Pero aun así hay algunas
historias que nunca pasan
de moda. Es raro, sabes. Ni
siquiera Mabel habla de
Hubie**

**Marsten con nadie ajeno a
su propio círculo. Hablan
de su muerte, claro. Y del
asesinato. Pero si les
preguntas**

**por los diez años que él y su
mujer pasaron en esa casa,
haciendo sabe Dios qué, se
pone en funcionamiento**

**una especie de regulador...
una especie de tabú. Se ha
rumoreado incluso que
Hubert Marsten
secuestraba y
sacrificaba niños pequeños
a sus dioses infernales. Me
sorprende que Ben haya
llegado a averiguar tanto.**

El

**secreto referente a ese
aspecto de Hubie, su mujer
y su casa, tiene un matiz
casi tribal.**

**—No fue en Solar donde lo
supo.**

—Eso lo explica, entonces. Sospecho que su teoría es una fábula bastante vieja en parapsicología: que los seres humanos producen el mal de la misma manera que producen mocos o excrementos o uñas. Que es algo que no desaparece. Más concretamente, que la casa de los Marsten puede haberse convertido en una especie de generador de perversidad, en una batería donde se recarga el mal.

—Sí. Él lo expresó exactamente en esos términos. —Susan le miró con expresión interrogante. Matt respondió con una risita.

—Hemos leído los mismos libros. ¿Qué piensas tú, Susan? ¿Cabe algo más que el cielo y la tierra en tu filosofía?

—No —respondió ella—. Las casas no son más que casas. El mal muere con la perpetración de actos malignos.

—¿Sugieres que la inestabilidad de Ben puede llevarme a conducirlo por la senda de la insania que yo estoy ya recorriendo?

—No, claro que no. No es que lo considere insano. Pero, señor Burke, tiene usted que reconocer...

—Callate.

Matt había inclinado la cabeza hacia adelante. Susan dejó de hablar y escuchó. Nada... a no ser el crujido

**de una tabla. Le miró y él
sacudió la cabeza.**

—¿Decías?

**—Únicamente, que por una
coincidencia no llegó en
buen momento para
exorcizar los demonios de
su**

**juventud. Se han dicho
muchas tonterías por el
pueblo desde que se volvió
a ocupar la casa de los
Marsten y
se abrió la tienda... incluso
se ha hablado del propio**

Ben. Se sabe que a veces los ritos de exorcismo escapan de control y se vuelven contra el exorcista. Creo que Ben debe irse de este pueblo, y tal vez también a usted le sentara bien tomarse unas vacaciones.

Al hablar de exorcismo se acordó de que Ben le había pedido que mencionara a Matt el sacerdote católico. Siguiendo un impulso, decidió no hacerlo. La razón de que él

**se lo hubiera pedido
aparecía ahora
con toda claridad, pero
hacerlo no sería más que
agregar leña a un fuego
que, en opinión de Susan,
ardía ya
con peligrosa fuerza.**

**Cuando Ben se lo
preguntara, si lo hacía
alguna vez, le diría que se
había olvidado.**

**—Yo sé hasta qué punto
debe parecer una locura —
dijo Matt—. Hasta para
mí, que oí levantarse la**

ventana, y oí esa risa, y esta mañana vi la cortina caída junto a la entrada para coches. Pero si de alguna manera eso calma tus temores, te diré que la reacción de Ben fue muy sensata. Sugirió que partiéramos de que hay que demostrar o descartar una teoría, y que empezáramos por... —De nuevo se interrumpió. Esa vez el silencio se devanó como una madeja,

y cuando Matt volvió a hablar, a Susan le asustó la suave certidumbre de su voz.

**—Hay alguien arriba.
La muchacha escuchó.
Nada.**

—Se imagina cosas.

**—Conozco mi casa —
afirmó Matt—. Hay
alguien en la habitación de
huéspedes... ¿lo oyes?**

**Y esta vez Susan lo oyó. El
sonido de una tabla, que
crujía como suelen hacerlo
las tablas en las casas**

**viejas, sin razón alguna.
Pero a Susan le pareció que
en ese ruido había algo
más... algo de una
malignidad
pavorosa.**

**—Voy a subir —anunció
Matt.**

**La palabra le salió en un
impulso impensado.
¿Quién está ahora sentado
en el rincón de la
chimenea, se
preguntó, pensando que el
viento en los aleros es un
augurio de muerte?**

—Anoche me asusté y no hice nada, y las cosas empeoraron. Ahora voy a subir.

—Señor Burke...

Los dos habían empezado a hablar en voz baja. Como si fuera un gusano, la tensión se les había infiltrado en las venas, entumeciéndoles los músculos. Tal vez había alguien arriba. Algún ladrón.

—Habla —dijo Matt—. Cuando yo haya salido,

sigue hablando, de cualquier cosa.

Y antes de que ella pudiera replicar, se levantó y se dirigió al vestíbulo, avanzando con una agilidad

pasmosa. Una vez miró hacia atrás, pero la muchacha no pudo leer su mirada. Matt empezó a subir por las escaleras.

Susan sintió que su mente se deslizaba en la realidad, con el rápido giro que

habían tomado las cosas.

No

hacía dos minutos estaban hablando con tranquilidad del tema, bajo la luz de las bombillas eléctricas. Y

ahora

Susan tenía miedo.

Pregunta: Si se pone a un psicólogo en una habitación junto con un hombre que piensa que es Napoleón, y se los deja allí durante un año (o diez o veinte), ¿encontraremos a dos psicólogos o a dos

**chalados con la mano
metida en el chaleco?**

**Respuesta: No hay datos
suficientes para responder.**

Empezó a hablar:

**—El domingo, Ben y yo
pensábamos tomar la
carretera uno y llegar hasta
Camden..., ya sabe, el
pueblo
donde filmaron La caldera
del diablo, pero ahora, por
supuesto, tendremos que
esperar. Ahí hay una
preciosa
iglesia...**

Descubrió que no le costaba nada seguir divagando, por más que tuviera las manos tensamente entrelazadas sobre el regazo. Su mente consciente estaba tranquila, ajena a toda impresión de historias de sanguijuelas y muertos vivientes. Era de la médula espinal, con su ancestral red de nervios y ganglios, de

donde emanaba el terror en oscuras oleadas.

6

Subir por las escaleras fue lo más difícil que Matt Burke había hecho en su vida. Salvo una cosa, tal vez.

A los ocho años había estado en un grupo de boy scouts. La casa principal del campamento estaba a un kilómetro y medio por el camino. Ir hasta allí era muy grato; estupendo,

porque uno iba por la tarde, con las últimas luces del día. Pero uno volvía cuando se había iniciado el crepúsculo y la sombras se cernían sobre el camino, largamente retorcidas. Pero si la reunión había sido especialmente entusiasta y se había hecho tarde, había que volver de noche, en plena oscuridad. Solo. Solo. Sí, ésa es la palabra clave, la palabra más tremenda. Asesino no le

**llega a los talones, e
infierno no
es más que un pálido
sinónimo...**

**Por el camino había una
iglesia en ruinas, antiguo
centro de reuniones
metodistas, que se erguía
vacilante al final de una
extensión de hierba
irregular y quemada por
las heladas. Cuando uno
pasaba por
delante de sus ventanas
insensatas que lo miraban
con fijeza, se le moría en**

**los labios la canción que
venía
silbando y empezaba a
pensar en lo que habría
dentro», los candelabros
caídos, los libros de himnos
podridos
por la humedad, el
desmoronado altar donde
ahora sólo los ratones
celebraban el ritual... y se
preguntaba
también qué más podía
haber allí, aparte de los
ratones; qué locuras, qué**

**monstruos. Tal vez en ese momento
estuvieran siguiéndolo a uno con sus amarillos ojos de víbora. Y tal vez una noche no se conformaran con
espiar; tal vez alguna noche esa puerta astillada que apenas se sostenía en los goznes se abriría de pronto, y uno vería allí algo capaz de enloquecerlo.
Y eso no se les podía explicar a papá y mamá,**

que eran criaturas de la luz. Como tampoco se les podía explicar que cuando uno tenía tres años, la manta puesta a los pies de la cama se convertía en un montón de serpientes inmóviles que le miraban a uno con sus inexpresivos ojos sin párpados. Ningún niño vence jamás esos terrores, pensó Matt. Si a un miedo no se le puede dar forma, no se le

**puede vencer. Y los miedos
que se
agazapan en los pequeños
cerebros son demasiado
grandes para pasar por la
boca. Tarde o temprano,
uno
encontraba alguien con
quien pasar por delante de
todas las casas
abandonadas por las cuales
tenía que pasar
entre la infancia sonriente
y la senilidad gruñona.
Hasta esta noche. Hasta
esta noche en que uno se**

encontraba con que ninguno de los antiguos miedos infantiles había sido superado; todos esperaban acurrucados en sus diminutos ataúdes de niño, con una rosa silvestre sobre la tapa.

No encendió la luz. Subió los escalones uno por uno, sin pisar el sexto, que crujía. Aferraba el crucifijo y sentía la palma de la mano sudada y pegajosa.

Llegó al piso de arriba y se dio la vuelta para mirar hacia el pasillo. La puerta del cuarto de huéspedes estaba entornada; él la había dejado cerrada. Del piso de abajo le llegaba el murmullo de la voz de Susan.

Caminando con cuidado para evitar los crujidos, se acercó a la puerta hasta detenerse frente a ella. La base de todos los miedos humanos, pensó. Una

puerta entreabierta, apenas entornada.

La abrió.

Mike Ryerson estaba tendido en la cama.

La luz de la luna entraba por las ventanas y teñía de plata el cuarto, convirtiéndolo en una laguna de ensueño. Matt sacudió la cabeza, como para despejarla. Le parecía haber retrocedido en el tiempo, que era la

noche anterior. Ahora bajaría las escaleras para telefonar a Ben, porque Ben todavía no estaba en el hospital.

Mike abrió los ojos.

Por un momento, bajo la luz de la luna, destellaron como medallones de plata bordeados de rojo. Eran tan inexpresivos como una pizarra borrada. Ni un pensamiento, ni un sentimiento humano en ellos. «Los ojos

**son las ventanas del alma»,
había dicho Wordsworth.
Si así era, esas ventanas se
abrían sobre un cuarto
vacío.**

**Mike se sentó y, al caérsele
la sábana, Matt vio los
burdos puntos con que el
forense había reparado el
trabajo de la autopsia,
silbando tal vez mientras
cosía.**

**Mike sonrió, y sus caninos
e incisivos eran blancos y
agudos. La sonrisa no era
más que una contracción**

de los músculos que rodeaban la boca, no alcanzaba a los ojos, que conservaban su mortal inexpresividad.

—Mírame —dijo Mike con absoluta claridad.

Matt lo miró. Sí, los ojos eran un vacío total. Pero muy profundos. Uno casi podía ver una diminuta imagen de sí mismo en esos ojos, como un camafeo de plata, que se sumergía dulcemente, sin que el mundo

pareciera importante, sin que los miedos parecieran importantes...

—¡No! ¡No! —gritó, mientras daba un paso atrás, y le presentó el crucifijo.

Aquello que había sido Mike Ryerson silbó como si le hubieran echado agua hirviendo en la cara. Sus brazos se levantaron como para defenderse de un golpe. Matt dio un paso hacia el interior de la habitación;

**Ryerson retrocedió un
paso.**

**—¡Vete de aquí! —gritó
Matt.**

**Ryerson soltó un alarido,
un largo grito ululante
de .dolor y odio. Dio cuatro
pasos vacilantes hacia
atrás,
chocó con el borde de la
ventana abierta y perdió el
equilibrio. ...**

**—Te veré dormir entre los
muertos, maestro.**

**Y cayó hacia la noche,
hacia atrás con las manos**

**por encima de la cabeza,
como un nadador que se
zambulle desde el
trampolín. El cuerpo
pálido relucía como si
fuera mármol, en un nítido
contraste con los
negros puntos que
atravesaban el torso,
dibujando una Y.**

**Matt dejó escapar un loco
alarido de terror y corrió
hacia la ventana, pero nada
se veía aparte de la noche
bañada por la luna... y
suspendida en el aire,**

debajo de la ventaja y por encima del haz de luz que salía de la sala, una nube danzarina de motas que podrían haber sido de polvo.

Giraron en un torbellino, se consolidaron en una forma abominablemente humana y por fin se disolvieron en la nada.

Matt se dio la vuelta para huir y en ese momento sintió una punzada en el

**pecho que le hizo
tambalear.**

**Se llevó las manos al
corazón y se inclinó.**

**Parecía que el dolor le
subiera por el brazo en
lentas oleadas**

**pulsátiles. El crucifijo se
sacudía bajo sus ojos.**

**Salió de la habitación con
los antebrazos cruzados
ante el pecho, aferrando
todavía con la mano
derecha**

**la cadena del crucifijo. La
imagen de Mike Ryerson**

**suspendido en el aire
oscuro como un pálido
nadador que
se zambulle seguía ante sus
ojos.**

—¡Señor Burke!

**—Mi médico es James
Cody... —balbuceó Matt
con labios helados—. Está
en el listín telefónico. Creo
que he sufrido... un ataque
al corazón.**

**Y se desplomó de bruces en
el pasillo.**

Susan marcó el número de Jimmy Cody. Contestó una voz de mujer, -¿Está el doctor? -«-preguntó Susana ¡Es urgente! —Sí, le pongo con él —respondió la mujer.

—Habla el doctor Cody.

—Susan Norton, doctor.

Estoy en casa del señor Burke. Ha sufrido un ataque al corazón.

—¿Quién? ¿Matt Burke?

—Sí. Está inconsciente.

¿Qué tengo que...?

**—Llama a una
ambulancia. En
Cumberland, el teléfono es
841 4000. Quédate con él.
Cúbrelo con una
manta, pero no le muevas.
¿Enriendes?**

—Sí.

**—Dentro de veinte minutos
estaré allí. —¿Quiere
usted...?**

**Pero la línea se cortó con
un clic, y Susan se quedó
sola.**

**Llamó a la ambulancia y
volvió a quedarse sola,**

**enfrentada a la necesidad
de subir las escaleras, para
ir
hacia donde estaba él.**

8

**Se quedó mirando la
escalera con una vacilación
que a ella misma la dejaba
atónita. Deseó que nada de
eso hubiera sucedido, no
tanto para que Matt
estuviera bien como para
que ella no tuviera que
sentir ese
miedo enfermizo. Su
incredulidad había sido**

total; había visto todo lo que Matt percibió durante la noche anterior como algo que había que definir en función de las realidades que ella misma aceptaba, ni más ni menos. Y ahora, esa firme incredulidad ya no la sostenía y Susan se sentía desfallecer. Había oído la voz de Matt, y había oído un terrible conjuro sin inflexiones: «Te veré dormir entre los

muertos, maestro.» La voz que había articulado esas palabras no tenía más cualidad que el ladrido de un perro.

Susan volvió a subir por las escaleras, obligándose a dar cada paso. Ni siquiera la luz del pasillo la tranquilizaba. Matt estaba tendido donde ella le había dejado, con el rostro vuelto hacia un lado, la mejilla derecha apoyada contra la gastada moqueta del

pasillo; su aliento era áspero y entrecortado. Susan se inclinó para desprenderle los dos botones superiores de la camisa y le pareció que respiraba un poco mejor. Después fue al cuarto de huéspedes a buscar una manta. La habitación estaba fría. La ventana seguía abierta. Habían deshecho la cama, dejando sólo el colchón, pero había mantas en el estante alto del armario.

**En el momento en que
volvía al pasillo, le llamó la
atención**

**algo que la luz de la luna
hacía brillar sobre el suelo
y se inclinó a recogerlo. Lo
reconoció de inmediato.**

Era

**uno de los anillos que el
instituto de Cumberland
daba como recuerdo a sus
alumnos. Las iniciales
grabadas**

**en su interior eran M. C. R.
Michael Corey Ryerson.**

**En ese momento, en la
oscuridad, lo creyó todo.
Un grito subió por su
garganta y Susan lo sofocó,
pero
el anillo se le escurrió entre
los dedos y quedó en el
suelo, bajo la ventana,
brillando bajo la luna que
iluminaba la oscuridad
otoñal.**

DIEZ

SOLAR (III)

1

**El pueblo sabía de
oscuridades.**

**Conocía la oscuridad que
desciende sobre la tierra
cuando la rotación la
oculta del sol, y sabía de la
oscuridad del alma
humana. El pueblo es una
acumulación de tres partes.
El pueblo es la gente que
vive allí,
los edificios que han
levantado para cobijarse o
comerciar en ellos, y es la
tierra. Los habitantes son
escoceses, ingleses y
franceses. Hay otros, claro,
pero no son muchos. En ese**

**crisol nunca se hicieron
muchas
amalgamas. Casi todos los
edificios están contruidos
de madera noble. Muchas
de las casas más viejas son
de
estilo colonial con doble
planta al frente, y la
mayoría de los negocios
tienen dos frentes, aunque
nadie podría
decir por qué. La gente
sabe que detrás de esas
falsas fachadas no hay**

**nada, de la misma manera
que saben
que Loretta Starcher usa
postizos en el sostén. El
suelo tiene base de granito
y está cubierto por una
delgada
capa de tierra. La labranza
es un trabajo ingrato,
agotador, miserable y
disparatado. La reja del
arado
desentierra grandes trozos
de granito y se rompe
contra ellos. En mayo uno**

**saca el camión tan pronto
como el
suelo se ha secado lo
bastante,
y con sus hijos varones se
pone a llenarlo de piedras;
las va arrojando en la
enorme pila cubierta de
malezas donde hace la
misma operación desde
1955, cuando por primera
vez decidió tomar el toro
por los
cuernos. Y cuando ha
recogido lo suficiente y
tiene los dedos**

**entumecidos, entonces
engancha el arado en el
tractor y antes de haber
abierto dos surcos ya se le
ha roto una de las rejas en
una piedra traicionera. Y
mientras cambia la reja y
el hijo mayor sostiene los
arreos para que pueda
trabajar, le pasa junto al
oído el
primer mosquito sediento
de sangre de la temporada,
con ese zumbido
conmovedor que siempre le
hace**

pensar a uno que ése debe de ser el ruido que oyen los chiflados antes de matar a todos sus hijos o de cerrar los ojos en la carretera y pisar el acelerador o de accionar con el dedo gordo del pie el gatillo de la escopeta que acaba de ponerse bajo su propia mandíbula, y entonces al muchacho se le resbalan los arreos a causa de la transpiración y uno se rasguña la piel del brazo y

**cuando mira alrededor en
esa desolada, desesperada
fracción**

**de segundo en que siente
que podría abandonarlo
todo para dedicarse a la
bebida o ir al banco para
declararse**

**en quiebra, en ese
momento en que odia a la
tierra y la suave succión de
la gravedad que lo ata a
ella, es**

**cuando sabe de oscuridades
y comprende que siempre**

**lo ha sabido. La tierra le
retiene a uno
implacablemente, lo mismo
que la casa y la mujer de
quien uno se enamoró (sólo
que entonces era una
muchacha y uno no sabía
mucho de muchachas,
salvo que tenía una y
estaba pendiente de ella, y
ella escribía
el nombre de uno en la
tapa de todos sus libros).
Primero uno la conquistó y
después ella le conquistó a
uno y**

desde entonces ninguno de los dos tuvo que preocuparse más por eso. Y luego vinieron los hijos, esas criaturas que uno concibió en la rechinante cama matrimonial, con ella debajo de uno. Seis niños, o siete, o diez. Y el banco le tiene a uno cogido, y el que le vendió el automóvil, y las tiendas Sears de Lewiston, y John

Deere en Brunswick. Pero sobre todo le tiene a uno cogido el pueblo, porque lo conoce como conoce la forma del pecho de su mujer. Uno sabe quién anda dando vueltas durante el día por la tienda de Crossen porque Knapp Shoe lo despidió. Sabe quién nene líos de mujeres antes de que él mismo lo sepa, como le sucede a

**Reggie Sawyer, a quien el
chico de la compañía
telefónica le está
seduciendo la dama; uno
sabe a dónde van
los caminos, y a dónde se
puede ir los viernes al
anocheecer a tomar un par
de cervezas con Hank y
Nolly
Gardener. Uno conoce el
terreno y por dónde hay
que atravesar los pantanos
en abril sin mojarse las
botas**

hasta arriba. Uno lo conoce todo. Y el pueblo le conoce a uno, sabe el dolor que le deja en el trasero el asiento del tractor después de estar arando durante toda la jornada y sabe que eso que tiene en la espalda sólo es un quiste y que no es nada serio como dijo al principio el doctor, y sabe cómo le da vueltas a uno la cabeza con las facturas que van llegando durante la última semana del mes. Las

**mentiras son
transparentes, hasta las
que
uno se dice a sí mismo,
como que el año que viene,
o el otro llevará a la mujer
y a los chicos a
Disneylandia,
como que si corta la leña el
próximo otoño podrá pagar
los plazos de un nuevo
televisor en color, como que
todo va a salir perfecto.
Estar en el pueblo es como
un coito cotidiano, tan**

**completo que por
comparación
todo lo que uno hace con su
mujer en la cama no parece
más que un apretón de
manos. Estar en el pueblo
es
visceral, sensual,
alcohólico. Y en la
oscuridad, el pueblo es de
uno y uno es del pueblo y el
sueño de ambos
es como el de los muertos,
como el de las piedras.
Aquí no hay otra vida que**

**la lenta muerte de los días,
de
modo que cuando el mal se
abate sobre el pueblo, su
llegada parece casi
preordenada, dulce e
hipnótica. Es
casi como si el pueblo
supiera que el mal se
aproxima, y qué forma
tomará.**

**El pueblo tiene sus secretos
y los sabe guardar. La
gente no los conoce todos.
Saben que la mujer del**

**viejo Albie Crane se largó
con un viajante de Nueva
York... o creen saberlo.
Pero Albie le partió el
cráneo
cuando el viajante la
abandonó y después le ató
una piedra a los pies y la
arrojó al viejo pozo. Veinte
años
después Albie murió
pacíficamente en su cama
de un ataque al corazón, lo
mismo que morirá más
tarde en**

este relato su hijo Joe. Tal vez un día algún chiquillo tropiece con el viejo pozo escondido por una maraña de

zarzamoras y aparte las tablas pulidas y descoloridas por el tiempo y vea allí ese esqueleto mirando fijamente con ojos vacíos desde el fondo del pozo.

Saben que Hubie Marsten mató a su mujer, pero no saben qué le hizo hacer

**antes, o qué pasó entre
ellos
en la cocina momentos
antes de que él le volara la
cabeza, mientras el aroma
de las madre selvas estaba
suspendido en el aire
sofocante como el olor
dulzón que emana de un
osario. No saben que ella le
rogaba que
lo hiciera.**

**Algunas de las mujeres
más viejas del pueblo —
Mabel Werts, Glynis**

Mayberry, Audrey Hersey

**recuerdan que Larry
McLeod encontró unos
papeles carbonizados en la
chimenea del piso de
arriba, pero
nadie sabe que los papeles
eran la correspondencia de
doce años entre Hubie
Marsten y un noble
austriaco
apellidado Breichen.
Tampoco saben que la
correspondencia de estos**

**hombres se había iniciado
merced a los
buenos oficios de un
extraordinario librero de
Boston que falleció de una
muerte horrible en 1933, ni
que
Hubie quemó todas y cada
una de las cartas antes de
colgarse, echándolas una a
una al fuego, mirando
cómo
las llamas ennegrecían el
papel color crema e iban
borrando aquella caligrafía**

elegante y diminuta. No saben que sonreía mientras lo hacía, de la misma manera que sonrío ahora Larry Crockett cuando piensa en los títulos de propiedad que duermen en la caja de seguridad de su banco en Portland.

Saben que Coretta Simons, la viuda del viejo Jumpin Simons, se está muriendo lenta y terriblemente de

**cáncer de intestino, pero no
saben que hay más de
treinta mil dólares en
efectivo escondidos tras el
sucio
empapelado del comedor,
que cobró de una póliza de
seguro y que no llegó a
gastar y de la que ahora, en
su
última agonía, se ha
olvidado por completo.
Saben que un incendio
devoró la mitad del pueblo
en aquella brumosa tarde**

**de septiembre de 1951,
pero
no saben que fue
provocado, ni saben que el
muchacho que lo provocó
fue el que hizo el discurso
de
despedida de su clase al
graduarse en 1953 y que
después consiguió una
fortuna en Wall Street, y
aunque lo
hubieran sabido no
habrían sabido qué fue lo
que le indujo a hacerlo ni**

**la forma en que siguió
carcomiéndole
los sesos durante veinte
años, hasta que una
embolia cerebral le llevó
prematuramente a la
tumba a los
cuarenta y seis años.**

**Ignoran que el reverendo
John Groggins se despierta
a veces a medianoche con
sueños horribles; sueños
en los que, desnudo y
meloso, predica ante la
clase de catecismo para**

**niñas de los jueves por la
noche,
mientras ellas le miran con
ojos de deseo; o que ese
viernes Floyd Tibbits
estuvo sumido todo el día
en un
sopor enfermizo, sintiendo
el sol como algo
aborrecible sobre su piel
extrañamente pálida,
recordando apenas
vagamente que había ido a
ver a Ann Norton, pero no
que había atacado a Ben
Mears; pero sí recordaba la**

**gratitud con que saludó la
puesta de sol, la gratitud y
la anticipación de algo
grande y grato; o que Hal
Griffen**

**tiene seis revistas obscenas
ocultas en el fondo de su
armario y con ellas se
masturba cada vez que
puede; que**

**George Middler tiene una
maleta llena de bragas y
sostenes de seda, y de
medias y leotardos, y que a
veces**

**baja las cortinas del piso
donde vive, encima de la
ferretería, y cierra la
puerta con cerrojo y
cadena y se pone
de pie frente al espejo de
cuerpo entero que tiene en
el dormitorio hasta que
jadea y entonces se
arrodilla y se
masturba, que Cari
Foreman trató de chillar
cuando Mike Ryerson
empezó a estremecerse
sobre la mesa**

**metálica del sótano de la
funeraria, y que el grito se
le ahogó en la garganta
cuando Mike abrió los ojos
y se
sentó; o que el pequeño
Randy McDougall no se
defendió siquiera cuando
Danny Glick se coló por la
ventana
de su dormitorio y levantó
al bebé de su cuna para
clavarle los dientes en el
cuello todavía amoratado
por los
golpes de la madre. :**

Ésos son los secretos del pueblo. Algunos se sabrán más adelante y otros nunca se sabrán. El pueblo los guarda en su seno, detrás del más impasible e imperturbable de los rostros.

Al pueblo no le importa la obra del diablo más de lo que le importa la obra de Dios, ni la del hombre.

Sabía de oscuridades. Y con la oscuridad le bastaba.

Sandy McDougall se dio cuenta de que algo iba mal cuando despertó, pero no sabía exactamente qué. El otro lado de la cama estaba vacío; era el día libre de Roy, que se había ido a pescar con unos amigos. Volvería al mediodía. Nada estaba quemándose, y a Sandy no le dolía nada. Entonces, ¿qué podía ir mal? El sol. El sol era lo que estaba mal.

Ya daba de lleno sobre el empapelado, oscilando entre las sombras que proyectaba el arce por la ventana. Pero Randy siempre la despertaba antes de que el sol estuviera tan alto como para que la sombra del arce diera sobre la pared*.. Sus ojos sobresaltados se dirigieron al reloj que había sobre la cómoda. Eran las nueve y diez. La alarma le cerró la garganta.

—¿Randy? —llamó y la bata onduló tras ella mientras corría por el estrecho pasillo del remolque—.

¿Randy?

El dormitorio del bebé estaba bañado por la escasa luz que entraba por la única ventanita, situada encima de la cuna... y abierta. Pero Sandy la había cerrado cuando se acostó. Siempre la cerraba.

La cuna estaba vacía.

—¿Randy? —susurró.

Después lo vio.

El cuerpecillo, vestido todavía con su pijama desteñido por los lavados, yacía arrojado en un rincón

como si fuera un desperdicio. Una de las piernas se elevaba, grotesca, como un signo de admiración invertido.

—¡Randy!

Se precipitó junto al cuerpo, desfigurado el rostro por las ásperas

**líneas del espanto, y tomó
en brazos al
niño.**

**—Randy, pequeño mío,
despiértate. Randy, vamos,
despiértate...**

**Las magulladuras habían
desaparecido. Durante la
noche se habían borrado,
dejando impecables la
carita**

**y el cuerpo. Randy tenía
buen color. Por primera
vez desde su nacimiento la
madre lo encontró
hermoso, y la**

visión de esa belleza le hizo lanzar un alarido horrible y desolado.

—¡Randy! ¡Despierta!

¿Randy?

Se levantó con el bebé en brazos y corrió por el pasillo, mientras la bata se le resbalaba del hombro.

La

sillita alta seguía en la cocina, con la bandeja salpicada de pegotes de la comida de Randy la noche anterior.

**Deslizó al niño en la silla,
bañada por un rayo de luz
matinal. La cabeza de
Randy pendió sobre el
pecho y el
cuerpo se deslizó hacia un
lado con una lentitud
terrible, hasta quedar
encajado en el ángulo que
formaba la
bandeja con un brazo de la
silla.**

**—¿Randy? —le sonrió su
madre, desorbitados los
ojos hasta convertirse en
bolitas de vidrio azul**

jaspeado, y le palmeó las mejillas—. Despierta ya, Randy, que hay que desayunar. ¿No tienes hambre? Por favor, oh Dios, por favor... Se apartó de él para abrir de golpe uno de los armarios de la cocina y rebuscó apresuradamente en su interior, derribando un paquete de arroz, una lata de raviolis y una botella de aceite, que se hizo trizas,

desparramando el denso líquido por el fregadero y el suelo. Encontró un envase de crema de chocolate y cogió una cucharilla de plástico.

—Mira, Randy. Tu favorita. Despierta y mira qué crema tan buena. Chocolate, Randy. Choco, chocolate.

-La cólera y el terror la inundaron oscuramente—. ¡Despierta de una puta vez! —vociferó, y gotas de saliva

**perlaron la piel traslúcida
de la frente y las mejillas
de Randy—. ¡Despierta,
mocoso de mierda,
despierta!**

**Quitó la tapa del envase y
llenó la cuchara con crema
de chocolate. Su mano, que
ya sabía la verdad,
temblaba de tal manera
que la derramó casi toda.
Embutió lo que quedaba en
el interior de la boquita
inerte, y
algo más se derramó sobre
la bandeja, con un tétrico**

**chasquido. La cuchara
chocó contra los
dientecillos.**

**—Tesoro —suplicó Sandy
—, deja de burlarte de
mamá.**

**Extendió la otra mano para
abrirle la boca y meterle el
resto de la crema.**

**—Bueno —suspiró Sandy
McDougall y sus labios se
distendieron en una
sonrisa, teñida de una
esperanza
indescriptiblemente rota.**

**Se recostó en su silla,
relajándose poco a poco.**

Ahora ya estaba bien.

**Ahora Randy se daría
cuenta de**

**que su madre le amaba y
acabaría con esa broma
cruel.**

**-¿Está bueno? —preguntó
en un murmullo-. ¿Está
bueno el chocolate, Randy?
¿Le haces una sonrisita a
mamá? Sé bueno con
mamá y sonríe una vez.**

**Con dedos temblorosos,
volvió a levantar el ángulo
de la boca del niño.**

**El chocolate cayó sobre la
bandeja... pfop. Sandy
empezó a chillar.**

3

**El sábado por la mañana
Tony Glick despertó
cuando Marjorie, su mujer,
se cayó en la sala.**

**—¿Margie? —la llamó,
mientras bajaba los pies de
la cama—. ¿Margie?**

**—Estoy bien, Tony —
respondió ella después de
un largo momento.**

**Tony se sentó en el borde
de la cama, mirándose los
pies. Tenía el pecho
desnudo y el cordón de su
pantalón de pijama a rayas
le pendía entre las piernas.
El pelo, enmarañado, era
un verdadero nido de
cuervos.**

**Tony tenía abundante
cabello negro, que sus dos
hijos habían heredado. La**

**gente creía que era judío,
pero él
pensaba que ese pelo
debería traicionar su
origen italiano. Su abuelo
se había apellidado
Gliccucchi. Cuando
alguien le dijo que en
Estados Unidos era más
fácil abrirse paso con un
apellido sajón, algo breve y
fácil de
recordar, el abuelo se lo
había hecho cambiar
legalmente por Glick. El**

cuerpo de Tony Glick era robusto, moreno y musculoso. Su rostro reflejaba la expresión de un hombre a quien han atacado a golpes en el momento en que salía de un bar.

Había pedido permiso en su trabajó, y durante la última semana había dormido mucho. Cuando dormía todo le parecía más fácil. A las siete y media se

**sumergía en un dormir sin
sueños hasta las diez de la
mañana
siguiente, y durante la
tarde hacía una siesta de
dos a tres. El tiempo
transcurrido entre la
escena que había
protagonizado durante el
funeral de Danny y esa
soleada mañana de sábado,
casi una semana después, le
parecía incierto, como si no
fuera real. La gente seguía
llevándoles comida.**

**Guisados, conservas,
bizcochos,
pasteles. Margie decía que
no sabía qué iban a hacer
con todo eso. Ninguno de
los dos tenía hambre. El
miércoles por la noche
Tony había intentado hacer
el amor con su mujer y los
dos se habían echado a
llorar.**

**Y Margie no tenía buen
aspecto. Su forma de hacer
frente a la situación había
consistido en ponerse á**

limpiar la casa de punta a punta, con una dedicación maniática que no dejaba lugar para ningún otro pensamiento. A lo largo de los días, resonaban los golpes de los cubos de limpieza y el zumbido de la aspiradora, y el aire estaba siempre impregnado del olor áspero del amoníaco y los desinfectantes. Margie había llevado toda la ropa y los juguetes de los niños, pulcramente

empaquetados, al Ejercito de Salvación y a la feria de beneficencia. El jueves por la mañana, cuando Tony salió del dormitorio, todas esas cajas estaban alineadas junto a la puerta principal, cada una con una pulcra etiqueta. Tony jamás había visto nada tan horrible como esas cajas silenciosas. Margie había sacado todas las alfombras al patio del fondo, las había

**colgado en las cuerdas para
secar ropa y las había
sacudido despiadadamente.
Y hasta para la opaca
semiconciencia de Tony era
evidente lo pálida que
estaba desde el martes o el
miércoles; parecía que
hasta los
labios hubieran perdido Su
color natural, y debajo de
los ojos se le insinuaban
sombras oscuras.
Todo eso pasó por la mente
de Tony en menos tiempo
del que se tarda en**

contarlo, y estaba a punto de volver a tumbarse en la cama cuando oyó que ella volvía a desplomarse; esta vez no contesto a su llamada.

Cuando él se levantó y fue hacia la sala, la vio tendida en el suelo; su respiración era superficial y tenía los ojos aturcidos, vagamente fijos en el espacio. Había comenzado a cambiar la disposición de los muebles, y

todos estaban fuera de su sitio, con k> que la habitación tenía un aspecto extraño, como descoyuntado.

Fuera lo que fuese lo que le pasaba, su mal había empeorado durante la noche, y su aspecto era tan terrible que desconcertó a su marido. Margie seguía todavía envuelta en su bata, que al caer se le había abierto hasta medio muslo. Tenía las piernas de un color

marmóreo en el que nada quedaba del hermoso bronceado de las vacaciones de verano. Sus manos se movían espasmódicamente. Respiraba con la boca entreabierta, como si le faltara el aire y a Tony le pareció ver una extraña prominencia en los dientes, pero no le dio importancia.

—¿Margie, cariño?

Su mujer trató de contestar y no pudo. Presa del

pánico, Tony se levantó para llamar al médico. —No... —balbuceó ella cuando él ya llegaba al teléfono, y repitió la palabra después de haber aspirado con audible esfuerzo—. No. —Había conseguido sentarse trabajosamente, y el soleado silencio de la casa se interrumpía con el dificultoso jadeo de su respiración—. Llévame...

sácame... el sol da con tanta fuerza...

Tony, al levantarla, se quedó atónito ante la liviandad de su peso. Su mujer no parecía pesar más que una brazada de paja.

—... sofá...

Allí la depositó, con la espalda recostada contra el apoyabrazos. Al quedar fuera del haz de sol que entraba por la ventana para dibujar un cuadrado sobre la alfombra, Margie

**pareció respirar con más
facilidad.**

**Por un momento cerró los
ojos, y a Tony volvió a
impresionarle la tersa
blancura de los dientes en
contraste
con sus labios. Sintió deseos
de besarla.**

**—Déjame llamar al
medico.**

**—No, ya estoy mejor. Es
que el sol me... hacía mal.
Como si me debilitara. Ya
me siento mejor. —**

Efectivamente, las mejillas se le habían coloreado un poco.

—¿Estás segura?

—Sí, ya estoy bien.

—Has trabajado demasiado, cariño.

—Sí —asintió ella con ojos indiferentes.

Tony k acarició el pelo con afecto.

—Tenemos que superar esto, Margie. Es necesario.

Tienes un aspecto... —

Como no quería hierirla, se detuvo.

**—Tengo un aspecto
espantoso, ya lo sé. Anoche,
antes de acostarme, me
miré en el espejo del cuarto
de
baño y casi creí que no
estaba. Por un momento...
—una sonrisa se dibujó en
sus labios— me pareció
que
podía ver la bañera a
través de mi cuerpo. Como
si quedara apenas un velo
de mí, y ese velo fuera... tan
pálido...**

—Quiero que te vea el doctor Reardon.

—Estas tres o cuatro últimas noches he tenido un sueño hermoso, Tony — prosiguió ella como si no le hubiera oído—. Tan real. En el sueño, Danny vuelve y me dice: «Mami, mami, cuánto me alegro de estar en casa.» Y dice... dice...

—¿Qué dice? —preguntó Tony con suavidad.

—Dice... que es otra vez mi bebé. Mi hijito, y le doy de

**mamar y... y tengo una
sensación de dulzura,
pero con algo amargo
también, como era antes de
destetarlo, pero cuando ya
tenía dientes y me mordía...
oh,
qué horrible debe de
parecer todo esto. Como
una de esas historias para
psiquiatras.**

—No —la tranquilizó él—.

Nada de eso.

**Se arrodilló junto a ella, y
Margie le echó los brazos al**

**cuello, sollozando. Sus
brazos estaban frescos.**

**—No llames al médico,
Tony, por favor. Hoy
descansaré.**

**—Está bien —cedió él sin
demasiada convicción.**

**—Es un sueño tan
hernioso, Tony —continuó
ella, con los labios
apoyados contra su
garganta. El
movimiento de los labios, la
amortiguada dureza de los
dientes que se percibía
detrás de ellos, tenía una**

increíble sensualidad. Tony experimentó una súbita erección—. Ojalá pudiera tenerlo otra vez esta noche. —Tal vez lo tengas —la tranquilizó él, acariciándole el pelo—. Sí, tal vez lo tengas.

4

—Por Dios, qué aspecto tan maravilloso —la saludó Ben.

En el marco de blancos impecables y verdes anémicos del hospital,

Susan Norton tenía un aspecto realmente magnífico. Llevaba una blusa amarillo brillante con rayas verticales negras, y falda corta tejada.

—Tú también parece estar bien —respondió la muchacha mientras cruzaba la habitación. Ben la besó con ardor, mientras su mano se deslizaba hacia la curva de la cadera.

**—Eh —protestó Susan,
interrumpiendo el beso—.**

Que nos reñirán por esto.

—A mí no me reñirán.

—Pero a mí sí.

Los dos se miraron.

—Te quiero, Ben.

—Yo también te quiero.

**—Si pudiera meterme
ahora mismo contigo en la
cama...**

**—Espera a que aparte las
mantas.**

**—Pero ¿cómo se lo explico
a las enfermeras? —Diles**

**que me estás dando un
masaje.**

**Sonriente, Susan sacudió la
cabeza y acercó una silla.**

**—Han sucedido muchas
cosas en el pueblo, Ben.**

Él se puso serio.

—¿Como qué?

**—Realmente no sé cómo
contártelo —vaciló Susan
—, ni qué creer yo misma.**

**Estoy hecha un lío, por
decirlo de la manera más
suave.**

—Bueno, pues cuéntamelo y déjame a mí desenredarlo.

—¿Cómo te sientes, Ben?

—Mejor. Nada grave. El medico de Matt, el doctor Cody...

—¿Cómo te sientes mentalmente? ¿Hasta qué punto crees esta historia del conde Drácula?

—Ah, te refieres a eso.

¿Matt te lo contó?

—Matt está aquí, en el hospital, En la unidad de cuidados intensivos. ;

**—¿Qué? —Ben se irguió,
apoyándose en los codos—.**

¿Qué le sucedió?

—Un infarto.

—¡Dios mío!

**—El doctor Cody dice que
su estado se ha
estabilizado, aunque
todavía persiste la
gravedad, pero eso es
lo normal durante las
primeras cuarenta y ocho
horas. Yo estaba con él
cuando sucedió.**

**—Cuéntame todo lo que
recuerdes, Susan.**

**La expresión de placer
había desaparecido de su
rostro, que estaba ahora
alerta y tenso. Perdido en
la
habitación blanca y las
sábanas blancas y el
camisón blanco del
hospital, a Susan le
produjo la impresión de
un hombre al borde 'del
abismo.**

**'—No has respondido a mi
pregunta, Ben.**

**¿Sobre qué pienso de la
historia de Matt?**

—Sí.

—Te contestaré diciéndote lo que tú piensas. Tú crees que la casa de los Marsten me ha trastornado hasta el punto de que veo murciélagos hasta en la sopa, por decirlo así. ¿Me equivoco?

—Sí, así es. Pero jamás lo pensé en términos tan... tan rudos.

—Ya lo sé, Susan. Intentaré describirte la secuencia de mis pensamientos. A mí mismo me puede hacer

bien ponerlos en claro. Por tu cara, puedo decir que sucedió algo que hizo vacilar un tanto tu convicción, ¿no es verdad?

—Sí..., pero no creo, no puedo...

—Un momento. Con el no puedo bloqueamos cualquier cosa. Ahí fue donde yo me atasqué. En ese

maldito imperativo absoluto. No puedo. Yo no le creí a Matt, Susan,

**porque esas cosas no
pueden ser verdad.**

**Pero por más vueltas que le
di, no pude encontrar una
sola fisura en su historia.**

**La conclusión más obvia
era**

**que en algún momento se le
había aflojado un tornillo,
¿no?**

—Sí.

—¿A ti te pareció chiflado?

—No, pero...

**—Espera. —Ben levantó la
mano—. Ya estás pensando
en términos de no se puede.**

**—Sí, creo que sí
readmití»Susan**

**—A mí tampoco me
pareció irracional ni
chillado. Y tú y yo
¿sabemos que las fantasías
paranoides o los
complejos persecutorios no
aparecen de la noche a la
mañana. Van creciendo a lo
largo del tiempo. Y
necesitan riego, cuidado y
abonos. ¿Alguna vez has
oído decir en el pueblo que
Matt tuviera un tornillo
flojo?**

¿O le oíste decir a Matt que alguien le perseguía con un cuchillo? ¿Expresó alguna vez un interés particular en cosas como sesiones de espiritismo o proyección astral o reencarnación?

¿Ha estado detenido alguna vez, que tú sepas?

—No respondió Susan Pero, Ben.M me duele decir esto de Matt, y hasta insinuarlo, pero hay gente que

pierde la razón sin que se note. Enloquece por dentro.

—No lo careo repuso Ben. Siempre hay indicios, A veces uno no los advierte antes, pero después los entiende. Si fueras parte de un jurado, ¿admitirías el testimonio de Matt sobre un accidente de automóvil?

—Sí...

—¿Y le creerías si hubiera dicho que vio cómo alguien mataba a Mike Ryerson?

—Sí, imagino que sí.

—Pero esto no se lo crees.

—Ben, es que no puedo...

—Ya está; lo has dicho otra vez. No estoy defendiendo su causa, Susan. Lo único que hago es explicarte mi propio proceso mental. ¿De acuerdo?

—Está bien. Sigue.

—Lo segundo que se me ocurrió fue que alguien le estaba usando. Alguien que le guarda rencor, o le odia.

—Sí, eso también lo pensé yo.

—Matt dice que no tiene enemigos, y le creo.

—Todo el mundo tiene enemigos.

—Pero es una cuestión de grado. No te olvides de lo más importante... que en todo ese asunto hay un muerto. Si alguien se proponía liquidar a Matt, entonces tuvo que asesinar a Mike Ryerson intencionadamente.

—¿Porqué?

—Porque ni el guión ni la música tienen sentido si no

hay cadáver. Sin embargo, según cuenta Matt, su encuentro con Mike fue casual. Nadie te llevó el jueves pasado a la taberna de Dell. No hubo una llamada

anónima, ni una nota ni nada. El encuentro es tan casual que basta para excluir cualquier arreglo.

—Y eso, ¿qué posible explicación racional nos deja?

—Que Matt soñó que oía el ruido de la ventana al

abrirse, la risa y el ruido de succión. Que Mike murió debido a alguna causa natural, aunque desconocida.

—Pero tú no crees eso.

—No creo que soñara cómo se abría la ventana, porque estaba abierta. Y la persiana exterior estaba caída en el césped. Yo lo advertí, y también Parkins Gillespie. Y advertí algo más. En la casa de Matt, esas

persianas exteriores son de las que se cierran con cerrojo por fuera, no desde dentro. Desde el interior no se puede abrir a menos que se use un destornillador, y aun así costaría trabajo, y dejaría marcas. Yo no vi ninguna marca. Y hay otra cosa: debajo de esa ventana, el suelo era relativamente blando. Si alguien quería retirar una persiana del piso alto, tendría que haber

usado una escalera, y eso también deja huellas.

Tampoco

había huellas. Eso es lo que más me preocupa. Que

hayan quitado una

persiana del segundo piso, desde fuera,

sin que abajo queden

rastros de una escalera.

Los dos se miraron sombríamente.

—Esta mañana he estado pensando en todo eso —

continuó Ben—. Y cuanto más lo pensaba, más

coherente me parecía el relato de Matt. De modo que decidí correr el riesgo y me olvidé del no es posible.

Ahora, cuéntame lo que sucedió anoche en casa de Matt. Si sirve para desechar todo esto, nadie se alegrará más que yo.

—Ojalá —suspiró tristemente Susan—. Al contrario, lo empeora. Matt acababa de contarme la historia

**de Mike Ryerson cuando
dijo que había alguien
arriba. Tenía miedo, pero
subió. —Susan cruzó las
manos
sobre la falda,
aferrándose las con fuerza,
como para evitar que se le
escaparan—. Durante un
rato, no sucedió
nada más... y Matt habló
en voz alta, como si
retirara su invitación.
Después... bueno,
realmente no sé cómo...**

—No te atormentes pensándolo y sigue. —Creo que alguien... alguien más... hizo una especie de ruido sibilante. Se oyó un golpe, como si algo se hubiera caído. —Susan le miraba con desamparo—.

Entonces oí una voz que decía: «Te veré dormir entre los muertos, maestro.» Y más tarde, cuando entré en la habitación a buscar una manta para Matt, encontré esto.

Susan sacó del bolsillo de la blusa el anillo y lo dejó caer en la mano de Ben.

Ben lo inclinó hacia la ventana para que la luz le permitiera leer las iniciales.

—M. C. R. ¿Mike Ryerson?

—Mike Corey Ryerson. Lo levanté, lo tiré y me obligué a recogerlo de nuevo...

pensé que tal vez tú o Matt desearíais verlo.

Guárdalo tú» yo no quiero tenerlo.

—¿Te hace sentir...?

—Mal. Muy mal. —Susan levantó la cabeza, desafiante—.

Pero no hay teoría racional que admita esto. Estaría más dispuesta a creer que de algún modo Matt asesinó a Mike Ryerson e inventó esa disparatada historia de los vampiros por sabe Dios qué razones. Que aflojó la persiana para que se cayera. Que mientras yo estaba abajo hizo un

**número de ventriloquia en
el
cuarto de huéspedes, qué
dejó intencionadamente el
anillo de Mike...**

**—Y se provocó un ataque
cardíaco para dar mayor
realismo a esa historia —
terminó secamente Ben—.
Susan, yo no he
abandonado la esperanza
de encontrar explicaciones
racionales. Estoy buscando
una, rogando
por una. En el cine los
monstruos son divertidos,**

pero la idea de que en la realidad puedan andar merodeando en la noche no es nada divertida. Puedo aceptar incluso que se podría haber aflojado la ventana.

Vayamos más lejos. Matt es una persona culta. Imagino que debe de haber venenos, y tal vez venenos imposibles de descubrir, que pueden causar los síntomas que presentaba Mike. Claro

**que la idea del veneno es
un poco
difícil de creer si se piensa
en lo poco que comía
Mike...**

**—Esa información
depende sólo de la palabra
de Matt —señaló Susan.**

**—Pero él no mentiría
porque sabría que en una
autopsia es importante el
examen del estomago de la
víctima. Y una inyección
deja huellas. Pero, para los
fines de nuestra teoría;
digamos que fuera posible**

hacerlo. Y un hombre como Matt podría, seguramente, tomar algo que diera la apariencia de un ataque cardíaco. Pero ¿por qué? Susan sacudió la cabeza con desaliento.

—Y aun si suponemos un motivo que desconocemos, ¿por qué habría de caer en semejante bizantinismo o inventar una historia tan disparatada? Ellery Queen encontraría alguna explicación, pero la vida no es una

trama de Ellery Queen.

—Pero esto... esto otro es una locura, Ben.

—Sí, como Hiroshimá

—¡Quieres terminar con eso! —exclamó

¡súbitamente Susan. ¡No

sigas haciéndote el

intelectual cínico

que no te va nada bien! De

lo que estamos hablando es

de historias dé viejas,

pesadillas, psicosis o corno

quieras llamarlo...

—Oh, mierda —masculló

Ben—. Míralo de otro

modo. El mundo se está viniendo abajo y tú te escandalizas por unos pocos vampiros.

— Salem's Lot es mi pueblo — se obstinó Susan — , y si algo sucede aquí, es real, no son delirios.

— No me lo digas a mí. — Con un dedo, Ben señaló el vendaje que tenía en la cabeza — . Y a tu ex parece que le dio fuerte.

—Oh, lo siento. Es un aspecto de Floyd que no conocía. Y no lo entiendo.

—¿Dónde está él ahora?

— En la celda de los borrachos. Parkins Gillespie le contó a mamá que tendría que entregarlo al

condado... es decir, al sheriff McCaslin, pero que prefería esperar a ver si tú pensabas presentar una denuncia.

— ¿Qué sientes tú hacia él?

— Nada — respondió Susan con firmeza — . Ha dejado de ser parte de mi vida.

— No voy a denunciarlo.

— Las cejas de Susan se arquearon — . Pero quiero hablar con él.

— ¿De nosotros?

— Del motivo por el que se me echó encima con abrigo, sombrero, gafas de sol., y guantes de goma.

‘

;

— Bueno — sánalo Ben, mirándola — , el sol ya estaba alto. Y daba sobre él. Y tuve la impresión de que no le gustaba.

Los dos se miraron sin decir palabra. No parecía que hubiera más que decir sobre el tema.

5

Cuando Nolly le llevó a Floyd su desayuno traído del Café Excellent, Floyd dormía profundamente, y a Nolly le pareció una tontería despertarlo para que se comiera un par de huevos fritos recocidos y unas rodajas de tocino grasiento que había preparado Pauline

Dickens, de modo que el propio Nolly dio cuenta de todo eso

en la oficina, y se bebió el café también. El café sí era bueno; eso había que reconocérselo a Pauline.

Pero

cuando le llevó la comida y Floyd seguía durmiendo sin haber cambiado de posición, Nolly empezó a asustarse y dejó la bandeja en el suelo para golpear la reja con una cuchara.

—¡Eh, Floyd! Despierta que te traigo la comida. Floyd no se despertó y Nolly sacó el llavero del bolsillo para abrir la puerta de la celda. Antes de meter la llave en la cerradura, se detuvo. La historieta de Gunsmoke de la semana pasada era sobre un tipo que se fingía enfermo para abalanzarse sobre el carcelero.

Se quedó indeciso, con la cuchara en una mano y el llavero en la otra; era un hombre robusto que al mediodía, cuando hacía calor, tenía siempre manchas de sudor en las axilas de sus camisas. Era un buen jugador de bolos y, durante los fines de semana, asiduo cliente de los bares; en su billetero, tras el calendario de fiestas de la Iglesia luterana, llevaba una lista de los bares y moteles de

**más dudosa reputación de
Portland.**

**De carácter amistoso,
cabeza de turco por
naturaleza, era hombre de
reacciones lentas y lento
también para la
cólera. A cambio de estas
riada despreciables
cualidades, no destacaba
por su agilidad mental, y
durante
varios minutos se quedó
pensando cómo debería
proceder, mientras**

**golpeaba los barrotes con
la cuchara,
llamando a Floyd y
deseando que éste se
muriera, roncara o hiciera
cualquier cosa. En el
momento en que
decidió que lo mejor sería
llamar a Parkins por radio
para pedirle instrucciones,
el propio Parkins le
preguntó
desde la puerta del
despacho:**

—¿Qué demonios estás haciendo, Nolly?

¿Llamando a los cerdos?

Nolly se ruborizó.

—Floyd no se mueve, Park.

Me temo que está...

enfermo, ¿sabes?

—Bueno, ¿y te parece que golpeando los barrotes con esa maldita cuchara se va a curar? —Parkins se acercó y abrió la celda.

—¿Floyd? —le sacudió por el hombro—. ¿Te sientes b.«?

Floyd rodó de la litera adosada a la pared y cayó al suelo.

—Maldición, está muerto...

—masculló Nolly.

Parkins no dio señales de oírlo. Miraba con fijeza el rostro pavorosamente tranquilo de Floyd. Nolly vio

que Parkins tenía el aspecto de un hombre mortalmente asustado.

—¿Qué pasa, Park?

—Nada —respondió Parkins—. Es que...

salgamos de aquí. —Y, casi como para sí mismo, agregó—:

Cristo, ojalá no le hubiera tocado.

Nolly miraba con creciente horror el cuerpo de Floyd.

—No te quedes ahí pasmado —le dijo Parkins —, tenemos que traer al médico.

6

Mediaba la tarde cuando Franklin Boddin y Virgil Rathbun llegaron al portón de madera situado al final

de la bifurcación de Burns Road, unos tres kilómetros más allá del cementerio de Harmony Hill. Iban en la camioneta Chevrolet 1957 de Franklin, un vehículo que allá por el primer año del segundo mandato presidencial de Ike Eisenhower había sido de color marfil, pero que ahora era una mezcla de marrón y rojo. Más o menos una vez al mes, él y Virgil llevaban al

vertedero un cargamento de botellas vacías, latas de cerveza vacías, barrilillos vacíos, botellas de vino vacías y de vodka Popov.

—Cerrado —anunció Franklin Boddin, mientras intentaba leer el cartel clavado al portón—. Vaya, que me cuelguen.

Se bebió un trago de la botella que llevaba entre las piernas, y se enjugó la boca con el brazo.

—Hoy es sábado, ¿no?

**—Pues sí —le confirmó
Virgil Rathbun, que no
tenía la más remota idea de
si era sábado o martes.
Estaba tan borracho que ni
siquiera sabía con
seguridad el mes en que
vivía.**

**—El vertedero está abierto
los sábados, ¿no? —siguió
preguntando Franklin.
Aunque no hubiera más
que un cartel, él veía tres.
Volvió a entrecerrar los
ojos. Los tres decían**

«Cerrado». La pintura era roja, y había salido indudablemente de la lata que Dud Rogers, el encargado, guardaba dentro de su cabaña, junto a la puerta. —Jamás ha estado cerrado los sábados —afirmó Virgil. Se llevó la botella de cerveza a la boca, pero no acertó y se echó un chorro en el hombro izquierdo—. Dios, esto es el colmo. Cerrado repitió Franklin con creciente indignación

—. Ese hijo de puta se ha ido de parranda, eso es lo que pasa. Ya le voy a dar yo cerrado. —Encendió el motor y puso la primera. Con la sacudida la cerveza se derramó, espumeante, de la botella que llevaba entre las piernas, y empezó a correrle por los pantalones.

—¡Adelante, Franklin! —gritó Virgil, mientras dejaba escapar un sonoro eructo.

Franklin puso la segunda y aceleró por el camino irregular y cubierto de baches. La camioneta saltaba sobre sus gastados amortiguadores, mientras las botellas que caían de la parte de atrás se estrellaban contra el suelo. Las gaviotas se elevaron en vastos círculos vociferantes.

A unos cuatrocientos metros del portón, la bifurcación de Burns Road

(lo que ahora llamaban el camino del vertedero) terminaba en un amplio descampado destinado a la basura. Arces y alisos se abrían para dejar libre una gran superficie plana de tierra removida y surcada por la vieja excavadora que Dud usaba y que ahora estaba aparcada junto a su cabaña. Más allá estaba el pozo donde iba a

**parar el material
combustible.**

**Basuras y desperdicios,
adornados por el brillo de
botellas y latas de aluminio,
sé elevaban en dunas
gigantescas.**

**—¡Maldito jorobado
inservible! Parece que en
toda la semana no ha
enterrado ni quemado
nada —**

**masculló Franklin, y pisó el
freno, que se hundió hasta
el suelo con un chillido
mecánico. Al cabo de un**

**momento el vehículo se
detuvo—. Estará
durmiendo la mona, eso es
lo que pasa.**

**—Nunca he oído que Dud
bebiera mucho —comentó
Virgil mientras arrojaba
por la ventanilla la botella
vacía y sacaba otra de la
bolsa marrón que
descansaba en el suelo. La
abrió contra el picaporte
de la puerta y
la cerveza, enloquecida por
los saltos, se le derramó**

**burbujeando sobre la
mano.**

**—Todos los jorobados
beben —sentenció
sabiamente Franklin.**

**Después de escupir por la
ventana, se**

**dio cuenta de que estaba
cerrada y frotó con la
manga de la camisa el
vidrio rayado y opaco—.**

Vamos a verle.

Tal vez le pase algo.

**Dio marcha atrás a la
camioneta, describiendo un
amplio círculo impreciso,**

hasta detenerla con la parte trasera contra la última acumulación de desperdicios de Solar. Cuando apagó el motor, el silencio dejó sentir repentinamente su peso sobre ellos. A no ser por los graznidos inquietos de las gaviotas, no se oía ruido alguno.

**—Vaya quietud —
murmuró Virgil.**

Bajaron del vehículo para dirigirse hacia la parte de

atrás. Franklin retiró las trabas que sostenían la puerta abatible y la dejó caer con estrépito. Las gaviotas que habían estado comiendo hacia el fondo del

vertedero se elevaron en una nube, entre aletazos y graznidos.

Sin decir palabra, los dos hombres subieron a la caja de la camioneta y empezaron a descargarla.

Las

**bolsas de plástico verde
caían rodando y se abrían
al aplastarse contra el
suelo. Era tarea conocida
para
ambos. Los dos eran una
parte del pueblo que pocos
turistas veían, primero
porque el pueblo mismo los
ignoraba en virtud de un
acuerdo tácito, y segundo
porque Franklin y Virgil se
habían recubierto de una
coloración protectora. Si
uno se cruzaba con la
camioneta por el camino, se**

**olvidaba de ella en el
mismo
momento en que
desaparecía del espejo
retrovisor. Si por
casualidad se veía la choza
en que vivían, y desde la
cual una chimenea de lata
enviaba al pálido cielo de
noviembre una línea
delgada de humo, no se le
prestaba
atención. Si alguien
tropezaba con Virgil
cuando éste salía de la
cooperativa de**

**Cumberland con una
botella
de vodka barata en una
bolsa de papel marrón, le
saludaba con un «hola» sin
que después .pudiera
recordar
con quién se había
encontrado: la cara le
parecía familiar, pero el
nombre se le escapaba. El
hermano de
Franklin era Derek
Boddin, el padre de Richie
(el recientemente**

derrocado rey del colegio de Stanley Street), y Derek casi se había olvidado de que su hermano aún vivía y estaba en el pueblo. Franklin había superado la condición de oveja negra: era completamente gris. Una vez vacía la camioneta, Franklin le dio un puntapié a la última lata y se volvió a ajustar en la cintura los pantalones verdes de trabajo.

**—Vamos a ver a Dud
-propuso. ,
Virgil se pisó el cordón de
un zapato y cayó sentado
de culo.
—¡Joder, qué mal que
hacen los zapatos
últimamente —masculló.
Mientras se acercaban a la
cabaña de Dud vieron que
la puerta estaba cerrada.
—¡Dud! —vociferó
Franklin—. ¡Eh, Dud
Rogers!
Dio un golpe a la puerta y
la cabaña entera se**

estremeció. El gancho que cerraba la puerta por dentro se soltó, y ésta se abrió, vacilante. La cabaña estaba vacía, pero se percibía un olor dulzón y enfermizo que hizo que los dos hombres se miraran poniendo mala cara, a pesar de estar acostumbrados a toda clase de hedores.

A Franklin le recordó fugazmente los encurtidos que han pasado muchos

**años en un recipiente, a
oscuras,
hasta que el líquido en que
están sumergidos se pone
blancuzco.**

**—Huele peor que la
gangrena —masculló
Virgil.**

**Sin embargo, la cabaña
estaba impecablemente
limpia. La camisa de Dud
pendía de un gancho
encima
de la cama, la astillada silla
de cocina estaba junto a la
mesa, y el jergón estaba**

**tendido como si fuera un
catre
de campaña. La lata de
pintura roja, con
churretones aún frescos en
los costados, estaba situada
sobre un
periódico doblado, detrás,
de la puerta.**

**—Si no salimos de aquí
acabará vomitando —
anunció Virgil, cuyo rostro
había adquirido un tono
blanco verdoso.**

Franklin, que no se sentía mejor, retrocedió y cerró la puerta.

Ambos se quedaron mirando el vertedero, tan desierto y estéril como la luna.

**—Por aquí no está —
concluyó Franklin—.**

Andará por el bosque.

—¿Frank?

—¿Qué?

—La puerta tenía el seguro puesto por dentro. Si Dud no está ahí, ¿cómo salió?

Sobresaltado, Franklin se dio vuelta a mirar la cabaña. Por la ventana, pensó decir, pero no lo dijo.

La

ventana no era más que un rectángulo recortado y cubierto con un plástico transparente. Y no era

bastante

grande para que Dud, con su giba, pudiera pasar por allí.

7

—Qué importa —gruñó hoscamente—. Si Dud no

**quiere darnos nuestra
parte, que se muera.**

**Vamonos
de aquí.**

**Volvieron hacia la
camioneta, mientras
Franklin sentía que algo se
infiltraba a través de la
membrana
protectora de la ebriedad;
algo pavoroso. Era como si
el vertedero tuviera una
palpitación propia, un
latido
lento, pero lleno de una
terrible vitalidad. De**

**pronto sintió la necesidad
de huir de allí.**

**—No se ve ninguna rata —
comentó Virgil.**

**Y no se veía ninguna;
gaviotas, únicamente.**

**Franklin trató de recordar
alguna vez que hubiera**

llevado su

**cargamento al vertedero y
no hubiera visto ratas.**

Nunca.

**—Debe de haber puesto
cebos envenenados, ¿eh,
Frank?**

**—Ven, vamos —fue la
única respuesta—.**

**Larguémonos de aquí
cuanto antes.**

**Después de la cena,
autorizaron a Ben para que
subiera a ver a Matt**

**Burke. La visita fue breve;
Matt**

**estaba durmiendo. Sin
embargo, le habían
retirado ya la tienda de
oxigenó; y la jefa de
enfermeras le dijo que
seguramente a la mañana
siguiente Matt estaría**

despierto y podría recibir alguna visita breve.

Ben observó que el rostro de su amigo estaba tenso y avejentado; por primera vez era el rostro de un viejo. Ahí tendido, inmóvil, parecía vulnerable e indefenso. Si todo esto es verdad, pensó Ben, esta gente no te está haciendo favor alguno, Matt. Si esto es verdad, entonces estamos en la ciudadela de la incredulidad,

**donde las pesadillas se
disipan con desinfectantes,
escalpelos y quimioterapia,
no con estacas de fresno y
Biblias y tomillo silvestre.**

**Aquí son felices con los
pulmones de acero, las
agujas hipodérmicas y los
irrigadores llenos de
soluciones de bario. Si la
columna de la verdad tiene
una gotera, ni se enteran ni
les
importa.**

**Fue hacia la cabecera de la
cama y suavemente tomó la**

cabeza de Matt para volverla. En la piel del cuello no había marcas. Tras un momento de vacilación, se dirigió al armario y lo abrió. Allí estaba la ropa de Matt, y del picaporte interior de la puerta pendía el crucifijo que llevaba Matt cuando Susan fue a visitarle. Ben volvió a acercarse a la cama y se lo colocó de nuevo alrededor del cuello.

**—Oiga, ¿qué está
haciendo? —preguntó una
enfermera que acababa de
entrar con una jarra de
agua y
una toalla.**

**—Estoy poniéndole su cruz
en el cuello —respondió
Ben.**

—¿Es católico?

**—Ahora sí —dijo con un
suspiro.**

8

**Era ya de noche cuando se
oyó un golpecito en la**

puerta de la cocina de la casa de los Sawyer en Deep Cut Road. Bonnie Sawyer fue a abrir. Llevaba un corto delantal atado a la cintura, tacones altos, y nada más.

Cuando la puerta se abrió, los ojos de Corey Briant se agrandaron y su boca se abrió.

—Oh... —articuló—.

¿Bonnie?

—¿Qué pasa, Corey

Deliberadamente apoyó una mano en el marco de la

puerta, para mostrar sus pechos desnudos. Al mismo tiempo cruzó los pies para llamar la atención sobre las piernas.

—Dios, Bonnie, ¿y si hubiera sido...?

—¿El empleado de la telefónica? —preguntó ella con una risita. Le tomó una mano y se la apoyó en el pecho—. ¿Quiere leer el contador?

Con un gruñido en el que había una nota de desesperación (la del

hombre que se ahoga y al hundirse por tercera vez encuentra una sirena en vez de una tabla), él la abrazó. Sus manos se cerraron sobre las nalgas, y el delantal almidonado crujió ásperamente.

—Ay, por favor. —Bonnie se retorció contra él—. ¿Es que va a probar si funciona el receptor, señor de la telefónica? Durante todo el día he estado esperando una llamada importante...

**Corey la levantó y cerró la
puerta de un puntapié.
Bonnie no tuvo que decirle
dónde estaba el
dormitorio: él ya lo sabía.
—¿Estás segura de que no
vendrá? —preguntó.
Los ojos de Bonnie
brillaban en la oscuridad.
—No sé a quién se refiere,
señor de la telefónica. Si es
a mi marido... está en
Burlington, Vermont.
Él la tendió sobre la cama,
con las piernas colgando
hacia un lado.**

**—Enciende la luz —pidió
Bonnie, con voz
súbitamente lenta y ronca
—, que quiero ver lo que
haces.**

**Corey encendió el foco que
había al lado de la cama y
la miró. El delantal estaba
corrido hacia un
costado. Los ojos de
Bonnie, entrecerrados y
ardientes, tenían las
pupilas brillantes y
dilatadas.**

**—Quítate eso —indicó él
con un gesto.**

—Quítemelo usted, que puede deshacer los nudos, señor de la telefónica.

Corey se inclinó obedientemente. Bonnie siempre le hacía sentir como un chiquillo inexperto que prueba por primera vez el plato, y a él siempre le temblaban las manos cuando estaba cerca de ella, como si su cuerpo transmitiera una corriente eléctrica. Ya no había momento en que no la

tuviera presente. Bonnie se le había metido en la cabeza como una de esas pequeñas llagas dentro de la boca que uno no deja de tocarse con la lengua hasta se le aparecía juguetonamente en sueños, con su piel dorada y excitante. Su imaginación no conocía límites.

—No; de rodillas —le dijo —. Ponte de rodillas.

Él se hincó torpemente y se arrastró hacia Bonnie,

**tendiendo la mano hacia
las cintas del delantal,
mientras ella le apoyaba los
pies en los hombros. Corey
se inclinó a besarle el
interior del muslo,
sintiendo la
carne firme y cálida.**

**—Así, Corey, así, sigue
subiendo, sigue...**

**—Una escena muy
interesante.**

**Bonnie Sawyer dio un grito
de espanto.**

Corey Briant levantó los ojos, parpadeando confundido.

Reggie Sawyer estaba apoyado contra la puerta del dormitorio. Apoyado en el antebrazo en forma descuidada y con los cañones hacia el piso, tenía una escopeta,

—Así que es verdad —se admiró Reggie, y dio un paso hacia el interior de la habitación, sonriendo—.

¿Qué os parece? Le debo una caja de cerveza a ese

**borrachín de Mickey
Sylvester, maldita sea.
Bonnie fue la primera en
recuperar la voz.**

**—Reggie, escúchame. No es
lo que crees. Se metió en la
casa, parecía enloquecido,
estaba.»**

**—Cállate, puta. —Reggie
seguía sonriendo.**

**Era un hombre enorme.
Llevaba el mismo traje de
color acerado que vestía
dos horas antes, cuando
Bonnie le había dado el
beso de despedida.**

—Escuche —dijo débilmente Corey, que sentía la boca llena de saliva—, por favor. Por favor, no me mate, aunque me lo merezca. Usted no querrá ir a la cárcel. No vale la pena por esto. Pégueme, sé que eso es inevitable, pero por favor no...

—No sigas de rodillas, Perry Masón —dijo Reggie Sawyer sin que la sonrisa se borrara de sus labios—.

**Tienes abierta la
cremallera de la bragueta.
—Escuche, señor Sawyer..
—Oh, llámame Reggie —
continuó él, siempre
sonriente—. Si somos poco
menos que compinches.
Hasta he estado
aprovechando tus roñosas
sobras, ¿no es así?
—Reggie, no es lo que tú
piensas, me violó..
Su esposo la miró con su
sonrisa dulce y bondadosa.
—Si dices una palabra
más, te meteré esto por el**

cono y no volverás a abrir la boca nunca más.

Bonnie empezó a lloriquear. La cara se le había puesto mortalmente pálida.

—Señor Sawyer... Reggie...

—Tu apellido es Bryant, ¿verdad? ¿Tu padre es Pete Bryant?

La cabeza de Corey asintió desesperadamente.

—Sí, eso es. Escuche...

—Cuando yo trabajaba para Jim Webber solía venderle gasolina —evocó

Reggie con una sonrisa—.

Fue

**unos cuatro o cinco años
antes de que conociera a
esta perra. ¿Sabe tu padre
que estás aquí?**

**—No, señor, y se le partiría
el corazón. Pégueme» me lo
merezco, pero si me mata
mi padre lo sabrá
todo y le matará, y será
usted responsable de dos...**

**—No, apuesto a que él no
lo sabe. Ven un momento a
la sala, que tenemos que
hablar de este asunto.**

**Ven. —Le sonrió para
hacerle ver que no tenía
mala intención, y después
sus ojos se detuvieron en
Bonnie,
que le miraba aterrada—.
Tú quédate aquí, preciosa.
Vamos, Bryant. —Le hizo
un gesto con la escopeta.
Tambaleante, Corey pasó a
la sala seguido por Reggie.
Sentía las piernas como de
goma. De repente, la
espalda empezó a picarle
desesperadamente. Ahí me
va a apuntar, pensó,**

exactamente entre los omóplatos. Se preguntó si viviría lo suficiente para ver sus entrañas estrellándose contra la pared...

—Date la vuelta —dijo Reggie.

Corey, que empezaba a gimotear, giró sobre los talones. Aunque no quería lloriquear, no podía evitarlo.

La escopeta ya no pendía indolentemente del antebrazo de Reggie; el

doble cañón apuntaba a la cara de

Bryant. Le pareció que los orificios gemelos se agrandaban hasta convertirse en pozos insondables.

—¿Sabes lo que has estado haciendo? —preguntó Reggie. La sonrisa había desaparecido y la expresión de su rostro era muy seria. Corey no contestó. Era una pregunta estúpida. Pero siguió lloriqueando*

—Te has acostado con la mujer del prójimo, Corey.

¿Así te llamas?

Corey asintió en silencio, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas.

—¿Sabes qué les pasa a los que hacen eso cuando los atrapan?

Corey volvió a asentir.

—Coge el cañón de esta escopeta, Corey. Es muy fácil. Para disparar el gatillo se necesita una fuerza

determinada, digamos que yo ya estoy aplicando la mitad de esa fuerza. Haz como si estuvieras acariciando a mi mujer.

La mano temblorosa de Corey se dirigió hacia el cañón de la escopeta. Sintió el frío del metal contra la palma sudorosa. De su garganta brotó un largo gemido de agonía. No había nada que hacer. Las súplicas eran inútiles.

**—Póntela en la boca,
Corey. Los dos cañones. Sí,
eso es... Así está bien. Sí
que tienes la boca bastante
grande, Métetela hasta la
garganta.**

**Las mandíbulas de Corey
estaban abiertas hasta el
límite. Los cañones de la
escopeta se le apoyaban
casi**

**en el paladar, y las arcadas
le sacudían el estómago.**

**Sentía el acero aceitoso
contra los dientes.**

-Cierra los ojos, Corey. ¡

**Corey se quedó mirándolo,
los ojos llenos de lágrimas y
tan grandes como platos.**

**Reggie volvió a sonreír
cordialmente.**

**—Cierra tus ojitos azules
de bebé.**

Corey lo hizo.

**Apenas si tuvo conciencia
de que los esfínteres se le
aflojaban.**

**Reggie apretó los dos
gatillos, y los percutores
cayeron con un doble clic
sobre las cámaras vacías.**

Corey se desplomó en el suelo, desmayado.

Sin dejar de sonreír, Reggie le miró un momento y después dio vuelta a la escopeta y la cogió por los cañones.

—Ahora voy, Bonnie — anunció, volviéndose hacia el dormitorio.

Bonnie Sawyer empezó a chillar.

9

Corey Bryant se encaminó tambaleándose por Deep

Cut Road hacia el lugar donde había dejado aparcada la furgoneta de la telefónica. Su cuerpo hedía, y tenía los ojos vidriosos e inyectados en sangre. En la parte posterior de la cabeza, donde se había golpeado contra el suelo al desmayarse, tenía un gran chichón.

Sus botas hacían un ruido extraño al arrastrarse sobre la tierra blanda.

Corey trataba de no pensar en la ruina

**total en que se había
convertido su vida. Eran
las ocho y cuarto. • Cuando
le había despedido en la
puerta de
la cocina, Reggie Sawyer
seguía sonriéndole
bondadosamente. Desde el
dormitorio, como un
contrapunto a
sus palabras, llegaban los
sollozos desgarradores de
Bonnie.**

**—Ahora te vas como un
buen chico. Te metes en tu**

furgoneta y te vuelves al pueblo. A las diez menos cuarto pasa el autobús que va de Lewiston a Boston. En Boston puedes tomar otro a cualquier lugar del país.

La parada está en el bar de Spencer. Márchate, porque si te vuelvo a ver te mataré. Con ella no pasará nada; ya está domada. Durante un par de semanas tendrá que usar pantalones, y blusas de manga larga, pero en la

cara no le quedará marca alguna. Lo mejor que puedes hacer es irte de Salem's Lot sin cambiarte de ropa siquiera, antes de que vuelvas a pensar que eres un hombre.

Y ahí iba Corey, caminando y dispuesto a hacer exactamente lo que le había dicho Reggie Sawyer. Desde Boston podría ir hacia el Sur... a cualquier parte. En el banco tenía

una cuenta con algo mas de mil dólares. Su madre siempre había dicho que era un muchacho muy ahorrativo. Podía telegrafiar para que le enviaran el dinero, y vivir de eso hasta que consiguiera trabajo y empezara con la larga y ardua tarea de olvidarse de esa noche, del sabor del cañón de la escopeta, del olor de sus

**excrementos aplastados
contra los
pantalones.**

—Hola, señor Bryant.

**Corey soltó un grito
ahogado y miró a la
oscuridad* sin ver nada al
principio. El viento se
movía en los
árboles y hacía que las
sombras danzaran a través
del camino. De pronto sus
ojos distinguieron una
sombra
más sólida, de pie junto al
muro de piedra que corría**

**entre el camino y el campo
de Cari Smith. La sombra
tenía forma humana, pero
había algo... algo...**

—¿Quién es usted?

**=—Un amigo que ve
mucho, señor Bryant.**

**La forma salió de las
sombras. A la débil luz,
Corey vio un hombre de
mediana edad con bigote
negro y**

brillantes ojos hundidos.

**-Le han tratado a usted
mal, señor Bryant. ,**

-¿Qué sabe usted de mis cosas?

-Es mucho lo que se. Saber es mi oficio; ¿Fuma?

-Sí.-Corey aceptó con agradecimiento el cigarrillo que le ofrecían.

El extraño encendió una cerilla, y a la luz de la llama pudo ver que el hombre tenía pómulos salientes, esclavos, la frente pálida y huesuda, y que su pelo negro estaba peinado hacia

**atrás. Después la cerilla se
apagó
y el humo penetró, áspero,
en sus pulmones. Era un
cigarrillo barato, pero era
mejor que nada. Empezó a
sosegarse.**

**—¿Quién es usted? —
volvió a preguntar.**

**El extraño soltó una risa
sorprendentemente gutural
que se disipó en la leve
brisa lo mismo que el humo
del cigarrillo de Corey.**

**—¡Nombres! —exclamó su
interlocutor—. ¡Oh, los**

**norteamericanos y su
insistencia en los nombres!
¡Permítame que le venda
un coche, soy Bill Smith!
¡Cómase esto! ¡Vea aquello
por televisión! Mi nombre
es**

**Barlow, por si eso le
tranquiliza. —Y volvió a
soltar la risa, mientras sus
ojos brillantes
pestañeaban.**

**Corey sintió que una
sonrisa se deslizaba
también hasta sus labios, y
apenas si pudo creerlo. Sus**

**problemas parecían
distantes, sin importancia,
en comparación con el
desdeñoso buen humor de
aquellos ojos
oscuros.**

**—Es extranjero, ¿verdad?
—le preguntó.**

**—Soy de muchas tierras;
pero para mí este país...
este pueblo... es como si
estuviera lleno de
extranjeros.**

¿Comprende usted? ¿Eh?

**—Otra vez estalló en
aquella risa gutural.**

Y esta vez Corey se encontró riendo también. La risa se le escapó de la garganta como un croar disonante.

**—Extranjeros, sí —
continuó el otro—, pero
hermosos extranjeros, de
sangre caliente,
emprendedores y
llenos de vida. ¿Sabe usted
qué hermosa es la gente de
su país y de su pueblo,
señor Bryant?**

**Corey apenas pudo emitir
una risita, pero no apartó**

los ojos de la cara del extraño, que le había fascinado.

—El pueblo de este país jamás ha sabido lo que es hambre o necesidad. Han pasado dos generaciones desde que conocieron algo que se le pareciera, e incluso entonces fue breve y circunstancial. Creen haber conocido la tristeza, pero su tristeza es la de un niño a quien en una fiesta de

**cumpleaños se le cae al
suelo el
helado. No hay... ¿cómo se
dice en su idioma...?,
flaqueza en ellos.
Derraman vigorosamente
la sangre de su
prójimo. ¿No lo cree usted?
¿No lo ve?**

—Sí —asintió Corey.

**Al mirar los ojos del
extraño pudo ver muchas
cosas, todas admirables.**

**—Este país es una
sorprendente paradoja. En
otros países, cuando un**

**hombre come sin
restricciones día
tras día, se vuelve gordo...
dormilón..., se pone hecho
un cerdo. Pero aquí...
parece que cuanto más
tenéis, más
agresivos os volvéis. Como
el señor Sawyer. Con todo
lo que tiene, te regatea
unas pocas migajas de su
mesa.**

**Él también es como un niño
en una fiesta de
cumpleaños, que aparta de**

**un empujón a otro bebé,
aunque él ya
no pueda comer más, ¿no
es así?**

**—Sí —[^]balbuceó Corey.
Los ojos de Barlow eran
tan grandes y tan
comprensivos... No era más
que cuestión de...**

**—Todo es cuestión de
perspectiva, ¿no es verdad?**

**—¡Sí! —exclamó Corey.
El hombre había
pronunciado la palabra
justa, exacta, perfecta. El**

cigarrillo se le escurrió de los dedos y cayó al suelo.

—Yo podría haber pasado por alto una comunidad rústica como ésta — reflexionó el extraño—.

Podría haber ido a una de vuestras grandes ciudades bulliciosas. ¡Bah! —Se enderezó súbitamente, mientras sus ojos centelleaban—. ¿Qué sé yo de las ciudades? ¡Allí me atropellaría el primer

**cabriolé que pasara por la
calle!**

**¡Me ahogaría en ese aire
infecto! Entraría en
contacto con hombres
untuosos y estúpidos, cuyas
preocupaciones son para
mí... ¿cómo decís,
hostiles...?, sí, hostiles.
¿Cómo podría enfrentarse
un pobre
campesino como yo con el
huero refinamiento de una
gran ciudad... aunque sea
de una ciudad**

norteamericana? ¡No! ¡Yo repudio vuestras ciudades!
^¡Oh, sí! —susurró Corey.
—Por eso he venido aquí, a un lugar del cual me habló por primera vez un hombre brillante, que fue vecino de este pueblo y ahora lamentablemente ha muerto. Aquí las gentes siguen siendo ricas y sanguíneas, gente rebotante de la agresión y la oscuridad que tan necesarias son para...

**no hay palabra para eso en
vuestro
idioma. Pokol; vurderlak;
eyalik. ¿Sabes a qué me
refiero?**

—Sí —balbuceó Corey.

**—La gente no se ha
separado de la vitalidad
que fluye de la madre
tierra, cubriéndola con un
caparazón
de cemento. Sus manos se
hunden en la savia de la
vida. ¿Han arrancado la
vida de la tierra, entera y
palpitante! ¿No es verdad?**

-¡Sí!

**Con una risita bondadosa,
el extraño apoyó una mano
en el hombro de Corey.**

**—Eres un buen muchacho.
Un hermoso muchacho,
fuerte. No creo que quieras
irte de un pueblo tan
perfecto, ¿no?**

**—No... —murmuró Corey,
pero de pronto dudó.
El miedo regresaba. Pero
seguramente no tenía
importancia. Ese hombre
no permitiría que le
sucediera**

nada malo.

—Pues no te irás. Nunca.

Corey se quedó inmóvil y tembloroso, como si hubiera echado raíces, mientras la cabeza de Barlow se inclinaba hacia él.

—Y lograrás vengarte de los que se llenan mientras otros padecen necesidad. Corey Bryant se hundía en el gran río del olvido, y ese río era el tiempo, y sus aguas eran rojas.

10

**Eran las nueve, y por el
televisor del hospital,
empotrado en la pared,
estaba a punto de empezar
la
película del sábado por la
noche, cuando sonó el
teléfono que había junto a
la cama de Ben. Era Susan,
que
apenas si podía mantener
el control de su voz.**

**—Ben, Floyd Tibbits ha
muerto. Murió en la celda,
en algún momento de la
noche. El doctor Cody dice**

**que por anemia aguda...
¡pero yo conocía a Floyd!
Sufría de hipertensión y
por eso no le aceptaron en
el
ejército.**

**—Tranquilízate —aconsejó
Ben, mientras se sentaba en
la cama.**

**—Hay más. Una familia de
apellido McDougall, que
vive en el Bend. Se les
murió un bebé de diez
meses. A la señora
McDougall la han detenido.**

—¿Sabes cómo murió el bebé?

—Mi madre dijo que la señora Evans fue a ver por qué gritaba Sandra McDougall, y fue ella quien llamó

al anciano doctor

Plowman. Plowman no dijo nada, pero la señora Evans le comentó a mi madre que al bebé

no parecía pasarle nada..., salvo que estaba muerto.

—Y tanto Matt como yo, los estrafalarios, estamos

casualmente fuera del pueblo y fuera de combate

—

reflexionó Ben, más para sí que para Susan—. Casi como si fuera planeado.

—Hay más.

—¿Más?

—Cari Foreman ha desaparecido, y el cuerpo de Mike Ryerson también.

—Creo que es eso —se oyó decir Ben—. Tiene que ser eso. Voy a salir de aquí mañana.

—¿Te darán de alta tan pronto?

—No tendrán nada que decir al respecto. —Ben articuló las palabras sin pensar en ellas; su mente estaba

en otra cosa—. ¿Tienes un crucifijo?

—Un... —Su voz sonó sorprendida, y un poco divertida—. Vaya, pues no.

—No bromeo, Susan.

Jamás he hablado más en serio. ¿Hay algún lugar

**donde puedas conseguir
uno a
esta hora?**

**—Bueno, está Mane
Boddin. Podría ir hasta...**

**—No. No salgas a la calle.
Quédate en casa. Haz uno
tú misma, aunque sea
encolando dos trozos de
madera. Y déjalo junto a tu
cama,**

**—Ben, todavía no puedo
creerlo. Tal vez es un
maníaco, alguien que cree
ser un vampiro, pero...**

**—Tú cree lo que quieras,
pero haz esa cruz.**

—Pero...

**—¿La harás aunque no sea
más que para darme
gusto?**

**La respuesta llegó de mala
gana:**

—Sí, Ben.

**—¿Puedes venir al hospital
mañana a las nueve?**

—Sí.

**—Muy bien. Subiremos los
dos a informar a Matt.**

**Después tú y yo iremos a
hablar con el doctor Cody.**

**—Pensará que estás loco,
Ben. ¿Es que no lo sabes?**

**—Imagino que así es. Pero
todo parece más real
cuando se hace de noche,
¿o no?**

**—Sí —admitió en voz baja
Susan—. Por Dios, sí.
Sin razón alguna, Ben
pensó en la muerte de
Miranda: la motocicleta
que derrapaba sobre el
asfalto
mojado, perdido el control,
el grito de ella, el sordo**

**pánico de él, el flanco del
camión que crecía y crecía
mientras se aproximaban
hacia él oblicuamente.**

—¿Susan?

—Sí.

—Cuídate, por favor.

**Después, Ben se quedó
mirando la televisión, casi
sin ver la comedia de Doris
Day y Rock Hudson. Se
sentía desnudo,
desprotegido. Él mismo no
tenía cruz. Sus ojos
vagaron inciertamente
hacia las ventanas, que**

no le mostraron más que la oscuridad. El viejo terror infantil de las tinieblas empezó a crecer, y al mirar la película, donde Doris Day le daba un baño de espuma a un perro peludo, sintió miedo.

11

En Portland, el depósito de cadáveres del condado es un salón frío y aséptico, revestido de azulejos verdes. Los suelos y las paredes son de un verde

uniforme, y el techo un poco más claro. En las paredes se abren puertas cuadradas que parecen las taquillas de una terminal de autobuses. Los largos tubos fluorescentes, paralelos, arrojan una luz neutra y fría sobre el conjunto. No es un decorado muy agradable, pero jamás se ha sabido de ningún cliente que se quejara.

**A las diez menos cuarto de
ese sábado por la noche,
dos ayudantes entraron la
camilla donde venía,
cubierto por una sábana, el
cuerpo de un joven
homosexual a quien habían
disparado en un bar. Era el
primer
cadáver que recibían esa
noche; las víctimas de la
carretera solían llegar
entre la una y las tres de la
madrugada.**

**Buddy Bascomb estaba
contando un chiste verde**

**sobre desodorantes
vaginales, cuando se
interrumpió
en mitad de una frase y se
quedó mirando la línea de
puertas de la M a la Z. Dos
de ellas estaban abiertas.
Buddy y Bob Greenberg
dejaron al recién llegado y
se dirigieron hacia allí.
Buddy miró la etiqueta
colocada en la puerta a que
llegó primero, mientras
Bob seguía hacia la otra.
TIBBIST, FLOYD
MARTIN**

Sexo: M

Ingreso: 4.10.75

**Autopsia fijada para:
5.10.75**

**Firmado: J. M. Cody,
médico**

**Bob tiró de la puerta y la
plataforma se deslizó
silenciosamente hacia fuera
sobre sus ruedecillas.**

Vacía.

—¡Eh! —vociferó

**Greenberg—. ¡Este maldito
agujero está vacío! ¿Quién
diablos...?**

—Yo estuve todo el tiempo en el escritorio —dijo Buddy—, y nadie pasó por allí. Puedo jurarlo. Debió ocurrir durante la guardia de Carty. ¿Qué nombre hay en ese otro?

—McDougall, Randall Fratus. ¿Qué quiere decir la abreviatura N.?

—Niño —explicó sombríamente Buddy—. Por Cristo, creo que hay algún problema.

12

Algo le había despertado.

**Se quedó inmóvil en la
oscuridad palpitante,
mirando el techo.**

Un mudo. Se oía un ruido.

**Pero la casa estaba en
silencio.**

**Otra vez. Como si
rascaran.**

**Mark Petrie se dio la vuelta
en la cama y miró por la
ventana, y ahí estaba**

**Danny Glick con los ojos
fijos**

**en él a través del cristal,
con la cara de una palidez
sepulcral, los ojos**

desencajados y enrojecidos.

Tenía los

labios y el mentón

embadurnados con alguna

sustancia oscura, y cuando

vio que Mark le miraba le

sonrió,

mostrando unos dientes

horriblemente largos y

agudos.

—Déjame entrar —

susurró.

Mark no estaba seguro de

si las palabras habían

atravesado el aire oscuro o

sonaban sólo dentro de su

cabeza.

Se dio cuenta de que estaba asustado, y de que su cuerpo lo había sabido antes que su mente. Jamás había estado tan asustado, ni siquiera cuando se cansó de nadar al volver de la boya de Pop-ham Beach y creyó que se ahogaría. Su mente, que en cierto modo seguía siendo la de un niño, hizo en pocos segundos un balance de su situación. El peligro que corría era más que peligro de muerte.

**—Déjame entrar, Mark.
Quiero jugar contigo.
No había nada donde
pudiera sostenerse ese ente
abominable que estaba del
otro lado de la ventana, la
habitación de Mark estaba
en el piso de arriba, y la
ventana no tenía alféizar.
Sin embargo, de alguna
manera
se mantenía suspendido en
el vacío, o tal vez estaba
aferrado a los ladrillos
como un oscuro insecto.**

—Mark... por fin he podido venir. Por favor...

Claro. Uno tiene que invitarles a entrar, pensó Mark.

Mark lo sabía por sus revistas de monstruos, las que su madre temía que pudieran trastornarlo de alguna manera.

Al levantarse de la cama, casi se cayó. Sólo entonces se dio cuenta de que miedo era una palabra

**demasiado débil para eso.
Ni siquiera terror servía
para expresar lo que sentía.
El pálido rostro que lo
miraba
desde fuera procuraba
sonreír, pero llevaba
demasiado tiempo en las
tinieblas para recordar
cómo se hacía. Lo
que Mark veía era una
mueca crispada, una
sangrienta máscara de
tragedia.
Sin embargo, si uno le
miraba a los ojos, no era**

**tan terrible. Si uno le
miraba a los ojos, ya no
tenía tanto
miedo y comprendía que
todo lo que tenía que hacer
era abrir la ventana y decir
«Entra, Danny», y que
entonces ya no tendría más
miedo porque sería lo
mismo que Danny y que
todos ellos, y lo mismo que
éL**

Sería...

**¡No! ¡Así es como te
atrapan!**

Apartó los ojos, y para hacerlo necesitó de toda su fuerza de voluntad.

**—¡Mark, déjame entrar!
¡Te lo ordeno! \Él lo ordena!**

Mark empezó otra vez a caminar hacia la ventana. Era imposible de evitar. No había manera de negar esa voz. A medida que se aproximaba al cristal, el maligno rostro infantil empezó a convulsionarse y a hacer

**horribles muecas,
ansiosamente. Las uñas,
negras de tierra, rascaban
el cristal de la ventana.
Piensa en algo. ¡Rápido!, se
ordenó Mark.
—El arzobispo de
Constantinopla —susurró
roncamente—. El
arzobispo de
Constantinopla se quiere
desarzobispoconstantinopo
lizar. El
desarzobispoconstantinopo
lizador que lo**

**desarzobispoconstantinopo
lice**

buen

**desarzobispoconstantinopo
lizador será.**

**Danny Glick, con la mirada
fija en él, emitía un sonido
sibilante.**

**—¡Mark! ¡Abre la
ventana!**

—En un plato de patatas...

**—La ventana, Mark, \él lo
manda!**

**—... tres tristes tigres
comen trigo.**

Se sentía debilitar. Esa voz susurrante estaba atravesando sus defensas, y la orden era imperativa.

Los

ojos de Mark se fijaron en su escritorio, atestado de monstruos de juguete que ahora parecían tan ingenuos y estúpidos... Y al reparar de pronto en una de las figuras, se hicieron más grandes.

El vampiro de plástico se paseaba por un

camposanto de plástico, y uno de los monumentos tenía forma de cruz.

Sin detenerse a pensarlo ni considerarlo (cosas ambas que se le habrían ocurrido a un adulto, a su padre, por ejemplo, y que para él habrían sido la rutina), Mark arrancó la cruz, la empuñó con firmeza y dijo: —Pues entra, entonces. El rostro esbozó una astuta expresión de triunfo. La

**ventana se abrió y Danny
entró en la habitación y
dio dos pasos. La
exhalación de la boca
abierta era fétida; el hedor
de un osario. Las manos
blancas, frías
como peces, se apoyaron en
los hombros de Mark. Su
cabeza se inclinó como la
de un perro mientras el
labio
superior se elevaba sobre
los colmillos
resplandecientes.**

**Con un gesto decidido,
Mark levantó la cruz de
plástico y la apoyó contra
la mejilla de Danny Glick.
El alarido fue horrible,
sobrenatural... y silencioso.
Sólo despertó ecos en los
corredores de su cerebro y
en las cámaras de su alma.
En aquello que era el
rostro de Glick, la sonrisa
de triunfo se transformó en
una
desesperada mueca de
agonía. De la carne pálida
empezó a brotar humo y**

**durante un momento, antes
de que
la criatura se retorciera, a
medias arrojándose, a
medias cayendo por la
ventana, Mark sintió que la
carne
cedía como si fuera humo.
De pronto todo terminó,
como si jamás hubiera
sucedido.
Pero por un momento la
cruz resplandeció con una
luz incandescente, como si
la iluminara un fuego
interior.**

**Mark oyó el clic
inconfundible de la
lámpara al encenderse en
el dormitorio de sus
padres, y la voz de su
padre:**

**—¿Qué demonios ha sido
eso?**

13

**Dos minutos después se
abrió la puerta de su
dormitorio, pero él ya
había tenido tiempo de
ponerlo todo
en orden.**

—Hijo, ¿estás despierto?
—preguntó Henry Petrie.
—Creo que sí —respondió
Mark con voz soñolienta.
—¿Has tenido una
pesadilla?
—Creo que sí... No me
acuerdo.
—Es que gritaste en
sueños.
—Disculpa.
—No importa. —Después
de cierta vacilación, el
padre le contó sus
recuerdos de cuando Mark
era un

**bebé, fuente de más
problemas pero
infinitamente más
manejable—. ¿No quieres
un poco de agua?**

—No, gracias, papá.

**Henry Petrie examinó
rápidamente la habitación,
sin poder entender la
estremecedora sensación de
miedo que le había
despertado, y que todavía
persistía, una sensación de
desastre al que había
escapado por**

un pelo. Sí, todo parecía en orden. La ventana estaba cerrada. Todo estaba en su lugar.

—Mark, ¿pasa algo?

—No, papá.

—Bueno... buenas noches, entonces.

—Buenas noches.

La puerta se cerró suavemente, y los pies de su padre, calzados con pantuflas, descendieron por las escaleras. Mark se relajó. En ese momento, un adulto

**podría haber cedido a la
histeria, lo mismo que un
niño
un poco mayor o más
pequeño. Pero Mark sintió
que el terror se desvanecía
en él. Y a medida que el
terror se
alejaba, la somnolencia
empezó a ocupar su lugar.
Antes de abandonarse por
completo, Mark se dio
cuenta de que estaba
pensando, y no por
primera vez,**

**lo extraño que eran los
adultos. Tomaban laxantes,
alcohol o pildoras para
dormir, para ahuyentar sus
terrores**

**y conseguir conciliar el
sueño, y sus temores eran
tan mansos, tan
domésticos: el trabajo, el
dinero, lo que
pensará la maestra si
Jennie no va a la escuela
mejor vestida, si me amará
mi mujer, quiénes serán
mis**

**amigos. Pálidos miedos
comparados con los que
experimentan todos los
niños en la oscuridad de
sus lechos,
sin poder confesárselos a
nadie en la esperanza de
ser comprendido, a no ser a
otro niño. No hay terapia
de
grupo ni psiquiatría ni
servicios sociales de la
comunidad para el niño
que debe hacer frente a eso
que todas**

las noches está en el sótano o debajo de la cama, a eso que acecha, se mueve y amenaza detrás del punto donde la visión se acaba. Y noche tras noche hay que librar la misma batalla solitaria, y la única cura es que al final las facultades imaginativas terminan por anquilosarse, y a eso se le llama ser adulto. En una especie de taquigrafía mental, más breve y más simple, esas

**ideas le pasaron por la
cabeza. La
noche anterior, Matt Burke
había hecho frente a un
terror semejante y le había
abatido un infarto
provocado
por el miedo; esta noche
Mark Petrie lo había
superado, y diez minutos
más tarde descansaba en la
falda del
sueño, con la cruz de
plástico todavía en la mano
derecha, como un bebé**

**sostiene el sonajero. Tal vez
la
diferencia entre el hombre
y el niño.**

ONCE

BEN (IV)

1

**A las nueve y diez de la
mañana del domingo —un
día luminoso y bañado por
el sol—, cuando Ben
empezaba a preocuparse
por no saber nada de
Susan, sonó el teléfono al
lado de su cama. Ben
respondió con**

impaciencia.

—¿Dónde estás?

—Tranquilízate. Estoy aquí arriba con Matt Burke, que solicita el placer de tu compañía tan pronto como puedas ofrecérsela.

—¿Por qué no has venido...?

—He pasado a verte, más temprano, y dormías como un cordero.

—Es que por la noche te dan unas drogas que te aturden, para poder

**robarte órganos para
pacientes
millonarios —bromeó Ben
—. ¿Cómo está Matt?
—Ven tú mismo a verlo —
respondió Susan, y apenas
había hecho más que
colgar cuando ya Ben
estaba
enfundándose en su bata.**

2

**Matt parecía mucho mejor,
casi rejuvenecido. Susan
estaba sentada junto a la
cama con un vestido de**

color azul brillante, y cuando Ben entró en la habitación, Matt levantó una mano para saludarlo. Ben acercó una de las incómodas sillas del hospital y se sentó.

—¿Y tú cómo te sientes?

—Mucho mejor. Débil, pero mejor. Anoche me quitaron el suero endovenoso y esta mañana me han dado un huevo pasado por agua. Anticipos del asilo para ancianos.

Ben besó levemente a Susan y advirtió en el rostro de ella una especie de tensa compostura, como si

todo estuviera sostenido por un delgado alambre.

—¿Alguna novedad desde que llamaste anoche?

—Ninguna, que yo sepa.

Pero yo he salido de casa a eso de las siete, y los domingos el pueblo se despierta un poco más tarde.

Ben dirigió la mirada a Matt.

—¿Te sientes bien para hablar de esto?

**—Sí, creo que sí —
respondió Matt, y cambió de posición. Con el movimiento, la cruz de oro que Ben le había colgado al cuello relumbró—. Por cierto, gracias por esto. Es un gran consuelo, aunque la compraras el**

**viernes por la tarde en la
sección saldos de
Woodworth.**

—¿Cómo estás ahora?

**—«Estabilizado» es el
repugnante término que
usó el joven doctor Cody
cuando me examinó ayer a
última hora de la tarde. De
acuerdo con el ECG que
me hizo, fue estrictamente
un infarto de segunda
división... sin formación de
coágulos —carraspeó—.
En interés de él, es de
esperar que así sea. —Se**

**interrumpió y miró a Ben
—. Dijo que había visto
casos así producidos por
una fuerte conmoción. Yo,
como si
tuviera cremallera en la
boca. ¿Hice bien?
—En ese momento sí. Pero
las cosas han cambiado.
Hoy, Susan y yo vamos a
ver a Cody y le
pondremos al tanto de
todo. Si no firma
inmediatamente los papeles
para encerrarme en el
manicomio, le**

**diremos que hable contigo.
—Pues le haré el favor de
escucharle —dijo
maliciosamente Matt—. El
muy presumido no me deja
fumar mi pipa.
—¿Te contó Susan lo que
ha sucedido en Salem's Lot
desde el viernes por la
noche?
—No. Dijo que prefería
esperar a que estuviéramos
todos juntos.
—Antes de que hable ella,
¿quieres contarme qué fue**

lo que pasó exactamente en tu casa?

El rostro de Matt se ensombreció y por un momento la máscara de la convalecencia se esfumó.

Ben tuvo un atisbo del viejo a quien había visto dormido el día anterior.

—SÍ no te sientes lo bastante...

—Oh, sí, estoy bien. Tengo que estar bien, si la mitad de lo que sospecho es verdad —sonrió

amargamente—. Siempre me he considerado un poco librepensador, y difícil de asustar. Pero es asombrosa la forma en que la mente trata de excluir algo que no le gusta o que considera amenazante. Como las pizarras mágicas con que jugábamos cuando éramos niños. Si a uno no le gustaba lo que había dibujado, no tenía más

**que correr la línea y
desaparecía.**

**—Pero la línea quedaba
marcada para siempre en
el fondo —señaló Susan.**

—Sí —le sonrió Matt—.

**Una hermosa metáfora de
la interacción entre lo
consciente y lo
inconsciente.**

**Lástima que Freud eligió la
de la cebolla. Pero estamos
divagando. —Miró a Ben
—. ¿A ti te lo ha contado
Susan?**

—Sí, pero...

—Entiendo. Vayamos al grano.

Relató la historia con voz tranquila y casi sin inflexiones, con una única pausa cuando una enfermera entró a preguntarle si quería un vaso de zumo. Matt le dijo que le encantaría, y se lo bebió a pequeños sorbos con la pajita, mientras hablaba. Ben observó que al llegar a la parte en que

Mike se caía hacia atrás por la ventana, los cubos de hielo tintineaban un poco en el vaso que sostenía en la mano. Sin embargo, la voz no vaciló; siguió sonando con la misma inflexión monótona que Matt usaba en sus clases. Ben pensó, no por primera vez, que era un hombre admirable. Terminado el relato, se produjo una breve pausa,

que fue rota por el propio Matt.

—Bien. Vosotros, que no habéis visto nada con vuestros propios ojos, ¿qué pensáis de esto?

—Ayer, Ben y yo hablamos bastante sobre ello --dijo Susan—, pero dejaré que sea él quien se lo diga a usted.

Con cierta timidez, Ben fue planteando cada una de las explicaciones razonables, para descartarlas

después. Cuando mencionó la persiana, el terreno blando y la falta de huellas de escalera, Matt aplaudió. ' —¡Bravo! ¡Buen detective! —Después miró a Susan—. Y usted, señorita Norton, que solía escribir unos ensayos tan sólidos, con párrafos como ladrillos unidos por el cemento de oraciones, ¿qué piensa usted?

La muchacha se miró las manos, que jugaban con un

pliegue de su vestido, y después levantó los ojos hacia él.

—Como ayer Ben me dio una conferencia sobre el significado lingüístico de no puedo* no usaré esa expresión. Pero me resulta muy difícil aceptar que anden vampiros al acecho por Salem's Lot, señor Burke.

—Si se pueden disponer las cosas para que no se viole el secreto, estoy dispuesto a someterme a un

detector de mentiras —dijo suavemente Matt.

Susan enrojeció un poco.

—No, no... no me entienda mal, por favor. Estoy convencida de que algo sucede en el pueblo. Algo... horrible.. Pero esa»

Matt tendió una mano y la apoyó sobre las de ella.

—Eso lo entiendo, Susan. ¿Pero quieres hacer algo por mí?

—Si puedo.

—Quisiera que los tres nos decidiéramos a partir de la

premisa de que todo esto es real. Que tengamos presente esa premisa hasta que podamos refutarla. El método científico. Ben y yo ya hemos analizado los modos y maneras de ponerla a prueba. Y nadie desea más que yo poder refutarla.

—Pero no cree que sea posible, ¿no es eso?

—No, no lo creo —admitió Matt—. Después de una larga conversación

conmigo mismo, llegué a una decisión: creo en lo que vi. —Dejemos de lado por un momento las cuestiones de creer y no creer —sugirió Ben—, que por ahora son académicas.

—De acuerdo —aprobo Matt—. ¿Cuáles son tus ideas sobre el procedimiento?

—Bueno —empezó Ben-, yo te designaría jefe de investigación; Dado tus antecedentes, resultas

**adecuado para la tarea. Y
estás obligado a mantener
inactividad física.**

**Los ojos de Matt brillaron
como cuando habló de la
perfidia de Cody al
prohibirle la pipa.**

**—Cuando abra la
biblioteca, telefonearé a
Loretta Starcher.**

**Necesitará una carretilla
para traerme los
libros.**

**—Es domingo y la
biblioteca está cerrada —le
recordó Susan.**

**—La abrirá para mí —
afirmó Matt—, y si no,
sabré por qué.**

**—Pídele todo lo que haya
sobre el tema —indicó Ben
—, tanto psicológico como
parapsicológico o
místico. Todo.**

**•—Iré tomando notas —
dijo Matt—. ¡Por Dios que
sí! —Miró a ambos—.**

**Desde que me desperté
aquí,
es la primera vez que me
siento un hombre. ¿Qué
vais a hacer?**

**—Primero, hablar con
Cody. Él examinó a
Ryerson y a Floyd Tibbits.
Tal vez podemos
persuadirle de
exhumar el cuerpo de
Danny Glick.**

**—Pero ¿lo hará? —
preguntó Susan.**

**Matt bebió un sorbo de
zumo antes de contestar.**

**—El Jimmy Cody que fue
mi discípulo lo habría
hecho, sin duda. Era un
muchacho imaginativo y de**

**mentalidad abierta,
notablemente resistente a
la hipocresía. Hasta qué
punto puedan haberlo
convertido en
empirista la universidad y
la facultad de medicina, no
lo sé.**

**—Todo esto me parece
descabellado —señaló
Susan—. Especialmente lo
de ir a ver al doctor Cody,
a
riesgo de que nos rechace
sin contemplaciones. ¿Por**

qué no vamos Ben y yo a casa de los Marsten y terminamos con todo esto? Eso estaba en el programa de la semana pasada.

—Te diré por qué — intervino Ben—, Porque vamos a proceder partiendo de la premisa de que todo esto es real ¿Estás tan ansiosa por ir a meter la cabeza en la boca del lobo?

—Yo creía que los vampiros dormían de día.

**—Sea lo que sea Straker,
no es un vampiro —señaló
Ben—, a menos que las
antiguas leyendas estén
equivocadas. Se muestra a
plena luz del día. Y lo
menos que haría sería
echarnos como intrusos, sin
que
llegáramos a enterarnos de
nada. En el peor de los
casos, si nos venciera y nos
encerrara allí hasta la
noche,**

seríamos el bocado perfecto para cuando despertara el conde.

—¿Barlow?

Ben se encogió de hombros.

—¿Por qué no? La historia del viaje de negocios a Nueva York es demasiado buena para ser cierta.

Aunque la expresión de sus ojos seguía siendo obstinada, Susan no dijo nada.

—¿Y qué .haréis si Cody se ríe de vosotros? —

preguntó Matt—. Eso, suponiendo que no os haga encerrar.

—Entonces iremos al cementerio al caer el sol •— declaró Ben—. A vigilar el sepulcro de Danny Glick. Cuestión de pruebas, digamos.

Matt se enderezó un poco sobre las almohadas.

—Prometedme que tendréis cuidado.

¡Prometédmelo, Ben!

—Claro que sí. Iremos rebosantes de cruces.

**—No hagas bromas —
balbuceó Matt—. Si tú
hubieras visto lo que yo...**

**—Volvió la cabeza para
mirar**

**por la ventana, que
mostraba las hojas de un
aliso iluminadas por el sol
y, más allá, el luminoso
cielo otoñal.**

**—Si ella bromea, yo no —
afirmó Ben—. Tomaremos
todas las precauciones.**

**—Id a ver al padre
Callahan —recomendó
Matt—. Pedidle que os dé**

**un poco de agua bendita, y
si es
posible también una hostia.
—¿Qué clase de hombre
es? —quiso saber Ben.
Matt se encogió de
hombros.**

**—Un poco raro. Borracho,
tal vez. En todo caso, si lo
es, es un borracho
cultivado y cortés. Tal vez
un
poco resentido bajo el yugo
de un Papado ilustrado.**

**—¿Está usted seguro de
que el padre Callahan es...**

de que bebe? —preguntó Susan.

—Seguro no —respondió Matt—. Pero un ex alumno mío, Brad Champion, trabajaba en la tienda de licores de Yarmouth y dice que Callahan es uno de los clientes habituales. De Jim Beam. Buen gusto.

—¿Sería posible hablar con él? —preguntó Ben.

—No lo sé, pero deberíais intentarlo.

—Entonces, ¿tú no lo conoces?

—No. Está escribiendo una historia de la Iglesia católica en Nueva Inglaterra, y sabe mucho de los poetas de nuestra supuesta edad de oro... Whittier, Longfellow, Russell, Holmes, todos éstos. A fines del año pasado lo invité a hablar en mi clase de estudiantes de literatura norteamericana. Tiene una mente rápida y punzante, que agradó a los muchachos.

**—Lo veré, y me dejaré
guiar por mi olfato —
prometió Ben.**

**Una enfermera se asomó,
hizo un gesto de
asentimiento y un momento
después entraba Jimmy
Cody,
con un estetoscopio colgado
del cuello.**

**—¿Molestando a mi
paciente? —bromeó.**

**—No tanto como tú —
protestó Matt—. Quiero mi
pipa.**

**—Pues puede usted tenerla
—respondió Cody con aire ausente, mientras estudiaba los datos clínicos de Matt.**

—Matasanos de mala muerte —masculló Matt. Cody dejó la ficha clínica y corrió la cortina verde que pendía alrededor de la cama, de un riel de acero en forma de C.

—Tengo que pedirles que salgan un momento. ¿Qué

**tal va su cabeza, señor
Mears?**

**—Bueno, parece que no se
me ha salido nada de
dentro.**

**—¿Sabe lo de Floyd
Tibbits?**

**—Susan me lo contó, y
quisiera hablar con usted,
si tiene un momento
cuando termine sus visitas.**

**—Si quiere, puedo dejarlo
como el último paciente de
la visita. A eso de las once.**

—Espléndido.

Cody volvió a mover la cortina.

—Y ahora, si usted y Susan quieren disculparnos...

—Hemos aquí, amigos, en el aislamiento —declamó Matt—. Decid la palabra secreta y os ganaréis cien dólares.

La cortina se interpuso entre Ben y Susan y la cama.

—La próxima vez que lo tenga a usted con oxígeno —le oyeron decir a Cody —, creo que aprovecharé

**para extirparle la lengua y
más o menos la mitad del
lóbulo frontal.**

**Ben y Susan sonrieron,
como sonríen los
enamoradoos cuando están
al sol y no pasa nada grave,
pero las
sonrisas se desvanecieron
casi instantáneamente. Por
un momento se
preguntaron si todo aquello
no sería una
chifladura.**

3

Cuando Jimmy Cody entró finalmente en el cuarto de Ben, eran las once y veinte.

**—De lo que yo quería hablar con usted... —
empezó Ben.**

—Primero la cabeza y después hablamos. —Cody le apartó suavemente el pelo, miró un momento y dijo—: Esto le va a doler. Cuando le quitó el vendaje adhesivo, Ben dio un respingo.

**—Bonito chichón —
comentó Cody, y volvió a**

**cubrir la herida con una
venda más pequeña.
Dirigió la luz de su linterna
a los ojos de Ben y después
le golpeó la rodilla
izquierda con un martillito
de goma. Con súbita
morbosidad, Ben pensó si
sería el mismo que había
usado con Mike Ryerson.
—Parece que todo va bien
—comentó el médico,
mientras dejaba a un lado
sus instrumentos—. ¿Cuál
era el apellido de soltera de
su madre?**

**—Ashford—respondió
Ben, a quien le habían
hecho preguntas similares
cuando recuperó por
primera
vez el conocimiento.**

**—¿Y la maestra de primer
grado?**

**—La señora Perkins. Se
teñía el pelo.**

**—¿El segundo nombre de
su padre?**

—Merton.

—¿Mareos o náuseas?

—No.

—¿No percibe olores raros, colores o...?

—No, no y no. Estoy perfectamente.

—Eso lo decidiré yo — especificó Cody—. ¿En algún momento vio doble imagen?

—Desde la última vez que bebí toda una botella de Thunderbird, no.

—Muy bien. Le declaro curado gracias a las maravillas de la ciencia moderna y a la suerte de tener la

**cabeza dura. Ahora, ¿de
qué quería hablarme? De
Tibbits y del chico de los
McDougall, imagino. Lo
único**

**que puedo decirle es lo que
le dije a Parkins Gillespie.
Primero, que me alegro de
que no haya aparecido en
los periódicos; en un
pueblo pequeño, con un
escándalo por siglo es
bastante. Segundo, que no
sé quién pudo
hacer una cosa tan
retorcida. No puede haber**

sido nadie del pueblo.

Tenemos nuestra cuota de horrores,

pero...

Se interrumpió al ver la expresión intrigada de Ben y Susan.

—¿No lo saben? ¿No les han contado?

—¿Contado qué? — preguntó Ben.

—Parece algo de Boris Karloff y Mary Shelley.

Anoche alguien se llevó los cadáveres del depósito en Portland.

**—Cristo —murmuró
Susan.**

**—¿Qué pasa? —preguntó
Cody—. ¿Es que ustedes
saben algo de esto?**

**—Estoy empezando a
pensar que sí —respondió
Ben.**

4

**Cuando terminaron de
contárselo todo eran las
12.10. La enfermera había
traído el almuerzo de Ben
en**

**una bandeja, que seguía
intacta junto a la cama.**

**La última palabra se
extinguió y no se oyó otro
ruido que el entrechocar de
vasos y cubiertos por la
puerta entreabierta,
mientras los demás
pacientes del pabellón
comían.**

**—Vampiros —repitió
Jimmy Cody—. Y Matt
Burke. Tratándose de él, es
muy difícil tomarlo a risa.
Ben y Susan se quedaron
en silencio.**

**—Así que quieren que
exhume el cadáver del**

**chico de los Glick —
masculló—. Lo único que
faltaba.**

**Sacó un frasco de su
maletín y se lo arrojó a
Ben, que lo atrapó al vuelo.
—Aspirina —informó—.**

¿La usa usted?

—Mucho.

**—Mi padre solía decir que
era la mejor enfermera de
un buen médico. ¿Sabe
usted cómo actúa?**

**—No —contestó Ben,
mientras hacía girar en las**

manos el frasco de aspirinas.

No conocía a Cody lo suficiente para saber qué era lo que ocultaba o lo que dejaba ver, pero estaba seguro de que no eran muchos los pacientes que lo veían así, nublado el rostro juvenil por las cavilaciones y la introspección. No quiso interrumpir el estado de ánimo de Cody.

—Ni yo —continuó éste—. Ni nadie, en realidad. Pero

es buena para el dolor de cabeza, la artritis y el reumatismo. Tampoco sabemos qué son esas dolencias. ¿Por qué ha de dolerle a uno la cabeza, si no hay nervios en el cerebro? Sabemos que la composición química de la aspirina se parece mucho a la del LSD, pero ¿por qué uno de ellos alivia el dolor de cabeza mientras el otro hace que la

cabeza se llene de flores?

En

parte, la razón de que no lo entendamos es que no sabemos realmente qué es el cerebro. El mejor médico del

mundo está en un islote en medio de un mar de ignorancia. Sacudimos nuestras varas de brujos, matamos

nuestros cobayas, y leemos mensajes en la sangre. Y todo eso funciona muchas veces. Magia blanca. Bene

gris gris. Mis profes de la facultad se tirarían de los pelos si me oyeran decir esto. Algunos ya lo hicieron cuando supieron que me dedicaría a la medicina general en una zona rural de Maine —sonrió—. Y clamarían si supieran que voy a pedir autorización para exhumar el cadáver del chico de Glick.

—¿Lo hará usted? — preguntó Susan, azorada.

**—¿Qué daño puede hacer?
Si está muerto, está
muerto. Y si no, tendré algo
para remover el avispero
en
la próxima convención de
la Asociación Médica
Norteamericana. Diré a los
funcionarios del condado
que
busco signos de encefalitis
infecciosa, es la única
explicación verosímil que
se me ocurre.**

**—¿Podría ser eso,
realmente? —preguntó,
Susan.**

—Improbable.

**—¿Cuándo sería lo más
pronto que se podría hacer
eso? —preguntó Ben.**

**—Mañana. Pero si tengo
que ir de un lado a otro, el
martes o miércoles.**

**—¿Qué aspecto debería
tener? —preguntó Ben—.**

Ya sabe, me refiero a...

—Sí, sé a qué se refiere.

Los Glick no habrán hecho

**embalsamar al chico,
¿verdad?**

—No.

**—¿Y hace una semana que
lo enterraron?**

—Sí.

**—Cuando se abra el ataúd,
es posible que haya un olor
muy desagradable y que el
cuerpo esté hinchado.**

**Es posible que el pelo le
llegue al cuello... es
sorprendente durante
cuánto tiempo sigue
creciendo... y también**

tendrá las uñas muy largas.

En cuanto a los ojos,

estarán hundidos.

Susan trataba de mantener

una expresión de

imparcialidad científica.

Ben se alegró de no haber

comido

su almuerzo.

—La verdadera

descomposición del

cadáver no se habrá

iniciado todavía —continuó

Cody—, pero es

posible que haya humedad

suficiente para producir

crecimientos fungosos en mejillas y manos; quizá una sustancia musgosa que se llama... —Se interrumpió—. Oh, perdón. Les estoy impresionando. —Puede haber cosas peores que la podredumbre —señaló Ben—. Supongamos que no se encuentra ninguno de esos signos, que el cadáver sigue con un aspecto tan natural como el día que lo enterraron.

Entonces ¿qué? ¿Se le clava una estaca en el corazón?

—Difícil —respondió Cody —. Para empezar, algún funcionario del condado estará presente. No creo que ni siquiera a Brent Norbert le pareciera muy profesional de mi parte que sacara una estaca del maletín y la clavara a martillazos en el cadáver de un niño.

—¿Y qué hará usted? — preguntó Ben.

—Bueno, con perdón de Matt Burke, no creo que eso suceda. Si el cuerpo estuviera en ese estado, sin duda lo llevaría al Centro Médico de Maine para un examen exhaustivo. Y una vez allí, trataría de alargar el reconocimiento hasta el anochecer... y observaría cualquier fenómeno que pudiera producirse.

—¿Y si se levanta?

—Lo mismo que ustedes, no puedo concebirlo.

—A mí me parece cada vez más concebible —dijo Ben—. ¿Podría estar presente cuando todo eso suceda... si es que sucede?

—Podríamos arreglarlo.

—De acuerdo —asintió Ben. Se levantó de la cama y se dirigió al armario donde estaba su ropa—. Yo voy a...

Se oyó una risita de Susan, y Ben se volvió.

—¿Qué pasa?

Cody también reía.

**Los camisones de hospital
suelen abrirse por la
espalda, señor Mears.**

**—Demonios —masculló
Ben, instintivamente se dio
la vuelta para cerrarse el
camisón—. Será mejor
que me tutees.**

**—Bien —dijo Cody,
levantándose—, Susan y yo
nos vamos. Cuando estés
presentable, ve a la
cafetería
de abajo. Esta tarde, tú y
yo tenemos cosas que
hacer.**

—¿De veras?

—Sí. Habrá que contarles a los Glick la historia de la encefalitis. SÍ quieres, puedes hacerte pasar por mi

colega. No hace falta que digas nada.

—Pero no les va a gustar, ¿verdad?

—¿Te gustaría a ti?

—No lo creo —admitió Ben.

—¿Necesitas el permiso de ellos para conseguir una

**orden de exhumación? —
preguntó Susan.**

—Técnicamente no. Desde un punto de vista práctico, es probable que sí. Mi única experiencia con la exhumación de cadáveres fue cuando estudié medicina forense. Si los Glick se oponen, tendríamos que acudir a los tribunales, lo que representaría perder quince días o un mes, y llegados a ese punto, dudo que la teoría de

la encefalitis resista. —

**Hizo una pausa para
mirarlos—.**

**Con lo cual llegamos a lo
que más me inquieta en
todo este asunto, aparte la
historia del señor Burke. El
de Danny Glick es el único
cadáver sobre el cual
podemos trabajar. Los
demás, simplemente se han
esfumado.**

5

**Ben y Jimmy Cody
llegaron a casa de los Glick**

**sobre la una y media. Él
coche de Tony Glick estaba
aparcado en el camino de
entrada, pero la casa
estaba en silencio. Después
de llamar tres veces sin
obtener
respuesta, cruzaron el
camino para dirigirse a la
pequeña cabaña vecina, un
triste refugio prefabricado
de los
años cincuenta, apuntalado
en uno de sus extremos. El
nombre que se leía en el
buzón era Dickens. Un**

**flamenco rosado estaba en
el césped, junto al camino,
y un pequeño cocker
spaniel les saludó
meneando el
rabo cuando se acercaron.
Pauline Dickens, camarera
y socia del Café Excellent,
abrió la puerta un
momento después de que
Cody
tocara el timbre, vestida
con su uniforme.
—Hola, Pauline —la
saludó Jimmy—. ¿ No**

**sabes dónde están los
Glick?**

**—¿Quieres decir que no lo
sabes?**

—¿Que no sé qué?

**—La señora Glick ha
muerto esta mañana. A
Tony Glick lo llevaron al
hospital general de Maine.
Ha**

sufrido una conmoción.

**Ben miró a Cody, que tenía
el aspecto de un hombre a
quien acaban de darle una
patada en el estómago.**

Ben se hizo cargo de la situación.

—¿Dónde llevaron el cadáver de ella?

Pauline se pasó las manos por las caderas, para asegurarse de que su uniforme estaba impecable.

—Bueno, hace una hora hablé por teléfono con Mabel Werts y me dijo que Parkins Gillespie iba a llevar

el cadáver directamente a esa casa funeraria judía que hay en Cumberland.

**Como nadie sabe dónde
está Cari**

Foreman...

—Gracias—dijo Cody.

—Qué cosa tan espantosa

**—dijo ella, mientras sus
ojos se volvían hacia la casa**

vacía del otro lado del

camino. El coche de Tony

Glick seguía en el camino

de entrada como un perro

grande y polvoriento a

quien

hubieran dejado

encadenado antes de

abandonarlo—. Si yo fuera

**una persona supersticiosa,
tendría miedo.**

—¿Miedo de qué, Pauline?

—interrogó Cody.

**—Oh... miedo —sonrió
vagamente, mientras sus
dedos subían hasta una
cadenita que le colgaba del
cuello, con una medalla de
san Cristóbal.**

6

**De nuevo estaban sentados
en el automóvil, desde
donde habían visto, sin
decir palabra, cómo
Pauline se**

marchaba hacia su trabajo.

—¿Y ahora? —preguntó Ben.

—Menudo lío —reflexionó Jimmy—. El de la

funeraria es Maury Green.

Tal vez tendríamos que ir con

el coche hasta

Cumberland. Hace nueve

años, el hijo de Maury

estuvo a punto de ahogarse en el lago.

Casualmente, yo estaba allí con una amiga y le hice la

**respiración artificial al
chico. Le puse de nuevo el
motor en marcha. Quizá
esta vez tenga que
aprovecharme de la buena
disposición de él.**

**—¿Y de qué servirá la
buena disposición? Los
funcionarios del condado se
habrán llevado el cadáver
para hacerle la autopsia, o
lo que corresponda.**

**—Lo dudo. Hoy es
domingo, ¿recuerdas? Uno
de ellos es geólogo**

**aficionado y estará de
excursión por
el bosque. Y Norbert... ¿te
acuerdas de Norbert?
Ben asintió con un gesto.
—Norbert debe de estar de
guardia, pero es un
excéntrico. Lo más
probable es que haya
descolgado el
teléfono para ver el partido
de béisbol. Si vamos ahora
a la casa funeraria de
Maury Green, hay
bastantes**

**probabilidades de que el
cuerpo siga ahí y que nadie
lo reclame hasta el
anochecer.**

**—Bueno, vamos —asintió
Ben.**

**Recordó que tenía que
llamar al padre Callahan,
pero eso tendría que
esperar. Las cosas iban
muy
deprisa, demasiado para su
gusto. Fantasía y realidad
se habían confundido.**

Sumidos en sus propios pensamientos, viajaron en silencio hasta llegar a la autopista de peaje. Ben pensaba en lo que Cody había dicho en el hospital. Cari Foreman no estaba. Los cuerpos de Floyd Tibbits y del bebé de los McDougall habían desaparecido en las narices de los empleados del depósito de cadáveres. Mike Ryerson también había desaparecido, y sabría Dios quién más.

¿Cuántas personas había en Salem's Lot que podrían evaporarse sin que nadie las echara de menos durante una semana... o dos... o un mes? ¿Doscientas? Sintió que las manos le sudaban.

—Esto empieza a parecer el sueño de un paranoico — comentó Jimmy— o una historieta de Graham Wilson. Y lo más aterrador, desde un punto de vista académico, es la relativa facilidad con que se podría

fundar una colonia de vampiros a partir de un primero. Solar es una ciudad-dormitorio para Portland, Lewiston y Gates Falls, principalmente. En el pueblo no hay una industria que pudiera verse afectada por absentismo laboral. Las escuelas reúnen a chicos de tres pueblos, y si las listas de ausentes se alargaran un poco, ¿quién se daría cuenta? Mucha gente va a

la iglesia en Cumberland, y otros no van siquiera. Y la televisión ha puesto fin a las reuniones que solían celebrarse en el vecindario, a no ser las de los vejestorios que se encuentran en la tienda de Milt. Todo se podría ir llevando perfectamente entre bastidores.

—Sí —asintió Ben—.

Danny Glick contagia a Mike. Mike contagia... o,

**no sé. A Floyd, tal vez. El
bebé
de los McDougall contagia
a... ¿su padre? ¿Su madre?
¿Cómo están ellos? ¿Los ha
examinado alguien?**

**—No son pacientes míos.
Supongo que habrá sido el
doctor Plowman quien les
llamó esta mañana para
informarles de la
desaparición de su hijo.
Pero en realidad, no puedo
saber si les llamó ni si se
puso**

efectivamente en contacto con ellos.

—Habría que examinarles —señaló Ben—. Ya ves con qué facilidad podríamos terminar mordiéndonos la cola. Una persona que no fuera del pueblo podría pasar por Solar sin ver nada que le llamara la atención.

Simplemente otro pueblo rural donde todo se cierra a las nueve. Pero ¿quién sabe lo que sucede en las casas,

**tras las cortinas corridas?
La gente podría estar
metida en su cama... o
guardada en los armarios,
como
escobas, o en los sótanos, a
la espera de que caiga la
noche. Y cada vez que el sol
despuntara, habría menos
gente en las calles. Menos
cada día. —Al tragar saliva
le dolió la garganta.
—No hagas elucubraciones
—aconsejó Jimmy—. Nada
de esto está demostrado.**

—Las pruebas se están amontonando —protestó Ben—. Si nos moviéramos en un contexto habitual y aceptable, con un posible brote de tifoidea o de gripe, por ejemplo, a estas alturas todo el pueblo estaría ya en cuarentena.

—Lo dudo. No olvides que sólo una persona ha visto algo.

—Hablas como si fuera el borracho del pueblo.

—Si una historia así se conociera, lo crucificarían —objetó Jimmy.

—¿Quién? No pensarás en Pauline Dickens, seguro, que ya está a punto de clavar amuletos central el mal de ojo en su puerta.

—En la era del Watergate y de la carencia de petróleo, es una excepción —señaló Jimmy.

El resto del camino lo hicieron sin hablar. La funeraria de Green estaba

**al norte de Cumberland, y
había
dos furgones aparcados al
fondo, entre la puerta de
atrás de la capilla y una
cerca de madera. Jimmy
apagó el
motor y miró a Ben.**

—¿Dispuesto?

—Sí.

Los dos bajaron.

8

**Durante toda la tarde, la
rebelión había ido
creciendo dentro de ella,**

**hasta que finalmente
estalló. Qué
enfoque tan estúpido,
dar tantos rodeos para
demostrar algo que de
todos modos no era
(perdón, señor Burke)
probablemente
más que un montón de
tonterías. Susan decidió ir
a la casa de los Marsten,
esa misma tarde.
Bajó por las escaleras y
recogió su bolso. Ann
Norton estaba haciendo un**

**bizcocho y su padre estaba
en
la sala, viendo el partido de
béisbol.**

**—¿Adonde vas? —le
preguntó la señora Norton.**

**—A dar una vuelta en
coche.**

**—Cenamos a las siete.
Procura estar de vuelta a
tiempo.**

**—Vendré a las cinco.
Susan salió y subió a su
coche. Ella misma lo había
pagado (casi, se corrigió;
aún le faltaban seis plazos)**

con su propio trabajo, con su propio talento. Era un Vega que tenía ya dos años. Susan lo sacó del garaje marcha atrás y levantó una mano para saludar a su madre, que la miraba desde la ventana de la cocina. La ruptura seguía latente entre ellas; no se mencionaba, pero tampoco estaba superada. Las otras rencillas, por ásperas que hubieran sido, terminaban por olvidarse;

**simplemente, la vida
seguía, sepultando las
heridas bajo
su vendaje de días, que no
volvía a ser arrancado
hasta la disputa siguiente,
cuando todos los viejos
resentimientos y afrentas
volvían a aflorar y eran
tenidos en cuenta como los
naipes en una mano. Pero
esta
vez todo era distinto, había
sido una guerra definitiva.
No eran heridas que se**

pudieran curar. No quedaba más que la amputación. Susan ya había empaquetado la mayor parte de sus cosas, y se sentía bien. Hacía tiempo que debería haberlo hecho. Condujo su coche por Brock Street. Experimentaba una sensación de placer y resolución (con un trasfondo, no desagradable, de absurdo) a medida que dejaba atrás

**la casa. Iba a emprender
realmente la
acción, y la idea le
resultaba tonificante.
Susan era una muchacha
decidida, y los
acontecimientos del fin de
semana la habían dejado
perpleja, como si estuviera
a la deriva en el mar. ¡Pues
ahora iba a empezar a
remar!
Se bajó del coche en la
loma que se elevaba
suavemente más allá de los**

**límites del pueblo y entró a
píe
en el campo de Cari Smith,
hasta donde había un rollo
de cerca para la nieve,
pintada de rojo, en espera
del
invierno. La sensación de
absurdo se había
intensificado, y Susan no
pudo dejar de sonreír
mientras movía
atrás una de las estacas,
hasta que el alambre
flexible que la mantenía**

unida a las demás se rompió. De este modo, se hizo con una estaca de casi un metro de largo, terminada en punta. La llevó al coche y la dejó en el asiento de atrás. Sabía para qué era (cuando iban en parejas al cine al aire libre había visto suficientes películas de la Hammer para saber que a los vampiros se les clava una estaca en el corazón), no se detuvo a

preguntarse si sería capaz de clavarla en el pecho de un hombre en caso de que la situación lo requiriese. Siguió con su pequeño coche hasta salir de los límites del pueblo y entrar en Cumberland. A la izquierda había una pequeña tienda que permanecía abierta los domingos y en la cual su padre compraba el Times. Susan recordó que junto al mostrador había un

pequeño estante donde se exhibían joyas de bisutería. Entró a comprar el Times y después eligió un pequeño crucifijo de oro. Sus gastos ascendieron a cinco dólares, según marcó la caja registradora, accionada por un hombre gordo que apenas si dejó de mirar el televisor, donde un astro del béisbol tenía que resolver una situación difícil.

Tomó hacia el norte por County Road, un nuevo tramo de carretera pavimentada con dos carriles. En la tarde soleada, todo parecía fresco, crujiente y vivo. El sol salió por detrás de unos cúmulos que se desplazaban lentamente, se inundó el camino con parches de luz y sombra que se filtraban por entre los árboles. En un día como

**éste, pensó Susan, uno
podía creer en
un final feliz.**

**Tras haber recorrido unos
ocho kilómetros por
County Road se desvió por
Brooks Road, que todavía
no
había sido asfaltado. El
camino subía, volvía a
descender y serpenteaba
entre la densa área boscosa
que se
extendía al noroeste del
pueblo, y buena parte del
luminoso sol de la tarde se**

perdía entre el follaje. Por allí no había casas ni remolques. La mayor parte de la tierra era propiedad de una compañía papelera. Cada treinta metros, al borde del camino aparecían carteles de «Prohibido entrar» y «Prohibido cazar». Al pasar por el desvío que conducía al vertedero, Susan sintió un estremecimiento. En ese

**sombrío tramo de la
carretera, las
posibilidades nebulosas
parecían más reales. La
muchacha se preguntó, y
no por primera vez, por
qué un
hombre normal habría de
comprar las ruinas de la
casa de un suicida, y
después mantener los
postigos
cerrados contra la luz del
sol.**

**El camino descendía
abruptamente y con no**

**menos brusquedad volvía a
trepar por el flanco
occidental
de la colina donde estaba
situada la casa de los
Marsten. Susan podía
distinguir, entre los árboles,
el tejado.**

**Aparcó al comienzo de una
senda que se adentraba en
el bosque, en la hondonada,
y bajó. Tras un
momento de vacilación,
tomó la estaca y se colgó
del cuello el crucifijo.**

**Seguía sintiéndose ridícula,
pero sin
duda se sentiría mucho
más si se encontrara con
alguien que la conociera y
la viera andando a pie por
el
camino, llevando en la
mano una estaca sacada de
una cerca.**

«Hola, Suze, ¿adonde vas?»

**«Oh, hasta la vieja casa de
los Marsten a matar un
vampiro, pero tengo que**

darme prisa porque en casa de mis padres se cena a las siete.»

Susan decidió que iría a través del bosque.

Pasó por encima de los restos de un muro de piedra que había junto a la cuneta, alegrándose de haberse

puesto pantalones. Muy haute contare para las intrépidas cazadoras de vampiros. Antes del bosque

propiamente dicho, el suelo estaba cubierto de malezas y árboles caídos.

Bajo los pinos, la temperatura descendía varios grados y estaba más oscuro todavía. El suelo aparecía

cubierto por una alfombra de pinocha y el viento silbaba entre los árboles.

En alguna parte, un animalillo hizo crujir los arbustos. De pronto, Susan se dio cuenta de que si iba hacia la

izquierda, en menos de un kilómetro se hallaría en el cementerio de Harmony Hill, si tenía la agilidad suficiente para escalar el muro de atrás. Trabajosamente siguió subiendo la pendiente, procurando hacer el menor ruido posible. A medida que se acercaba a la cima de la colina empezó a divisar la casa a través de la cada vez más tenue pantalla de ramas; la

parte visible era la fachada que miraba hacia el lado contrario del pueblo. Susan empezó a tener un miedo inmotivado, similar al que había sentido en casa de Matt Burke. Estaba bastante segura de que nadie podía oírla, y aún era pleno día, pero el miedo estaba ahí, con su peso opresivo y constante. Parecía que fluyera a su conciencia desde alguna parte del cerebro que por

lo general se mantenía en silencio y que probablemente estuviera tan atrofiada como el apéndice. El placer que suponía la belleza del paisaje había desaparecido.

La

decisión había desaparecido. Susan se encontró pensando en películas de terror, donde la heroína se aventura por las estrechas escaleras del ático para ver qué había asustado a la anciana

**señora Cobham, o
desciende a
algún oscuro sótano
tapizado de telarañas
donde las paredes son de
piedra, húmeda y rugosa,
como un útero
simbólico. En las películas,
cómodamente rodeada por
el brazo de su
acompañante, Susan solía
pensar:
Menuda estúpida, ¡yo
jamás haría eso! Y ahora
estaba aquí haciendo eso**

precisamente. Empezó a darse cuenta de lo profunda que se había hecho en el ser humano la división entre la parte del cerebro que controla los pensamientos y acciones conscientes y el mesencéfalo, que transmite reacciones instintivas. Es extraño que uno pueda verse empujado a seguir, pese a las advertencias que le

**transmite esa parte
instintiva, tan
similar por su estructura
física al encéfalo del
cocodrilo. El cerebro podía
obligarle a uno a seguir
hasta que la
puerta del ático se abriera
de pronto a un horror
inenarrable, o una se
encontrara en el sótano
ante un nicho a
medio cerrar y viera...
Susan apartó esos
pensamientos y se dio
cuenta de que estaba**

sudando. Nada más que por la simple visión de una casa vieja con los postigos cerrados. A ver si dejas de ser tan estúpida, se dijo. Simplemente, vas a subir hasta allí para espiar un poco, nada más. Desde el patio de delante puedes ver tu propia casa.

Y

dime, en nombre de Dios, ¿qué te puede ocurrir a la vista de tu propia casa? .

A pesar de todo, se encorvó un poco y aferró con más

fuerza la estaca, y cuando la pantalla de los árboles se hizo demasiado tenue para servirle de protección, empezó a arrastrarse a cuatro patas. Tres o cuatro minutos después había avanzado todo lo posible sin quedar al descubierto. Desde su escondite tras un último grupo de pinos y una mata de juníperos, podía distinguir el lado oeste de

**la casa y el enmarañado
cerco de
madreselvas» desnudadas
ahora por el otoño. El
césped del verano, aunque
amarillento por la falta de
riego,
todavía llegaba a la altura
de la rodilla. Nadie se
había molestado ¿n
cortarlo.**

**De pronto un motor rugió
en el silencio, y a Susan el
corazón se le subió a la
garganta. Se dominó,**

hincando los dedos en la tierra mientras se mordía el labio inferior. Un momento después apareció un viejo coche negro que se detuvo al término del camino de entrada y. después tomó por la carretera en dirección al pueblo. Antes de que se perdiera de vista, Susan distinguió á su ocupante: calvo y con una gran cabeza, con

los ojos tan hundidos que sólo se veían las cuencas, y un traje oscuro. Straker. Probablemente fuera a la tienda de Crossen, Susan vio que la mayoría de los postigos tenían tablillas rotas. Pues muy bien; Se acercaría a espiar por allí cuanto le fuera posible. Probablemente, todo lo que vería sería una casa en las primeras etapas de un largo

**proceso de reparación;
debían de estar
blanqueando y quizá
empapelando, y todo
estaría lleno de
herramientas, escaleras y
cubos. Más o menos tan
romántico y sobrenatural
como ver un partido de
fútbol por
la televisión.
Pero el miedo seguía
presente.
-Se elevó de pronto un
brote de emoción
derramado sobre la lógica,**

**'brillante y razonable
superficie de
fórmica del cerebro, que le
llenó la boca de un sabor
terroso.**

**Antes de que la mano se
apoyara en un hombro,
Susan ya sabía que había
alguien detrás de ella.**

9

Estaba casi oscuro.

**Ben se levantó de la silla
plegable de madera, fue
hasta la ventana que daba
sobre el patio de atrás de la**

funeraria y no vio nada de particular. Eran las siete menos cuarto y el atardecer había alargado las sombras.

Pese a lo avanzado del año, el césped seguía verde en el patio, y Ben imaginó que el empresario de Pampas Fúnebres se proponía mantenerlo así hasta que, la nieve lo cubriera. Un símbolo de la vida que continúa en mitad de la muerte del año. La idea le pareció tan

**deprimente que se apartó
de la ventana.**

**—Ojalá tuviera un
cigarrillo —suspiró.**

**—Son veneno —le recordó
Jimmy, sin volverse. Estaba
mirando un programa
sobre la vida de los
animales salvajes en el
pequeño Sony de Maury
Green—. Pero a mí
también me vendría bien
uno. Dejé de
fumar hace diez años, en
cuanto el cirujano jefe**

montó su cruzada contra el tabaco; habría sido mal antecedente no hacerlo. Pero siempre me despierto buscando el paquete de cigarrillos en la mesilla de noche.

—¿Pero no lo habías dejado?

—Sí, pero los tengo por la misma razón que algunos alcohólicos guardan una botella de whisky en el armario de la cocina. El poder de la voluntad, amigo mío.

**Ben miró el reloj: las 18.47.
El periódico dominical de
Maury Green decía que el
sol se pondría a las
19.02, hora del este.
Jimmy había llevado bien
las cosas. Maury Green era
un hombrecillo que les
abrió la puerta vestido con
un chaleco negro, que
llevaba sin abotonar, y una
camisa blanca de cuello
abierto. Su expresión
sobria e**

interrogante se trocó en una amplia sonrisa de bienvenida.

**—Shalom, Jimmy! —
exclamó—. ¡Cuanto me
alegra verte! ¿Dónde te
habías metido?**

**—He estado salvando al
mundo de resfriados y
gripes —sonrió Jimmy
mientras Green le
estrechaba la
mano—. Quiero
presentarte a un amigo
mío. Maury Green, Ben
Mears.**

**La mano de Ben quedó
atrapada en las de Maury,
cuyos ojos brillaban tras
unas gafas de montura
negra.**

**—Shalom. Cualquier
amigo de Jimmy es mi
amigo. Entrad. Podría
llamar a Rachel...**

**—No, por favor —lo
interrumpió Jimmy—.
Venimos a pedirte un favor.
Un gran favor.
Green estudió el rostro de
Jimmy.**

**—Un gran favor —repitió
—. ¿Y por qué? Como si
alguna vez hubieras hecho
algo por mí, para que mi
hijo esté estudiando ahora
con las mejores notas en la
Universidad del Noroeste.
Lo que quieras, Jimmy.**

Jimmy se ruborizó.

**—Hice lo que habría hecho
cualquiera, Maury.**

**—No vamos a discutirlo
ahora —repuso el otro—.
Habla. ¿Qué os preocupa a
ti y al señor Mears?
¿Algún accidente?**

—No, nada de eso.

Maury los había llevado a una diminuta cocina situada detrás de la capilla, y mientras hablaban empezó a preparar café en una vieja cafetera que puso sobre el hornillo.

—¿No ha venido aún Norbert por la señora Glick? —preguntó Jimmy.

—No, no ha aparecido —respondió Maury mientras ponía sobre la mesa el

azúcar y las tazas—.

Seguro

que se presenta a las once de la noche, asombrado de que yo no esté para hacerlo pasar. —Suspiró—. Pobre señora, qué tragedia en una sola familia. Y parece encantadora, Jimmy. El que la trajo fue ese idiota de

Reardon. ¿Era paciente tuya?

—No, pero a Ben y a mí... nos gustaría quedarnos

**esta tarde con ella, Maury
—explicó Jimmy—. Aquí
abajo.**

**Green, que tendía la mano
hacia la cafetera, se detuvo.**

—¿Quedaros con ella?

¿Quieres decir examinarla?

—No —dijo Jimmy—.

**Quiero decir quedarnos
con ella.**

—¿Estáis bromeando? —

Los miró con más atención

—. No, ya veo que no. Pero

**¿por qué queréis hacer
eso?**

—No puedo decírtelo,
Maury.

—Ah. —Maury sirvió el
café, se sentó con ellos y lo
probó—. ¿Es que tuvo
algo? ¿Algo infeccioso?
Jimmy y Ben se miraron.

—En el sentido habitual
del término, no —dijo
Jimmy.

—Quieres que guarde
silencio respecto de esto,
¿verdad?

—Sí.

—¿Y si viene Norbert?

—Yo me ocuparé de Norbert —le aseguró Jimmy—. Le diré que Reardon me pidió que investigara si pudo haber padecido una encefalitis infecciosa. Él jamás lo verificará. Green asintió.

—Norbert no es capaz siquiera de verificar su reloj, a menos que alguien se lo pida.

—¿No te importa, Maury?

**—No, de ningún modo.
Creí que necesitabas un
gran favor.**

**—Tal vez sea mayor de lo
que piensas.**

**—Cuando termine el café
me iré a casa a ver qué
horror ha preparado
Rachel para la cena del
domingo.**

**Aquí tenéis la llave. Cierra
cuando te vayas.**

**Jimmy se la guardó en el
bolsillo.**

**—No lo olvidare. Gracias,
Maury.**

—Tonterías. Hazme un favor a cambio.

—Dispara.

—Si el cadáver te dice algo, escríbelo para la posteridad —Maury empezó a festejar el chiste con una risita, pero vio la expresión de las dos caras y se detuvo.

10

Eran las 18.55, y Ben sentía que la tensión empezaba a apoderarse de su cuerpo.

**—Nada cambiaría si
dejaras de mirar el reloj—
le dijo Jimmy—. No vas a
conseguir que ande más
rápido.**

Ben dio un respingo.

**—Dudo mucho que los
vampiros, si es que existen,
se levanten exactamente a
la puesta del sol —
comentó Jimmy—. A esa
hora no está del todo
oscuro.**

**Sin embargo, se levantó
para apagar el televisor.**

El silencio envolvió la habitación como una manta. Estaban en el cuarto de trabajo de Green, y el cuerpo de Marjorie Glick yacía sobre una mesa de acero inoxidable. A Ben le hizo pensar en las camillas de las salas de parto de los hospitales. Al entrar, Jimmy había retirado la sábana que cubría el cuerpo para examinarlo rápidamente. La señora

Glick llevaba un salto de cama acolchado de color borgoña y zapatillas. En la pierna izquierda tenía una tirita;

tal vez se hubiera cortado al depilarse. Ben apartó la mirada, pero sus ojos volvían una y otra vez hacia ella.

—¿Qué te parece?— preguntó Ben.

—Prefiero no decir nada cuando probablemente en el plazo de tres horas el

**problema se habrá
resuelto.**

**Pero su estado es
sorprendentemente
parecido al de Mike
Ryerson... sin lividez y sin
signos de rigidez.**

**Eran las siete y dos
minutos.**

—¿Dónde está tu cruz?

Ben se sobresaltó.

**—¿Mi cruz? ¡Por Dios, no
la he traído!**

**—Se ve que nunca fuiste
boy scout —comentó**

Jimmy mientras abría su maletín—. En cambio, yo siempre estoy preparado. Sacó dos cruces y les quitó la envoltura de celofán.

—Bendícela —pidió a Ben: —¿Qué? No puedo... no sé cómo se hace.

—Pues lo inventas —le urgió Jimmy, cuyo rostro cordial se había tensado súbitamente—. Tú eres el escritor, y tendrás que ser el oficiante. Y date prisa, por Dios. Creo que va a

sucedier algo. ¿No lo percibes?

Claro que Ben lo percibía. Como si algo estuviera formándose en la lenta penumbra purpúrea, algo todavía invisible, pero denso y eléctrico. La boca se le había secado, y tuvo que humedecerse los labios antes de poder hablar.

—En nombre del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y de la Virgen María —

**añadió—. Bendigo esta
cruz**

y...

**Las palabras acudieron a
sus labios con súbita y
misteriosa seguridad.**

**—El Señor es mi pastor —
salmodió, y sus palabras
resonaron en el cuarto
como piedras que cayeran
en**

**la profundidad de un lago,
hundiéndose hasta
desaparecer sin alterar la
superficie—. Nada me ha
de faltar. Él**

**me lleva a pacer en las
verdes praderas. Él me
guía más allá de las aguas
inmóviles. Él reconforta mi
alma.**

**La voz de Jimmy se le unió
en la recitación.**

**—La fuerza de Su nombre
me guía por la senda del
bien. Y aunque marche por
el valle de las sombras,
no temeré el mal...**

**Les resultaba difícil
respirar. Ben se dio cuenta
de que se le había puesto la**

carne de gallina, y el vello de la nuca había empezado a erizársele.

—Tu báculo y Tu cayado me consuelan. Tú preparas la mesa para mí en presencia de mis enemigos; Tú unges de aceite mi cabeza y haces desbordar mi copa. La bondad y la misericordia podrán... La sábana que cubría el cuerpo de Marjorie Glick empezó a estremecerse.

**Una mano asomó por
debajo y
los dedos empezaron una
torpe danza en el aire,
retorciéndose y girando.
—Cristo, ¿es posible lo que
estoy viendo? —susurró
Jimmy. Su rostro se había
puesto pálido hasta el
punto de que las pecas se
destacaban como
salpicaduras en el cristal de
una ventana.
—...acompañarme hasta el
término de mis días —**

**concluyó Ben—. Jimmy,
mira la cruz.**

**La cruz resplandecía,
derramándole sobre la
mano un fantástico
torrente de luz.**

**Una voz lenta y ahogada
habló en medio del silencio,
con la aspereza de
fragmentos de porcelana
rota:**

—¿Danny?

**Ben sintió que la lengua se
le pegaba al paladar. El
cuerpo que había bajo la
sábana se estaba**

enderezando. En la habitación a oscuras, las sombras se movían por el suelo.

—Danny, ¿dónde estás, cariño?

La sábana resbaló de la cara y se le amontonó sobre el regazo.

El rostro de Marjorie Glick era un círculo de una palidez lunar en la semioscuridad, interrumpido solamente por los negros agujeros de los ojos.

Cuando los vio, la boca se le abrió en una mueca espantosa y el moribundo resplandor del día le iluminó los dientes. Al bajar las piernas de la mesa, se le cayó una zapatilla.

—¡No te muevas! —le ordenó Jimmy.

La respuesta de ella fue un gruñido. La figura se deslizó de la mesa hasta bajarse, vacilante, y avanzó hacia ellos. Ben se dio cuenta de que estaba

mirando el fondo de aquellos ojos vacíos y se forzó en apartar los suyos. Ahí dentro había tenebrosas galaxias de horror. Y uno se veía allí dentro, ahogándose, y le gustaba.

—No la mires a la cara — advirtió Jimmy.

Iban retrocediendo, dejando que ella los acorralara contra el angosto pasillo que daba a las escaleras.

—La cruz, Ben.

Casi se había olvidado de que la tenía. La levantó, fulgurante de luz hasta el punto de que le obligó a entrecerrar los ojos. La señora Glick emitió un espantoso ruido sibilante y levantó las manos para protegerse la cara. Sus rasgos se encogían y retraían, retorciéndose como un nido de serpientes. Dio un paso atrás, vacilante.

**—¡La hemos detenido! —
vociferó Jimmy.**

**Ben avanzó hacia ella, con
la cruz levantada. Una
mano crispada como una
garra trató de
arrebatársela.**

**Ben la bajó rápidamente y
volvió a amenazarla. Un
chillido ululante brotó de la
garganta de la figura.**

**Para Ben, todo lo que
siguió tuvo los tonos
sombrios de una pesadilla.
Aunque les esperaban más**

horrores, los sueños de los días y las noches siguientes volverían a traerle a Marjorie Glick, empujada hacia la mesa funeraria, donde la sábana que la había cubierto yacía junto a una zapatilla.

Retrocedía contra su voluntad, mientras sus ojos iban alternativamente de la cruz a un punto del cuello de Ben, a la derecha del mentón. Los ruidos que emitía su garganta eran

**balbuceos sibilantes y
gutturales, y
tan ciega aversión había en
la forma en que reculaba
que empezó a dar la
impresión de un insecto
torpe y
gigantesco. Si no tuviera
esta cruz delante de mí,
pensó Ben, me desgarraría
la garganta con las uñas
para
succionar la sangre que
brotara de la carótida y la
yugular, como un náufrago
sediento.**

Jimmy se había separado de él y describía un círculo hacia la izquierda, sin que ella lo viera. Sus ojos se clavaban en Ben, oscuros y llenos de odio, llenos de miedo.

Jimmy rodeó la mesa y cuando ella retrocedió hacia allí, le echó ambos brazos al cuello con un grito ahogado.

La figura dio un grito agudo, escalofriante, y se

**revolvió. Ben vio cómo las
uñas de Jimmy arrancaban
un trozo de piel del
hombro, sin que nada
brotara de allí; el corte era
como una boca sin labios.
Después,
increíblemente, ella le
arrojó a través de la
habitación. Jimmy cayó en
un rincón, derribando el
televisor
portátil de Maury Green.
Con la rapidez del rayo se
le echó encima, con un**

**presuroso movimiento
furtivo y encorvado que
recordaba a una araña.
Ben la vio fugazmente
como una sombra confusa
que descendía sobre
Jimmy,
agarrándole el cuello de la
camisa, y distinguió el
salvaje gesto de embestida
de la cabeza que descendía
oblicuamente, las
mandíbulas abiertas al
abatirse sobre él.
Jimmy Cody chilló, con el
grito agudo y desesperado**

de los condenados sin remisión.

Ben se arrojó sobre ella y al hacerlo tropezó con el televisor destrozado en el suelo. La oía respirar con dificultad, con un ruido como de paja, mezclado con el asqueroso ruido de los labios que chascaban, impacientes por chupar. Aferrándola por el cuello de la bata, la levantó en vilo, momentáneamente olvidado de la cruz. La cabeza

**de ella se volvió con
aterradora rapidez. Los
ojos dilatados brillaban, los
labios y el mentón
manchados de
sangre. Sintió su aliento de
indescriptible fetidez, el
hálito de la tumba. Como
en cámara lenta, Ben vio
cómo
se pasaba la lengua por los
dientes.**

**Levantó la cruz en el
momento en que ella se
abalanzaba sobre él, con**

una fuerza sobrehumana.

El eje

de la cruz la golpeó bajo el mentón y después siguió hacia arriba, sin encontrar resistencia en la carne. Los ojos de Ben quedaron deslumbrados por el destello de algo que no era luz, y que no se produjo ante sus ojos sino, aparentemente, por detrás de ellos. Aspiró el hedor caliente de la carne quemada. Esta vez, el grito de la

**mujer fue de agonía. Más
que verla, Ben sintió que se
lanzaba hacia atrás,
tropezaba con el televisor y
caía al
suelo, con un brazo blanco
extendido para amortiguar
la caída. Volvió a
levantarse con la agilidad
de un lobo,
los ojos agostados por el
dolor seguían mostrando
una avidez insana. En el
maxilar inferior, la carne
estaba**

**ennegrecida y humeante.
La cara exhibía los dientes.
—Acércate, perra —la
desafió Ben—. Acércate y
verás.**

**Volvió a levantar ante sí la
cruz y la obligó a
retroceder hacia el extremo
de la habitación. Cuando la
tuvo allí, se dispuso a
hundirle la cruz en la
frente.**

**Pero, de espaldas a la
pared, ella emitió una risa
aguda y escalofriante,
haciendo que Ben diera un**

respingo. Era como el ruido de un tenedor al raspar contra el esmalte del fregadero.

—¡Ahora mismo alguien se ríe! ¡Ahora mismo tu círculo se estrecha!

Y ante los ojos de Ben, el cuerpo pareció alargarse y volverse traslúcido.

Durante un momento creyó que

ella seguía ahí, riéndose de él, y de pronto el fulgor blanco de la farola de la calle cayó sobre la pared

**desnuda, y a Ben no le
quedó más que una fugaz
sensación que parecía
decirle que ella se había
hundido en
los resquicios de la pared,
como si fuera de humo.
Había desaparecido, y
Jimmy estaba gritando.**

11

**Ben encendió los
fluorescentes y se volvió a
mirar a su amigo, pero
Jimmy ya estaba de pie,
con las**

**manos en el cuello, teñidos
los dedos de púrpura.**

**—¡Me ha mordido! —
aullaba—. ¡Oh, Dios Santo,
me mordió!**

**Ben se acercó a él, pero
Jimmy le apartó, mientras
los ojos le giraban en las
órbitas.**

**—No me toques. Me ha
contaminado...**

—Jimmy...

**—Dame el maletín. Por
Dios, Ben, que lo estoy
sintiendo. Siento cómo me**

**afecta. ¡Por el amor de
Dios,**

dame el maletín!

**Ben se lo tendió y Jimmy se
lo arrebató de la mano. Se
dirigió a la mesa. Tenía el
rostro mortalmente
pálido y cubierto de sudor.**

**La sangre manaba de la
herida del cuello. Jimmy se
sentó sobre la mesa, abrió
el**

**maletín y rebuscó
desesperadamente, sin
dejar de respirar con**

**dificultad por la boca
abierta.**

**—Me ha mordido —seguía
mascullando—. La boca...**

**por Dios... qué boca
inmunda y hedionda...**

**Sacó del maletín una
botella de desinfectante y el
tapón cayó al suelo. Jimmy
se echó hacia atrás,
apoyándose en un brazo,
inclinó el frasco sobre la
garganta, vertiendo el
contenido sobre la herida,
su ropa y**

**la mesa. La sangre se
escurría en hilos. Jimmy
cerró los ojos y aulló de
dolor, pero en ningún
momento le
tembló la mano.**

—Jimmy, ¿qué puedo...?

**—Un momento —masculló
Jimmy—. Espera. Es
mejor. Espera...**

**Arrojó la botella, que se
estrelló contra el suelo. La
herida.**

**una vez limpia de la sangre
contaminada, se veía con**

toda claridad. Ben vio no un orificio, sino dos, no lejos de la yugular, uno de ellos horribilmente lacerado.

Jimmy había sacado del maletín una ampolla y una jeringuilla. Quitó la cubierta protectora de la aguja y la clavó en el tapón de la ampolla. Ahora las manos le temblaban tanto que tuvo que hacer dos intentos. Llenó

la jeringuilla y se la tendió a Ben.

—Antitetánica —le explicó —. Pónmela aquí — extendió el brazo, haciéndolo girar para descubrir la axila.

—Pero Jimmy...

—¡Vamos! ¡Pónmela!

Ben tomó la aguja y le miró a los ojos con vacilación.

Jimmy hizo un gesto de asentimiento, y Ben le clavó la aguja.

El cuerpo de Jimmy se puso tenso, como si fuera un resorte. Durante un momento fue una estatua de agonía, dibujado hasta el último tendón en nítido relieve. Poco a poco empezó a relajarse. Un escalofrío recorrió su cuerpo, y Ben vio que la reacción había mezclado lágrimas al sudor que le cubría la cara. —Ponme la cruz encima — pidió—. Si todavía estoy

**contaminado por ella, me...
me servirá de algo.**

—¿Tú crees?

**—Estoy seguro. Cuando tú
ibas persiguiéndola, levanté
los ojos y sentí deseos de
seguirte. A Dios
gracias, fue así. Y cuando
miré esa cruz... sentí
náuseas.**

**Ben le apoyó la cruz en el
cuello. Nada sucedió. El
resplandor, si es que había
habido en ella un**

**resplandor, había
desaparecido por completo.
Ben retiró la cruz.**

**—Bueno —concluyó
Jimmy—, creo que más no
podemos hacer. —Volvió a
rebuscar en el maletín
hasta que encontró un
sobre con dos pildoras que
se metió en la boca—.**

**Tranquilizantes. Un gran
invento,**

**¿Puedes vendarme el
cuello?**

—Claro —asintió Ben.

**Jimmy le entregó gasa,
esparadrapo y unas tijeras
de cirugía. Al inclinarse
para colocarle el vendaje,
Ben
vio que la piel en los bordes
de la herida había
adquirido un desagradable
color rojo. Jimmy dio un
respingo
cuando él le puso la venda.
—Mientras estaba ahí —
comentó—, pensé que me
volvería loco. Loco de
veras, clínicamente. Esos**

**labios... esa mordedura...
—La garganta le tembló
mientras tragaba saliva—.
Y mientras ella lo hacía, a
mí me
gustaba, Ben. Hasta tuve
una erección, ¿puedes
creerlo? Si no hubieras
estado tú para quitármela
de encima,
yo la habría... la habría
dejado...
—No pienses más —le
aconsejó Ben.**

—Hay otra cosa que tengo que hacer, aunque no me gusta.

—¿Qué es?

—Mírame un momento.

Ben terminó con el vendaje y se hizo atrás para mirarlo.

—¿Qué...?

Jimmy le asestó un puñetazo. La mente de Ben se llenó de estrellas, dio tres pasos vacilantes hacia atrás y se cayó sentado. Sacudió la cabeza y vio que Jimmy

se bajaba de la mesa para acercarse a él. Tanteó en busca de la cruz, pensando: Esto es lo que se dice un final inesperado.

—¿Estás bien? —le preguntó Jimmy—.

Perdóname, pero es más fácil cuando uno no sabe que le van a pegar.

—Pero ¿qué demonios...? Jimmy se sentó en el suelo, junto a él.

—Te explicaré la historia que vamos a contar. Hace

**aguas por todos lados, pero
estoy seguro de que
Maury Green nos
respaldará. A mi me
permitirá seguir
trabajando, y evitará que
nos encierren a los dos..., y
en este momento lo que me
preocupa es seguir en
libertad para luchar
contra... eso, llámalo como
quieras, un
día más. ¿Lo comprendes?
—Vaya realismo —
comentó Ben mientras se
tocaba la mandíbula,**

**dolorido. El mentón se le
había
inflamado.**

**—Alguien se metió aquí
mientras yo estaba
examinando a la señora
Glick —comenzó Jimmy—.**

Ese

**alguien te golpeó y después
se ocupó de mí. Durante la
pelea me mordió. Es lo
único que recordamos. Lo
único. ¿Entendido?**

Ben asintió.

**—El tipo llevaba un abrigo
azul o negro, y un gorro**

**tejido verde o gris. Es
cuanto pudimos ver. ¿De
acuerdo?**

**—¿Nunca se te ha ocurrido
dejar la medicina para
hacer carrera como
escritor?**

**—Sólo soy creativo cuando
mi propio interés está en
juego —sonrió Jimmy—.**

¿Recordarás la historia?

**—Claro que sí. Y no me
parece que sea tan
inverosímil como piensas.
Después de todo, el de ella
no es**

el primer cadáver que desaparece últimamente.

—Tengo la esperanza de que empiecen a establecer relaciones.

Pero el sheriff del condado es más despierto de lo que jamás podría serlo Parkins Gillespie. Tenemos que mirar dónde pisamos. No adornes demasiado el cuento.

—¿Crees que alguien con un cargo oficial podría empezar a ver qué hay detrás de todo esto?

**Jimmy sacudió la cabeza.
—Ni remotamente. Todo
eso tendremos que
resolverlo nosotros dos
solos. Y recuerda que a
partir de
este momento somos
delincuentes.
Dicho eso se dirigió al
teléfono para llamar a
Maury Green, y luego a
Homer McCaslin, el sheriff
del
condado.**

Ben llegó a casa de Eva quince minutos después de la medianoche y se preparó una taza de café en la desierta cocina de abajo. Lo bebió lentamente, mientras revivía los acontecimientos de la noche con la intensa concentración de un hombre que acaba de salvarse por los pelos de caer por un acantilado. El sheriff era un hombre alto, de calvicie incipiente,

y que mascaba tabaco. Sus movimientos eran lentos, pero sus ojos eran vivaces y observadores. Sacó una libreta manoseada y una anticuada pluma estilográfica.

Interrogó a Ben y Jimmy mientras dos de sus agentes lo espolvoreaban todo en busca de huellas digitales y tomaban fotografías.

Maury Green se mantuvo en segundo plano, y de vez en cuando miraba a Jimmy con

expresión intrigada.

—¿Por qué estaba en la funeraria de Green?

Jimmy respondió con la historia de la encefalitis.

—¿Doc Reardon estaba al tanto de eso?

Bueno, no. A Jimmy le había parecido mejor hacer un examen por su cuenta antes de comentar el asunto

con nadie. Se sabía que en ocasiones Doc Reardon era, digamos, bastante charlatán.

—¿Y qué pasa con la encefalitis? ¿La mujer había muerto de eso? No, casi con seguridad que no. El examen médico había sido concluido antes de que apareciera el hombre del abrigo oscuro, y él (Jimmy) no podía ni quería decir exactamente de qué había muerto la mujer, pero indudablemente no era de encefalitis.

—¿Podrían describir al tipo?

Los dos respondieron lo que habían urdido previamente y Ben le agregó un par de botas de trabajo.

McCaslin hizo unas preguntas más, y ya Ben empezaba a tener la sensación de que saldrían bien parados del asunto cuándo el sheriff se volvió hacia él.

—¿Y qué hace usted en todo esto, Mears, si no es médico?

**Sus ojos parpadeaban
bondadosamente. Jimmy
abrió la boca para
contestar, pero el sheriff le
impuso
silencio con un gesto.
Si el propósito de McCaslin
con su súbita interpelación
había sido sorprender a
Ben en alguna expresión
o gesto que indicara
culpabilidad, no lo
consiguió. Ben estaba
demasiado agotado
emocionalmente para
poder**

**tener una reacción muy
intensa. Que lo cogieran en
una declaración
incongruente, después de
todo lo que ya
había sucedido, no parecía
demasiado raro.**

**—Soy escritor, no médico.
En este momento estoy
escribiendo una novela en
que un personaje
secundario de cierta
importancia es hijo de un
empresario de pompas
fúnebres, y quise echar un
vistazo al**

escenario. Le pedí a Jimmy que me trajera, y como él me dijo que prefería no hablar de lo que venía a hacer,

no le pregunté más. —Se frotó el mentón—. Y conseguí algo más de lo que esperaba.

—Pues parece que sí. Usted es el autor de La hija de Conway, ¿No?

—Sí.

—Mi mujer leyó una parte en no sé qué revista de

**mujeres. Cosmopolita»,
creo. Se divirtió mucho. Yo
le eché un vistazo y no me
pareció nada divertido eso
de una niña pequeña
drogada.**

**—No. —Ben miró a
McCaslin—. No fue mi
intención que resultara
divertido.**

**—Ese libro nuevo que está
escribiendo, ¿es sobre
Solar? —Sí.**

**—Tal vez sería bueno que
lo leyera Moe Green —**

sugirió McCaslin—. Para ver si están bien logradas las partes de la funeraria. —Esa parte todavía no está escrita —aclaró Ben—. Yo siempre reúno información antes de escribir. Es más fácil.

El sheriff sacudió la cabeza.

—Pues fíjense que lo que ustedes cuentan parece uno de esos libros de Fu Manchú. Un tipo se mete aquí, se deshace de dos hombres robustos y se

**larga con el cadáver de una
pobre mujer muerta por
causas
desconocidas.**

**—Escuche, Homer... —
empezó Jimmy.**

**—No me líame Homer —
protestó McCaslin—. Nada
de esto me gusta. Eso de la
encefalitis se contagia,
¿no?**

**—Sí, es infecciosa —
respondió con cautela
Jimmy.**

**—¿Y aun así vino usted
aquí con este escritor?**

¿Sabiendo que ella podía haber muerto de algo contagioso?

Jimmy se encogió de hombros.

—Sheriff, yo no pongo en duda su juicio profesional, y usted tendrá que respetar el mío. La encefalitis no es una infección muy virulenta. No consideré que hubiera peligro para ninguno de nosotros. Y dígame, ¿no sería mejor que tratara de encontrar al que robó el

**cuerpo de la señora Glick...
sea Fu Manchú o quien
fuere?**

**¿O es que se divierte
interrogándonos?**

**McCaslin suspiró y cerró
de golpe su libreta.**

**—Bueno, Jimmy, dudo que
saquemos mucho en limpio
de todo esto, a no ser que el
chiflado sea otra**

**vez alguien del
aserradero... si es que hubo
algún chiflado.**

Jimmy arqueó las cejas.

**—Ustedes me están
mintiendo —dijo McCaslin
—. Yo lo sé, lo saben los
agentes, y hasta es
probable
que lo sepa también el viejo
Moe. No sé cuánto me
mienten, si mucho o poco,
pero no puedo demostrar
que
mienten mientras los dos
sigan contando la misma
historia. Podría ponerlos a
los dos a la sombra, pero
las**

**normas dicen que tienen
derecho a una llamada
telefónica, y hasta un
imberbe recién salido de la
facultad de
derecho podría sacarlos,
pues sólo cuento con
sospechas de que aquí hay
gato encerrado. Y apuesto
a que su
abogado no es un joven
recién salido de la facultad,
¿no?**

**—Efectivamente —
confirmó Jimmy.**

—De todas maneras, los metería a los dos en la celda si no fuera porque tengo la sensación de que no están mintiendo porque hayan hecho algo que viole la ley. —Pisó el pedal de la tapa del cubo de acero inoxidable colocado junto a la mesa, y cuando ésta se abrió escupió dentro un oscuro chorro de jugo de tabaco. Maury Green dio un respingo—. ¿Alguno de ustedes querría, digamos,

**revisar su historia? —
preguntó
en voz baja, de la que
habían desaparecido todas
las inflexiones campesinas
—. Este asunto es grave.**

**Ha
habido cuatro muertes en
el pueblo, y los cuatro
cadáveres han
desaparecido. Quiero saber
qué está
ocurriendo aquí.**

**—Le hemos contado todo
lo que sabemos —contestó**

Jimmy—. Si pudiéramos decirle algo más, no dude que lo haríamos.

McCaslin lo miró con ceño.

—Usted está cagado de miedo —dijo—. Usted y el escritor, los dos. Tienen el mismo aspecto que tenían algunos tipos en Corea cuando regresaban del frente.

Los dos agentes les miraban. Ni Ben ni Jimmy dijeron nada.

McCaslin volvió a suspirar.

—Bueno, vamos de aquí. Mañana a las diez en mi oficina a prestar declaración. Si a las diez no están allí, les mandaré a buscar con un coche patrulla.

—No será necesario — prometió Ben.

McCaslin le miró y sacudió la cabeza.

—Usted tendría que escribir libros más sensatos. Como ese tipo que escribe los cuentos de Travis

McGee. A esos cuentos uno puede hincarles el diente.

13

Ben se levantó de la mesa, enjuagó la taza de café en el fregadero y se quedó mirando por la ventana la negrura de la noche.

¿Qué se ocultaba allí?

¿Marjorie Glick, reunida finalmente con su hijo?

¿Mike Ryerson? ¿Floyd Tibbits?

¿Cari Foreman?

Se apartó de la ventana y subió a su cuarto.

Durante el resto de la noche durmió con la luz encendida sobre el escritorio, y dejó sobre la mesita, al alcance de la mano, la cruz que había derrotado a la señora Glick. Su último pensamiento antes de que le ganara el sueño fue para Susan, preguntándose si estaría bien y a salvo.

DOCE

MARK

1

Cuando oyó por primera vez, aún distante, un crujido de ramitas, se deslizó tras el tronco de un enorme abeto y se quedó expectante. Ellos no podían salir a la luz del día, pero eso no significa que no pudieran conseguir gente que lo hiciera; darles dinero era una manera, pero no la única. Mark había visto en el pueblo

al tipo ese, Straker, que tenía los ojos como los de un sapo que toma el sol sobre una roca. Daba la impresión de ser capaz de romperle un brazo a un bebé, y sonreír mientras lo hacía. Palpó el pesado bulto que formaba en el bolsillo de su chaqueta la pistola de su padre. Contra ellos las balas no servían —a menos que fueran de plata, tal vez—, pero, desde luego, un tiro entre los ojos acabaría

con ese Straker.

Por un momento sus ojos bajaron hacia la forma cilíndrica apoyada contra el árbol, envuelta en un viejo

trozo de toalla. Detrás de su casa había una pila de leña, un montón de leños de fresno para la chimenea que

Mark y su padre habían cortado en julio y agosto con la sierra mecánica de McCulloch. Henry Petrie era un

**hombre metódico, y Mark
sabía que cada leño
mediría casi un metro. Su
padre sabía cuál era el
largo**

**adecuado, y también que
después del otoño venía el
invierno y que el fresno era
lo que ardía durante más
tiempo y con menos humo
en la chimenea de la sala.
Su hijo, que sabía otras
cosas, sabía que el fresno
sería para hombres... para
cosas... como él. Esa**

**mañana, mientras sus
padres salían a dar su
paseo a pie de los
domingos, Mark había
sacado una de las
estacas y, con su pequeña
hacha de boy scout, le
había afilado un extremo.
Era un poco burdo, pero
serviría.**

**Vio un destello de color y
volvió a encogerse contra el
árbol, atisbando con un ojo
por encima de la
áspera corteza. Un
momento después**

**distinguió quién era la
persona que trepaba por la
colina. Era una
muchacha. Le invadió una
sensación de alivio,
mezclada con desilusión.
No era ningún secuaz del
diablo sino
la hija del señor Norton.
De nuevo aguzó la vista.
¡Ella también llevaba un
palo! A medida que Susan
se acercaba, le dieron
ganas de reírse,
amargamente: llevaba una
estaca de cerca para la**

nieve. Con dos golpes de martillo se partiría en dos.

La muchacha iba a pasar a la derecha del árbol que le servía de escondite.

Mientras se aproximaba, Mark

empezó a deslizarse alrededor del tronco, hacia la izquierda, evitando pisar cualquier ramita que pudiera crujir y denunciar su presencia.

Finalmente, tras una cuidadosa sincronización,

**terminó la operación:
Susan le daba
la espalda al seguir
subiendo por la colina,
hacia donde terminaban los
árboles. Andaba con
cuidado, observó
Mark. Eso estaba bien.
Pese a la inservible estaca
que llevaba, parecía tener
cierta idea de dónde se
estaba
metiendo. Así y todo, si
seguía avanzando
demasiado podía**

**encontrarse en dificultades.
Straker estaba en
casa. Mark estaba allí
desde las doce y media y
había visto que Straker se
asomaba al camino de
entrada para
mirar la carretera, y
después volvía a entrar en
la casa. Mark había estado
tratando de tomar una
decisión
cuando la aparición de la
muchacha vino a
interrumpirlo.**

Tal vez lo hiciera bien. Se había detenido detrás de una mata de arbustos y estaba allí en cuclillas, mirando hacia la casa. Mark hizo un examen mental. Era obvio que ella lo sabía. Concluyó que lo mejor sería advertirle que Straker no había salido, y que estaba alerta. Probablemente no iría armada, ni siquiera con un arma pequeña como la de él.

Mientras cavilaba cómo hacer que advirtiera su presencia sin que se asustara y gritara, oyó el ruido del coche de Straker. Susan se sobresaltó, y en el primer momento Mark temió que echara a correr desatinadamente por el bosque, delatando su presencia. Pero la chica volvió a agazaparse, pegándose al suelo.

Aunque sea estúpida, tiene agallas, pensó Mark con aprobación.

El automóvil de Straker retrocedió por el camino de entrada (desde donde estaba, Susan debía de verlo

mejor que él, que sólo podía distinguir el techo negro del Packard), vaciló por un instante y después tomó por

la carretera en dirección al pueblo.

Mark decidió que debían trabajar en equipo. Cualquier cosa sería mejor que entrar solo en esa casa.

Él

ya había percibido la atmósfera ponzoñosa que la rodeaba. La había advertido desde casi un kilómetro de distancia y a medida que uno se aproximaba se hacía más densa.

Corrió rápidamente por la pendiente tapizada de hojas, hasta apoyarle la

**mano en el hombro. Sintió
que
el cuerpo de ella se tensaba
e intuyó que iba a gritar.
—No grites —le advirtió—.
No hay peligro. Soy yo.
Susan no gritó, pero dejó
escapar un suspiro
aterrorizado. Con el
semblante pálido, se volvió
para
mirarle.
—¿Quién eres tú?
El muchacho se sentó junto
a ella.**

—Me llamo Mark Petrie, y te conozco: tú eres Sue Norton. Mi padre conoce al tuyo.

—¿Petrie...? ¿Henry Petrie?

—Sí, es mi padre.

—¿Qué estás haciendo tú aquí? —Sus ojos lo recorrían como si Susan todavía no pudiera convencerse de que él era real.

—Lo mismo que tú. Sólo que esa estaca no te servirá. Es demasiado... —

**Recurrió a una palabra
que
había buscado en el
diccionario y cuya
definición sabía, pero que
nunca había usado—.**

Demasiado endeble.

**Susan miró la estaca que
tenía en la mano y
enrojeció.**

**—Ah, esto. Bueno, es que
la encontré en el bosque y...
y pensé que alguien podía
tropezar con ella, así
que...**

El chico la interrumpió con impaciencia.

—Has venido a matar al vampiro, ¿no?

—¿De dónde has sacado semejante idea? ¿Vampiros y cosas así?

—Un vampiro trató de atraparme anoche... y casi lo logró.

—Qué disparate. Que un muchacho de tu edad no sepa que esas cosas...

—Era Danny Glick.

Susan se echó hacia atrás, entrecerrando los ojos.

Torpemente tendió una mano, encontró el brazo de Mark y lo aferró. Los ojos de ambos se encontraron.

—¿No lo estás inventando, Mark?

—No —respondió el chico, y brevemente le contó la historia de la recién pasada noche.

—¿Y has venido aquí solo?

—preguntó Susan cuando él hubo terminado—. ¿Lo creías y has venido aquí solo?

—¿Si lo creía? —Mark la miró, sorprendido—. Claro que lo creía. ¿Acaso no lo vi?

Su pregunta no tuvo respuesta, y de pronto Susan se sintió avergonzada.

—¿Cómo es que estás tú aquí? —preguntó Mark. La muchacha vaciló un momento.

—En el pueblo hay algunos hombres que sospechan que en esta casa hay

alguien a quien nadie ha visto.

Y que podría ser un... un...

—Susan todavía no era capaz de pronunciar la palabra, pero Mark asintió.

Aunque

acabara de conocerle,

aquel muchacho parecía

extraordinario—.Entonces

vine á ver si descubriría algo

—dijo

Susan, como síntesis de

cuanto podría haber

agregado.

Con un gesto, Mark señaló la estaca.

—¿Y has traído eso para atravesarlo?

—No sé si sería capaz de hacerlo.

—Yo sí —afirmó el chico —, después de lo que vi anoche. Danny estaba al otro lado de mi ventana, suspendido como una mosca enorme. Y sus dientes...—Con un gesto apartó la pesadilla.

—¿Sabes tus padres que estás aquí? —preguntó

Susan, segura de que no lo sabían.

—No —admitió él—. El domingo es el día que dedican a la naturaleza. Por la mañana salen a caminar y estudiar los pájaros, y por la tarde hacen alguna otra cosa. A veces los acompaño, y otras no. Hoy han ido a recorrer la costa en coche. —Eres valiente—se admiró ella.

—No lo creas. —La compostura de Mark no se

alteró ante el elogio—. Pero voy a librarme de él. — Levantó los ojos hacia la casa.

—¿Estás seguro...?

—Claro que sí. Y tú también. ¿Acaso no sientes lo malvado que es? ¿Esa casa no te da miedo con sólo mirarla?

—Sí —admitió Susan.

La lógica de Mark era la lógica de los nervios a flor de piel y, a diferencia de la de Ben o la de Matt, era

irresistible.

**—¿Y cómo lo haremos? —
preguntó la muchacha,
entregándole el liderazgo
de la aventura.**

**—Subiremos hasta allá y
entraremos, nada más. Lo
encontraremos y le
clavaremos la estaca, pero
la
maza, en el corazón, y
volveremos a salir.**

**Probablemente estará en el
sótano. Les gustan los
lugares oscuros.**

¿Tienes una linterna?

—No.

—Demonios, yo tampoco...

**Y no habrás traído una
cruz tampoco, ¿o sí?**

**—Sí, eso sí.—Susan se sacó
la cadenilla de la blusa
para mostrársela. Mark
hizo un gesto de
asentimiento y a su vez se
sacó su cadenilla de la
camisa.**

**—Espero poder devolverla
antes de que regresen mis
padres —dijo—. La cogí
del joyero de mi madre, y**

si se da cuenta me costará caro.

Mark miró alrededor.

Mientras hablaban, las sombras se habían

alargado, y los dos se sentían

impulsados a prolongar la situación.

—Cuando lo encontremos, no le mires a los ojos —le aconsejó Mark—. Mientras

no oscurezca, no

puede salir de su ataúd,

pero de todas maneras

puede inmovilizarte con los

ojos. ¿Sabes alguna oración?

Habían empezado a avanzar entre los arbustos que separaban el bosque del descuidado césped de la casa de los Marsten.

—Bueno, el padrenuestro...

—Eso será suficiente. Es la misma que sé yo. La diremos juntos mientras yo le clavo la estaca.

Al ver la expresión entre asqueada y amilanada de

Susan, le tomó la mano. Su autodomínio resultaba desconcertante.

—Escucha, es necesario.

Apostaría a que después de anoche se adueñó de la mitad del pueblo. Y si seguimos esperando se lo apropiará por completo. Todo será muy rápido.

—¿Después de anoche?

—Lo soñé. —Mark habló con voz calma, pero sus ojos eran sombríos—. Soñé que iban a las casas y

**llamaban por el interfono
pidiendo que les dejaran
entrar. Alguna gente lo
sabía, en lo más hondo de sí
lo
sabían, pero los dejaban
entrar, porque eso era más
fácil que pensar que algo
tan espantoso pudiera ser
real.**

—No es más que un sueño

**—repuso Susan con
inquietud.**

**—Apuesto a que en este
momento hay un montón
de gente que está en la**

**cama con las cortinas
cerradas
o las persianas bajadas,
creyendo que han pillado
un resfriado o la gripe o
algo parecido. Que se
sienten
débiles y no tienen ganas de
comer. Con sólo pensar en
comer, ya les entran ganas
de vomitar.**

—¿Cómo sabes esto?

**—Porque leo revistas de
monstruos y voy al cine
siempre que puedo —**

**explicó Mark—. Por lo
general,
a mamá tengo que decirle
que dan alguna de Walt
Disney. Y en todo éso se
puede confiar. A veces
exageran
las cosas para que la
historia resulte más
truculenta.
Estaban al lado de la casa.
Vaya grupo que formamos
los creyentes, pensó Susan.
Un viejo profesor
medio chiflado por los
libros, un escritor**

**obsesionado por las
pesadillas de su infancia,
un chiquillo doctorado
en vampirología. Y yo. Pero
¿realmente creo? ¿Se me
están contagiando las
fantasías paranoides?
Susan creía.**

**Como había dicho Mark, a
esa distancia de la casa no
era posible tomarse el
asunto en broma. Todos los
procesos de pensamiento, el
acto mismo de conversar,
tenían lugar en el marco de
una voz más fundamental**

**que no dejaba de gritar
«¡peligro! ¡Peligro!» en un
idioma ajeno a las
palabras. Sentía tensión y
pesadez en los
riñones. Sus ojos habían
adquirido una agudeza
preternatural, a la que no
se le escapaba una astilla ni
una
mancha que hubiera en el
muro de la casa. Y para
que todo eso se
desencadenara no había
hecho falta ningún**

**estímulo externo: ni
hombres armados, ni
perros amenazantes, ni
indicios de fuego. Un vigía
más profundo
que sus cinco sentidos
había despertado tras un
largo período de sueño, y
no había manera de
ignorarlo.**

**Susan espió por una
abertura que había en uno
de los postigos de abajo.
—Pero cómo es posible que
no hayan hecho nada —**

comentó casi enfadada—.

Es una roña.

—Déjame ver.

Susan cruzó los dedos para que él pudiera apoyarse y mirar por entre las tablillas rotas el destartelado salón de la casa de los Marsten. El chico vio un desierto salón rectangular con el suelo cubierto por una espesa alfombra de polvo (sobre la cual aparecían huellas de muchas pisadas), el

**empapelado desprendido,
dos o tres
viejos sillones, una mesa
coja. Los ángulos
superiores de la habitación,
cerca del techo, estaban
festoneados
de telarañas.**

**Antes de que Susan
pudiera oponerse, Mark
había forzado el gancho
que cerraba la ventana
empujándolo con el
extremo más grueso de su
estaca. Las dos piezas**

**enmohecidas del seguro
cayeron al suelo
y, con un chirrido, los
postigos se abrieron un par
de centímetros hacia fuera.
—¡Eh! —protestó Susan—.
No hagas eso.**

**—¿Y qué quieres que
hagamos, tocar el timbre?
El chico plegó hacia atrás
el postigo de la derecha y
rompió uno de los sucios
cristales, cuyos trozos
cayeron hacia dentro con
un tintineo. El miedo se
apoderó de Susan,**

**llenándole la boca de un
regusto
metálico.**

**—Estamos a tiempo de
escapar —dijo la
muchacha casi para sí.
Él la miró, sin que sus ojos
reflejaran desdén alguno;
sólo una seriedad y un
miedo tan intensos como
los
de ella.**

**—Si tienes que irte, vete —
le dijo.**

**—No tengo que irme. —
Susan procuró tragarse el**

nudo que le obstruía la garganta—. Pero date prisa.

Mark retiró los trozos de vidrio que quedaban del cristal roto, se pasó la estaca a la otra mano y después

retiró la traba de la ventana, que gimió levemente mientras él la levantaba.

Los dos se quedaron mirando la ventana sin decir palabra. Después ella

dio un paso, abrió del todo el postigo de la derecha y apoyó las manos sobre el alféizar astillado, preparándose para trepar. El miedo era tan intenso que le producía náuseas. Por fin entendía lo que había sentido Matt Burke mientras subía las escaleras de su casa para hacer frente a lo que le esperaba en el cuarto de huéspedes.

Susan siempre había entendido el miedo mediante una sencilla ecuación: miedo = desconocido. Y para resolver la ecuación no había más que reducir el problema a simples términos algebraicos: desconocido = tabla que cruje (o lo que fuera), tabla que cruje = nada que temer. En el mundo moderno, todos los miedos

**podían ser desentrañados
así.**

**Flexionó los músculos para
elevarse, pasó una pierna
por sobre el alféizar, se
dejó caer sobre el
polvoriento suelo de la sala
y miró alrededor. Reinaba
un olor que emanaba de las
paredes como un miasma
casi visible. Susan procuró
convencerse de que no era
más que el olor del yeso
enmohecido, o del guano
acumulado y húmedo de
todos los animales que se**

habían refugiado en esas ruinas: marmotas, ratas, incluso tal vez algún mapache. Pero algo más. Aquel olor era más denso que un hedor animal, más penetrante. Hacía pensar en lágrimas, en vómitos* en tinieblas. —Eh —llamó suavemente Mark, agitando las manos por sobre el alféizar—. Ayúdame. Susan se inclinó hacia afuera y lo ayudó a entrar.

**Sus pies calzados con
zapatillas resonaron sobre
la
alfombra, y la casa volvió a
quedar en silencio.**

**Los dos se encontraron
fascinados escuchando el
silencio y el latido de la
sangre en sus propios
oídos.**

**Sin embargo, los dos sabían
que no estaban solos.**

2

**—Vamos —dijo Mark
—Echemos un vistazo. —**

Aferró la estaca y durante un momento volvió con nostalgia los ojos hacia la ventana.

Seguida por él, Susan avanzó lentamente hacia el vestíbulo. Al lado de la puerta había una mesita sobre la cual reposaba un libro. Mark lo cogió.

—Oye —preguntó—, ¿tú sabes latín? —Un poco.

—¿Qué significa esto? — Mark le mostró la tapa. La

**chica leyó las palabras
frunciendo el ceño. —No lo
sé —dijo, sacudiendo la
cabeza. Mark abrió el libro
y se estremeció. Había una
figura de un hombre
desnudo
que ofrecía el cuerpo
mutilado de un niño a algo
que no alcanzaba a ver. El
muchacho volvió a dejar el
libro,
contento de soltarlo (al
tacto de su mano, el
material con que estaba**

encuadernado era inquietantemente familiar), y ambos se dirigieron hacia la cocina. Allí las sombras eran más intensas. El sol había dado la vuelta hacia el otro lado de la casa. —¿Notas el olor? —preguntó Mark. —Sí. —Aquí atrás es peor, ¿no? —Sí, Mark recordó la despensa que tenía su madre en la otra casa, donde un año tres cestas de tomates se

**habían echado a perder.
Era un olor así, como de
tomates podridos. —Dios,
qué miedo tengo —
murmuró**

**Susan. La mano de Mark
se tendió en busca de la de
ella, y la aferró. El linóleo
de la cocina era viejo,
áspero
y gastado, descolorido
delante del antiguo
fregadero enlozado. Una
gran mesa llena de marcas
y rozaduras,**

sobre la cual había un plato amarillo, un cuchillo y un tenedor, y un trozo de hamburguesa cruda, ocupaba el centro de la cocina.

La puerta del sótano estaba entreabierta.

—Ahí es donde tenemos que ir —señaló Mark.

—Oh—exclamó débilmente Susan.

La abertura era apenas una rendija y la luz no llegaba a entrar. Parecía

**como si una lengua de
oscuridad
lamiera ávidamente la
cocina, en espera de que
llegara la noche para
devorarla entera. Ese
centímetro de
oscuridad era abominable
y sus posibilidades,
indecibles. Incapaz de
moverse, Susan
permaneció junto a
Mark.
El chico avanzó, empujó la
puerta hasta abrirla y miró**

hacia abajo. Susan veía cómo le temblaba un músculo en la mandíbula. —Creo,, -empezó a decir Mark, y ella oyó algo a sus espaldas y se volvió, con la súbita sensación de que ya era demasiado tarde. Era Straker. Su sonrisa era una mueca. Mark giró sobre los talones, lo vio y trató de eludirlo. El puño de Straker se estrelló contra su mentón y el chico no supo nada más.

3

Cuando Mark recuperó el conocimiento estaban subiéndolo por unas escaleras, pero no eran las del sótano. No sentía esa sensación pétrea de encierro, y el aire no era tan fétido. Entreabrió sus párpados apenas, sin que la cabeza dejara de pender inerte del cuello. Habían llegado a un descanso: el primer piso. Se podía

**ver con bastante claridad.
El sol no se había puesto
todavía. Quedaba una
tenue esperanza.**

**Al llegar al descansillo, de
pronto los brazos que lo
sostenían desaparecieron y
Mark cayó pesadamente
al suelo, golpeándose la
cabeza.**

**—¿No te parece que yo sé
cuándo alguien se está
haciendo él tonto,
jovencito? —le preguntó
Straker.**

**Visto desde el suelo,
parecía de tres metros de
estatura. El cráneo calvo
relucía con discreta
elegancia en
la creciente oscuridad.
Mark vio con terror que en
el hombro llevaba un rollo
de cuerda.
Se llevó la mano al bolsillo
donde había puesto la
pistola.
Straker se echó a reír.
—Me tomé la libertad de
quitarte la pistola,
jovencito. Los niños no**

deben portar armas... ni tampoco conviene que lleven a una señorita a lugares donde no les han invitado.

—¿Qué ha hecho con Susan Norton?

Straker sonrió.

—La llevé donde ella quería ir, amiguito. Al sótano. Más tarde, cuando se ponga el sol, se encontrará con el hombre a quien vino a ver. Y tú también lo conocerás, tal vez esta

**misma noche, tal vez
mañana por la
noche. Es posible que él te
entregue a la muchacha,
pero más bien pienso que
se ocupará personalmente
de ti.**

**La chica tendrá sus propios
amigos, entre ellos tal vez
algunos entremetidos como
tú.**

**Con ambos pies, Mark
trató de darle una patada
en la entrepierna, pero
Straker se apartó
ágilmente a un**

lado, como un bailarín. Al mismo tiempo le devolvió el golpe, un enérgico puntapié en los riñones.

Mark se mordió los labios, retorciéndose en el suelo.

—Vamos, jovencito. De pie —le ordenó Straker con una risita.

—No... no puedo.

—Pues arrástrate —dijo Straker, y le asestó otra patada.

El dolor fue muy intenso, pero Mark apretó los ciernes. Consiguió ponerse

**de rodillas y después de
pie.**

**Siguieron andando por el
vestíbulo hasta la puerta
del otro extremo.**

**—¿Qué va a hacer
conmigo?**

**—Prepararte como a un
pavo de Navidad, jovencito.
Más tarde, cuando mi amo
se haya ocupado de ti,
quedarás en libertad.**

—¿Como los otros?

Straker sonrió.

**Mientras abría la puerta
para entrar en la**

**habitación donde se había
suicidado Hubie Marsten,
algo**

**extraño sucedió en la
mente de Mark. El miedo
no desapareció, pero
aparentemente dejó de
actuar como un
freno sobre sus procesos
mentales y de interferir las
señales positivas. Su
cerebro empezó a
funcionar con una
velocidad pasmosa, no
valiéndose de palabras ni
de imágenes, sino de una**

**especie de taquigrafía
simbólica. El
muchacho se sentía como
una pequeña lámpara que
de pronto recibe una
sobrecarga de una fuente
desconocida.**

**El cuarto como tal era
absolutamente prosaico. El
empapelado colgaba en
jirones, dejando ver el yeso
y
la piedra. El tiempo había
cubierto el suelo con una
espesa capa de polvo y**

**yeso, pero sólo se veían las
huellas
de una persona, como si
alguien hubiera subido a
echar un vistazo. Había dos
pilas de revistas, una cama
de
hierro sin somier ni
colchón y una pequeña
plancha metálica con un
grabado desvaído. La
ventana tenía los
postigos cerrados, pero por
ellos se filtraba,
polvorienta, luz suficiente**

**para que Mark pensara
que quedaba
todavía una hora hasta que
cayese la noche. En el
cuarto flotaba algo maligno
y hediondo.**

**En el lapso de unos
segundos, el chico abrió la
puerta, registró todo lo que
había y avanzó hasta el
centro
de la habitación, donde
Straker le dijo que se
detuviera. En esos breves
momentos, vio tres
escapatorias**

posibles.

En una de ellas, él se precipitaba súbitamente hacia la ventana cerrada, y trataba de lanzarse a través de los cristales y los postigos como el héroe de una película del Oeste, para saltar ciegamente hacia fuera.

Mentalmente, con un ojo se vio caer sobre un herrumbrado montón de herramientas de jardín para terminar su

**vida retorciéndose
ensartado en una horquilla
mellada como un insecto en
un alfiler. Con el otro ojo,
vio
cómo se estrellaba contra
los cristales sin conseguir
que se abriera el postigo, y
cómo Straker se apoderaba
otra vez de su cuerpo,
lacerado y sangrante.
Se vio atado sobre el suelo,
vio cómo se extinguía la
luz, cómo sus esfuerzos por
liberarse eran cada vez**

más frenéticos e inútiles, y oyó finalmente cómo subía ominosamente las escaleras un individuo mil veces peor que Straker.

Se vio recurriendo a una treta que había aprendido el verano anterior cuando leía un libro sobre Houdini, el famoso mago capaz de escaparse de una celda, de un cajón cerrado con cadenas y de la bóveda de un banco. Podía soltarse de cuerdas, esposas de acero e

**instrumentos de tortura
chinos. Y una de las cosas
que
hacía era contener el
aliento y tensar
fuertemente los puños
cuando una persona del
público le ataba. También
había que contraer los
muslos, los antebrazos y los
músculos del cuello. Si uno
tenía músculos bien
desarrollados, al relajarlos
conseguía cierta flojedad
en las ligaduras. Entonces,**

**todo consistía en relajarse
por
completo y trabajar con
lentitud y tesón para
escapar, sin dejarse
dominar por el pánico.
Poco a poco, también
el cuerpo ayudaba,
lubricándose con sudor. En
el libro parecía muy fácil.
— Date la vuelta; te voy a
atar— le dijo Straker — .
Y mientras lo haga no te
muevas, porque si te
mueves, con esto — levantó
el pulgar — te vaciaré el**

**ojo derecho. ¿Lo
entiendes?**

**Mark asintió. Hizo una
inspiración profunda,
retuvo el aire y contrajo los
músculos.**

**Straker arrojó la cuerda
por encima de una viga.**

— Acuéstate — le dijo.

Mark obedeció.

**Straker le cruzó las manos
a la espalda y se las ató
firmemente con la cuerda.**

**Hizo un lazo, se lo pasó
por el cuello y lo aseguró**

— Estás atado a la misma viga de donde se colgó el amigo y patrono de mi amo en esta comarca, jovencito. ¿No te halaga? Mark emitió un gruñido y Straker rió. Le pasó la cuerda entre las piernas, y el chico gimió cuando se la ajustó con un tirón brutal. — ¿Te duele? — acotó con cínico humor — . No será por mucho rato. De todas maneras, llevarás una vida ascética, hijo... una vida muy larga.

**Rodeó con la cuerda los
tensos muslos del chico,
aseguró el nudo y volvió a
rodearle las rodillas y los
tobillos. A Mark ya se le
hacía difícil contener la
respiración, pero se dominó
obstinadamente.**

**— Estás temblando,
jovencito — se burló
Straker — . Tienes todo el
cuerpo entumecido. Y toda
la carne
blanca... ¡pero la tendrás
más blanca aún! No tienes
por qué tener tanto miedo.**

Mi amo es muy capaz de ser bondadoso. Y es muy venerado aquí en tu propio pueblo. No es más que un pequeño pinchazo; como cuando el médico te pone una inyección, y después todo es dulzura. Y más tarde quedarás libre. E irás a ver a tu padre y a tu madre, ¿verdad? Irás a verlos mientras duermen.

Se levantó y miró con benevolencia a Mark.
— Ahora tengo que dejarte por un rato, Jovencito. He de acomodar a tu encantadora consorte. Cuando volvamos a vernos, me tendrás más afecto. Y salió, dando un portazo. Una llave resonó en la cerradura. Mientras sus pies se alejaban por la escalera, Mark dejó escapar el

**aliento y relajó los
músculos con un
gran suspiro. . Las cuerdas
que le inmovilizaban se
aflojaron un poco.
Se quedó quieto. Su mente
seguía volando eufórica.
Miró a lo largo del suelo
irregular en dirección a la
cama de hierro. Más allá se
elevaba la pared. En esa
parte, el empapelado se
había desprendido y estaba
caído
jumo al armazón de la
cama como la desechada**

**piel de una víbora. Mark se
concentró en un pequeño
sector
de la pared y lo examinó
con atención, apartando de
su mente todo lo demás. El
libro sobre Houdini decía
que
lo más importante era la
concentración. No había
que permitir que el pánico
se insinuara en la mente. El
cuerpo debía estar
completamente relajado. Y
la fuga debía tener lugar**

mentalmente antes de mover un solo dedo. Cada paso debía existir concretamente en el pensamiento.

Mientras miraba la pared, pasaban los minutos.

La pared era blanca e irregular. Por último, a medida que su cuerpo se relajaba, empezó a verse a sí

mismo proyectado: un muchachito de camiseta azul y téjanos. Estaba

**situado de costado, con los
brazos
atados a la espalda, las
muñecas apoyadas en la
depresión lumbar. Tenía un
lazo corredizo alrededor
del
cuello, y cualquier
movimiento impulsivo lo
ajustaría inexorablemente
hasta privar al cerebro del
oxígeno
indispensable para
mantener la lucidez.
Siguió mirando la pared.**

**La figura allí proyectada
había empezado a moverse
cautelosamente, aunque el
propio Mark siguiera
tendido, perfectamente
inmóvil. Como extasiado,
observó todos los
movimientos de la imagen.
Había
alcanzado un nivel de
concentración propio de los
faquires y los yoguis de la
India. Ya no le preocupaba
Straker ni la menguante
luz del día. Había dejado
de ver el suelo irregular, el**

**armazón de la cama, la
pared
incluso. Lo único que veía
era al muchacho, una
figura perfecta que se
movía en una leve danza de
músculos
cuidadosamente
controlados.
Siguió mirando la pared.
Finalmente empezó a
mover las muñecas. Al
límite de cada movimiento
las partes de las palmas
más**

próximas al pulgar se tocaban, sin que se movieran otros músculos que los de la parte inferior del antebrazo.

Sin apresurarse, Mark seguía mirando la pared. Cuando el sudor empezó a brotarle, las muñecas se movieron con más libertad. Los movimientos se ampliaron. Al término de cada uno, los dorsos de las manos se tocaban. Las vueltas de cuerda que las

**sujetaban se habían
aflojado un poco.**

Mark se detuvo.

**Pasado un momento,
empezó a flexionar los
pulgares contra las palmas,
mientras contraía los dedos
en**

**un movimiento sinuoso. Su
rostro se mantenía
absolutamente inexpresivo:
era como la cara de yeso de
un**

maniquí en una tienda.

**Pasaron cinco minutos. Las
manos ya le transpiraban**

abundantemente. La increíble intensidad de la concentración hacía que el chico pudiera controlar parcialmente el sistema nervioso simpático, otra técnica de los yoguis y los faquires; sin darse cuenta, había llegado a obtener cierto control sobre las funciones involuntarias del cuerpo. El sudor no se podía explicar como producto de sus cuidadosos movimientos. Sentía

las manos como engrasadas, y de la frente le caían gotitas que oscurecían el polvo blanco del suelo.

Empezó a mover los brazos en un movimiento ascendente y descendente, como de pistón, haciendo trabajar ahora los bíceps y los músculos de la espalda. El nudo corredizo se ajustó un poco, pero al mismo tiempo Mark sentía que una de las vueltas de cuerda que le sujetaban las

**manos comenzaba a
descender sobre
la palma derecha. Ahora se
apoyaba sobre la parte
carnosa del pulgar. Sintió
una oleada de excitación y
se
obligó a detenerse hasta
que la emoción se hubo
calmado por completo.
Sólo en ese momento volvió
a
empezar. Arriba abajo.
Arriba abajo. Arriba
abajo. Cada vez ganaba**

medio centímetro, o menos.

De pronto,

su mano derecha quedó

libre.

La dejó donde estaba,

flexionándola. Cuando los

músculos recuperaron la

flexibilidad, introdujo los

dedos bajo el lazo que le

ataba la muñeca izquierda

y tanteó, hasta que

consiguió liberar la mano

izquierda.

Entonces, apoyó ambas

manos en el suelo. Cerró

los ojos.

Ahora, lo importante era no pensar que la partida estaba ganada, Ahora había que actuar aún con más cuidado.

Se apoyó en la mano izquierda, y con la derecha recorrió el nado que aseguraba el lazo corredizo que le rodeaba el cuello.

Inmediatamente comprendió que para soltarlo tendría que ahogarse o poco menos, y

también que incrementaría la presión que le oprimía los testículos, donde sentía ya un sordo latido.

Respiró profundamente y empezó a trabajar con el nudo. La cuerda fue tensándose poco a poco, y la

presión en el cuello y entre las piernas se intensificó.

Las fibras del cáñamo se incrustaban en la garganta como minúsculas agujas. El nudo le desafió durante un tiempo interminable. Su

**visión empezó a
difuminarse
bajo la embestida de las
enormes flores negras que
estallaban en silenciosa
floración ante sus ojos,
pero Mark
se legaba a darse
prisa/Retorció sin descanso
el nudo, hasta percibir una
nueva flojedad. Durante un
momento
la presión en la ingle se
hizo insoportable, hasta
que con un movimiento**

convulsivo se pasó el lazo por encima de la cabeza y el dolor disminuyó.

El muchacho se sentó e inclinó la cabeza hacia adelante, respirando de manera entrecortada, mientras con ambas manos se frotaba los testículos lacerados. El interno dolor se convirtió en una incomodidad sorda y penetrante que le dio una sensación de náusea..'

Cuando empezó a pasársele, Mark miro hacia la ventana cerrada. La luz que entraba a través de las fisuras de la madera se había desteñido hasta alcanzar un ocre opaco. El sol debía de estar poniéndose. Y la puerta estaba cerrada con llave.

Tiró de la cuerda hasta descolgarla de la viga y empezó a aflojar los nudos de las piernas. Estaban muy

**ajustados, y la reacción
provocada por el éxito
inicial había empezado a
debilitar la concentración
de Mark;**

**Se soltó los muslos, las
rodillas y, tras un
denodado esfuerzo, los
tobillos. Se levantó
tambaleante y
empezó a frotarse las
piernas**

**Abajo se oyó ruido de
pasos.**

**Invadido por el pánico,
levantó la mirada, mientras**

**sus narices se dilataban.
Avanzó torpemente hacia
la
ventana e intentó abrirla.
Estaba asegurada con
clavos enmohecidos,
doblados a martillazos
sobre la madera
del alféizar.
Los pasos ascendían por la
escalera.
Mark se enjugó la boca con
la mano y miró con
desesperación alrededor.
Dos pilas de revistas. Una**

**pequeña plancha metálica
con un desgastado
grabado. El armazón de la
cama de hierro fundido.
A ella se dirigió y la levantó
por un extremo. Y tal vez
algún dios remoto, al ver
cuánto era lo que el
muchacho había hecho
solo, se compadeció de él.
Los pasos habían
empezado a acercarse a la
puerta cuando Mark
consiguió acabar de
destornillar la pata
de la cama.**

4

**Cuando se abrió la puerta,
Mark estaba detrás de ella
con la pata de la cama
levantada, como un piel
roja
con su tomahawk.**

—Jovencito, vengo a...

**Cuando vio la cuerda
tendida en el piso, la
sorpresa lo paralizó,
durante un segundo tal vez.**

**Ya había
cruzado la puerta.**

**Mark vivía las cosas con la
lentitud de una jugada de**

fútbol que se repite en cámara lenta. Tenía la sensación de disponer de minutos, no de apenas unos segundos, para apuntar al cráneo que aparecía más acá del umbral de la puerta. Con ambas manos asestó el golpe con la pata, no con toda la fuerza de que era capaz, porque prefirió sacrificar un poco de fuerza para conseguir mejor puntería. Alcanzó a

**Straker exactamente
encima de la sien,
en el momento en que éste
empezaba a darse la vuelta
para mirar detrás de la
puerta. Los ojos, que tenía
muy
abiertos, se cerraron
bruscamente por el dolor.
Del cuero cabelludo
comenzó a manar sangre a
borbotones.
El cuerpo de Straker se
contrajo y retrocedió,
tambaleante, hacia el**

**interior del cuarto, con la
cara
desencajada por una
mueca. Al ver que extendía
la mano, Mark volvió a
golpearlo. Esta vez el metal
cayó
sobre la calva, encima de la
convexidad de la frente,
abriendo un nuevo
manantial de sangre.
Se desplomó con los ojos en
blanco.
Mark rodeó el cuerpo,
mirándolo con ojos
desorbitados. El extremo**

de la pata de cama estaba manchado de sangre, y era más oscura que la de las películas en technicolor. Mark se sintió descompuesto al verla, pero cuando miró a Straker no sentía nada. Le he matado, pensó, y su reacción inmediata añadir: por fin. La mano de Straker le aferró el tobillo. Con un sobresalto, Mark intentó zafarse. La mano se

cerraba sobre su pie como una trampa de acero, y ahora Straker estaba mirándole, con sus ojos fríos que brillaban a través de la máscara de sangre.

Aunque sus labios se movían, no emitían ningún sonido.

Mark tiró con más fuerza, inútilmente. Con un gruñido sordo, empezó a golpear la mano de Straker con la pata de cama. Una vez, dos, tres,

**cuatro. Los dedos se
quebraron
como un estremecedor
crujido de lápices. La presa
se aňojo y el muchacho se
soltó con un tirón que le
hizo
pasar, tambaleante, por la
puerta hasta llegar al
pasillo.**

**La cabeza de Straker había
vuelto a caer sobre el suelo,
pero su mano destrozada
siguió abriéndose y
cerrándose en el aire con
una vitalidad siniestra,**

**como la del perro que se
estremece al soñar que está
cazando
gatos.**

**La pata de la cama se le
escurrió entre los dedos
agarrotados, y entonces
retrocedió, tembloroso. El
pánico se adueñó de él y
huyó a saltos por las
escaleras, bajando dos o
tres peldaños cada vez,
pese a sus
piernas entumecidas,
mientras su mano volaba**

**sobre el pasamanos
astillado.**

**La puerta principal se
perdía en las tinieblas, en
una oscuridad abominable.**

**Llegó a la cocina. Su
mirada, tímida y
enloquecida, pasó
fugazmente por la puerta
abierta del sótano. El
sol descendía en una
ardiente columna de rojos,
amarillos y púrpuras. En el
salón de una funeraria, a
veinticinco kilómetros de
distancia, Ben Mears no**

**apartaba los ojos del reloj,
mientras las manecillas
vacilaban entre las 7.01 y
las 7.02.**

**Mark no sabía nada de eso,
pero sabía que la hora de
los vampiros era
inminente. Permanecer allí
significaba superponer un
enfrentamiento a otro;
descender a ese sótano
para intentar salvar a
Susan
significaba verse
arrastrado al reino de los
muertos vivientes.**

**Sin embargo, fue hacia la
puerta del sótano y hasta
bajó los tres primeros
escalones antes de que el
miedo lo envolviera como
una ligadura casi física, sin
permitirle dar un paso
más. El chico estaba
llorando y
todo el cuerpo le temblaba
como presa del paludismo.
—¡Susan! —gritó—.
¡Escapa!
—¿Mark? —Su voz sonaba
débil y aturdida—. No veo
nada. Está oscuro...**

Entonces se oyó un ruido similar al disparo de un arma de fuego, seguido por una risa profunda y desalmada.

Susan emitió un alarido que fue diluyéndose en un gemido, y después en el silencio.

Aunque sus pies eran plumas que querían llevárselo volando, Mark esperaba todavía.

Desde abajo le llegó una voz sorprendentemente parecida a la de su padre.

—Ven abajo, hijo mío. Qué muchacho tan admirable eres.

El poder de esa voz era tal que Mark sintió que el miedo se desvanecía, que las plumas de sus pies se convertían en plomo. Ya había empezado a bajar a tientas otro escalón cuando consiguió rehacerse, aunque para eso necesitó de toda la exhausta disciplina que aún conservaba.

—Baja —volvió a decir la voz, ahora desde más cerca. Tras el matiz paternal y amistoso se insinuaba una orden, acerada y tersa. —¡Sé quién eres! —gritó Mark hacia abajo—. ¡Tú eres Barlow! Y salió corriendo. Cuando llegó a la puerta principal, el miedo había vuelto a apoderarse de él, y si la puerta no hubiera estado abierta habría podido atravesarla,

dejando recortada en ella su silueta como en un dibujo animado.

Huyó por la carretera (como había hecho hacía muchos años Benjamín Mears) y después siguió por el centro de Brooks Road rumbo al pueblo y a su incierta seguridad. ¿Podría perseguirle, aun ahora, el rey de los vampiros?

Se apartó del camino para atravesar a tientas el

**bosque, vadeó el arroyo,
tropezó con unos arbustos
al**

**otro lado, y finalmente
entró por el patio de atrás
de su casa.**

**Atravesó la puerta de la
cocina y al mirar por la
arcada que daba a la sala
vio a su madre, que con la
preocupación dibujada en
el rostro, hablaba por
teléfono, con la guía abierta
sobre el regazo.**

Al levantar la vista, le vio y una oleada de alivio se difundió sobre su rostro.

—... aquí está...

Sin esperar respuesta, colgó y se dirigió hacia él. Con más pena de lo que él mismo habría esperado, Mark advirtió que su madre había estado llorando.

—Oh, Mark... ¿dónde has estado?

—¿Ya ha vuelto? — preguntó su padre desde el

**estudio. Su rostro, invisible,
se cubría ya de nubes de
tormenta.**

**—¿Dónde has estado? —Su
madre le tomó por los
hombros y le sacudió.**

**—Por ahí —dijo Mark—.
Me caí mientras volvía a
casa.**

**No había nada más que
decir. La característica
esencial de la niñez no es
que sueño y realidad se
mezclen sin esfuerzo, sino
la alienación. No hay
palabras para los oscuros**

efluvios y peripecias de esa edad.

Los niños que saben lo admiten, y aceptan las consecuencias. Un chico que calcula los costes ya ha dejado de ser un niño.

—Se me pasó el tiempo — agregó—, y., .

En ese momento, su padre se hizo cargo de él.

5

En la oscuridad que precede al amanecer del

**lunes, algo rascaba en la
ventana.**

**Regresó desde el sueño sin
intervalo alguno de
somnolencia ni
desorientación. La insania
del sueño y de
la vigilia se parecían ahora
notablemente.**

**El rostro que destacaba en
la oscuridad al otro lado de
la ventana era el de Susan.**

—Mark... déjame entrar.

**El chico se levantó de la
cama. El suelo estaba frío**

para sus pies desnudos.

Estaba tiritando.

—Vete—le dijo.

No había ninguna inflexión en su voz. Observó que ella llevaba todavía la misma blusa, los mismos pantalones. Quien sabe si los padres de ella estarán preocupados, pensó Mark. Si habrán llamado a la policía.

—No está tan mal, Mark.

—Mientras hablaba, Susan le miraba con inexpresivos ojos de obsidiana. Al

**sonreírle mostró los
dientes, que se destacaron
con nítido relieve bajo la
palidez de las encías—. Es
muy
bueno, en realidad. Déjame
entrar, que te enseñaré.
Quiero besarte, Mark.
Besarte todo, como nunca
te ha
besado tu madre.
—Vete —repitió él.
—Alguno de nosotros te
vencerá, tarde o temprano
—expresó Susan—. Ahora
somos muchos. Déjame**

**entrar, Mark... Tengo
hambre. —Intentó sonreír,
pero la sonrisa se convirtió
en una oscura mueca que a
Mark
le hizo sentir un escalofrío.
Levantó la cruz y la apoyó
contra la ventana.
Ella emitió un silbido como
si la hubieran quemado y
se soltó del marco. Durante
un momento siguió
suspendida en el aire,
mientras su cuerpo iba
volviéndose indistinto y**

**nebuloso. Después
desapareció, pero no
sin que Mark viera (o le
pareciera ver) en su rostro
una mirada de desesperada
infelicidad.**

**La noche volvió a quedar
tranquila y silenciosa.**

«Ahora somos muchos...»

**Los pensamientos de Mark
regresaron hasta sus
padres, que ajenos al
peligro dormían en la
habitación
de abajo, y el espanto le
agarrotó las entrañas.**

**Algunos hombres sabían,
había dicho Susan, o
sospechaban.**

¿Quiénes?

**El escritor, seguro. Ese que
salía con ella. Mears, se
llamaba. Vivía en la
pensión de Eva. Los
escritores**

**sabían muchas cosas. Tenía
que ser él. Y Mark tenía
que advertir a Mears antes
de que ella...**

**Mientras volvía a la cama
se detuvo en seco.**

¿Y si ya había llegado?

TRECE

EL PADRE CALLAHAN

1

Ese mismo domingo por la noche, el padre Callahan entró con cierta vacilación en la habitación de Matt Burke en el hospital, en el momento en que el reloj de Matt marcaba las siete menos cuarto. La mesita de noche, e incluso el cobertor de la cama, estaban cubiertos de libros, algunos de ellos viejos y polvorientos.

Matt había llamado por teléfono a Loretta Starcher a su apartamento de soltera, y había conseguido no solamente que abriera la biblioteca pese a ser domingo, sino que le llevara personalmente los libros. Loretta había aparecido seguida por tres ayudantes del hospital, a cual más cargado de libros, y se había ido un poco

ofendida, porque Matt se negó a responder a sus preguntas sobre tan extraña selección.

El padre Callahan observó con curiosidad al profesor. Tenía aspecto fatigado, pero no tan fatigado ni tan horrorizado como la mayoría de pacientes que él había visitado en circunstancias similares. Callahan había visto que, en general, la primera reacción ante la noticia de un cáncer, un

derrame, un infarto o cualquier fallo en un órgano importante era sentirse traicionado. Al principio, el paciente se quedaba atónito al descubrir que un amigo tan cercano (y, por lo menos hasta entonces, tan bien conocido) como el propio cuerpo pudiera ser tan desconsiderado como para hacer mal su trabajo. La reacción que seguía a

**esa primera era pensar que
no
valía la pena tener un
amigo capaz de
abandonarle a uno tan
cruelmente. La conclusión
que seguía a esas
reacciones era que no
importaba que valiera o no
la pena tener ese amigo.
Uno no podía negarse a
hablar con
su cuerpo traidor, ni podía
llevarle a juicio ni fingir
que no estaba en casa**

cuando le pedía algo. La idea en que culminaba esta forma de razonamiento característica era la aborrecible posibilidad de que uno no tuviera en el cuerpo un amigo, sino un enemigo implacable, dedicado a destruir la fuerza superior que venía usando y abusando de él desde el momento en que se declaró el mal.

**Una vez, llevado por un
ejemplar entusiasmo de
borracho, Callahan se
había puesto a escribir
sobre el
tema para LA Gaceta,
Católica. Incluso lo había
ilustrado con una
desafiante caricatura en la
página del
editorial, que mostraba un
cerebro apostado en la
cornisa más alta de un
rascacielos. El edificio (que
un rótulo**

definía como «El cuerpo humano») estaba en llamas (definidas como «Cáncer», aunque podrían haber sido otras cosas). La caricatura se titulaba «Demasiado alta para saltar». Durante el forzado turno de sobriedad del día siguiente, Callahan había hecho añicos su artículo, al mismo tiempo que quemaba el dibujo; en la doctrina católica no había lugar para esas imágenes si uno

no se avenía a añadirle un helicóptero con la etiqueta de «Cristo», del cual pendiera una escala de cuerda. Pese a todo, seguía convencido de que su intuición le había señalado la verdad, y encontraba que el resultado de esa lógica peculiar del lecho de enfermo solía provocar en el paciente una depresión aguda. Los síntomas incluían ojos

**inexpresivos, reacciones
lentas, suspiros
profundos y, a veces,
lágrimas al ver al
sacerdote, ese cuerpo
ominoso cuya función
dependía en última
instancia de lo que el ser
pensante creyera respecto
de su mortalidad.**

**Matt Burke no mostraba
signos de tal depresión. Le
tendió la mano y Callahan
se encontró con un
apretón
sorprendentemente firme.**

—Padre Callahan, le agradezco que haya venido.

—Con todo gusto. Un buen maestro, como una buena esposa, es una perla inapreciable.

—¿También un viejo oso agnóstico como yo?

—Muy especialmente — respondió Callahan, encantado—. Tal vez le encuentre a usted en mal momento. Me han dicho que en la unidad de cuidados intensivos ya no quedan ateos, y poquísimos

agnósticos.

—Pronto me sacarán de aquí, lamentablemente.

—Una lástima —sonrió Callahan—. Todavía le veremos a usted diciendo padrenuestros y avemarías.

—Pues eso no es tan absurdo como podría usted pensar —acotó Matt.

El padre Callahan se sentó y, cuando acomodaba su silla, pegó un rodillazo contra la cama. Una pila de libros cayó sobre sus piernas, y él fue leyendo los

**títulos en voz alta a medida
que volvía a colocarlos.**

**—Drácula. El huésped de
Drácula. La búsqueda de
Drácula. La rama dorada.
Historia natural de los
vampiros. Relatos de
folclore húngaro.**

Monstruos de la oscuridad.

Monstruos de la vida real

Peter Kurtin, el

monstruo de Dusseldorf.

**Y... —Sacudió la capa de
polvo de la última cubierta,
revelando una figura
espectral**

**que se cernía amenazante
sobre una damisela
dormida— Varney el
vampiro, o la fiesta de la
sangre. Vaya,
vaya... ¿lectura
recomendada para
convalecientes de ataques
cardíacos?**

Matt sonrió.

**—Pobre Varney. Ése lo leí
hace mucho tiempo, para
preparar una clase
mientras estaba en la
universidad... Literatura
del romanticismo. El**

profesor, cuya idea de lo fantástico arrancaba de Beowulf y llegaba hasta The Screwtape Letters, se escandalizó mucho. Me puso una nota y me recomendó que buscara una bibliografía más seria. —Pero el caso de Peter Kurtin resulta bastante interesante, por repulsivo que sea —señaló el padre Callahan. —¿Conoce usted la historia?

—Sí, la mayor parte de ella. Me interesé por esas cosas cuando estudiaba teología. Mi excusa ante los profesores demasiado escépticos era que, para ser buen sacerdote, uno tenía que profundizar en los abismos de la naturaleza humana y no sólo aspirar a alcanzar sus cumbres. Pura palabrería, en realidad. Simplemente, un poco de terror me gustaba tanto como a

**cualquiera. Creo que de
muchacho, Kurtin asesinó
a dos de sus
compañeros de juego,
llevándolos hasta una boya
anclada en medio de un río,
y después se dedicó a
arrojarlos
al agua hasta que se
cansaron y se hundieron.
—Sí —confirmó Matt—. Y
cuando era adolescente, en
dos ocasiones trató de
matar a los padres de una
chica que se había negado a
salir con él, y después**

prendió fuego a la casa.

**Pero no es ésa la parte de
su...**

**carrera, digamos, que me
interesa.**

**—Imagino que no, a juzgar
por lo que ha estado
leyendo.**

**El padre Callahan cogió de
la cama una revista que
presentaba en la cubierta
la imagen de una joven
increíblemente bien
dotada, que llevaba un
vestido ajustado como un**

**guante y le estaba
chupando la sangre a
un muchacho. La expresión
de éste parecía una
inquietante combinación de
terror y lujuria. El nombre
de la
revista —y el de la
muchacha, aparentemente
— era Vampirella. Cada
vez más intrigado,
Callahan volvió a
dejarla,
—Kurtin atacó y mató a
más de una docena de
mujeres —recordó—. A**

**muchas otras las mutiló
con un
martillo. Y si era el
momento correspondiente
del mes, les bebía el flujo.
Matt Burke volvió a hacer
un gesto de asentimiento.
—Lo que no es tan sabido
—agregó— es que también
mutilaba animales. En la
época en que su
obsesión era más intensa,
les arrancó la cabeza a dos
cisnes del parque central
de Dusseldorf y se bebió la**

**sangre que les brotaba del
cuello.**

**—¿Todo esto tiene relación
con el hecho de que usted
quisiera verme? —**

**preguntó Callahan—. La
señora Curless me dijo que
era por un asunto de
extrema importancia.**

—Sí, exactamente.

—¿De qué se trata, pues?

**Si su intención era
intrigarme, lo ha
conseguido.**

Matt le miró.

**—Un excelente amigo mío,
Ben Mears, debía ponerse
hoy en contacto con usted.
Su ama de llaves me
dijo que no había llamado.**

**—Así es. No he visto a
nadie desde hoy a las dos
de la tarde.**

**—Yo tampoco pude
comunicarme con él. Salió
del hospital en compañía
de James Cody, mi médico.
Tampoco he podido dar
con él. Y lo mismo me
sucedió con Susan Norton,**

la amiga de Ben. Salió esta tarde

temprano, prometiendo a sus padres que estaría de vuelta a las seis, y no ha regresado aún, por lo que ellos

están preocupados.

A Callahan le interesó el dato. En cierta ocasión

había conocido a Bill

Norton, que fue a

consultarle

sobre un problema referido

a algunos colaboradores

católicos.

—¿Sospecha algo?

—Permita que le haga una pregunta —pidió Matt—.

Pero tómelo muy en serio,

Y piénselo antes de

contestar. ¿Últimamente ha notado algo fuera de lo común en el pueblo?

La primera impresión de Callahan, convertida ahora en certidumbre, había sido de encontrarse ante un hombre que procedía con extremo cuidado, procurando no asustarle con su preocupación. Ese

**amontonamiento de libros
ya sugería algo bastante
atroz.**

**—¿Que haya vampiros en
Salem's Lot? —preguntó.
Estaba pensando que la
aguda depresión que suele
seguir a las enfermedades
graves se podía evitar a
veces si la persona afectada
tema suficiente interés en
la vida: un artista, un
músico, un arquitecto cuya
inquietud se centrara en un
edificio a medio construir**

Ese interés también podía estar constituido por una psicosis inofensiva (o no tan inofensiva), incipiente antes de la enfermedad.

Una vez había hablado largo rato con un señor de edad, apellidado Horns, que estaba internado en el Centro Médico de Maine con un cáncer de intestino avanzado. Pese a que el dolor debía de ser intolerable, había estado conversando con Callahan, con

**minucioso y lúcido detalle,
de las criaturas
procedentes de Urano
que estaban infiltrándose
en todos los sectores de la
vida norteamericana.**

**—Un día —le había dicho
aquel locuaz esqueleto de
ojos brillantes—, el tipo
que le llena a uno el
depósito de gasolina en el
surtidor de Sonny es
realmente Joe Blow, de
Falmouth y al día siguiente
es un**

**habitante de Urano que
tiene el mismo aspecto que
Joe Blow. Hasta tiene los
recuerdos y la manera de
hablar**

**de Joe Blow, porque los
uranitas se alimentan de
ondas alfa... ¡glup, glup,
glup!**

**Harris afirmaba que él no
tenía cáncer, sino que era
un caso avanzado de
envenenamiento por rayos
láser. Los uranitas,
alarmados porque él se
había enterado de sus**

**maquinaciones, habían
decidido quitarle de
en medio. Horris lo
aceptaba, y estaba decidido
a morir luchando.
Callahan no intentó sacarle
de su error. Que
de eso se encargaran los
bienintencionados y
estúpidos parientes. La
experiencia de Callahan
era que la
psicosis, lo mismo que una
generosa medida de White
Horse, podía ser
enormemente beneficiosa.**

Por eso, ahora se limitó a cruzar las manos, en espera de que Matt siguiera hablando.

—Ya así resulta bastante difícil seguir —dijo éste—.

Pero lo será aún más si usted piensa que la enfermedad me ha enloquecido.

Sobresaltado al oír expresar los mismos pensamientos que acababan de pasarle por la cabeza. Callahan

**consiguió con dificultad
conservar su rostro
impasible, aunque la
emoción que se habría
reflejado en él no
habría sido la inquietud,
sino la admiración.**

**—Por el contrario —negó
—, me parece usted
completamente lúcido.**

Matt suspiró.

**—La lucidez no presupone
cordura, y usted bien lo
sabe. —Se removió en la
cama, mientras volvía a**

acomodar los libros—. Si es que hay un Dios, debe 'estar imponiéndome una penitencia por una vida de cuidadoso academicismo, de negativa a pisar ningún terreno que no estuviera ya minuciosamente comentado e interpretado. Ahora, por segunda vez en el mismo día, me veo obligado a hacer la más desatinada de las declaraciones sin la menor prueba que la respalde. Lo

**único que puedo decir en
defensa de mi propia
cordura
es que mis afirmaciones se
pueden demostrar o
descartar sin demasiada
dificultad, y que espero que
me tome
usted con la seriedad
suficiente para ponerlas a
prueba antes de que sea
demasiado tarde. Antes de
que sea
demasiado tarde—repitió
con una risita—. Suena
como algo sacado de**

**alguna revista
sensacionalista de los
años treinta, ¿no?**

**—La vida está llena de
melodrama —le recordó
Callahan, aunque pensaba
que, de ser así, a él le había
tocado ver muy poco de eso
últimamente.**

**. —Quisiera preguntarle de
nuevo si ha notado usted
algo... cualquier cosa
peculiar o extraordinaria
durante este fin de semana.**

**—Relacionada con
vampiros o...**

—Relacionada con cualquier cosa.

.Callahan lo pensó.

—El vertedero está cerrado —dijo por fin—. Pero como el portón estaba roto, entré con mi coche —sonrió—. En realidad, me gusta llevar mis desperdicios al vertedero. Es algo tan práctico y humilde que puedo dar total cauce a mis fantasías de un proletariado pobre pero

feliz. Y Dud Rogers no aparecía por ninguna parte.

—¿Algo más?

—Bueno... esta mañana, los Crockett no fueron a misa, y es rarísimo que la señora Crockett falte.

—¿Qué más?

—Está la pobre señora Glick, claro...

Matt se enderezó, apoyándose en un codo.

—¿Qué pasa con la señora Glick?

—Ha muerto.

—¿De que?

—Pauline Dickens pensaba que de un ataque al corazón —respondió Callahan con tono vacilante.

—¿ Ha muerto alguien más hoy en Solar? —

Normalmente, la pregunta habría sido una tornería.

En un

pueblo pequeño como

Salem's Lot, ya pesar de la elevada proporción de ancianos en la población, las muertes

**son en general poco
frecuentes.**

—No —dijo Callahan—.

**Pero en los últimos tiempos
la tasa de mortalidad se ha
elevado, ¿no le parece?**

**Mike Ryerson... Floyd
Tibbits... el bebé de los
McDougall.**

**Matt asintió con un gesto
fatigado.**

—Es raro—dijo después—.

**Sí. Pero las cosas están
llegando al punto en que
ellos podrán encubrirse**

unos a otros. Con unas pocas noches, me temo que... me temo...

—Dejémonos de andar por las ramas —sugirió Callahan.

—De acuerdo. Ya hemos andado bastante por las ramas, ¿no es eso?

Y Matt empezó a contar su historia desde el comienzo, agregándole los aportes de Susan y de Jimmy, sin reservarse nada. En el momento en que terminó, el horror de esa noche ya

había acabado para Ben y para Jimmy. Para Susan Norton, apenas si había comenzado.

2

Cuando hubo terminado, Matt guardó un momento de silencio.

—Bien. ¿Estoy loco? — preguntó después.

—Por lo menos, está decidido a que la gente lo piense —señaló Callahan —, pese al hecho de que, al parecer, ha convencido usted al señor Mears y a su

propio médico. No, no creo que esté usted loco.

Después

de todo, mi profesión consiste en hacer frente a lo sobrenatural. Si me atreviera a hacer un pequeño chiste, diría que es mi pan de cada día.

—Pero...

—Voy a contarle algo. No respondo de la verdad del relato, pero sí doy fe de mi convicción en que es

verdad. Tiene que ver con un excelente amigo, el padre Raymond Bissonnette, que desde hace unos años está a cargo de una parroquia en Cornualles. Hace cinco años me escribió para contarme que lo habían llamado a un remoto rincón de la parroquia para celebrar el funeral de una muchacha que acababa de «consumirse». El

**ataúd de la chica estaba
lleno de rosas silvestres, lo
que a Ray le pareció
extraño. Pero lo que le
pareció
sencillamente grotesco fue
que le hubieran mantenido
la boca abierta con un palo
y se la hubieran llenado de
ajo y tomillo silvestre.**

—Pero eso es...

**—Parte del ritual
tradicional para que los
muertos vivientes no se
levanten, exacto. Remedios**

folclóricos. A la pregunta de Ray, el padre de la chica contestó con toda naturalidad que la había matado un íncubo. ¿Sabe usted lo que es?

—Un vampiro sexual.

—La chica había estado prometida para casarse con un muchacho llamado Bannock, que tenía en un lado del cuello una gran marca de nacimiento de color fresa. Dos semanas

**antes de la boda, cuando
volvía del
trabajo a su casa, un coche
le atropello y lo mató. Dos
años más tarde, la
muchacha se comprometió
con otro
hombre. De forma
inesperada, rompió el
compromiso la semana
antes de que se leyeran por
segunda vez las
amonestaciones. Contó a
sus padres y a sus amigos
que John Bannock había**

**ido a visitarla durante
varias
noches, y que ella se había
acostado con él. Según
contaba Ray, al segundo
novio le inquietaba más la
idea de
que su prometida pudiera
sufrir algún desequilibrio
mental que la posibilidad
de las visitas demoníacas.
Sea
como fuere, la muchacha se
consumió, murió, y fue
enterrada con el**

ceremonial habitual de la Iglesia.

»Pero el motivo de la carta de Ray no era ese. La razón fue algo que ocurrió un par de meses después del entierro de la muchacha.

Una vez que había salido a caminar, por la mañana temprano, Ray vio a un joven de pie junto a la tumba de la muchacha, y ese joven tenía en el cuello una marca de nacimiento del color de las

fresas. Tampoco acaba ahí la historia. Para la Navidad anterior, sus padres habían regalado a Ray una cámara Polaroid, con la que él se entretenía tomando instantáneas de la comarca de Cornualles. Yo he visto algunas en el álbum que guarda en la rectoría, y son bastante buenas. Como esa mañana había salido con la cámara, tomó varias instantáneas del muchacho y, cuando las

**mostró en el pueblo, la
reacción que provocó fue
pasmosa. Una anciana cayó
desmayada, y la madre de
la muchacha muerta se
puso a rezar en plena calle.
Pero a la mañana siguiente,
cuando Ray se levantó, la
figura del muchacho se
había borrado
completamente
de las fotografías, y lo
único que quedaba eran
unas cuantas vistas del
cementerio del pueblo.**

**—¿ Y cree usted eso? —
preguntó Matt.**

**—Claro que sí. Y sospecho
que la mayoría de la gente
lo creería. Las personas no
tienen tantos recelos
ante lo sobrenatural como
les gusta creer a los
novelistas. La mayoría de
los escritores que se ocupan
de ese
tema, en realidad, son más
escépticos respecto de los
espíritus, los demonios y los
espantajos de lo que suele**

**serlo el hombre de la calle.
Lovecraft era ateo. Edgar
Allan Poe, un
trascendentalista bastante
ignorante. Y la
religión de Hawthorne no
era más que convencional.
-Tiene usted un notable
conocimiento del tema
comentó Matt.
El sacerdote se encogió de
hombros.
—De muchacho me
interesé por lo oculto y lo
extravagante —evocó—, y**

de mayor mi vocación por el sacerdocio fomentó ese interés más que disminuirlo. —Dejó escapar un profundo suspiro—. Pero últimamente he empezado a plantearme interrogantes muy arduos respecto a la naturaleza del mal en el mundo... y eso ha estropeado bastante la diversión —concluyó con una sonrisa agria.

—Entonces... ¿investigaría usted algo si yo se lo pidiera? ¿Y no tendría inconveniente en llevar una hostia y un poco de agua bendita?

—Ahora empieza usted a pisar un resbaladizo terreno teológico —señaló Callahan con seriedad.

—¿Por qué?

—A estas alturas ya no voy a decirle que no —le aseguró Callahan—. Y debo afirmar que, si se hubiera

dirigido usted a un sacerdote más joven, probablemente le habría dicho que sí sin ningún escrúpulo de conciencia. —Sonrió con amargura—. Para ellos, los objetos de la Iglesia son más simbólicos que prácticos.

Tal vez un sacerdote joven concluiría que usted está chiflado, pero si con echarle un poco de agua bendita se

**alivia su chifladura, pues
adelante. Yo no puedo
actuar así. Si yo me
aviniera a investigar lo que
usted me
pide con un pulcro traje de
tweed y sin llevar bajo el
brazo nada más que un
ejemplar del Manual del
perfecto
exorcista o algo parecido,
eso quedaría entre usted y
yo. Pero si voy con la
hostia... entonces voy como
representante de la Iglesia
católica y dispuesto a**

ejecutar lo que considero los ritos más espirituales de nuestros servicios. Voy como el representante de Cristo sobre la Tierra. — Miró a Matt con solemne gravedad—. Es posible que yo sea un pobre ejemplo de sacerdocio por lo menos eso pienso a veces, un poco desalentado, un poco cínico, e incluso últimamente he sufrido una crisis de ¿digamos fe?, ¿o identidad...? De todas maneras, sigo creyendo lo

**suficiente en los poderes
místicos y deificantes de la
Iglesia que me respalda,
como para que me haga
temblar un poco la idea de
aceptar su petición a la
ligera. La
Iglesia es algo más que un
montón de ideales, como
parecen creer los jóvenes.
Es algo más que un
regimiento
de boy scouts espirituales.
La Iglesia es una fuerza... y
poner en movimiento una
fuerza no es cosa de broma.**

**Frunció el entrecejo
mientras miraba a Matt—.
¿Lo comprende? Que usted
entienda esto es de
importancia
vital. —Sí, lo entiendo.
—Fíjese que el concepto
general del mal en la
Iglesia católica ha sufrido
un cambio radical durante
este
siglo. ¿Sabe cuál fue la
causa?
—Freud, imagino.
—Exactamente. A medida
que nos adentrábamos en**

el siglo veinte, la Iglesia empezó a tener que vérselas con una idea nueva: la del mal con m minúscula. Con un diablo que no era un monstruo rojo con cuernos, cola bifurcada y pezuñas hendidas, ni una serpiente que se deslizaba por el jardín... por más adecuada psicológicamente que sea la imagen. El diablo, de acuerdo con el evangelio, según Freud, sería algo

neutro, el subconsciente de todos nosotros.

—Sin duda —objetó Matt — la idea es mejor que la de los espantajos o demonios con cola y con las narices tan sensibles que para ahuyentarlos basta un buen pedo de un clérigo estreñado.

—Estupenda, sí. Pero impersonal, despiadada, intocable. Ahuyentar al diablo de Freud es tan imposible

**como el problema de
Shylock: cortar una libra
de carne sin derramar una
gota de sangre. La Iglesia
se ha visto
obligada a replantearse
todo su enfoque del mal...
por los bombardeos sobre
Camboya, por las guerras
en
Irlanda y en Oriente
Medio, por los asesinatos
de policías y los tumultos
en los guetos, por los
millones de**

pequeños males que todos los días se vuelcan sobre el mundo como una plaga de mosquitos. Y el proceso en que se encuentra ahora es el de despojarse del viejo pellejo de médico-brujo para renacer como un organismo socialmente activo y movido por la conciencia social.

Los centros de orientación psicológica de las grandes ciudades predominan sobre el confesionario. La

comuni3n hace de segundo viol3n al movimiento por los derechos civiles y por la renovaci3n urban3stica. La Iglesia ha estado ocupada en la tarea de apoyar ambos pies en este mundo. —Donde no hay brujas, ni 3ncubos, ni vampiros — complet3 Matt—, sino ni3os maltratados, incestos y contaminaci3n del medio ambiente. —S3.

—Y a usted le enferma eso, ¿no es verdad? —pregunt3

Matt. —Sí —respondió Callahan sin alzar la voz—. Me parece una abominación. Es la forma que tiene la Iglesia católica de decir que Dios no ha muerto, que sólo está un poco senil. Y creo que ésta es mi respuesta. Bien, ¿qué quiere que haga? Matt se lo explicó.

—¿Se da cuenta de que va en contra de todo lo que acabo de decirle? —

**preguntó Callahan,
después de
pensarlo.**

**—Al contrario, creo que es
la oportunidad que tiene
usted de poner a prueba su
Iglesia... la suya.**

—Está bien, acepto. —

**Callahan hizo una
profunda inspiración—.**

Pero con una condición...

**—Que todos los que vamos
a participar en esa pequeña
expedición vayamos
primero a la tienda que ha**

**puesto ese señor Straker.
Que el señor Mears se
encargue de hablarle
francamente del asunto, en
nombre de
todos. Que todos tengamos
la oportunidad de observar
sus reacciones y,
finalmente, que él pueda
tener
oportunidad de reírse nos
en la cara. Matt frunció el
entrecejo. —Eso sería
prevenirle.
Callahan hizo un gesto de
negación con la cabeza. —**

Creo que la prevención no serviría de nada si nosotros tres (me refiero al señor Mears, el doctor Cody y yo) estamos de acuerdo en que, independientemente de eso, hay que seguir adelante.

—Está bien —convino Matt—. Aceptado, siempre que Ben y Jimmy Cody estén de acuerdo.

—Perfecto —suspiró Callahan—. ¿Se ofenderá usted si le digo que sigo

**teniendo la esperanza de
que
todo esto no sean más que
ideas tuyas? ¿Y de que
Straker se nos ría en la
cara, y con fundadas
razones?**

—No, no me ofenderé.

**—Pues realmente lo espero.
He accedido a más de lo
que usted se imagina, y me
da miedo.**

**—A mí también me da
miedo —le recordó Matt.**

3

Sin embargo, mientras volvía a pie a St. Andrew, el padre Callahan no sentía miedo alguno. Se sentía eufórico, renovado. Por primera vez desde hacía años, estaba sobrio y no echaba en falta un trago. Volvió a la casa parroquial, cogió el teléfono y marcó el número de la pensión de Eva Miller.

—¿Señora Miller? ¿Puedo hablar con el señor Mears...? Ah no esta. Si, ya veo... No, ningún mensaje.

Volveré a llamar mañana.

Gracias.

**Colgó y se acercó a la
ventana.**

**¿Estaría Mears por ahí,
bebiendo cerveza en alguna
taberna de los alrededores,
o sería posible que todo
lo que le había contado el
anciano maestro fuera
verdad?**

Porque entonces...

entonces...

**Callahan no podía
quedarse en casa. Salió al
porche del fondo a respirar**

**el aire vivificante y acerado
de
octubre, mientras miraba
hacia la oscuridad. Tal vez
en definitiva no fuera todo
cuestión de Freud. Tal vez
buena parte de eso se
debiera a la invención de la
luz eléctrica, que había
matado las sombras de la
mente del
hombre de manera más
eficaz que una estaca
clavada en el corazón de un
vampiro... y menos cruenta
también.**

**El mal seguía existiendo,
pero ahora en el resplandor
innoble y duro de las luces
fluorescentes en los
aparcamientos, de los tubos
de neón, de los millones y
millones de bombillas de
cien watos. Los generales
planeaban la estrategia de
sus ataques aéreos bajo el
resplandor racional de la
corriente alterna. «No hice
más
que obedecer órdenes.» Sí,
eso era la verdad, la verdad
patente. Todos éramos**

**soldados y nos limitábamos
a
cumplir órdenes. Pero las
órdenes, en última
instancia, ¿de quién
venían? «Quiero hablar
con su jefe.» Pero
¿dónde está su despacho?
«No hice más que obedecer
órdenes. El pueblo me
eligió.» Pero ¿al pueblo
quién lo
eligió?**

**Algo aleteó por encima de
su cabeza y Callahan
levantó la vista, arrancado**

**de su confusa ensoñación
por
el sobresalto. ¿Un pájaro?
¿Un murciélago? Ya se
había ido. Qué importaba.
Escuchó los ruidos del
pueblo, sin percibir nada
más que el gemido de los
cables del teléfono.
«De noche, cuando el
kudzul invade tus campos,
duermes como los
muertos.»
La exaltación se había
desvanecido como un triste**

eco del orgullo. Como un golpe, el terror le tocó el corazón. No era terror por su vida ni por su honor ni porque su ama de llaves llegara a descubrir que él bebía.

Era un terror que jamás había imaginado, ni siquiera en los días más torturados de su adolescencia.

Callahan sentía terror por su alma inmortal.

TERCERA PARTE

LA ALDEA

ABANDONADA

**Oí una voz, que de muy
hondo llamaba:**

**Ven a unirte conmigo,
nena, en mi sueño sin fin.**

Viejo rock and roll

**Y los viajeros que ahora
atraviesan el valle ven por
las ventanas iluminadas de
rojo vagas formas que
danzan al ritmo fantástico
de una melodía
discordante; mientras,
como el torrente espectral
de un río, por la**

**pálida puerta, abominable,
una multitud se precipita
eternamente riendo..., pero
sin jamás sonreír.**

EDGAR ALLAN POE

The Haunted Palace

CATORCE

SOLAR (IV)

1

**Del Almanaque del
Granjero:**

**Domingo 5 de octubre de
1975, el sol se pone a las
19,02 h. Lunes 6 de octubre
de 1975, el sol sale a las
6.49 h.**

El período de oscuridad en Salem's Lot durante esa particular rotación de la Tierra, trece días después del equinoccio, duró 11 horas y 47 minutos. Había luna nueva. El refrán que daba para el día el Almanaque del Granjero rezaba: «Luz amortiguada, cosecha terminada.»

De la estación meteorológica de Portland: La temperatura máxima para el período de

**oscuridad fue de 15°,
registrada a las 19.05 h. La
mínima fue
de 8°, registrada a las 4.06
h. Nubosidad escasa,
precipitaciones nulas.
Vientos del sector noroeste
con una
velocidad de 8 a 15
kilómetros por hora.
Del borrador de
anotaciones de la policía
del condado de
Cumberland:
Nada.**

Nadie declaró que Salem's Lot estaba muerto en la mañana del 6 de octubre; nadie sabía que lo estuviera. Como los cadáveres de los días anteriores, el pueblo mantenía toda la apariencia de la vida. Ruthie Crockett, que había pasado el fin de semana en cama, pálida y enferma, desapareció el lunes por la mañana. Nadie la echó en falta. Su madre estaba en el sótano, tendida tras

**los estantes donde
guardaban las
conservas, cubierta por un
trozo de lona encerada, y
Larry Crockett —que por
cierto despertó muy tarde**

**—
supuso simplemente que su
hija se había ido a la
escuela. Decidió que ese día
no iría a la oficina. Se
sentía
débil, desgastado y con la
cabeza vacía. Gripe o algo
parecido. La luz le hacía**

**daño en los ojos. Se levantó
a
bajar las cortinas, y emitió
un gemido cuando la luz
del sol le dio de lleno en el
brazo. Algún día, cuando se
sintiera mejor, tendría que
hacer cambiar ese cristal.
Uno volvía a su casa en un
día de sol y se la
encontraba
ardiendo como un tizón, y
los de la compañía de
seguros decían que era
combustión espontánea y se
negaban**

a pagar un centavo. Ya se ocuparía de eso cuando estuviera mejor. Pensó en tomarse un café y se le revolvió el estómago. Se preguntó vagamente dónde estaría su mujer y después se olvidó del asunto. Se volvió a acostar, pasándose el dedo por una pequeña herida en el cuello que debía de haberse hecho al afeitarse, se

**cubrió con la sábana hasta
las pálidas mejillas y se
quedó otra vez dormido.
Su hija, entretanto, dormía
en la esmaltada oscuridad
de un congelador
abandonado, junto a Dud
Rogers,
y en el mundo nocturno de
su nueva existencia,
encontraba que sus caricias
entre las montañas de
desperdicios le parecían
muy aceptables.
Loretta Starcher, la
bibliotecaria del pueblo,**

**también había
desaparecido, pero en su
solitaria vida de
solterona nadie la echaba
de menos. Residía ahora en
el oscuro y mohoso tercer
piso de la biblioteca
pública
de Salem's Lot. El tercer
piso estaba siempre bajo
llave (ella tenía la única
llave, que llevaba siempre
en una
cadena colgada al cuello).
Ahora ella misma
descansaba allí, como una**

**primera edición un poco
diferente, tan fresca como
cuando
acababa de llegar al
mundo. Su
encuadernación, por así
decirlo, jamás había sido
abierta.**

**También la desaparición de
Virgil Rathbun pasó
inadvertida. Franklin
Boddin se despertó a las
nueve,
en la cabaña que ambos
ocupaban, advirtió
vagamente que el jergón de**

Virgil estaba vacío, no sacó de ello conclusión alguna y procuró salir de la cama a ver si encontraba una cerveza, pero se cayó de espaldas. Las piernas le parecían de goma y la cabeza le daba vueltas.

Cristo, pensó mientras volvía a sumirse en el sueño, ¿qué nos darían anoche?

Mientras tanto, debajo de la choza, entre el frescor de

**las hojas caídas
acumuladas durante veinte
otoños
y en medio de una montaña
de latas de cerveza
enmohecidas, arrojadas
entre las tablas
boquiabiertas del suelo
de la habitación de delante,
estaba tendido Virgil, a la
espera de la noche. En la
oscura arcilla de su cerebro
se
removían quizá visiones de
un líquido más
embriagador que el mejor**

whisky, más agradable que el vino más añejo.

Durante el desayuno Eva Miller echó de menos a Weasel Craig» pero no le dio importancia. Estaba demasiado ocupada en vigilar la cocina mientras sus huéspedes daban cuenta del desayuno y después se retiraban, vacilantes, a enfrentar una semana más de trabajo. Después estuvo

demasiado ocupada en volver a ordenar todo y en lavar los platos de ese condenado de Grover Verrill, y del inútil de Mickey Sylvester, que invariablemente hacían caso omiso del cartel que desde hacía años rogaba, pegado encima del fregadero: «Por favor, lave su plato.» Pero/a medida que «1 silencio iba infiltrándose de nuevo en el día, y que el

**trajín frenético del
desayuno
se diluía en la rutina de las
cosas que hacer, Eva volvió
a echarlo de menos. El
lunes era el día que
recogían la
basura en Railroad Street,
y siempre era Weasel el que
sacaba las grandes bolsas
verdes de plástico hasta el
borde de la acera, para que
Royal Snow las recogiera
en su destartado camión
International Hámster.
Hoy,**

las bolsas verdes estaban todavía en los escalones del fondo.

Eva subió hasta la habitación de él y llamó suavemente.

—¿Ed?

No hubo respuesta.

Cualquier otro día, la viuda habría supuesto que estaba borracho y se habría limitado a sacar ella misma las bolsas. Pero esa mañana sintió que en su interior se

**removía una débil
inquietud, de
modo que abrió la puerta y
asomó la cabeza.**

**—¿Ed? —repitió en voz
baja.**

**El cuarto estaba vacío. La
ventana próxima a la
cabecera de la cama estaba
abierta, y las cortinas
flotaban perezosamente al
suave impulso de la brisa.
La cama estaba deshecha, y
Eva volvió a hacerla sin
pensarlo, dejando
simplemente que sus manos**

hicieran su trabajo. Al dar la vuelta hacia el otro lado, algo crujió bajo su pie. Cuando miró, vio que era el espejo de marco de carey de Weasel, hecho pedazos en e) suelo. Lo levantó y se quedó mirándolo con ceño. El espejo había pertenecido a la madre de Weasel, y en una ocasión él había declinado los diez dólares que le

ofreció un anticuario. Pero eso había sido antes de que empezara a beber.

Eva buscó la papelería en el armario del pasillo y recogió los restos con gestos lentos y pensativos. Sabía que Weasel no se había acostado ebrio la noche anterior, y después de las nueve no había donde pudiera comprar cerveza, a no ser que alguien le hubiera llevado en coche hasta el

**bar de Dell o a
Cumberland.**

**Arrojó los trocitos del
espejo en la papelera de
Weasel, y durante un
momento se vio deshecha
en mil
reflejos. Miró en la
papelera, pero ahí no había
ninguna botella vacía. Y de
todas maneras, el estilo de
Ed
Craig no era beber a
escondidas.**

Bueno, ya volverá, se dijo.

Pero mientras bajaba por la escalera, la inquietud no la abandonó. Aunque no lo admitiera conscientemente, Eva sabía que sus sentimientos hacia Weasel eran más profundos que una preocupación amistosa.

—¿Señora?

Sobresaltada, vio al extraño que estaba en la cocina. Era un muchacho que llevaba pantalones de pana y

una pulcra camiseta azul. Parece que se haya caído de la bicicleta, pensó. El chico le pareció conocido, pero no conseguía identificarlo. Probablemente fuera de alguna de las familias nuevas que se habían instalado en Jointner Avenue. —¿Ben Mears vive aquí? Eva estuvo a punto de preguntarle por qué no estaba en el instituto, pero no lo hizo. Su expresión era

**muy seria, e incluso grave.
Bajo los ojos se le veían
sombras azules. —Está
durmiendo. —¿Puedo
esperarlo?**

**Desde la funeraria de
Green, Homer McCaslin
había ido directamente a la
casa de los Norton en
Brock**

**Street. Cuando llegó allí
eran las once. La señora
Norton estaba llorando, y
aunque Bill Norton parecía**

tranquilo, estaba fumando un cigarrillo tras otro y su expresión era tensa.

McCaslin prometió que transmitiría telegráficamente una descripción de la chica. Sí, los llamaría tan pronto como supiera algo. Claro que averiguaría en los hospitales de la zona, ése era el procedimiento de rutina, y también llamaría al depósito de cadáveres. En su fuero interno

pensaba que la chica debía de haberse escapado de casa tras alguna discusión. Susan había estado hablando de marcharse.

Así y todo, recorrió algunos de los caminos apartados, mientras oía las descargas de la radio. Pocos minutos después de medianoche, cuando volvía por Brooks Road hacia el pueblo, las luces del coche chocaron con algo que devolvió un brillo metálico:

**un coche aparcado en el
bosque.**

**El sheriff se detuvo,
retrocedió y bajó. El coche
estaba aparcado en una
vieja senda abandonada del
bosque. Un Chevy Vega,
marrón claro, de dos años.
Sacó su gruesa agenda, la
recorrió hasta dejar atrás
la**

**entrevista con Ben y
Jimmy, e iluminó con su
linterna el número de
matrícula que le había
dado la señora**

Norton» Sí, coincidía. Era el coche de la chica. Ahora la cosa parecía más grave. Apoyó la mano sobre el capó del motor: estaba frío —¿Sheriff?

Una voz leve, alegre como un campanilleo. ¿Por qué de pronto su mano había saltado a la culata del revólver?

Al darse la vuelta vio a la hija de los Norton, increíblemente hermosa, que se le acercaba de la mano de

un hombre joven, cuyo pelo negro estaba anticuadamente peinado hacia atrás, descubriéndole la frente.

McCaslin le dirigió el haz de la linterna a la cara y tuvo la extraña impresión de que la luz brillaba a través de él, sin iluminarle. Y aunque venían caminando, no dejaban huella alguna en la tierra 6/anda. Sintió miedo y

**prevención, y su mano se
tensó sobre el revólver.**

**McCaslin apagó la linterna
y esperó.**

**—Sheriff —dijo Susan en
voz baja, acariciante.**

**—Qué amable que viniera
—agregó su acompañante.**

**Los dos se abalanzaron
sobre él.**

**Ahora, el coche patrulla
estaba aparcado donde
terminaba Deep Cut Road,
y apenas si algún destello
de**

cromo se distinguía entre los brotes de juníperos, heléchos y enredaderas. McCaslin estaba doblado en dos en el maletero. La radio le llamaba a intervalos. Esa misma mañana, más tarde, Susan hizo una breve visita a su madre, pero sin dañarla mucho; como una sanguijuela que acaba de sacar buen partido de un nadador lento, estaba

**satisfecha. Pero de todas
maneras
la habían invitado a entrar,
y ahora podía moverse a su
antojó. Ya volvería a tener
hambre esa noche y todas
las noches.**

**Esa misma madrugada
poco después de las cinco,
con la cara cincelada por la
furia en una máscara
sardónica. Charles Griffin
había despertado a su
mujer. Fuera, las vacas sin
ordeñar mugían
lastimosamente**

con las ubres llenas.

**—Estos malditos
muchachos se han
escapado —fueron las
palabras con que resumió
la situación.**

**Pero no era así. Danny
Glick se había encontrado
con Jack Griffin y se había
saciado a expensas de él,
tras lo cual Jack había ido
al cuarto de su hermano
Hal a poner término de una
vez a su preocupación por
los**

**libros, la escuela y los
padres inflexibles. Ahora
los dos descansaban en el
centro de una enorme pila
de heno
en lo alto del granero, con
el pelo lleno de paja,
mientras un polen dorado
se les metía en las narices
oscuras e
inmóviles. Algún que otro
ratón les corría por la cara.
Ahora que la luz se
derramaba por la comarca,
todo lo malo dormía. Iba a
ser un hermoso día otoñal,**

fresco y transparente, lleno de sol. En general, la gente del pueblo (que no sabía que estaba muerto) se iría a su trabajo sin sospechar lo sucedido durante la noche. Según ti Almanaque del Granjero, el lunes el sol se ocultaría a las siete en punto.

Los días se acortaban, acercándose deprisa a la fiesta de Todos los Santos, y después hacia el invierno.

3

**Cuando Ben bajó las
escaleras a las nueve menos
cuarto, Eva Miller le
advirtió desde el fregadero:
—Hay alguien esperándole
en el porche.**

**Él hizo un gesto de
asentimiento y se dirigió a
la puerta del fondo, en
pantuflos, esperando ver a
Susan o
al sheriff McCaslin. pero el
visitante era un
muchachito menudo y
delgado que estaba sentado
en el escalón**

**superior del porche,
mirando hacia el pueblo,
que iba recuperando
lentamente su vitalidad de
los lunes por la
mañana.**

**—Hola —le saludó Ben, y
el chico se dio la vuelta
rápidamente.**

**Los dos se miraron por un
momento, pero que para
Ben pareció alargarse de
una manera extraña,
mientras le invadía una
sensación de irrealidad. El
muchacho le recordaba**

**físicamente al chiquillo que
él
mismo había sido, pero
había algo más. Tuvo la
sensación de un peso en la
nuca, como si de alguna
manera
percibiera que la reunión
de sus vidas era algo mas
que casual. Fue algo que le
recordó el día que se: había
encontrado con Susan en el
parque, y cómo la
superficial conversación
entre dos personas que
acababan de**

**conocerse le había parecido
extrañamente densa y
cargada de presagios.**

**Tal vez el chico sintiera
algo parecido, porque sus
ojos se abrieron un poco
más, mientras su manó se
tendía hacia la baranda del
porche, como si buscara
apoyo,**

—Usted es el señor Mears

**—dijo, y no era una
pregunta. -Si, Pero me
temo que tú me llevas
ventaja.**

**-Yo me llamo Mark Petrie
—dijo el muchacho—. Y
tengo malas noticias para
usted.**

**Seguro que las tienes,
pensó acongojado Barlow y
trató de acorazarse para lo
que pudiera ser, pero
cuando
el chico habló la sorpresa
fue total, devastadora.**

**—Susan Norton es uno de
ellos —dijo—. Barlow la
sometió en la casa. Pero yo
maté a Straker, al
menos eso creo.**

**Ben se quedó sin habla.
Sin esfuerzo, el chico se
hizo cargo de la situación.
—Tal vez pudiéramos dar
una vuelta en su coche
mientras hablamos. No
quisiera que nadie me viera
por
ahí. A estas horas debería
estar en el instituto, y
además ya tengo problemas
con mis padres.
Ben dijo algo, sin saber
bien qué. Después del
accidente de motocicleta**

**que costó la vida a
Miranda, se
había levantado del
pavimento aturdido, pero
ilesa, y el camionero había
venido hacia él,
proyectando una
doble sombra bajo la luz de
los focos de la carretera y
de los del camión. Era un
hombre grande y calvo que
llevaba un bolígrafo en el
bolsillo del pecho de su
camisa blanca, y en el
bolígrafo se leía en letras
doradas**

«Frank's Mobil Sta» y lo demás no se veía porque lo ocultaba el bolsillo, pero Ben adivinó que las últimas letras eran «ñon», elemental, mi querido Watson, elemental. El camionero le había dicho algo, Ben no recordaba qué, y después lo había cogido suavemente del brazo, procurando apartarlo de allí. Pero Ben estaba mirando uno de los mocasines de Miranda,

**caído junto a las enormes
ruedas traseras del camión
de mudanzas
y, soltándose de la mano
del camionero, había
empezado a andar hacia
allí y el hombre había dado
dos pasos
detrás de él y le había
dicho: «Yo de usted no lo
haría.» Y Ben lo había
mirado estúpidamente,
ilesos a no ser
por un pequeño rasguño en
la mano izquierda, sin
poder decirle al camionero**

**que cinco minutos antes eso
no
había sucedido, sin poder
decirle que en algún
mundo paralelo él y
Miranda habían doblado a
la izquierda en
la esquina anterior y
segúan avanzando hacia
un futuro totalmente
diferente. Una pequeña
multitud iba
reuniéndose, procedente de
un bar que había en una
esquina y de una lechería
en la esquina de enfrente. Y**

entonces había empezado a sentir lo mismo que sentía ahora: esa tremenda, espantosa interacción de lo mental y lo físico que es el comienzo de la aceptación y cuya única contrapartida es la violencia. Parece que el estómago descendiera; Los labios se entumescen. En el paladar se forma una especie de espuma. Un sonido

como de timbre retumba en los oídos. La piel de los testículos hormiguea y se tensa. La mente, como si se apartara, como si desviara los ojos ante una luz demasiado intensa. Por segunda vez, Ben se había soltado de las manos del bienintencionado camionero y había ido hacia el zapato. Lo levantó. Le dio vueltas. Metió una mano dentro y sintió que conservaba todavía el calor

**del pie. Con el zapato en la
mano, había dado dos
pasos
más y había visto asomar
las piernas de Miranda por
debajo de las ruedas
delanteras del camión, con
los
téjanos amarillos que tan
alegre y
despreocupadamente se
había puesto para salir del
apartamento. Era
imposible creer que la
muchacha que se había
enfundado esos pantalones**

estuviera muerta y, sin embargo, Ben sentía que la aceptación del hecho estaba ahí, la sentía ya en el vientre, en la boca, en los testículos. Y había lanzado un grito, y en ese momento el periodista le había fotografiado, para la colección de recortes de Mabel. Un zapato puesto, el otro no. La gente mirando ese pie desnudo

**como si jamás hubiera
visto uno. Ben
se había apartado un par
de pasos, doblándose en
dos.**

—Voy a vomitar.

—Claro.

**Se fue detrás del Citroen,
doblado en dos,
aferrándose al picaporte.
Cerró los ojos, sintió que la
oscuridad se vertía sobre él
y en la oscuridad apareció
el rostro de Susan, que le
sonreía, mirándole con sus**

ojos adorables, profundos. Volvió a abrir los ojos y se le ocurrió que tal vez el chico estuviera mintiendo o estuviera confundido, o fuera un psicópata. Pero la idea no le dio esperanza alguna. Ese chico no era así. Se volvió para mirarle y en su rostro sólo había inquietud, nada más.

—Vamos—le dijo.

Mark subió al coche y arrancaron. Desde la ventana de la cocina, con el

**entrecejo fruncido, Eva
Miller**

**los vio partir. Algo malo
había pasado, Eva lo
sentía. Estaba llena de eso,
de la misma manera que
había**

**estado llena de un terror
oscuro el día que murió su
marido.**

**Se levantó para telefonar
a Loretta Starcher. El
teléfono sonó y sonó sin que
nadie lo cogiera. ¿Dónde**

podría estar? En la biblioteca no, sin duda. Los lunes estaba cerrada.

Se quedó inmóvil, mirando pensativamente el teléfono.

Tenía la sensación de un gran desastre, tal vez algo tan espantoso como el incendio de 1951.

Finalmente volvió a tomar el teléfono y llamó a Mabel Werts, que estaba al tanto de los últimos comentarios, y deseosa de saber más. Hacía años que

**no había un fin de semana
así en el pueblo.**

4

**Ben condujo el Citroen sin
rumbo mientras Mark le
contaba su historia. Fue un
buen relato, iniciado la
noche en que Danny Glick
había llamado a su
ventana, para terminar con
la visita nocturna de esa
madrugada.**

**—¿Estás seguro de que era
Susan? —preguntó Ben.
Mark Petrie asintió con un
gesto.**

**Ben dio un brusco giro de
ciento ochenta grados y
volvió a acelerar por
Jointner Avenue.**

—¿Adonde vas? ¿A...?

—No, ahí no. Todavía no.

5

—Espera. Detengámonos.

**Ben paró el Citroen y los
dos bajaron. Habían
recorrido lentamente
Brooks Road, por la parte
inferior de
la colina donde se elevaba
la casa de los Marsten. La**

**senda del bosque donde
Homer McCaslin había
encontrado el Vega de
Susan. Los dos habían
distinguido el brillo del sol
sobre algo metálico y
juntos
recorrieron la senda
abandonada, sin hablar.
Había huellas de ruedas,
profundas y polvorientas, y
el césped
crecía entre ellas. Por
alguna parte gorjeaba un
pájaro.**

No tardaron en encontrar el coche;

Ben vaciló un momento y se detuvo. Se sentía descompuesto de nuevo y tenía los brazos cubiertos de un sudor frío.

—Acércate tú—pidió.

Mark se acercó al automóvil y miró por la ventanilla del conductor.

—Las llaves están puestas —dijo.

Cuando Ben echó a andar hacia el coche tropezó con

algo; Al mirar, vio un revólver calibre 38 caído en el suelo. Lo levantó para observarlo. Tenía todo el aspecto de un revólver de la policía.

—¿De quién será? — preguntó Mark, mientras se acercaba con las llaves de Susan en la mano.

—No lo sé. —Ben comprobó que el seguro estaba puesto y después se guardó el arma en el bolsillo.

Mark le ofreció las llaves y Ben se dirigió hacia el Vega, con la sensación de que todo era un sueño. Le temblaban las manos, y tuvo que intentarlo dos veces antes de conseguir meter la llave en la cerradura del maletero. La hizo girar y levantó la tapa, sin permitir a su mente pensamiento alguno. Los dos miraron al mismo tiempo. En el maletero había una rueda de

recambio, un gato y nada más. Ben suspiró.

—¿Y ahora? —preguntó Mark.

Por un momento Ben no contestó. Sólo habló cuando se sintió capaz de controlar la voz.

—Vamos a ver a un amigo mío que está en el hospital. Se llama Matt Burke, y ha estado estudiando el asunto de los vampiros. En los ojos del chico seguía habiendo ansiedad.

—¿Entonces me crees?

—Sí —dijo Ben, y al pronunciar la palabra fue como confirmarla y darle peso. Imposible retirarla ahora—. Sí, te creo.

—El señor Burke es profesor del instituto, ¿no? ¿Y está al tanto de esto?

—Sí, y su médico también.

—¿El doctor Cody?

—Sí.

Los dos seguían mirando el coche mientras hablaban, como si fuera una reliquia de alguna civilización

extinguida que acabaran de descubrir en el bosque soleado, al oeste del pueblo.

El maletero abierto

bostezaba

como una boca, y Ben lo

cerró de golpe. El sordo

ruido de la cerradura le

resonó en el corazón.

—Y después de hablar —

continuó— iremos a la casa

de los Marsten para

arreglar cuentas con el que

ha

hecho esto.

Mark le miró.

—Tal vez no sea tan fácil como piensas. Ella también está allí, y ahora le pertenece.

—Llegará el momento en que desee no haber visto jamás este pueblo —dijo Ben en voz baja—. Vamos.

6

Cuando llegaron al hospital, a las nueve y media, Jimmy Cody estaba en la habitación de Matt.

Miró a

Ben y después sus ojos se dirigieron con curiosidad hacia Mark Petrie.

—Tengo malas noticias

Ben. Sue Norton ha desaparecido.

—Se convirtió en vampiro

—repuso inexpresivamente

Ben, y Matt gimió desde su lecho.

—¿Estás seguro? —

preguntó Jimmy.

Ben señaló a Mark y lo presentó.

—Éste es Mark, que el sábado por la noche recibió

una visita de Danny Glick.

Él te contará el resto.

Mark repitió el relato, del

principio al fin, de la

misma manera que se lo

había hecho antes a Ben.

Matt fue el primero en

hablar cuando hubo

terminado.

—Ben, no hay palabras

para expresar cuánto lo

siento.

—Puedo darle algo si lo

necesita —ofreció Jimmy.

—Yo sé cuál es el remedio

que necesito, Jimmy.

Quiero atacar a ese Barlow hoy. Ahora, antes de que sea de noche.

—Está bien —asintió Jimmy—. Yo he cancelado todas las visitas. Además, llamé a la oficina del sheriff del condado, y McCaslin también ha desaparecido. —Tal vez así se explique esto —conjeturó Ben, mientras sacaba la pistola del bolsillo y la dejaba sobre la mesa de noche de Matt.

Parecía algo extraño y fuera de lugar en la habitación de un hospital.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó Jimmy, mientras la levantaba.

—Junto al coche de Susan.

—Pues ya lo imagino.

McCaslin acudió a la casa de los Norton cuando se separó de nosotros. Le contaron la desaparición de Susan, le dieron la marca, modelo y matrícula del coche. Debió de comenzar a

**recorrer los caminos
apartados, por si acaso. Y...
Se hizo un silencio
angustioso, que nadie
intentó llenar.**

**—Foreman no ha vuelto a
abrir la funeraria —dijo
Jimmy—. Y muchos de los
viejos que frecuentan la
tienda de Crossen se han
quejado por lo del
vertedero. Hace una
semana que nadie ha visto
a Dud Rogers,
Todos se miraron,
impotentes.**

—Anoche hablé con el padre Callahan —contó Matt—. Se mostró dispuesto a ir, siempre que vosotros dos... y Mark, por supuesto, os detengáis primero en la tienda nueva para hablar con Straker.

—No creo que hoy pueda hablar con nadie —señaló Mark en voz baja.

—¿A qué conclusión llegó usted sobre e/tos? —preguntó Jimmy—.

¿Averiguó algo útil?

**—Bueno, creo que he
llegado a entender algunas
cosas. Straker debe de ser
el fiel guardián y
guardaespaldas humano
de... eso. Una especie de
demonio familiar humano.
Debe de haber estado en el
pueblo desde mucho antes
de que apareciera Barlow.
Había que cumplir con
ciertos ritos propiciatorios
ante
el Padre Tenebroso. Es que
hasta el propio Barlow
tiene su amo. —Miró**

sombríamente a sus interlocutores—.

Sospecho que jamás se encontrará ningún rastro de Ralphie Glick. Creo que él fue la cuota de ingreso de Barlow. Straker lo secuestró para sacrificarlo.

—Maldito hijo de puta — murmuró Jimmy.

—¿Y Danny? —preguntó Ben.

—Straker fue el primero en desanjarlo —explicó Matt —. La primera sangre para el fiel servidor.

**Después el propio Barlow
debió encargarse de la
tarea. Pero Straker se
ocupó de hacer otro
servicio para su
Amo, antes de que Barlow
llegara. ¿Sabe alguno de
ustedes cuál fue?**

**Tras un momento de
silencio, se oyó la voz de
Mark.**

**—El perro que ese hombre
encontró en la puerta del
cementerio.**

**—¿Qué? —exclamó Jimmy
—. ¿Por qué tenía que
hacer eso?**

**—Los ojos blancos —
prosiguió Mark, y miró con
aire interrogante a Matt,
quien asintió un poco
sorprendido.**

**—Y yo que me pasé la
noche estudiando esos
libros, sin saber que había
un erudito entre nosotros.**

**—El
chico se sonrojó un poco—.
Es exactamente como dice**

Mark. De acuerdo con varias referencias clásicas sobre el folclore de lo sobrenatural, una de las formas de ahuyentar a un vampiro es pintar un par de «ojos de ángel», blancos, sobre los ojos de un perro negro. Pues bien. Doc era todo negro, salvo dos manchas blancas. Win solía decir que eran sus faros, las tenía directamente encima de los

**ojos. Él dejaba salir al
perro de noche,
y Straker lo descubrió en
una de sus andanzas, lo
mató y lo colgó en el portón
del cementerio.**

**—¿Y en cuanto a ese
Barlow? —preguntó
Jimmy—. ¿Cómo llegó al
pueblo?**

**Matt se encogió de
hombros.**

**—No estoy seguro. Imagino
que tendremos que
suponer, tal como afirman
las leyendas, que es viejo,**

muy viejo. Es posible que haya cambiado de nombre una docena de veces... o un millar. Puede haber nacido casi en cualquier lugar del mundo, aunque sospecho que debe de ser de origen rumano o húngaro. De todas maneras, no importa cómo llegó al pueblo... aunque no me sorprendería que Larry Crockett haya tenido algo que ver. Lo importante es que está aquí.

» Ahora, veamos qué debéis hacer. Cuando vayáis, llevad una estaca. Y un arma de fuego, por si Straker estuviera vivo. El revólver del sheriff McCaslin puede servir. Si la estaca no atraviesa el corazón, el vampiro volverá a levantarse. Tú puedes comprobar eso, Jimmy. Cuando le hayáis clavado la estaca debéis cortar la

**cabeza, llenarle la boca de
ajos y ponerlo boca abajo
en el ataúd. En la mayoría
de los relatos de vampiros,
en
los de Hollywood incluso, el
vampiro se reduce
instantáneamente a polvo
al clavarle la estaca, pero es
posible
que eso no suceda en la
vida real. En ese caso,
debéis cargar con el féretro
y arrojarlo en una
corriente de**

agua. Yo propondría el río Royal. ¿Alguna pregunta más?

Nadie preguntó nada.

—Bueno. Debéis llevar cada uno un jarro con agua bendita y un fragmento de hostia consagrada. Y antes de salir, el padre Callahan debe oíros a todos en confesión.

**—Creo que ninguno de nosotros es católico —
señaló Ben.**

**—Yo sí, aunque no practico
—dijo Jimmy.**

—Sea como fuere, debéis confesaros y hacer un acto de contrición. Así iréis puros, lavados en la sangre de Cristo, sangre pura, no contaminada.

—Está bien —asintió Ben.

**—Ben, ¿tú te habías acostado con Susan?
Perdóname, pero...**

—Sí.

—Entonces debes de ser tú quien les clave la estaca, primero a Barlow y después a ella. En nuestro

**grupo, tú eres la única
persona directamente
afectada. Tendrás que
actuar como el marido, y
no debes vacilar.**

**Piensa que la estarás
liberando.**

—Está bien.

**—Sobre todo —Matt miró
sucesivamente a todos— no
debéis mirarlo a los ojos. Si
lo hacéis, se
apoderará de vosotros y os
pondrá en contra de
vuestros compañeros,**

incluso al precio de vuestra propia vida.

¡Acordaos de Floyd Tibbits! Por eso es peligroso llevar un revólver, aunque pueda ser necesario. Llévalo tú, Jimmy, y quédate un poco atrás. Si tienes que examinar a Barlow o a Susan, dáselo a Mark.

—Entendido —asintió Jimmy.

—No os olvidéis de llevar ajos. Y rosas, si es posible.

¿Esa pequeña floristería de Cumberland todavía está abierta, Jimmy?

—¿La Bella del Norte?

Creo que sí.

—Pues comprad una rosa blanca para cada uno. Os la atáis en el pelo o alrededor del cuello. Y os vuelvo

a repetir... ¡no les miréis a los ojos! Podría seguir diciéndoos muchas cosas más, pero será mejor que vayáis.

Ya son las diez y no quisiera que el padre Callahan se echara atrás a fuerza de pensarlo. Mis mejores deseos y mis plegarias os acompañan. La oración no es cosa fácil para un viejo agnóstico como yo, pero creo que tampoco soy tan agnóstico como antes, ¿Fue Carlyle quien dijo que si un hombre destrona a Dios en su

**corazón, entonces Satán
debe ocupar su lugar?**

**Nadie respondió, y Mark
dejó escapar un suspiro.**

**—Jimmy, quisiera mirarte
el cuello.**

**Jimmy se acercó a la cama
y levantó el mentón. Las
heridas eran punzantes,
pero las dos se habían
cerrado y parecían estar
cicatrizando bien.**

**—¿Te duele? —preguntó
Matt—. ¿Te escuece?**

—No.

—Tuviste mucha suerte.

—Creo que jamás llegaré a saber la suerte que tuve.

Matt volvió a recostarse en la cama, con el rostro tenso y los ojos hundidos.

—Si me la dieras, yo tomaría la píldora que le ofreciste a Ben.

—Se lo diré a la enfermera.

—Mientras vosotros hacéis vuestra tarea, yo dormiré

—dijo Matt—. Más tarde habrá que... Bueno, basta por ahora. —Sus ojos se detuvieron en Mark—.

Ayer hiciste algo notable,

**hijo. Descabellado y
temerario,
pero notable.**

**—El precio lo pagó ella —
respondió Mark en voz
baja y entrelazó las manos
temblorosas.**

**—Sí, y es posible que tú
tengas que pagarlo
también. Y cualquiera de
vosotros, o todos. ¡No le
subestiméis! Y ahora, si no
os importa, estoy muy
cansado. He pasado casi
toda la noche leyendo.
Llamadme**

**tan pronto hayáis
terminado.**

**Se fueron. En el vestíbulo,
Ben miró a Jimmy.**

**—¿No te hizo pensar en
nadie? —le preguntó.**

—Sí. En Van Helsing.

7

**A las diez y cuarto, Eva
Miller bajó al sótano a
buscar dos envases de
cereal en conserva para
llevarle a
la señora Norton que,
según le había contado
Mabel Werts, estaba en**

cama, Eva se había pasado casi todo el mes de septiembre en la cocina, afanada envasando conservas, blanqueando verduras y almacenándolas, cubriendo con parafina el contenido de los frascos donde había guardado sus mermeladas caseras. En las estanterías de su pulcro sótano de suelo de tierra apisonada había más de doscientos botes de conservas;

preparar conservas era uno de los grandes placeres de Eva. Más avanzado el año, cuando el otoño fuera cediendo paso al invierno y las fiestas estuvieran más cerca, prepararía las conservas de carne.

El olor la sorprendió cuando abrió la puerta del sótano.

—Demonios —masculló, conteniendo la respiración, y bajó cuidadosamente, como si fuera vadeando aguas contaminadas.

**Su marido había
construido personalmente
el sótano, y había hecho las
paredes de piedra para que
fuera
fresco. De vez en cuando
alguna rata almizclera, una
marmota o un visón se
quedaba atrapado en
alguna de
las grietas y moría allí. Eso
era lo que debía de haber
pasado, por más que Eva
no recordaba haber sentido
nunca un hedor tan fuerte.**

Terminó de bajar y recorrió las paredes, entrecerrando los ojos bajo la tenue luz que enviaban desde el techo las dos bombillas de 50 vatios. Sería mejor poner de 75, pensó. Encontró los envases, con la pulcra etiqueta que anunciaba CEREAL escrita de su puño y letra (había puesto una rodaja de pimiento rojo en lo

alto de cada uno) y prosiguió con su inspección,, mirando incluso en el espacio detrás de la caldera con sus múltiples conductos. No encontró nada.

Se dirigió otra vez hacia los escalones que subían a la cocina y miró alrededor con ceño, apoyando las manos en las caderas. El amplio sótano estaba más limpio desde que les había encargado a los dos hijos de

**Larry Crockett que le
construyeran un cobertizo
para guardar las
herramientas detrás de la
casa, hacía un par
de años. Ahí estaba la
caldera, que parecía una
escultura impresionista de
la diosa Kali, con sus veinte
caños
que salían retorciéndose en
todas direcciones; estaban
los dobles cristales para las
ventanas, que tendría que
hacer colocar pronto,
ahora que había llegado**

**octubre y la calefacción
estaba tan cara; estaba,
cubierta de
plástico, la mesa de billar
que había sido de Ralph.
Eva le pasaba la
aspiradora al paño cuando
llegaba el mes
de mayo, aunque nadie
hubiera jugado en ella
desde la muerte de Ralph
en 1959. Y no era mucho
más lo que
había allí abajo. Un cajón
Heno de libros que pensaba
llevar al hospital de**

**Cumberland, una pala
para la
nieve, con el mango
partido, un tablero del que
pendían todavía algunas de
las viejas herramientas de
Ralph,
un baúl donde había
guardado cortinas que ya
debían de estar
enmohecidas.
Pero ese olor la inquietaba.
Volvió a recorrer los muros
con la mirada.
Sus ojos se posaron en la
puertecita que llevaba al**

**sótano del piso inferior,
pero hoy no pensaba bajar
allí, de ningún modo.**

**Además, las paredes del
otro sótano eran de
cemento; no era probable
que se hubiera
metido allí ningún animal.**

Sin embargo...

**—¿Ed? —llamó de pronto,
sin razón alguna. La hueca
resonancia de su voz la
asustó.**

**La palabra se extinguió en
la penumbra del sótano. En**

nombre de Dios, ¿por qué se le había ocurrido hacer eso? ¿Qué iba a estar haciendo Ed Craig ahí abajo, aunque fuera un sitio idóneo para esconderse?

¿Bebiendo? A Eva no se le ocurría que en todo el pueblo hubiera un lugar más deprimente para beber que ese

sótano. Lo más probable era que anduviera por el bosque con ese inútil de su amigo, Virgil Rathbun,

**bebiéndose el sueldo de
alguien.**

**Así y todo, permaneció un
momento más, mientras
miraba alrededor. Aquel
olor era espantoso,
sencillamente espantoso.**

**Ojalá no tuviera que hacer
fumigar el sótano.**

**Echó una última mirada a
la puertecita del otro
sótano y empezó a subir
por las escaleras.**

8

**El padre Callahan les
escuchó a los tres, y cuando**

terminaron su relato eran las once y media pasadas. Estaban sentados en el fresco y espacioso salón de la rectoría, y el sol se derramaba por los grandes ventanales del frente en bloques que parecían tan sólidos que se pudieran cortar. Al mirar las motas de polvo que danzaban en los rayos del sol, el padre Callahan se acordó de una vieja historieta. Una mujer que está

**barriendo con una escoba
mira el suelo, sorprendida:
ha barrido parte de su
sombra. En ese momento,
él se
sentía un poco así. Por
segunda vez en veinticuatro
horas, se veía enfrentado
con una total
imposibilidad, sólo
que ahora la imposibilidad
se veía corroborada por un
escritor, un muchachito
aparentemente equilibrado
y un**

médico a quien todo el pueblo respetaba. Así y todo, una imposibilidad es una imposibilidad. Uno no puede barrer su propia sombra. Pero eso era lo que parecía haber pasado.

—Me resultaría más fácil aceptar que consiguieron provocar una tormenta y un corte de luz —dijo.

—Pues es verdad, se lo aseguro —le reiteró Jimmy, mientras se llevaba la mano al cuello.

El padre Callahan se levantó y sacó algo del maletín de Jimmy: dos bates de béisbol truncados, con la punta aguzada.

—Es un momento nada más, señora Smith —dijo mientras giraba en sus manos a uno de ellos—. No le dolerá.

Nadie rió.

Callahan volvió a dejar las estacas, se dirigió a la

**ventana y miró hacia
Jointner Avenue.**

**—Todos ustedes son muy
convincientes —comentó—.**

**E imagino que debo
agregar una pequeña
información de la que aún
no disponen.**

**Nuevamente se dirigió a
ellos.**

**—En el escaparate de la
tienda de muebles de
Barlow y Straker hay un
cartel de «Cerrado hasta
nuevo**

aviso». Esta mañana a las nueve fui a hablar con el misterioso señor Straker sobre las afirmaciones del señor

Burke. Las dos puertas de la tienda, la de delante y la de atrás, estaban cerradas con candado.

—Tendrá que admitir que eso concuerda con lo que dice Mark —señaló Ben.

—Es posible. Y también es posible que se trate de una mera casualidad.

Permítanme que vuelva a

**preguntarles si están
seguros de que deben hacer
intervenir en esto a la
Iglesia católica.**

—Sí —respondió Ben—.

**Pero si es necesario,
prescindiremos de usted. Y
en último caso, estoy
dispuesto a ir solo.**

**—No será necesario —
respondió el padre
Callahan, mientras se
ponía en pie**

**—Acompañenme a la
iglesia, caballeros, para que
pueda oírles en confesión.**

9

**Ben se arrodilló
torpemente en la mohosa
penumbra del
confesionario. Su mente
era un torbellino
atravesado por destellos de
imágenes surrealistas:
Susan en el parque; la
señora Glick que
retrocedía ante la
cruz, su boca convertida en
una herida abierta que se
retorcía; Floyd Tibbits que
salía de su coche, dando**

**traspíés, vestido como un
espantapájaros, para
arremeter contra él; Mark
Petrie asomado a la
ventana del
coche de Susan. Por
primera y única vez, se le
ocurrió que todo eso
pudiera ser un sueño, y su
espíritu
fatigado se aferró
ansiosamente a ella.
Divisó algo caído en un
rincón del confesionario y
se inclinó a recogerlo. Era
una cajita vacía de**

pastillas de menta; tal vez se le había caído del bolsillo a algún niño. Ese toque de realidad era innegable. El cartón era real y tangible bajo sus dedos. La pesadilla era real.

La puertecilla corredera se abrió pero Ben no pudo ver nada. Una gruesa pantalla cubría la abertura.

—¿Qué tengo que hacer?

—preguntó a la pantalla.

—Diga «Bendígame, padre, porque he pecado».

**—Bendígame, padre,
porque he pecado —repitió
Ben y su voz le sonó hueca
e irreal en ese espacio
cerrado.**

**—Ahora dígame sus
pecados.**

**—¿Todos? —preguntó Ben,
abrumado.**

**—Los más representativos
—dijo Callahan con voz
seca—. Ya sé que tenemos
algo que hacer antes de
que caiga la noche.**

**Con esfuerzo, y
procurando tener presentes**

**los Diez Mandamientos
como marco de referencia,
Ben**

**empezó. Proseguir no se le
hizo fácil. No tenía
sensación alguna de
catarsis; sólo la torpe
incomodidad de
estar contándole a un
extraño los secretos más
sórdidos de su vida. Pese a
todo, se daba cuenta de que
era un
ritual que podía volverse
compulsivo; tan
cruelmente compulsivo**

**como el alcohol
desnaturalizado para el
bebedor habitual. Era un
acto que tenía algo de
medieval, algo de
execrable, como un ritual
de regurgitación.**

**De pronto recordó una
escena de la película de
Bergman El séptimo sello,
donde una multitud de
penitentes
harapientos atraviesan un
pueblo asolado por la peste
negra. Los penitentes van**

**autoflagelándose con
ramas
de abedul, hasta hacerse
sangrar. Tan aborrecible se
le hacía desnudarse de esa
manera (y perversamente
no se
permitió mentir, aunque
podría haberlo hecho de
manera convincente) que la
misión de ese día cobró a
sus
ojos definitiva realidad,
hasta que casi pudo ver la
palabra «vampiro»**

impresa en su mente, y no con letras de presentación de película de terror, sino en un cuerpo pequeño y fino, como talladas en madera o escritas en pergamino. Prisionero de ese ritual ajeno, se sentía desvalido, sustraído a todo contacto con su época. El confesionario podía haber sido un producto directo hacia los días en que íncubos, hombres lobo y brujas eran

**parte aceptada de la
oscuridad externa y la
Iglesia el único fanal de luz.
Por primera vez en su vida
Ben sintió
el vaivén lento y terrible de
las edades, y vio su propia
vida como una tenue chispa
que brillaba en un edificio
que, si se viera con
claridad, podría enloquecer
a todos los hombres. Matt
no les había hablado de la
idea del
padre Callahan, que sentía
a su Iglesia como una**

fuerza, pero en ese momento Ben la habría entendido. En ese cubículo fétido podía percibir la fuerza, que se adentraba en él como una palpitación, dejándole desnudo y despreciable. La sentía como jamás podía sentirla un católico, habituado a la confesión desde su infancia. Cuando salió, recibió con agradecimiento el aire fresco que entraba por las

**puertas abiertas. Se
masajeó
el cuello y retiró la mano
cubierta de sudor.
Callahan se asomó.
—No ha terminado todavía
—le advirtió.
Sin decir palabra, Ben
volvió al confesionario,
pero no se arrodilló.
Callahan le ordenó un acto
de
contrición. Diez
padrenuestros y diez
avemarías.**

—Eso no lo sé —explicó Ben.

—Le daré una tarjeta donde están escritas las oraciones —dijo la voz del sacerdote—. Puede ir diciéndolas en silencio mientras vamos en el coche hasta Cumberland.

Ben titubeó un momento.

—¿Sabe que Matt tenía razón cuando dijo que iba a ser más difícil de lo que pensábamos? Antes de que esto termine, vamos a sudar sangre.

**—¿Sí? —se limitó a decir
Callahan.**

¿Cortesía o incertidumbre?

Ben no habría podido decirlo. Cuando bajó los ojos advirtió que todavía tenía en la mano la cajita de pastillas de menta, que se había convertido en una masa informe bajo la presión convulsiva de sus dedos.

10

Era ya casi la una cuando todos subieron al gran

Buick de Jimmy Cody y salieron. Ninguno de ellos hablaba. El padre Donald Callahan llevaba sotana, sobrepelliz y una estola blanca bordeada de púrpura. Le había entregado a cada uno un tubito de agua de la pila y los había bendecido con la señal de la Cruz. Él llevaba consigo una pequeña píxide que contenía varias hostias consagradas.

Se detuvieron primero en la consulta de Jimmy en Cumberland. Jimmy dejó el motor en marcha mientras entraba. Cuando volvió a salir, vestía una holgada chaqueta con la que disimulaba el bulto del revólver de McCaslin. En la mano derecha llevaba un martillo de carpintero. Ben le miró como fascinado, y con el rabillo del ojo vio que Mark y Callahan tampoco le quitaban los

ojos de encima. El martillo tenía la cabeza de acero azulado y una empuñadura de goma en el mango.

—Feo, ¿no? —comentó Jimmy.

Ben pensó que tendría que usar ese martillo con Susan para hundirle una estaca entre los pechos, y sintió que el estómago le subía lentamente, como en un avión que desciende repentinamente.

—Sí. Ya lo creo que es feo

—contestó, mientras se humedecía los labios.

En el supermercado de Cumberland, Ben y Jimmy compraron todo el ajo que encontraron en los estantes de la verdulería. La cajera levantó las cejas mientras los atendía. Moviendo la cabeza, les dijo:

—Me alegro de no tener que salir con vosotros esta noche, muchachos.

—¿Cuál es la base de la eficacia del ajo en estos

**casos? —preguntó Ben
mientras salían—. Imagino
que**

**algo que dice la Biblia, o
una antigua maldición, o...**

**—Yo sospecho que es una
alergia —declaró Jimmy.**

—¿Alergia?

**Callahan, que alcanzó a oír
la última palabra, pidió
que le explicarán de qué se
trataba mientras iban
hacia la floristería La Bella
del Norte.**

**—Pues sí, yo estoy de
acuerdo con el doctor Cody**

—expresó—.

**Probablemente sea una
alergia... si es
que tiene algún efecto, lo
que no está demostrado
todavía, no lo olviden.**

**—Qué idea tan rara para
un sacerdote —se
sorprendió Mark.**

**—¿Por qué? Si debo
aceptar la existencia de
vampiros (y parece que es
así de momento), ¿debo
aceptar
también que son criaturas
situadas más allá de las**

leyes naturales? De algunas, sin duda. La leyenda afirma que no se les puede ver en los espejos, que pueden transformarse en murciélagos o en lobos o pájaros, que pueden adelgazar su cuerpo hasta colarse por las rendijas más pequeñas. Pero sabemos que ven, oyen, hablan... y sin duda saborean. Es posible que

**conozcan también la
incomodidad, el dolor...**

**—¿Y el amor? —preguntó
Ben, mirando al frente.**

**—No —respondió Jimmy
—. Sospecho que el amor
está más allá de su alcance.**

**—Mientras hablaba,
entró en el pequeño
aparcamiento de una
tienda de floristería en
forma de L, que tenía a su
lado un
invernadero.**

**Una campanilla tintineó
sobre la puerta mientras**

**entraban, y se sintieron
invadidos por el denso
aroma
de las flores. Ben se sintió
descompuesto al aspirar la
pegajosa densidad de los
perfumes mezclados, que le
hizo pensar en un velatorio.
—Hola —les saludó un
hombre alto que llevaba un
delantal de lona y que salió
a atenderlos con una
maceta en la mano.
Apenas si Ben había
empezado a explicarle lo
que quería cuando el**

**hombre le interrumpió,
sacudiendo
la cabeza.**

—Me temo que han llegado tarde. El viernes pasado vino un hombre que me compró todo el surtido de rosas que tenía... rojas, blancas y amarillas. Hasta el miércoles no volveré a tener. A menos que quieran otra...

—¿Qué aspecto tenía ese hombre?

—Muy extraño —recordó el florista, mientras dejaba

la maceta Alto, totalmente calvo. Ojos penetrantes. Fumaba cigarrillos extranjeros. Tuvo que hacer tres viajes a su coche para llevarse las flores. Las puso en la parte de atrás de un Dodge muy viejo.

—Un Packard —dijo Ben —. Un Packard negro.

—Entonces le conocen.

—Digámoslo así.

—Pagó en efectivo. Cosa rara, teniendo en cuenta el

importe de la compra. Pero es posible que si se ponen en contacto con él...

—Sí, es posible —asintió Ben.

De vuelta en el coche, discutieron el asunto.

—En Falmouth hay una tienda... —empezó el padre Callahan.

—¡No! —exclamó Ben—.

¡No! —El matiz de histeria que vibraba en su voz hizo que todos se

miraran—. ¿Y cuando lleguemos a Falmouth y

**descubramos que Straker
también ha pasado por
ahí?**

**¿Entonces iremos a
Portland, a Kittery? ¿A
Boston? ¿No os dais cuenta
de lo que sucede? ¿Lo ha
previsto
todo!**

**—Ben, sé razonable —
intervino Jimmy—. ¿No te
parece que por lo menos
tendríamos...?**

**—¿No recuerdas lo que
dijo Matt? «No debéis**

engañaros pensando que porque no puede levantarse durante el día tampoco puede haceros daño.» Mira tu reloj, Jimmy.

—Las dos y cuarto —dijo Jimmy, y levantó los ojos al cielo como si dudara de las agujas. Pero era así: las sombras se inclinaban ya hacia el otro lado.

—Se nos ha anticipado — insistió Ben—. Cada paso que hemos dado, él lo dio antes que nosotros.

¿Acaso pudimos siquiera imaginar que él podía ignorar alegremente nuestra existencia? ¿Que jamás tuvo en cuenta la posibilidad de que lo descubrieran y le hicieran frente? Tenemos que ir ahora, en vez de perder el resto del día discutiendo cuántos ángeles pueden bailar sobre la cabeza de un alfiler.

—Tiene razón —dijo con serenidad Callahan—. Lo

mejor es que dejemos de hablar y nos pongamos en marcha.

**—Pues entonces, vamos —
urgió Mark.**

**Jimmy salió velozmente del
aparcamiento de la
floristería, haciendo
chirriar los neumáticos
sobre el
asfalto. El propietario se
los quedó mirando: tres
hombres, uno de ellos
sacerdote, que iban con un
niño en un**

**coche con matrícula de
médico y que hablaban a
gritos de los disparates más
increíbles.**

11

**Cody llegó a la casa de los
Marsten desde Brooks
Road, del lado que no daba
al pueblo, y al verla desde
ese nuevo ángulo, Donald
Callahan pensó: Vaya,
realmente se eleva sobre el
pueblo. Qué raro que no
me
haya dado cuenta antes.
Debe de tener una**

**proyección perfecta allí,
retrepada en su colina por
encima del
cruce de Jointner Avenue y
Brock Street. Una
proyección perfecta y una
perspectiva del pueblo de
casi 360
grados. Era un lugar
enorme e incierto, que con
los postigos cerrados se
convertía en una figura
desmesurada
e inquietante; una especie
de sarcófago monolítico,
una evocación del desastre.**

Y había sido sede de suicidio y asesinato, es decir que pisaban terreno profanado.

Callahan abrió la boca para decirlo, pero se abstuvo.

Cody tomó por Brooks Road y por un momento la casa se perdió entre los árboles. Después estos empezaron a escasear y se encontraron ya en el camino de entrada. El Packard estaba fuera del garaje. Cuando

**Jimmy apagó el motor,
sacó el revólver de
McCaslin.**

**Callahan sintió que la
atmósfera del lugar se
apoderaba de él. Sacó del
bolsillo un crucifijo que
había
sido de su madre y se lo
colgó al cuello junto con el
suyo propio. En aquellos
árboles desnudados por el
otoño
ningún pájaro cantaba. El
césped, alto y descuidado,
parecía más seco y más**

**deshidratado de lo que
cabía**

**esperar dado lo avanzado
de la estación: hasta la
tierra se veía gris y
agotada.**

**Los escalones que
ascendían hacia el porche
estaban deformados, y en
uno de los postes del
porche se
veía un rectángulo en el
que la pintura conservaba
un color más brillante,
donde hasta hacía poco
tiempo**

**pendía un cartel de
prevención para los
intrusos. Bajo el cerrojo
enmohecido de la puerta
principal se veía el
brillo bronceíneo de una
cerradura Yale nueva.
Todos intercambiaron
miradas.**

**—Una ventana, tal vez,
como hizo Mark... —
propuso Jimmy, vacilante.
—No —se opuso Ben—.
Entraremos por la puerta
principal. Si hay que
romperla, la romperemos.**

—No creo que sea necesario —declaró Callahan.

Desde que habían bajado del coche, se puso a la cabeza sin sombra de vacilación. Una especie de vehemencia, la misma que había creído desaparecida para siempre, pareció invadirle a medida que se aproximaba a la puerta. Era como si la casa se les acercara para rodearlos, como si el mal rezumara por los

**desconchados de la pintura
reseca. Sin embargo,
Callahan no vaciló. Ya no
pensaba en contempORIZAR.**

En

**esos momentos, más que
guiar a nadie, él mismo se
movía obedeciendo a un
impulso.**

**—¡En nombre de Dios! —
proclamó, mientras su voz
asumía una áspera nota
imperativa que hizo que
todos se acercaran a él—.**

**¡Ordeno que el mal se
retire de esta casa!**

**¡Alejaos, espíritus
malignos! —Y, sin
tener conciencia de lo que
hacía, golpeó la puerta con
el crucifijo que llevaba en
la mano.**

**Hubo un destello de luz
(después, todos coincidirían
en haberlo visto), y un
ruido restallante, como si
las
tablas hubieran gritado. La
ventana semicircular que
había encima de la puerta
estalló de pronto hacia
fuera,**

al mismo tiempo que el gran ventanal de la izquierda escupía fragmentos de cristal sobre la hierba. Jimmy dejó escapar un grito. La flamante cerradura Yale yacía a sus pies, sobre el suelo de madera del porche, convertida en una masa casi irreconocible. Mark se inclinó a recogerla y exhaló un gemido. —¡Quema! —exclamó.

Callahan se apartó de la puerta, tembloroso, mientras miraba la cruz que tenía en la mano. Ben empujó la puerta, que se abrió sin dificultad. Esperó a que Callahan entrara primero. En el vestíbulo, el sacerdote miró a Mark.

—AJ sótano se llega por la cocina —explicó el chico—. Straker está en el piso de arriba. Pero... —Hizo una pausa, con el entrecejo fruncido—. Hay alguna

**diferencia, aunque no sé
qué es. No es lo mismo que
antes.**

**Primero fueron al piso
superior, y aunque Ben no
abría la marcha, al
aproximarse a la puerta del
fondo
del pasillo sintió el
aguijonazo de un terror
ancestral. Ahora, casi un
mes después de haber
regresado a
Salem's Lot, estaba a punto
de ver por segunda vez el
interior de esa habitación.**

**Cuando Callahan empujó
la
puerta y la abrió, Ben
levantó los ojos, y antes de
poder detenerlo sintió que
un alarido se escapaba de
su
garganta, agudo, histérico.
Pero el que pendía de la
viga por encima de sus
cabezas no era Hubert
Marsten, ni su espíritu.
Era Straker, colgado
cabeza abajo como un
cerdo en un matadero, con
la garganta abierta.**

Estaba completamente desangrado.

12

—Santo Dios... —murmuró el padre Callahan—. Santo Dios.

Lentamente, entraron en la habitación, Callahan y Cody por delante, mientras Mark y Ben se mantenían atrás, el uno muy cerca del otro.

A Straker le habían atado ambos pies para después izarlo y dejarlo ahí

**colgado. Alguna parte
recóndita
del cerebro de Ben pensó
que debía haber sido un
hombre de una fuerza
descomunal el que levantó
ese peso
muerto hasta una altura en
que las manos inertes no
llegaban a tocar el suelo.
Jimmy le tocó la frente y
después levantó una mano
del cadáver.
—Hace unas dieciocho
horas que ha muerto —**

dijo, mientras dejaba caer la mano con un estremecimiento—. Dios mío, qué manera tan espantosa de... Esto no lo entiendo. Quién... por qué...

—Ha sido Barlow —dijo Mark, que miraba el cadáver de Straker con ojos impávidos.

—Y Straker está frito —comentó Jimmy—. No habrá vida eterna para él. Pero ¿por qué de esta manera,

**colgado patas arriba?
—Es tan viejo como
Macedonia —señaló el
padre Callahan—. Colgar
patas arriba el cuerpo del
enemigo, o del traidor, de
modo que la cabeza mire
hacia la tierra y no hacia el
cielo. Es la forma en que
crucificaron a san Pablo,
en una cruz en forma de X,
con las piernas quebradas.
Ben volvió a hablar; su voz
sonaba cansada y
polvorienta en su garganta.**

**—Todavía sigue
distrayéndonos. Sus tretas
son interminables. Vamos.
Todos le siguieron por el
pasillo y bajaron las
escaleras hacia la cocina.
Una vez allí, Ben volvió a
ceder
la cabeza al padre
Callahan. Por un momento
los dos se miraron, y
después los ojos de Ben se
dirigieron a la
puerta del sótano que los
conduciría hacia abajo,
como hacía veinticinco**

**años había empezado a
subir unas
escaleras que le llevaron a
enfrentarse a una pregunta
abrumadora.**

13

**Cuando el sacerdote abrió
la puerta, Mark volvió a
sentir el rancio olor a
podrido que le hería el
olfato,
pero también eso era
diferente: no tan fuerte, no
tan malévolos.**

**El sacerdote empezó a
bajar los peldaños, pero**

Mark necesitó de toda su fuerza de voluntad para descender tras el padre Callahan al interior de aquel pozo de la muerte. Jimmy encendió la linterna. El haz iluminó el suelo, llegó hasta una pared y retrocedió. Se detuvo sobre una canasta alargada y después cayó sobre una mesa.

—Ahí —dijo Jimmy—. Mirad.

**Era un sobre, pulcro y
brillante en esa oscuridad
pegajosa, de rico
pergamino amarillento.**

**—Es una trampa —
advirtió el padre Callahan
—. Mejor no tocarlo.**

**—No. —En la voz de
Mark, el alivio se mezclaba
con la desilusión—. Ya no
está aquí. Se ha ido. Eso es
un mensaje para nosotros.
Lleno de insultos,
probablemente.**

**Ben se adelantó a recoger
el sobre. Por un momento**

**fe dio vueltas entre sus
manos, y Mark vio, bajo la
luz de la linterna, cómo le
temblaban los dedos.**

Después lo abrió.

**Dentro había una sola hoja,
de pergamino como el
sobre, y todos se acercaron
a leer. Jimmy enfocó la
linterna sobre la página,
cubierta de una escritura
elegante, con una letra
diminuta como telaraña.**

La leyeron

**juntos, Mark un poco más
lentamente que los demás.**

4 de octubre

**Estimados y jóvenes
amigos:**

**¡Qué amable de vuestra
parte haber venido por
aquí!**

**No soy en modo alguno
adverso a la compañía, que
ha sido uno de mis grandes
placeres durante una
vida larga y con frecuencia
solitaria. Si hubierais
venido por la noche, habría
tenido el mayor placer en
recibiros personalmente.
Sin embargo, como**

**sospechaba que podríais
preferir haceros presentes
durante el
día, me pareció mejor no
estar.**

**Os he dejado una pequeña
prenda de mi aprecio;
alguien muy próximo y
querido para uno de
vosotros
está ahora en el lugar
donde yo pasaba mis días
hasta que decidí que otro
refugio podría resultarme
más**

**simpático. Es una
muchacha encantadora,
señor Mears, muy
apetitosa, si me permite
usted la pequeña broma.
Como ya no la necesito, os
la he dejado para que con
ella os vayáis
entusiasmando para lo que
vendrá
después. Para abriros el
apetito, si os parece. Así
veremos qué tal os sienta el
aperitivo antes del plato
fuerte**

**que esperáis hallar,
¿verdad?**

**Jovencito Petrie, tú me
privaste del servidor más
fiel e ingenioso que haya
tenido jamás. De manera
indirecta, hiciste que me
convirtiera en causante de
su ruina, al dar motivo
para que mis propios
apetitos me
traicionaran.**

**Indudablemente, le
atacaste por la espalda. Me
causará un gran placer
vérmelas contigo. Aunque**

**creo que empezaré por tus
padres, esta noche... o
mañana por la noche... ya
veremos. En cuanto a ti,
entrarás a
integrar el coro de niños de
mi iglesia como castratum.
Bien, el padre Callahan,
veo que le persuadieron de
que viniera. Me lo
imaginaba. Desde mi
llegada a
Salem's Lot le he
observado con cierto
detenimiento... como un**

**buen jugador de ajedrez
estudia las partidas
de su contrincante, ¿no es
eso? Sin embargo, ¡la
Iglesia católica no es el más
antiguo de mis
contrincantes! Yo
era ya viejo cuando ella era
joven, cuando sus
miembros se ocultaban en
las catacumbas de Roma y
se
pintaban peces en el pecho
para distinguirse entre
ellos. Yo era fuerte cuando**

**ese estúpido club de
comedores
de pan y bebedores de vino
que veneran al salvador de
las ovejas era débil. Mis
ritos eran milenarios
cuando
los ritos de su Iglesia aún
no habían nacido. Pero no
la subestimo. Conozco los
caminos del bien tanto
como
los caminos del mal. Y no
estoy saciado.
Y os venceré. ¿Cómo?,
preguntáis. ¿Acaso**

**Callahan no lleva el
símbolo de la Pureza?
¿Acaso él no se
mueve de día tanto como
de noche? ¿No hay
encantamientos y pócimas,
tanto cristianos como
paganos, de los
que mi excelente amigo
Matthew Burke os ha
puesto al tanto para
defenderos de mí y de mis
compatriotas?
Sí, sí y sí. Pero yo he vivido
más tiempo que vosotros.**

Yo no soy la serpiente, soy el padre de las serpientes. Así y todo, decís, eso no es suficiente. Pues claro que lo es. Finalmente, padre Callahan, quiero decirle que usted solo se destruirá. Su fe en la Pureza es blanda y débil y cuando habla de amor se trata de una presunción por su parte. Sólo cuando habla de la botella está bien informado.

**Mis buenos amigos —señor
Mears, señor Cody,
jovencito Petrie, padre
Callahan—, disfrutad de
vuestra
estancia. El Medoc es
excelente; me lo procuró
especialmente el difunto
propietario de la casa, de
cuya
compañía personal jamás
llegué a disfrutar. Os ruego
que os consideréis mis
invitados y bebáis, si aún os
quedan ánimos para
hacerlo cuando hayáis**

**terminado vuestra tarea.
Ya volveremos a
encontrarnos, en
persona, y en ese momento
os daré mi enhorabuena en
forma más personal a cada
uno. Hasta entonces, adiós.
BARLOW.**

**Tembloroso, Ben dejó la
carta sobre la mesa y miró
a los demás. Mark estaba
inmóvil con los puños
contraídos, la boca
inmovilizada en el gesto de
alguien que acaba de**

**morder algo podrido; el
rostro
extrañamente infantil de
Jimmy aparecía pálido y
tenso; y aunque el padre
Callahan seguía teniendo
los ojos
iluminados, su boca era un
arco tembloroso.**

**Uno a uno, todos le
miraron.**

**—Vamos —dijo Ben, y
juntos echaron a andar.**

14

**Parkins Gillespie estaba de
pie en los peldaños del**

**edificio de ladrillo del
ayuntamiento, mirando con
sus**

**potentes binoculares Zeiss,
cuando Nolly Gardener
llegó en el coche de policía
del pueblo y bajó de él.**

**—¿Qué pasa, Park? —
preguntó mientras subía
los peldaños.**

**Sin decir palabra, Parkins
le entregó los prismáticos, y
su calloso pulgar señaló
hacia la casa de los
Marsten,**

Nolly miró. Vio el viejo Packard, y frente a él un Buick nuevo. El aumento de los binoculares no era suficiente para distinguir el número de matrícula. Nolly bajó los prismáticos.

—Es el coche del doctor Cody, ¿no?

—Sí, creo que sí. —Parkins se puso un Pall Mall entre los labios y raspó una cerilla en la pared que había a sus espaldas.

**—Jamás he visto un coche
allá arriba, a no ser ese
viejo Packard.**

**—Exactamente —asintió
Parkins, meditabundo.**

**—¿Te parece que
tendríamos que ir a echar
un vistazo? —En la
manera de hablar de Nolly
no había
mucho de su entusiasmo
habitual. Era policía desde
hacía cinco años, y todavía
estaba fascinado con su
cargo.**

—No —declaró Parkins—. Será mejor que no nos metamos.

Se sacó el reloj del bolsillo del chaleco y abrió la tapa de plata grabada, como un jefe de estación que verifica la llegada de un expreso. Eran las 15.41.

Parkins comparó su reloj con la hora que indicaba el del ayuntamiento y después volvió a guardarlo.

—¿Cómo resultó ese asunto de Floyd Tibbits y el niño McDougall?

—No lo sé.

—Ah —refunfuñó Nolly.

Parkins era siempre taciturno, pero se estaba excediendo. Volvió a mirar por los binoculares, sin observar cambio alguno.

—Qué silencioso parece hoy el pueblo —comentó.

—Sí —corroboró Parkins, que miraba hacia Jointner Avenue y hacia el parque con sus pálidos ojos

azules.

**Tanto la avenida como el
parque estaban desiertos. Y
desiertos habían estado
durante la mayor parte del
día. Era sorprendente que
hubiera tan pocas madres
con sus bebés, tan pocos
ociosos sentados al sol
junto al
monumento a los héroes de
la guerra.**

—Han pasado cosas raras

—aventuró Nolly.

**—Sí —admitió Parkins, no
sin pensarlo.**

**Como último recurso,
Nolly optó por la única
carnada que Parkins
picaba infaliblemente en
cualquier
conversación: el tiempo.
—Se está nublando —
comentó—. A la noche
tendremos lluvia.
Parkins observó el cielo.
Sobre sus cabezas, el cielo
estaba aborregado, y hacia
el sudoeste se
amontonaban nubes más
oscuras.**

**—Sí —coincidió, y arrojó
la colilla.**

**—Parkins, ¿te sientes bien?
Parkins Gillespie lo pensó
un momento.**

—No—respondió.

**—Bueno, ¿qué demonios te
pasa?**

**—Creo que estoy cagado
de miedo.**

**—¿De qué? —preguntó
Nolly, sorprendido.**

**—No lo sé —admitió
Parkins.**

**De nuevo se puso a
escudriñar la casa de los**

**Marsten, en tanto Nolly
seguía jumo a él sin poder
articular
palabra.**

15

**Más allá de la mesa donde
habían encontrado la carta,
el sótano hacía un ángulo
en L; después de doblar
por allí, se encontraron en
lo que antes había sido
bodega. Había cubas de
diferentes tamaños,
cubiertas de
polvo y telarañas. Una
pared estaba cubierta por**

**un estante para colocar
botellas de vino, y de
algunas de las
casillas en forma de rombo
asomaban todavía viejas
botellas. Algunas habían
estallado, y allí donde antes
el
borgoña burbujeante había
esperado el paladar que lo
apreciara, anidaban ahora
las arañas. Otras se habían
avinagrado; un olor ácido
flotaba en el aire, mezclado
con el de la inexorable
corrupción.**

**—No —dijo Ben, con la voz
contenida del hombre que
dice verdad—. No puedo.
—Debe hacerlo —precisó
el padre Callahan—. No
será fácil, ni siquiera para
su bien, pero debe hacerlo.
—¡No puedo! —gimió Ben,
y sus palabras resonaron
en el sótano.**

**En el centro, sobre una
especie de estrado
iluminado por la linterna
de Jimmy, yacía inmóvil
Susan**

**Norton, cubierta desde los
hombros hasta los pies por
una tela de lino blanco.
Mientras se acercaban,
ninguno
había sido capaz de hablar.
La sorpresa no dejaba
lugar para palabras.
En vida, Susan había sido
una muchacha bonita, pero
ahora había alcanzado la
belleza. Una oscura
belleza.
La muerte no la había
marcado con su sello. En su**

**rostro se veía un tinte como
de rubor, y sus labios,
vírgenes de maquillaje,
mostraban un rojo intenso
y resplandeciente. Aunque
pálida, la frente era
admirable,
con una piel tersa. Tenía los
ojos cerrados. Una mano
descansaba a su lado, y la
otra estaba levemente
apoyada en la cintura. Sin
embargo la impresión que
daba no era de un encanto
angelical, sino de una
belleza**

fría. En su rostro había algo apenas insinuado que a Jimmy le hizo recordar a las niñas que en Saigón, algunas con menos de trece años, se arrodillaban ante los soldados en las callejuelas de detrás de los bares. En esas muchachas, la corrupción no había sido perversión; apenas un conocimiento del mundo que les había llegado

demasiado pronto. El cambio que se había producido en el rostro de Susan era muy diferente, aunque Jimmy no habría podido decir en qué consistía.

En ese momento Callahan se adelantó y apoyó los dedos contra la carne elástica del pecho izquierdo.

—Aquí, en el corazón.

—No —repitió Ben—, no puedo.

—Sea usted su amante —le instó en voz baja el padre Callahan— o mejor, sea su marido. No es para hacerla sufrir, Ben. Es para liberarla. El único que sufrirá será usted.

Ben le miraba, aturdido. Mark, que había sacado la estaca del maletín de Jimmy, se la tendió sin decir palabra. Ben la recibió en una mano que a él mismo le pareció estaba a kilómetros de distancia.

**Si no pienso en lo que hago
mientras lo hago, entonces
tal vez...**

**Pero le sería imposible no
pensar. De pronto le volvió
a la memoria un pasaje de
Drácula, esa novela tan
entretenida que ahora ya
no le parecía nada
entretenida. Era lo que
decía Van Helsing a Arthur
Holmwood,
cuando Arthur debía hacer
frente a esa misma tarea
espantosa: «Debemos**

atravesar aguas amargas

antes de

llegar a las dulces.»

**¿Alguna vez volvería a
existir para alguno de ellos
la dulzura?**

—¡Llévatela! —gimió—.

No me hagáis hacer esto...

No hubo respuesta.

**Sintió que la frente, las
mejillas y los brazos se le
cubrían de un sudor frío.**

**La estaca, que durante
horas**

**no había sido más que un
simple bate de béisbol,**

**estaba ahora investida de
una pesadez aterradora,
como si en
ella convergieran,
invisibles, pero titánicas,
mil líneas de fuerza.**

**Ben levantó la estaca y la
apoyó sobre el pecho
izquierdo, por encima del
último botón prendido de
la**

**blusa de Susan. La punta
marcó un hoyuelo en la
carne, y él sintió que la
boca empezaba a
sacudírsele en un**

tic incontrolable.

**—Si no está muerta... —
dijo con voz áspera y
pastosa, refugiándose en su
última defensa.**

**—No —confirmó
implacablemente Jimmy—.
Debe morir, Ben.**

**Jimmy había hecho la
demostración para todos;
había atado en torno del
brazo inmóvil el aparato de
tomar la presión arterial y
lo había inflado. Las cifras
habían sido 00/00. Jimmy
había puesto el estetoscopio**

**en el pecho de Susan y les
había hecho escuchar a
todos el silencio de aquel
cuerpo.**

**Algo apareció en la otra
mano de Ben, quien años
más tarde no podría
recordar aún cuál de sus
compañeros se lo había
entregado. El martillo. El
martillo de carpintero, con
la empuñadura de goma en
el
mango.**

**—Hazlo lo más pronto
posible —le indicó**

Callahan—, y sal a la luz del día. Nosotros nos encargaremos de todo lo demás.

Debemos atravesar aguas amargas antes de llegar a las dulces, pensó Ben.

—Que Dios me perdone — murmuró.

Levantó el martillo y lo dejó caer.

Éste golpeó la estaca, y el estremecimiento gelatinoso que se propagó a todo lo largo del fresno jamás

**dejaría de volver en las
pesadillas de Ben. Como si
la fuerza del golpe los
abriera, los párpados de
Susan se
levantaron, dejando ver los
ojos, enormes y azules.. Un
surtidor de sangre surgió
por donde había entrado la
estaca, en un torrente
brillante y de increíble
abundancia, que salpicó las
manos, la camisa, las
mejillas de**

Ben. En un instante, el sótano se llenó del cálido y metálico olor de la sangre. Susan se retorció sobre la mesa. Sus manos se levantaron en el aire, en un enloquecido aletear. Sus pies marcaron un ritmo sin sentido sobre la madera de la plataforma. Al abrirse, la boca dejó ver los horribles colmillos lobunos, y de su garganta, como de un clarín del infierno,

**empezaron a brotar
alaridos inhumanos.**

**Hilos de sangre descendían
también de las comisuras
de la boca.**

**El martillo subía y volvía a
caen una vez... y otra... y
otra.**

**En el cerebro de Ben
resonaban los graznidos de
una gran bandada de
cuervos negros. El tumulto
de sus**

**pensamientos removía
imágenes terribles y
olvidadas. Tenía las manos**

**teñidas de escarlata, así
como la estaca
y el martillo que caía
despiadadamente. La
linterna de Jimmy, que
temblaba, empezó a
iluminar
intermitentemente la cara
enloquecida de Susan.
Clavó los dientes en los
labios, desgarrándolos. La
sangre se
derramaba sobre la sábana
de hilo blanco, haciendo
sobre ella dibujos que**

**parecían ideogramas
chinos.**

**Después, repentinamente,
la espalda se le tensó como
un arco y la boca se le
abrió hasta que pareció
que**

**las mandíbulas iban a
dislocarse. Un enorme
borbotón de sangre, más
oscura, brotó de la herida
abierta por la
estaca: la sangre del
corazón. El alarido que se
levantó de la cámara de**

**resonancia de esa boca
abierta subía
desde los sustratos de la
más antigua memoria de la
raza y más allá, hacia las
húmedas oscuridades del
alma
humana. De pronto la
sangre manó a borbotones
también de la nariz y la
boca, en una marea en la
que había
algo más. Algo que en la
débil luz no era más que
una sugerencia, una**

sombra, de algo que saltaba y escapaba, castigado, expulsado. Algo que se mezcló con la oscuridad y desapareció.

Susan se reclinó hacia atrás, mientras la boca se relajaba y se cerraba. Los labios macerados dejaron escapar un último susurro de aire. Durante un momento los parpadeos aletearon y Ben vio, o le pareció ver, a

**la Susan que había
conocido en el parque.**

Ya estaba hecho.

**Ben retrocedió, mientras
dejaba caer el martillo, con
las manos extendidas ante
él, como un director de
orquesta aterrorizado
porque la sinfonía se le ha
convertido en un caos.**

**Callahan le apoyó la mano
en un hombro.**

—Ben...

**Ben Mears salió huyendo.
Tropezó mientras subía por
las escaleras, se cayó y**

subió a gatas hacia la luz. El horror de la infancia y el de la edad adulta se habían mezclado. Si miraba por encima de su hombro vería a Hubie Marsten (o tal vez a Straker) pisándole los talones, con una mueca en la cara verdosa e hinchada, con la cuerda profundamente hundida en el cuello, y la mueca dejaba ver colmillos. Dejó escapar un grito desesperado.

**—No, dejadlo ir —oyó
decir al padre Callahan.
Pasó como un torbellino
por la cocina y salió por la
puerta. Los escalones del
porche no existieron para
sus pies y se precipitó
directamente sobre la
tierra. Se puso de rodillas,
se arrastró un poco,
consiguió
levantarse y miró atrás.
Nada.
La casa se alzaba, sin
sentido, despojada ahora**

de todo su mal. De nuevo era una casa y nada más. Ben Mears se quedó en el silencio del patio sofocado por las hierbas, con la cabeza hacia atrás, aspirando ávidamente el aire.

16

En el otoño, la noche descende sobre Solar de la siguiente manera: primero el sol pierde su débil influencia sobre el aire y éste se enfría, y le hace recordar a uno que el

**invierno se acerca, y que el
invierno
será largo. Se forman
nubes y las sombras se
alargan. Son sombras sin
espesor, a diferencia de las
sombras
del verano; en los árboles
no hay hojas ni en el cielo
hay nubes.**

**A medida que el sol se
acerca al horizonte, su
amarillo empieza a
intensificarse hasta
convertirse en**

**destellos de un naranja
coléricamente inflamado. Y
arroja sobre el horizonte
un resplandor variopinto
imponiendo al rebaño de
nubes una alternancia de
rojo, anaranjado,
bermellón y púrpura. A
veces las nubes se
apartan y dejan pasar
algún inocente rayo
amarillo de sol,
amargamente nostálgico
del verano que se ha ido.
Son las siete de la tarde, la
hora de cenar (en Solar, la**

**comida se sirve al mediodía
y los hombres salen
con su merienda en una
cesta cuando se van a
trabajar). Mabel Werts,
con los huesos acorralados
por la grasa
enfermiza y pastosa de la
vejez, está sentada ante una
pechuga de pollo a la
parrilla y una taza de té
Lipton,
con el teléfono junto al
codo. En casa de Eva, los
hombres recurren a las**

**provisiones que cada uno
tiene:**

**bocadillos, carne de vaca
enlatada, judías envasadas
que tienen poco que ver
con las que preparaba su
madre**

**hace muchos años, todos
los sábados, fideos o
hamburguesas
recalentadas; compradas al
volver del trabajo en
el McDonald's de
Falmouth. Eva está en la
habitación de delante, ante**

**la mesa, jugando
exasperadamente a
las cartas con Grovel
Verril, al tiempo que urge a
los demás para que cada
uno lave su plato y dejen de
dar
vueltas. Nadie recuerda
haberla visto nunca así,
nerviosa como un gato.
Pero los hombres saben
qué le pasa,
aunque ella no lo sepa.
El señor Petrie y su mujer
están en la cocina,
comiendo bocadillos y**

**procurando borrar el
asombro de la
llamada que acaban de
recibir, una llamada del
sacerdote católico del
pueblo, el padre Callahan:
«Su hijo está
conmigo, y está bien.
Dentro de un rato lo llevaré
a casa. Adiós.» Después de
discutir si debían llamar a
U
policía, a Parkins Gillespie,
han decidido esperar un
poco más. Han advertido
que hay cambios en su hijo.**

Pero, aunque no lo admitan, sobre ellos siguen cerniéndose los espectros de Ralphie y de Danny Glick.

En la trastienda de su negocio, Milt Crossen está comiendo pan al tiempo que bebe un vaso de leche. Desde que murió su mujer, allá por el sesenta y ocho, casi no tiene apetito.

Delbert Markey, el propietario de la taberna, se abre paso entre las cinco

hamburguesas que acaba de prepararse a la parrilla. Se las come con mostaza y con cebolla cruda, y durante la mayor parte de la noche se quejará a quien quiera oírlo de que esa maldita acidez acabará con él. El ama de llaves del padre Callahan, Rhoda Curless, no come. Está preocupada porque no sabe dónde está el padre. Harriet Durham y su familia están cenando

**chuletas de cerdo. Cari
Smith,
que enviudó en 1957, se
conforma con una patata
hervida y una botella de
Moxie. En casa de Derek
Boddin
han preparado un jamón
con coles de Bruselas.
Richie Boddin, el pequeño
matón derrocado, hace un
gesto de
asco. Coles de Bruselas.
«Pues te las comes si no
quieres que te arree una**

**patada», le dice su padre,
que
tampoco las puede tragar.
Reggie y Bonnie Sawyer
comen asado de costillas de
buey con cereales
congelados, patatas fritas, y
de
postre budín de pan al
chocolate con salsa de
Jerez. Todos platos
favoritos de Reggie.
Bonnie, a quien han
empezado a desaparecerle
las magulladuras, sirve la**

**comida con los ojos bajos.
Reggie come con calma y
durante la cena da cuenta
de tres latas de cerveza.**

**Bonnie come de pie;
todavía está demasiado
dolorida**

**paramentarse. Tampoco
tiene mucho apetito, pero
de todas maneras come, no
vaya a ser que Reggie lo
advierta y diga algo.**

**Después de la paliza que le
dio aquella noche, su
marido le arrojó todas las
pildoras por**

el inodoro y la violó. Y desde entonces ha seguido violándola todas las noches. A las siete menos cuarto, casi todo el mundo ha acabado de cenar, casi todos los cigarros, cigarrillos y pipas de sobremesa se han apagado, casi todas las mesas están recogidas. Es el momento de lavar, enjuagar y poner a escurrir la vajilla. A los niños pequeños los enfundan en sus pijamas y

los mandan a la habitación de al lado para que se entretengan con la televisión hasta que sea la hora de acostarse.

Roy McDougall, a quien acaba de carbonizársele la sartén donde preparaba las chuletas de ternera, entre maldiciones arroja todo, sartén incluida, en el fregadero. Se pone la chaqueta tejana y se va a la taberna de

Dell, dejando que la maldita inútil de su mujer siga durmiendo. El mocoso muerto, la mujer entontecida, la comida carbonizada. Ya es hora de emborracharse. Y tal vez de recoger los bártulos e irse del pueblo. En un pequeño piso alto de Taggart Street, que no lejos de Jointner Avenue termina en un callejón sin salida, Joe Crane recibe un insólito regalo de los dioses.

Tras haber terminado de comer un plato de cereales, cuando se sienta a ver la televisión siente un dolor súbito e intenso que le paraliza el lado izquierdo del pecho y el brazo izquierdo. ¿Qué es esto?, se pregunta. ¿El corazón? Y así es como suele suceder. Se levanta, y ha recorrido la mitad de la distancia hasta el teléfono cuando el dolor crece de

**pronto y le derriba sin
piedad. El
pequeño televisor en color
sigue parloteando sin
pausa, y transcurrirán
veinticuatro horas hasta
que alguien lo
encuentre. Ocurrida a las
18.51 horas, la suya es la
única muerte natural que
se produce en Salem's Lot
el 6 de
octubre.
A las siete ya la panoplia de
colores del horizonte se ha**

**reducido a una amarga
línea anaranjada en el
oeste, como si alguien
hubiera amontonado todas
las brasas de la caldera
más allá del borde del
mundo. En el
este, ya han salido las
estrellas y centellean como
diamantes orgullosos. En
esta época no hay
misericordia en
las estrellas, no son
consuelo de los amantes. Su
destello es de una bella
indiferencia.**

Para los niños ha llegado el momento de acostarse. Es hora de que los bebés sean arropados en sus cunitas, mientras los padres sonríen ante las protestas con que piden que los dejen levantados un rato más, que les dejen la luz encendida. Bondadosamente, abren las puertas de los roperos para que vean que no hay nada escondido allí dentro. En torno de todos ellos, la bestialidad de la noche alza

**el vuelo con sus alas
tenebrosas. Ha llegado la
hora de los vampiros.**

17

**Matt dormitaba cuando
entraron Ben y Jimmy, e
inmediatamente despertó
con un sobresalto,
sujetando
con más fuerza la cruz en
su mano derecha.
Sus ojos se cruzaron con
los de Jimmy y se
dirigieron hacia los de Ben.
—¿Qué ha pasado?**

Jimmy se lo contó brevemente. Ben no dijo nada.

—¿Y el cuerpo?

—Callahan y yo lo pusimos boca abajo en una caja que había en el sótano, tal vez la misma de que se valió Barlow para venir al pueblo. Hace una hora que la arrojamos al río Royal. La llenamos de piedras, y la llevamos con el coche de Straker. Si alguien advirtió que el coche estaba

**aparcado junto al puente,
habrán**

pensado que era él.

**—Hicisteis bien. ¿Dónde
está Callahan? ¿Y el chico?**

**—Fueron a la casa de
Mark. Hay que contarles
todo a sus padres. Barlow
les amenazó.**

—Pero ¿lo creerán?

**—Si no lo creen, Mark
hará que su padre hable
contigo.**

**Matt asintió. Parecía muy
fatigado.**

—Ven aquí, Ben —pidió—. Acércate y siéntate en la cama.

Con rostro impasible y aturdido, Ben se acercó. Se sentó y entrecruzó flojamente las manos sobre las piernas. Sus ojos ardían como carbones encendidos. —Ya sé que para ti no hay consuelo —le dijo Matt mientras le tomaba una mano entre las suyas—. Pero

no importa; el tiempo te lo traerá. Por el momento, ella descansa.

**—Nos tomó el pelo —
repitió Ben con voz hueca
—. Se burló de nosotros, de todos. Jimmy, dale la carta. Jimmy entregó el sobre a Matt, quien sacó la hoja de pergamino y la leyó, sosteniendo el papel a pocos centímetros de la nariz. Sus labios se movían levemente al leer.**

—Sí—dijo cuando dio la carta—, es él. Su egolatría es mayor de lo que me imaginaba. Es algo estremecedor.

—A ella la dejó para burlarse —siguió diciendo Ben—. Él ya se había ido, mucho antes. Luchar contra él es como luchar con el viento. No debemos parecerle más que alimañas. Alimañas indefensas que corren de

un lado a otro para que él se divierta.

Jimmy abrió la boca para decir algo, pero Matt se lo impidió con un movimiento de cabeza.

—Estás equivocado —le corrigió Matt—. Si hubiera podido llevarse a Susan consigo, lo habría hecho. ¡Cómo iba a renunciar a uno de sus muertos vivientes por una broma, cuando tiene tan pocos! Ben, piensa por

**un momento qué habéis
hecho. Matasteis a Straker,
su demonio familiar. ¡Si
hasta él mismo admitió que
se
vio obligado a participar en
el asesinato al despertar
sus apetitos insaciables! Y
piensa en lo que debe de
haberle aterrorizado
despertar de su sueño sin
sueños para encontrar que
un niño, desarmado, había
dado
muerte a esa criatura tan
espantosa.**

Con cierta dificultad, se sentó en la cama. Ben había vuelto la cabeza y lo miraba; era la primera vez que daba muestras de algún interés desde que los otros habían salido de la casa cuando él estaba ya en el patio trasero.

—Y tal vez —siguió cavilando Matt— no sea ésa la victoria mayor. Tú le has arrojado fuera de su casa,

de la que él eligió como hogar. Jimmy ha dicho que el padre Callahan esterilizó el sótano con agua bendita y que selló todas las puertas con la hostia. Si vuelve allí, Barlow morirá... y él lo sabe.

—Pero se escapó —insistió Ben—. Lo demás ¿qué importa?

—Se escapó —repitió suavemente Matt—. ¿Y dónde ha dormido hoy?

¿En el maletero de un coche?

¿En el sótano de alguna de sus víctimas? Tal vez en el subsuelo de la vieja iglesia metodista de Marshes, la que se quemó en el incendio de 1951. Sea donde fuere, ¿crees que le ha gustado? ¿Piensas que se siente seguro?

Ben no respondió.

—Mañana empezareis la caza —dijo Matt, mientras

**sus manos apretaban la de
Ben—. No iréis
solamente en pos de
Barlow, sino de todos los
peces pequeños... y después
de esta noche habrá
muchísimos
peces pequeños. El hambre
de ellos jamás se satisface.
Comen hasta atiborrarse.
Las noches son de Barlow,
pero durante el día
vosotros le perseguiréis
hasta que se espante y
huya, o hasta que le saquéis
a rastras a la**

luz del sol.

Su discurso había hecho que Ben levantara poco a poco la cabeza. En su rostro apareció cierta animación. Ahora, una débil sonrisa le distendió la boca.

—Sí, eso mismo —susurró —. Pero no mañana; esta noche. Ahora mismo...

La mano de Matt le aferró por el hombro con sorprendente energía, —Esta noche, no. Esta noche la pasaremos

**juntos... tú y yo, con Jimmy
y el padre Callahan, y
Mark y
sus padres. Ahora, él sabe y
está asustado. Únicamente
un loco o un santo se
atrevería a acercarse a
Barlow
cuando está despierto. Y
ninguno de nosotros es
nada de eso. —Cerró los
ojos antes de seguir
hablando en
voz baja—. Pero creo que
estoy empezando a
conocerlo. Aquí tendido en**

**esta cama de hospital y
jugando al
detective, trato de anticipar
sus acciones poniéndome
en su lugar. Hace siglos que
existe, y es inteligente.
Pero su carta demuestra
que es también un
egocéntrico. ¿Y por qué no
habría de serlo? Su yo ha
crecido como
una perla, por sucesivos
sedimentos, hasta hacerse
enorme y ponzoñoso. Está
lleno de orgullo. Y su sed
de**

**venganza debe ser
arrolladora pero tal vez al
mismo tiempo algo que se
puede aprovechar.**

**Abrió los ojos para mirar
con solemnidad a ambos, y
elevó ante sí la cruz.**

**—A e/, esto le detendrá,
pero es probable que no
detenga a alguien a quien él
decida usar, como lo hizo
con Floyd Tibbits. Creo
que es posible que esta
noche intente eliminar a
algunos de nosotros... o tal
vez a**

todos.

Miró a Jimmy.

—Me parece que cometisteis un error dejando que Mark y el padre Callahan fueran a casa de los padres de Mark. Les podríamos haber llamado desde aquí» pidiéndoles que vinieran, todavía sin saber nada.

Ahora

estamos separados... y me preocupa especialmente el niño. Jimmy, sería mejor que los llamas... sin

tardanza.

**—De acuerdo —dijo
Jimmy, y se levantó.
Matt miró a Ben.**

**—¿Te quedarás con
nosotros? ¿Lucharás con
nosotros?**

**—Sí —respondió Ben con
voz ronca— Claro que sí.
Jimmy salió de la
habitación de Matt, se
dirigió por el pasillo a la
sala de enfermeras y buscó
en la guía
telefónica el número de los
Petrie. Lo marcó y se**

quedó escuchando con horror cuando, enjugando el tono de llamada, el auricular le transmitió el tono chillón de una línea fuera de servicio.

—Ya es tarde —gimió.

Al oír su voz, la supervisora de enfermeras levantó la cabeza y se quedó aterrada ante la expresión de su cara.

Henry Petrie era un hombre instruido. Había pasado por varias escuelas técnicas antes de doctorarse en económicas. Había abandonado la docencia en un excelente colegio para hacerse cargo de un puesto administrativo en una compañía de seguros, con la esperanza de aumentar sus ingresos y para comprobar si algunas de sus ideas daban tan buenos resultados en la

practica como en teoría. Y los dieron. La meta que se había establecido era empezar la década de 1980 ocupando un alto cargo en el gobierno federal.

La vena visionaria de su hijo no era herencia de Henry Petrie; la lógica de su padre era hermética y completa, y el mundo en que vivía estaba organizado con precisión. En las elecciones de 1972 había votado a

**Nixon, no porque creyera
en su honradez, ya que más
de una vez le había dicho a
su mujer que Richard
Nixon
era un ratero sin
imaginación y con tanta
sutileza como un ratero,
sino porque su oponente
era un aviador
chinado que hubiera
llevado al país a la ruina
económica. Había
contemplado la
contracultura de fines de
los**

**sesenta con tolerancia,
convencido de que tal
movimiento se
desmoronaría por sí solo,
ya que no tenía una
base económica en que
afirmarse. Su amor por su
mujer y su hijo no era un
amor bello —nadie
escribiría
jamás un poema a la pasión
de un hombre que contaba
sus ahorros en presencia de
su mujer—, pero era firme
y sin desviaciones. Recto
como una flecha, confiaba**

en sí mismo y en las leyes naturales que regían la física,

las matemáticas, la economía y (aunque en grado un poco menor) la sociología.

Escuchó el relato que le hicieron su hijo y el sacerdote del pueblo mientras tomaba una taza de café y les formulaba lúcidas preguntas en los puntos en que el hilo de la narración

se enmarañaba o se perdía.

Su calma

parecía acentuarse con lo

grotesco de la historia y

con la creciente agitación

de June, su mujer. Cuando

hubieron terminado, casi a

las siete de la tarde, Henry

Petrie expresó su veredicto

en cuatro sílabas,

meditadas

y tranquilas:

—Imposible.

Mark suspiró y miró a

Callahan.

—Se lo dije.

Efectivamente, se lo había dicho mientras venían de la rectoría en el viejo coche de Callahan.

June se dirigió a su marido:

—Henry, ¿no te parece que...?

—Espera.

La palabra y la mano levantada silenciaron a la madre de Mark, que se sentó y rodeó a su hijo con el

brazo, apartándolo de la proximidad de Callahan,

sin que el muchacho protestara.

Henry Petrie miró cordialmente al padre Callahan.

—Vamos a ver si podemos enfocar como dos personas razonables este delirio, o lo que sea.

—Tal vez sea imposible —respondió Callahan con la misma cordialidad—, pero lo intentaremos. Si estamos aquí, señor Petrie, es porque Barlow les ha

amenazado a usted y a su esposa.

—¿Es verdad que esta tarde atravesó usted con una estaca el corazón de esa muchacha?

—Yo no. Fue el señor Mears quien lo hizo.

—¿El cadáver está allí todavía?

—Lo arrojaron al río.

—Si todo eso es verdad — señaló Petrie—, han implicado ustedes a mi hijo en un crimen. ¿Se da cuenta

de eso?

—Claro que sí. Era necesario. Señor Petrie, con que llame usted a Matt Burke al hospital...

—Oh, estoy seguro de que sus testigos le respaldaran —respondió Petrie, sin abandonar su inquietante sonrisa de suficiencia—. Es una de las cosas fascinantes con estas chifladuras.

¿Puedo ver la carta que les dejó ese Barlow?

Callahan maldijo para sus adentros.

**—La tiene el doctor Cody
—explicó, y agregó como si
acabara de ocurrírsele—:
En realidad tendríamos
que ir al hospital de
Cumberland. Si habla
usted con...**

Petrie sacudió la cabeza.

**—Antes conversemos un
poco más. Estoy seguro de
que sus testigos son de
confianza, ya se lo he dicho.
El doctor Cody es nuestro
médico de cabecera, y nos
gusta mucho a todos. Y**

**también tengo entendido
que**

**Matthew Burke es
irreprochable... como
profesor, por lo menos.**

**—¿Pese a todo? —terció
Callahan.**

**—Padre Callahan, se lo
plantaré a mi manera. Si
una docena de testigos de
confianza le contaran que a
mediodía han visto un
escarabajo gigante que se
paseaba por el parque del
pueblo cantando Dulce
Adelina y**

**haciendo ondear la
bandera de la
Confederación, ¿usted les
creería?**

**—Si estuviera seguro de
que los testigos eran de fiar,
y de que no estaban
bromeando, estaría
dispuesto a
creerles, sí.**

**—Pues en eso diferimos —
declaró Petrie con su
sonrisita.**

**—Signo de una mentalidad
cerrada —señaló Callahan.**

—No... simplemente de una posición firme y convencida.

—Es lo mismo. Dígame, ¿en la compañía donde usted trabaja están de acuerdo en que los ejecutivos tomen decisiones basadas en sus propias creencias y no en los hechos? Eso no es lógica, Petrie; es mojigatería. Petrie dejó de sonreír y se levantó.

—La historia que usted me cuenta es inquietante, de eso estoy seguro. Han complicado a mi hijo en algo desatinado y posiblemente peligroso. Tendrán mucha suerte si no terminan ante los tribunales por eso. Voy a llamar a sus amigos para hablar con ellos, y pienso que después lo mejor será que vayamos a ver al señor

Burke al hospital para discutir a fondo este asunto.

—Qué amable de su parte, renunciar a un principio— agradeció secamente Callahan.

Petrie se dirigió a la sala y cogió el teléfono. En vez de oír el tono de marcar se encontró con que la línea estaba en silencio. Con el ceño ligeramente fruncido, movió un poco la horquilla. No hubo respuesta. Volvió a

dejar el auricular y regresó a la cocina.

—Parece que el teléfono no funciona —anunció.

Se irritó al ver la mirada de temeroso entendimiento que intercambiaron Callahan y su hijo.

—Puedo asegurarles —dijo con voz un poco más alterada de lo que era su intención— que al servicio telefónico de Salem's Lot no le hacen falta vampiros para funcionar mal

En ese momento las luces se apagaron.

19

Jimmy volvió corriendo a la habitación de Matt.

—El teléfono de la casa de Petrie no funciona. Él debe de estar allí. Maldición, qué estúpidos hemos sido...

El rostro de Matt pareció encogerse. Ben se apartó de la cama.

—¿Es que no veis cómo actúa? —masculló—. ¿Con qué habilidad? Si

**tuviéramos una hora más
de luz**

**diurna, podríamos... pero
no. Ya es tarde.**

**—Tenemos que ir allí—dijo
Jimmy.**

**—¡No! ¡Eso no! Por
vuestra vida y la mía, eso
no.**

—Pero ellos...

**—¡Están a la merced de sus
propios recursos! ¡Lo que
está sucediendo allí, o lo
que haya sucedido,
habrá acabado en el
momento en que lleguéis!**

Indecisos, Ben y Jimmy se quedaron en la puerta. Con esfuerzo, Matt se enderezó y habló, en voz baja pero enérgica.

—Su egocentrismo es grande y también lo es su orgullo. Son defectos que pueden favorecernos. Pero también tiene una gran inteligencia, y debemos respetarla y tenerla en cuenta. Vosotros me mostraréis la carta... en ella habla de ajedrez. No me cabe duda

**de que es un jugador
estupendo. ¿No os dais
cuenta de que
lo que se propone hacer en
esa casa, podría haberlo
hecho sin cortar la línea
telefónica? ¿Si lo ha hecho
es
para haceros saber que una
de las piezas blancas está
en jaque! Él entiende las
fuerzas, y sabe que la
victoria
es más fácil si estas están
divididas y desorientadas.**

Por haber olvidado eso se ha apuntado él la primera jugada, por omisión; el grupo originario ha quedado escindido en dos. Si ahora vais a la casa de los Petrie, se escindiré en tres. Yo estoy solo y postrado en cama; soy presa fácil, aunque tenga cruces y libros. Todo lo que necesita es mandar a alguna de sus víctimas, de las que no son todavía

**muertos vivientes, para que
me mate
con un arma cualquiera.
Entonces no quedaréis más
que tú y Ben, corriendo en
la noche hacia vuestra
propia
destrucción. Entonces se
habrá adueñado de Salem's
Lot. ¿Acaso no lo
comprendéis?
Ben fue el primero en
hablar.
—Sí —admitió.
Matt se dejó caer sobre las
almohadas.**

—Si hablo así, no es porque tema por mi vida, Ben. Tienes que creerme. Ni siquiera por las vuestras.

Temo por el pueblo. Pase lo que pase, tiene que quedar alguien que pueda detenerle mañana.

—Sí. Y a mí no me vencerá mientras no haya podido vengar a Susan.

El silencio se hizo entre ellos. Jimmy Cody lo rompió.

—Tal vez salgan indemnes, de todas maneras —dijo—. Creo que ha subestimado a Callahan, y estoy seguro de que subestima al muchacho. Ese chico es increíble.

—No perdamos la esperanza —dijo Matt, y cerró los ojos. Se dispusieron a esperar.

20

El padre Donald Callahan estaba de pie en un lado de la espaciosa cocina de los Petrie, sosteniendo en

**alto la cruz de su madre,
que inundaba la estancia
con un resplandor
espectral. Del otro lado,
junto al
fregadero, estaba Barlow,
que con una mano
inmovilizaba las de Mark a
la espalda del chico, en
tanto que con
la otra le rodeaba el cuello.
En medio de ellos, tendidos
en el suelo entre los
fragmentos del cristal que
había**

destrozado Barlow al entrar, yacían los cuerpos de Henry y June Petrie. Callahan estaba aturdido. Todo había sucedido con tal rapidez que no podía entenderlo. En un momento estaban discutiendo el asunto racionalmente con Petrie, bajo la brillante sensatez de las luces de la cocina, y al siguiente se habían visto sumergidos en la insania que el padre de Mark

negaba con tanta calma y tan comprensiva firmeza. Mentalmente, el padre Callahan procuró reconstruir lo sucedido. Petrie había vuelta a informarles que el teléfono no funcionaba. Casi inmediatamente se habían quedado sin luz. June Petrie dio un grito. Se oyó caer una silla. Durante unos momentos todos habían andado a tientas

**en la oscuridad,
llamándose unos a otros.
Después, la ventana que
había sobre el fregadero de
la cocina se
había roto
estrepitosamente hacia
dentro, llenando de vidrios
el suelo de linóleo. Todo eso
había pasado en
menos de treinta segundos.
Después una sombra había
entrado en la cocina, y
Callahan había conseguido
romper el hechizo que lo**

inmovilizaba. Aferró torpemente la cruz que llevaba al cuello, y tan pronto como sus dedos la tocaron, el cuarto se inundó de luz sobrenatural.

Vio que Mark procuraba arrastrar a su madre hacia la arcada que daba a la sala. Henry Petrie estaba junto a ellos, con la cabeza vuelta, su rostro sereno súbitamente boquiabierto al contemplar esa invasión

absolutamente ilógica. Y tras él, alzándose sobre todos ellos, la pálida mueca de un rostro que parecía sacado de un cuadro de Frazetta y que al sonreír dejó al descubierto los largos y agudos colmillos. Los ojos enrojecidos parecían las calderas del infierno. Las manos de Barlow se extendieron (apenas si Callahan tuvo tiempo de advertir que esos dedos lívidos eran largos y

**sensibles como los de un
concertista de piano) hasta
aferrar la cabeza de Henry
Petrie y la de June, para
hacerlas chocar con un
crujido estremecedor. Los
dos se
habían desplomado sobre
el suelo, demostrando así
que la primera amenaza de
Barlow se había cumplido.
Mark dejó escapar un grito
desgarrador y, sin
pensarlo, se arrojó contra
Barlow.**

**—¡Y por fin vienes! —
había exclamado Barlow
con tono de buen humor y
voz profunda y poderosa.
Mark, que le había atacado
en un impulso, quedó
instantáneamente
atrapado.**

**Con la cruz en alto,
Callahan se adelanto.
La mueca de triunfo de
Barlow se convirtió en un
rictus de agonía. Se
tambaleó mientras
retrocedía**

**hacia el fregadero,
arrastrando al niño delante
de sí. Los pies de ambos
crujían al pisar los cristales
rotos.**

—En el nombre de Dios...

—empezó Callahan.

**Al oír aquello Barlow dejó
escapar un grito como si le
hubieran azotado, con una
mueca que dejaba ver
el brillo maligno de sus
colmillos. Los músculos del
cuello se marcaban con
enérgica nitidez.**

**—¡No te acerques! —gritó
—. ¡No te acerques porque
seccionaré la yugular y la
carótida del chico antes
de que puedas respirar
siquiera!**

**Mientras hablaba, el labio
superior dejaba ver los
largos caninos aguzados
como agujas, y al terminar,
su
cabeza descendió con la
ávida velocidad de una
serpiente, pasando a un
centímetro escaso del cuello
de Mark.**

Callahan se detuvo.

**—Atrás —ordenó Barlow,
volviendo a sonreír—. Tú
de tu lado de la mesa y yo
del otro, ¿eh?**

**Callahan retrocedió
lentamente, siempre
sosteniendo su cruz al nivel
de los ojos, de manera que
podía
mirar por encima de sus
brazos. Parecía que en la
cruz latiera un fuego
encadenado, y su poder le
levantaba el**

**brazo hasta hacer que sus
músculos temblaran.
Los dos se enfrentaron.
—Juntos, por fin! —
exclamó Barlow, sonriente.
Su rostro era enérgico e
inteligente y, de cierta
manera extraño y
repulsivo, bello; sin
embargo, según
como le diera la luz,
parecía casi afeminado.
¿Dónde había visto
Callahan un rostro así? El
recuerdo volvió en**

ese momento, el de mayor terror que hubiera vivido: la cara del señor Flip, su propio monstruo personal, eso que durante el día se ocultaba en el armario y que salía después de que su madre hubiera cerrado la puerta del dormitorio. No le dejaban mantener una luz encendida de noche, ya que sus padres estaban de acuerdo en que

**la manera de superar esos
miedos infantiles era
hacerles frente, y todas las
noches, cuando la puerta se
cerraba
suavemente y los pasos de
su madre se perdían en el
vestíbulo, la puerta del
armario se entreabría y él
podía
percibir (¿o lo veía
realmente?) el delgado
rostro blanco y los ojos
ardientes del señor Flip. Y
ahí estaba otra**

**vez, fuera del armario,
mirando fijamente por
encima del hombro de
Mark, con su blanca cara
de payaso de
ojos fascinantes y labios
rojos y sensuales.**

**—¿Y ahora? —preguntó
Callahan.**

**Su voz no parecía la suya.
No apartaba la vista de los
dedos de Barlow, esos
dedos largos y sensibles,
cubiertos de pequeñas
manchas azules, que**

oprimían levemente la garganta del chico.

—Eso depende. ¿Qué estás dispuesto a dar a cambio de este desgraciado?

Mientras hablaba, le retorció las muñecas a Mark, con la esperanza de cerrar su pregunta con un alarido,

pero Mark no le dio gusto.

Salvo el súbito silbido del aire al escapársele entre los dientes apretados, se mantuvo en silencio.

**—Ya gritarás —le susurró
Barlow, cuyos labios
esbozaban una mueca de
odio feroz—. ¡Ya gritarás
hasta que te estalle la
garganta!**

**—¡Déjale ya! le ordenó
Callahan.**

**—¿Y por qué? —El odio se
borró de su cara y una
sombria sonrisa
resplandeció en su lugar—.**

**¿Quieres
que perdone al chico, que
lo deje para otra noche?**

-¡Sí!

Con una suavidad que era casi un ronroneo, Barlow volvió a hablar:

—Entonces, ¿tú arrojarás la cruz y nos enfrentaremos en las mismas condiciones... blanco contra negro?

¿Tu fe contra la mía?

—Sí —repitió Callahan, ya no con tanta firmeza.

—¡Pues hazlo! —Los labios se le movían en un gesto de anticipación. La frente le brillaba bajo la

**espeluznante luz que
iluminaba la escena.**

**—¿Y confiar en que tú le
dejes ir? Menos tonto sería
meterme una serpiente de
cascabel en la camisa,
confiando en que no me
mordiera.**

**—Pues yo confío en ti..
¡mira!**

**Dejó en libertad a Mark y
se mantuvo inmóvil,
levantando en el aire las
dos manos.**

**Por un momento el chico se
quedó quieto, incrédulo, y**

**después corrió hacia sus
padres.**

**—¡Corre, Mark! —gritó
Callahan—. ¡Huye!**

**Mark le miró con ojos
oscurecidos y enormes.**

**—Creo que están
muertos...**

—¡Corre!

**Lentamente, el chico se
puso de pie y se volvió
hacia Barlow.**

**—Pronto, hermanito —le
dijo éste, casi con
benignidad—. Dentro de
poco tiempo, tú y yo...**

**Mark le escupió en la cara.
A Barlow se le cortó el
aliento y su rostro se llenó
de una furia irreprimible.
Callahan vio en sus ojos
una
crueldad más negra que el
propio infierno.
—Me has escupido —
balbuceó Barlow.
Su cuerpo tembloroso se
mecía de cólera. Vacilante,
se adelantó un paso, con
inseguridad de ciego.**

**—¡Atrás! —fe gritó
Callahan, volviendo a
adelantar su cruz.**

**Barlow gimió y levantó las
manos delante de la cara.**

**Los destellos de la cruz
tenían un resplandor
enceguecedor, y si se
hubiera atrevido a
acorralarlo, en ese
momento Callahan podría
haberle derrotado.**

**—Te mataré —prometió
Mark, y desapareció, como
un remolino de aguas
siniestras.**

**Pareció que Barlow
aumentara de altura. Su
pelo, peinado hacia atrás,
daba la impresión de flotar
alrededor del cráneo.**

**Llevaba un traje oscuro
con corbata burdeos,
impecablemente anudada,
y a los ojos de
Callahan se aparecía como
parte de la oscuridad que le
rodeaba. En la
profundidad de las órbitas,
los ojos**

**ardían con un resplandor
sombrio y maligno, como
tizones.**

**—Ahora cumple tu parte
del trato, charlatán.**

**—¡Soy un sacerdote! —le
espetó Callahan.**

**Barlow le hizo una
pequeña reverencia
burlona.**

**—Sacerdote —repitió con
tono de desprecio.**

Callahan estaba indeciso.

¿Por qué arrojar la cruz?

**Ahuyentarlo, salvar la
situación por esa noche, y**

mañana...

Pero en su mente algo más profundo le advertía que rehuir el compromiso del vampiro era arriesgarse demasiado. Si no se atrevía a separarse de la cruz, eso sería como admitir...

admitir ¿qué? Si las cosas no se

desarrollaran con tanta rapidez, si tuviera tiempo de pensar, de razonar...

El brillo de la cruz estaba extinguiéndose.

Callahan la miró con ojos dilatados. En el vientre, el miedo se convirtió en una maraña de alambres al rojo. Con un sobresalto, levantó la cabeza para mirar a Barlow, que se le acercaba lentamente a través de la cocina, con una sonrisa amplia, casi voluptuosa. —¡Atrás! —bramó roncamente Callahan mientras a su vez retrocedía—. ¡Te lo ordeno en nombre de

Dios!

Barlow se rió en su cara.

El resplandor de la cruz no era más que una débil luz vacilante, cruciforme. Las sombras habían vuelto al rostro del vampiro, haciendo de sus rasgos una máscara extraña y cruel, dibujada con líneas y triángulos bajo los pómulos salientes. Callahan retrocedió un paso más y chocó contra la mesa de la cocina; del otro lado sólo estaba la pared.

**—Ya no tienes a dónde ir
—murmuró Barlow. En sus
ojos sombríos bullía una
alegría infernal—. Qué
triste es ver vacilar la fe de
un hombre. Oh, sí...
La cruz tembló en la mano
de Callahan y de pronto su
luz terminó de
desvanecerse. No era más
que un
trozo de yeso que su madre
había comprado en una
tienda de recuerdos de
Dublín, probablemente a
un precio**

**ínfimo. El poder que antes
había comunicado a su
brazo, un poder suficiente
para derribar paredes y
partir
piedras, había
desaparecido. Los
músculos recordaban su
palpitación, pero no podía
reproducirla.**

**Desde las tinieblas, Barlow
tendió la mano y le
arrebató la cruz de entre
los dedos. Callahan lanzó
un**

**grito de agonía, el grito
que, sin llegar jamás a la
garganta, había vibrado en
el alma de aquel niño de
antaño a**

**quien todas las noches
dejaban solo con el señor
Flip, que desde el armario
entreabierto lo espiaba por
entre**

**los postigos del sueño. Y el
ruido que siguió le acosaría
por el resto de su vida: dos
chasquidos secos,
mientras Barlow rompía
los brazos de la cruz, y el**

**ruido con que los trozos
cayeron al suelo.**

**—¡Dios te maldiga! —le
gritó.**

**—Pasó el momento del
melodrama —dijo desde
las tinieblas, con tristeza
casi, la voz de Barlow—. Ya
no es necesario. Tú has
olvidado la doctrina de tu
propia Iglesia, ¿no es así?
La cruz, el pan y el vino, el
confesionario... no son más
que símbolos. Sin fe, la
cruz no es más que**

**madera, el pan trigo
cocido, el vino
uva fermentada. Si
hubieras arrojado la cruz,
podrías haberme vencido
otra noche. En cierto
modo, yo
esperaba que fuera así.
Hace muchísimo tiempo
que no me enfrento con un
contrincante de peso. El
chico
vale diez veces más que tú,
falso cura.
De pronto, surgiendo de la
oscuridad, unas manos de**

**fuerza sorprendente se
apoderaron de los hombros
del padre Callahan.**

**—Creo que ahora recibirás
gozoso el olvido de mi
muerte. Para los muertos
vivientes no hay recuerdos.
No hay más que hambre y
la necesidad de servir al
amo. Yo podría valerme de
ti enviándote entre tus
amigos,
pero no lo necesito. Si no
estás para ayudarles no
pueden mucho. Y el chico**

les contará lo que ha pasado. Tal vez haya un castigo más adecuado para ti, cura. Trató de escabullirse, pero las manos le sujetaban con fuerza.

Después, una mano le soltó. Se oyó el susurro de una tela al correr sobre la piel desnuda, y después algo que rascaba.

Las manos se dirigieron al cuello de Callahan.

—Ven, falso sacerdote.

Aprende lo que es una

**verdadera religión. Toma
mi comunión.**

**Una" horrible oleada de
comprensión inundó a
Callahan.**

—¡No! No..., no...

**Pero las manos eran
implacables. Le atraían la
cabeza hacia adelante...
hacia adelante.**

**—Ahora, sacerdote —
susurró Barlow.**

**Y le oprimió la boca contra
la hedionda piel de su
garganta helada, donde
latía una vena abierta.**

Callahan retuvo el aliento durante lo que le pareció una eternidad, debatiéndose inútilmente, manchándose de sangre las mejillas, la frente, el mentón. Finalmente, bebió.

21

Ann Norton se bajó del automóvil y echó a andar a través del aparcamiento del hospital, dirigiéndose a las brillantes luces de la recepción. En el cielo, las nubes habían escamoteado

**las estrellas y pronto
empezaría
a llover. Ann no levantó los
ojos para mirar las nubes.
Caminaba como un
autómata, mirando
directamente al
frente.**

**Su aspecto era muy
diferente del de la dama
que había conocido Ben
Mears aquella primera
noche que
Susan le invitó a comer con
su familia: una dama de
mediana estatura, vestida**

**con una túnica de lana
verde
que no proclamaba
riquezas, pero que hablaba
de holgura material. Una
dama que no era hermosa,
pero que
se cuidaba y era agradable
a la vista, con el pelo gris
recientemente ondulado.
La mujer ahora llevaba las
piernas desnudas, y sin el
disfraz de las medias, las
varices se destacaban
inequívocamente. Llevaba
una raída bata amarilla**

**sobre el camisón, y el
viento le alborotaba el pelo
en
desordenados mechones,
Tenía el rostro pálido, y
oscuros círculos de sombra
se le dibujaban bajo los
ojos.**

**Ya se lo había dicho a
Susan, ya la había
prevenido sobre ese Mears
y sus amigos, le había
alertado
sobre el hombre que la
había asesinado, a
instancias de Matt Burke.**

Había sido una confabulación, sí. Ann Norton lo sabía. Él se lo había contado.

Se había pasado todo el día enferma y con sueño, casi sin poder levantarse de la cama. Y después de mediodía, cuando había caído en esa pesada somnolencia mientras su marido iba a responder las estúpidas preguntas del formulario para denunciar personas desaparecidas, él se le

**había aparecido en un
sueño. Tenía
un hermoso rostro,
autoritario y arrogante. La
nariz tenía algo de halcón,
el pelo le descubría
ampliamente la
frente, y su boca firme y
fascinante ocultaba unos
dientes blancos que la
nacían estremecer cuando
él sonreía.**

**Y los ojos... tan rojos, y con
esa cualidad hipnótica
Cuando él la miraba con**

esos ojos, Ann no podía apartar la vista... ni quería. Él se lo había contado todo, y le había dicho lo que debía hacer, asegurándole que cuando lo hubiera hecho podría estar con su hija, y con tantos otros, y con él A pesar de Susan, a quien Ann quería agradar era a él; para que le diera lo que ella necesitaba con tanta avidéz: el toque, la penetración.

Llevaba en el bolsillo el revólver 38 de su marido. Entró en la recepción y se dirigió al escritorio de la recepcionista. Si alguien intentaba detenerla, ya sabría hacerse valer. Y no con disparos. No era cuestión de disparar hasta que hubiera llegado a la habitación de Burke. Él se lo había dicho. Si la atrapaban y la detenían antes de que hubiera hecho el trabajo, él no

**volvería a visitarla, a darle
besos ardientes en la noche.
En el escritorio había una
chica joven, de cofia y
uniforme blanco, que
resolvía un crucigrama al
suave
resplandor de la lámpara
que la iluminaba desde la
consola. Por el pasillo,
dándoles la espalda, se
alejaba un
asistente.
La enfermera de guardia la
miró con una sonrisa**

profesional cuando oyó sus pasos, pero la sonrisa se esfumó al ver a la mujer de ojos alucinados que se le acercaba, vestida con ropa de cama. Aunque inexpresivos, esos ojos tenían un brillo extraño, y le daban el aspecto de un juguete que alguien hubiera puesto en movimiento. Una paciente, tal vez, que andaba extraviada.
—Señora, si...

Ann Norton sacó del bolsillo el arma, como un asesino a sueldo, y apuntó a la cabeza de la enfermera.

—Vuélvete —le dijo.

La boca de la muchacha se contrajo y con un movimiento convulsivo inspiró aire.

—No grites; si lo haces te mataré.

La chica había palidecido.

—Vuélvete.

Lentamente, la enfermera se levantó y se volvió. Ann

Norton tomó por el cañón el 38 y se preparó para descargar la culata en la cabeza de la enfermera.

En ese preciso instante, una patada en los pies la derribó.

22

El revólver salió volando.

La mujer envuelta en la raída bata amarilla no gritó, sino que emitió un gemido largo y agudo, casi plañidero. Como un cangrejo, se arrastró hacia el arma, en tanto que el

**hombre .que estaba tras
ella, con
aspecto perplejo y
asustado, se precipitaba
también a recogerla.**

**Cuando vio que ella sería la
primera en
alcanzarla, la envió de un
puntapié a través de la
alfombra.**

**—¡Eh! —vociferó—. ¡Eh,
socorro!**

**Ann Norton le miró por
encima del hombro, sin
dejar de emitir su silbido,**

**el rostro desencajado en
una
tensa mueca de odio, y
después trató de alcanzar
el revólver. El asistente que
se había acercado
corriendo
miró con estupor la escena
y después se apoderó del
arma, que estaba casi a sus
pies.**

**—Por Dios —exclamó—. Si
está carga...**

**Ann se precipitó sobre él.
Sus manos le rasgaron la
cara, mientras el**

**sorprendido asistente
trataba de
impedirle alcanzar el
revólver. Sin dejar de
gemir, la mujer intentó
arrebatarárselo.**

**Otro hombre consiguió
inmovilizarla. Más tarde,
declararía que al sujetarla
le había parecido agarrar
una
bolsa llena de serpientes.
Bajo la bata, el cuerpo era
calido y repulsivo, y no
había músculo que no se
contrajera y retorciera.**

Mientras Ann luchaba por soltarse, el asistente le asestó un puñetazo en la mandíbula, y la mujer se desplomó.

El asistente y el hombre se miraron.

La enfermera a cargo de recepción gritaba con todas sus fuerzas, cubriéndose la boca con las manos, y sus gritos tenían un extraño efecto de sirena de niebla.

**—Pero ¿qué clase de hospital es éste caramba?
—preguntó el hombre.
—Que me aspen si lo sé —
masculló el asistente—.
¿Qué demonios ha pasado?
—Yo iba a visitar a mi
hermana, que acaba de
tener un bebé, cuando vino
ese chico a decirme que
acababa de entrar una
mujer con un revólver, y...
—¿Qué chico?
El hombre que había ido a
visitar a su hermana miró**

alrededor. El vestíbulo de recepción iba llenándose de gente, pero todos parecían normales.

—Ahora no lo veo, pero estaba aquí. ¿El arma está cargada?

—Sin duda —afirmó el asistente.

—Pero ¿qué clase de hospital es éste, caramba?

—volvió a preguntar el hombre.

23

Habían visto a dos enfermeras corriendo en

**dirección a los ascensores,
y se había oído un vago
alboroto**

procedente de las escaleras.

**Ben miró a Jimmy, y éste se
encogió de hombros. Matt
dormitaba con la boca
abierta.**

**Ben cerró la puerta y
apagó las luces. Jimmy se
agazapó a los pies de la
cama de Matt, y cuando
oyeron**

**que los pasos vacilaban del
otro lado de la puerta, Ben
se colocó junto a ella,**

**alerta. Al ver que se abría y que
asomaba una cabeza, le
aplicó un puñetazo
mientras con la otra mano
le ponía la cruz frente a la
cara.**

—¡Suéltame!

**Instantáneamente se
encendió la luz del techo y
vieron a Matt, sentado en
la cama, mirando con ojos
parpadeantes a Mark
Petrie, que se debatía en los
brazos de Ben.**

Jimmy se levantó para correr hacia el chico, pero de repente vaciló.

—Levanta el mentón.

Mark obedeció mostrándoles a los tres que no tenía marcas en el cuello.

Jimmy suspiró.

—Hijo, jamás en mi vida me he alegrado tanto de ver a nadie. ¿Dónde está el padre?

—No lo sé —respondió

Mark—. Barlow me atrapó... mató a mis

**padres. Están muertos. Mis
padres
están muertos. Golpeó sus
cabezas una contra otra.
Los mató. Después me
atrapó y dijo al padre
Callahan que
si él le prometía arrojar su
cruz, me dejaría ir. El
padre Callahan lo prometió
y yo escapé. Pero antes de
huir le
escupí. Le escupí y voy a
matarlo.
De pie ante la puerta, se
tambaleaba. Tenía la frente**

y las mejillas arañadas por las ramas. Había venido corriendo por el bosque, por la senda donde tiempo atrás Danny Glick y su hermano habían encontrado su destrucción. Al vadear Taggart Stream, se había mojado los pantalones hasta las rodillas. Después alguien le había llevado en coche, pero no podía recordar quién. Era un coche que

**tenía la radio encendida, de
eso se
acordaba.**

**Ben sentía la lengua
entumecida, y no sabía qué
decir.**

**—Mi pobre niño —dijo
Matt—. Mi pobre y
valiente niño.**

**Los rasgos de Mark
empezaron a aflojarse. Los
ojos se le cerraron y la
boca temblorosa se
contrajo de
dolor.**

—Mi mama madre.

**Tambaleante, dio unos
pasos a tientas, y Ben le
sostuvo en sus brazos, le
envolvió y le meció
mientras
las lágrimas anegaban sus
ojos.**

24

**El padre Donald Callahan
no sabía cuánto hacía que
caminaba en la oscuridad.
Había vuelto hacia el
pueblo tambaleándose por
Jointner Avenue, sin pensar
en su coche, que quedó**

**aparcado en casa de los
Petrie.**

**A ratos andaba por el
medio de la carretera.
para luego seguir por la
acera, vacilante. Un coche
se precipitó hacia él con los
faros encendidos
mientras hacía sonar el
claxon, hasta que en el
último momento viró,
haciendo chirriar los
neumáticos en el
asfalto. Cuando ya estaba
cerca de la parpadeante luz
amarilla, empezó a llover.**

En las calles no había nadie; esa noche, puertas y postigos se habían cerrado en Salem's Lot. El restaurante estaba vacío, y en el bar de Spencer la señorita Coogan estaba sentada junto a la caja registradora, leyendo una fotonovela bajo la fría luz de los tubos fluorescentes. Fuera, bajo el cartel de neón que mostraba el perro azul en la mitad de un salto, un letrero rojo de

neón anunciaba:

AUTOBÚS,

**Tenían miedo, imaginó
Callahan, y no les faltaban
razones para ello. Dentro
de ellos había algo que
percibía el peligro, y esa
noche, en Solar, se habían
echado cerrojos que
durante años no se habían
cerrado.**

**Andaba solo por las calles,
él, el único que no tenía
nada que temer. Qué
paradójico. Su risa sonó
como**

**un sollozo desesperado. A él
ningún vampiro le tocaría.
A otros tal vez, pero a él no.
El amo le había
señalado, y hasta que lo
reclamara estaría en
libertad.**

**La iglesia de St. Andrew se
elevaba ante él.**

**Un momento de vacilación;
después echó a andar por
la senda. Entraría a rezar.
Pasaría toda la noche en
oración, si era necesario. Y
no rezaría al nuevo Dios, al**

Dios de los guetos y la conciencia social y la medicina gratuita, sino al Dios de mañana, al que por mediación de Moisés había proclamado que no toleraría la existencia de hechiceros y que había otorgado a su Hijo el poder de levantarse de entre los muertos. Una segunda oportunidad, Dios. Toda mi vida para la penitencia a cambio de una segunda oportunidad.

Torpemente subió los escalones, el hábito enfangado, en su boca el sabor de la sangre de Barlow.

Al llegar arriba se detuvo y tendió la mano hacia el picaporte de la puerta central.

Al tocarlo se produjo un relámpago azul que lo arrojó de espaldas. El dolor le recorrió el cuerpo al caer hecho un ovillo sobre los peldaños de granito y rodar hasta el sendero.

**Tembloroso, con la mano
ardiendo, quedó tendido
bajo la lluvia.**

**Levantó la mano para
mirársela. Estaba
quemada;**

—Impuro —balbuceó—.

**Oh, Dios, qué impuro soy.
Y se echó a temblar.**

**Aferrándose los hombros
con las manos, se
estremeció bajo la lluvia
mientras la
iglesia se alzaba a sus
espaldas, con las puertas
cerradas para él.**

25

Mark Petrie estaba sentado en la cama de Matt, en el mismo sitio donde se había sentado Ben cuando él y Jimmy entraron. Mark se había enjugado las lágrimas con la manga de la camisa, y aunque tenía los ojos hinchados y enrojecidos, aparentemente se dominaba.

—Tú sabes que la situación de Salem's Lot es

desesperada, ¿verdad? —le preguntó Matt.

El chico asintió.

—Ya en este momento, sus muertos vivientes están recorriéndola como serpientes —continuó sombríamente Matt—, ganando a otros para sus filas. Esta noche no podrán apoderarse de todos, pero mañana os espera una misión terrible.

—Matt, quiero que duerma usted un poco —intervino

**Jimmy—. No se preocupe,
todos estaremos aquí.
No tiene buen aspecto. Esto
ha sido un esfuerzo
excesivo para usted...**

**—Mi pueblo está
desintegrándose ante mis
ojos, ¿y tú quieres que
duerma? —Sus ojos le
miraron con
mirada febril desde el
rostro consumido.**

**—Si quiere estar presente
cuando esto acabe, es
mejor que ahorre sus**

fuerzas —insistió Jimmy—.

Se lo

digo como médico, diablos.

—Está bien. Enseguida. —

Matt miró a todos—.

Mañana, vosotros tres

debéis ir a casa de Mark.

Tendréis que preparar

estacas. Muchas.

Lentamente, fueron

comprendiendo lo que eso

significaba.

—¿Cuántas? —preguntó

Ben.

—Yo diría que por lo

menos trescientas, pero os

aconsejo que preparéis quinientas.

—Es imposible —se opuso Jimmy—. No puede ser que haya tantos.

—Los muertos vivientes están sedientos — respondió Matt—, y es mejor que estéis preparados. Tenéis que ir juntos. No os atreváis a separaros, ni siquiera de día. Será como una cacería, se trata de comenzar por

**un extremo del pueblo y
llegar hasta el otro. —
Jamás podremos
encontrarlos a todos —
objetó Ben—. Ni
siquiera si pudiéramos
comenzar con las primeras
luces y trabajar hasta la
noche.**

**—Tenéis que intentarlo,
Ben. Tal vez la gente
empiece a creerlos. Algunos
os ayudarán, si les
demostráis
que es verdad lo que decís.
Y cuando vuelva a**

**descender la oscuridad,
gran parte de su obra
estará deshecha
—suspiró—. Tenemos que
suponer que hemos perdido
al padre Callahan, y eso es
malo. Pero así y todo
vosotros debéis seguir
adelante. Tendréis que ser
cuidadosos. Estar
dispuestos a mentir. Si os
detienen y
encarcelan, eso también
servirá a su propósito. Y si
no lo habéis considerado
todavía, será mejor que lo**

hagáis: existen todas las posibilidades de que si alguno de nosotros vive y triunfa, no sea más que para verse procesado por asesinato. Fue mirándolos a la cara, uno a uno. Lo que vio en ellos debió de dejarle satisfecho, porque volvió a atender a Mark. —¿Tú sabes cuál es la tarea más importante? —Sí — respondió Mark—. Matar a Barlow. Matt sonrió débilmente.

—Me temo que eso es planear las cosas al revés. Primero tenemos que encontrarle. —Miró al chico—.

¿Esta noche no viste algo, no oíste, oíste o tocaste algo que pudiera ayudar a localizarlo? ¡Piénsalo antes de contestar! ¡Tú sabes mejor que nadie la importancia de esto!

Mark reflexionó. Ben no había visto jamás que nadie se tomara una orden

**tan al pie de la letra. Apoyó
el
mentón en la palma de la
mano y cerró los ojos.
Daba la impresión de estar
recorriendo
minuciosamente hasta
el último detalle de la
experiencia de esa noche.
—Nada —dijo por fin,
sacudiendo la cabeza,
después de abrir los ojos y
mirar por un momento a
sus
acompañantes.**

Pese a la decepción que se reflejó en su cara, Matt no cejó.

—¿Una hoja pegada en la chaqueta, tal vez? ¿Un poco de césped en los pantalones? ¿Barro en los zapatos? ¿Algún hilo que le colgara? —Con un gesto de impotencia, aporreó la cama. Por Dios santo, ¿es posible que no tenga un punto débil?

De pronto, los ojos de Mark se dilataron.

—¿Qué? —preguntó Matt, cogiéndole por el codo—.

¿Qué es? ¿De qué te has acordado?

—Tiza azul —dijo Mark—. Cuando me rodeaba el cuello con el brazo, pude ver su mano. Tenía los dedos largos y blancos, y en dos dedos tenía manchas de tiza azul.

—Tiza azul —repitió pensativamente Matt.

—Debe de ser en algún colegio -conjeturó Ben.

—El instituto no es —
objetó Matt—. Toda la tiza
se le compra a la compañía
Dennison, de Portland, y
ellos sólo fabrican blanca y
amarilla. Hace años que la
llevo en la ropa y los dedos.
—¿Y las clases de arte?—
preguntó Ben.
—No, en la secundaria no
se dictan más que artes
gráficas, y allí usan tintas,
no tizas. Mark, ¿estás
seguro de que era...?
—Tiza—asintió el chico.

—Creo que algunos profesores de asignaturas científicas usan tizas de colores, pero, ¿qué lugar para esconderse tendría en el instituto? Tú lo viste... es un solo piso, y todo de cristal. Y entra y sale gente todo el día. Lo mismo pasa con el sótano de las calderas.

—¿Y detrás del escenario? Matt se encogió de hombros.

**—Ahí está bastante oscuro.
Pero si la señora Rodin me
ha sustituido y están
ensayando la comedia,
debe
de haber mucho
movimiento en esa zona.
Para él sería un riesgo.
—¿Y qué pasa con los
colegios? —preguntó
Jimmy—. En los grados
inferiores les enseñan a
dibujar, y
apuesto cien dólares a que
una de las cosas que hay**

más a mano son tizas de colores.

—El colegio de Stanley Street—explicó Matt— fue construido con los mismos fondos que el instituto.

También es moderno y tiene una sola planta, con muchos ventanales para que entre el sol. No es el tipo de edificio que le gustaría frecuentar a nuestro amigo. Ellos prefieren los edificios viejos, llenos de tradición, oscuros y húmedos como...

—Como el colegio de Brock Street —completó Mark. —Sí. —Matt miró a Ben—. El colegio de Brock Street es un edificio de madera, con tres pisos y sótano, construido más o menos en la misma época que la casa de los Marsten. En el momento de aprobar la construcción, se habló en el pueblo de que correría un constante riesgo de incendio. Ésa fue una de las razones de que se

**decidieran a edificar el
nuestro. Dos o tres
años antes se había
incendiado un colegio en
New Hampshire...**

**—Lo recuerdo —murmuró
Jimmy—. ¿No fue en
Cobbs Ferry?**

**—Sí. Tres niños murieron
carbonizados.**

**—El colegio de Brock
Street todavía funciona? —
preguntó Ben.**

**—Sólo la planta baja,
donde se dictan los cuatro**

primeros cursos. Los otros dos pisos están llenos de aulas vacías, con las ventanas clausuradas porque los chicos se dedicaban a tirarles piedras.

—Entonces es ahí — exclamó Ben—. Tiene que ser.

—Eso parece —admitió Matt, que en ese momento daba la impresión de estar muy cansado*—. Pero suena demasiado simple. Demasiado transparente.

—Tiza azul —murmuró Jimmy, con, la mirada perdida a lo lejos.

—No lo sé —suspiró Matt —. Realmente no lo sé...

Jimmy abrió su maletín negro y sacó un frasquito de pildoras.

—Tómese dos con agua, ahora mismo.

—No —protestó Matt—. Hay demasiado que hacer. Demasiado...

—Demasiado para que corramos el riesgo de

quedarnos sin ti —dijo Ben con firmeza—. SÍ ya no tenemos al padre Callahan, ahora el más importante de nosotros eres tú. Haz lo que dice Jimmy.

Mark trajo un vaso de agua del cuarto de baño, y Matt obedeció de mala gana.

Eran las diez y cuarto. Se hizo el silencio en la habitación. Ben pensó que Matt parecía muy viejo, muy gastado. Su pelo blanco

**estaba más ralo y más seco,
y en unos pocos días su
rostro aparentaba haber
quedado marcado por las
penurias de toda una vida.
En cierto modo, pensaba
Ben, era de esperar que
cuando por fin llegaran
problemas
—y graves— a su vida
asumieran esa tenebrosa
forma onírica, fantástica,
preparado como estaba por
una
existencia dedicada al trato
con males simbólicos que**

**cobraban vida por las
noches, a la luz de una
lámpara,
para disiparse al amanecer.
—Me preocupa—comentó
Jimmy, en voz baja.
—Creía que el ataque
había sido leve —se
asombró Ben—. Que en
realidad no había sido
siquiera un
ataque cardíaco.
—Fue leve, pero la
próxima no lo será. Será
grave. Si este asunto no se**

**resuelve pronto, acabará
con su
vida. —Suavemente,
levantó la mano de Matt
para tomarle el pulso—. Y
eso sería una tragedia—
concluyó.**

**Junto a la cama de Matt se
turnaron para dormir y
hacer la guardia. La noche
pasó sin que Barlow
apareciera. Estaba
ocupado en otra parte.**

26

**La señorita Coogan leía un
relato titulado «Traté de**

estrangular a nuestro hijo»,

en la revista

Confesiones de la vida real,

cuando por la puerta entró

su primer cliente de la

tarde/

Jamás se había visto una

tarde tan muerta. Ruthie

Crockett y sus amigos no

habían venido siquiera a

beberse una gaseosa —

aunque claro que a esa

gente uno no la echaba de

menos—, y Loretta

Starcher no

**había pasado a recoger el
New York Times, que
seguía pulcramente
doblado bajo el mostrador.
Loretta era la
única persona en Salem's
Lot que compraba
regularmente el Times
(parecía que hasta lo
pronunciara en
cursiva). Al día siguiente lo
ponía en la sala de lectura.
El señor Labree tampoco
había ido después de
comer, aunque en realidad
eso no era nada extraño.**

Labree era un viudo que tenía una gran casa cerca de la finca de los Griffen, y la señorita Coogan sabía perfectamente que no iba a comer a su casa. Cenaba hamburguesas y cerveza en la taberna de Dell. Si para las once no había vuelto (ya eran las once menos cuarto), la señorita Coogan sacaría la llave del cajón de la registradora y se encerraría con llave en el

drugstore. No sería la primera vez, vaya Pero todos se verían en un lío si aparecía alguien ávido de emborracharse. A veces la señorita Coogan echaba de menos la invasión que seguía a las sesiones de cine, antes de que hubieran demolido la vieja Sala Nórdica que estaba al otro lado de la calle: gente que le pedía helados con soda, batidos y leche malteada, parejitas que se

**tomaban de la mano y
hablaban de los deberes
escolares para
el día siguiente. Por más
que a veces se hiciera
pesado, todo eso era sano.
No eran chicas como
Ruthie
Crockett y su grupo,
siempre riéndose como
tontas y adelantando el
busto, y con esos téjanos
tan ajustados
que marcaban la línea de
las bragas... cuando las
llevaban. Sus auténticos**

**sentimientos hacia aquellos
clientes
de antaño (que, aunque la
señorita Coogan lo hubiera
olvidado, la irritaban tanto
como los de ahora) estaban
nublados por la nostalgia,
de modo que cuando la
puerta se abrió, levantó
ansiosamente la cabeza
como si
esperara ver entrar a
alguno de aquellos
estudiantes de 1964 con su
chica, dispuestos a pedirle
un batido de**

chocolate con ración extra de avellanas.

Pero era un hombre, un adulto, alguien a quien la señorita Coogan conocía pero que no acababa de identificar. Mientras él acercaba su maleta al mostrador, algo en su manera de andar o en el porte de la cabeza le permitieron identificarlo. —¡Padre Callahan! — exclamó con sorpresa. Jamás le había visto sin ropas sacerdotales. Ahora

**vestía unos simples
pantalones oscuros y una
camisa
de algodón azul como un
obrero. .**

**De pronto, se sintió
asustada. Su aspecto era
pulcro y aseado, pero había
algo en su expresión, algo
que...**

**Súbitamente, la señorita
Coogan recordó el día,
veinte años atrás, que
había regresado del
hospital donde**

**su madre acababa de morir
de un derrame cerebral.**

**Cuando ella se lo comunicó
a su hermano, el aspecto de
él**

**era un poco como el que
tenía el padre Callahan. Su
rostro tenía algo de**

**macilento y condenado, y
los ojos**

**miraban aturridos y sin
expresión. En la mirada
había un ardor consumido,
y en torno de la boca la piel
aparecía roja e irritada,
como si se hubiera afeitado**

con demasiada insistencia o hubiera pasado largo rato frotándose con una toalla.

—Quiero un billete de autobús —pidió.

Claro, pensó ella. Pobre hombre, alguien ha muerto y acaban de llamarle a la rectoría o como se llame.

—Muy bien —respondió—.

¿Adonde?

—¿Cuál es el primer autobús?

—¿Hacia dónde?

**—Hacia cualquier parte —
fue la respuesta, que echó
por tierra su teoría.**

**—Bueno... no... a ver —
confundida, la señorita
Coogan recorrió
torpemente el horario—. A
las 11.10**

**hay uno a Portland,
Boston, Hartford y Nueva
Yo...**

—Ése. ¿Cuánto?

**—¿Por cuánto tiempo...
quiero decir, hasta dónde?**

**—Su confusión ya no tenía
límites.**

—Hasta el final —dijo él con indiferencia y sonrió. La señorita Coogan no había visto jamás una sonrisa tan espantosa, y se estremeció. Si me toca, pensó, gritaré. Gritaré con toda mi alma.

—E-e-es decir, hasta la ciudad de Nueva York —tartamudeó—. Veintinueve dólares.

Con cierta dificultad, Callahan se sacó el billetero del bolsillo de

atrás, y la señorita Coogan advirtió que tenía la mano derecha vendada. Puso ante ella un billete de veinte dólares y dos de uno, mientras ella derribaba un montón de billetes sin marcar, en su intento de coger uno. Cuando terminó de recogerlos, Gallaban había agregado cinco dólares más y varias monedas. Ella llenó el billete tan deprisa como le fue posible,

pero no había rapidez que fuera suficiente. Sentía la mirada muerta de él. Selló el billete y lo empujó sobre el mostrador, para no tener que tocarle la mano.

—Te tendrá que esperar fuera, padre Callahan.

Dentro de cinco minutos tengo que cerrar. —

Atropelladamente, amontonó en el cajón de la registradora monedas y billetes, sin hacer intento de contarlos,

—Perfectamente —asintió él, y se metió el billete en el bolsillo de la camisa. Sin mirarla, añadió—:

Entonces Yahvé puso una marca a Caín para que nadie que le encontrase le matara. Y Caín se alejó de la

presencia de Yahvé y se fue a vivir en el país de Nod, al oriente del Edén. Eso dice la Escritura, señorita Coogan. La escritura más cruel de la Biblia.

—¿De veras? —preguntó ella—. Pero me temo que tendrá que salir, padre Callahan. Yo... el señor Labree estará aquí dentro de un minuto y no le gusta... no le gusta que yo... que...

—Claro —asintió él y se dio la vuelta para irse. Pero se detuvo y se volvió a mirarla. La señorita Coogan se estremeció bajo aquella mirada—. Usted vive en

**Falmouth ¿no es verdad,
señorita Coogan? —Sí...**

**—¿Viaja en su propio
coche?**

**—Sí, sí claro... Tengo que
insistir en que espere el
autobús fuera de...**

**—Esta noche váyase a casa
sin demora, señorita**

**Coogan. Asegure todas las
puertas de su coche y no se
detenga a recoger a nadie.**

**No se detenga aunque sea
alguien a quien usted**

**conoce. —Yo jamás subo en
mi**

**coche a autostopistas —
declaró virtuosamente la
señorita Coogan.**

**—Y cuando llegue a su
casa, no vuelva a Salem's
Lot —prosiguió Callahan
—. Ahora las cosas andan
mal en Solar.**

**—No sé a qué se refiere —
balbuceó ella—, pero
tendrá que salir fuera a
esperar el autobús. —Sí,
está**

bien. Callahan salió.

**Súbitamente, la señorita
Coogan adquirió**

**conciencia de lo silencioso
que estaba el drugstore, de
lo
impresionante de ese
silencio. ¿Sería posible que
nadie hubiera entrado
desde el anochecer, excepto
el padre
Callahan? Pues vaya si lo
era. Nadie, en absoluto.
«Ahora las cosas andan
mal en Solar.»
La señorita Coogan
empezó a recorrer el local,
apagando las luces.**

En Solar, la oscuridad era total.

A las doce menos diez, a Charlie Rhodes le despertó un bocinazo prolongado. Se incorporó en su cama.

¡Su autobús!

Inmediatamente pensó:

¡Malditos mocosos!

Los chicos habían tratado otras veces de hacerle cosas así. Bien los conocía él a esos pequeños miserables. Una vez le habían desinflado los neumáticos, y aunque él no

vio quién lo hacía, vaya si lo sabía.

Había ido a ver a ese maldito subdirector para acusar a Mike Philbrook y Audie James. Él sabía que eran

ellos... ¿acaso hacía falta verlos?

«¿Está usted seguro de que fueron ellos, Rhodes?»

«¿No se lo he dicho ya, acaso?»

Y a ese idiota no le había quedado otro remedio, había tenido que

**castigarlos. Después, una
semana más
tarde, el infeliz lo había
llamado a su despacho.
«Rhodes, hoy castigamos a
Andy Garvey.»
«¿Aja? No me sorprende.
¿Qué hizo?»
«Bot Thomas lo sorprendió
mientras estaba
desinflando los neumáticos
de su autobús»
Y había clavado en Charlie
Rhodes una larga y fría
mirada apreciativa.**

**Bueno, y si había sido
Garvey en vez de
Philbrook y James, ¿qué?
Todos andaban juntos,
todos eran
unos gamberros, todos se
merecían que les
aplastaran los sesos.
Y ahora le llegaba desde
fuera el lamento
enloquecedor del claxon,
agotando su batería:
HOONK,
HOONK, HOOOONK...**

**—Hijos de mala madre —
masculló mientras se
levantaba de la cama.
Se enfundó los pantalones
sin encender la luz. Si
encendía la luz los muy
cabroncetes escaparían.
En otra ocasión, alguien le
había puesto una bosta de
vaca en el asiento del
conductor, y bastante idea
tenía él de quién lo había
hecho. Se podía leer en sus
ojos. Eso lo había
aprendido durante la
guerra. Y el**

asunto de la bosta de vaca lo había arreglado a su manera. Durante tres días, a más de seis kilómetros del pueblo, hizo apearse de su autobús a aquel pequeño bastardo. Finalmente, el niño se le acercó llorando.

«Yo no hice nada, señor Rhodes. ¿Por qué me echa del autobús?»

«¿A llenarme el asiento de bosta le llamas nada?»

«Pero si no fui yo. Por Dios que no fui yo.»

**Bueno, pero es que había
que saber tratarlos. Eran
capaces de mentir a su
propia madre con una
sonrisa
en los labios, y
probablemente lo hacían.
Durante dos noches más
siguió haciendo apearse al
chico, y por
Dios que al final confesó.
Charlie lo echó una vez
más —por si las moscas,
digamos— y fue entonces
cuando**

Dave Felsen, el de la gasolinera, le dijo que mejor que se quedara tranquilo.

H o o o o o NK...

Se puso la camisa y al pasar recogió la vieja raqueta de tenis que tenía en un rincón. ¡A ver si esa noche

acababa rompiéndola en algún trasero!

Salió por la puerta de atrás y rodeó la casa, hasta el lugar donde aparcaba el autobús amarillo. Se sentía

**decidido. Eso era
infiltración, lo mismo que
en el ejército.**

**Se detuvo detrás de una
mata de adelfas para mirar
el autobús. Sí, los veía, un
montón de chiquillos,
como sombras oscuras tras
los cristales. Sintió la vieja
furia, el odio a los niños
como un hielo ardiente, y
su**

**mano apretó el mango de la
raqueta hasta que ésta
empezó a vibrar. Ahí**

**estaban asomados a... seis,
siete,
ocho, ¡ocho ventanas de su
autobús!**

**Se deslizó por detrás del
vehículo hasta la puerta
por donde subían los
pasajeros. La encontró
abierta y,
súbitamente, trepó de un
salto los escalones.**

**—¡Muy bien! ¡Quedaos
donde estáis, gamberros!
Tú deja ese maldito claxon
o te...**

**El chico sentado en el
asiento del conductor se
volvió y le dirigió una
sonrisa extraviada. Charlie
sintió
que se le revolvían las
tripas. Era Richie Boddin,
y estaba blanco, tan blanco
como una sábana, excepto
los
carbones negros que eran
sus ojos, y los labios de un
rojo rubí. Y sus dientes...
Charlie Rhodes miraba por
el pasillo.**

**¿No era ése Mike
Philbrook? ¿Y Audie
James? Dios todopoderoso,
¡hasta los muchachos de
Griffen**

**estaban allí! Hal y Jack,
sentados al fondo, con el
pelo lleno de heno. Pero /\$*
ellos no viajan en mi
autobús!**

**Mary Kate Greigson y
Brent Tenney, sentados uno
junto a otro, ella en
camisón, él con téjanos y
una camisa**

**de franela puesta del revés,
y además con la parte de la
espalda hacia delante.**

**Y Danny Glick. Pero... oh,
Cristo... si estaba muerto;
¡hacía semanas que había
muerto!**

**—Un momento, chicos... —
murmuró, con los labios
entumecidos.**

**La raqueta de tenis se le
cayó de la mano. Se oyó
una especie de resuello y un
golpe sordo mientras
Richie Boddin, sin dejar de
sonreír como un poseso,**

**accionaba la palanca de
cerrar la puerta plegable. Y
ahora se estaban
levantando de los asientos,
todos.**

**—No —les dijo, intentando
sonreír—. Chicos... no
comprendéis. Soy yo. Soy
Charlie Rhodes. Soy...
no...**

**Les sonreía con una mueca,
extendiendo las manos
como si quisiera
demostrarles que no eran
más que**

**las manos sin culpa del
viejo Charlie Rodes, y fue
retrocediendo hasta chocar
contra el amplio cristal del
parabrisas.**

—No—susurró.

**Siguieron avanzando,
sonrientes.**

—No, por favor...

Y cayeron sobre él.

28

**Ann Norton murió en el
corto trayecto en ascensor
desde la planta baja al
primer piso del hospital. Se**

estremeció, y un hilillo de sangre se le escurrió por la comisura de la boca.

—Bueno —comentó uno de los asistentes. Ya podemos desconectar la sirena.

29

Eva Miller había estado soñando.

Era un sueño raro, sin ser exactamente una pesadilla.

El incendio de 1951

bramaba bajo un cielo despiadado que iba virando desde el azul pálido del horizonte a un blanco cruel

**y ardiente sobre sus
cabezas.**

**Desde ese tazón invertido,
el sol ardía furiosamente,
como una reluciente
moneda de cobre. El olor
acre del
humo lo invadía todo;
todas las actividades se
habían interrumpido y la
gente estaba inmóvil en las
calles,
mirando hacia el sudoeste,
hacia los pantanos, y hacia
el noroeste, hacia los**

**bosques. Durante toda la
mañana
el humo había estado en el
aire, pero ahora, a la una
de la tarde, se podía ver
cómo las brillantes arterias
del
fuego danzaban entre el
follaje, más allá de los
campos de los Griffen. La
brisa que había ayudado a
las
llamas a saltar una barrera
traía ahora una
precipitación de cenizas**

**blancas sobre el pueblo,
como nieve de
verano.**

**Ralph vivía, y había salido
a ver si podían salvar el
aserradero. Pero en el
sueño todo estaba
mezclado,
porque Ed Craig estaba
con ella, aunque Eva no
había conocido siquiera a
Ed hasta el otoño de 1954.
Ella estaba mirando el
fuego desde la ventana de
su dormitorio en el piso de
arriba, y estaba desnuda.**

Unas manos la tocaron desde atrás, ásperas y morenas sobre la blancura tersa de las caderas, y Eva supo que era Ed, aunque en el cristal no se viera la sombra de su reflejo.

Ed, quería decirle. Ahora no. Es demasiado pronto. Nos faltan casi nueve años. Pero las manos de él eran insistentes: le recorrían el vientre, un dedo jugueteó con el ombligo, después

**ambas manos se deslizaron
hacia arriba hasta
apoderarse de sus pechos
con lasciva osadía.**

**Eva intentaba decirle que
estaban en la ventana, que
cualquiera que estuviera en
la calle podía mirar por
encima del hombro y
verlos, pero las palabras se
negaban a salir, y después
sintió los labios de él en el
brazo,
en el hombro, hasta
posarse con insistencia,
lujuriosos, en su cuello.**

**Eva sintió la presión de los
dientes y
cómo él la mordía, la
mordía y chupaba,
absorbiéndole la sangre,
mientras ella de nuevo
intentaba protestar
No me dejes marcas que
Ralph se dará cuenta...
Pero protestar se le hacía
imposible; además, ya no
quería protestar. A Eva ya
no le importaba que
alguien pudiera mirar y
verlos.**

**Sus ojos se dirigieron
soñolientos hacia el fuego,
mientras los labios y los
dientes de Ed seguían
chupándole el cuello, y Eva
vio que el humo era muy
negro, tanto como la noche,
que oscurecía ese cielo
ardiente y metálico,
convirtiendo el día en
noche.**

**Y después se hizo la noche
y el pueblo desapareció,
pero el fuego seguía
crepitando en la oscuridad,**

**pasando por formas
fascinantes, calidoscópicas,
hasta que le pareció que
dibujaba un rostro con
sangre, un
rostro que tenía nariz de
halcón, ojos ardientes y
hundidos, labios gruesos y
sensuales ocultos en parte
por un
espeso bigote, y el pelo
peinado hacia atrás como
el de un músico,
descubriendo la frente.
—El aparador de estilo
gales —dijo una voz**

distante, y Eva supo que era la de él—. El que está en el ático. Creo que ése nos irá muy bien. Y después arreglaremos lo de las escaleras. Hay que estar preparados. La voz se desvaneció. Las llamas se desvanecieron. Sólo quedó la oscuridad, y Eva en medio de ella, soñando o empezando a soñar. Pensó oscuramente que

**sería un sueño dulce y
largo, pero amargo y sin
luz bajo la superficie, como
las aguas del Letea**

**Otra voz, pero ésta era la
de Ed.**

—Vamos cariño.

**Levántate. Tenemos que
hacer lo que él dice.**

—¿Ed? ¿Ed?

**Su rostro parecía flotar
sobre el de ella, no
dibujado en el fuego sino
terriblemente pálido,
extrañamente**

vacío. Sin embargo, Eva le amaba más que nunca. Se moría de ganas de que él la besara.

—Vamos, Eva.

—¿Es un sueño, Ed?

—No... un sueño no.

Por un momento ella se sintió asustada, pero después ya no hubo miedo, sino comprensión. Y con la comprensión vino el hambre.

Cuando miró el espejo no vio allí más que el reflejo

de su dormitorio, silencioso y vacío. La puerta del ático estaba cerrada con llave, y la llave estaba en el cajón de abajo de la cómoda, pero no importaba. Ya no tenían necesidad de llaves. Como sombras, se deslizaron a través de la puerta.

30

A las tres de la madrugada, la circulación de la sangre se enlentece y el sueño es pesado. El alma

**duerme, en feliz ignorancia
de la hora, o bien mira en
torno de ella con absoluta
desesperación. No hay
términos medios. A las tres
de la mañana, a esa vieja
puta que es el mundo se le
han descascarado los
colores
alegres, y se ve que le falta
la nariz y que tiene un ojo
de cristal. La alegría se
ahueca y se resquebraja,
como
en el castillo de Poe,
cercado por la Muerte**

Roja. El horror se diluye en el aburrimiento. El amor es un sueño.

Parkins Gillespie se levantó del escritorio y fue a buscar la cafetera; tenía el aspecto de un mono delgadísimo, que acabara de sufrir una enfermedad devastadora. Tras él quedaban extendidos los naipes de un solitario. Parkins había oído varios alaridos en la noche, el sonido palpitante

**de un claxon, y en una
ocasión
ruido de pies que corrían.
No se había asomado a
investigar nada de eso. Su
rostro enjuto y rígido se
veía
acosado por las cosas que
su intuición le decía que
estaban pasando allí fuera.
Llevaba al cuello una cruz,
una
medalla de san Cristóbal y
el signo de la paz. No sabía
exactamente por qué se los
había puesto, pero de**

**alguna manera consolaban.
Estaba pensando que si
conseguía pasar esa noche,
por la mañana se iría muy
lejos, dejando su placa en
el estante, junto al llavero.
Mabel Werts estaba
sentada a la mesa de la
cocina; tenía delante una
taza de café frío, por
primera vez
en años había corrido las
cortinas, y no había sacado
del estuche los binoculares.
Por primera vez en sesenta**

años no quería ver ni oír nada. La noche estaba llena de un chismorreo mortal que Mabel no quería escuchar.

Bill Norton iba camino del hospital de Cumberland, tras haber recibido una llamada (que había sido hecha mientras su mujer aún vivía). Tenía una expresión pétrea e inmóvil. Los limpiaparabrisas se movían rítmicamente bajo una lluvia que a cada instante

**se hacía más intensa. Bill
trataba de no pensar en
nada.**

**En el pueblo también había
personas que dormían o
velaban, pero indemnes, la
mayoría personas solas,
sin familiares ni amigos
íntimos en el pueblo.**

**Muchos de ellos no se
habían dado cuenta de que
estuviera
sucediendo nada.**

**Los que velaban, sin
embargo, estaban con
todas las luces encendidas,**

**y cualquiera que pasara
por el
pueblo (y eran muchos los
coches que pasaban en
dirección a Portland o los
pueblos del Sur) se
extrañaría
ante ese pueblecito, tan
semejante a los otros que
aparecían en la carretera,
con su extraño espectáculo
de
viviendas completamente
iluminadas. Tal vez el
conductor habría**

disminuido la marcha para comprobar si había algún incendio, o accidente, y luego volvería a acelerar sin pensar más en el asunto.

Y he aquí lo peculiar de entre los que velaban en Salem's Lot, ninguno sabía la verdad. Tal vez un puñado de ellos la sospechara, pero incluso esas sospechas eran vagas e informes. Y sin embargo, todos se

**habían dirigido sin vacilar
a los cajones de sus
escritorios, a los baúles
guardados en el ático o a
los joyeros en
la cómoda del dormitorio,
en busca de cualquier
símbolo religioso que
pudieran poseer. Y lo
hacían sin
pensarlo, de la misma
manera que un hombre
que viaja solo en su coche
durante una gran distancia
va**

**canturreando sin darse
cuenta de que lo hace.
Lentamente iban andando
de habitación en
habitación, como si
sus cuerpos se hubieran
vuelto frágiles y cristalinos,
e iban encendiendo todas
las luces y jamás miraban
por
las ventanas.
Eso, sobre todo: no
miraban por las ventanas.
Por más que hubiera
ruidos o terribles temores,
por más espantoso que**

fuera lo desconocido, había algo todavía peor: mirar cara a cara a la Gorgona.

31

El ruido se adentró en su sueño como un clavo que se va insertando en el corazón del roble, con exquisita lentitud, fibra por fibra. Al principio, Reggie Sawyer pensó que soñaba con algo de carpintería y su cerebro, desde la penumbrosa frontera entre sueño y vigilia, colaboró

**enviándole un lento
fragmento de
recuerdo de cuando él y su
padre clavaban las tablas
de la cabaña que habían
levantado en Bryant Pond
en
1960.**

**El sueño fue desembocando
en la nebulosa idea de que
no estaba soñando, sino
oyendo los golpes de un
martillo. Después vino la
desorientación y Reggie se
encontró despierto y**

**advirtió que los golpes
seguían
sonando en la puerta
principal, que alguien
descargaba el puño sobre
la madera con la
regularidad de un
metrónomo.
Sus ojos se dirigieron
primero hacia Bonnie, que
yacía a su lado, cubierto
por las mantas. Después
fueron hacia el reloj: las
cuatro y cuarto.
Se levantó, salió
silenciosamente del**

**dormitorio y cerró la
puerta. Encendió la luz del
vestíbulo, echó a
andar hacia la puerta y de
pronto se detuvo. Vaciló.
Sawyer miró la puerta de
su casa. Nadie llamaba a
las cuatro y cuarto. Si
alguien de la familia moría,
lo
comunicaban por teléfono,
no venían a golpear a la
puerta.
En 1968, Reggie había
pasado siete meses en**

Vietnam. Aquél fue un año muy duro para los norteamericanos en Vietnam, y él sabía lo que era el combate. En aquellos días, despertarse era algo tan instantáneo como chascar los dedos o encender una lámpara; en un momento uno era una piedra, al minuto siguiente estaba alerta en la oscuridad. Reggie había perdido ese hábito tan pronto regresó a territorio

estadounidense, y se enorgullecía de eso, aunque nunca lo hubiera dicho. Él no era una máquina, demonios.

Oprímase el botón A y Johnny se despierta, oprímase el botón B y Johnny mata unos cuantos amarillos.

Pero ahora, de manera inesperada, la incertidumbre y la pesadez algodonosa del sueño se habían

desprendido de él corno se desprende la piel de una víbora, y Reggie parpadeó, alerta.

Había alguien ahí fuera.

Sería Bryant,

probablemente, lleno de alcohol y dispuesto a

vencer o morir por la bella prisionera.

Reggie fue hacia la sala y,

se dirigió al armero que

pendía sobre la falsa

chimenea. No encendió la

luz; a

**tientas, conocía
perfectamente bien ese
camino. Bajó la escopeta, la
abrió, y la luz del vestíbulo
arrojó un
opaco resplandor sobre el
bronce de los cañones.
Volvió a la arcada que
comunicaba con el
vestíbulo y se
detuvo. Los golpes seguían,
monótonos, con
regularidad, pero sin
ritmo.**

**—Entre —invitó Reggie
Sawyer.**

**Los golpes se detuvieron.
Se produjo una larga pausa
y después el picaporte giró
lentamente, hasta que por
fin terminó su
recorrido. Cuando la
puerta se abrió, ahí estaba
Corey Bryant.
Reggie sintió que se le
detenía el corazón. Bryant
seguía vestido con la misma
ropa que llevaba la noche
que Reggie lo había echado
a la calle, sólo que ahora
las prendas estaban**

**desgarradas y manchadas
de barro.**

**Tenía hojas pegadas a la
camisa y los pantalones. Un
trozo de tierra que k
cruzaba la frente destacaba
más su
palidez.**

**—No te muevas —ordenó
Reggie mientras levantaba
la escopeta y le quitaba el
seguro—, esta vez está
cargada.**

**Pero Corey Bryant siguió
avanzando, con sus ojos**

**opacos clavados en el
rostro de Reggie con una
expresión mucho peor que
el odio. Tenía los zapatos
embadurnados de barro,
que la lluvia había
convertido
en una especie de cola
negruzca, y mientras
caminaba iba salpicando el
suelo del vestíbulo. En su
andar había
algo inexorable y
despiadado, algo que daba
la impresión de una fría y**

despiadada falta de misericordia. Los tacones embarrados seguían resonando. No habría orden capaz de detenerlos, ni ruego que pudiera persuadirlos.

—Si das un paso más te vuelo la cabeza —lo amenazó Reggie, atónito. Ese tipo estaba más que borracho, estaba totalmente loco. Reggie advirtió con súbita claridad que tendría

que disparar.

**—Detente —volvió a decir,
esta vez como quien no
quiere la cosa.**

**Corey Bryant no se detuvo.
Tenía los ojos fijos en la
cara de Reggie, con la
avidez mortal y chispeante
de un animal
embalsamado. Sus tacones
seguían resonando con
solemnidad.**

**A sus espaldas, oyó gritar a
Bonnie.**

**—Vete al dormitorio —dijo
Reggie, y retrocedió hacia**

**el vestíbulo para
interponerse entre ambos.
Ahora, Bryant no estaba a
más de dos pasos de
distancia. Una mano,
blanca y floja, se tendió
para
aferrar los dos cañones de
la escopeta.
Reggie apretó los dos
disparadores.
En el estrecho vestíbulo, el
estampido sonó como un
trueno. De los dos cañones
asomaron durante un**

**momento lenguas de fuego.
El olor intenso de la
pólvora quemada inundó el
aire. Se oyó un nuevo y
agudo
grito de Bonnie. La camisa
de Corey se ennegreció y se
hizo trizas, desintegrada
más que perforada. Pero al
abrirse, destrozados los
botones, reveló,
increíblemente intacta, la
blancura de pescado del
pecho y el
abdomen de Corey. Los
ojos espantados de Reggie**

recibieron la impresión de que esa carne no era carne en

realidad, sino algo tan insustancial como una cortina de gasa.

Después vio que le arrebatava el arma como si las suyas fueran las manos de un niño. Sintió que le levantaba y le arrojaba contra la pared con una fuerza sobrehumana. Las piernas se negaron a sostenerle y

**Reggie se desplomó,
aturdido.**

**Bryant pasó junto a él,
hacia Bonnie, que se
estremecía bajo la arcada,
pero sin apartar los ojos
del rostro
de Corey. Reggie pudo leer
la excitación en sus ojos.
Corey le miró por encima
del hombro y esbozó una
sonrisa que era una mueca
vacía, como las que
dedican a los turistas las
calaveras de los animales
muertos en el desierto.**

**Bonnie le esperaba con los
brazos
abiertos. Los dos se
estremecieron. Parecía que,
sobre el rostro de ella, el
terror y la lujuria
alternaran como las
sombras y la luz del sol al
paso de las
nubes.**

—Cariño... —gimió

Bonnie.

Reggie vociferaba.

32

**Llegamos a Hartford —
anunció el conductor del
autobús.**

**A través de la ventanilla,
Callahan miró ese lugar
desconocido, más
desconocido aún bajo la
primera luz
incierta de la mañana. En
Solar ahora debían de estar
regresando a sus
madrigueras.**

—Gracias.

**—Hacemos una parada de
veinte minutos. Pueden**

**bajar a comprarse un
bocadillo o lo que sea.
Callahan sacó torpemente
del bolsillo el billetero, que
estuvo a punto de caérsele
de la mano vendada.
Lo raro era que la
quemadura ya no le dolía
mucho; sólo sentía la mano
entumecida. Habría sido
mejor el
dolor. El dolor por lo
menos era real. En la boca
seguía sintiendo el sabor de
la muerte, soso y arenoso
como**

una manzana pasada. ¿Y eso era todo? Sí, y era suficiente.

Le tendió un billete de veinte dólares.

—¿Puede traerme una botella de whisky.

—Señor, las reglas...

—Y quedarse con la vuelta, claro.

—Oiga, no quiero que nadie se emborrache en mi autobús. Dentro de dos horas estaremos en Nueva York, y ahí podrá comprar usted lo que quiera.

**Creo que te equivocas,
amigo, pensó Callahan.
Volvió a mirar su billetero
para ver cuánto tenía. Uno
de
diez, dos de cinco y uno de
uno. Sumó el billete de diez
a los veinte y volvió a
extender su mano vendada.
—Una de medio litro está
bien —repitió—. Y puede
quedarse con la vuelta.
La mirada del conductor se
dirigió de los treinta
dólares a aquellos sombríos
ojos hundidos y tuvo la**

**impresión de estar
hablando con una calavera
viviente, una calavera que
por algún motivo ya no
sabía sonreír.**

**—¿Treinta dólares por
medio litro de whisky?**

Oiga, usted está loco. —

**Pero cogió el dinero, fue
hasta la**

**puerta del autobús y allí se
dio vuelta—. Pero tenga
cuidado. No quiero que
nadie se emborrache en mi
autobús.**

Callahan hizo un gesto de asentimiento, como un niño pequeño que se ha ganado una reprimenda.

El conductor le miró por un momento más, y luego descendió.

Whisky barato, pensó Callahan. Algo que quemee la lengua y haga arder la garganta. Que haga desaparecer ese regusto dulzón y blando, o por lo menos que lo atenúe hasta que encuentre un lugar donde

pueda empezar a beber en serio. A beber y beber y beber.

Pensó entonces que podría derrumbarse y echar a llorar. Pero no le quedaban lágrimas. Se sentía seco, y totalmente vacío. Lo único que quedaba era ese regusto.

Date prisa conductor. Siguió mirando por la ventanilla. Al otro lado de la calle había un adolescente, sentado en los escalones

**de un porche, con la cabeza
apoyada en los brazos.
Callahan lo contempló
hasta que el autobús volvió
a partir,
pero el muchacho no se
movió.**

33

**Ben ascendió a la superficie
de la vigilia cuando una
mano le tocó el brazo.**

**—Hola —le susurró Mark
al oído.**

**Ben abrió los ojos,
parpadeó un par de veces y
miró hacia el mundo a**

**través de la ventana. La
aurora
había llegado furtivamente,
en medio de una insistente
lluvia otoñal Los árboles
que rodeaban el pabellón
situado en el lado norte del
hospital estaban ya
semidesnudos, y las ramas
negras se dibujaban contra
el gris
del cielo como las
gigantescas letras de un
alfabeto desconocido. La
carretera 30, que al salir
del pueblo**

describía una curva hacia el este, estaba brillante como la piel de una foca, y un coche que pasaba con las

luces traseras todavía encendidas dejó un maligno reflejo rojo sobre el asfalto.

Ben se levantó y miró alrededor. Matt dormía con un ritmo respiratorio regular, aunque superficial. Jimmy también estaba dormido, tendido en el único diván de la

habitación. Al ver en las mejillas de éste la barba de tres días, que le daba un aspecto no muy propio de un médico, Ben se pasó la mano por la cara.

Raspaba.

—Es hora de salir, ¿no? — preguntó Mark.

Ben asintió con la cabeza.

Por su mente pasó la visión del día que se abría ante ellos y que podría traerles muchas cosas desagradables, y sintió

deseos de evitarlo. La única manera de cumplir con lo que debían hacer sería no pensar en nada con más de diez minutos de antelación. Miró a Mark y vio en su rostro una ansiedad terrible. Se levantó y fue a despertar a Jimmy. Jimmy refunfuñó, debatiéndose en su diván como un nadador que regresa de aguas muy profundas. La

cara se le contrajo, los párpados aletearon y, al abrirse, los ojos reflejaron por un momento un terror inenarrable. Miró a ambos, sin reconocerlos.

—Ah... Era un sueño — balbuceó.

Mark hizo un gesto comprensivo.

—El día —murmuró Jimmy.

Se levantó, fue hacia la cama de Matt y le cogió la muñeca para tomarle el pulso.

—¿Está bien? —preguntó Ben.

—Me parece que está mejor que anoche —respondió Jimmy—. Ben, quiero que salgamos los tres en el ascensor de servicio, por si anoche alguien se fijó en Mark. Cuanto menos nos arriesguemos, mejor.

—¿No le pasará nada al señor Burke por quedarse solo? —preguntó Mark, —Creo que no —contestó Ben—. Tendremos que

**confiar en que se las
arregle por su cuenta.**

Nada le

**gustaría más a Barlow que
mantenernos inmovilizados
un día más.**

**Salieron de puntillas al
corredor y se dirigieron al
ascensor de servicio. A esa
hora comenzaba el
movimiento en la cocina.**

**Una de las cocineras saludó
con la mano a Jimmy.**

—Hola, doctor.

**Nadie más les dirigió la
palabra.**

—¿Dónde vamos primero?

—preguntó Jimmy—. ¿Al colegio de Brock Street?

—No —decidió Ben—. Eso lo haremos por la tarde, ahora habrá demasiada gente allí. Mark, ¿salen temprano los más pequeños?

—A las dos de la tarde.

—Entonces tendremos bastantes horas de luz.

Vamos primero a casa de Mark, a preparar estacas.

**A medida que iban
acercándose a Solar, en el
Buick de Jimmy fue
condensándose una nube
de terror
casi palpable, y la
conversación languideció.
Cuando Jimmy salió de la
carretera al llegar al gran
cartel
luminoso que anunciaba
CARRETERA 12
JERUSALEM'S LOT
condado de
CUMBERLAND, Ben
recordó**

que por ese camino habían regresado él y Susan la primera noche que salieron juntos, cuando ella había querido ver una película de persecuciones en automóvil.

—Qué mal está esto — comentó Jimmy, cuyo rostro infantil estaba pálido y reflejaba cólera y miedo—.

Por Dios, si es algo que casi se huele.

Y vaya si se huele, pensó Ben aunque el olor era más

mental que físico, una especie de emanación psíquica de las tumbas. La carretera 12 estaba casi desierta. Por el camino pasaron junto al pequeño camión de reparto de leche de Win Purimon, abandonado allí. Jimmy le dirigió una mirada interrogante, pero Ben sacudió la cabeza. —Ahí no está. Jimmy se golpeó la pierna con el puño.

Pero mientras entraban en el pueblo, Jimmy exclamó con una absurda sensación de alivio:

—¡Mirad, el bar de Crossen está abierto!

Y así era. Milt estaba fuera, cubriendo con un plástico sus estantes de periódicos, y junto a él, enfundado

en un impermeable amarillo, se veía a Lester Silvius.

—Pero no veo a ninguno de los demás —comentó Ben.

Milt les saludó con la mano, y a Ben le pareció distinguir una expresión tensa en el rostro de los dos hombres. En la funeraria de Foreman seguía el cartel de «Cerrado». También la ferretería estaba cerrada, y la tienda de Spencer, con las cortinas bajadas. El restaurante seguía abierto, y después de haber pasado frente a él, Jimmy arrimó su Buick a la acera, delante de la

nueva tienda. Por encima del escaparate unas sencillas letras doradas seguían anunciando: «Barlow y Straker Antigüedades.» Y pegado a la puerta, como había dicho Callahan, un letrero escrito a mano con la pulcra caligrafía que todos reconocieron, la misma de la nota que habían leído el día anterior: «Cerrado hasta nuevo aviso.»

**—¿Por qué te detienes aquí? —preguntó Mark.
—Por si estuviera escondido ahí dentro —dijo Jimmy—. Es algo tan obvio que tal vez haya pensado que no lo tendríamos en cuenta. Y creo que a veces los aduaneros ponen una marca en los cajones que han revisado, con tiza. Dieron la vuelta hacia la parte trasera de la tienda y, mientras Ben y Mark se**

**encorvaban para
protegerse
de la lluvia, Jimmy,
cubriéndose el brazo con su
impermeable, rompió el
cristal de la puerta.
Dentro, el aire era
pestilente y rancio, como si
aquello hubiera estado
cerrado desde hacía siglos,
no unos
pocos días. Ben asomó la
cabeza por la puerta que
daba a la tienda, pero allí
no había lugar donde
escondarse.**

—¡Venid aquí! —llamó Jimmy con voz ronca, y Ben sintió que el corazón le daba un vuelco.

Jimmy y Mark estaban junto a un largo cajón de tablas que Jimmy había abierto parcialmente con el extremo hendido del martillo que llevaba.

Dentro se distinguía una mano pálida y una manga oscura.

Sin vacilar, Ben se abalanzó sobre el cajón, mientras Jimmy seguía

utilizando el martillo en el extremo opuesto.

—Ben —le advirtió—, vas a hacerte daño en las manos.

Ben no le oía. Rompía a puñetazos las tablas del cajón y las arrancaba sin pensar en clavos ni en astillas.

Ahí estaba, ahí tenían a ese ser siniestro y resbaladizo, y ahora podría hundirle la estaca en el corazón de la

**misma manera que se la
había clavado a Susan,
ahora... Pero de repente, se
encontró mirando la
palidez del
rostro de Mike Ryerson.
—¿Y ahora qué hacemos?
—preguntó Jimmy.
—Lo mejor será ir a casa
de Mark —reiteró Ben, en
cuya voz vibraba la
decepción—. Ya sabemos
dónde está, y aún no
tenemos ninguna estaca.
Descuidadamente,
volvieron a poner en su**

**lugar los trozos de madera
astillada.**

**—Deja que te examine las
manos, están sangrando —
dijo Jimmy.**

—Más tarde. Vamos.

**Volvieron a rodear el
edificio, embargados todos
por la inexpresada alegría
de estar otra vez al aire
libre.**

**Jimmy avanzó por Jointner
Avenue y se introdujo en la
zona residencial del pueblo,
un poco más allá del**

**pequeño centro comercial.
Llegaron a la casa de Mark
en menos tiempo del que
hubieran deseado.**

**El viejo sedán del padre
Callahan seguía aparcado
en el camino de entrada. Al
verlo, Mark palideció y
miró hacia otro lado.**

**—No puedo entrar ahí —
balbuceó—. Lo siento, pero
esperaré en el coche.**

**—No tienes por qué
disculparte, Mark —le
tranquilizó Jimmy.**

**Aparcó y bajaron del
coche. Ben titubeó un
momento antes de apoyar
la mano en el hombro de
Mark.**

**—¿Seguro que estarás
bien?**

**—Seguro —afirmó el
chico, pero no tenía buen
aspecto. Le temblaba el
mentón, y en sus ojos
asomaba
una mirada vacía. De
pronto se volvió hacia Ben
y sus ojos volvieron a**

**adquirir expresión, una
expresión de
dolor, anegados en
lágrimas—. Cubridlos,
¿queréis? Si están muertos,
cubridlos. -Claro que sí —
prometió
Ben.**

**—Es mejor así —susurró
Mark—. Mi padre... habría
sido un buen vampiro. Tal
vez tan bueno como
Barlow, con el tiempo.
Era... muy eficiente en todo
lo que hacía. Demasiado
eficiente, tal vez.**

—Trata de no pensar demasiado —le dijo Ben, y sintió que despreciaba aquellas inútiles palabras. Mark levantó la vista y le miró, sonriendo débilmente.

—La leña está en el patio de atrás —les dijo—. Iréis más deprisa si usáis la sierra de mi padre, que está en el sótano.

—Está bien —asintió Ben —. Estáte tranquilo, Mark.

**Lo más tranquilo que
puedas.**

**El y Jimmy subieron y
entraron en la casa.**

35

**—Callahan no está aquí —
dijo Jimmy después de
haber recorrido toda la
casa.**

**—Barlow debe de haberlo
vencido —se obligó a decir
Ben.**

**Miró la cruz destrozada
que tenía en la mano, la
que el día anterior pendía
del cuello de Callahan. No**

habían encontrado ningún otro rastro de él; la cruz yacía junto a los Petrie, que estaban indudablemente muertos. Les habían golpeado las cabezas, una contra otra, con tanta fuerza que les habían partido el cráneo.

Ben recordó la fuerza antinatural que había exhibido la señora Glick, y tragó saliva.

—Vamos —le dijo a Jimmy —. Tengo que cubrirlos, lo prometí.

36

Retiraron la funda que protegía del polvo el diván de la sala y con eso los cubrieron. Ben procuraba no

mirar ni pensar en lo que estaban haciendo, pero le resultaba imposible.

Terminada la tarea, una mano —

cuyas uñas cuidadas y esmaltadas proclamaban que era de June Petrie— siguió asomando por debajo del

**alegre estampado de tela, y
Ben la empujó hacia
adentro con la punta del
pie, con el rostro
desencajado. Bajo
la funda, la forma de los
cuerpos le hizo pensar en
las fotos de Vietnam, los
muertos en el campo de
batalla,
los soldados que
transportaban horrendas
cargas ocultas en sacos de
goma negra que tenían un
parecido**

**absurdo con las bolsas
donde se llevan los palos de
golf. Después bajaron, cada
uno con una brazada de
leña
de fresno.**

**El sótano había sido el
dominio de Henry Petrie, y
reflejaba a la perfección su
personalidad. Había tres
luces de gran intensidad, y
cada una de ellas contaba
con una pantalla móvil
para que la luz cayera
sobre su**

**cepillo mecánico, la sierra,
el torno o la pulidora
eléctrica. Ben advirtió que
Petrie estaba construyendo
una
casa para los pájaros, que
probablemente pensaba
poner en el jardín de atrás
al llegar la primavera, y el
plano
que había dibujado como
guía para el trabajo estaba
extendido, sujeto en los
ángulos por pisapapeles de
metal**

**fabricados por él mismo.
Su trabajo era competente,
pero no imaginativo, y lo
que estaba haciendo jamás
quedaría terminado.**

**—Con esto no vamos a
ninguna parte —dijo
Jimmy.**

—Sí, lo sé.

**—La pila de leña —resopló
Jimmy, mientras dejaba
caer estrepitosamente la
leña que llevaba en los
brazos.**

**Los leños empezaron a
rodar en todas direcciones,**

mientras él dejaba escapar una risa histérica.

•—Jimmy...

La risa prevaleció sobre el intento de hablar de Ben.

—Varaos a salir a acabar con eso valiéndonos de una pila de leños del patio de Henry Petrie. ¿Qué tal si lo hiciéramos con patas de sillas, o con bates de béisbol?

—Jimmy, ¿qué otra cosa podemos hacer?

Jimmy le miró.

—Una especie de caza del tesoro —sugirió—. Contar cuarenta pasos hacia el norte en el campo de Charles Griffen, y después mirar bajo la gran piedra. Por Dios. Podemos irnos del pueblo, eso es lo que podemos hacer.

**—Pero ¿tú quieres irte?
¿Es eso lo que quieres?**

—No. Pero es que no va a ser solamente hoy, Ben. Pasarán semanas antes de que hayamos acabado con

todos, si es que alguna vez lo conseguimos. ¿Te sientes capaz de soportarlo? ¿Te sientes capaz de repetir...

de

repetir mil veces lo que le hiciste a Susan?

¿De ahuyentarlos de sus armarios y agujeros, vociferando y

retorciéndose, para hundirles una estaca que les atravesase el corazón?

¿Puedes seguir hasta noviembre sin enloquecer?

Ben lo pensó.

—No lo sé —respondió.

—Bueno, ¿y qué me dices del chico? ¿Te parece que él puede soportarlo?

Acabará para el chaleco de fuerza. Y Matt se morirá, eso puedo garantizárselo.

Además, ¿qué hacemos cuando la poli estatal empiece a

husmear por todos lados para descubrir qué

demonios es lo que sucedió en Salem's Lot? ¿Qué le decimos?

**¿«Por favor, esperen un momento mientras acabo de clavarle la estaca a este vampiro»? ¿Qué dices a eso,
Ben?**

—¿Y qué demonios quieres que diga? ¿Quién cuernos ha tenido un minuto para detenerse a pensar las cosas?

Se dieron cuenta de que estaban frente a frente, las narices a escasos centímetros de distancia, gritándose

el uno al otro.

**—Eh —reaccionó Jimmy
—. Eh, tranquilicémonos.**

Ben bajó los ojos.

—Disculpa.

—No te preocupes.

**Estamos en una situación
tensa... sin duda eso es
exactamente lo que quiere
Barlow.**

**—Se pasó una mano por su
mata de pelo color
zanahoria y miró
alrededor. Sus ojos se
detuvieron sobre algo**

**que había junto al plano
dibujado por Henry Petrie:
un lápiz blando y chato, de
carpintero. Jimmy lo cogió.**

**—Tal vez la mejor manera
sea ésta —murmuró.**

—¿Cual?

**—Tú te quedas aquí, Ben, y
empiezas a preparar las
estacas. Si nos vamos a
meter en esto, tenemos que
hacerlo científicamente. Tú
serás el departamento de
producción, y Mark y yo
formaremos el de**

investigación.

Recorreremos el pueblo en su busca. Y los encontraremos, de la misma manera que encontramos a Mike. Con este lápiz de carpintero marcaremos los lugares donde están. Entonces, mañana será el día de las estacas.

—Pero ¿no se cambiarán de lugar cuando vean las marcas?

—No lo creo. La señora Glick no daba la impresión

de relacionar muy bien las cosas. Creo que se mueven más bien por instinto. Es posible que después de un tiempo empiecen a esconderse mejor, pero al principio la cosa será como pescar en una pecera.

—¿Por qué no voy yo?

—Porque yo conozco el pueblo, y en el pueblo me conocen... de la misma manera que conocían a mi padre. Hoy, la gente que queda viva en Solar estará

escondida en su casa. Si tú llamas a la puerta, nadie te abrirá. Si llamo yo, es posible que me abran. Además yo conozco algunos de los lugares donde pueden ocultarse. Sé donde se esconden los borrachos en la zona de los pantanos Marshes, y hacia dónde se desvían los caminos de tierra. ¿Crees que podrás usar el torno y la sierra? —Sí —asintió Ben.

Jimmy tenía razón. Sin embargo, el alivio que sintió Ben al no tener que salir a hacerles frente hizo que al mismo tiempo se sintiera culpable.

—Está bien. Adelante. Ya es más de mediodía.

Ben se dirigió al torno, pero se detuvo.

—Si esperas una media hora, tal vez puedas llevarte una docena de estacas.

Jimmy se detuvo y bajó los ojos.

—Humm... creo que mañana... mañana sería...

—Como quieras—asintió Ben—. Iros, entonces volved alrededor de las tres. A esa hora, la escuela estará suficientemente tranquila para que podamos ir a ver qué pasa allí.

—De acuerdo.

—Jimmy echó a andar hacia las escaleras. Algo,

**una idea no muy clara o
una inspiración, le hizo
volverse. Al otro lado del
sótano vio a Ben,
trabajando al resplandor
deslumbrante de las tres
luces
ordenadamente dispuestas
en hilera.**

**Ben detuvo el torno y le
miró.**

—¿Algo más?

—Sí —murmuró Jimmy—.

**Algo que tengo en la punta
de la lengua, pero nada
mas.**

Ben arqueó las cejas.

—Cuando me di la vuelta desde la escalera y te vi, fue como si recordara algo...

—¿Importante?

—No lo sé. —Se quedó quieto un momento, restregando los pies en el suelo, esperando que volviera el recuerdo.

Tenía que ver con la imagen que presentaba Ben, de pie bajo esas luces, inclinado sobre el torno.

Pero

fue en vano. Cuando se pensaba en una cosa así, lo único que se conseguía era sentirla más distante.

Subió por las escaleras, pero se detuvo una vez más para mirar atrás. La imagen le sugería algo obsesivamente familiar, pero que se resistía a volver. Atravesó la cocina, salió y se dirigió al coche.

La lluvia se había convertido en una ligera llovizna.

El automóvil de Roy McDougall estaba a la entrada del sector de casas prefabricadas, en Bend Road, y el hecho de verlo aparcado un día de trabajo hizo que Jimmy temiera lo peor. Él y Mark descendieron del coche; Jimmy llevaba su maletín negro. Subieron por los escalones, y Jimmy pulsó el timbre. Como no funcionaba, llamó a la puerta de la casa. Sus

**golpes no despertaron a nadie,
ni en casa de los McDougall
ni en la siguiente, que
estaba a unos veinte metros
de distancia.**

**Jimmy trató de abrir la
puerta, pero estaba
cerrada.**

**—En el coche tenemos un
martillo —dijo.**

**Cuando Mark se lo trajo,
Jimmy rompió el vidrio de
la puerta, por encima del
picaporte. Luego metió la**

mano para descorrer el cerrojo. La puerta interior no estaba cerrada. Ambos entraron.

El olor era inmediatamente definible, y Jimmy sintió que la nariz se le contraía, como intentando rechazarlo. Aunque no era tan intenso como el que había sentido en el sótano de los Marsten, era igualmente repugnante, un olor a muerte y podredumbre, hedor de humedad y

descomposición. Jimmy recordó la época en que, de niños, él y sus compañeros solían salir en bicicleta, durante las vacaciones de primavera, a recoger los envases retornables de cerveza y gaseosas que iba dejando al descubierto el deshielo. En uno de los envases, una botella de naranja Crush, estaba el cuerpo de un ratón silvestre que, atraído por el aroma, se

había metido dentro y no había podido salir. Una bocanada de aquel olor pútrido le había obligado a vomitar.

Era un olor muy semejante al que ahora les envolvía, en el que una dulzura repugnante y una acidez nauseabunda se mezclaban en una fermentación infernal. Jimmy sintió que se le cerraba la garganta. —Están aquí, en alguna parte —dijo Mark.

Lo recorrieron todo, sin dejar ningún armario por abrir. A Jimmy le pareció ver algo en el armario empotrado del dormitorio principal, pero no era más que un montón de ropa sucia.

—¿No hay sótano? — preguntó Mark.

—No, pero es posible que haya algún lugar que no se ve a primera vista.

Rodearon la casa y vieron una trampilla que daba a

un espacio practicado entre los débiles cimientos de la casa. Estaba cerrada con un viejo candado, que cedió después de cinco buenos golpes de martillo. Cuando Jimmy abrió la trampa, el olor los abofeteó como una ola.

—Están aquí —dijo Mark. Al mirar dentro, Jimmy distinguió los pies, alineados como los de los cadáveres sobre un campo de

**batalla. Uno de ellos
calzaba botas de trabajo, el
otro un par de zapatillas, y
el tercero, un par de pies
muy
pequeños por cierto,
aparecía desnudo.
Qué escena de familia,
pensó absurdamente
Jimmy. Reader's Digest,
¿dónde estás cuando más
falta
haces? Le anegó una
sensación de irrealidad. El
bebé, pensó. ¿Cómo**

**podremos hacer eso a un
bebé?» Hizo
una marca en la puerta con
el lápiz de carpintero y
volvió a recoger el candado
roto.**

**—Espera —dijo Mark—.
Sacaré fuera a uno de ellos.**

—¿Sacar...? ¿Para qué?

**—Tal vez la luz del sol
acabe con ellos —dijo
Mark—, y así nos
ahorraremos recurrir a las
estacas.**

**Jimmy asintió,
esperanzado.**

—Está bien. ¿Cuál?

—El bebé no —repuso

Mark—. El hombre.

Cógele de un pie.

—Bien —dijo Jimmy, que sentía la boca seca.

Mark se arrastró boca abajo, haciendo crujir con su peso las hojas secas que alfombraban el suelo, cogió una bota de Roy

McDougall y empezó a tirar de ella. Jimmy, que también se había deslizado hacia adentro,

**raspándose la espalda
contra el marco de la
trampilla, le imitó,
luchando contra la
sensación de claustrofobia.
Entre los dos consiguieron
sacarlo a la luz del día,
bajo la casi imperceptible
llovizna.**

**La escena que siguió fue
estremecedora. Roy
McDougall empezó a
revolverse apenas la luz
cayó de
lleno sobre él, como un
hombre a quien molestan**

mientras duerme. De sus poros salía una especie de vapor húmedo, y parecía que la piel se le aflojaba y se volvía amarillenta. Bajo los parpados cerrados, los ojos giraban enloquecidos. Los pies daban lentas patadas, como en sueños, entre las hojas húmedas. Su labio superior se encogió y dejó ver los incisivos superiores, enormes y agudos como los de un pastor alemán. Los

**brazos se agitaban
lentamente mientras las
manos se cerraban y se
abrían; una de ellas rozó la
camisa de
Mark, y el chico dio un
salto atrás, con un grito de
repugnancia.**

**Roy empezó a arrastrarse
lentamente hacia la
trampilla. Los brazos, las
rodillas y la cara iban
horadando
surcos en la tierra blanda,
humedecida por la lluvia.**

Jimmy observó que había iniciado una respiración dificultosa en el momento en que el cuerpo recibió la luz, pero se interrumpió tan pronto McDougall alcanzó

la sombra. Lo mismo sucedió con la transpiración.

Una vez llegó al lugar de donde lo habían sacado, McDougall se dio la vuelta y se quedó inmóvil.

—Cierra —pidió Mark con voz estrangulada—. Por favor, cierra.

Jimmy cerró la trampa y volvió a colocar el candado.

La imagen del cuerpo de McDougall,

debaténdose como una víbora ofuscada entre la hojarasca, no se apartaba de su mente. Jimmy pensó que,

aunque viviera cien años, jamás habría un momento en que ese recuerdo dejara de estar presente en su

memoria.

38

Se quedaron de pie bajo la lluvia, mirándose en actitud temblorosa.

—¿La puerta siguiente?— preguntó Mark.

—Sí. Lógicamente, los McDougall deben de haber sido los primeros a quienes atacaron.

Al acercarse a la casa vecina, aquel olor inconfundible les esperaba en la puerta de entrada. El nombre

**escrito bajo el timbre era
Evans. Jimmy los conocía.
David Evans y su familia.
Él trabajaba como
mecánico
en la sección de
automóviles de Sears en
Gates Falls. Jimmy lo
había atendido un par de
años atrás, por un
quiste o algo así.
Aunque allí el timbre
funcionaba, nadie contestó.
Encontraron a la señora
Evans en la cama. Los dos**

niños estaban en una litera de su dormitorio, vestidos con pijamas idénticos, estampados con personajes de la historieta del osito Pu. Encontrar a Dave les llevó más tiempo; se había escondido en un armario para guardar maletas que había sobre la puerta del pequeño garaje. Jimmy hizo marcas circulares en la puerta de entrada y en la del garaje.

**—Parece que vamos bien
—comentó.**

**—¿Podrías esperar un
momento? —preguntó
Mark—. Me gustaría
lavarme las manos.**

**—Claro, A mí también me
gustaría, y no creo que los
Evans tengan
inconveniente en que
usemos su
cuarto de baño.**

**Los dos entraron, y Jimmy
se sentó en una de las sillas
de la sala y cerró los ojos.
No tardó en oír el agua**

**correr en el cuarto de baño.
Sobre la oscura pantalla de
sus ojos cerrados veía la
mesa de la funeraria, cómo
la sábana que cubría a
Marjorie Glick empezaba a
estremecerse, cómo la
mano se deslizaba y los
dedos iniciaban su lenta
danza en
el aire...**

**Abrió otra vez los ojos.
La casa donde se
encontraban estaba en
mejores condiciones que la**

**de los McDougall, más
pulcra, más
cuidada. Jimmy no había
conocido a la señora Evans,
pero tenía la impresión de
que debía de haber sido
una
mujer orgullosa de su
hogar. En un cuarto
pequeño, que
probablemente en el folleto
del vendedor habría sido
considerado como
lavadero, estaban
guardados ordenadamente**

los juguetes de los niños.

Pobres crios, pensó

Jimmy, ojalá los hayan

disfrutado mientras

todavía había para ellos

días en que el sol y la luz

eran un placer.

Había un triciclo, varios

camiones de plástico, una

gasolinera, un vehículo con

tracción de oruga, y una

diminuta mesa de billar.

Jimmy apartó los ojos,

pero al punto volvió a

mirarla, sobresaltado.

Tiza azul.

**Tres luces en hilera, con
pantallas.**

**Bajo las luces, hombres que
caminaban alrededor de la
mesa verde, con los tacos
en alto, sacudiéndose
de los dedos el polvo de tiza
azul...**

**—¡Mark! —gritó mientras
se enderezaba bruscamente
en la silla— ¡Mark!**

El chico vino corriendo.

39

**Un antiguo alumno de
Matt (del curso del sesenta**

y cuatro, con excelentes notas en literatura y sólo mediocres en composición) había ido a verlo al hospital alrededor de las dos y media. Tras hacer algún comentario sobre los libros que encontró en el cuarto del enfermo, preguntó a Matt si estaba preparando una tesis sobre ocultismo. Matt no podía recordar si se llamaba Herbert o Harold. Matt, que cuando Herbert (o Harold) entró estaba

**leyendo un libro titulado
Desapariciones extrañas, se
alegró de la interrupción.
Ya en ese momento estaba
esperando a que sonara el
teléfono, aunque bien sabía
que hasta después de las
tres de la tarde sus amigos
no podrían entrar sin
riesgo en el colegio de
Block Street.**

**Ansiaba conocer cuál había
sido la suerte del padre
Callahan. Y tenía la
impresión de que el día
transcurría**

con una rapidez alarmante, aunque siempre había oído decir que el tiempo pasaba muy lentamente en un hospital. Se sentía impotente y confundido; viejo, en una palabra. Comenzó a hablarle a Herbert (o Harold) del pueblo de Momson, en Vermont, cuya historia acababa de leer, y que había encontrado especialmente interesante porque pensaba

que, de ser verdad, tal historia podía ser una precursora del destino que estaba sufriendo Solar.

—Todo el mundo desapareció —informó a Herbert (o Harold), que lo escuchaba con cortés aunque no bien disimulado aburrimiento—. No era más que un pequeño pueblo rural al norte de Vermont, al cual se

accedía por la interestatal 2, y por la 19 de Vermont. El censo de 1920 arrojó una población de 312 habitantes.

En agosto de 1923, una mujer de Nueva York empezó a preocuparse porque hacía dos meses que su hermana no le escribía. Ella y el marido acudieron hasta allá en coche, y fueron los primeros en contar la historia a los

**periódicos, aunque no me
cabe duda de que los
habitantes de alrededor
estaban ya al tanto de la
desaparición
desde hacía algún tiempo.
La hermana y el marido
habían desaparecido, al
igual que los demás
habitantes de
Momson. Las casas y los
establos seguían en pie, y
en una de las casas la
comida aún estaba servida
en la**

mesa. Por aquel entonces fue un caso bastante sensacional. En cuanto a mí, no me habría gustado quedarme a pasar allí la noche. El autor afirma que la gente de los pueblos vecinos cuentan historias raras.» de aparecidos, duendes y cosas así. Algunos cobertizos de las afueras tenían, pintados en las paredes, cruces y signos contra

**el mal de ojo... y pintados
siguen hasta hoy. Fíjate,
aquí hay una fotografía de
la tienda, de la gasolinera y
del
depósito de granos y
comestibles... lo que venía a
ser el distrito comercial de
Momson. ¿Qué crees que
puede
haber pasado?
Herberg (o Harold) miró
cortésmente la figura.
Nada más que un
pueblecito, con unas pocas
tiendas, y**

**unas pocas casas. Algunas
estaban ruinosas. Podría
ser cualquier pueblo del
país. Al pasar en coche por
cualquiera de ellos después
de las ocho, no se podía
saber si había un alma
viviente. Decididamente, el
viejo
se había puesto chocho con
la edad. Herbert (o Harold)
se acordó de su anciana tía,
que en los dos últimos
años estaba convencida de
que su hija le había matado**

**él loro y se lo daba a comer
mezclado con las
hamburguesas. Los viejos
tienen ideas raras.**

**—Muy interesante —
comentó mientras
levantaba la vista hacia
Matt—, pero no creo...**

¡Señor Burke!

**Señor Burke, ¿se encuentra
bien? ¡Enfermera! ¡Oiga,
enfermera!**

**Matt se había quedado con
los ojos fijos, una mano
contraída sobre la sábana,
mientras con la otra se**

apretaba el pecho. Su cara se había puesto muy pálida, y en el centro de la frente le latía una vena.

Es muy pronto, pensaba.

Aún es demasiado pronto...

Dolor, dolor que le azotaba en grandes oleadas, que le empujaba hacia la oscuridad.

Cuidado con ese último paso, es un asesino, pensó confusamente.

Después, la caída.

Herbert (o Harold) salió corriendo de la habitación,

**derribando a su paso una
silla y una pila de libros.
La enfermera ya acudía a
su llamada.**

**—Es el señor Burke —
balbuceó Herberg (o
Harold), que seguía con el
libro en la mano, señalando
con
el índice la página donde
estaba la fotografía de
Momson, Vermont.
La enfermera entró en la
habitación. Matt estaba
tendido con la cabeza**

**colgando fuera de la cama
y los
ojos cerrados.**

**—¿Está...? —balbuceó
Herbert (o Harold). No
hacía falta completar la
pregunta.**

**—Sí, creo que sí —contestó
la enfermera, al mismo
tiempo que pulsaba un
botón para llamar al
servicio
de urgencia—. Ahora
tendrá usted que retirarse.**

40

—Pero en Solar no hay sala de billares —objetó Mark —. La más próxima está en Gates Falls. ¿Tú crees que iría hasta allá?

—No, claro que no. Pero hay gente que tiene una mesa de billar en su propia casa.

—Sí, eso lo sé.

—Y hay otra cosa que no puedo recordar —dijo Jimmy.

Se recostó con los ojos cerrados y los cubrió con

**las manos. Había otra cosa,
que en su mente se
vinculaba con algo de
plástico, ¿Porqué plástico?
Había juguetes de plástico,
utensilios de plástico para
salir
de picnic, cubiertas de
plástico para proteger los
botes durante el invierno...
De pronto se formó en su
mente la imagen de una
mesa de billar envuelta en
una gran funda de plástico
para protegerla del polvo...
Una imagen completa,**

**hasta con banda de sonido,
con una voz que decía: «En
realidad tendría que
venderla antes de que el
fieltro se llene de moho,
como dice Ed Craig que
puede pasar,
pero como era de Ralph...»
Jimmy abrió los ojos.
—Ya sé dónde está —
anunció—. Sé dónde está
Barlow. Está en el sótano
de la pensión de Eva Miller.
Y era verdad; lo sabía.
Sentía la verdad en su**

**mente como algo
incontestable.**

**Los ojos de Mark
destellaron.**

—Vamos a buscarlo.

—Espera.

**Jimmy fue al teléfono,
buscó en la guía el número
de Eva y marcó, sin
demora. El teléfono sonó
sin que
nadie contestara. Diez
veces, once, doce. Asustado,
colgó. En la casa de Evans
habría por los menos diez**

**huéspedes, muchos de ellos
ancianos jubilados. Allí
siempre había alguien.
Antes de que ocurriera
todo,
siempre había alguien.
Miró su reloj. Eran las tres
y cuarto; el tiempo volaba.
Había que apresurarse.
—Vamos —dijo.
—¿Qué hacemos con Ben?
—No podemos llamarle —
dijo Jimmy—. En tu casa
no hay línea. Si vamos a
casa de Eva, y nos**

**equivocamos, todavía
tendremos varias horas de
luz. Y si estamos en lo
cierto, iremos en busca de
Ben para
volver todos juntos.**

41

**El Citroen de Ben seguía en
el aparcamiento de Eva,
cubierto ahora de hojas
húmedas caídas de los
olmos que daban sombra al
rectángulo de grava. El
cartel que anunciaba el
alquiler de habitaciones
oscilaba**

**chirriante en la tarde gris.
La casa estaba envuelta en
un silencio fantasmagórico
en el que había un matiz de
espera que heló la sangre a
Jimmy. El mismo silencio
de la casa de los Marsten.
Por un momento pensó si
alguien se habría suicidado
también allí. Eva debía
saberlo, pero con Eva no
sería posible hablar, ya no.
—Sería perfecto —
comentó—. Establecerse en
la pensión del pueblo para**

**ir rodeándose
paulatinamente
de su familia.**

**—¿Estás seguro de que no
hace falta llamar a Ben?**

—Más tarde. Vamos.

**Bajaron del coche y
echaron a andar hacia el
porche. El viento les
revolvía el pelo. Todas las
persianas
estaban bajadas, y la casa
daba la impresión de estar
pensando malignamente en
ellos.**

**—¿Sientes el olor? —
preguntó Jimmy.**

—Sí, más fuerte que nunca.

—¿Estás preparado?

**—Sí —respondió Mark con
firmeza—. ¿Y tú?**

—Por Dios que sí.

**Subieron los escalones del
porche y Jimmy abrió la
puerta. No estaba cerrada
con llave. Cuando entraron
en la amplia cocina
inmaculadamente limpia
de Eva Miller, les asaltó el
hedor de un vertedero de
basura**

reseco, ahumado por los años.

Jimmy recordó su conversación con Eva, casi cuatro años atrás, poco después de que él hubiera obtenido

su doctorado en medicina.

Eva había ido para que le hiciera un chequeo.

Durante años, había sido paciente de

su padre, y cuando Jimmy ocupó su lugar y llevó sus cosas al mismo consultorio en Cumberland, Eva había

**ido sin reparos a visitarle.
Habían hablado de Ralph
(por entonces hacía doce
años que había muerto), y
ella le
había contado que el
fantasma de su marido
seguía andando por la casa,
que de vez en cuando
encontraba
algo nuevo en el ático o en
un cajón del escritorio.
Claro que también estaba
la mesa de billar, en el
sótano.**

Eva decía que tendría que deshacerse de ella, ya que no hacía más que ocupar un espacio que podría servir

para otra cosa. Pero como había pertenecido a Ralph, no acababa de decidirse a poner un anuncio de venta en

el periódico, ni a telefonear al programa de la radio local donde se recibían ofertas y demandas.

Los dos cruzaron la cocina, dirigiéndose hacia la

puerta del sótano. Jimmy la abrió: la pestilencia era densa y agobiante. Accionó el interruptor de la luz, pero no funcionó. Claro, Barlow lo había inutilizado.

—Busca por ahí —le dijo a Mark—, a ver si encuentras una linterna o velas.

Mark empezó a registrar la cocina, abriendo los cajones. Observó que la rejilla para secar cubiertos que

**pendía sobre el fregadero
estaba vacía, pero en ese
momento no le dio
importancia. El corazón le
latía con
dolorosa lentitud, como un
tambor amortiguado.
Estaba al borde de su
capacidad física y mental
de
resistencia. Parecía que su
cerebro ya no pensara, que
se limitara a reaccionar.
Continuamente le parecía
advertir movimientos por
el rabillo del ojo, y volvía la**

cabeza sobresaltado, pero no veía nada. Un veterano de guerra hubiera reconocido los síntomas de la fatiga de combate.

Fue al vestíbulo para buscar en el aparador que había allí. En el tercer cajón encontró una linterna y volvió a la cocina...

—Aquí tienes, Jim...

Se oyó un ruido como de maderas, seguido por un golpe.

La puerta del sótano estaba abierta.

Después empezaron los gritos.

42

Cuando Mark volvió a la cocina de Eva, eran las cinco menos veinte. Tenía los ojos desorbitados y la camiseta manchada de sangre.

Miraba con aire aturdido y de pronto soltó un grito, un alarido que subía desde el vientre, por el oscuro

**pasaje de la garganta y
salió por la boca
desesperadamente abierta.
Siguió gritando hasta tener
la sensación de
que el cerebro empezaba a
limpiarse de locura. Gritó
hasta que su garganta no
pudo más y un dolor
terrible se
le clavó en las cuerdas
vocales. Y aun cuando ya
hubiera dado cauce a todo
el miedo, el horror, la furia
y el**

**dolor, estaba esa presión
espantosa que seguía
subiendo en oleadas desde
el sótano, delatando allá
abajo, en
alguna parte, la presencia
de Barlow. Y ahora faltaba
poco para oscurecer.
Salió al porche a respirar
ávidamente aire fresco.
Tenía que reunirse con
Ben. Pero parecía que un
extraño letargo hubiera
convertido sus piernas en
plomo. ¿De qué serviría, si
Barlow les iba a derrotar?**

Hacerle frente había sido una locura. Y ahora Jimmy acababa de pagar el precio de su temeridad, como Susan, como el padre Callahan. Su voluntad se templó. No. No. No.

Bajó por los escalones del porche y subió al Buick de Jimmy, que tenía las llaves puestas.

Ve en busca de Ben, inténtalo una vez más, se dijo.

Sus cortas piernas apenas llegaban a los pedales. Rectificó la altura del asiento y encendió el motor. Movi6 la palanca del cambio y pis6 el acelerador. El coche dio un corcoveo. Mark pis6 el freno y se golpe6 dolorosamente contra el volante. El claxon son6. ¡No podr6 conducirlo! Le pareci6 oír a su padre, diciendo con su voz l6gica y arrogante: «Tienes que ser cuidadoso cuando

aprendas a conducir, Mark. La conducción de coches es el único medio de transporte que no está completamente regulado por las leyes federales. Como resultado, todos los conductores son aficionados. Y muchos de esos aficionados son suicidas. Por ende, tú debes ser muy cuidadoso. El acelerador se debe usar como si entre el pie y el pedal hubiera un huevo. Y cuando se conduce un

coche con cambio automático, como el nuestro, entonces el pie izquierdo no se usa para nada. Sólo se usa el derecho; primero el freno, después el acelerador.»

Quitó el pie del freno, y el automóvil se arrastró por el camino de entrada. El parabrisas se había empañado. Lo frotó con la manga y sólo consiguió ensuciarlo más.

—Al diablo —masculló.

**Volvió a arrancar,
torpemente, describió una
curva amplia e insegura y
tomó la dirección de su
casa.**

**Tenía que estirar el cuello
para ver por encima del
volante. Buscó a tientas con
la mano derecha, consiguió
encender la radio y la puso
a todo volumen. Estaba
llorando.**

43

**Ben iba andando por
Jointner Avenue en
dirección al pueblo cuando**

apareció por el camino el Buick de Jimmy, avanzando con espasmodicas sacudidas, zigzagueando como un borracho. Le hizo señas con la mano y el coche se acercó, una de las ruedas delanteras chocó contra la acera y finalmente se detuvo. Mientras preparaba las estacas, Ben había perdido la noción del tiempo, y se había sobresaltado al

comprobar que eran casi las cuatro y diez. Entonces se aseguró un par de estacas en el cinturón y subió por las escaleras para hablar por teléfono. Cuando se disponía a coger el aparato, recordó que no funcionaba. Preocupado, corrió hacia fuera y miró los dos coches aparcados, el de Callahan y el de Petrie. Ninguno tenía las llaves puestas. Podría haber vuelto a buscarlas en los bolsillos de

Henry Petrie, pero la sola idea le repelía. Entonces echó a andar a paso vivo por la carretera, la mirada alerta por si veía el coche de Jimmy.

Había pensado ir directamente al colegio Brock Street cuando vio venir el Buick.

Cuando el coche se detuvo, corrió hacia el lado del conductor y se encontró a Mark Petrie sentado al

volante, solo. El chico miró con aturdimiento a Ben.

Movía los labios sin conseguir sonido alguno.

—¿Qué ha pasado?

¿Dónde está Jimmy?

—Muerto... —balbuceó por

fin Mark—. Barlow ha

vuelto a ganarnos la

partida. Está escondido en

el

sótano de la pensión de la

señora Miller. Jimmy

también está allí... Yo bajé

para ayudarlo, y casi no

pude

**volver a subir. Pero
encontré una tabla por
donde pude trepar; pensé
que me quedaría atrapado
allí abajo»,
hasta que se pusiera el sol...
—¿Qué pasó? ¿De qué
estás hablando?
—Jimmy entendió lo de la
tiza azul. Mientras
estábamos en una casa, en
el Bend. Tiza azul... mesas
de
billar. En el sótano de la
casa de Eva Miller hay una
mesa de billar que**

perteneció a su marido.

Jimmy

**telefoneó a la pensión, y
como nadie contestaba,
fuimos allá.**

**Levantó su rostro sin
lágrimas.**

**—Me dijo que buscara una
linterna, porque la luz del
sótano no funcionaba, lo
mismo que en la casa de
los Marsten, así que me
puse a mirar por allí. Y.. vi
que faltaban todos los
cuchillos de la rejilla que
hay sobre**

**el fregadero, pero no se me
ocurrió pensar nada. Así
que en cierto modo, yo lo
maté. Fui yo. Ha sido por
mi
culpa, sólo por mi culpa...
Ben le sacudió con energía.
—Basta, Mark. ¡Basta!
Mark se llevó las manos a
la boca para detener el
balbuceo de la histeria
antes de que empezara a
desbordarse. Por encima
de las manos, su mirada se
clavó en la de Ben.**

**—En el aparador del
vestíbulo encontré una
linterna, sabes —pudo
continuar por fin—. Y en
ese**

**momento fue cuando
Jimmy se cayó y empezó a
gritar. Se... yo también me
habría caído, pero él me
previno.**

**«Cuidado, Mark», fueron
sus últimas palabras.**

**—Pero ¿qué fue? —insistió
Ben.**

**—Barlow y los otros
destruyeron la escalera —**

**explicó Mark con voz
monocorde—. Aserraron
todos los
escalones hacia abajo, a
partir del tercero. Dejaron
un trozo del pasamanos
más para que pareciera...
para
que... —Sacudió la cabeza
—. En la oscuridad, Jimmy
creyó que todo estaba bien.
—Ya —asintió Ben—. ¿Y
los cuchillos?
—Estaban todos dispuestos
abajo, en el suelo —susurró
el chico—. Ellos**

atravesaron los cuchillos en un trozo de madera y les quitaron los mangos para que la madera quedara plana, con las hojas hacia arriba...

—Oh —gimió Ben, impotente—. Oh, Cristo. — Se inclinó y aferró de los hombros al muchacho—. ¿Estás seguro de que está muerto, Mark?

—Sí. Te... tenía media docena de heridas. Y la sangre...

Ben volvió a consultar el reloj. Las cinco menos diez. Volvió a acosarle la sensación de apremio, de que el tiempo se le escapaba. —¿Qué haremos ahora? — preguntó Mark. —Ir al pueblo para telefonar a Matt. Después iremos a ver a Parkins Gillespie y hablaremos con él. Antes de que oscurezca tenemos que acabar con Barlow.

Mark sonrió con una mueca débil y enfermiza. —Es lo mismo que dijo Jimmy. Pero él sigue infligiéndonos derrota tras derrota. Otros mejores que nosotros deben de haberlo intentado, y fracasaron. Ben miró de nuevo al chico y se preparó para hacer algo horroroso. —Pareces asustado —le dijo. —Estoy asustado — confirmó Mark, sin

reaccionar—. ¿Tú no lo estás?

—Sí, lo estoy —contestó Ben—, pero también estoy loco de furia. He perdido a la chica que amaba... Y los dos hemos perdido a Jimmy. Y tú has perdido a tus padres. Están tirados en la sala de tu casa, cubiertos con la funda del sofá —se obligó a decir brutalmente—. ¿No quieres volver a echar un vistazo?

Mark se apartó de él con expresión dolorida y horrorizada.

—Quiero que sigas conmigo —continuó Ben, y sentía asco de sí mismo.

Estaba hablando como un entrenador de fútbol antes del gran partido—. No me importa si Atila y los hunos le hicieron frente y salieron derrotados. Ésta es mi oportunidad. Y quiero que estés conmigo, porque te necesito.

Y era verdad.

**—Está bien —dijo Mark,
con los ojos fijos en sus
manos.**

**—Y a ver si te rehaces.
Mark le miró, sin
esperanza.**

**—Lo estoy intentando —
dijo.**

44

**La gasolinera Sonny's
Exxon, a la salida de
Jointner Avenue, estaba
abierta, y Sonny James
(que
explotaba el nombre de su
tocayo, el músico country,**

**con un cartel en colores
que se veía en el
escaparate,
junto a una pila de latas de
aceite) les atendió
personalmente. Era un
hombrecillo con aspecto de
gnomo, cuyo
escaso pelo exhibía un
corte de recluta que dejaba
entrever el cuero cabelludo.**

**—Hola, señor Mears,
¿cómo le va? ¿Y su
Citroen?**

**—En el garaje, Sonny.
¿Dónde está Pete? —Pete**

**Cook era el ayudante de
Sonny. Pete vivía en el
pueblo, pero Sonny no.
—Hoy no ha venido, pero
no importa. De todas
maneras, no hay mucho
movimiento. Parece como
si el
pueblo se hubiera muerto.
Ben sintió que una risa
oscura e histérica se le
agitaba en el vientre,
pugnando por escapar de la
boca en
grandes oleadas.**

**—¿Quieres llenármelo? —
consiguió balbucear—.**

Haré una llamada.

—Desde luego. Hola, hijo.

**¿No has ido a la escuela
hoy?**

**—He salido a dar una
vuelta con el señor Mears,
porque me sentía mal —
explicó Mark.**

**—Ah, claro. A mi hermano
también solía pasarle,
muchacho. Tienes que
cuidarte. —Fue hacia la
parte**

posterior del coche de Jimmy y redro la tapa del depósito.

Ben entró en el local para hablar por el teléfono público situado junto al estante donde se exhibían los

mapas de carreteras de Nueva Inglaterra.

—Hospital de Cumberland.

—Quisiera hablar con el señor Burke, por favor.

Habitación 402.

Se produjo una vacilación, y Ben estaba a punto de

**preguntar si lo habían
cambiado de habitación
cuando la voz dijo:**

**—¿Quién le llama, por
favor?**

—Benjamín Mears. —

**Súbitamente, la posibilidad
de que Matt hubiera
muerto apareció en su
mente**

como una larga sombra—.

¿Él está bien?

—¿Es usted familiar?

—No, un amigo. Él no...

**—El señor Burke ha
muerto esta tarde, a las**

**tres y siete minutos, señor
Mears. Si quiere esperar
un**

**momento, veré si ha
llegado el doctor Cody. Tal
vez él pueda...**

**La voz prosiguió, pero Ben
había dejado de oírla,
aunque siguiera con el
auricular pegado a la oreja.
Como un peso que se
desplomara sobre él, le
aplastó la súbita
comprensión de hasta qué
punto había confiado**

en que Matt les guiara a través de la pesadilla laberíntica que les esperaba esa tarde. Y Matt había muerto.

Insuficiencia cardiaca congestiva. Causas naturales. Era como si el propio Dios apartara de ellos su mirada.

Ahora no quedamos más que Mark y yo. Susan, Jimmy, el padre Callahan, Matt. Todos desaparecidos. Ahora no quedamos más que...

El pánico se apoderó de él y se dispuso hacerle frente silenciosamente.

Sin pensar en lo que hacía, colgó y salió fuera. Eran las cinco y diez. En el oeste, las nubes se estaban dispersando.

—Son tres dólares —le dijo alegremente Sonny—. Éste es el coche del doctor Cody, ¿no? Cuando veo matrículas de médico, siempre me acuerdo de una película que vi, una historia de gamberros que siempre

**robaban coches con
matrícula de médico,
porque...**

**Ben le entregó tres billetes
de dólar.**

**—He de apresurarme,
Sonny. Lo siento, pero
tengo un problema.**

**El rostro de Sonny se
arrugó.**

**—Oh, lo lamento, señor
Mears. ¿Malas noticias de
su editor?**

**—Algo así. —Ben se sentó
al volante, cerró la puerta,**

**puso en marcha el coche y
arrancó, dejando a
Sonny perplejo, enfundado
en su manchado
impermeable amarillo.**

**—Matt ha muerto,
¿verdad? —le preguntó
Mark.**

**—Sí, de un ataque
cardíaco. ¿Cómo lo
supiste?**

—Por tu cara.

Eran las cinco y cuarto.

45

**Parkins Gillespie estaba de
pie en el pequeño porche**

**cubierto del edificio
municipal, fumando un
Pall**

**Malí mientras miraba el
cielo, hacia poniente. De
mala gana, prestó atención
a Ben Mears y Mark**

**Petrie. Su
cara tenía un aspecto triste
y envejecido.**

**—¿Cómo está, agente?—le
saludó Ben. —Regular —
admitió Parkins, mientras
se observaba las uñas—.**

**Les he visto dando vueltas.
Y me pareció que una vez**

**el chico iba al volante,
cuando venía por Railroad
Avenue, ¿o no?**

—Sí —afirmó Mark.

**—Casi te estrellas. Uno que
iba en la otra dirección no
chocó contigo por un pelo.**

**—Agente —dijo Ben—,
queremos hablar con usted
de lo que está sucediendo
en el pueblo.**

**Apoyando las manos en la
barandilla del pequeño
porche cubierto, Parkins
Gillespie escupió la colilla
de**

su cigarrillo. Sin mirar a ninguno de los dos, contestó con calma:

—No quiero hablar de eso. Los dos se miraron, confundidos.

—Hoy, Nolly no se ha presentado —continuó Parkins con el mismo tono tranquilo—. Y de algún modo, sé que no vendrá. Llamó anoche a última hora y dijo que había visto el coche de Homer McCaslin allá por

Deep Cut Road..., creo que fue Deep Cut lo que dijo. Y después no volvió a llamar.

—Lenta y tristemente, Parkins buscó en el bolsillo de su camisa hasta sacar otro Pall Mall, y lo hizo girar, entre el pulgar y el índice—. Toda esta maldita historia me costará la vida —concluyó.

Ben volvió a intentarlo.

—Barlow, el hombre que compró la casa de los Marsten, en este momento

está oculto en el sótano de la pensión de Eva Miller.

—¿De veras? —preguntó Gillespie sin especial sorpresa—. Él es el vampiro, ¿no? Lo mismo que en las historietas que leíamos hace veinte años.

Ben no dijo nada. Cada vez se sentía más como un hombre extraviado en una pesadilla, larga y destructora, en la que el mecanismo avanza sin fin,

**invisible, apenas por
debajo de la superficie de
las cosas.**

**—Me voy del pueblo —
anunció Parkins—. Ya
tengo todas mis cosas en el
coche. La pistola la dejo en
el estante, y la placa
también. Estoy harto de la
policía. Me voy con mi
hermana, a Kittery.
Supongo que está
bastante lejos como para
resultar seguro,
—Vil gusano —se oyó decir
Ben remotamente—.**

Cobarde. El pueblo todavía está vivo, y usted lo abandona de ese modo.

—No está vivo. —Parkins encendió el cigarrillo con una cerilla—. Entonces él no habría venido. Está muerto, como él... y desde hace veinte años o más. Y lo mismo está pasando con todo el país. Hace un par de semanas fui con Nolly al cine al aire Ubre de Falmouth, justo antes de

**que dieran por terminada
la temporada.**

**En una sola película del
Oeste he visto más sangre y
más muertos que en los dos
años que pasé en Corea. Y
los chavales comían
palomitas de maíz y
gritaban de entusiasmo,
animándolos. —Señaló
vagamente hacia el
pueblo, teñido de un oro
sobrenatural por los rayos
oblicuos del sol, que le
daban aspecto onírico—.
Es**

probable que les guste ser vampiros, pero a mí no; y esta noche Nolly vendrá a buscarme. Así que me voy. Ben le miraba, impotente. —Y para ustedes dos, lo mejor es que se metan en ese coche y se larguen de aquí —aconsejó Parkins—. El pueblo seguirá andando sin nosotros, por un tiempo... Y después no importa. Sí, pensó Ben. ¿Por qué no hacer eso, largarse sin mirar atrás?

Mark respondió por los dos.

—Porque él es malvado. Realmente malvado, señor. Por eso no nos iremos.

—¿De veras? —repuso Parkins. Con un gesto de asentimiento, dio una calada a su Pall Malí—.

Bueno, está bien. —Miró hacia el edificio del instituto—. Hoy la asistencia fue reducidísima... Los autobuses no

pasaban a la hora, los chicos estaban enfermos, de la escuela llamaban a las casas sin que nadie contestara. El director me llamó y yo le tranquilicé un poco. Es un hombrecillo calvo, muy gracioso, que cree que sabe lo que hace. Bueno, de todas maneras los profesores estaban presentes. Como la mayoría viven fuera del pueblo... Siempre pueden enseñarse entre ellos.

—No todos son de fuera del pueblo —comentó Ben, pensando en Matt.

—Lo mismo da —dijo Parkins y sus ojos se fijaron en las estacas que Ben llevaba—. ¿Con eso van a

tratar de acabar con Barlow?

—Sí.

—Si quieren un arma de fuego, cojan la mía. Esa pistola fue idea de Nolly. A Nolly le gustaba ir

armado, aunque ni siquiera hay un banco en el pueblo. Será un buen vampiro, una vez se acostumbre.

Mark le miraba cada vez más horrorizado, y Ben comprendió que tenía que llevárselo. Eso era lo peor.

—Vamos —le dijo—. No hay nada que hacer.

—Creo que no —asintió Parkins. Sus ojos descoloridos, atrapados en una red de arrugas, recorrieron el

**pueblo—. Vaya si está
quieto. He visto a Mabel
Werts espiar con sus
gemelos, pero no creo que
hoy haya
mucho que ver. Es
probable que esta noche
haya más.**

**Cuando volvieron al coche
eran casi las 17.30.**

46

**A las seis menos cuarto se
detuvieron frente a la
iglesia de St. Andrew. Las
sombras que arrojaba la**

**iglesia, cada vez más
alargadas, atravesaban la
calle para caer, como una
profecía, sobre la casa
parroquial.**

**Ben sacó del asiento de
atrás el maletín de Jimmy y
lo abrió. Encontró en él
algunos frasquitos, los
vació por
la ventanilla y se los guardó
en el bolsillo.**

—¿Qué haces?

**—Los llenaremos de agua
bendita —explicó Ben—.
Vamos.**

Recorrieron el sendero que llevaba hasta la iglesia y subieron por los escalones. Cuando estaba a punto de abrir la puerta, Mark se detuvo.

—Mira eso.

El picaporte estaba ennegrecido y ligeramente deformado, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¿Tiene algún sentido para ti? —le preguntó Ben.

—No. Pero... —El chico sacudió la cabeza, como para apartar algún pensamiento incierto. Después abrió la puerta y ambos entraron. La iglesia estaba fresca, llena de esa pausa grávida e interminable de los lugares de adoración vacíos, cualquiera sea su signo. Las dos hileras de bancos estaban separadas por un amplio pasillo central, a los lados del cual se

**elevaban dos ángeles de
yeso, sosteniendo pilas de
agua bendita, inclinado el
rostro sereno y
concentrado
como si quisieran verse
reflejados en el agua
inmóvil.**

**—Lávate la cara y las
manos —dijo Ben.**

**Mark le miró con
inquietud.**

—Eso es sacri...

**—¿Sacrilégio? Esta vez no.
Hazlo.**

Sumergieron las manos en el agua y después se mojaron la cara.

Ben sacó del bolsillo el primer frasquito y estaba llenándolo cuando oyeron una voz chillona:

—¡Eh! ¡Eh, ustedes! ¿Qué están haciendo?

Ben se volvió. Era Rhode Curless, el ama de llaves del padre Callahan, que se hallaba sentada en el primer banco, desgranando un rosario entre los dedos.

**Llevaba un vestido negro.
Su pelo estaba en completo
desorden, como si se lo
hubiera peinado con los
dedos.**

**—¿Dónde está el padre?
¿Qué están haciendo? —
preguntó con voz débil y
aguda.**

**—¿Quién es usted? —
preguntó Ben.**

**—La señora Curless. Soy el
ama de llaves del padre
Callahan. ¿Dónde está el
padre? ¿Qué hacen**

**ustedes? —repitió,
mientras sus manos se
unían y empezaban a
temblar.**

**—El padre Callahan ha
desaparecido —explicó
Ben, lo más suave que
pudo.**

**—Oh. —La mujer cerró los
ojos—. ¿Iba detrás de... lo
que está contaminando este
pueblo?**

—Sí •—asintió Ben.

**—Yo lo sabía sin necesidad
de preguntárselo —afirmó**

**ella—. Entre los que visten
sotana, él es un
hombre bueno y fuerte.
Siempre hubo quienes
dijeron que le faltaban
puntos para calzarse los
zapatos del
padre Bergeron, pero se
equivocaban. Por lo que se
ve, le quedaron pequeños.
Abrió mucho los ojos y les
miró. Una lágrima resbaló
por su mejilla.**

—No volverá, ¿verdad?

—No lo sé —admitió Ben.

**—Y decían que bebía —
prosiguió la mujer, como si
no lo hubiera oído—.**

**¡Como si alguna vez un
sacerdote irlandés digno de
su nombre no hubiera
empinado el codo! No eran
para él las cosas tibias y
afeminadas de algunos. ¡Él
era diferente! —Su voz se
elevó hasta el techo
abovedado, casi desafiante
—. ¡Él
era un sacerdote, no un
concejal del ayuntamiento!**

Ben y Mark la escuchaban sin sentir sorpresa. Ya nada podía sorprenderles en ese día de pesadilla. Ya habían dejado de verse como factores de salvación o de venganza; el día los había absorbido.

Impotentes, se limitaban a vivir.

—Cuando le vieron por última vez, ¿estaba bien?

—preguntó la mujer, con lágrimas en los ojos.

—Sí —respondió Mark, recordando a Callahan en

**la cocina de su madre,
mientras sostenía en alto la
cruz.**

**—Y ustedes, ¿van a seguir
con su trabajo?**

—Sí —contestó Mark.

**—Pues adelante —les instó
ella—. ¿A qué esperan?**

**Y se alejó lentamente por el
pasillo central con su
vestido negro, única
doliente solitaria en un
funeral
que no se había celebrado
allí.**

**Otra vez en casa de Eva.
Eran las seis y diez. El sol
pendía sobre los pinos, al
oeste, espiando entre
nubes de sangre.
Ben entró en el
aparcamiento y levantó la
mirada hacia su
habitación. La cortina no
estaba corrida, y
pudo distinguir la máquina
de escribir, inmóvil como
un centinela, y junto a ella,
las hojas mecanografiadas
y**

**el pisapapeles de cristal
que las sujetaba. Le
parecía insólito poder
distinguir desde allí todas
esas cosas,
verlas claramente, como si
en el mundo todo fuera
normal y ordenado.
Después, sus ojos
descendieron hacia el
porche. Las mecedoras
donde él y Susan se habían
dado el
primer beso seguían allí.
La puerta de la cocina**

**estaba abierta, tal como la
había dejado Mark.**

**—No puedo —farfulló
Mark—. Simplemente, no
puedo. —Tenía los ojos
muy abiertos. Se había
abrazado las rodillas y
estaba acurrucado en el
asiento.**

**—Tenemos que ir los dos
juntos —dijo Ben, y le
mostró dos frascos llenos
de agua bendita—. Vamos
—repitió Ben, a quien ya
no le quedaban argumentos
—. Vamos, Mark.**

—No.

—¡Mark!

—¡No!

**—Mark, necesito tu ayuda.
Sólo quedamos tú y yo.**

—¡Ya he hecho bastante!

**—gimió Mark—. ¡No
puedo más! ¿No puedes
entender que no me siento
capaz de mirarle? Ve tú
solo.**

**—Mark, tenemos que ir los
dos.**

**Mark tomó los dos
frasquitos y los hizo rodar**

**lentamente contra su
pecho.**

**—Oh, Dios —gimió—. Oh,
Dios... —Miró a Ben e hizo
un gesto de asentimiento,
espasmódico y
doloroso—. Está bien,
vamos allá.**

**»¿Dónde está el martillo?
—preguntó mientras
bajaban.**

—Lo tenía Jimmy.

—Bien.

**Azotados por el viento,
cada vez más fuerte,
subieron los escalones del**

porche. El sol rojizo se encendía entre las nubes y teñía todo con su color. Dentro, en la cocina, el hedor de la muerte era palpable y húmedo, y pesaba sobre ellos como una losa de granito. La puerta del sótano seguía abierta.

—Tengo miedo —susurró Mark, estremeciéndose.

—Es mejor que lo tengas. ¿Dónde está la linterna?

—En el sótano. La dejé allí cuando...

—Está bien.

Estaban ante la entrada del sótano. Como había dicho Mark, las escaleras parecían intactas bajo la luz del crepúsculo.

—Sígueme —dijo Ben.

48

Ahora voy hacia mi muerte, pensó Ben sin inquietud alguna.

La idea surgió con toda naturalidad, sin temor ni

nostalgia. Toda emoción se perdía bajo la atmósfera maligna que reinaba en ese lugar. Mientras se deslizaba cautelosamente por la tabla que Mark había colocado para escapar del sótano, lo único que Ben sentía era una calma glacial. Cuando vio que las manos le resplandecían como si las llevara enfundadas en guantes fluorescentes, no se sorprendió.

**«No molestes el final de la
apariencia. El único
emperador es el emperador
de los helados.» ¿Quién
había dicho eso? ¿Matt?
Pero Matt estaba muerto.
Susan estaba muerta.
Miranda estaba muerta.
Wallace
Stevens también estaba
muerto. «Yo en su lugar, no
miraría.» Pero Ben había
mirado. Ése era el aspecto
que
uno tenía cuando todo
había acabado. El de algo**

roto y aplastado, que había estado lleno de diferentes líquidos. No era tan terrible, no al menos como la muerte de él. Jimmy llevaba en el bolsillo la pistola de McCaslin; todavía debía de seguir allí. Se la llevaría consigo, y si el sol se ponía antes de que pudieran acabar con Barlow, entonces... primero el chico, después él. No es que eso fuera

**bueno, pero era mejor que
su
muerte.**

**Se dejó caer al suelo del
sótano y después ayudó a
bajar a Mark. Los ojos del
chico se posaron
velozmente en la oscura
forma contraída en el piso,
y luego se apartaron.**

**—No puedo mirarlo —dijo
roncamente.**

—Está bien.

**Mark se dio la vuelta
mientras Ben se
arrodillaba.**

**«Yo en su lugar, no
miraría.»**

**—Oh, Jimmy... —empezó
—, pero las palabras se le
ahogaron en la garganta.
Sosteniéndolo con el brazo
izquierdo, con la mano
derecha Ben fue retirando
del cuerpo las letales hojas
de cuchillo. Tenía seis
heridas, y había perdido
muchísima sangre.
Sobre un estante, en un
ángulo, había unas cortinas
para la sala, pulcramente**

dobladas. Después de haber recuperado la pistola, la linterna y el martillo, Ben cubrió con las cortinas el cuerpo de Jimmy. Se enderezó y probó la linterna. La lente de plástico se había rajado, pero la bombilla funcionaba. Paseó alrededor el haz de luz. Nada. Lo dirigió debajo de la mesa de billar. Nada. Tampoco detrás de la caldera. En

**los estantes había
conservas, y un tablero
para colgar herramientas.
La escalera amputada
había sido
escondida en un rincón,
para que no fuese vista
desde la cocina.**

**—¿Dónde está? —masculló
Ben, mientras consultaba
su reloj de pulsera.**

**Las agujas marcaban las
18.23. ¿A qué hora se ponía
el sol? Ben no lo recordaba,
pero no podía ser más**

tarde de las 18.55. Les quedaba, por tanto, media hora escasa.

—¿Dónde está? —gritó—. Siento su presencia, pero ¿dónde?

—¡Ahí! —exclamó Mark y señaló con una mano resplandeciente—. ¿Qué es eso?

Ben lo iluminó. Un aparador gales.

—No es lo bastante grande —objetó—. Y está contra la pared.

—Pues miremos detrás.

Ben se encogió de hombros. Cruzaron el sótano hasta el aparador y lo tomaron uno de cada lado. De pronto, se sintió invadido por la excitación. ¿El olor no era más denso ahí, más agresivo?

Echó una mirada a la puerta de la cocina, que había dejado abierta. La luz había disminuido, e iba perdiendo ya el reflejo dorado.

—Es muy pesado —jadeó Mark.

**—No importa —dijo Ben
—. Lo tumbaremos en el
suelo. Cógelo lo mejor que
puedas.**

**Mark se inclinó sobre el
mueble, apoyando el
hombro contra la madera.
Sus ojos miraban con
expresión
de desafío.**

—Ya está.

**Los dos se apoyaron con
todo su peso y el aparador
gales se desplomó con
estrépito, mientras el
servicio**

de porcelana que muchos años atrás había sido un regalo de bodas de Eva Miller se hacía trizas dentro de él.

—¡Lo sabía!—exclamó Mark.

En la pared de detrás se abría una puertecilla de no más de un metro de altura. Un flamante candado Yale aseguraba el cerrojo. Varios martillazos convencieron a Ben de que no iba a poder romperlo.

—Mierda —masculló con frustración.

Que en el último momento todo se desbaratara por un simple candado de cinco dólares...

Pues no. Si era necesario forzaría la puerta a mordiscos.

Volvió a recorrer la estancia con la linterna, hasta que el rayo de luz cayó sobre el tablero de herramientas pulcramente colgado a la derecha de las

**escaleras. De dos clavos de
acero pendía un hacha, con
la hoja protegida por una
cubierta de goma.**

**Ben corrió a arrancarla del
tablero y retiró la cubierta
protectora. Se sacó del**

**bolsillo uno de los
frasquitos y lo derramó. El
agua bendita corrió sobre
el suelo e inmediatamente
comenzó a refulgir. Ben**

tomó

**otro frasquito y bañó la
hoja del hacha, que empezó
a resplandecer con una**

**estremecedora luz
sobrenatural. Y
cuando cerró ambas manos
sobre la empuñadura de
madera, el contacto le dio
la sensación de algo
increíblemente bueno y
justo, como si un poder
consolidara su fuerza para
aferrarla. Se quedó
inmóvil,
mirando la hoja luminosa,
hasta que un impulso
extraño le indujo a tocarse
la frente con ella. Una
firme**

**sensación de seguridad se
adueñó de él, una sensación
de justicia inequívoca, de
blancura. Por primera vez
en**

**semanas sintió que ya no
andaba a tientas entre las
brumas de la fe y la
incredulidad, luchando
contra un
adversario cuyo cuerpo era
demasiado insustancial
para ser golpeado. Un
poder que le cargaba los
brazos**

**como una corriente
eléctrica.**

**La hoja resplandecía cada
vez más.**

—¡Hazlo! —rogó Mark—.

**Pronto, por favor, antes
que se oculte el sol.**

**Ben Mears separó los pies,
levantó el hacha y la
descargó en un arco
deslumbrante. La hoja
cayó sobre**

**la madera con ruido
retumbante, portentoso, y
se incrustó hasta el mango.
Volaron astillas.**

**Ben tiró del hacha y la
madera gimió. Volvió a
dejarla caer otra vez... y
otra... y otra. Sentía cómo
iban
flexionándose sus músculos
de la espalda y los brazos,
moviéndose con una
seguridad y una precisión
que
Ben jamás había
experimentado. A cada
golpe, astillas y trozos de
madera volaban como
esquirlas de**

metralla. Al quinto hachazo la hoja atravesó la puerta y Ben empezó a ensanchar el agujero con frenesí.

Mark no podía apartar sus ojos atónitos. El frío fuego azul se había extendido por el mango del hacha y había ascendido por los brazos hasta que fue como si Ben se moviera en una columna de fuego. La cabeza inclinada a un lado, los músculos del cuello tensos

**por el esfuerzo, un ojo
abierto y destellante, el
otro
fuertemente cerrado. En la
espalda, la camisa se le
había rasgado entre los
omóplatos, y bajo la piel los
músculos se tensaban como
cuerdas. Era un hombre
arrebatado, un poseído, y
Mark percibió, sin saberlo
(o
sin tener que saberlo), que
la fuerza que lo poseía no
era en modo alguno**

**cristiana, sino una fuerza
primitiva y
ancestral. Era magma en
bruto, como si la tierra lo
vomitara en toscos
fragmentos; algo sin
terminar, sin pulir.
Era la Fuerza, era el
Poder; cualquiera que
fuese su nombre, era lo que
movía los grandes
engranajes del
universo.**

**Ante esa fuerza desatada,
la puerta del sótano de Eva**

**Miller no podía resistirse.
El hacha se movía a una
velocidad poco menos que
cegadora, se convirtió en
una ondulación, en una
curva descendente, en un
arco
iris que iba desde el
hombro de Ben a la
madera astillada de la
última puerta.
Con un golpe final, la
derribó y arrojó el hacha.
Cuando levantó las manos
a la altura de los ojos, éstos
resplandecían.**

Le tendió las manos a Mark, y el chico dio un paso atrás.

**—A ti te quiero —
murmuró Ben.**

Se tomaron de la mano.

49

El segundo sótano era pequeño, como una celda, y estaba vacío salvo por unas botellas polvorientas, unos cajones y una enmohecida cesta de patatas que habían echado brotes en todas direcciones. Y los cuerpos.

En el extremo más alejado estaba el ataúd de Barlow, apoyado contra la pared como el sarcófago de una momia, y sobre él resplandecía fríamente la luz que acompañaba a Ben y Mark.

Frente al ataúd, dispuestos como vías que condujeran hasta él, estaban los cuerpos de las personas con quienes Ben había vivido y compartido el pan: Eva Miller y Weasel Craig;

Mabe Mullican, que ocupaba el cuarto del fondo del primer piso; John Snow, a quien la artritis apenas si permitía bajar a tomar el desayuno; Vinnie Upshaw; Grover Verrill.

Pasando por encima de ellos, llegaron hasta el ataúd. Ben volvió a mirar el reloj: eran las 18.40.

—Le llevaremos ahí fuera —dijo Ben—. Y lo haremos por Jimmy.

—Debe de pesar una tonelada —objetó Mark.

—No importa. Podemos hacerlo,

Ben extendió la mano y aferró el ángulo superior derecho del ataúd. La cima de éste fulguraba como un ojo apasionado. La madera era untuosamente desagradable al tacto, tersa como piedra con el paso de los años.

Parecía carecer de imperfecciones y poros que los dedos pudieran

reconocer, de donde pudieran asirse. Sin embargo, Ben la movió con facilidad, con una sola mano.

Con un pequeño empujón consiguió que el ataúd se inclinara, con la sensación de que el enorme peso era mantenido en equilibrio por contrapesos invisibles. Algo golpeó en el interior contra los lados.

Con una sola mano, Ben soportaba el peso del féretro.

**—Levanta la otra parte —
dijo a Mark.**

**Mark obedeció, y el otro
extremo se levantó
fácilmente, mientras el
rostro del chico se llenaba
de júbilo
y perplejidad.**

**—Creo que podría
sostenerlo con un dedo.**

**—Es muy probable. Por fin
la situación nos es
favorable. Pero tenemos
que darnos prisa.**

**Pasaron el ataúd a través
de la puerta destrozada.**

Pareció que la parte más ancha iba a atascarse, pero Mark empujó y lo hizo pasar con un chirrido de madera.

Lo llevaron donde estaba tendido el cuerpo de Jimmy, cubierto con los cortinajes de Eva Miller.

—Aquí está, Jimmy —dijo Ben—. Aquí lo tienes.

Bájalo, Mark.

Una vez más consultó el reloj: las 18.45. Ahora, la luz que entraba desde arriba, por la puerta de la

cocina, era de un gris ceniciento.

—¿Ya? —preguntó Mark.

Los dos se miraron por encima del ataúd.

-Sí —respondió Ben.

Juntos bregaron contra los sellos y cerraduras del féretro, hasta que saltaron con un chasquido.

Levantaron la tapa.

Barlow apareció ante Mark y Ben, con los ojos abiertos, llameantes.

Ahora era un hombre joven, de pelo negro y

**lustroso, que se derramaba
sobre la almohada de satén
de su
estrecho reducto. La piel se
veía resplandeciente de
vida, las mejillas
sonrosadas como el vino.
Los dientes se
curvaban, sobre los labios
sensuales, mostrando
intensas vetas amarillentas,
como el marfil.
—Es... —empezó a decir
Mark, pero no pudo seguir.
Los ojos encarnados de
Barlow giraron en sus**

órbitas, llenándose de una vida abominable, con una burlona expresión de triunfo. Se clavaron en los ojos de Mark y la mirada del chico se hundió insondablemente en ellos, mientras sus ojos se volvían lejanos e inexpresivos.

—¡No le mires! —gritó Ben, pero era demasiado tarde.

Le apartó de un golpe. Súbitamente y emitiendo un profundo gemido, el

chico atacó a Ben. Tomado por sorpresa, éste retrocedió tambaleante. Un momento más tarde, las manos de Mark se introdujeron en el bolsillo de la chaqueta, en busca de la pistola de Homer McCaslin.

—¡No, Mark!

Pero el muchacho no oía. Su cara tenía la misma inexpresividad de una pizarra borrada. El gemido seguía brotando de su garganta, sin pausa, como

**el chillido de un animal
atrapado. Con ambas
manos aferraba
la pistola, y los dos
lucharon por ella. Ben
procuraba arrebatársela y,
al mismo tiempo, evitar
que hiriera a
alguno de ellos.**

—¡Mark! —gritó—.

**¡Mark, despierta, por
Dios...!**

**El cañón del arma
apuntaba hacia su cabeza
cuando se disparó. Ben**

**sintió que el proyectil le
rozaba la
sien. Sujetó a Mark por
ambas manos y le apartó
de una patada. El chico dio
unos pasos atrás,
tambaleante, y
la pistola cayó al suelo,
entre los dos. Sin dejar de
gemir, el muchacho saltó
sobre ella pero Ben le
asestó un
violento puñetazo en la
boca. Sintió cómo le
aplastaba los labios contra**

**los dientes y dejó escapar
un grito
como si el golpe lo hubiera
recibido él. Mark se dejó
caer de rodillas y Ben alejó
el arma de un puntapié.
Cuando Mark quiso
arrastrarse tras ella, volvió
a golpearle.
Finalmente, el muchacho se
desplomó con un suspiro de
agotamiento.
A Ben ya no le quedaban
fuerzas, ni seguridad. De
nuevo no era más que Ben
Mears, y tenía miedo.**

En la puerta de la cocina, el cuadrado de luz se había convertido en un púrpura desvaído; el reloj indicaba las 18.51.

Ben sentía que una fuerza le tiraba de la cabeza, ordenándole mirar al parásito yacente en el ataúd, junto a él.

Mírame, obsérvame, hombrecillo. Mira a Barlow, para quien los siglos han pasado como para ti han

**pasado las horas, sentado
ante el fuego con un libro.
Mira la gran criatura de la
noche, la que tú quisieras
matar con tu ridícula
estaca. Mírame,
escritorzuelo. Yo he escrito
en las vidas humanas, y mi
tinta ha sido la
sangre. ¡Mírame, y
desespera!
Jimmy, no puedo. Es
demasiado tarde ya, y él
demasiado fuerte...
¡Mírame!
Eran las 18.53.**

En el suelo, Mark se quejaba.

—Mamá, ¿dónde estás? Me duele la cabeza», está oscuro...

Entrara a mi servicio como castratum.

Torpemente, Ben buscó una de las estacas que llevaba en el cinturón, pero se le cayó. Gritó de desesperación, amargamente. Fuera, Salem's Lot había sido abandonado por el sol, cuyos últimos rayos se

perdían tras el tejado de la casa de los Marsten.

Volvió a levantar la estaca.

Pero el martillo, ¿dónde estaba? ¿Dónde estaba el condenado martillo?

Estaba al lado de la puerta del segundo sótano y lo cruzó para recogerlo.

Mark estaba a medias sentado, con la boca ensangrentada. Se la enjugó con una mano y se quedó mirándola, aturdido.

**—¡Mamá! —se quejaba—.
¿Dónde está mi madre?
Eran las 18.55. Luz y
tinieblas pendían en un
equilibrio perfecto.
Ben volvió a cruzar
corriendo el sótano
oscurecido, con la estaca en
la mano izquierda y el
martillo en la
derecha.
Como el retumbar de un
trueno, se oyó una risa
triunfal. Barlow se había
sentado en el ataúd y sus
ojos**

enrojecidos brillaban con una infernal mirada de triunfo. Cuando se clavaron en los de Ben, éste sintió que su voluntad se disolvía. Con un alarido de desesperación y de furia, levantó la estaca por encima de la cabeza y la bajó en un arco sibilante. La punta, afilada como una navaja, desgarró la camisa de Barlow, y Ben sintió cómo penetraba

en la carne.

**Barlow dejó escapar un
aullido agudo y
espeluznante, como el de
un lobo. La fuerza de la
estaca volvió
a arrojarle de espaldas
dentro del ataúd.**

**Crispadas como garras, se
elevaron sus manos
agitándose
desesperadamente.**

**Ben asestó un martillazo en
el extremo de la estaca y
Barlow volvió a vociferar.
Fría como la tumba, una**

**de sus manos se apoderó de
la de Ben, firmemente
cerrada sobre la estaca.**

**Ben consiguió meterse en el
féretro, apoyando las
rodillas sobre las de**

**Barlow, mirando ahora el
rostro**

**contorsionado por el dolor
y el odio.**

**—¡Suéltame! —aullaba
Barlow.**

—Toma —sollozó Ben—.

**Toma, sanguijuela. ¡Esto es
para ti!**

**Con todas sus fuerzas,
volvió a dejar caer el
martillo. La sangre brotó
en un chorro frío que lo
cegó por
un momento.**

**La cabeza de Barlow se
agitaba de un lado a otro,
frenética, sobre el satén de
la almohada.**

**¡Suéltame, no te atrevas, no
te atrevas, no te atrevas a
hacerme esto...!**

**El martillo caía una y otra
vez. Comenzó a manar
sangre de las narices de**

**Barlow. Dentro del ataúd,
su
cuerpo empezó a
convulsionarse como el de
un pez arponeado. Las
manos se clavaron como
garras en las
mejillas de Ben, abriéndole
largos surcos en la piel.
—¡¡Suéltame!! '-gritó con
un aullido desgarrador.
Una vez más Ben dejó caer
el martillo con todas sus
fuerzas sobre la estaca, y
de pronto la sangre que**

**manaba del pecho de
Barlow se ennegreció.
Después, en el lapso de
pocos segundos, con
demasiada rapidez para
que jamás volviera a ser
creíble a la
luz del día, pero con la
lentitud suficiente para
reaparecer una y otra vez
en las pesadillas, con un
ritmo
tremendo, obsesionante de
cámara lenta, la piel se
tornó amarilla, áspera y se**

**ampolló como una tela
reseca.**

**Los ojos perdieron brillo,
se ocultaron tras una
película blanca y se
hundieron. El pelo se le
puso blanco y se
desprendió como un
plumaje apolillado. Dentro
del traje oscuro, el cuerpo
se encogió. La boca se
ensanchó en
una mueca a medida que
los labios se encogían más y
más, hasta unirse con la
nariz y desaparecer en la**

**diabólica dentadura. En los
dedos las uñas se
ennegrecieron y se
despegaron, hasta que sólo
quedaron los
huesos, todavía ornados de
anillos, crujiendo y
entrechocándose.**

**Bocanadas de polvo
escapaban de las fibras
de la camisa. El cráneo
calvo y arrugado empezó a
dejar ver la calavera. Sin
nada que los llenara, los
pantalones se aplastaron.
Por un momento, un**

**espantajo
aborreciblemente animado
se retorció bajo sus golpes
y Ben saltó fuera del ataúd,
con un ahogado grito de
horror. Pero le resultaba
imposible apartar los ojos
de la
última metamorfosis de
Barlow; era algo de una
fuerza hipnótica. El cráneo
descarnado seguía
agitándose
sobre la almohada de satén.
El maxilar desnudo se
abrió para dejar escapar**

**un grito silencioso, ya sin
cuerdas
vocales que le dieran
resonancia. Como
marionetas, los dedos del
esqueleto seguían
danzando y agitándose en
el aire.**

**En breves y densas
bocanadas, una sucesión de
olores asaltó su olfato antes
de desvanecerse: de gases y
putrefacción, repugnantes
y carnosos, un mohoso
vaho de biblioteca, acre y**

polvoriento; después, nada.

Los

huesos de los dedos, sin

dejar de retorcerse, se

desintegraron como

lápices. La cavidad nasal se

ensanchó

hasta confundirse con la de

la boca. Las órbitas vacías

se agrandaron en una

descarnada expresión de

sorpresa

y horror, hasta

encontrarse, y después

desaparecer. Los huesos del

**cráneo se hundieron como
un antiguo
jarrón que se desintegrara.
Los pantalones y la
chaqueta acabaron de
aplastarse, vacíos.
Pero parecía que la
tenacidad con que Barlow
se aferraba a este mundo
no tuviera fin: hasta el
polvo se
hinchaba y se estremecía
como animado por
minúsculos demonios
dentro del féretro. Después,
súbitamente,**

Ben percibió algo que pasaba junto a él como una ráfaga de viento, que le hizo estremecer. En el mismo momento, todas las ventanas de lo que había sido la pensión de Eva Miller estallaron.

—¡Cuidado, Ben! —gritó Mark—. ¡Cuidado! Giró sobre los talones y les vio salir a todos del segundo sótano. Eva, Weasel, Mabe, Grover y los otros.

Era su hora de salir al mundo.

Los gritos de Mark resonaron en sus oídos como un gran clamor de incendio, y Ben lo aferró por los hombros.

—¡El agua bendita! —gritó a la atormentada cara de Mark—. ¡No podrán tocarnos si la cogemos!

Los gritos de Mark se volvieron lloriqueos.

—Sube por la tabla, vamos —le dijo Ben.

Tuvo que obligar al chico a darse vuelta para ver la tabla, y dándole un empujón en el trasero consiguió que empezara a subir. Luego se volvió a mirar los muertos vivientes. Estaban inmóviles, a unos tres o cuatro metros de distancia, mirándole con un odio vacío e inhumano. —Has matado a nuestro amo —le acusó Eva con voz dolorida—. ¿Cómo has podido matar al amo?

—Ya volveré a ocuparme de vosotros —le prometió Ben.

Y subió por la tabla, gateando, trepando a cuatro patas. Aunque crujía bajo su peso, resistió. Al llegar arriba, Ben volvió a mirar atrás. Ahora estaban todos reunidos en torno del féretro, contemplándolo silenciosamente. Le recordaron a la gente que se había reunido en torno

**del cuerpo de Miranda,
después del
accidente con el camión de
mudanzas.**

**Miró alrededor en busca de
Mark y le vio tendido junto
a la puerta del porche,
boca abajo.**

50

**Ben se dijo que el chico se
había desmayado y nada
más. Tal vez fuera cierto.
Tenía el pulso regular. Lo
levantó en sus brazos y le
llevó al Citroen.**

Se sentó al volante y puso en marcha el motor.

Mientras salía a Railroad Street, sintió el tardío aflojamiento de la tensión, como si fuera un golpe, y tuvo que sofocar un grito.

Los muertos vivientes andaban por las calles.

Estremeciéndose, con la cabeza llena de un ruido ronco y

rugiente, dobló a la izquierda para tomar Jointner Avenue y salieron de Salem's Lot.

QUINCE

BEN Y MARK

1

De vez en cuando Mark despertaba y dejaba que el zumbido continuo del Citroen fuera envolviéndole, sin pensar ni recordar. Finalmente, miró por la ventanilla y le atraparon las ásperas manos del miedo. Estaba oscuro. A ambos lados del camino, los árboles eran manchas vagas, y los

coches que pasaban junto a ellos

llevaban encendidos los faros. Emitió un ruido ahogado e inarticulado, y sus manos buscaron convulsivamente la cruz que aún llevaba al cuello.

—Tranquilízate —le dijo Ben—, ya no estamos en el pueblo. Estamos a más de treinta kilómetros de allí.

El chico se estiró bruscamente por encima de él, obligándole casi a salirse

del carril, y puso el seguro de la puerta del lado de Ben. Después se giró para hacerlo mismo en la suya. Luego se acurrucó lentamente en el asiento. Quería que volviera la nada, vacía y grata. La nada, sin ninguna imagen angustiosa e inquietante. El ronroneo del Citroen le llenaba de calma. Cerró los ojos. —¿Mark?

Mejor no contestar. Más seguro. —Mark, ¿estás bien?

Así, muy lejos. Así estaba bien. La nada volvió, vacía y grata, tragándose en oleadas de gris.

2

Tomaron una habitación en un motel, pasado el límite estatal de New Hampshire, y firmaron el registro como Ben Cody e hijo.

Mark entró en la habitación con la cruz en

alto. Sus ojos saltaban de un lado a otro como bestias atrapadas. Siguió sosteniendo la cruz hasta que Ben cerró la puerta, le echó la llave y colgó su propia cruz del picaporte. Había un televisor en color y Ben estuvo un rato viendo las noticias. Dos países africanos se habían declarado la guerra. Y en Los Ángeles, un hombre

había enloquecido y había matado a balazos a catorce personas. La previsión meteorológica anunciaba lluvia y, en el norte de Mame, temporales de nieve.

3

Salem's Lot dormía oscuramente, mientras los vampiros recorrían sus calles y los caminos de las afueras.

Algunos habían emergido de las tinieblas de la muerte lo suficiente para

recuperar cierta astucia rudimentaria.

Lawrence Crockett llamó a Royal Snow y le invitó a pasar por su despacho para jugar un rato a, las cartas.

Cuando Royal abrió la puerta de delante y entró, Lawrence y su mujer se arrojaron sobre él. Glynis Mayberry

telefoneó a Mabel Werts, le dijo que estaba asustada y le preguntó si podía pasar un rato con ella, hasta que su

**marido regresara de
Waterville. Mabel accedió
aliviada, y cuando diez
minutos más tarde abrió la
puerta, ahí
estaba Glynis, desnuda y
con su bolso colgando del
brazo, y mostrando al
sonreír unos dientes
grandes y
ávidos. Mabel tuvo tiempo
de dar un grito, pero nada
más. Cuando Delbert
Markey salió, poco después
de las**

**ocho, de su desierta
taberna. Cari Foreman y
un Homer McCaslin con
una sonrisa rígida
surgieron de entre las
sombras, diciendo que
venían a beber algo. Poco
después de la hora de
cerrar, Milt Crossen recibió
en su
tienda la visita de varios de
sus clientes más fieles y
más viejos compinches. Y
George Middler visitó a
varios**

de los chicos de la escuela secundaria que compraban cosas en su tienda y que siempre le habían mirado con

una mezcla de desconfianza y suficiencia, y sus más oscuras fantasías se realizaron.

Los automovilistas que seguían pasando por la carretera 12 no veían en Solar otra cosa que un cartel de

turismo y un anuncio que marcaba el límite de

**velocidad en sesenta
kilómetros por hora. Al
salir del pueblo
volvían a los ciento veinte
y, tal vez, dedicaban un
último pensamiento al
lugar: Cielos, qué
pueblecito tan
muerto.**

**El pueblo guardaba sus
secretos, y la casa de los
Marsten cavilaba sobre él
como un rey destronado.**

4

**Ben regresó con el coche el
día siguiente, al amanecer,**

dejando a Mark en la habitación del motel. Se detuvo en una bulliciosa ferretería de Westbrook para comprar un pico y una pala.

Salem's Lot permanecía en silencio bajo un cielo sombrío; todavía no había empezado la lluvia. Eran pocos los coches que se veían por las calles. El drugstore seguía abierto, pero el Café Excellent estaba

**cerrado, con las cortinas
verdes corridas. Habían
retirado la lista de platos
de los escaparates, y la
pequeña
pizarra donde se anunciaba
la especialidad del día
estaba borrada.**

**Al ver las calles vacías, Ben
sintió un escalofrío y le
volvió a la memoria una
imagen de un viejo álbum
de rock and roll, con la
figura de un travestí en la
tapa, de perfil contra un
fondo negro, un rostro**

**extrañamente masculino,
sangrante de maquillaje.
Título: Sólo salen de noche.
Fue primero a la casa de
Eva, subió por las escaleras
y entró en su habitación.
Todo estaba como él lo
había dejado: la cama sin
hacer, un paquete de
cigarrillos abierto sobre el
escritorio. Debajo de éste
había una
papelera metálica, vacía, y
Ben la llevó al centro de la
habitación.**

Tomó su manuscrito, lo arrojó a la papelera y con la página del título hizo una mecha de papel. La encendió con su Cricket y cuando estuvo inflamada la arrojó sobre el batiburrillo de páginas mecanografiadas.

La llama las saboreó, las encontró buenas y empezó a deslizarse ansiosamente sobre los papeles. Los ángulos se retorcían y ennegrecían. Un humo blanquecino

**empezó a elevarse de la
papelera. Ben se inclinó
sobre el
escritorio y abrió la
ventana.**

**Su mano encontró el
pisapapeles —el globo de
cristal que le acompañaba
desde los años de infancia
pasados en ese pueblo
ensombrecido— y sin darse
cuenta lo aferró, reviviendo
un sueño donde visitaba la
casa de un monstruo.**

**«Sacúdelo y mira cómo va
cayendo la nieve.»**

Lo sacudió y lo puso a la altura de los ojos, como había hecho de niño, y el juguete hizo su vieja treta.

A

través de la nieve flotante se alcanzaba a ver una casita de pan de jengibre, con un camino que llevaba hasta

ella. Los postigos estaban cerrados, pero un muchacho imaginativo podría fantasear que uno de ellos se iba

**abriendo lentamente, como
en realidad parecía que
uno de ellos se abriera
ahora, empujado por una
larga
mano blanca, y que un
rostro pálido se asomaba a
mirarle a uno, a sonreírle
con una mueca de dientes
largos,
a invitarle a entrar en esa
casa que no era de este
mundo, en su interminable
país de fantasía donde la
nieve**

**era falsa, donde el tiempo
era un mito. El mismo
rostro que ahora le miraba,
pálido y hambriento, un
rostro
que jamás volvería a mirar
la luz del día ni el azul del
cielo.**

**Y que era su propio rostro.
Ben arrojó el pisapapeles a
un rincón, donde se hizo
añicos.**

**Y se fue, sin esperar a ver
qué escapaba de él.**

Bajó al sótano en busca del cuerpo de Jimmy, y ésa fue la tarea más dura. El ataúd seguía allí donde había estado la noche anterior, vacío ya incluso de polvo. Sin embargo... no estaba vacío. La estaca había quedado dentro, y había algo más. Ben sintió que se le cerraba la garganta. Dientes. Los dientes de Barlow era lo único que quedaba de él. Ben se inclinó a recogerlos,

y se le retorcieron en la mano como minúsculos animalillos blancos que intentaban morder.

Con un grito de repugnancia, los arrojó lejos de sí.

—Dios —susurró, mientras se frotaba la mano contra la camisa—. Oh, Dios mío. Por favor, que esto sea el fin. Que sea realmente su fin.

6

Con dificultad consiguió sacar del sótano el cuerpo

de Jimmy, todavía envuelto en las cortinas de Eva.

Acomodó el bulto en el maletero del Buick de su amigo y después se dirigió a la casa de los Petrie. En el asiento de atrás, junto al maletín negro de Jimmy, había puesto la pala y el pico. En un claro del bosque,

detrás de la casa de los Petrie y próximo al acuático parloteo de Taggart Stream, se pasó la mañana y parte de

**la tarde cavando una fosa
de un metro y medio de
profundidad. Allí puso el
cuerpo de Jimmy y los de
los
Petrie, cubiertos todavía
por la funda del sofá.
Eran las dos y media
cuando empezó a llenar la
tumba de esos tres
inocentes. A medida que la
luz
empezó a aclarar
lentamente el cielo cubierto
de nubes, Ben trabajaba**

con más y más rapidez. Un sudor que no era causado solamente por el ejercicio iba condensándosele sobre la piel.

Hacia las cuatro, el hoyo estaba cubierto. Volvió al pueblo,

Jimmy. Aparcó el vehículo frente al Excellent, dejando las llaves puestas.

Miró alrededor. Parecía que los abandonados edificios de oficinas se

**inclinaran con una especie
de
crepitación sobre la calle.
La lluvia, que había
comenzado al mediodía,
caía suave y lentamente,
como un
símbolo de duelo. El
parquecillo donde Ben se
había encontrado con
Susan Norton estaba vacío
y solitario.
Las cortinas del
ayuntamiento estaban
bajadas. En el cristal de la**

**oficina inmobiliaria de
Larry Crockett, un
pequeño cartel amarillento
anunciaba irrisoriamente:
«Vuelvo enseguida.»**

**Y el único sonido seguía
siendo el de la lluvia.**

**Ben caminó un poco hacia
Railroad Street, sintiendo
el resonar de sus tacones
sobre la acera. Cuando
llegó a casa de Eva se
detuvo junto a su coche,
mirando por última vez
alrededor. Nada se movía.**

**El pueblo estaba muerto.
De pronto lo supo con una
certeza absoluta, la misma
con que había sabido que
Miranda estaba muerta
cuando vio su zapato en el
asfalto.**

Empezó a llorar.

**Todavía lloraba cuando el
Citroen pasó junto al cartel
del turismo, que saludaba:
«Te alejas ahora de
Jerusalem's Lot, un pueblo
agradable. ¡Vuelve
pronto!»**

Llegó a la autopista. La casa de los Marsten se perdió entre los árboles cuando Ben empezó a descender la rampa. Después se dirigió hacia el sur, hacia Mark, hacia la vida.

EPÍLOGO

Entre estas aldeas diezmadas sobre este promontorio desnudo frente al viento del Sur ante nosotros un rastro de montañas,

**escondiéndote,
¿quién confiará en nuestra
decisión de olvidar?**

**¡ Quién aceptará nuestra
ofrenda en este final
del otoño?**

GEORGE SEFERIS

Ahora están sin ojos.

**Las serpientes que una vez
sostuvo en alto**

le devoran las manos.

GEORGE SEFERIS

1

**Del cuaderno de recortes
que llevaba Ben Mears**

**(con material tomado del
Press Herald de Portland):
19 de noviembre de 1975
(p. 27):**

**JERUSALEM'S LOT. —
La familia de Charles V.
Pritchett, que hace apenas
un mes compró una granja
en el pueblo de Jerusalem's
Lot, condado de
Cumberland, se marcha
del pueblo porque siguen
sucediendo
cosas misteriosas por la
noche, según Charles y
Amanda Pritchett, quienes**

**antes de venir aquí vivían
en
Portland. La granja, un
importante establecimiento
local situado en Schoolyard
Hill, había sido propiedad
de
Charles Griffen. El padre
de Griffen fue propietario
de las lecherías Sunshine,
Inc., que en 1962 se
incorporaron a la
Compañía Lechera
Slewfoot. No se pudo
establecer contacto con
Charles Griffen (quien**

**vendió la granja por
mediación de un agente de
Portland, a un precio que
el propio Pritchett calificó
de**

«increíblemente bajo»)

**para pedirle más
información. La primera
vez que Amanda Pritchett
habló con su
marido de los «ruidos
raros» que se oían en el
granero fue poco después
de...**

4 de enero de 1976 (p. 1):

JERUSALEM'S LOT. — A última hora de anoche o en las primeras de esta mañana se produjo un extraño accidente automovilístico en el pequeño pueblo de Jerusalem's Lot, al sur de Maine. Por las marcas de neumáticos halladas en las inmediaciones, la policía deduce que el coche, un sedán último modelo, circulaba a excesiva velocidad cuando se salió de la carretera y

fue a estrellarse contra uno de los postes de alta tensión de la Central Eléctrica de Maine. El coche quedó totalmente destrozado, pero aunque se encontró sangre en el asiento delantero y en el salpicadero, todavía no se ha hallado a los pasajeros. Informa la policía que el coche pertenecía al señor Cerdón Phillips, de Scarborough. Según informó un vecino, Phillips y su familia se

dirigían a visitar a unos familiares en Yarmouth. La policía piensa que Phillips, su mujer y sus dos hijos pueden haberse alejado y perdido a causa del aturdimiento. Se está organizando una búsqueda...

14 de febrero de 1976 (p. 4):

CUMBERLAND. — La señora Fiona Coggins, una viuda que vivía sola en Smith Road, West

Cumberland, fue denunciada como desaparecida ante la oficina del sheriff de Cumberland. La denuncia fue efectuada esta mañana por su sobrina, la señora Gertrude Hersey, quien dijo a los funcionarios de policía que su tía es una persona muy solitaria y de mala salud. Aunque la policía está investigando, ha declarado que

**hasta el momento es
imposible saber qué...
27 de febrero de 1976 (p.
6):**

**FALMOUTH. — John
Farrington, anciano
granjero que residió
durante toda su vida en
Falmouth, fue
encontrado muerto en su
establo, a primera hora de
esta mañana, por su yerno
Frank Vickery. Vickery
declaró
que Farrington estaba
caído boca abajo junto a un**

montón de heno, con la horquilla cerca de la mano.

David

Rice, el médico forense del condado, dice que aparentemente Farrington murió de un derrame cerebral, o tal vez de una hemorragia interna...

20 de mayo de 1976 (p. 17):

PORTLAND. — Los guardabosques del condado de Cumberland han recibido instrucciones del

**Servicio de Conservación
de la Fauna y Flora de
Maine de estar alerta ante
las depredaciones de una
jauría de
perros salvajes que
probablemente asola la
zona de Jerusalem's Lot,
Cumberland y Falmouth.
Durante el
último mes se han
encontrado varias ovejas
muertas, con la garganta y
el vientre destrozados. En
algunos**

casos, a los animales les habían sido retiradas las vísceras. «Como ustedes saben —declaró el guardabosque Upton Pruitt—, esta situación ha empeorado mucho en el sur de Maine...»

29 de mayo de 1976 (p. 1): JERUSALEM'S LOT. — Se sospecha algo turbio en la desaparición de la familia de Daniel Holloway, que recientemente se había trasladado a una casita

situada en Taggart Stream Road, en este pequeño municipio del condado de Cumberland. La policía fue alertada por el abuelo de Daniel Holloway, quien se alarmó al comprobar repetidas veces que nadie contestaba sus llamadas telefónicas.

El matrimonio Holloway y sus dos hijos se trasladaron a Taggart Stream Road en abril, y se habían quejado a sus amigos y familiares de que oían

«ruidos extraños» durante la noche.

Durante los últimos meses, Jerusalem's Lot se ha convertido en el centro de una serie de acontecimientos extraños, y son muchas las familias que...

4 de junio de 1976 (p. 2): CUMBERLAND. — La señora Elaine Tremont, una viuda que vive en una casita en Back Stage Road, en la parte occidental de este pequeño pueblo del

condado, fue ingresada a primera hora de esta mañana en el hospital de Cumberland, con un ataque cardíaco. La señora Tremont declaró a este periódico que había oído

un ruido como si rascaran la ventana de su dormitorio mientras estaba viendo la televisión, y al levantar los ojos vio una cara que la estaba mirando.

«Tenía una sonrisa espantosa —dijo la señora

Tremont—. Era horrible. Jamás he tenido tanto miedo en mi vida. Y desde que desapareció esa familia de Taggart Stream Road, me he pasado todo el tiempo asustada.»

Nuestra entrevistada se refería a la familia de Daniel Holloway, que a comienzos de la semana pasada desapareció de su residencia en Jerusalem's Lot. La policía dijo que se

**está investigando si existe
alguna
relación, pero...**

2

**El hombre alto y el
muchacho llegaron a
Portland a mediados de
septiembre y se alojaron
tres semanas
en un motel de la localidad.
Estaban acostumbrados al
calor, pero después del
clima seco de Los Zapatos,
el
alto grado de humedad les
resultaba fatigoso a ambos.**

Los dos pasaban mucho tiempo nadando en la piscina del motel, y miraban mucho el cielo. El hombre compraba todos los días el Press Herald de Portland. Leía las predicciones meteorológicas y estaba atento a todo lo relacionado con Salem's Lot. Al noveno día de haber llegado ellos a Portland, desapareció un hombre en

Falmouth. Su perro apareció muerto en el patio. La policía estaba investigando.

El 6 de octubre el hombre se levantó temprano y se quedó un rato en el jardín delante del motel. La mayoría de los turistas ya se había ido, estaban de vuelta en Nueva York, Nueva Jersey, Florida, Ontario, Nueva Escocia, Pensilvania y California. Los turistas dejaban su basura y sus

dólares, y dejaban también que los nativos disfrutaran de la estación más hermosa de su comarca.

Esa mañana había algo nuevo en el aire. No había bruma en el horizonte, ni esas nieblas bajas, lechosas, que suelen rodear las patas de los carteles de publicidad levantados en el campo, al lado de la carretera. El cielo de la mañana estaba muy claro, y el aire se

**sentía helado. Al parecer, el
veranillo de San Martín
había
terminado de la noche a la
mañana.**

**El chico salió y se acercó a
él.**

—Hoy —dijo el hombre.

3

**Era casi mediodía cuando
llegaron al desvío de
Salem's Lot. Ben evocó
¿olorosamente el día que
había
llegado allí, decidido a
exorcizar todos los**

**demonios que le habían
acosado, y sin dudar un
momento del
éxito. Era un día más
cálido que el de hoy, y el
viento del oeste no soplabá
con tanta fuerza. Recordó
haber
visto dos chiquillos con
cañas de pescar. Ese día el
cielo se veía de un azul más
duro y más frío.
La radio del automóvil
proclamaba que el peligro
de incendios ascendía a**

cinco, la segunda frecuencia en la tabla. En el sur de Maine no se habían producido precipitaciones de importancia desde la primera semana de septiembre. El disc-jockey de la emisora advirtió a los conductores que apagaran las colillas, y después puso un disco con una canción sobre un hombre que iba a saltar desde una torre por amor.

Siguieron por la carretera 12 hasta pasar el cartel de turismo y se encontraron en Jointner Avenue. Ben vio que el semáforo no estaba encendido. Ya no se necesitaban luces de advertencia.

Después entraron en el pueblo. Lo atravesaron con lentitud, y Ben sintió que el antiguo miedo volvía a descender sobre él, como una vieja chaqueta que uno encuentra en el ático y que le queda estrecha, pero

todavía le sirve. Mark iba rígidamente sentado junto a él, con un frasco de agua bendita que había traído desde

Los Zapatos. Se lo había dado el padre Gracon, como presente de despedida.

Con el miedo, volvieron los recuerdos, casi desgarradores.

El drugstore de Spencer había pasado a manos de un tal La-Verdière, pero no parecía que anduviera

**mejor. Los escaparates
cerrados estaban sucios y
vacíos. La parada de
autobuses Greyhound
había
desaparecido. En el
ventanal del Café
Excellent, un letrero
torcido anunciaba que
estaba en venta, y todos los
taburetes instalados frente
a la barra habían sido
retirados, sin duda para
llevarlos a más prósperos
lugares. Al**

**seguir por la calle vieron
que sobre lo que había sido
la lavandería, el mismo
cartel seguía proclamando
«Barlow y Straker
Antigüedades», pero ahora
las letras doradas estaban
manchadas de herrumbre y
hablaban
inútilmente a las aceras
vacías. El escaparate
estaba vacío; la gruesa
alfombra, sucia. Ben pensó
en Mike
Ryerson y se le ocurrió si
seguiría durmiendo en la**

caja en la trastienda. Al pensarlo sintió que la boca se le secaba.

Ben disminuyó la marcha en la encrucijada. Por la colina se veía la casa de los Norton, con el césped crecido y amarillento delante, y también en el fondo, donde Bill Norton había construido la barbacoa de ladrillo. Algunas ventanas estaban rotas.

**Un poco más adelante,
detuvo el coche para mirar
el parque. El monumento
presidía el desordenado
crecimiento de arbustos y
malezas. La piscina de los
niños estaba invadida por
las plantas acuáticas del
verano. En los bancos, la
pintura verde se
descascarulaba. Las
cadenas de los columpios se
habían
enmohecido, y si alguien
hubiera querido
columpiarse en ellos, los**

**ásperos chirridos habrían
sido lo bastante
desagradables para
estropear la diversión. El
tobogán se había
desplomado y elevaba
rígidamente las patas,
cómo un antílope muerto.
Y colgaba de un ángulo del
cuadrado de arena, con un
brazo pendiente flojamente
sobre la hierba, había una
muñeca de trapo. Los
botones que le servían de
ojos parecían reflejar un
horror**

**negro e insípido, como si
hubieran visto todos los
secretos de las tinieblas
durante su larga
permanencia en
aquel cuadrado de arena. Y
tal vez fuera así.**

**Al levantar los ojos, Ben
vio la casa de los Marsten,
siempre con los postigos
cerrados, vigilando el
pueblo con desvencijada
malevolencia. Ahora era
inofensiva, pero ¿por la
noche?**

Las lluvias debían de haberse llevado la hostia con que Callahan la había sellado. Y si ellos querían podía volver a pertenecerles, como un santuario, como un faro de las tinieblas que dominara ese pueblo muerto y esquivo. Ben se preguntó si se reunirían allí. ¿Vagaban, mortalmente pálidos, por los pasillos al

**anocheecer, celebrando sus
algazaras, sus siniestros
servicios al amo de su amo?
Sintió frío y apartó los ojos.
Mark estaba mirando las
casas. En la mayor parte de
ellas, las cortinas estaban
corridas; en otras, las
ventanas descubiertas
dejaban ver habitaciones
vacías. Eran peores que las
que se mantenían
decentemente
cerradas, pensó Ben.
Parecían mirar a esos
intrusos diurnos con la**

**mirada vacía de los
retrasados mentales.**

**—Están en esas casas —
dijo Mark—. Ahora
mismo, en todas esas casas.
Detrás de las cortinas, en
las
camas, en los armarios, en
los sótanos, debajo de los
suelos. Escondidos.**

**—Tómalo con calma —le
aconsejó Ben.**

**El pueblo desapareció a sus
espaldas. Ben tomó por
Brooks Road y siguieron
hasta pasar la casa de los**

Marsten, con sus postigos desvencijados.

Mark le señalaba algo, y Ben miró. A través del césped habían ido abriendo una senda, que llevaba desde el porche al camino. Cuando la hubieron pasado, Ben sintió que algo se le aflojaba en el pecho.

Ya habían hecho frente a lo peor, que quedaba a espaldas de ellos.

Después de enfilear Burns Road, no muy lejos del

cementerio de Harmony Hill, Ben detuvo el coche y los dos descendieron.

Juntos, se internaron en el bosque. Malezas y ramitas se rompían bajo sus pies, ásperamente, con un chasquido seco. Había un olor denso, y se oía el chirrido de las últimas cigarras. Los dos subieron a una pequeña prominencia, una especie de loma desde donde se dominaba el espacio entre los

bosques por donde corrían los cables de alta tensión de la Central de Maine, oscilantes bajo la fresca brisa de ese día. Algunos árboles empezaban a colorearse. —La gente de esa época dice que es aquí donde empezó —dijo Ben—, allá por 1951. Soplaban el viento del oeste. Ellos piensan que tal vez alguien arrojó un cigarrillo. Un cigarrillo, nada más. Y el incendio se

**extendió por los pantanos
sin que nadie pudiera
detenerlo.**

**Sacó del bolsillo un
paquete de Pall Mall, miró
pensativamente el emblema
—in hoc signo vinces— y
después desgarró la
cubierta de celofán.**

**Encendió uno y arrojó la
cerilla. El cigarrillo le sabía
sorprendentemente bueno,
aunque hacía meses que no
fumaba.**

**—Ellos tienen sus lugares
—reflexionó—. Pero**

podrían perderlos. Muchos de ellos podrían resultar muertos... o destruidos.

Pero no todos.

¿Comprendes?

—Sí —dijo Mark.

—No son muy inteligentes.

Si pierden sus escondrijos,

la segunda vez se

esconderán mal. Con que

un

par de personas buscaran

en los lugares obvios

podría ser bastante. Tal vez

para la primera nevada

todo podría

haber terminado en Salem's Lot... o tal vez nunca llegue a terminar. No hay garantía, ni en un sentido ni en otro. Pero sin algo que los obligue a salir, no habría probabilidad ninguna.

—Claro.

—Será desagradable y peligroso.

—José.

—Pero dicen que el fuego purifica —prosiguió Ben—. La purificación debe significar algo, ¿no crees?

—Sí.

Ben se levantó.

—Tenemos que regresar.

Arrojó la colilla en una pila de ramas secas y hojas quebradizas. La cinta blanca del humo se elevó, tenue, contra el fondo verde de los juníperos, hasta casi un metro, antes de que el viento se la llevara. Unos seis metros más allá, hacia donde soplaban el viento, había una gran trampa de caza abandonada.

**Fascinados, los dos
miraban el humo.
El humo fue espesándose.
Apareció una lengua de
fuego. Pequeños estallidos
salían de la pila de ramas
y hojas secas a medida que
las ramitas iban
prendiendo.
—Esta noche no se
dedicarán a matar ovejas
ni a visitar granjas —dijo
Ben suavemente—. Esta
noche
huirán. Y mañana...**

—Tú y yo —dijo Mark, y cerró el puño.

Ya no tenía el semblante pálido; un color sonrosado le animaba la piel. Los ojos le brillaban.

Juntos volvieron al camino y se alejaron.

En el pequeño claro que daba sobre los cables de alta tensión, las llamas empezaron a arder con más fuerza entre la maleza, avivadas por el viento otoñal que soplabá del oeste.

Octubre de 1972
Junio de 1975.